

Jesús Vaquero Dávila

SINTESES HISTORICA

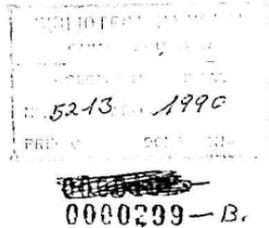
de la

CULTURA INTELECTUAL

y

ARTISTICA DEL ECUADOR

Quito - Ecuador
1946



Editorial "Jodoco Rieke"

FECHA DE ENTREGA

A MODO DE EXORDIO

Consecuentes con nuestros propósitos anteriormente manifestados en "GENESIS DE LA NACIONALIDAD ECUATORIANA" este nuevo libro sale a luz sin un Prólogo que le ampare y le sirva de arrimo en su inevitable caída como es presumible suponer en razón de aparecer ante el público sin una voz autorizada que acredite su mérito.

Recurrir a la benevolencia de un amigo escritor para que prologue un libro plagado de imperfecciones y vacíos nos parece poco decoroso. El autor por mucha pasión que alimente por una obra que le signifiquen desvelos, inquietudes y desmayos, no por ello deja de desconocer sus grandes defectos como brote de una mentalidad de muy cortos sondeajes. En tales condiciones mendigar un favor que le proporciona al prologuista graves dificultades resulta demasiado duro y antipático para el que solicita y más odioso aún para el escritor condescendiente.

Ingeniarse en demostrar que se encuentran diamantes de subidos quilates en la aridez de un libro desaliñado hasta en su forma como suelen hacerlo con tanta indulgencia no pocos prologuistas que acceden a las peticiones de los autores; es un favor que no lo puede saldar el agraciado en ninguna época, toda vez que se ha esforzado el prologuista en ambientar el libro y estimular la curiosidad de los lectores. Educados en un medio de escrupulosidad y decoro y lejos de envejecimientos hemos preferido continuar la ruta sin auxilio alguno y esperar serenos los muy merecidos ataques por nuestra audacia de dirigirnos sin guía alguno.

Previas estas explicaciones entregamos este nuevo libro para que si el lector encuentra en él un algo que despierte interés lo conserve y en caso contrario lo arroje al fuego.

* * *

Excita curiosidad el título que lleva el libro por contener los dos aspectos: el intelectual y el artístico. Se comprende que una obra de tal índole requiere acopio de erudición y un cúmulo de esfuerzos y energías mentales que no son atributos de débiles inteligencias. Sin medir la capacidad de nuestras fuerzas emprendimos en la ardua y fatigante tarea. En los largos años de bregar por llevarla a término hemos sufrido frecuentes desmayos y de no tener en mientes nuestra disciplina volitiva de larga ascendencia habríamos desistido de nuestro intento. Las investigaciones artísticas son de difícil realización entre nosotros. A cada paso nos encontramos con murallas y lagunas que imposibilitan el paso y manteniéndonos en la obscuridad y en las mis-

mas indecisiones. ¿Cómo se puede ofrecer un trabajo sobre nuestra cultura artística que sacie en algún tanto nuestros vehementes deseos de conocer exactamente los efectivos a ríftices que intervinieron en la formación artística de nuestros célebres imagineros? ¿Cómo podemos conocer a los verdaderos autores de tantos lienzos y tantas esculturas maravillosas que se mantienen anónimos y que se los hace conocer como obras de la Escuela Quiteña? Y lo propio acontece con los arquitectos antiguos que nos dejaron monumentos que causan admiración por su atrevimiento y hermosura.

Un estudio concienzudo en los Archivos de los Conventos y del de la Audiencia que reclama una inteligente clasificación por sus valiosos documentos nos ofrecerá maravillosos descubrimientos al respecto.

Por tanto este nuestro modesto estudio sobre arte que arranca desde nuestros aborígenes y llega a los tiempos actuales quizá sirva de entretenimiento.

* * *

Cuánto a la parte intelectual a primera vista se advierte que es un trabajo deficiente. Un estudio prolijo y esmerado en el cual se anotan las cualidades literarias de nuestros orfebres del pensamiento y de la fantasía demanda por su vastedad una obra de muchos volúmenes que no es para nuestras fuerzas. Un estudio de Síntesis como el nuestro no puede por su misma índole detenerse a examinar las propiedades de cada escritor, sin que tal omisión implique maligna intención o suma ignorancia de su valioso actuar en la cultura intelectual de la República. Elementos distinguidísimos y de merecida reputación literaria; ilustres Maestros que han editado textos con clara comprensión pedagógica de la psicología de la niñez contribuyendo así a la eficiente educación de las juventudes; Periodistas que, penetrándose de su altísima misión, han tratado con inteligencia, honradez y ardiente patriotismo los grandes problemas nacionales; no figuran en este estudio por las razones anteriormente expuestas y, por lo mismo, no deben alimentar resentimiento alguno.

En las Academias y las Asociaciones Científicas y Literarias que actúan con brillantez en prestigio de la cultura del país hemos tenido el acuerdo de hacerlos figurar, indicando el género literario de su especialización. Y siendo este estudio de Síntesis creemos haber llenado su objetivo. El trabajo "Panorama de la Literatura Ecuatoriana" del distinguido escritor Don Augusto Arias, desde que abraza extensos dominios que rebasan las fronteras nacionales, los pensadores, literatos y poetas tienen desahogadamente cabida en él sin que puedan ocultarse a las miradas de águila del autor ni las aves nocturnas que habitan en viejos campanarios.

Intencionadamente no mencionamos los autores que hemos consultado para llevar a término este trabajo, porque si en verdad es el procedimiento más seguro de confirmar las opiniones sustentadas por el autor; pero dado nuestro tem-

III

peramento tal proceder lo conceptuamos un tanto vano en virtud del insistente afán de aparecer de eruditos. Toda obra que se confecciona por superficial que fuese presupone consultas y detenido estudio de autores que se hayan especializado en la materia tratada por el autor. Dadas estas explicaciones el amable lector se dignará disimular la grave falta en que hemos incurrido al omitir la nómina de los autores que nos han servido de guía en este trabajo.

* * *

Por lo mismo que este estudio tiene tantas imperfecciones y vacíos habríamos deseado que su impresión fuese completamente nítida. Muy a nuestro pesar está lleno de errores ortográficos y lo que es más grave de concepto. Y estas faltas no dejan de ser enfadosas y de menoscabar el crédito del autor, máxime si este no tiene consistencia como el nuestro.

Entre las faltas de bulto tenemos: en la página 77 ha puesto el linotipista la misma suerte en vez de muerte; en la 78 desquisia con s en lugar de c; en la 144 teraciones por alteraciones; en la 156 se debe decir no dejan; en la misma 159 han puesto depara por dejara; en la 242 ventista por ventisca; en la 281 se ha puesto composición por comprensión, etc., etc.

Sería para no terminar el seguir anotando el crecido número de errores que contiene este libro y causará disgusto al lector.

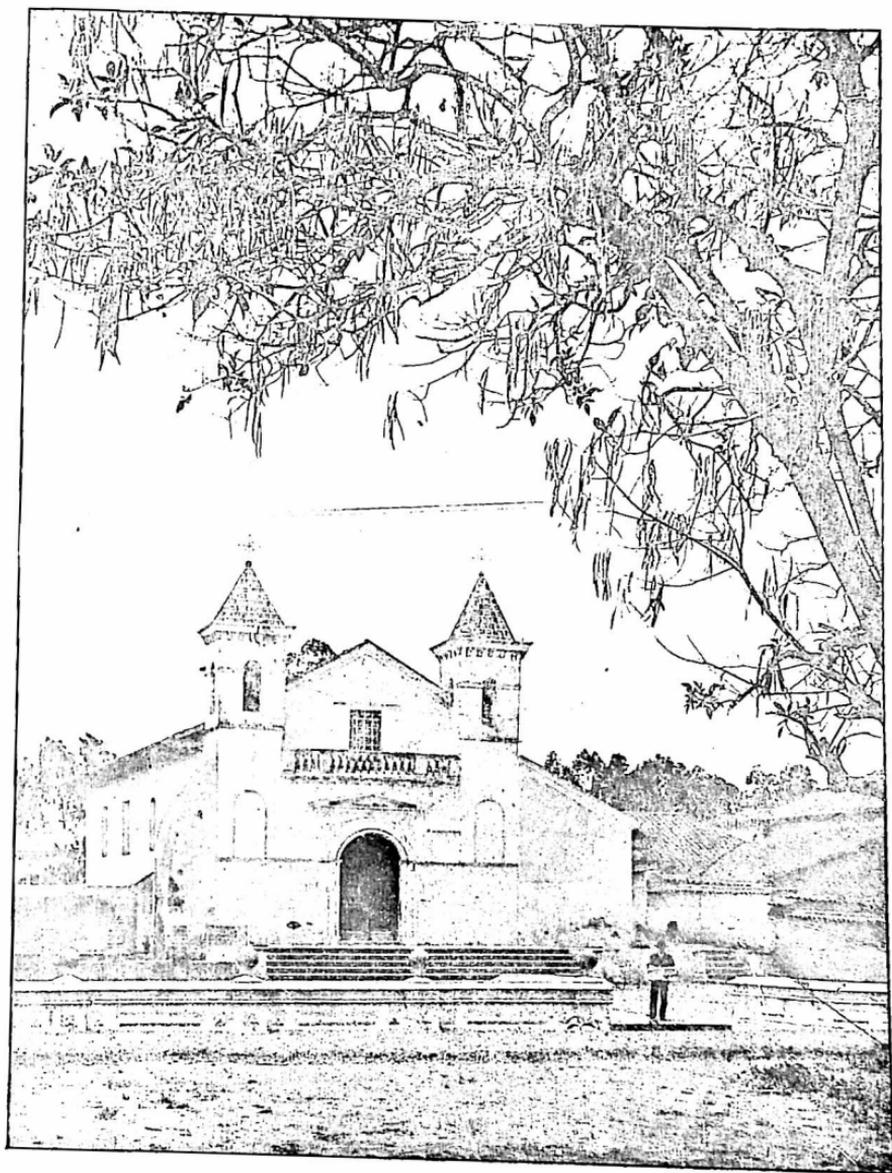
* * *

Censurable sería nuestro proceder si no manifestáramos públicamente nuestra gratitud por el norte caballeroso y gentil con que han procedido nuestros suscriptores. De la manera más espontánea y entusiasta acudian aún personas indiferentes a suscribirse en uno o dos ejemplares alentándonos con frases prometedoras de ventura. Y sin este valioso auxilio es indudable que nuestros pronósticos no habrían tenido cumplida realización sobre todo en los actuales momentos en que se tropieza aún en lo más pequeño con tantas y tantas dificultades. También la Casa de la Cultura nos prestó una valiosa ayuda con un fuerte préstamo para la adquisición de varias resmas de papel que nos llegó a faltar casi en la mitad de la impresión del libro. Muy justo es presentar a aquella Institución nuestros agradecimientos por tan oportunos favores.

El imponderable precio que han alcanzado los materiales y que todo lo embaraza ha venido a alterar nuestros cálculos respecto al valor del libro. Por cuyo motivo, muy a nuestro pesar y con mengua quizá de nuestro decoro, se ha fijado en algo más el precio que habíamos acordado anteriormente.

Quito, Mayo de 1947.

JESUS VAQUERO DAVILA



Síntesis Histórica de la Cultura Intelectual y Artística del Ecuador

PREHISTORIA

I

El origen de las antiguas naciones indígenas que formaron el legendario Reino de Quito aparece como el de todos los pueblos de América envuelto entre las nebulosidades de la fábula. Las investigaciones efectuadas por Academias científicas y hombres versados en los diferentes ramos de las ciencias naturales han venido a demostrar, mediante excavaciones hábilmente dirigidas y el examen de los restos humanos encontrados en las diferentes capas geológicas, que la vida del hombre en América comenzó en épocas lejanas.

Estudios analíticos de aquellos restos fosilizados que se han verificado concienzudamente demuestran que razas distintas de las de hoy estuvieron establecidas; pero que todas ellas debieron ser originarias de un mismo hemisferio y que fueron diversificándose a través del tiempo y del espacio. Efectivamente, escrupulosas investigaciones etnográficas han venido a demostrar que agrupaciones humanas de idéntica procedencia étnica perdieron sus primitivos caracteres psíquicos y fisonómicos en fuerza de las condiciones ambientes; de los esfuerzos de la lucha por la existencia; de las calidades del suelo; de la salubridad de la atmósfera; de la portentosa vegetación de la naturaleza; de la magnificencia de la flora, y de la riqueza de la fauna. Todos estos factores han obrado con mayor o menor eficacia en el desarrollo y perfectibilidad de las agrupaciones humanas o en su estancación o retroceso.

Sin el auxilio, especialmente de la antropología, se mantuvieran, hasta hoy, entre las brumas del misterio las distintas fases recorridas por las primitivas agrupaciones humanas en su peregrinaje por la vida. De ahí que se conozca que su proceso de perfectibilidad comenzó: en cuanto abandonaron su vivir de nómadas y se convirtieron en sedentarias; en cuanto dieron principio a edificar la cabaña que les protegiera de las inclemencias de la naturaleza y de la voracidad de las fieras bravías; y en cuanto empezaron a domesticar determinados ejemplares de la fauna para su sostenimiento y trabajos labrantes.

Esta fase de aparente quietud, en la que las tribus han reprimido su ferocidad y cesado en su afán de exterminio, es la de mayores arranques y estímulos. Esta fase que, ciñéndose al valor etimológico del vocablo significa: vida de poca agitación y

movimiento y cierto estado psicológico de retraimiento o huraña procedente de mantenerse el individuo o grupo apegados al sitio en que viven; esta fase, repetimos, es de trascendental importancia artística, científica, sociológica, política, etc. etc.; ya que de ella brotan las diversas actividades que se diversifican y van engendrando un enjambre de luminosidades que abren nuevos derroteros a la inteligencia, la imaginación y el espíritu, por medio de cuyas manifestaciones se valoriza el nivel de cultura y civilización a que ha llegado un pueblo.

Partiendo de estos principios generales que se extienden a todas las civilizaciones primitivas y concretándonos a estudiar someramente las que estuvieron establecidas en los dilatados dominios del antiguo Reino de Quito, de las que se han ocupado con más o menos acierto nuestros historiadores y continúan ocupándose científicamente investigadores nacionales y extranjeros de merecimientos como el Dr. Rivet, el Dr. Max Hulle, Jacinto Jijón y Caamaño, el Dr. Ricardo Paredes, el Dr. Antonio Santiana; podemos afirmar que las diferentes naciones indígenas ecuatoriales, a pesar de pertenecer a un solo tipo racial y tener un común origen asiático, muchas de ellas han demostrado en su organización social y manufacturas extraordinaria abrillantación y perfectibilidad; en tanto otras se mantuvieron en un descenso orgánico y psíquico de absoluta inferioridad que les colocaba a gran distancia de las primeras. Y se explica esta agravación anotada si estuvieron establecidas en un medio inadecuado a su desarrollo mental y orgánico; y por otra parte soportaron las asperezas de una servidumbre impuesta por los caudillos de las tribus guerreras o por los pueblos invasores. La historia nos demuestra la terrible pena del *mitimayo* impuesta por los Incas en sus conquistas; pena que implica la más horrenda de las esclavitudes; ya que es la eterna despedida; la perpetua renunciación al suelo nativo; el atropello a las afecciones más bellas y elevadas del hombre. Penas de tal índole concluyen con las virtualidades éticas y psíquicas más nobles y exquisitas.

A estas causas obedecen los distintos caracteres físicos y aún las modalidades psíquicas que se observan en las razas aborígenes. Las acentuadas diferenciaciones cefálicas y somáticas que observan los antropólogos en nuestros aborígenes antiguos y aún en las tribus existentes en la región oriental y en la de Santo Domingo de los Colorados si provienen, en parte, de los cruzamientos que se han efectuado, según observa el profesor Dr. Antonio Santiana; ya por la emigración de las tribus, la mayoría de las cuales son nómadas; ya por la exogamia o sea la costumbre de tomar la mujer de otra agrupación social; ya por el traslado de las tribus a otros lugares con fines de cruzamiento; y finalmente por la guerra que impulsa a los vencedores a llevarse las mujeres de los vencidos como el trofeo más efectivo de la victoria. Del mismo modo es innegable que obedecen a las causas referidas anteriormente las modalidades raciales que marcan los investigadores. De igual modo deben tomarse en cuenta las deformaciones craneanas que tenían por costumbre

efectuar tribus de determinadas secciones para caracterizarse de otras.

Si varios antropólogos europeos sostienen con el eminente etnólogo Dr. Rivet que el indio americano tiene un triple origen racial, viniendo por ello a ser bien precisas sus afinidades étnicas y antropológicas; y si el continente americano recibió tres corrientes migratorias distintas: asiática, por el estrecho de Bering; australiana, por el polo Sur, y milanesa, por el Océano Pacífico; ¿no se verá en estas afirmaciones del Dr. Rivet otra de las causas que ha dado origen a los diversos caracteres físicos que se observan en pueblos indígenas de las diferentes zonas? Debe recordarse la aseveración del Licenciado Montesinos referente a la antiquísima tradición de los indios de Quito, de la que aparece que el año 600 después del Diluvio, vinieron por el Sur y Norte, por Mar y Tierra, grandes contingentes de hombres y poblaron SANTA ELENA Y PUERTO VIEJO. El Sr. Carlos A. Vivanco, miembro de la Academia Nacional de Historia, dice: Serán estas migraciones las iniciadoras de las primitivas poblaciones del Ecuador? O años antes ya existieron habitantes en territorio ecuatoriano? En la obra Origen de los Indios del dominicano Fray Gregorio García, citada por el mismo Sr. Vivanco, se alude a la procedencia de los Indios Americanos a migraciones de Cartagineses, Fenicios, Hebreos, Judíos, Chinos, Japoneses, Mongoles, Egipcios, Etiopes, etc. y se compara las costumbres, vestuarios, religión, idiomas, construcciones de casas y templos entre esas razas y las que existían en América; tesis que ya se comprueba, repite el mencionado Sr. Vivanco, mediante estudios arqueológicos y lingüísticos. Y como para racificar sus indagaciones transcribe el Sr. Vivanco lo aseverado por el Dr. Carlos Prince en lo concerniente a las primeras inmigraciones venidas de Europa a América, en los primeros tiempos postdiluvianos, en que fueron probablemente Griegos, Iberos y Romanos, y mucho más tarde Islandeses, Noruegos y Dinamarqueses; las provincias de Africa consistieron en Egipcios y Cartagineses; las originarias de Asia, quizá se formaron de Fenicios, Carios, Troyanos, Hebreos, Chinos y Tártaros.

El mestizaje resultante del cruzamiento entre razas aborígenes, de que anota el profesor Dr. Santiana en su estudio "Los indios de la Región Amazónica", es indudable que ha originado numerosas variedades, en las que se advierten pronunciadas diferencias fisonómicas y aún psíquicas que las alejan de sus ascendientes dando lugar a que se las clasificara como pertenecientes a razas distintas. Los acentuados caracteres físicos de las razas blancas que presentan los *Mayorumas* y los *Aguanos* del Sur del Marañón y caracterizados por barba poblada y espesa: ¿estas tribus no tendrán procedencia en las mujeres blancas, en las que estaban incluídas las religiosas del Monasterio de la Concepción, que se las llevaron los Jíbaros del Morona, Macas y Huamboyas de las célebres ciudades de Logroño, Sevilla del Oro y la rica villa de Mendoza las cuales las redujeron a escombros en el famoso levantamiento que tuvo por causa única la extremada codicia del Gobernador de Macas? Las tribus de

los Colorados de la región occidental reúnen caracteres fisonómicos que les aproxima mucho a la raza blanca y las separa de las orientales. No tienen otro parecido que la costumbre de la manta con la que se cubren el cuerpo, diferenciándose notablemente hasta en la lengua, la que no tiene ningún parecido con las que hablan las tribus del oriente, según afirman los que se han dedicado a estos estudios. Los caracteres físicos que aparecen en los Colorados ¿no obedecerán a idénticas causas de cruzamiento de tipos indígenas con mujeres blancas? La misma historia refiere que la exagerada codicia de los españoles movió a los indios a destruir por dos veces Guayaquil exterminando a todas las familias establecidas allí e internándose en las selvas con el apreciado botín.

Concuerda en el fondo, con las anteriores investigaciones de los doctos, lo que refiere el Inca Garcilaso de la Vega en cuanto a que cada provincia, cada Nación, cada pueblo tenía su *Lengua* por sí diferente de sus vecinos, llamándose amigos y confederados y teniéndose por parientes los que se entendían en un *Lenguaje* y los que no se entendían por la *variedad de las Lenguas*, se tenían por enemigos y contrarios y se hacían *cruel guerra* hasta comerse unos a otros. En lo que atañe a este estudio de las Lenguas aborígenes ecuatorianas el distinguido arqueólogo señor don Jacinto Jijón y Caamaño, con un afán y perseverancia nada comunes, ha cooperado valiosamente a solucionar en parte tan intrincado problema con su monumental obra "El Ecuador Interandino y Occidental antes de la Conquista Castellana". El General Luis T. Paz y Miño es otro investigador de mérito que tiene importantísimos estudios sobre tan escazosa materia. Y junto a estos compatriotas son dignos de elogio por análogas investigaciones: el Dr. P. Jaramillo Alvarado, Sr. Luciano Andrade Marín, Sr. Wilfrido Loor, Dr. Cordero Palacios, Sr. José Rumazo González.

No obstante los concienzudos estudios del Sr. Jijón y Caamaño en ramo tan complicado, el mismo declara en la página 414 de su obra citada lo siguiente: "Este no es el lugar adecuado para examinar el mosaico de lenguas, que era, al tiempo de la conquista, el vasto territorio en el que se usó el puruhá-mochica; sin pretender enunciar todos los idiomas que en él se hallaron, mencionaremos algunos, bosquejando, someramente, este complicado cuadro lingüístico". Lo expuesto por el Sr. Jijón y Caamaño confirma lo que refiere al respecto el Inca Garcilaso de la Vega. Y, el mismo benemérito arqueólogo afirma en otro lugar que una parte de los pueblos del litoral hablaban una lengua y otros otra distinta. Por lo mismo que se trata de hacer luz en la obscuridad que envuelve aún a las civilizaciones aborígenes y que estos estudios, por su misma índole, son áridos y desapacibles; por lo mismo se debería elogiar su labor. Si bien es cierto que son escasos los elementos que suelen apreciar, debidamente, entre nosotros, estos trabajos que propenden a levantar el nivel de cultura científica de la República. Sin embargo de los esfuerzos de nuestros compatriotas en tal sentido, todavía están por solucionarse problemas referentes a su origen o remotas vinculaciones étnicas con pueblos de lejanos continentes. El Dr.

Ricardo Paredes sesudo observador etnográfico y que reside algún tiempo en la provincia de Esmeraldas nos refería: que en los muchísimos objetos arqueológicos que había examinado detenidamente se encontraban bien marcadas las huellas de las diferentes civilizaciones que habían pasado por aquellos dominios nacionales.

Las anteriores opiniones de los antiguos cronistas y de los arqueólogos nacionales y extranjeros vienen a demostrar que las modalidades raciales y las distintas lenguas o dialectos que se advierten en nuestros aborígenes diseminados en las diferentes regiones de la República obedecen a esa ley fatal, citada al comienzo de este estudio, del medio ambiente en el cual concurren múltiples factores que obran con suma eficacia en el desarrollo y perfectibilidad orgánica y psíquica del individuo o individuos o en su depresión ética o psíquica o deformaciones orgánicas. La misma lengua experimenta serias modificaciones en fuerza de las afecciones atmosféricas de cada región. Entre nosotros se conoce fácilmente al habitante del clima ardiente, del frío y del templado por la mayor o menor fuerza de la pronunciación y ciertas variedades o modismos peculiares de la localidad. Con lo que se confirma, una vez más, que todo está sometido al influjo de factores de carácter universal que obran con ciega fatalidad en las distintas fases de los individuos y los pueblos.

II

Origen y caracteres de los primitivos pobladores del Reino de Quito.

El nombre del legendario Reino de Quito reúne los encantos y matices de misterio de aquellos Señores que allá, en remotos tiempos, aparecieron surcando las aguas y abriéndose paso por entre el laberinto de las selvas en busca de una región que participara de los embelesos de su soñadora fantasía. Después de un bregar impetuoso y agitado encontraron por fin un lugar que, por la diafinidad y hermosura imponderable de su cielo y su singular configuración geográfica, rodeado de escarpadas eminencias que le mantenían oculto a la mirada de los hombres, era el más propicio para establecer la sede de su famosa Monarquía. Por eso Quito, la Metrópoli del Reino de los Schyris aparece, a manera de crisálida, envuelta en un capullo de misterios y de símbolos, cuya interpretación ha dado origen a fantásticas divagaciones entre los doctos. Esa vaguedad de luces en que flota el alma de aquellos misteriosos Señores se refleja en el ambiente de la ciudad mística y sagrada desde cuyo regazo las sacerdotisas del Sol elevan al cielo sus cánticos entremezclados con los aromas de las substancias balsámicas extraídas de la floresta de la Amazonía. Como se palpa que en la mente de aquellos peregrinos Señores vibra el espíritu de hondo meditar de los constructores de la esfinge y pirámides de Egipto!

El nombre de la ciudad de Quito, según las indagaciones de los antropólogos, arqueólogos y lingüísticos, tiene su cuna en Egipto, China o en las Indias. En el estudio "Variedades" del Sr. Carlos A. Vivanco, que se encuentra publicado en el Boletín de la Academia Nacional de Historia N° 59, correspondiente a enero-junio de 1942, transcribe el autor los diversos pareceres de los investigadores nacionales y extranjeros que se han emitido acerca de la etimología del nombre de la antiquísima metrópoli. Hasta se afirma que más allá de la gran muralla de la China hay una provincia con el mismo nombre KITA, que es el de KITO o TITO, como le llamaban los indios, o QUITO, provincia dilatada o gran ciudad, corte de Atahualpa. Por estas interpretaciones dice el Sr. Vivanco: "Serán los QUITUS y los CARAS descendientes de los Chinos?"

Los conceptos aducidos por el naturalista Sr. Luciano Andrade Marín no dejan de impresionar por la honda raigambre que tiene en la entraña del quiteño la ciudad de su nombre. Los Indios QUITWA, expresa el inteligente observador, podrían, acaso ser clasificados como habitantes de las quebras, *ravine-dwellers*. Estos Indios seguramente llegaron a tener un verdadero y explicable culto a su *habitat*, semejante al culto a los astros que ellos mismos y sus sucesores los Incas lo tuvieron. Y, efectivamente, tiene sobrado fundamento el reflexionar del Sr. Andrade Marín sobre el *habitat* de aquellos indios, en cuya manera de expresar el paraie habitado por ellos, ve el apasionado amor del quiteño al suelo de sus idilios y ensueños: al suelo que para él no existe otro en el mundo. Y, para redondear sus consideraciones continúa: Los QUITWA, por ejemplo, nos presentan su más distinguida princesa con el nombre de TOA, mientras los Incas dan el nombre de QUILLACO a sus mejores princesas, ambas palabras como denominaciones femeninas. Hasta hoy se conserva, a través de Quechua de los Cas, del de los Incas, y del Castellano, el acento QUITWA de los Indios Quiteños".

La Princesa TOA que encarna el simbolismo más poético y misterioso de esa legión audaz de los QUITWA, que aparece vagamente entre las vaporosas tonalidades de la prehistoria ecuatorial, recibe ferviente culto en la conciencia del alma nacional. Pues, en la turquesa de sus exquisitas virtualidades supo vaciar el alma de sus héroes que, en las distintas fases de su historia, se sacrificaron por la independencia y libertad de su pueblo. La ciencia, que se precia de destruir las relaciones fabulosas engendradas por la fantasía humana para recrear el pensamiento infantil, no podrá borrar del alma quiteña el espíritu viviente de la célebre TOA, de cuya legendaria estirpe descendiende la princesa PACCHA que cautivó vivamente a Huaynacápac, Emperador del Tahuantinsuyo, e infundió en la entraña de su hijo Atahualpa las energías y heroicidades de aquellos Señores que, en su peregrinaje, luchaban a cada paso con los elementos desencadenados de la naturaleza. Timbre de orgullo es para Quito que se haga patente en su historia la figura aborigen de la Princesa Paccha que aprisionó con la fuerza de su espiritualidad al Monarca más altivo y esforzado de los Hijos del

Sol. Estuvo a gran distancia la Princesa quiteña de la peruana RAVA, madre de Huáscar, el elemento más astuto y ambicioso que contribuyó al rompimiento de los vínculos fraternos y a la rápida caída del famoso Imperio del Tahuantinsuyo.

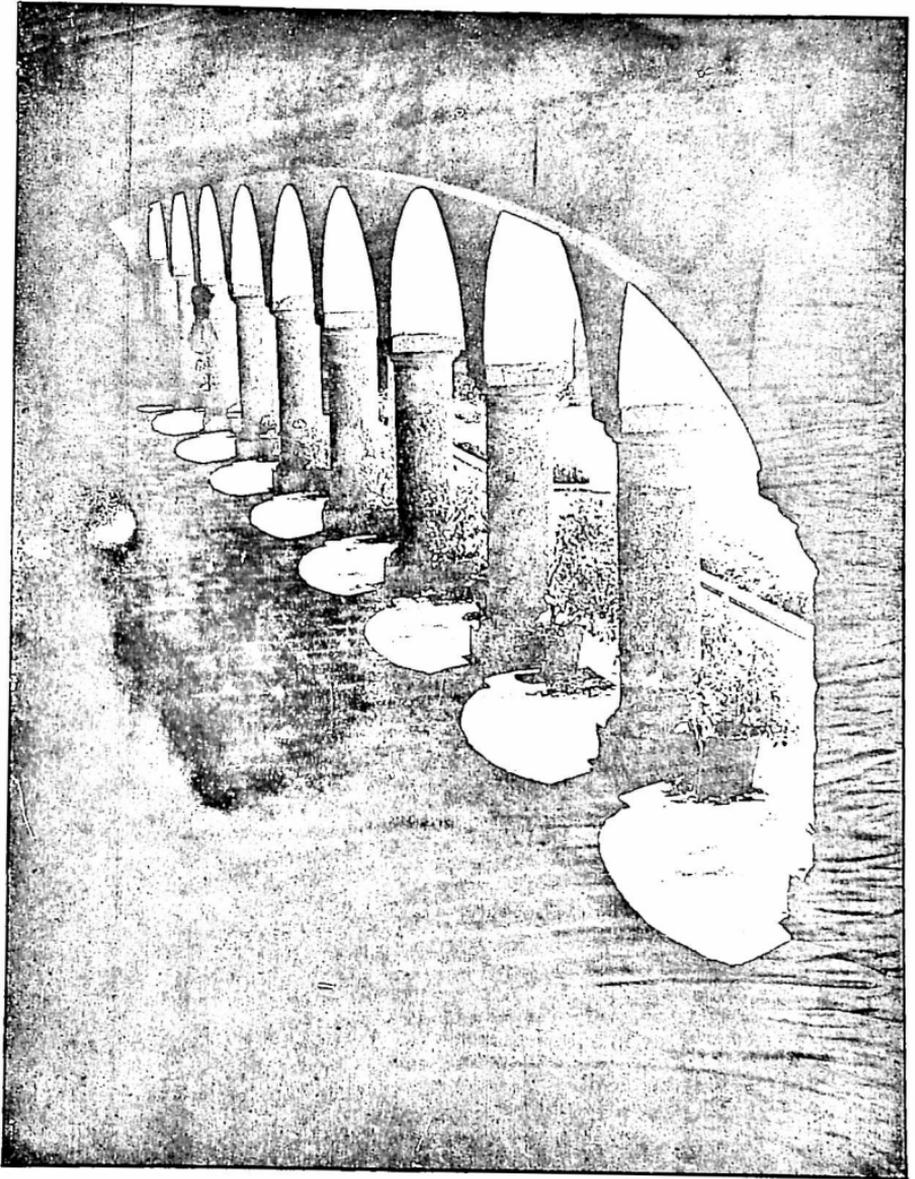
Sea que, por aquellos caminos terrestres que unían en remotos tiempos los antiguos Continentes con el Nuevo efectuáronse las diversas inmigraciones; sea que por el olaje impetuoso del embravecido mar hubiesen sido arrojadas a playas americanas; sea que huyendo de las guerras de exterminio encontraron amparo en estas dilatadas regiones de portentosa feracidad y de riqueza imponderable, que las cautivó profundamente; es lo cierto que esas regiones asiáticas de misteriosos Señores que son objeto, hasta hoy, de encontrados pareceres, dieron su nombre al Reino de Quito fundado por ellos. Poco importa la época de su llegada por más que la Geología, la Filología y Arqueología se empeñen en fijarla y determinar su origen y existencia y descubrir las vinculaciones consanguíneas entre las naciones indígenas de América. Si bien, aún las afirmaciones de los científicos en tal sentido carecen de fundamento, cuando no son brote de la entereza y honradez. En el "Reconocimiento Arqueológico del Alto Ecuador Austral" efectuado por los arqueólogos norteamericanos señores Donald Collier y Jhon V. Murra, de que da cuenta el Sr. Aníbal Buitrón Chaves en la página 153 del Boletín de la Academia Nacional de Historia, correspondiente a enero-junio de 1942.—Vol. XXII, se afirma que el Dr. Max Uhle, de reconocida fama científica, su labor en el Cañar se redujo a comprar, sin efectuar excavas, objetos arqueológicos pagando por ellos los mejores precios. Y que, un trabajo realizado con tal base forzosamente tiene que adolecer de muchas fallas; "y, todavía la acusación más grave es que de la cerámica nuestra únicamente la que más le conviene para afianzar y comprobar su teoría acerca de la procedencia centroamericana de los que fabricaron esta clase de cerámica". Tal revelación confirma nuestros anteriores conceptos.

Precisamente, varios de los que militan en los campamentos opuestos al historiador Juan de Velasco sólo por un afán de singularizarse y hacerse eco de las apreciaciones desfavorables y un tanto ofensivas emitidas por el español Marco Jiménez de la Espada, Max Uhle, Monseñor González Suárez, Jacinto Jijón y Caamaño y algún otro, hánse avanzado, con frases altamente ofensivas a la integridad del historiador, a vituperar su credulidad referente a la dinastía de los SCHYRIS sin poseer para tan intrincado asunto, los sólidos conocimientos científicos que se requieren para dilucidar todo un problema que se relaciona con los orígenes de la Nacionalidad Ecuatoriana. El mismo Sr. Jacinto Jijón y Caamaño en la página 74 de su imponderable obra "El Ecuador Interandino y Occidental antes de la conquista castellana" declara: "No puede dudarse que fueron envidiables las condiciones en que se encontró el P. Juan de Velasco, antes de 1767 para escribir la Historia del Reino de Quito; más la Providencia Divina no quiso que entonces terminase la obra para la que con tanto afán se había preparado". Y, en la página 71 de la misma obra citada, refiriéndose al Índice de los tres

tomos de la "Historia Moderna que copió del original el Sr. Dn. Gonzalo Zaldumbide y se publicó en el Volumen Segundo del Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos, se expresa: "A nuestro juicio debe ser esta la obra de más importancia de las que escribió Velasco y su publicación sería el mejor tributo que podría ofrecerse a la memoria del Herodoto ecuatoriano". Sin embargo del altísimo concepto histórico que le merece al Sr. Jijón y Caamaño nuestro compatriota el P. Juan de Velasco, no se recela de acusarle de crédulo y falaz, afirmando, en la página 82 de su misma obra, que no conoció los escritos de Bravo de Saravia ni leyó las obras de Fray Marcos de Niza que cita en prueba de la existencia del Imperio Cara.

Muy sensible es que escritores ecuatorianos de merecida fama se entreguen con ahinco a la ingrata labor de empañar la reputación histórica de uno de nuestros más esclarecidos compatriotas. ¿Qué ambición; qué interés; qué propósitos perseguía el expatriado religioso para ingeniarse a fingir toda una dinastía de los SCHYRIS? Pensar que un hombre de la probidad y sólida cimentación ética de Velasco forjó la historia de los SCHYRIS movido de su amor a la Patria y por su deseo de engrandecer la civilización del Reino de Quito; es discurrir con mentalidad de los historiógrafos peruanos. Por mucho que se empeñen en destruir aquella célebre Monarquía no lo conseguirán; ya que posteriormente estudios científicos confirman las relaciones prehistóricas de Velasco. El mismo benemérito arqueólogo Jijón y Caamaño reconoce disimuladamente las relaciones históricas de nuestro compatriota cuando en la página 188 de su obra tantas veces citada dice: "No es necesario dar crédito a las leyendas transmitidas por el P. Juan de Velasco acerca de la existencia de un reino Cara, gobernado por una serie de Chyris, que mediante campañas felices, o merced a venturosas combinaciones diplomáticas, hubiese dominado en gran parte del Callejón interandino del actual Ecuador, hasta la Conquista Incaica, para afirmar que en el Norte de lo que llegó a ser con la evolución de la historia del Reino de Quito, vivió durante siglos un pueblo, que bien puede llamarse de los Caras; en efecto en esta región existen toponimios tales como: Caranqui o Carangue (*karanki, karrangue*), que fue asiento de uno de los cacicazgos más importantes de Imbabura. . . ."

Pretender presentar como sólida argumentación que Velasco dió asentimiento a la fabulosa concepción de la dinastía de los SCHYRIS para que la Patria también contara con una civilización aborígen que rivalizara con la de los INCAS; es dar señales de una pueril manera de raciocinar. Ventajosamente son escasos los que piensan en esa forma de Velasco. Varios de los que militaban en campamentos contrarios se han abanderizado a los del ilustre compatriota. El Dr. Luis Felipe Borja, individuo de número de la Academia Nacional de Historia, en la página 6.—III.—de sus Apuntes Histórico-Biográficos.— El Dr. Antonio Borrero y Cortázar, al transcribir en su estudio los conceptos del P. Velasco y los de González Suárez respecto de la hermosura de la naturaleza de Cuenca se expresa: "Y Gonzá-



lez Suárez, el más notable de nuestros historiadores modernos, como lo fue Velasco en la época colonial"... Luego todos aquellos que antes participaban de las opiniones de los opositores de Velasco hoy reconocen su veracidad histórica, y aceptan sin reservas la existencia del Reinado de los SCHYRIS. Por entre el fondo de las fabulosas relaciones referentes a la fundación de Quito efectuada por el Hijo del Cacique Tumbé, llamado QUITUMBE con su hijo THOME, a la del Reino del Cuzco por su otro hijo GUAYANAY con su hijo ATAU, padre de MANCO-CAPAC, se reconoce que uno y otro reino fueron fundados en remotos tiempos por una misma familia, teniendo uno y otro el mismo origen.

¿No es verdad que, no es muy aventurado suponer, de ese tronco étnico que sustenta con su savia vigorosa sus renuevos que se extendieron por diversas regiones y fueron siglos más tarde sojuzgados por *Grandes Tropas de Gentes* que entraron por mar y tierra, subsisten en las generaciones indígenas de hoy ciertos rasgos raciales que atestiguan su lejana procedencia? ¿No es verdad que miles de años después del universal cataclismo geológico que inundó la tierra aparecen ya, según indígenas leyendas, rebelándose los *Quiteños* contra el Rey del Cuzco PACHACUTI, que conquistó hasta la provincia de KITU? ¿No es verdad que la fabulosa relación de haber marchado con su poderoso ejército el Cacique de KITU CHIMPOTOME para vengar la ofensa irrogada a su Hija por el Inca descubren las antiguas rivalidades entre KITUS y CUZQUEÑOS, a pesar de la identidad de origen, de idioma, de cultura política y religión? No obstante haber sido fundados por una misma familia KITU y la Monarquía del CUZCO ya aparecen, desde aquellas lejanías históricas, perfectamente caracterizados el temperamento y espíritu de uno y otro pueblo en fuerza de la situación geográfica y las condiciones ambientes. Ya se presenta el Inca Cuzqueño solazándose en atropellar la integridad señoreal de la Hija del Cacique; en tanto el KITU marcha con un poderoso ejército al Cuzco para vengar tamaño ultraje. ¿No es verdad que en el fondo de estas fabulosas narraciones palpita vigorosa el alma del pueblo peruano de hoy?

III

Diferencias esenciales en la organización política, creencias religiosas y culto entre los Schyris y los Incas.— Reafirmación de la Monarquía de los Schyris; su civilización y estado de cultura artística.— Unificación de las dos monarquías.

Si remontándose a inciertas edades las relaciones mitológicas indianas refieren que KITU y la Monarquía del Cuzco se instituyeron bajo el dominio de una misma familia venida de lejanos hemisferios; lo que sorprende, efectivamente, es la diferencia esencial que se advierte en el establecimiento político, religioso y social de cada uno de aquellos Estados. El legendario Manco-Cápac, denominándose Hijo del Sol, funda su famoso Imperio sobre base que guarda correspondencia con su origen divino. Sus súbditos ven en él, no al hombre, sino al ser extraordinario y muy diferente de ellos al cual están en el imperioso deber de rendirle culto. He ahí un pueblo esclavo sin voluntad y sometido fatalmente a los caprichos y supremos mandatos de su Emperador. Y, siendo su Soberano de procedencia divina los dominios del imperio son de su exclusiva pertenencia, siendo de sus atribuciones señalar los espacios de tierra que debían ser cultivados por la clase labriega para el sostenimiento del Monarca y del Sol y de las diversas clases sociales en que estaba constituido el Imperio.

Manifestándose con atributos propios de su origen divino, venía de hecho a constituir el sacerdocio una casta privilegiada por cuya intercesión alcanzaban los súbditos, el pueblo las gracias o favores del descendiente del dios Sol, del Emperador. Como encarnación del Estado era el Monarca la realización de la presciencia y del deber. En tal concepto erguía en la cima de ese extraordinario organismo piramidal en el que consiguió establecer el Estado mediante el nexo férreo de un sistema decimal de grupos de familias cuyas funciones y vigilancia estaban confiados a jefes encargados de velar por el cumplimiento de los mandatos del Cuzco y el desempeño de la respectiva misión social señalada por el órgano de la colectividad que era el Inca. El sistema comunista que había establecido en beneficio de su propia glorificación movíale: a atender a todos y cada uno de sus súbditos; reglamentar su trabajo; distribuir equitativamente los frutos agrarios y manuales; mirar por el funcionamiento de los órganos del Gobierno, la administración civil y militar, la religión.

Con sobrado fundamento, concretándose a estudiar en sus diferentes aspectos el régimen comunista implantado por la civilización incásica, dice sesudamente el escritor Julio E. Moreno en la página 302.— La tesis libertista.— de su importante obra "El Sentido Histórico y la Cultura": el tan ponderado comunismo incásico fue complemento del régimen de castas absolutistas y teocrático. Antes que una institución económica, la tenencia y explotación terrícolas comunales representaron un

mecanismo político social cuyos primeros aprovechadores eran el monarca con las numerosas familias nobles, y el sol y sus clases sacerdotales". Con demasiada ponderación hablan de la bondad del sistema cuantos comulgan con aquellos ideales, sin percatarse que ese aparente bienestar biológico apaga las más bellas actividades psíquicas relacionadas con el pensar y el sentir humanos. El individuo carente de conciencia y de autonomía se diluye en la colectividad sin dejar el menor vestigio de su paso por el mundo. En aquel régimen no existen genios ni intereses privados. Cada cual desempeña ciegamente su misión social respectiva sin que le sea dable exteriorizar sensación alguna desagradable por su rudo y fatigante trabajo".

Ordinariamente se expresa que es el comunismo de Estado más perfecto; ya que suprimiendo la propiedad privada y no existiendo comercio ni moneda se eliminaba la fuente de todo litigio civil, comercial o criminal y desaparecían las causas que entorpecían el convivir en una solidaridad absoluta y desempeñando una función social en una organización comunista igualitaria y fraternal. Pero olvidan los sostenedores del comunismo incaico que si las leyes biológicas son fatales; las necesidades del espíritu son igualmente imperativas y con dificultad podían ser atendidas por el Estado incásico, en que era el destino mismo y los súbditos se sometían a esa idea de modo tan absoluto que renunciaban a pensar siquiera en sí. Por mucho que despierte asombro el sistema de Gobierno instituido por la civilización incaica, siempre es una organización social primitiva y absolutamente autoritaria y autocrática en que las actividades desarrolladas por las clases trabajadoras son absorbidas por el Soberano, la nobleza, el sacerdocio y la milicia. ¿Dónde reside ese inalterable bienestar que disfrutaban las muchedumbres indígenas si los frutos del agro y de sus labores manuales beneficiaban más directamente a las clases privilegiadas establecidas por el Monarca hijo del Sol? Desde allí viene soportando el indio el más áspero de los tutelajes cuya liberación constituye un grave problema, hasta el día de hoy, en la Nacionalidad Ecuatoriana.

Estas organizaciones político-sociales, que parecen sembrar de bellos ensueños la conciencia brumosa y cubierta de espinas de clases azotadas desapiadadamente por el infortunio y la miseria, son las que ofrecen quizá del mismo Estado que afecta remediar sus dolores mayores durezas y gravámenes tributarios. Hoy en esta nueva fase en que va ya a entrar de lleno la humanidad, con este cataclismo sin precedentes en la historia del mundo, parece que los agentes que tenían el predominio económico y social de los pueblos cederán sus preeminencias y privilegios en beneficio colectivo. Entonces de esa nueva situación de mayor equilibrio económico y social, de una convivencia de armónicos anhelos y aspiraciones resultante de una estructuración fundada en la equidad, la justicia, el orden y el miramiento sin limitaciones a la personalidad individual; entonces en esa fase un tanto descargada de asperezas e injusticias sociales se sosegará en lo posible el alma perpetuamente acongojada de las clases proletarias.

La civilización incaica o de los Hijos del Sol ya hemos

visto que fundó su gobierno en lo divino, en el sacerdocio, en la soberanía de un Monarca que se tituló Hijo del Sol y de origen divinal. No así la civilización de los Schyris cuyo Gobierno fundaron los aborígenes quiteños en normas más humanas y muy diferentes de las de los Incas que se denominaron Hijos del Sol, estableciendo un distanciamiento infinito entre el pueblo y el Soberano e instituyendo los privilegios de clases.

La civilización de los Señores del Reino de Quito, tenazmente combatida por elementos apasionados que niegan aún su existencia atribuyéndola a la fantasía del Padre Juan de Velasco, su Gobierno estaba más cerca del pueblo desde que sus Monarcas se denominaron Señores y no se presentaron como de origen divino. Adoraron como los Incas al Sol y a la Luna y los levantaron templos para rendirles perpetuo culto como a sus dioses. En ningún momento pretendieron apoderarse del pensamiento y la conciencia de las muchedumbres y tenerlas esclavizadas como los Soberanos Hijos del Sol. Bajo ningún concepto explotaron en propio beneficio la credulidad de sus súbditos y aparecer ante ellos cubiertos de velos de misterio. En las luchas que sostuvieron desde muy antiguo con los ejércitos invasores de los Incas, a la cabeza de sus tropas llenos de ardimiento patrio defendían su integridad y el sacro suelo de sus lares. Supieron aquellos Señores infundir heroísmo y disciplina en el espíritu de su pueblo y hacerle comprender el enorme valor moral de su independencia. Honran en grado altísimo sus alucciones militares en las que vibran el alma de veras patriota y guerrera; el alma que se enardece e irrita ante la audacia e injusticia de ver hollados sus dominios por la planta del invasor. La actitud altiva de los príncipes quiteños sorprendió en sumo grado a los mismos Conquistadores peruanos, quienes no creyeron encontrarse con Monarcas que doblegaron su altivez ante su poderío militar. Prefirieron morir en el campo de batalla, con las armas en la mano, antes que pasar por la humillación de perder su libertad y autonomía.

Si en la guerra los Soberanos del Reino de Quito manifestaron energías y aptitudes poco comunes; en otros ramos dieron muestras de no estar muy detrás de la civilización de los Incas. Se sirvieron de los *quipo* para sus relaciones históricas y de los *nomones* o columnas astronómicas para las divisiones del tiempo. En cuanto a sus capacidades artísticas no fueron inferiores a las de los Incas, sus invasores, tan ponderadas por los cronistas antiguos y los arqueólogos que se han esmerado en clasificar los objetos variados de su cerámica para descubrir por su estilo y manera de estilización su origen o conexiones étnicas. Los magníficos objetos de barro diestramente esmaltados, en los que se repara una cuidadosa observación de la naturaleza, son atribuidos al arte incásico, que prevaleció con el dominio que tuvo en el Reino conquistado. ¿Porqué se han de atribuir esos objetos al ingenio de los Hijos del Sol y no a los Hijos del Reino de Quito? Si los quiteños se ingeniaron en taladrar las esmeraldas y dar al cobre el mismo temple del acero: si fueron hábiles orfebres y llevaron sus observaciones hasta los astros para su calendario; ¿Porqué aseverar que los objetos encontra-

dos en las excavaciones efectuadas por los arqueólogos en el Reino de Quito son pertenecientes a la civilización incaica? Ese carácter particular que consiguieron los Incas comunicar a sus obras pudieron muy bien los aborígenes quiteños imprimir en las suyas. De propósito no han querido ver en esas obras huellas del arte quiteño para negar la existencia de la civilización de los Schyris sostenida por Velasco. Pero los restos de edificios encontrados por el doctor Max Uhle en las excavaciones de Cochasquí ya vienen a desvirtuar el antiguo concepto y reafirmar que son pertenecientes al reinado de la madre de Atahualpa. En los dominios de Manabí y Esmeraldas, en los cuales no se hizo sentir el influjo de la dominación incásica, los objetos esculturales encontrados en aquellas secciones despiertan admiración por la maestría en los movimientos y la manera vital y precisa con que están expresados las diversas situaciones de espíritu o los afectos humanos. Por todo eso se deduce que los aborígenes ecuatorianos tuvieron en su seno operarios de aventajadas condiciones artísticas. Los mismos cronistas antiguos refieren lo maravillado que quedaron los mensajeros del conquistador Francisco Pizarro con las copas de oro, en las que les hizo servir el refresco el Emperador Atahualpa. La historia refiere la extraordinaria riqueza que contenían los templos con sus magníficas decoraciones de oro y plata. Y, en arquitectura, si no dieron muestras en sus construcciones de buen gusto, en cambio resolvieron problemas de suprema audacia en los puentes y calzadas que efectuaron en su famoso camino real que unía la Metrópoli del Reino de Quito con la Capital del Imperio del Cuzco. Sus templos, fortalezas y cuarteles propendían a lo grandioso por el predominio de los macizos y daban la apariencia de ser contruídos de un solo bloque por una especie de betún que empleaban en las juntas, con cuyo procedimiento obtenían tal consistencia que resistían a los accidentes más violentos.

Por mucho que se empeñen en sostener que los objetos encontrados en las excavaciones verificadas en diferentes regiones de las provincias ecuatoriales son pertenecientes a la civilización incaica, no lo podrán alcanzar. Estudios posteriores vienen a comprobar que muchos de aquellos hallazgos arqueológicos corresponden a otra civilización. Y si nos ceñimos a las antiguas relaciones históricas debemos recordar la grata sorpresa que experimentó el conquistador peruano Huayna-Cápac al encontrar en el Reino de Quito ritos y costumbres idénticos a los de su Imperio. Luego no es muy arriesgado suponer que los aborígenes quiteños en la elaboración de los objetos de su cerámica emplearon los mismos procedimientos artísticos de los tan afamados de los Incas. Habla muy en favor de la civilización de los Schyris: el haber elegido la Metrópoli del Reino de Quito para sede de su corte el Emperador del Tahuántinsuyo y escogido por su legítima esposa a la Princesa quiteña, cuyas primorosas virtualidades espirituales le mantuvieron cautivo hasta la muerte al ensoberbecido Monarca Cuzqueño.— Sólo por estas prerrogativas y vinculaciones contraídas procedieron los ejércitos quiteños a reconocer como su Soberano al famoso conquistador Huayna-Cápac.

IV

Condición moral de Atahualpa.— Disposiciones testamentarias de Huayna Cápac referentes al Imperio.— Discusiones entre Huáscar y Atahualpa.— El Soberano quiteño vence a los ejércitos peruanos y se declara Emperador del Tahuantinsuyo.— Atahualpa simboliza la nacionalidad Ecuatoriana.

De este matrimonio efectuado no solo por conveniencias de alta política sino por los imponderables atractivos físicos y espirituales de la Princesa Quiteña, que la conceptuó digna de regir con élla los destinos de estos pueblos, nació el Príncipe Atahualpa, a quien su padre la amara con apasionamiento. Solazábase el Soberano en observar las gracias de su niño. A medida que crecía veía que iban acentuándose en él los rasgos fisiológicos reveladores de la psicología señorial, marcial y dominadora de sus mayores. Por eso esmeróse en educarlo personalmente. Y ya en la edad juvenil su asombro fué mayor palpando que su hijo le aventajaba en muchas cualidades morales, políticas y varoniles del mandatario de verdad. No obstante su afecto de padre conoció la enorme diferencia que existía entre su hijo Atahualpa y Huáscar, Príncipe afeminado y que no reunía las características morales del Soberano destinado a regir los destinos de un gran Imperio.

El tino y la habilidad política de Atahualpa le conquistaron el afecto de sus súbditos. El célebre General cuzqueño Quisquis y el ejército de Orejones que se encontraban en la Metrópoli del Reino de Quito junto al Emperador Huayna-Cápac decidieron quedarse definitivamente a órdenes de Atahualpa, a quien le llegaron a estimar cumplidamente por sus singulares prendas espirituales.

El famoso Emperador del Tahuantinsuyo, Huayna-Cápac, desde que fue reconocido por los ejércitos quiteños como su Soberano, en virtud de su matrimonio con la Princesa hija heredera del último de los Schyris que murió en el campo de batalla, no regresó al Cuzco. En Quito vivió recreándose en la esplendor de su cielo e imponderable bondad de su clima. Por eso procuró hermosear la ciudad con suntuosos templos y palacios. Sintiéndose gravemente enfermo dispuso que su corazón lo guardara Quito y su cadáver se lo llevasen al Cuzco, a que se lo sepultase en la tumba de sus mayores. En su testamento celebrado en presencia de los Señores de la corte, tomando en cuenta la justicia y los derechos de su hijo Atahualpa al Reino de Quito de su madre y aún para prevenir futuros disturbios intestinos, dispuso que el Reino de Quito fuese gobernado por él; y el Imperio del Cuzco por su hijo Huáscar.

Profundamente sentida fue en todo el Imperio la muerte de Huayna-Cápac. Su cadáver embalsamado fue expuesto a la pública veneración por espacio de veinte días, terminados los cuales fue llevado al Cuzco por más de mil vasallos, y su cora-

zón depositado en el templo del Sol conforme a sus disposiciones testamentarias. Acto continuo verificóse la coronación de Atahualpa con esplendor y solemnidad. Los pueblos quedaron regocijados al ver en el mando un Monarca de la ilustre descendencia de los Schyris y que reunía las características de distinción y nobleza de los Hijos del Sol. Parecía, efectivamente, que este joven que llevaba en su naturaleza las cualidades espirituales de los Incas y de los Schyris estaba destinado a regir los destinos de su famoso Imperio.

Huáscar en sus adentros experimentaba terrible disgusto por la división del Imperio efectuada por su padre. Estaba muy lejos de comprender los alcances políticos y la equidad con que procedía Huayna-Cápac en sus disposiciones testamentarias. Tendía nada menos que a evitar futuras disensiones fraternas. Atahualpa con la habilidad y cordura con que procedía en sus actos disimuló cuanto le fué posible las intimaciones amenazantes de su hermano Huáscar, Príncipe que se manifestó agresivo y desleal excitado por las ambiciones de su madre Rava. No podía convenir que su hijo en quien ejercía ella dominio absoluto fuese solamente Soberano del Cuzco. Con suma prontitud envió mensajeros encargados de insurreccionar las poblaciones del Cañar contra Atahualpa, su legítimo Soberano. Así que estalló la rebelión juntó Atahualpa a los Grandes y Señores de su Reino que concurrieron al testamento de su padre. Reunido el Consejo pidióles su parecer respecto a las disposiciones de su padre y los límites de su Reino. Unánimemente contestaron que los dominios dejados por su padre como herencia de su madre comprendían a más de los de Cañar los que seguían hasta Paita, y que urgía levantar tropas para reprimir las pretensiones separatistas y defender las linderaciones e integridad del Reino restituido por su padre.

Entusiasmóse Atahualpa con el dictamen de la Junta. Se le presentó una ocasión propicia para demostrar sus grandes capacidades marciales. Ordenó que las tropas marchasen bajo el comando de los Generales Quisquis y Calicuchima y él siguióles con el ejército de voluntarios. Por el camino fue recibiendo demostraciones de aprecio y rendido vasallaje. Ya en Tomebamba recibió Atahualpa un emisario de Huáscar con instrucciones de manifestarle que amistosamente le reconvenía que desocupase aquellos territorios que no debía poseerlos y que eran de su pertenencia. Reconvenición tan atrevida y audaz y que envolvía una declaratoria de guerra tenía que ser rechazada por un Príncipe altivo y pundonoroso. Atahualpa quedó sorprendido y en aquella actitud de su hermano Huáscar vio claramente la obra de la astuta y ambiciosa Rava. Con el talento y la sagacidad política que le caracterizaba en sus actos contestóle: que el Reino que poseía fue de sus abuelos maternos, del cual su padre lo declaró con justicia heredero, según testimonio de cuantos concurrieron a la celebración de su testamento. Y que, en tal virtud, no tenía porqué desocupar una provincia que formaba parte de su legítima herencia.

El astuto mensajero de Rava afectando simpatía y singular estimación por Atahualpa se detuvo algunos días cumplien-

do secretas instrucciones de la madre de Huáscar. En cuanto hubo terminado su obra nefasta de insurreccionar a los cañares contra su legítimo Soberano envió aceleradamente un posta a Huáscar pidiéndole la inmediata remisión de dos mil orejones. Así que llegaron produjo el incendio en proporciones inesperadas. No se imaginó Atahualpa que el embajador de paz peruano fuera el jefe principal de las fuerzas invasoras. Volvióle a reconvenir el Monarca Quiteño, a fin de que en la mejor armonía le dejase libre el país que estaba incluido en su legítima herencia. El mensajero de Rava juntamente con los cañares le contestaron que esos dominios eran de Huáscar heredero universal de su padre, y que no lo abandonarían ni con la muerte. Ante tan amenazante respuesta vióse precisado Atahualpa en dar la batalla. La mortandad de parte y parte fue monstruosa; mas de manera repentina fué atacado por un considerable ejército de reserva peruano y fué fácilmente destruído y tomado prisionero.

El Príncipe quiteño en medio de sus contratiempos bélicos tuvo la suerte de que guardara prisión en una cámara del mismo palacio de Tomebamba. Aprovechándose de la embriaguez en que se encontraba el ejército victorioso escapóse en alta hora de la noche sin ser sentido de las guardias que lo vigilaban. Así que llegó a la Capitl del Reino de Quito juntó a los Grandes y Señores de la Corte y refirióles la tragedia acaecida y la necesidad de continuar la guerra provocada por su hermano Huáscar. Unánimemente contestaron que estaban resueltos a sacrificarse en su servicio. Atahualpa fue arrastrado a la guerra más cruenta y desapiadada por la injusticia grande de Rava que se opuso tenazmente a que su hijo Huáscar reconociera las equitativas disposiciones testamentarias de su padre. Formóse un ejército de sesenta mil combatientes cuyo comando lo tuvieron los expertos Generales Quisquis y Calicuchima y otros célebres del Reino entre los que se encontraba el intrépido Rumiñahui. Al centro de su ejército marchó Atahualpa.

El General en jefe de las armas del Imperio de Huáscar inquietóse en sumo grado con la aproximación del ejército de Atahualpa, ya que conocía que el Príncipe Quiteño era un digno sucesor de Huayna-Cápac, su padre, en su arrojo y prendas militares. Dispuso que los cañares saliesen a atacarlo y precaverse él y sus tropas, quedándose en Tomebamba, de la impetuosidad de la ofensiva. Desde los confines de la provincia del Cañar comenzaron las batallas y todas fueron desastrosas para las armas peruanas. A cada paso fue sembrando el pánico Atahualpa con los grandes daños causados en el campo enemigo. Enfurecido pasó a cuchillo a sesenta mil cañares recordando el Monarca Quiteño las repetidas traiciones hechas a su abuelo el Rey Cacha y a él mismo. Inmediatamente pasó a Tomebamba que estaba convertida en una verdadera fortaleza y con bastantes tropas para defenderla. En la llanura inmediata estuvo al comando de cincuenta mil hombres el mensajero de Rava, esperando huír al primer descalabro. El ímpetu de la ofensiva de Atahualpa fue tan monstruoso que el inmenso campo quedó cubierto de cadáveres y el General de Huáscar hecho prisionero. En

seguida puso sitio a la ciudad de Tomebamba y la destruyó totalmente sin que quedara la menor huella de su pasada grandeza. Con los Isleños que salieron con un poderoso ejército a encontrarlo en el golfo de Guayaquil se trabó una batalla naval demasiado sangrienta y funesta para ambos combatientes quedando los Isleños completamente destruidos y derrotados.

Encontrándose Atahualpa en Cajamarca, a donde se dirigió para atenderse de una grave herida, recibió la noticia de la muerte de la madre de Huáscar, quien no pudo sobreponerse al pesar que tuvo al saber los repetidos fracasos de los ejércitos de su Imperio. Allí mismo informóse de un hermano de Rava que venía con un buen ejército para aniquilar al Rey de Quito y cortarle personalmente la cabeza. Atahualpa tan acostumbrado a la vida marcial se mantuvo sereno sin experimentar sensación alguna. Al instante marchó a la cabeza de sus tropas ofreciéndole al jefe enemigo la oportunidad de que cumpliera su vehemente deseo. Dióle la batalla en una llanura y fué la más terrible y siniestra para el vanidoso Jefe peruano; pues, tuvo la mala suerte de caer prisionero y ser cortado la cabeza.

Con las varias victorias que obtuvo Atahualpa sobre los ejércitos de Huáscar quiso darle aún una prueba más de su positivo afecto fraternal expresándole que suspendería sus operaciones militares hasta que reconociera la gravedad de su situación y procediera a celebrar un tratado solemne, en el cual se fijasen los verdaderos límites de las dos Monarquías de acuerdo con la justicia de su causa. Pues, caso de negarse a ello se vería muy a su pesar, precisando a continuar la guerra hasta que la suerte de ella decidiese sobre todo el Imperio. Huáscar estuvo muy lejos de comprender la grandeza moral de su hermano Atahualpa. Vaciado en la turquesa de egoísmos y ambiciones de su madre Rava conocía al Príncipe del Reino de Quito a través de las pequeñeces de su espíritu. Creía que su hermano le proponía aquellos arreglos por cobardía o por móviles insidiosos. De ahí que sus respuestas fuesen impolíticas y amenazantes. Por otra parte Huáscar pretendía marchar personalmente con un poderoso ejército sin pensar que Atahualpa aventajaba en valor y conocimientos militares a los más expertos Generales del Imperio. Las hirientes contestaciones de Huáscar movieronle al Monarca Quiteño a ordenar a sus Generales Quisquis y Calicuchima que continuasen invadiendo los dominios del Cuzco. En el espacioso sitio de Quipaypán, cercano a la Metrópoli del Imperio de Huáscar se avistaron los dos ejércitos. Fue excesivamente más numeroso el peruano; pero la táctica desarrollada por los expertos Generales de Atahualpa fue tan magistral y precisa que el Emperador Cuzqueño sin darse cuenta cayó prisionero con toda su guardia imperial.

Declarado el rendimiento incondicional del ejército peruano fue aclamado Atahualpa Monarca único y absoluto de todo el Imperio del Perú. Desde ese instante añadió a su corona las insignias imperiales de sus ascendientes paternos. Atahualpa, arrastrado contra su querer a una obstinada lucha de exterminio por la terquedad e injusticia de su hermano Huáscar y las

desmedidas ambiciones de Rava, fue el Príncipe Quiteño que, con sus repetidas victorias vengó los antiguos ultrajes inferidos a sus abuelos maternos por los Incas, reconquistando su honor y la integridad de su Reino. Desde aquellos tiempos proceden las controversias limítrofes entre los dos pueblos, habiendo tolerado el Ecuador en holocausto a una falsa deidad denominada Panamericanismo un verdadero descalabro en sus dominios orientales, sin que hubiese tenido en su intensa soledad pueblo alguno que reprobara aquella iniquidad consumada en Río.

Por las singulares capacidades morales y espirituales que reunía Atahualpa; por ese extraordinario civismo que avivó su alma; por ese batallar sin tregua que sostuvo largo tiempo contra los perpetuos invasores de su Patria; por haber recobrado la dignidad y poderío de los grandes Señores del Reino de Quito; por todo eso se le tiene a Atahualpa por el símbolo de la Nacionalidad Ecuatoriana. El Soberano aborígen fue efectivamente el esforzado Capitán que consiguió quebrantar la fuerza y vigor de las huestes invasoras de los Hijos del Sol. La mentalidad peruana tenía que desfigurar los sucesos históricos de este Monarca digno Hijo de Quito y presentarlo como hijo bastardo del conquistador Huayna-Cápac y cuyas ambiciones le arrastraron a declarar la guerra a Huáscar, legítimo Soberano del Imperio, y proclamarse Emperador del Tahuantinsuyo. Y Atahualpa no fue, ajustándose a la verdad histórica, ni hijo adulterino ni Príncipe ambicioso. Según las leyes del Imperio el Soberano podía contraer matrimonio o elegir hasta cuatro mujeres por legítimas esposas. Y, la Princesa Paccha, hija única del último de los Schyris del Reino de Quito, fue escogida por esposa y no por manceba por el Emperador Huayna-Cápac. Cuánto a las acusaciones de que Atahualpa hizo la guerra más injusta a Huáscar por apoderarse del Imperio, tampoco es cierto. Acudió a todos los medios; agotó todos sus esfuerzos para evitar un rompimiento de paz entre hermanos. Las reiteradas solicitudes de Atahualpa en tal sentido eran interpretadas por Huáscar como expresiones de cobardía. Repentinamente fueron invadidos por tropas peruanas comandadas por el mensajero de Rava los dominios del Reino de Quito. ¿Cuál fue la actitud de Atahualpa? Todavía después de sus repetidos triunfos procuró el Monarca de Quito volver a la conciliación con su hermano Huáscar; y a todo se denegó resueltamente. Esta es la realidad de los acontecimientos que los exponemos con sinceridad en vindicación de la conducta de Atahualpa tan deformada por los historiógrafos peruanos.

V

Conquista.— Las disensiones fraternas y las supersticiones indígenas obraron fatalmente en la caída del Imperio del Tahuantinsuyo.— Atahualpa dejose engañar por los mensajeros de Pizarro.— Tragedia de Cajamarca.— Falsas promesas del Conquistador Pizarro.

Atahualpa, muy a su pesar, fue proclamado por todos los pueblos Emperador del Tahuantinsuyo. Vieron en él al digno sucesor de Huayna-Cápac y de los célebres Schyris que supieron morir con gloria por su independencia y la integridad de su Reino. Si bien tenía grandes energías y capacidades para dirigir con acierto un Imperio de grandes proporciones; pero es evidente que las tremendas disensiones domésticas abatieron su vigor y comprometieron la suerte del Imperio. Atahualpa tuvo la fortuna de reconstruir el famoso Imperio que lo dividió entre sus dos hijos Huayna-Cápac para precaver futuras desavenencias fraternas. Pero fue muy efímero su Gobierno. La fatalidad que se cernía por el Imperio obró con tanta violencia en sus destinos que llegaron a cumplirse las predicciones de *Viracocha*, hermano de Manco-Cápac, fundador del Imperio de los Hijos del Sol. La raza es supersticiosa por temperamento. Sucesos que acaecen casualmente ejercen predominio absoluto en sus determinaciones que la acción más inteligente, la que produce efectos negativos en su voluntad sin poder hacerle reaccionar. Bastó la simple erupción de uno de los volcanes para que la raza creyera que había llegado la época de su decadencia y que quedaría de esclava de unos extranjeros blancos que se apoderarían del Imperio conforme a los vaticinios de *Viracocha*.

Encontrábase Atahualpa en los Baños convaleciendo de ligeras indisposiciones. Allí fue sorprendido por los mensajeros del Conquistador Francisco Pizarro en momentos en que se disponía a salir el General Rumiñahui con los contingentes de reclutas hacia el Cuzco. Le expresaron a nombre de un enviado del Soberano más poderoso del mundo su deseo de prestarle auxilio para que llevase adelante la guerra contra su hermano Huáscar. En el ánimo del Monarca Quiteño no causaron efecto alguno los ofrecimientos que le hicieran en nombre del fementido enviado del poderoso Monarca. Antes que abandonara Atahualpa su palacio de los Baños insistió Pizarro en enviarle una segunda embajada con las instrucciones de que le hiciesen saber el motivo de la venida de los españoles a sus Estados, siendo lo primordial ponerle en inteligencia de las dos potencias que dominaban el mundo en lo espiritual y lo temporal, a fin de que prestasen obediencia a esas supremas autoridades que se interesaban vivamente en su ventura y bienestar. Contestóles Atahualpa: que estaba muy lejos de someterse al dominio de Soberanos que pretendían imperar en Estados que no les pertenecía y que eran de su exclusivo Gobierno; ni aceptar tampoco sus ofrecimientos; pero que, sin embargo, iría al siguiente día a visitar al jefe.

Impuesto Pizarro por sus mensajeros de lo ocurrido en el palacio de los Baños reíase de la sencillez del Emperador del Tahuantizuyo. No se percataba el audaz aventurero que el hombre más perspicaz puede fácilmente caer en la red maquinada por un astuto ignorante. Atahualpa odiaba al mentiroso y lo castigaba con severidad. En manera alguna podía creer que un mensajero enviado por un Soberano de gran potestad fuese capaz de una felonía. En su calidad de Emperador no podía quebrantar su ofrecimiento. Por eso dio las órdenes del caso para que su entrada a la ciudad a cumplir con la visita ofrecida a Pizarro fuese solemne y suntuosa. Desde los primeros albores del día 16 de noviembre del año de 1532 púsose en movimiento el séquito del Monarca del Reino de Quito hacia Cajamarca. Allí le aguardaba el falso enviado imperial con el plan malignamente preparado para que el infortunado Príncipe fuese víctima inocente de la perfidia más acabada. Aquel día fue el más aciago para el Imperio y la perpetua ocultación de la raza. De ese choque de dos razas contrarias; de dos razas de opuestos caracteres y tendencias iba a brotar una nueva civilización que participara de las vivencias y los componentes psíquicos de las dos razas. Ese día si sombrío para el Imperio indígena pero de un despertar de auroras para una nueva cultura que iba a surgir en los senos vírgenes del Continente Americano al calor de los estímulos étnicos de la raza conquistadora.

No bien hubo entrado a la plaza de Cajamarca, después de una lenta marcha del cuerpo de guardias reales, el Emperador Atahualpa sobre su magnífico trono portátil de oro, se le acercó de súbito el dominicano Fray Vicente Valverde llevando un Crucifijo en la una mano y en la otra un breviario. Prestóse a servir de instrumento de las maquinaciones de Pizarro. La crítica histórica censura su actuación, no obstante los esfuerzos de los religiosos de la orden por vindicar su conducta. Las contestaciones de Atahualpa a las catequizaciones de Fray Valverde son brote de una inteligencia reflexiva y nada vulgar. Pero causaron escándalo en el espíritu estrecho y fanático de aquel religioso, que obró en tal forma para que Pizarro consumara la tragedia de Cajamarca. Con efecto, a la alarma por él motivada prodújose la hecatombe. La mayor parte del indefenso ejército real sucumbe con la brusca arremetida de las armas de fuego y el sobrante huye despavorido por los montes. El Emperador indígena fue tratado con poco miramiento y reducido a prisión. Esta es una de las heroicas hazañas del célebre conquistador del Perú, que le colmó de tantos honores.

El desafortunado Emperador Atahualpa, víctima de su entereza, ofreció en rescate de su persona fabulosas cantidades de oro; ofrecimiento que cebó la codicia sin tasa del conquistador. Jamás se imaginó verse ahogado en tanto oro. Había cumplido más allá de lo prometido su palabra el Soberano del Tahuantinsuyo. Pizarro ideó cargos para quebrantar sus promesas. Sometióle a las decisiones de un tribunal *sui generis* que le impuso la pena de ser quemado vivo; pena muy de uso de los conquistadores y autoridades ebéricos de aquel tiempo. Pizarro afectando estimación por Atahualpa le conmutó la pena por otra

no menos cruel: morir a garrote. Por toda recompensa a su dignidad real y excepcionales prenda espirituales tuvo el destrozado Emperador Quiteño el fingido pesar del conquistador y el que sus funerales fuesen oficiales. Así terminó la vida del más esclarecido de los soberanos indígenas; del quiteño más amante de su suelo natal cuyo patriotismo le llevó a reconquistar los antiguos dominios del Reino de sus mayores y vengar los grandes perjuicios ocasionados por los invasores peruanos.

Encontrados son los pareceres referentes al proceder de Pizarro para con Atahualpa. En toda época, por deleznable que sean sus cimentaciones éticas siempre serán vituperables los actos inhumanos e injustos que se aparten de la moral. Bien pudo el conquistador, sin acudir a medios bárbaros consolidar su conquista y apoderarse de las inmensas riquezas del extinguido Imperio, con tenerlo en presidio. Pero las muchedumbres indígenas tenían, necesariamente, que anatematizar el nombre del autor de la muerte del Príncipe más querido y del que dio tanto lustre a la corona con sus dotes de gobierno nada comunes. Las amenazas de las parcialidades indígenas contra los conquistadores ibéricos recrudescían día por día. Pretendieron acallarlas ofreciendo la corona al mismo hijo o a otros descendientes de la misma familia real. Hualpa-Cápac, adolescente todavía, rechaza indignado la corona que le ofreciera el conquistador y muere de pesar con la despiadada muerte dada a su padre. La corona la veía este mancebo indígena como símbolo de burla, de afrenta y esclavitud.

Tremendos contratiempos experimentaron las fuerzas españolas en las varias batallas que sostuvieron con los ejércitos de los Generales Quisquis y Calicuchima. A pesar de la superioridad de las armas de fuego ibéricas no decreció el furor indígena. Es que las arbitrariedades y crímenes de los españoles fueron tan excesivos que engendraron en la conciencia de la raza sentimientos de odio y de venganza. Si el General Quisquis no hubiese sido traidoramente muerto por el Inca Huayna-Palcón en la insurrección motivada por los españoles, la suerte de Pizarro habría peligrado mucho. Fue uno de aquellos militares de Atahualpa que actuó con tanto ingenio y experiencia en defensa de los derechos y prerrogativas del Reino de Quito. Pizarro se dio perfecta cuenta de las capacidades marciales de los capitanes defensores del Imperio y de la raza. Por eso procuró destruirlos por todos los medios imaginables, a fin de que no peligraran sus dominios conquistados con tantos esfuerzos y privaciones. Al General Calicuchima que fue sorprendido por Fernando Pizarro en momentos que se dirigía al Cuzco a ponerse de acuerdo con el General Quisquis para operar conjuntamente sabedor de la muerte bárbara dada al Emperador, se le quemó vivo por no declarar donde existían ocultos los tesoros del Imperio. Desaparecidos aquellos Jefes de tantos prestigio no le inquietaron mucho los levantamientos continuos de las parcialidades indígenas, no obstante que sus escuadrones experimentaron muchas bajas en su entrada al Cuzco.

Todavía quedaba otro guerrero quiteño de mayores bríos marciales capaz de enfrentarse con el conquistador ibérico:

Rumiñahui. En todas las grandes batallas que tuvo Atahualpa con las fuerzas invasoras de su hermano Huáscar se distinguió este famoso soldado indígena por su arrojo y fervoroso patriotismo. Desde que estuvo en el palacio de los Baños llamado por Atahualpa para que se dirigiera al Cuzco llevando la tropa de milicianos presenció la embajada enviada por Pizarro. Ahí se dio perfecta cuenta del engaño de aquellos extranjeros y de los propósitos que alimentaban en cuanto a la raza y la suerte del Imperio. Y se dio perfecta cuenta de la avaricia que les dominaba en la desesperación que tuvieron por apropiarse de las copas de oro en las que les hizo servir un refresco el Emperador Atahualpa, quien terminó por regalarles conociendo su desproporcionada afición. Dejándose Rumiñahui llevar de sus fundados presentimientos alteró su marcha. En vez de dirigirse para el Cuzco se encaminó para Quito; y a poco trecho oyó los nutridos disparos de las armas de fuego. Desde aquellos instantes se preparó para luchar por la raza y la independencia del Reino de Quito.

VI

El Conquistador Sebastián de Benalcázar y Rumiñahui, el defensor de Quito.— Arbitrariedades de los conquistadores.— Actitud de Rumiñahui y su estrategia.— Las supersticiones indígenas obraron fatalmente en la caída del Imperio.

El conquistador Pizarro nombró a Sebastián de Benalcázar para que viniese a conquistar el Reino de Quito con los títulos de Capitán General y Gobernador de cuanto conquistase en este Reino. El General indiano Rumiñahui dióse perfecta cuenta del proceder vandálico de los conquistadores y de su avidez de riquezas la que les arrastró a consumir los crímenes más terribles. Por eso juzgó oportuno ocurrir a los mismos procedimientos crueles ejecutados por ellos, a fin de intimidarlos en la misma forma y atenuar su ferocidad.

Benalcázar con los oportunos auxilios que recibió de Nicaragua y Panamá y un crecido número de gente aventurera, que se prestó para aquella acción ardua y peligrosa atraída por la fama de las inmensas riquezas que contenía, se preparó para la conquista. Benalcázar contaba con mayores contingentes que los de Pizarro y más aún con el concurso de los cañares que acudieron a su favor, en contra de la misma raza y de sus propios lares, temerosos de los castigos que podía imponerles Rumiñahui por su infidelidad. Benalcázar escogió por oficiales a los más expertos y por Teniente General a Juan de Ampudia; hombre que desprestigió la fama del conquistador con sus crueldades e insaciable codicia. Los mismos cañares lo abominaban por haber quemado vivo a uno de los Señores principales de Cañar sólo por su sed de oro. Benalcázar sin darse cuenta exasperó con aquella elección el ánimo de las parcialidades indígenas del

Reino de Quito, las cuales se dispusieron a luchar bravamente contra aquellos extranjeros enemigos terribles de la raza. Por otra parte los pueblos indígenas palparon el ningún respeto, la ninguna estima que guardaron a la mujer, cuyo pudor fue en todo momento vilmente atropellado; y estos abusos constituían crímenes imperdonables en la sociedad indígena. Siempre anatematizarán a las huestes invasoras ibéricas por haberse llevado como el mejor trofeo las cinco mil mujeres del ejército miliciano que partió con Rumiñahui y que estuvieron con el Emperador Atahualpa en el palacio de los Baños. Los isleños se vieron violentados a romper con Pizarro por haberse adueñado los españoles de sus mujeres. Las cien Vírgenes del Sol, en cuanto tuvieron conocimiento que el Emperador Atahualpa se encontraba preso y que su ejército fue traidoramente destrozado, abandonaron el templo del Cuzco en guarda de su honestidad y se establecieron en una mansión construida en la cumbre de una escarpada montaña, rodeada de abismos, y en la que, refieren los cronistas, que todas se sepultaron allí.

Los conquistadores si acudieron a todos los medios de crueldad para infundir el pánico en la raza; pero esos mismos medios excitaron el odio y venganza en su espíritu. Rumiñahui, el único General del Reino de Quito que sobrevivió, después de la muerte cruel que los conquistadores dieron a los otros, se dio cuenta de las características de la psicología de los capitanes ibéricos y de los móviles poco decorosos que sustentaban respecto de ellos. Por lo mismo, pesando la enorme responsabilidad que tenía sobre sí, determinó luchar con el enemigo con el ímpetu bravío de la raza. Este famoso General indiano reunía los rasgos temperamentales del verdadero dictador: cruel, temerario, indolente; gran patriota, dinámico, esforzado y batallador. Ruegos y lamentos aún de doncellas que podían doblegar su voluntad con sus atractivos no producían la menor impresión en su ánimo. Ensañado e impasible podía destruir preciosas existencias cuyos aromas podían confortar el espíritu de una colectividad. El luchar contra el extranjero invasor por todos los medios bárbaros obligados por la guerra a muerte constituían para él la suprema ley, el deber de los deberes. Preparóse Rumiñahui para imposibilitar la marcha de los conquistadores hacia la Metrópoli del Reino de Quito. Con mucho ingenio militar abrió de trecho en trecho profundas fosas y construyó estacadas para invalidar la acción de la caballería, ya que vio que esta arma causó destrozos en los ejércitos indios. Mas, este plan hábilmente dispuesto por el guerrero aborigen fue revelado al conquistador por los traidores cañares que iban a la vanguardia; y esta oportuna advertencia preservó al ejército español de una celada.

Espantosamente irritado quedó Rumiñahui palpando los movimientos evasivos del enemigo. Y, más aún cuando vióse acosado por distintos flancos y cortado la retirada. En tal situación vióse forzado a dar la batalla, no obstante la certeza que tuvo el estratégico indiano de la enorme superioridad en que estaba colocado el ejército español: ya que podía actuar libremente la caballería. Con impetuosidad salvaje acometió

Rumiñahui al adversario y fue la lucha más formidable y encarizada de cuantas tuvieron los españoles en las Indias Occidentales, según refieren los antiguos cronistas. Por la noche retiróse Rumiñahui con la firme resolución de dar una segunda batalla. Intencionalmente fue a situarse a la entrada de otra llanura un tanto lejana de la otra, que la defendió con suma inteligencia haciendo mil tajaduras y cubriéndolas con artificio. de suerte que la caballería española sufriese un descalabro. Así mismo los propósitos de Rumiñahui fueron frustrados por cuanto los españoles prosiguieron por otro sitio en virtud de los informes de los mismos cañares que descubrieron el nuevo engaño. Este insigne batallador y astuto militar había escogido el extenso valle arenoso de Tiocajas, teatro desde muy antiguo de sangrientas luchas entre las fuerzas invasoras de los Hijos del Sol y las de los Schyris del Reino de Quito, con objeto de inhabilitar la acción de la caballería.

Al amanecer del siguiente día las huestes de Rumiñahui arremetieron con extremada fiera a las de Benalcázar. La batalla fue monstruosamente sangrienta y el campo quedó cubierto de cadáveres. Rendidos los combatientes e impedidos de continuar la lucha por la lóbreguez de la noche retiráronse para reanudarla al siguiente día. Benalcázar durante el insomnio veíase acometido por extraños presentimientos. Dióse perfecta cuenta de los grandes daños que había sufrido. Con tal motivo reunió un consejo de guerra en el cual los pareceres de los oficiales estuvieron divididos. Prevalció la opinión de Benalcázar y otros oficiales consistente en aguardar nuevos refuerzos para continuar la conquista. Este capitán español fue uno de los mejores soldados de Pizarro. Difícilmente se atemorizaba ante las mayores desventuras. Sin embargo inquietóse con la grave situación en la que le colocó Rumiñahui. A poco del incendio que experimentaba en su cabeza o del tropel de ideas que atropellaban su mente se dejó oír un grande ruido que hizo temblar con movimientos repetidos el firmamento. ¡Quién creyera que esta casual erupción del volcán Cotopaxi fue presagio de la ventura del conquistador Benalcázar y del hundimiento del Imperio y de la esclavitud de la raza! Supersticiosa por temperamento el alma indígena vio palpablemente confirmadas las predicciones de Viracocha referentes a la suerte infausta que le estaba reservada. El espíritu vigoroso y esforzado del ejército de Rumiñahui, que había batallado con tanta intrepidez hasta fatigar el indomable valor castellano, abatióse profundamente y desde aquellos instantes se entregó con ceguera a los efectos funestos de un torpe determinismo. La naturaleza había contribuido sin pretenderlo al triunfo definitivo del conquistador.

Rumiñahui, todo un soldado y que por todo culto adoraba a la Patria y a la independencia de la raza, indignábase contra los mismos cielos por haber intervenido en las falsas creencias del alma aborigen, que obraron fatalmente en sus determinaciones. Bien hubiera querido este denodado capitán dividir en mil pedazos la figura de aquel mago que influyó en el rendimiento de su ejército. Irritábase consigo mismo y contra cuan-

tos no participaran de sus mismos fervores cívicos de quebrantar el poderío del invasor extranjero. Siendo vencedor se convirtió en vencido. Pero un alma indómita y soberbia como la de Rumiñahui no podía someterse al dominio del conquistador. Discurrió los medios de atormentar a las fuerzas ibéricas, ya que las indígenas se vieron forzadas por su credulidad a someterse al más depresivo de los vasallajes. Desde aquella fatídica hora los caudillos de las diferentes parcialidades que combatieron con ardimiento a órdenes de Rumiñahui se dieron prisa en reconocer el poderío español y contribuir a la pacificación del extinguido Imperio. Benalcázar entró en Riobamba sin impedimento alguno y en medio de una soledad desconsoladora.

VII

Indignación de Rumiñahui ante la desbandada de su ejército y su impotencia. — Rumiñahui decide como último recurso arrasar la Metrópoli del Reino. — Su fortaleza de ánimo en la muerte. — Entrada triunfal del conquistador Benalcázar a Quito.

Rumiñahui regresó aceleradamente a la Capital de su Reino tan querido. A su paso por las provincias fue recogiendo de los templos y palacios las piezas de oro y plata que habían sobrado de los grandes tesoros entregados por el rescate del Emperador Atahualpa. Y, para evitar que los templos y fortalezas sirvieran de hospedaje a las fuerzas conquistadoras los reducía cenizas.

En cuanto llegó Rumiñahui a la Metrópoli del legendario Reino de los Schyris parecía un león enfurecido, afirma el historiador. Habría deseado por todos los medios imaginables acabar con el conquistador y su ejército y saciar así su sed de venganza. Anatematizaba la credulidad de las muchedumbres indígenas la que les arrastró a quebrantar sus deberes y obligaciones para con su patrio suelo y humillarse ante el usurpador de sus dominios. No podía tolerar que hombres aventureros disfrutasen de las propiedades y riquezas del Imperio. Con enojo ciego lo redujo todo a escombros para que siempre se conservara memoria de la resistencia indígena y del obstinado odio hacia aquellos conquistadores que fueron los predestinados para concluir con su civilización e independencia.

Rumiñahui se apresuró, en compañía de algunos soldados que le fueron fieles, en mudar los inmensos tesoros de Atahualpa y sepultarlos en tal forma, de suerte que, en ningún tiempo, fuesen descubiertos por el conquistador. Acto continuo procedió a sacar del templo a las Vírgenes del Sol para librarlas de los ultrajes de las fuerzas conquistadoras, ya que demostraron, repetidas veces, sus ciegos instintos de atropellar las honestas virtudes de la mujer indiana. Rumiñahui era todo un

patriota. Fue el tipo del aborigen quiteño amante de su suelo e independencia. Pertenecía este egregio soldado a esa raza indómita que no reconocía sobre ella señorío alguno imperial. Era digno de figurar por sus geniales rasgos psicológicos entre los grandes capitanes cantados por Ercilia en la Araucana, su poema inmortal.

Su aversión por el conquistador alcanzó caracteres tales de aspereza que quitaba la vida a toda mujer que manifestara ligera simpatía hacia el extranjero. En pensar en el mestizaje o en el cruzamiento de su raza con la ibérica tenía ráfagas de acabar con las mujeres. Y esas odiosidades las alimentaba con fervor desde que palpó que el conquistador acudía a las crueldades más horrendas para saciar su codicia. Y, estas violencias y desproporcionadas medidas de exterminio, a que recurrió el General indiano para atemorizar la fiereza española, han sido acremente censuradas por los historiadores sin tomar en cuenta que fueron de mayor inhumanidad las que emplearon los hombres civilizados y cristianos para atormentar a la raza. Y, hoy en este siglo de las luces ¿no vemos que los pueblos que hacen gala de refinada cultura, de humanismo y confraternidad, se destruyen mutuamente con una barbarie sin precedentes en la historia de la humanidad? En la ética del vivir actual del mundo; en aquella época de confusión y desconcierto ¿no es verdad que la conducta de Rumiñahui se encuentra enteramente justificada?

El carácter; la suprema voluntad; su fortaleza de ánimo se patentizan en la desapiadada muerte que le diera el conquistador. La crueldad hispánica llegó hasta el extremo de solazarse en el martirio de este insigne General indígena, intentando por este medio que descubriera el paraje donde había ocultado los cuantiosos tesoros del Imperio. Rumiñahui en medio de las llamas miraba con sarcástica sonrisa de pies a cabeza al conquistador, el cual quedó completamente burlado. Con la desaparición de este gran patriota y famoso batallador se extinguió la civilización indígena y cesó la independencia de la raza. Fueron exterminados en la forma más bárbara sus defensores; todos aquellos que hicieron del suelo de sus lares el ídolo de su culto. Por este fervor místico que alimentaba Rumiñahui por el país de su nacimiento sobtó con sublime impavidez los martirios más terribles. Ojalá un día las generaciones ecuatorianas imiten el ejemplo de este soldado indígena, cuando despierten de su letargo y se apresten a recobrar su dignidad ultrajada!

En absoluta soledad encontrábase la Metrópoli del abatido Reino de Quito cuando hizo su entrada triunfal el conquistador Sebastián de Benalcázar. La ciudad con su profundo silencio quería expresar al mundo su dolor y a la vez su protesta por los ultrajes y violencias que sufrió constantemente al ser despojada de sus dominios y riquezas por los aventureros ibéricos. El 6 de diciembre del año de 1534, en el que procedió Benalcázar a fundar la ciudad de Quito, es la fecha que señala la muerte de la cultura indígena y la alborada de una nueva civilización. La cultura indígena desapareció llevando en su entraña maravillosos procedimientos que la ciencia hasta hoy, no puede descubrirlos.

El mismo lugar donde en otro tiempo se erguían: los palacios reales en los cuales disfrutaban de un plácido vivir Huayna-Cápac, Emperador del Tahuantinsuyo, y su esposa Paccha, Princesa Quiteña; y los templos en los que las Vírgenes del Sol ofrecían entre humo de incienso sus cánticos sagrados a sus dioses; ese mismo lugar fue el elegido por Benalcázar para la erección de la ciudad. Variados pareceres se han emitido al respecto. Los más creen que este sitio resguardado por escarpadas eminencias constituía una inexpugnable fortaleza contra las sorpresivas embestidas de los aborígenes. Y unos pocos opinan, quizá con mayor acierto que existiendo entre los escombros de la derruida Metrópoli muchos materiales de construcción resolvieron aprovecharse de ellos los españoles en sus nuevas edificaciones. Pero, es indudable que en el ejército de aventureros de Benalcázar hubo muchos que desertaron de las antiguas colonias de Nicaragua, Guatemala, Panamá, Cartagena, etc. a la fama de los inmensos tesoros de oro que tenía el Reino. Entre aquella gente de guerra vinieron muchos maestros que demostraron extraordinarios conocimientos en las diferentes artes y profesiones. Y por mucho que les hubiera atraído las fantásticas riquezas y los medios fáciles de obtenerlas, tenía que influir grandemente en su espíritu: la poesía agreste del paisaje; el derroche de color de su cielo, y la romántica religiosidad de su ambiente.

Antonio de Solís, en su Historia de la Conquista de México, consigna un dato importantísimo que conviene no olvidar para inquirir los orígenes del arte. Y, es el referente a la prohibición de dar entrada en las colonias españolas a individuos que no fuesen prácticos en un ramo profesional. De donde se infiere que a estos elementos se debe el notable incremento que experimentaron las bellas artes, en general, en México, el Cuzco y la ciudad de Quito. Arquitectos, escultores y pintores de magistral idoneidad vinieron a difundir sus conocimientos y dejar huellas luminosas de su portentoso ingenio en los monumentos que subsisten, hasta hoy, para renombre del arte colonial. Desgraciadamente esa constelación de artistas que embelleció tanto el cielo americano en la época colonial hizo poco caso de estampar su nombre en obras que despiertan admiración y que constituyen una legítima gloria del arte ibero-americano.

Así que en la delineación de la villa de San Francisco de Quito y en los cimientos que abrieron los infantes de Benalcázar para la fabricación de sus viviendas y edificios públicos y religiosos depositaron los gérmenes estéticos que fueron poco a poco cobrando fuerza y viveza al calor de la fusión de los sentimientos artísticos de las dos razas.

VIII

Mestizaje y sus consecuencias sociales y políticas.— Fisonomía física y espiritual de la Villa de San Francisco de Quito.— Espíritu artístico de sus moradores.— Aspecto arquitectónico de alguno de los templos.

Las huestes victoriosas del conquistador Sebastián de Benalcázar que eligieron la desolada Metrópoli de los legendarios Schyris para levantar su techumbre y avendarse en ella, tomándola como su segunda Patria, vinieron solos sin una manceba o damisela que mitigara la acerbidad de su vivir de luchas y aventuras. Los instintos genésicos les movieron a buscar con ansia a la mujer indiana para que avivase la lumbre de su nuevo hogar y dirigiese el gobierno doméstico. Pocos fueron los ibéricos que unieron su suerte a la de la mujer idiana, aquílataando sus bellas virtualidades. Los más se solazaron en atropellar su pudor y desvirtuar los aromas de su exquisita espiritualidad. El mestizaje se operó en una forma forzada y antipática. El señor, el blanco descendió de su castillo de esclava; sino al sátiro que cinicamente ultrajaba sus delicadas formas. Y, una cópula carnal sin enfervorización de mutuos afectos ni enardecida por los vivíficos esplendores de la espiritualidad sus brotes tenían que llevar excesivamente en su entraña componentes egoístas e insaciables. En manera alguna podía la doncella indiana ofrecer su corazón, el cáliz donde vibran musicalmente sus sentimientos y emociones, al castellano que se preció de viciar su savia. Necesariamente tenía que alimentar sus hijos con leche de enojos, odios y venganzas. El ibérico sin premeditarlo fué arrojando en los senos vírgenes de la mujer indiana los gérmenes inconciliables; los gérmenes de las futuras luchas de exterminio que, a la postre, trajeron la independencia.

Los españoles comprensivos, de ética bien cimentada, que reconocieron que el alma de candor de la mujer indiana reunía virtualidades excepcionales y una abnegación ilimitada con la que podía sobrellevar sin fatigas y fastidio el pesado gobierno doméstico, le eligieron por esposa. Ella supo con asiduidad y constancia corresponder a esa elevada distinción y procuró en todo momento, para preservar los pimpollos de los hielos que sobrevienen, a menudo, por consecuencia de las asperezas de la lucha por la vida, mantener con sus ternuras y cariño el calor de la sacra mansión conyugal, calor que dulcifica y magnifica la familia. Y la generación que tuvo origen en aquella mestización, que se produjo al amparo de recíprocos afectos, lució frecuentemente vástagos que mantuvieron en alto las bellas cualidades morales y espirituales de las dos razas. La historia refiere los mestizos ilustres que sobresalieron en las letras y los diferentes ramos del saber humano. Y se comprende que hogares de plácida con-

vivencia donde impera una armonía absoluta que no se perturba con la ventisca de los desafectos y agravios, ofrezcan a la comunidad ejemplares que constituyan el ornato de ella. De otro lado, el trato altamente humano y afable que dieron a la mísera raza esclava los Padres Franciscanos, como dignos discípulos de esa bella alma que se llamó Francisco de Asís, sereno ese espíritu abatido que se mantenía entre hielos y contribuyó eficazmente a que salieran de su seno, al calor de los estímulos de su variada y enjundiosa docencia, elementos capacitados y artistas que rivalizaran con los castellanos.

Las comunidades indígenas que pasaron a la humillante condición de siervas, a raíz de la caída del Imperio, encontraron un refugio en su eterna noche en el porte caritativo y cariñoso de la Orden Seráfica. Amantes como pocos de los desgraciados ellos suelen cubrir con flores los espinares para precaverles de las punzantes heridas. Con su hermandad leal y efectiva las fieras se vuelven obedientes y benignas. No otro es el significado del símbolo del *hermano lobo*. Para ellos no existe distinciones de razas ni de clases ni les cautiva el seductor brillo del oro. Son estos religiosos el prototipo de la igualdad, de la verdadera democracia. En el primitivo Colegio de San Juan Evangelista que se transformó años después en el célebre Colegio de San Andrés, Colegio que fue efectivamente una politécnica, se esmeraron en dar a los indígenas una educación en las diferentes artes o profesiones análoga a la que recibían los hijos de españoles. Altamente comprensivos y de amplio criterio se penetraron de que la tosca psicología de la raza cautiva hábilmente facetada podía sobresalir con sus dotes intelectuales y espiritualidad. Y los Religiosos Franciscanos vieron complacidos que sus educandos indígenas correspondieron con creces sus afanes. Muchos de ellos reemplazaron en el expresado Colegio de San Andrés a los maestros españoles. Y los que no difundieron en la cátedra sus conocimientos procuraron lucir su portentosa habilidad en la arquitectura, la pintura, la estatuaria y otros ramos que dieron lustre a la afamada Escuela Quiteña de la Colonia.

Con las normas igualitarias, de generosa y noble unificación de voluntades, que informan los estatutos franciscanos, consiguieron sin tropiezo que imperasen en esa sacra mansión del trabajo y la docencia la concordia y la familiaridad y que los educandos tanto indígenas como los hijos de los españoles se llevasen con intimidad y sin egoísmos de ningún género. He ahí ese bello acercamiento; he ahí esa conjunción de anhelos y propósitos entre las apuestas clases altas y las humildes provocados por los excelentes hijos de Asís. Sólo ellos con su sublimidad ética y espiritual obran el prodigio de llevar consigo con un frenillo de rosas a las fieras más crueles y carniceras. ¿Cómo no iban a unir las voluntades de las contrarias clases sociales de la colonia? En aquella prodigiosa labor de los Religiosos Franciscanos se encuentra el germen de la unión, de la solidaridad entre el pueblo y la nobleza criolla; germen de unión y de solidaridad que fue cobrando vigor en una atmósfera saturada de terquedades, odios y ultrajes; y que dio por fruto las rebeldías

y levantamientos contra las autoridades españolas en la época de la colonia.

De acuerdo con lo expuesto anteriormente se puede afirmar que en las banderolas victoriosas de las huestes castellanas de Benalcázar y en las mangas del toscó sayal franciscano penetraron a la Metrópoli del antiguo Reino de Quito las Bellas Artes y la cultura del Continente Europeo. Los primeros pobladores de la Villa de San Francisco de Quito fueron levantando sus modestas moradas, como para añorar las que habían abandonado en su hermoso suelo de Castilla, la Vieja, a imitación de aquellas renacentistas en las que predominaban su sabor de entremezclados alíños greco-romanos y arábigos. Las casas coloniales con sus arcadas en torno de sus anchos patios bañados de sol y sus fuentes con sus constantes murmurios respiraban un aire impregnado de las balsámicas substancias de la floresta que consiguieron trasladar de Arabia a España los príncipes sarracenos. Hasta por sus calles largas y angostas y las desigualdades de la topografía de la ciudad que ofrecen a cada paso un trozo distinto de paisaje, destacándose constantemente ciudadelas a modo de la Acrópolis de la antigua Atenas; por todas esas características aparece Quito con una fisonomía de leyenda y de romántico misticismo. Quien quiera que visite la antigua ciudad sustentará la idea de que fue fundada por monjes salidos de la religiosa paleta de Zurbarán.

Merecida fama goza Quito por la hermosa excelsitud de sus monumentos, dentro de los cuales todas las artes concurren armónicamente para elevarlos a las cimas de la perfectibilidad artística. Es innegable que los esclarecidos Religiosos Franciscanos que vinieron tras del conquistador Sebastián de Benalcázar, Fran Jodoco Ricke, Fray Pedro Gosseal, y el español Fray Pedro Rodeñas, comunicaron vigoroso impulso a la cultura de la ciudad. Los Religiosos oriundos de los Países Bajos y de España estaban empapados en el espíritu del movimiento prodigioso del Renacimiento, el cual inspirándose en la substancialidad clásica del arte greco-romano, fortalecióse con elementos de fastuosa suntuosidad artística entresacados de las tendencias estéticas reaccionarias que flotaban en el ambiente de la época en Italia, España, Francia, Holanda y otros pueblos de Europa. En el sitio ligeramenté elevado que les concedieran el conquistador y el Cabildo situado hacia el occidente, y que fué residencia de jefes distinguidos del Reino de los Schyris, edificaron, según documentos fehacientes, modestos caserones y cobertizos para vivir en ellos precariamente y almacenar materiales destinados a la construcción del monumento que trazara en su mente Fray Jodoco de acuerdo con la topografía del terreno que se les había señalado.

Los tres Franciscanos nombrados fueron maestros de grandes capacidades y refinada cultura artística. Discurrían entre ellos sobre los complicados problemas que urgía resolverlos para llevar a cima una obra de grandes proporciones; discutían sobre los métodos que tenían que emplear para instruir a los indígenas en los diferentes ramos artísticos; de suerte que los obreros inteligentemente preparados concurriesen a la ejecución del edi-



ficio proyectado por sus directores. Con efecto, esos humildes techos estaban convertidos en talleres y escuelas de arte y ciencias. En los indígenas quiteños encontraron, sin mucho bregar, los sabios maestros, efectivos ayudantes en las diversas actividades o manifestaciones del arte. Y sobresalieron tanto con el transcurso de los años que, según el informe pasado al Rey por el Religioso Franciscano Fray Francisco Morales que transformó el antiguo Colegio de San Juan Evangelista en el de San Andrés, expresa dicho Religioso que muchos de aquellos discípulos sucedieron en el profesorado a los maestros españoles.

El esclarecido Fray Jodoco ignoraba el sitio que le fuera concedido para la edificación del templo y el convento. ¿Cómo podía traer de Europa los planos que algunos suponen trajo con anticipación si no tenía la menor idea de la topografía del suelo? Las dificultades con que tenía que tropezar en vista de las desigualdades del terreno, eran tan arduas, que necesariamente tenían que ser resueltas de inmediato y de una manera técnica; pues, las diversas series de arcadas para la nivelación general del plano requerían profundos conocimientos científicos e ir ejecutándolas a medida que avanzaba el trabajo. Estas consideraciones mueven a participar del sentir del Padre franciscano Benjamín Gento Sanz, quien después de detenidos estudios del Archivo del propio convento atribuye, por el momento, a falta de documentos más precisos, a Fray Jodoco. Según testimonios antiguos de Religiosos de entero crédito este dinámico Franciscano fué muy versado en varias ciencias y artes. Su comprobada idoneidad induce a suponer, casi con fundamento, que es el autor del cuerpo principal de la iglesia; pues, la falta de uniformidad en la realización del conjunto arquitectónico descubre claramente los diversos directores que han intervenido en distintas épocas hasta su terminación.

Es innegable que la fachada de clásica sobriedad renacentista y el extenso atrio de incomparable hermosura, el cual contribuye a que se destaque con solemne grandiosidad este monumento que difícilmente puede ser superado por otro alguno en América, tienen muchos puntos de semejanza con el famoso templo del Escorial considerado en España como la octava maravilla del mundo y que lo concluyó con extraordinario ingenio artístico Juan de Herrera, arquitector español al servicio de Felipe II. El templo del monasterio de San Lorenzo del Escorial se desprende de arriba hacia abajo en tanto que el de San Francisco de Quito se levanta del suelo hacia arriba con suntuosidad inimitable. El ingenio de Herrera se lo siente y se lo palpa, ya con mayor madurez, en la misma portada con las columnas principales de un solo cuerpo que realzan más el frontispicio y las diferencian con mejoría de las entrecortadas del Escorial. No es improbable que se le hubiera remitido a Herrera un diseño de la topografía del sitio y que él hubiese devuelto los planos de la fachada y del atrio en la forma admirable que hoy contemplamos. Únicamente, la mano prodigiosa de Juan de Herrera, o la de Francisco Becerra, de muy merecida fama en la península, podían delinear aquellas obras que vibran armonías no percibidas. Esa escalinata central, en la que juegan con contrarios

movimientos las líneas circulares entrantes y salientes, es un tejido de luces y melodías. Ofrece la imagen de una serie de discos que recrean el espíritu con musicalidades de infinita dulzura, incitándole a pensar y más pensar. Para almas verdaderamente espirituales y que sienten en su entraña con fuerza el sentimiento de lo bello la contemplación de monumentos como el de San Francisco de Quito les hace entrar de lleno en estados psicológicos de un orden superior, de la pura abstracción.

Pudiera conjeturarse que Francisco Becerra que dirigió varios edificios de gran mérito, en Méjico y que vino a Quito al finalizar el siglo XVI, hubiese trazado la fachada del templo y del atrio en el propio sitio. De este arquitecto asegura la Enciclopedia Universal Ilustrada de José Espasa e Hijos, en la página 1.400, Tomo VII, que trazó y comenzó las iglesias de los conventos de Santo Domingo y San Agustín y tres puentes. Habiendo pasado al virreinato del Perú, llamado por Martín Henríquez, en cuyo virreinato encargóse de las construcciones de las catedrales del Cuzco y de Lima. Se afirma fundadamente que la antigua iglesia de Santo Domingo estaba considerada como la mejor de la ciudad; pero que fue destruída en gran parte por un terremoto, habiendo consumado el desastre los Religiosos italianos que se mantuvieron en el Provincialato indefinidamente, hasta que se vieron precisados a abandonar el país por haberseles acusado de conspirador contra el nuevo régimen liberal.

Hoy, merced al plausible entusiasmo de los Superiores de la Comunidad los P. P. Inocencio Jácome y José M. Vargas están reconstruyendo con inteligencia y buen gusto, a fin de volverlo a su estado artístico anterior. La iglesia de San Agustín sufrió idénticos destrozos. Las reparaciones que han efectuado los Religiosos son de escaso valor estético. Aún las partes laterales de la esbelta fachada central hánles restaurado con escaso conocimiento de la armonía del conjunto. Se notan, a primera vista, las falsas tonalidades que producen.

Si Francisco Becerra, según se afirma, construyó además en esta ciudad tres puentes ¿cuáles de los existentes serán los dirigidos por él? Sensible es que no se tenga la menor idea al respecto. Aquella aclaración arrojaría alguna luz respecto del autor de la fachada y del atrio del templo de San Francisco, conceptualizado como una joya de inestimable valor artístico.

IX

En el cambio de la espada por el yunque y el arado se encuentran los orígenes del progreso y de la cultura de un pueblo.— Actividades desplegadas por el Padre Franciscano Fray Jodoco Ricke y sus compañeros en la Villa de San Francisco de Quito.—Espíritu de estos religiosos y su empeño en educar a la raza indígena.

En los modestos cabañales construídos por los infantes castellanos para descansar de las fatigas de la guerra y cambiar el arcabuz, la lanza, y el yelmo por el yunque, el arado y el cincel se encuentran los orígenes de la renombrada Escuela Quiteña que alcanzó merecido renombre en la colonia. En los surcos abiertos para arrojar las semillas humedecidas con el sudor del labriego y que han de producir copiosos y variados frutos; frutos que provocan el intercambio comercial, se encuentra la génesis de la economía de los Estados y del acercamiento y solidaridad entre los pueblos. En las chispas que saltan del yunque en la forjadura de los metales se encuentran así mismo los orígenes de la civilización, del progreso y de la cultura artística de los pueblos.

Aquel divino Frayle belga, que atravesó descalzo extensos desiertos soportando sereno los rigores y asperezas de una naturaleza bravía, con dilatada visión y penetrándose hondamente en la substancialidad ética de las normas religiosas de la orden, trajo oculta entre las anchas mangas de su tosca vestidura una redoma de barro llena de semilla de trigo que la sembró el mismo labrando la tierra en la plaza delantera del templo que, después de una centuria de continuo y fatigoso trabajo, se atraería la admiración del visitante y de cuantos lo contemplaran devotamente.

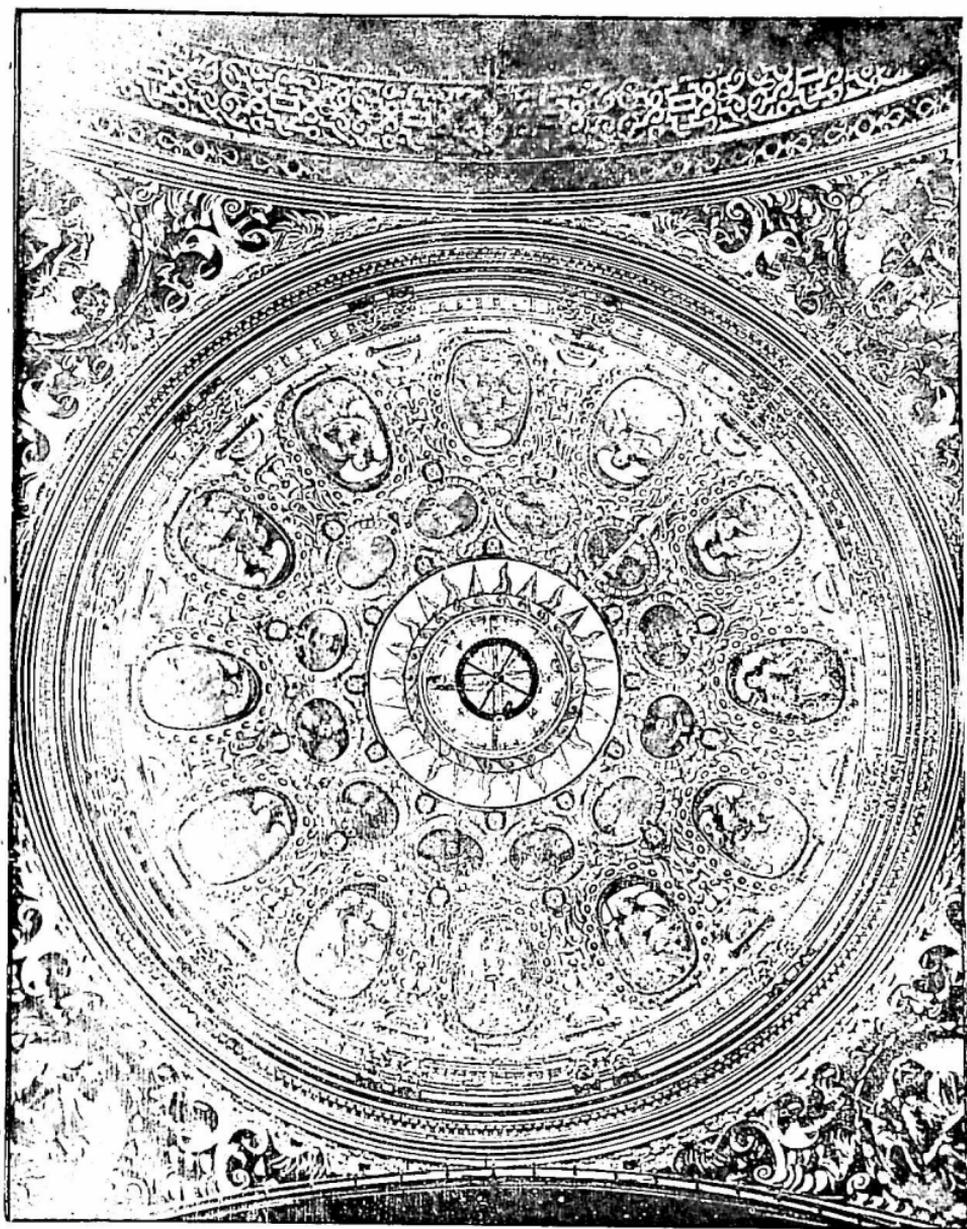
Dos propósitos sustentaba ardientemente Fray Jodoco en su cerebro. Edificar el templo de San Francisco, en cuyo nombre se fundó la Villa; y multiplicar el trigo para llenar los imperiosos deberes de acción religiosa y social impuestos por las instituciones de la orden seráfica. Sin la hostia no podía celebrar el sacrificio de la misa; y sin el pan no podía sosegar el hambre de sus pobres. Bello símbolo de la caridad es el pan que los hijos de Asís suelen compartir con los desgraciados. Esta virtud teológica, escasamente comprendida aún de gentes que se precian de piadosas y de acaudalados de entrañas endurecidas, se encuentra interpretada con magistral sentido psicológico y artístico por el célebre pintor quiteño Miguel de Santiago en un lienzo que se halla colocado hacia la izquierda de la entrada a la portería. Representa al hermano Fray Domingo de Brieba que murió en este convento el 8 de julio del año de 1661. A través de su fisonomía, un tanto velada por los tonos opacados producidos por la capucha que lleva sobre la cabeza, se revela el alma ascética de aquellos espíritus de rígida penitencia, cuya psiquis saturada de religiosidad y misterio supo expresararla

Zurbarán en sus cuadros con maravilloso sentido metafísico. Realmente, la figura de este franciscano parece brotada de la mística paleta de Zurbarán. Mueve a tantas y tantas reflexiones y a veces incita a derramar lágrimas el hecho de estar sacando de su ancha manga el pan para saciar el hambre de los dos pordioseros andrajosos y macilentos que tiene el Religioso a su delante. La figura del mendigo que se encuentra en primer término, reclinado sobre el suelo y extendiendo la mano para implorar misericordia, por su realismo magistralmente expresado, ha causado impresión profunda en el espíritu de algunas jóvenes extranjeras apreciadoras del arte colonial.

Hasta por el aspecto agrícola y económico la figura de Fray Jodoco es digna de la gratitud nacional. No con espejismos del visionario místico, sino con esa percepción clara del pensador práctico que reconoce a fondo los elementos que intervienen en dar sustento a las necesidades biológicas de individuos y pueblos. Por eso trajo con tanta precaución, como la mejor joya, la semilla de trigo para el mismo enseñar a los indígenas su cultivo y propagarlo por todo el territorio del antiguo Reino de Quito. Fray Jodoco en compañía de sus otros hermanos de la orden fueron no solo los efectivos conductores de las luces, de la cultura y civilización europea, sino los conductores de la cimiento del desarrollo y progreso económico y comercial en la naciente Villa de San Francisco de Quito.

Por cualesquiera de los aspectos que se mire la acción de la traída de la semilla de trigo de Fray Jodoco constituye un positivo beneficio. Si por el religioso, en manera alguna se podía sin el pan ázimo patentizarse en la colonia la cena de Jesús con sus Discípulos entre quienes compartió el pan en cuya miga estaba la substancia luminosa de sus bellas adoctrinaciones sociales que propagarían ellos por el mundo y ocasionarían en no lejano día el desmoronamiento del poderío de los Césares. Tampoco podía hacerse visible a las generaciones indígenas el sublime sacrificio del Divino Maestro, de cuya muerte brotó una nueva era de auroras y libertades para la humanidad. Si por el profano, el trigo por constituir el alimento preferido de los ricos y menesterosos y por sus excelentes calidades nutritivas ha venido a rivalizar con otros frutos que han sido calificados por su extraordinaria demanda como pepas de oro. El trigo en varias naciones de América y otras muchas de Europa compone uno de los ramos de exportación de mayor aprecio y riqueza. El cacao no obstante ser por su sabor y aroma gratisimo al paladar y universalmente apetecido, en la pasada guerra mundial fue calificado como artículo de lujo. Y tal declaratoria, que envolvía gran injusticia, ocasionó enormes desequilibrios en la economía de los pueblos exportadores. ¿No es verdad que la figura de Fray Jodoco debe ser venerada por los ecuatorianos porque a más de haber sido el conductor de las luces para el vivir de la inteligencia y el espíritu fue el conductor de las substancias alimenticias para la sustentación biológica y el fomento de las relaciones comerciales entre los pueblos?

Anteriormente se puso de manifiesto que los infantes conquistadores en cuanto arrinconaron las mortíferas armas con



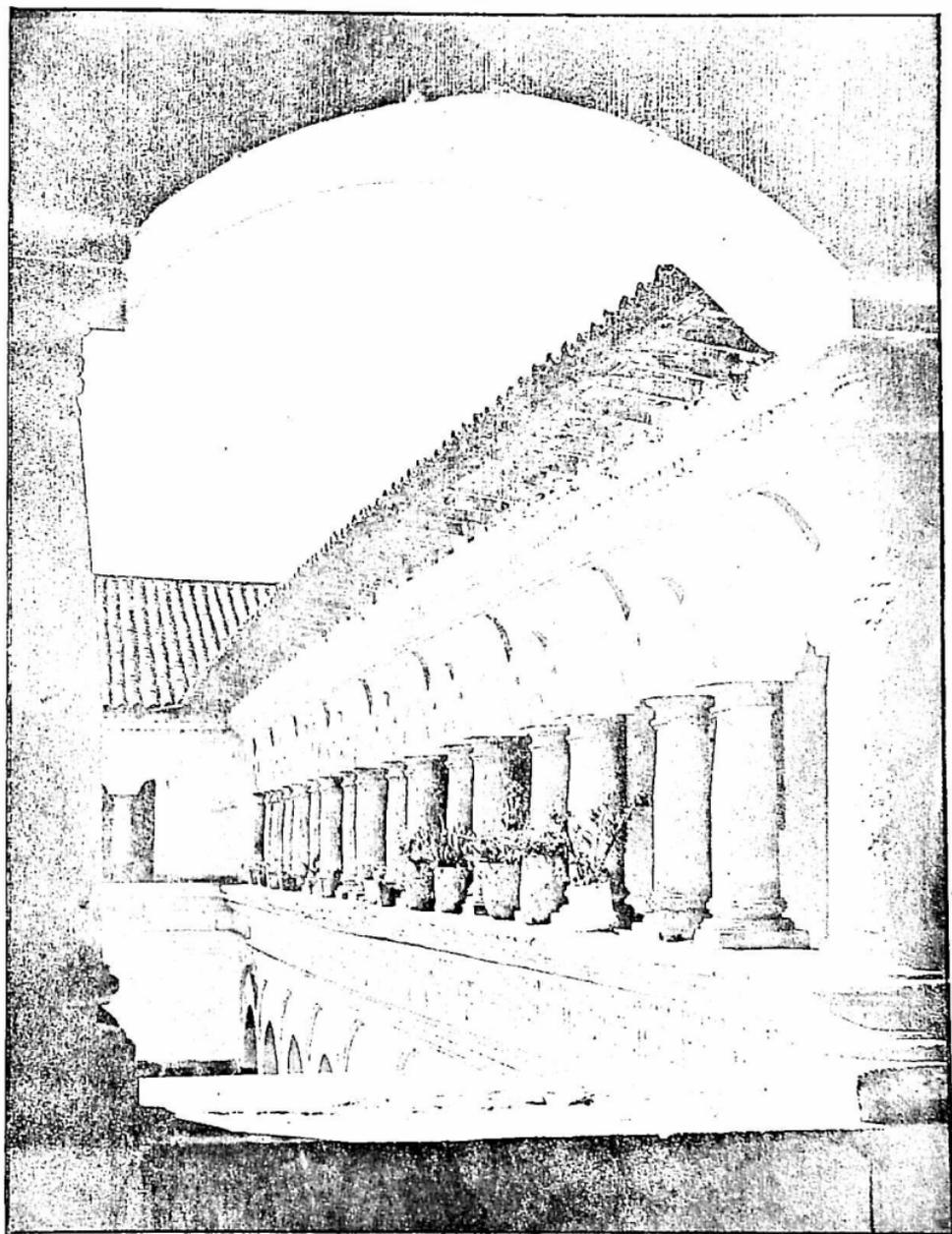
las cuales esclavizaron a la raza indígena y se dedicaron a la fragua y al yunque para fabricar las herramientas de las que se servirían en la ejecución de las obras de diversa índole que tenían que llevar a término en la incipiente villa de San Francisco de Quito; en aquel acto de pacíficas actividades tuvieron nacimiento las artes que alcanzaron ciclos más tarde tanta celebridad en la colonia. Los Frayles Franciscanos les adiestraron prácticamente a los indígenas en el manejo de los instrumentos de los diferentes oficios. De sus talleres salieron los hábiles albañiles, canteros, tallistas, carpinteros, cerrajeros, escultores, grabadores, batihojas, pintores, etc., etc. En cada ramo alcanzaron los indígenas tanto perfeccionamiento que todas las artes indistintamente contribuyeron al lustre de la afamada Escuela Quiteña. Basta entrar a cualquiera de los templos de la ciudad para darse perfecta cuenta del derroche de fantasía y del gusto exquisito que han empleado en la estructura de los retablos, en los revestimientos y decorados. Pues, en admirable consorcio juegan artísticamente los motivos religiosos cristianos con los ídolos indígenas. En sus estilizaciones consiguieron los artistas indios imprimir su personalidad con un realismo tan vigoroso y expresivo que causan hasta hoy asombro en el espíritu de cuantos visitan los templos. En sus frontispicios, sin embargo de la aristocrática esbeltez renacentista que campea en su estructuración arquitectónica, los artifices indios han conseguido introducir con ingenioso disimulo, como para autenticar su obra, figuras de sus deidades o de sus lares domésticos. Solo en el barroquismo grandioso y tan lleno de nobleza de la fachada de la Compañía de Jesús se advierte la no concurrencia de aquellos ídolos, a pesar de que por entre las decoraciones interiores de escenas bíblicas se entrecruzan magníficamente estilizados los ídolos del culto indígena, como para atestiguar que si fueron sajones e ibéricos los escultores de una parte de la portada de la iglesia: los artistas indígenas llevaron a término aquella obra con notable ingenio y demostrando sus magníficas capacidades estéticas.

Estos antecedentes inducen a evidenciar que en el Colegio de San Andrés se encontraron los primeros maestros que cincelaron la informe mentalidad indígena y la abrillantaron en tal forma que, sin grandes esfuerzos supo rendir en cortos años abundantes y maravillosos frutos. A los mismos extranjeros sorprendióles las privilegiadas disposiciones artísticas de los orfebreros indígenas, según relatos de los antiguos cronistas. Es evidente que los tres Franciscanos que fundaron el primitivo Colegio de San Buenaventura fueron un foco en el que estuvieron reconcentradas las claridades estéticas que el Renacimiento extendía por Europa. Fray Pedro Gosseal fue entendido en pintura, escultura y música y acaso en arquitectura. El extranjero *Germán el Alemán*, que le fué muy útil al Padre Jodoco en la construcción del templo de San Francisco, demostró poseer conocimientos arquitectónicos. Fray Pedro Rodeña, español, fue igualmente instruido en varios ramos. Más tarde, cuando el Padre Fray Francisco Morales al amparo del Marqués de Cañete, Virrey de Lima, por mandato de Carlos V, fundó el Colegio

de San Andrés, con los nuevos elementos que se incorporaron cobró mayor impulso la enseñanza y sus efectos fueron artísticamente provechosos tanto para los hijos de los españoles como para los indígenas. Pues, el Padre dominico Fray José M. Vargas, en su importante obra "La Cultura de Quito Colonial", dice al respecto, en la página 8, que el profesorado estuvo compuesto al principio del elemento puramente español; y que más tarde la práctica de la enseñanza fue desarrollando la habilidad natural de los indios de tal manera que, cuando la Audiencia de Quito acordó favorecer la marcha del Colegio, el franciscano Fray Juan Cabezas de los Reyes organizólo con personal exclusivamente indio, nombrando por Director a Fray Juan de Obeso.

El rendimiento cultural de aquella nueva organización fue satisfactorio para aquellos tiempos en que penetraban por entre la espesura de la flora indígena los tenues resplandores de la civilización occidental. En este Colegio se formaron sacerdotes de no escasos méritos. Y, el mismo autor en su obra anteriormente citada afirma que en cerca de cuatrocientos años no se ha repetido el caso de fundar un Colegio en el cual los indios fueron los preferidos en la enseñanza y contaran con todos los útiles necesarios a la instrucción y todavía con alimentos y vestido. De suerte que el Colegio de San Andrés fue a un tiempo escuela, asilo, hospital y orfanatorio. Que en este Instituto educacional desplegaron los Padres franciscanos actividades pedagógicas poco comunes en aquellos tiempos está plenamente comprobado. Hoy, no obstante la distancia de cuatro siglos que nos separa, no se cuenta con un colegio de aquellas condiciones en el que los educandos indígenas eran atendidos de manera preferente en todo. Sólo las Misiones religiosas en las poblaciones ecuatorianas del Oriente sostienen Establecimientos docentes, en los cuales los alumnos indígenas gozan de beneficios un tanto parecidos a los que suministraban los Padres franciscanos con amplia liberalidad en el primitivo Colegio de San Andrés. Apoyado en tales obras afirma el dominico Fray Padre Vargas que los religiosos franciscanos como apóstoles y buenos pedagogos se hacen admirar por la sabiduría práctica que demostraron en el método de enseñanza a los indios.

En los doce años que sostuvieron los Padres Franciscanos este afamado Colegio puede afirmarse, sin hipébole, que ejecutaron con inteligente dinamismo la tarea más ruda y formidable, cual era la de pulverizar la endurecida marga y beneficiarla, a fin de que en el surco abierto fuera nutriéndose el germen de cultura que rendiría años más tarde exquisitas floraciones que formarían el ambiente propicio para la fructificación de las manifestaciones del pensamiento y del espíritu. Desgracia muy grande fue que los Padres Franciscanos se vieran obligados a renunciar el gobierno de este Colegio. Varios motivos intervinieron en aquella resolución, en la que se columbra cierto egoísmo, hostilidad de determinados elementos que rehusaron favorecer el sostenimiento del Colegio y contra los cuales no podían los Padres Franciscanos oponer resistencia alguna por su mismo espíritu de obediencia. Los expresados religiosos se vieron materialmente imposibilitados de proseguir con este be-



llo apostolado de cultura, no porque se enfriara en ellos el fervor que inflamó el espíritu de sus fundadores y menguara su dinamismo, sino por imposiciones superiores. Pero en ese espacio de tiempo de infatigable bregar fueron preparando los elementos que contribuían no muy tarde a la aparición de aquellos artistas de renombre continental.

X

Acción educadora de los Hijos de San Francisco de Asís.— Su afán por la conservación de los objetos de arte.—El arquitecto franciscano quiteño Fray Antonio Rodríguez y sus obras.— Influjo de la estatuaria y pintura españolas y holandesas en los artistas quiteños.— El escultor Padre Carlos.

Los Padres franciscanos no desmayaron en hacer efectivos sus ideales. Continuaron prestando sus servicios de auxilio y catequización a las clases humildes y desamparadas. En toda época recordará la Patria que fueron los primeros religiosos que, abriéndose paso por entre la espesura de la floresta oriental y vadeando torrentosos ríos, llevaron su instrucción cristiana, a nombre de la Audiencia de Quito, a esas apartadas jibarías. En la obra de Varones Ilustres de la Orden Seráfica del Padre Comte se puede conocer su excesiva labor avengelizadora. Justamente Quito, que experimentaba tan de cerca los prodigios de su labor espiritual y civilizadora, los conceptuaba como dignos discípulos de esa poética figura de Francisco de Asís que tuvo el poder maravilloso de transformar los instintos carnívoros del indómito lobo hasta llevarlo como el compañero más leal, como el hermano más afable y cariñoso, en su peregrinaje de atraerse a las almas más miserables e insociables; a las almas azotadas por toda clase de infortunios para que mitiguen su acerbidad embebiendo los manantiales aromáticos de su sublimidad espiritual.

Si en cierta temporada, refiere el cronista, estuvo el Provincialato dirigido por religiosos que descuidaron un tanto la vigilancia y no supieron exigir la austera disciplina de la orden; circunstancia que motivó la pérdida de obras de inestimable valor de su riquísima Biblioteca y la desaparición de muchas tallas y molduras que fueron torpemente arrojadas al fuego; pero es innegable que sus Prelados se han caracterizado por su proverbial entereza y su afán por conservar con veneración los tesoros de arte de su iglesia y sus claustros. Hasta hoy, no obstante sus estrecheces económicas, se afanan por reconstruir con singular sentido estético derruidos lienzos del antiguo edificio. Hoy bajo el Provincialato de Fray Serafín Lunter, natural de Holanda, se han efectuado construcciones de mucho aliento en San Diego y San Francisco dirigidas inteligentemente

por el Padre español Antonio Fernández. La sacristía se encuentra remozada en tal forma que se saborea por entre el frescor de sus ropajes su añeja y olorosa substancialidad. Se advierte el bien formado gusto artífice del que lo ha dirigido. Arquitectos de extraordinarias dotes ha tenido en todo tiempo San Francisco. Sobresale como si hubiese sido aventajado discípulo del famoso Francisco Herrera el hermano Fray Antonio Rodríguez, quien, allá por mediados del siglo XVII, comenzó a dirigir obras de extraordinario atrevimiento, dejando en ellas elevadísimas notas de su exquisito refinamiento artístico. Sus construcciones denuncian al cultivador del clasicismo de enjundiosa vitalidad y los profundos estudios efectuados por él en ramo tan complicado. Sólo así se comprende que haya dirigido con primorosa maestría las siguientes construcciones: las dos cúpulas sostenidas sobre un arco en la capilla de Villacís; el segundo claustro del convento franciscano, que convida a hondo reflexionar a las almas espirituales y contemplativas; la iglesia de Santa Clara, justamente conceptuada como joya de gran precio del valiosísimo cofre artístico que posee la ciudad de Quito; La Capilla, de sobria esbeltez renacentista, en cuya fachada decoran con pleno conocimiento de los magníficos efectos de la perspectiva cuatro figuras esculpturadas con brioso cin cel de vibrante modernismo y que representan a los Apóstoles: Pedro, tenido por el Príncipe de los apóstoles y que lleva en sus manos las llaves de las puertas de la bienaventuranza eterna; Pablo, el Evangelista, antes Saulo y que fue martirizado como Pedro por mandato de Nerón; Juan el Evangelista de un mirar dilatadísimo, simbolizado justamente con el águila a su lado, como para expresar el poder panorámico del vuelo de su ingenio que atravesó los misteriosos dominios cósmicos sin cegar ni intimidarse; y, la estatua última que tiene en sus manos el cáliz y la hostia y la cruz armada al pecho, representando, sin duda, el triunfo del Cristianismo, el rescate de la humanidad mediante la redención, el fortalecimiento de la Fé y la propagación del culto por el mundo; el Colegio de San Fernando tenido, según el autor de "Cultura de Quito Colonial", como uno de los monumentos más suntuosos de Quito; la iglesia de Guápulo, que se levanta con gallardía principesca en el regazo de verdosos peñascos que comunican al paisaje cierto aire de una poesía agreste, solemne y misteriosa. Le sorprende al viajero encontrarse sorpresivamente entre los senos de collados de musgos con un santuario erigido por almas que gustaron de convivir espiritualmente con la naturaleza. Sólo almas de exquisitas virtualidades que encuentran en parajes solitarios oleadas de luz y sinfonías de coloraciones y armonías pudieron haber construido un templo que habla tanto a la mente y los sentidos. El arquitecto franciscano con ese gusto que se formó en la escuela clásica greco-romana y su singular sentido estético dirigió este santuario para que peregrinos y visitantes percibieran en ese conjunto de armoniosos delineamientos, cúpula y torres hermosamente distribuidos, un poema de música sagrada que convida a reconcentrarse en sí mismo al pensador y elevar al filósofo, al poeta, al artista, al místico a hemisferios de en-

sueño y poblados de estrellas. Hemisferios en cuyos espacios de melifluas vibraciones encuentra cada cual los materiales apropiados para producir, en armonía con su estado de espíritu esas creaciones que perduran con fuerza vital, a través de los siglos, por llevar en lo más hondo de su entraña el substratum de los sentimientos y emociones de la humanidad.

El arquitecto Rodríguez, que es uno de los astros de la hermosa constelación de artistas que se ostenta en el cielo de Quito colonial, revela claramente los talentosos maestros que intervinieron en su formación. ¿Cómo podía surgir al acaso un arquitecto tan eminente por muy aventajadas que hubiesen sido sus disposiciones arquitectónicas? Siempre mantuvo en su seno San Francisco religiosos de grandes conocimientos y portentosas actividades. Basta fijarse en las magníficas restauraciones efectuadas en distintas épocas en el retablo del presbiterio para darse cuenta del singular sentido estético de sus directores. Si en los nichos del altar mayor se encuentran colocados unos lienzos mediocres del pintor Astudillo, que representan los Apóstoles, en lugar de las magníficas estatuas de madera que se hallan puestas actualmente en lo alto del cuerpo principal de la iglesia; es porque para trasladarlas a sus propios sitios necesitan los expresados religiosos muchos miles que costarían la entalladura y el dorado de las hornacinas. ¿Aparecerá entre nosotros algún día el filántropo amante del arte y del propio suelo que gaste su dinero en obra tan plausible? Entonces realzaría con la misma grandiosidad artística de otros tiempos uno de los retablos más hermosos de la ciudad.

Hoy mismo a pesar de sus estrecheces, van poco a poco verificando algunas restauraciones. Un humilde hermano Fray Agapito Durán se ha consagrado, con suma habilidad, a reponer muchas piezas labradas desaparecidas. Pero en esta obra que presupone magníficos conocimientos artísticos estuvo dirigido el artífice un tiempo por el P. Benjamín Gento Sanz, uno de los efectivos valores intelectuales y de exquisito gusto estético que tiene al presente el convento y hoy por otros Religiosos. Gracias al entusiasmo y vehemente anhelo por dar a conocer los Padres las riquezas artísticas que posee San Francisco se han empeñado en formar una pequeña galería en la que se han coleccionado con esmero pinturas, esculturas, tallas, objetos de orfebrería y vestiduras sagradas de gran mérito. Como si fuese un auténtico quiteño el Padre Gento Sanz se ha dedicado con fervor a propagar las maravillas artísticas que se da el lujo de poseer la ciudad de Quito como pocas del Continente. En varias de sus publicaciones, especialmente en la que se halla en circulación intitulada "Historia de la Obra Constructiva de San Francisco desde su Fundación hasta nuestros días" trata con pleno dominio de la materia sobre el desenvolvimiento de las bellas artes en esta ciudad de privilegiados dones y el esfuerzo imponderable que verificaron en ellos los religiosos franciscanos. Valorizando debidamente la labor cultural realizada por el simpático Frayle el Concejo de Quito le ha declarado con mucha justicia Hijo Benemérito de la Ciudad de San Francisco de Quito. Ojalá procediera esta

Corporación de manera tan hidalga en todo momento con intelectuales que laboren noblemente en análogo sentido.

Verdaderamente, la mencionada Orden posee más que otra alguna pinturas de insignes artistas italianos, flamencos y de la celebrada escuela sevillana. Probablemente, en algunos lienzos de Zurbarán existentes en el convento se educó el magistral pintor quiteño Calixto cuando consiguió identificarse con la expresión de honda psicología mística de sus personajes monacales. En cada una de las figuras beatíficas de sus ocho cuadros, que se encuentran colocados en molduras decorativas a derecha e izquierda de la entrada del templo de San Francisco, se experimenta aquella impresión zurbanesca. En los rostros de estas imágenes se dibuja el alma enardecida de la pasión mística que se desata de la corteza corpórea que le retiene en el mundo para sobrenadar en espacios de ensueños plenos de luminosidad y unificarse con la substancia universal. Las manos y los pies, cuya ejecución ofrece, muy a menudo, serias dificultades a pintores de crédito, están tratados por Calixto con un realismo magistral e impecable. Lo propio puede aplicarse a la técnica empleada en los ropajes y en los fondos. En uno de sus cuadros aparece un pedazo de cielo, en el cual se deja ver la Virgen con el Niño, tan hermosamente ejecutado que tiene mucho de parecido con el pintado por Miguel de Santiago en el cuadro de la Agonía de San Agustín que se encuentra en la histórica Sala Capitular de este convento. En el coro franciscano existen unos lienzos que se atraen la atención del hombre culto por el vigor y robustez de la ejecución, la viveza y energía expresiva, la armonía de la coloración y el poder del claroscuro. La técnica de estos cuadros está revelando que son brotados de la prodigiosa paleta de Gorívar.

En esculturas tiene San Francisco de los grandes maestros españoles que influyeron en la formación artística de nuestros estatuarios. En la sacristía se encuentra colocado al centro el Señor con la cruz a cuestas, en grandes proporciones, del Montañez; y a derecha e izquierda se hallan otras estatuas con las características de ese realismo de rígida penitencia que Alonso Cano y Pedro de Mena consiguieron expresar las almas místicas y contemplativas. El Padre Carlos que aparece en el escalafón de nuestros estatuarios como el más antiguo, se presenta con sus figuras como si fueran cinceladas por los afamados maestros españoles Cano y Mena. En algunas efigies como la de San Pedro de Alcántara existente en la Capilla de Cantuña, el Padre Carlos no parece discípulo y compañero de aquellos sino que consigue superarlos por el fervor y espiritualidad místicos del verdadero penitente que palpitan gravemente en ella. Y se explica que las imágenes del Padre Carlos expresen ese grado de perfectibilidad ascética, en razón de su mismo carácter sacerdotal acorde con la religiosidad y devoción del medio. En esos momentos de iluminación y ardimiento en que esculpía sus figuras el religioso artista debía experimentar necesariamente en su interior los diversos transportes psíquicos, la inmensa gama de emotividades que va recorriendo el espíritu del místico en aquellos estados en que, concretándo-



Escultura del Padre Carlos

se en su propio pensamiento, entra en los dominios de la subconsciencia.

El Profesor español Jaén Morente al hablar de las esculturas del Padre Carlos, especialmente de la de San Pedro de Alcántara de la iglesia de Cantuña, se expresaba: Siento que esta imagen me conmueve profundamente: la misma unción mística envuelve mi espíritu y creo encontrarme en dominios supraterrrestres. Al Padre Carlos lo conceptúo superior a Mena. Del mismo parecer del profesor Morente participamos acerca de las excelencias escultóricas de este artista que honra sobremanera el arte quiteño. En las figuras del Padre Carlos, a más de caracterizarse cada cual por la forma substancial de su estado de misticismo y espiritualidad, se distinguen por la exactitud de las proporciones y el vibrante realismo anatómico de su configuración corpórea. Los Crucifijos y otras al desnudo del Divino Maestro están tratados por el Padre Carlos con pleno conocimiento de la anatomía, de la flexibilidad nerviosa. Pues, al contemplarlos de cerca se tiene la persuasión de ver las funciones de la sangre arterial por el cuerpo. Por otra parte la expresión de dolor tan a lo vivo manifestada, no es la del hombre que tolera los dolores físicos sino la del hombre divino; la del Gran Maestro y Regenerador que siente la suprema angustia de la incomprensión de los hombres y de la esterilidad de sus sacrificios. El Padre Carlos, no obstante su preeminencia artística, no gozó de la fama de los pintores y escultores que dieron lustre a la escuela quiteña. Sencillamente, fue el tipo modesto e ingenuo del verdadero apóstol. Odiaba la divulgación de su nombre. No era de aquellos religiosos que encubría con su vestidura talar un nidal de egoísmos, ambiciones y soberbia. He ahí la causa de haberse mantenido su nombre en la penumbra.

XI

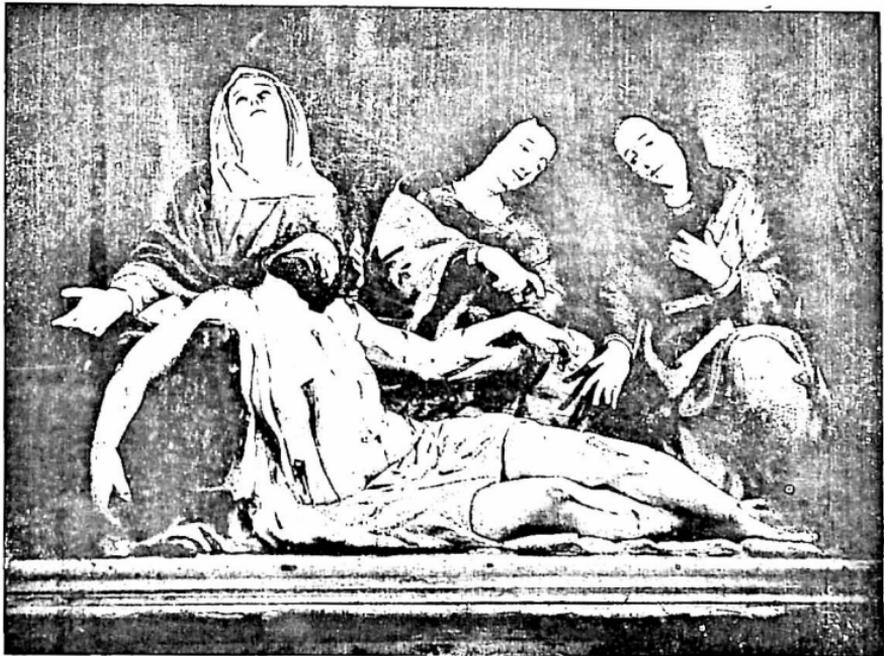
Los escultores Pampite, Legarda, Caspicara, Zangurima, Rodríguez, Sandoval, dos monjas Carmelitas y sus obras.

El Padre Carlos consiguió infundir vivamente sus sentimientos artísticos en el espíritu de su discípulo José Olmos, conocido vulgarmente por Pampite. Sus creencias religiosas que se enraizaron con hondura en su entraña al calor de las adoctrinaciones místicas de su director y maestro obraron con fuerza en sus figuraciones. Pampite como para descubrir la intensidad de su fe y religiosidad se dedicó en su ramo solo a esculturar crucifijos. Y el artista quiteño se esfuerza por hacer palpitar dentro de esa rígida contextura las diversas modalidades psíquicas de su tragedia. En los Cristos de Pampite existentes en San Roque, en San Francisco, San Agustín, el Carmen Antiguo y el Museo Nacional mueven a compasión por los estertores de la agonía que realmente se los siente al estarlos mirando; Pampite para demostrar la maestría de su cincel varias de sus imá-

genes las ha labrado en madera de balsa que se resiste al modelado. Supo este artista con su ingenio corresponder a los afanes de su meritísimo maestro el Padre Carlos.

San Francisco conserva las estatuas más hermosas de los escultores españoles y quiteños. En el nicho superior del retablo del presbiterio sobresale el grupo del Bautismo de Cristo del español Diego de Robles policromado por su compañero Luis de Ribera; y en otros retablos se experimenta la ilusión de que cobran aliento las figuras colocadas en ellos y que han sido cinceladas al esfuerzo de la fogosidad de su ingenio por Legarda, Caspicara, Fernández, Carrillo y otros tantos cuyos nombres se ocultan y que silenciosamente han dejado sus producciones para propagar el prestigio de la escuela quiteña. Las Purísimas de Legarda, una de las cuales, la obsequiada por el Obispo José Díaz Fernández de la Madrid, se destaca en el nicho central del altar mayor, perpetúa por sí sola la excelencia artística de este quiteño que concibió con una atrevida actitud rayana en lo sublime interpretar el símbolo de pureza de la Madre de Jesús. La Purísima de Murillo es de dulzura infinita y hábilmente ideó no violentar el escorzo del rostro para mantener la expresión de divina afabilidad. Legarda con mayor audacia artística que el insigne pintor sevillano le da un movimiento a su Inmaculada que traduce con poética filosofía las virtualidades que ella encarna. La Inmaculada de Legarda tocando con su pie la cabeza de la serpiente que personifica las perversidades humanas expresa con sentido realista más hondo y vivaz el concepto que personaliza la imagen. Precisa convenir que el ambiente de religiosidad y misterio que envuelve a la ciudad de Quito ha contribuido poderosamente a vigorizar la espiritualidad de los imagineros quiteños.

La figura de San Francisco de Caspicara está ejecutada con manos divinas. Palpitan en la expresión y en torno de sus formas y a través de sus ondulantes vestiduras las luminosidades de su espíritu y la belleza de sus virtudes de infinita piedad y misericordia por las cuales le divinizaron los hombres y se le rinde reverente culto. Caspicara se coloca sin ponderación a igual plano de los más célebres escultores europeos. Cuando el visitante se detiene largamente a mirar el grupo de imponderable hermosura de la Asunción de la Virgen y los Apóstoles que se encuentra en el nicho superior del retablo de San Antonio concluye por ensalzar el cincel de este estatuero quiteño que ha dejado fuertemente esculpidas en sus figuras las exquisiteces y luminosidades de su alma eminentemente poéticas. Los artistas geniales en los distintos ramos filosóficos y artísticos poseen el poder maravilloso de captar el alma del Universo y de la humanidad los misteriosos componentes de las vibraciones de su substancialidad y emotividades para forjar un arquetipo que traduzca absolutamente esos hondos estados de espíritu. Por esa potencialidad de sintetizar el mundo psíquico las obras del espíritu perduran al través del espacio y del tiempo. Aquellas obras son eternas y continúan viviendo con el mismo frescor y eficacia por encima de las generaciones que se abatieron para siempre. Los poemas, música, pinturas y



esculturas que expresan viva e intensamente esas armónicas gradaciones espirituales incitan a la reflexión y socaban el alma. Cuando se contempla una obra de esta naturaleza se palpa con el espíritu de sus autores.

No hemos podido mantenernos serenos en presencia de los grupos escultóricos de Caspicara. Insensiblemente nos trasladamos a planos sobrenaturales, a esos planos de elevación mística en que el alma se inmerge en remansos de ensueños y melodías. Las figuras que simbolizan las Virtudes Cardinales, especialmente la de la Caridad, que hermocean el retablo del presbiterio de la Catedral, representada por una mujer con unos cuantos niños desnudos que esparcen gracias y dulce poesía, es la simbolización más tierna y apacible de la madre que, enternecida de la miseria y el hambre de criaturas faltas de amparo, las acoge dulcemente en su regazo. Esos niños de sonrosadas carnes, de delicadas formas y de sonreír de inocencia parecen brotados de la dulcísima paleta de Murillo. El retablo presbiteriano de la Iglesia Metropolitana con las estatuas cinceladas por Caspicara que magníficamente lo decoran y la sillería ornamental de dorado y rojo que lo complementan, es todo un poema, todo un conjunto orquestal, ante el cual el visitante se detiene admirándolos sin darse cuenta del tiempo.

La Catedral, fuera de la parte exterior que mira al parque de la Independencia con su majestuoso templete que se asienta sobre una bien trazada gradería circular que lo mandó trabajar el Barón de Candolere y su atrio con antepecho de piedra labrada de estilo renacentista, por dentro no ofrece arquitectónicamente hablando, como los templos metropolitanos de otros lugares, novedad alguna. Pero ese vacío, esa frialdad, ese desaliño ornamental que se lo siente, tienen su compensación: con los suntuosos frescos de la historia de Jesús pintados por el célebre artista quiteño Manuel Samaniego que ornamentan la parte superior del cuerpo central y con otras pinturas de Goríbar, de Bernardo Rodríguez, hermano materno de Samaniego, y de otros artistas notables; y con las magníficas capillas interiores situadas al costado izquierdo del cuerpo del templo, capillas hábilmente dirigidas con sus bien dispuestas cúpulas y sus retablos que se atraen la admiración por su riqueza ornamental y las bellas figuras trabajadas por Legarda y Caspicara que pregonan su ingenio artístico.

En esculturas es tan rica la Catedral como San Francisco. Posee las del Padre Carlos, Legarda, Caspicara y de algún otro. Las de Caspicara nos recuerdan las imágenes de bellas formas de la estatuaria helénica pero vivificadas por el ardimiento, viveza y espiritualidad. El grupo admirable de la Piedad, único en su clase, en el cual el artista se ha ingeniado en reproducir en cada uno de los cuatro personajes que lo componen las diversas transportaciones angustiosas por las que atraviesan ante el cadáver del Divino Maestro. Las figuras de este Fidias quiteño se caracterizan por ciertos rasgos de pindárica poesía que tienen la fuerza prodigiosa de despertar goces de elevada espiritualidad que levantan el alma del mundo corpóreo. El Museo Nacional es po-

seedor de algunas figuras típicas de costumbres y de una Dolorosa de candelero de regulares proporciones. El rostro y las manos de esta imagen expresan un lenguaje de dolor de líricas excelsitudes. Estas figuras y el Cristo de la agonía de Pampite, que da la impresión de ver en El las gradaciones angustiosas de la vida que va apagándose, se hicieron admirar junto con la Santa Rosa de Legarda en las exposiciones de Bogotá y de San Francisco de California, a las que concurrió el Ecuador con muchos objetos de arte colonial.

La joya de más subidos quilates artísticos que tiene adentro la Catedral es la portada de la sacristía, que difícilmente puede ser superada por otra alguna en el Continente por su contenido filosófico y estético. Es un trabajo de orfebrería en piedra azul de nuestras canteras. Consta de tres partes: la primera compuesta de un cerco espléndidamente burilado en piedra hasta debajo del tímpano en cuyo espacio se encuentra el emblema de la crucifixión. Parece por la habilidad y primor de la ejecución que el artífice hubiese efectuado en cera. La segunda que comprende el tímpano contiene en su espacio triangular el tránsito de la Virgen que se eleva a los cielos sobre una nube de querubes. Este cuadro está tratado con la dulzura propia del motivo que lo magnifica. Y, el último demuestra la inventiva extraordinariamente primorosa del artista de pujantes bríos que quiso, por su excesiva modestia, encubrir su nombre, pero dejar muestras eternas de su espiritualidad y de su raza. Y, como para evidenciar ante el mundo el valor psíquico del Imperio y de la civilización desaparecidos, con hondo sentido filosófico y estético cinceló al dios sol, ídolo de su culto, en el pecho de la primera persona de la Trinidad, en el Padre, simbolizado en una figura humana de severa fisonomía y de un mirar de abismos, que se le ha colocado con incomparable ingenio dominando las alturas de ese monumento. A su derecha, conservando armónica distancia, se halla la figura del hijo, que se lo ha personificado en una forma un tanto parecida a la del padre, llevando a hombros un cordero, símbolo de toda su historia. Y finalmente, a la izquierda tiene al Espíritu Santo, personalizado con características idénticas a los personajes anteriores, con la particularidad de llevar escultada con gracia incomparable sobre el pecho una paloma con las alas completamente abiertas cuyas extremidades están cojidas con las manos de esta figura, que simboliza la luz que descendió de los cielos a iluminar a los Apóstoles y la apacibilidad que debe imperar en el espíritu de los hombres. Este maravilloso grupo que está tratado con singular magistralidad artística recuerda la trinidad brahamánica formada por Brahamana, Siva y Vichnu. Creemos, sinceramente, que con dificultad puede repetirse en otros templos sud-americanos un motivo de suma alteza artística que tanto habla al espíritu, alejándole de los confines terrestres. Las obras de ingenio; las obras que son el substractum del pensamiento y el alma; las obras que tienen la potencialidad de radiar el mundo de las efectividades y emociones se apropian de la voluntad y la conciencia de los hombres y los mantienen



abstraídos y entregados a los goces de la espiritualidad mística.

Caspicara consiguió infundir entusiasmo y admiración por el arte escultórico en sus discípulos. Por ahí aparece Gaspar Zangurima, natural de Cuenca, cuyas aventajadas disposiciones artísticas impresionaron gratamente al Libertador Simón Bolívar hasta señalarle una pensión vitalicia por Decreto expedido el 24 de septiembre de 1822. Cuando partió de Quito a su ciudad natal fundó una escuela de escultura en la que se distinguieron notablemente Vélez y Alvarado sobre todo, en sus Cristos, que gozan de muy merecida fama hasta hoy. En nuestra visita a Cuenca, que nos maravilló la melodía de su poético paisaje de leyenda, tuvimos ocasión de ir, obedeciendo a nuestras inclinaciones temperamentales, a conocer el estudio de uno de los más afamados escultores del lugar. Con mucha benevolencia se apresuró a manifestarnos sus obras de arte, especialmente una serie de bustos de los personajes más distinguidos que habían sobresalido en las letras y en la política. A excepción de dos o tres que no parecían cincelados por la misma mano, los demás estaban ejecutados por una técnica vigorosa y un realismo equilibrado y lleno de vitalidad. Sorprendiéndonos que este género escultórico, que requiere especiales dotes de observación psicológica del ejecutante, estuviera cultivado con firmeza y constancia. Estas magníficas muestras de estatuaría cuencana hablan elocuentemente de este foco artístico que es un reflejo de aquellos astros que dieron renombre a la famosa escuela quiteña de la colonia.

Cuánto al calvario de Zangurima existente en el templo de el Sagrario de esta ciudad de San Francisco de Quito del que habla el Padre Vargas, dominicano, en la página 200 de su libro tantas veces citado, creemos sinceramente, sin dejarnos llevar por ajenas impresiones, que el Cristo y la Dolorosa son figuras que acreditan la buena escuela del autor, especialmente el Cristo que reúne notas técnicas muy semejantes a la del admirable grupo de la Piedad de Caspicara que se halla en un retablo situado atrás del altar del presbiterio. El movimiento de la cabeza del Cristo que descansa sobre el hombro izquierdo; la policromía, el azulado de las carnes junto a las heridas; la expresión de abandono e inacción del rostro; todos estos caracteres son los mismos en una y otra figura. La Magdalena y el San Juan del Calvario atribuido a Zangurima son imágenes muy mediocres; que abaten el lustre escultórico de las estatuas principales. La circunstancia de no ser todas las figuras del Calvario del artista cuencano ejecutadas por la misma mano basta para que no se le conceptúe como una de las mejores obras de la colonia. Tal como se lo mira al Calvario está a gran distancia de los del Padre Carlos, Pampite, Caspicara, en los cuales se hace admirar, junto a un realismo de misteriosas musicalidades de todas las figuras del grupo, una técnica realizada por el adiestramiento anatómico.

Por el año de 1570 aparece, según las partidas constantes en la cuenta del Ilustrísimo Sr. Peña que copia en su mencionada obra el Padre Vargas, el escultor Diego Rodríguez que re-

cibió una cantidad por la hechura de San Sebastián para su propia iglesia. Pero el Padre Vargas no cae en la cuenta que la una partida hace referencia a Rodríguez y la otra de los cien pesos a Sandoval por la imagen de San Sebastián de cierta madera que se había traído para esta iglesia. Luego fueron dos los escultores y dos las imágenes que mandaron a trabajar para el mismo templo. En las varias visitas de estudio que hemos efectuado a esa iglesia tuvimos oportunidad de conocer dos estatuas de madera que correspondían a la misma época. La una estaba colocada en el nicho de un retablo de la iglesia del costado izquierdo y la otra la conservaba el Párroco en su dormitorio temeroso de que la robaran. Y, tenía sobrada razón aquel sacerdote; ya que se trataba de una obra de arte de extraordinaria hermosura. Si el artista no se hubiese esmerado en traducir en los ojos y la expresión del rostro la placidez infinita de espíritu que experimenta el bineaventurado en retribución de sus martirios; creeríamos, efectivamente, que la estatua de San Sebastián era cincelada por la misma mano que cinceló la del Apolo de la época imperial que se encuentra en la galería de Belvedere en el Vaticano. El San Sebastián es el vivo retrato de esa juventud helénica de olímpica serenidad que se hizo admirar por la esbeltez y varonil arrogancia de sus formas. La escultura de aquellos tiempos tenía, necesariamente, que ser la expresión grata y apacible de su ambiente tan distinto del tempestuoso y caótico de otros tiempos. A excepción del grupo de Laocoonte, en el que el Sumo Sacerdote y sus dos hijos expresan la desesperación; la angustia infinita; los horribles dolores que sienten en toda su intensidad al verse ahogados por dos enormes serpientes; las figuras escultóricas de la antigua Grecia no traducen esos bruscos contrastes psicológicos; esa gama inmensa de emotividades y pasiones que agitan con violencia el corazón humano y provocan esas grandes tempestades que culminan en la tragedia. La escultura helénica tiene por todo lenguaje la perfectibilidad de las formas manteniendo en absoluta mudez al espíritu. Precisamente, hace abstracción del elemento vital; del elemento dinámico y espiritual por el cual se tiene conciencia del vivir del alma que es muy diferente del de la materia.

Tenemos que el escultor Sandoval y no Diego Rodríguez, citado por el Padre Vargas, es otro de los grandes astros en el ramo escultórico de aquellos que comunicaron tanto esplendor a la antigua escuela quiteña. Muy copioso es el número de pintores, escultores, tallistas, encarnadores, estofadores, cordovateros, cerrajeros, etc., etc., que contribuyeron de manera silenciosa con sus portentosas producciones artísticas a mantener el prestigio de la mencionada escuela quiteña. Hasta la mujer se entrega con ahínco a cultivar el ramo escultórico y dejar en él muestras de su ingenio y espiritualidad. Muy de cerca hemos examinado las imágenes de la Virgen del Carmen, del Tránsito y del Corazón de María existentes en el Monasterio del Carmen Moderno; y están tratadas con la delicadeza y espiritualidad mística propias de aquellas almas entregadas a la vida contemplativa como lo fueron las Madres Sor María de San José y Sor Magdalena Dávalos.



XII

*Maestros extranjeros que intervinieron en la formación artística de los indígenas quiteños.— Espíritu y carácter que se manifiestan en sus obras.— El género religioso fue el que predominó en sus producciones.
—Descripción de algunos templos.*

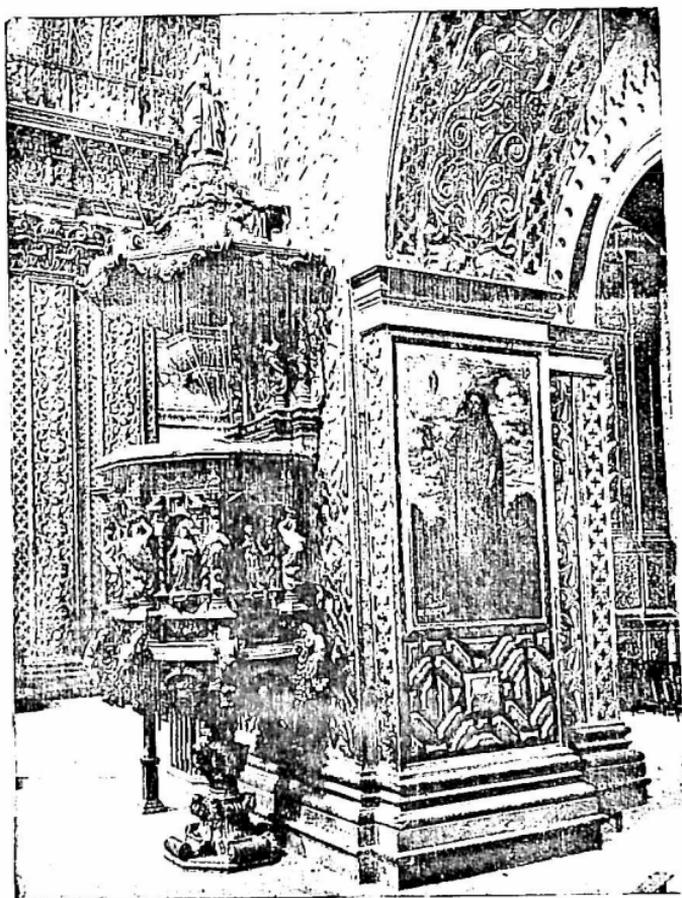
El visitante puede darse perfecta cuenta del singular ingenio artístico de los hijos de este suelo con recorrer: los artesonados y retablos; los púlpitos y mamparas; y las sillerías de los coros de San Francisco, la Compañía, la Merced, el Sagrario, la Catedral, San Agustín y el Carmen Moderno. En estos sacros recintos hasta el profano se siente místico palpando que aún en los muros vibran las emociones de aquellas almas delicadas que se afanaron por estampar en ellos las floraciones de su exquisita espiritualidad. No pocas veces, en nuestras frecuentes investigaciones artísticas, hemos experimentado intensamente esos transportes psíquicos de los místicos en los cuales parece diluirse el alma en sinfonías de luces y armonías. Sin unción mística no puede el investigador adentrarse en la entraña de aquellos artistas que vaciaron sus sentimientos y creencias religiosas en sus producciones artísticas. Las estatuas y pinturas expresan ciertas situaciones de espíritu que nuestros escultores y pintores alcanzaron sorprender de los religiosos de vida contemplativa en momentos de sus éxtasis, cuando su espíritu desprendiéndose de la materia estaba en íntima comunicación con Dios. De ahí que las figuras de nuestros imagineros reunan tales características psicológicas que parezcan efectivamente ser auténticos retratos de determinados personajes que se conquistaron celebridad con su austera disciplina y rendimiento a los preceptos de su regla.

En los retablos se observan diferentes estilos. Desde el ático hasta el barroco; pero manejados con refinado gusto estético. En el churrigüesco de los altares de la Compañía, con muchas destreza se ha evitado el antipático abultamiento de adornos rodeándolos de aire y movimiento. La vida se la siente en torno de las columnas salomónicas cubiertas de racimos de uvas, de cuya madurez tienen solaz los mirlos que las picotean saltando por sus ramajes. Sin hiperbolización alguna el arte palpita con agradable consonancia por ese follaje que se siente la impresión de oír constantemente los trinos melodiosos de las aves. En otros retablos la fantasía de los artistas quiteños obra prodigiosa desde el momento que no obedece a norma alguna arquitectónica. Parece que su ingenio estuviese abrillanado por los resplandores de la imaginación oriental. Hondamente nos impresionaron tres pueños templos por la extraordinaria riqueza de su contextura artística: San José del Tejar de la Merced; el Hospital de San Juan de Dios que parece una obra de orfebrería del más acabado refinamiento artístico, restaurado con suma habilidad por inteligentes tallistas dirigidos

por el doctor José Gabriel Navarro y económicamente atendidos por la Madre Superiora Margarita Arregui, quien con laudable entusiasmo se ha empeñado en acabar una obra de tanto costo. La Virgen del Rosario de Santo Domingo es un templo que simboliza por su audacia arquitectónica el fervor religioso de un pueblo elevado a su más elocuente plasticidad. Construido sobre un puente que da pasadizo a la continuación de la carrera Rocafuerte parece que se eleva naturalmente a los cielos. Como que el arquitecto junto con una pléyade insigne de escultores, pintores y tallistas se hubieran ingeniado en erigir un monumento que fuese en las diferentes artes la manifestación más expresiva de lo bello. El gusto más exigente es ampliamente satisfecho. Lienzos de afamados pintores nacionales y extranjeros; estatuas que denuncian la energía escultórica de sus autores; decoradores que hacen derroche de su imaginación creadora.

En un ambiente que fué formándose al fervor religioso de los dignos descendientes de aquellas legiones, que lucharon contra los infieles capitaneados por Tancredo, tenía que cobrar enormes proporciones y obtener su perfectibilidad estética el arte religioso. Todos los asuntos tratados por los artistas de la colonia, por los artistas de la celeberrima escuela quiteña, son bíblicos o místicos. Y, fué tanta la unción y tanta la rai-gambre de sus creencias religiosas que consiguieron dejar en sus obras su entraña saturada de misticismo. Muy pocas son las producciones que se apartan de este género que fue el imperativo de la época. Conocemos una que otra copia, de escaso mérito, de asuntos profanos o mitológicos. Como que el artista hubiese ejecutado por simple capricho y sin espontaneidad que constituye la virtualidad primordial en las obras de arte. Pero en las de carácter religioso, ya en pintura, ya en escultura, se muestran como aventajados discípulos de Zurbarán, del Greco, de Murillo, del Montañés, de Mena, etc.

Consta de auténticos documentos que Fray Pedro Gos-seal de nacionalidad flamenco, que vino con Fray Jodoco Ricke, fue el primer pintor que difundió sus conocimientos pictóricos entre los indígenas de la villa de San Francisco de Quito y de cuya capacidad artística hace elogiosos comentarios, según refiere el Padre Vargas en la página 243 de su citado libro, el viajero Baltasar de Obando que estuvo aquí y al trasladarse a Lima y vestir el hábito dominicano tomó el nombre de Fray Reginaldo de Lizárraga. Es, así mismo, verídico que al declinar el siglo XVI apareció en Quito el afamado artista Angélico Medoro, de quien hacen mención los antiguos cronistas. Lustros antes de que regresara de Lima el benemérito Padre dominicano Fray Pedro Bedón, a donde partió para continuar sus estudios teológicos y en donde tuvo la suerte de estar muy estrechamente unido a su compañero y maestro de pintura el Padre Fray Adrián de Alesio, nacido en Lima e hijo de Mateo Pérez de Alesio, aventajado discípulo de Miguel Angel; ya funcionaba el célebre Colegio de San Andrés fundado por los Padres Franciscanos en el cual recibían los indígenas y los hijos de españoles faltos de recursos lecciones prácticas sobre las



diferentes artes. Así que el precitado Colegio llevaba de fundado muchos años antes de que regresara a su ciudad natal el Padre Bedón. Y a este ilustre dominicano encontró ambiente muy propicio para fortalecer el cultivo de la pintura, en cuyo ramo consiguió especializarse notablemente. Señales manifiestas de sus magníficas facultades pictóricas son sus lienzos, muy celebrados por los conocedores, existentes en Lima, Santa Fe de Bogotá, en el convento dominicano de Tunja y en esta ciudad la Virgen de la Escalera; Imagen que revela por su colorido sobrio y armónico la escuela italiana en la que se educó.

Digno reemplazo suyo fue su discípulo el Padre Fray Tomás del Castillo, a quien se atribuyen varias pinturas decorativas en la iglesia y la capilla del Rosario y todo el trabajo pictórico del Refectorio. Con sobrado fundamento se le hace a este religioso autor del Gran cuadro de la Virgen con los santos de la Orden que se encuentra colocado sobre el arco ojival del fondo del templo y del retrato del Padre Bedón tomado momentos después de su muerte; piezas pictóricas una y otra que acreditan a los maestros que intervinieron en su formación artística.

En los comienzos del siglo XVII aparece en la Compañía de Jesús de esta ciudad Fernando de Ribera, héroe de un drama cuyo trágico desenlace incitó a renunciar el mundo y tomar el hábito religioso de aquella Orden. Historiógrafos antiguos y modernos celebran fundadamente el pincel admirable de este religioso jesuíta viendo sus magníficos lienzos que ornamentaban el templo de la Compañía y el convento. Consignan en sus páginas que este hermano Ribera, Director de la bella y espiritualísima Beata quiteña Mariana de Jesús, tuvo íntima satisfacción de difundir con celo ardiente y afectuoso sus singulares conocimientos pictóricos entre los discípulos de la escuela fundada por él en el convento. La fama de que gozó como pintor fue tanta que, hasta hoy, varios de sus compañeros jesuitas afirman que Ribera es el autor de la soberbia colección de cuadros de los Profetas, que decoran con suprema grandiosidad los costados de las pilastras del templo. Tal afirmación se pretende afianzar en simples suposiciones. El autor de aquellos cuadros es Gorívar como lo tenemos aseverado en otros estudios. Este famoso artista pintó esa bella colección muchos años más tarde, según se desprende del mismo estado de la tela y de la técnica de la coloración un tanto diversa de la de Rivera.

Fácilmente se comprende que, tanto por el espíritu de la época de romántica espiritualidad como por la fé y los sentimientos de honda raigambre religiosa de los fundadores de la Villa de San Francisco de Quito y de los maestros de cultura que impusieron los unos por la fuerza sus creencias en la conciencia indígena y los otros por el convencimiento y sus instrucciones, los motivos místicos tenían que ser los preferidos por cuantos se consagrara al cultivo de las Bellas Artes en la época de la colonia en esta ciudad. Los precursores de la afamada Escuela Quiteña dejaron trazado el camino por donde necesariamente tenían que dirigirse cuantos en lo sucesivo dedi-

caran sus actividades a los diferentes ramos artísticos, que tanto hablan a la inteligencia y el alma y por los cuales se valoriza el grado de cultura de los pueblos.

Los descendientes de la cautiva raza indígena que abrieron sus ojos a la vida palpando las imposiciones religiosas de los conquistadores y las catequizaciones fervorosas de sus educadores, los objetos de arte elaborados por ellos tenían que estar en correspondencia con las doctrinas que se habían infiltrado en su espíritu. No obstante, en manera alguna podían olvidar el culto que recibieron de sus progenitores esas deidades que las adoraban y flotaban en su mente como ensueños de su pasada grandeza. Por eso, como en recordación de sacro homenaje a sus dioses, procuraban en sus manifestaciones artísticas entremezclar de manera ingeniosa sus símbolos con las imágenes del culto católico. De ahí que agudizaran su ingenio en tal forma que sus decorados y ornamentaciones parecen brotados de la fantasía oriental y como para dejar constancia que en las reconditeces de su conciencia supervivían los ídolos de sus mayores.

Si el arte es la expresión del ambiente o del espíritu de la época tenemos que convenir en cuanto produjo la afamada Escuela Quiteña, bien sea en pintura o escultura, forzosamente tenía que ser del género religioso. ¿Por qué censurar que su aventajado ingenio artístico se mantuviera revolando dentro de aquellas fronteras si obedecía a su espontaneidad y los impulsos de su conciencia impregnada de misticismo? Para encontrar la razón fundamental de sus preferentes cultivos artísticos de índole religioso necesariamente debemos trasladarnos a la época, al instante mismo en que aquellas creaciones se produjeron. Sólo de esta manera se conocerá que las producciones artísticas de nuestros escultores y pintores fueron la expresión más vivaz y expresiva de los ideales que ellos alimentaban. Todavía en Italia y otras naciones europeas incluyendo a la tan célebre escuela sevillana, en las cuales aparece con grandes y vigorosos bríos el Renacimiento, se hace sentir preferentemente y su propensión al género religioso. Sus excelsos representantes se elevan a las cimas de la perfectibilidad artística con sus insuperables producciones bíblicas o religiosas. El espíritu de la época fue de acentuada religiosidad. Las desavenencias provocadas por la Reforma protestante enfervorizaron más los sentimientos religiosos; sentimientos que se reflejaron en el movimiento literario y artístico de aquellos tiempos. Luego nuestros pensadores y artistas; nuestra cultura en general tenían que estar empapados en las corrientes de religiosidad que se extendían caudalosamente por el mundo.



XIII

Juicios de algunos escritores sobre la cultura de la Colonia.— Sus colegios y universidades.— Figuras que sobresalieron en las Letras.— Caracteres de la poesía moderna.

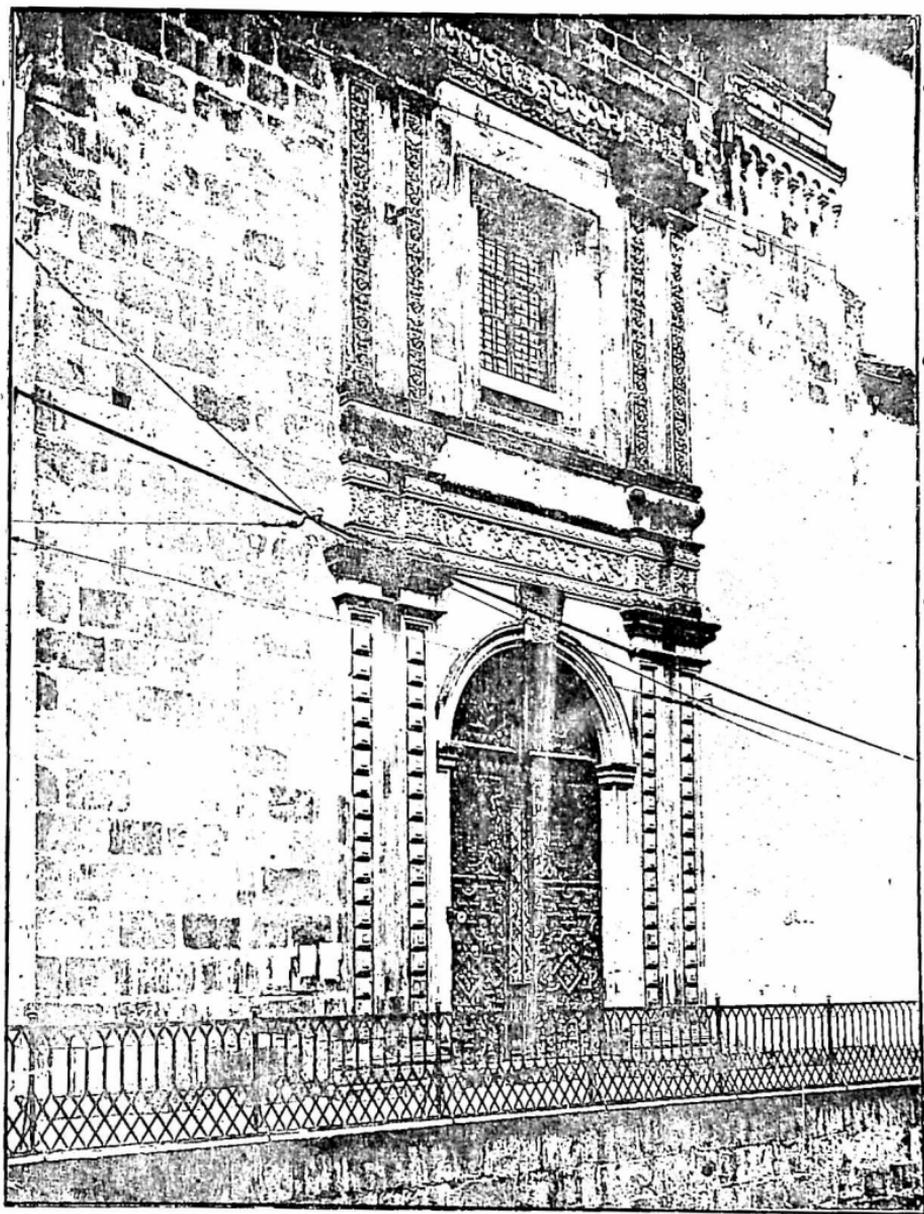
Con rígida severidad o con apasionamiento se ha juzgado del acervo literario y artístico de la colonia. Hombres de crédito en las letras nacionales como Don Pablo Herrera, Don Juan León Mera, Monseñor González Suárez, el Padre Francisco Vásquez, el dominicano Fray José M. Vargas se han ocupado con algún detenimiento y haciendo resaltar sus preciosos valores que sólo podían conceder supremacía en la colonia de Nueva España o Méjico. Nuestro respetable y venemérito historiador Monseñor González Suárez, de riguroso e inquebrantable criterio que muchas veces encontraba opacidades en los diamantes de puras aguas, se expresa, en el tomo VII de su Historia en términos desconsoladores al aseverar: "Debemos principiar por reconocer sinceramente, que el Antiguo Reino de Quito no fue nunca una provincia de las de primera importancia entre las muchas que formaban la vasta monarquía, que los Reyes de España poseían en el Nuevo Mundo. . . . Las comarcas, que actualmente forman la República del Ecuador, eran pues, una colonia oscura y de importancia secundaria en tiempo del gobierno colonial: la imparcialidad histórica exige de nosotros esta confesión". Y, en otro lugar dice, que cuando España estaba en decadencia fundábanse en esta ciudad Colegios, Seminarios y Universidades con profesores que participaban de la afectación y gerundianismo de la época, y que en la misma Metrópoli no regentaban sus Cátedras hombres efectivamente científicos.

Tales conceptos referentes a la cultura intelectual de la Patria, en tiempo de la colonia, emitidos por un historiador de altísimo crédito como Monseñor González Suárez, impresionan gravemente. Pero sentimos no ajustarnos a su criterio viendo que por entre su pequeñez y la densa obscuridad que la envuelve tiene lumináres que alumbran más allá de sus fronteras. Basta recordar el célebre Colegio de San Andrés fundado por los Padres franciscanos, en el cual recibían educación en diferentes ramos de las Bellas Artes tanto los indígenas como los hijos de españoles para no denigrar nuestra cultura de la colonia. Muy poco tiempo llevaba de fundada la Villa de San Francisco de Quito y, con todo, contaba ya con un Colegio, de análogas proporciones docentes a las del Colegio de Nueva España. De allí salieron con el ingenio abrillantado tantos indígenas y mestizos que fueron los precursores de la famosa Escuela Quiteña, de renombre continental. De la provincia humilde y falta de claridad brotan al azar astros que forman la constelación más hermosa de la colonia. El mismo Monseñor González Suárez abismado ante la técnica vigorosa y magistral de nuestros artistas que rivaliza con la de los grandes maestros de la renombrada Escuela

Sevillana acaba por negarlo su quiteñidad y hacerlos oriundos de España. Miguel de Santiago, Gorívar y Samaniego son en concepto de Monseñor españoles y no quiteños. A igual condenación dantesca estarían expuestos los pintores Calixto, Albanencis, Vela y otros tantos anónimos que asombran con su diestro dibujo y robusta y armónica coloración. Que poca fortuna la de Quito. ¡Sus figuras de relieve, de significación intelectual y artística, en concepto de sus pensadores, cronistas y críticos, son originarios de extranjeras playas!

Clausurado el Colegio de San Andrés el año de 1583 que tantos beneficios espirituales y artísticos prestó a la Villa de San Francisco de Quito y cuyo Profesorado estuvo compuesto casi en su totalidad de elementos criollos; se funda oficialmente en 1594 el Seminario de San Luis fuera de varias escuelas y otros establecimientos docentes. Transcurren 19 años y se funda la Universidad de San Fulgencio. Y, casi a fines del primer cuarto del siglo XVII la Universidad de San Gregorio y muy cerca de finalizar el siglo XVII la Universidad de Santo Tomás de Aquino regentada por los Padres Dominicos y cuyas cátedras estaban desempeñadas por religiosos y seglares idóneos, según autorizados testimonios. Tienen el mérito de haber creado, aunque empíricamente, la facultad de medicina. ¿Qué más podrían hacer en aquellos tiempos en que otras provincias coloniales de mayores recursos no contaban con facultades científicamente establecidas? Lo que si es un tanto censurable son esas controversias o rivalidades entre Jesuitas y Dominicos, por consecuencia de privilegios que querían obtener de manera preferente los unos sobre los otros para sus respectivos Establecimientos docentes. Pero, aún bajo este concepto tal conducta no merece reprobación si todavía hoy el egoísmo y oposiciones profesionales entre los dirigentes de Colegios de igual índole son tan crudos y violentos como si su espíritu no hubiera pasado por la alquimia educativa que tiene el prodigio de transformar los espinares y malezas en bellas floraciones de oro tan beneficiosas para el bienestar espiritual y el armónico convivir. No obstante esa tenaz emulación entre los Religiosos de las Universidades de San Gregorio Magno y de Santo Tomás de Aquino, el cronista asegura que fue provechosa para el estudiantado por la competencia y el afán de mutuamente aventajarse. El Consejo de Indias, sin embargo, para restablecer la armonía determinó que se fundara por parte del Rey una Universidad Pública.

La relación compendiosa de los Establecimientos de Educación que funcionaban en esta modesta provincia colonial, que tuvo la suerte de depender ya del Virreynato de Lima, ya del de Santa Fé, da exacta idea del estado de cultura del pueblo de la Audiencia de Quito. Sus Colegios y Universidades no contarían con Profesores sapientes y de grandes capacidades, pero si tenían en su haber la idoneidad y gozaban de crédito. Las pocas facultades universitarias estaban servidas en correspondencia con las necesidades del tiempo. De todo esto se deduce que nuestra cultura intelectual no se mantuvo en la penumbra como injustamente se juzga. Ciertamente que se dio pre-



ferencia al escolasticismo, a los cánones y teología y otros estudios de religión; mas el mismo espíritu de la época exigía aquella enseñanza. De ahí que nuestra cultura intelectual obedeciendo a aquellos estímulos se mantuvieran dentro de las demarcaciones religiosas sin tener en su seno adalides de altísima potencialidad literaria que pudieran sobresalir en otros ramos científicos y romper aquellas estrecheces.

Pero dentro de aquella enseñanza de caracteres religiosos sus diferentes géneros cuentan con exponentes de preciadas dotes literarias. Sus teólogos y místicos gozaron muy merecidamente de mucha fama como el Obispo Fray Gaspar de Villaroel, que se educó en Lima y escribió muchas obras; Machado y varios otros. Villaroel que tantos bienes hizo en sus Diócesis de Santiago y Arequipa tuvo particular empeño en afirmar que había nacido en Quito, por mucho que sus estudios los haya efectuado en Lima. Conceptuamos una arbitrariedad incalificable echarle del lugar de su nacimiento a un autor de merecimientos por el hecho de haberse formado literariamente en otro país. El notable literato y crítico Gonzalo Zaldumbide en una enjundiosa disertación que pronunció hace años en el seno de la Sociedad Jurídico-Literaria sobre el Obispo Fray Gaspar de Villaroel puso de relieve sus magníficas dotes literarias y ofreció escribir su biografía.

El acervo místico no es despreciable. En su mayor parte está escrito en latín y empolvado en muchos archivos. Quizá un día se restablezca formal y debidamente la Facultad de Filosofía y Letras y se proceda a estudiar a aquellos escritores que escribieron en latín. Entonces se conocerá que nuestra rudimentaria cultura intelectual no fue tan desestimada. Hubo varios Religiosos cronistas que escribieron interesantes relaciones acerca de sus misiones en las selvas orientales. Precisa confesar que se los conoce a través de los eruditos estudios del célebre anticuario Dr. Pablo Herrera, a quien tanto debe la literatura patria.

La oratoria sagrada por su misma índole de impresionar y convencer al auditorio por medio de la elocuencia recurre, muy a menudo, a extraordinarios pasajes bíblicos y por ende a símiles y comparaciones; los cuales resultan enfáticos y ampulosos cuando no son manejados por un cerebro vigoroso y de verdadero equilibrio y abrillantación que tenga la fuerza de dominar con su verbo la voluntad de los oyentes. Nuestros oradores sagrados en los siglos XVI, XVII y XVIII, aún los que gozaron de fama, tuvieron especial empeño en ahogar sus conceptos en un follaje de imágenes o adornos sin sentido. Lo propio aconteció con nuestros poetas sin excluir a los de verdadera vocación, a los de efectivo numen poético; a los que sintieron en su entraña las hirvientes y divinas luminosidades de la inspiración que elevan el alma a mundos misteriosos y desconocidos y le mantienen inmersa en sus senos para que embeba sus aromas de armonías y sienta sus paisajes de auroras y de ensueños. Doña Jerónima de Velasco, a juzgar por los encomiásticos conceptos de Lope de Vega, si parece que fue realmente inspirada y digna de elogio por sus esfuerzos en educarse con provecho. Al poeta Jacinto de Evia se le conoce por su

libro de poesías en el que colaboraron el Jesuíta español Antonio de Bastidas y el bogotano Domínguez Camargo. El autor de "La Cultura de Quito Colonial" asegura en la página 165 que "Evia es versificador fácil, pero gongorino hasta la médula de su vena poética".

Lógico era que viniendo de la Península los maestros y educadores, los elementos que debían formar el ambiente de cultura intelectual y artística de las colonias, forzosamente tenían que traer consigo las excelencias espirituales y estéticas del pueblo ibérico y sus imperfecciones y delirios. En la misma España literatos eminentes y poetas de altísimo vuelo rindieron fervoroso culto al culteranismo. El divino Herrera entrevió con su portentoso ingenio por entre panorámicas lejanías vislumbres de una poesía de nuevas formas de arranques líricos de extraordinaria brillantez musical y de excelsitud vital y coloración que solo podía sincronizarse en el maravilloso numen poético del precursor de la poesía moderna: Góngora. Con su monstruoso sentido musical que este insigne bate revolucionario recorre las inmensas escalas sinfónicas del Universo para hacer vibrar armónica y melodiosamente en las imágenes de sus cantos las floraciones espirituales y luminosas de sus senos en constante brotación de mundos y de estrellas. Por eso con la sutileza potencial de su fantasía renovadora despoja de sus cabellos al sol para cubrir sus imágenes. Los poetas que no poseen en altísimo grado dones tan prodigiosos se ofuscan con la suntuosidad y brillantez de sus flotantes vestiduras y con su espíritu en continuas vibraciones. Creían que en las nuevas formas de la poesía que la presintió Herrera y la sintió con fuerza Góngora consistían en un estilo churrigueresco o barroco de muy mal tono. Esto es en poner la idea debajo de un monte de hojarasca de suerte que resulten los versos vagos, oscuros, misteriosos e incomprensibles. De ahí que el culteranismo perdurara en América hasta el alborar el siglo XIX. Si bien, entre nosotros, varios versificadores que no se dan cuenta de la substancialidad de la poesía moderna, son tan afectados y enigmáticos como los poetas que trataron de imitar a Góngora en los siglos XVII y XVIII.

La poesía moderna recurre al símbolo para suscitar encantos entretejiendo las imágenes con tules de misterio y con mover hondamente el alma con sus acentos de lejanas sinfonías. Por lo mismo que el símbolo posee prodigiosas propiedades estéticas necesita ser manejado por una potencia intelectual que penetre a las misteriosas profundidades cósmicas y se empape de substanciaciones espirituales que constituyen el alma del Universo y la clave de sus recónditos designios y del concierto universal. Por todas estas expresivas virtualidades estéticas la poesía, la pintura y la escultura propenden a idealizar cada vez más siguiendo a la música que se apropia de la sensibilidad del hombre, porque se mantiene en dominios puramente abstractos. Hasta el arte coreográfico ha conseguido espiritualizarse con sus rítmicos movimientos y figuraciones que sus cuadros impresionan gratamente con su poesía musical evocadora.



XIV

Inciertos conceptos acerca de la cultura intelectual de la Colonia.— Sus establecimientos docentes y bibliotecas.— La Audiencia de Quito y el alto aprecio que le conquistó de la Corte por su sabiduría.— La expulsión de los Jesuitas.— Figuras que sobresalieron en esa época por su saber.

Algunos críticos que se precian de seguir ciegamente al ilustre y merítísimo historiador Monseñor González Suárez aseveran, quizá sin tener idea clara de las capacidades literarias y artísticas de nuestros exponentes de la cultura colonial, que no contamos con valores de efectiva importancia que alumbren la obscuridad de la época. Aseveraciones de tal índole se destruyen en su base con sólo recorrer rápidamente sus Colegios y Universidades y las magníficas Bibliotecas, en cuyos anaqueles se encontraban obras tan raras y de tanto precio que sorprendieron a viajeros ilustres de ver en este modesto pueblo de la Audiencia de Quito obras que no poseían capitales de vi-reynatos más ricos y de mayor importancia administrativa. Los conventos, casi todos, se daban el lujo de poseer magníficas Bibliotecas y ponerlas a disposición de personas que manifestaban deseos de ilustrarse. No es concebible, por lo mismo, que los Religiosos las hubieran conservado por mero adorno y no con afán de adquirir conocimientos y llevar vida de holgazanes. Luego sus Colegios, Universidades y Bibliotecas suministraron elementos capacitados e instruídos que necesariamente tenían que enralecer con sus luces la espesura del ambiente.

El ferviente amor al modesto suelo, en el cual la suerte quiso que abriéramos los ojos a contemplar la incomparable di-fanidad de su cielo de leyenda, nos mueve a proteger su pre-térita cultura contra las depresivas apreciaciones de ciertos crí-ticos que tienen el capricho de mirar toda su producción lite-raria a través de un criterio pesimista. Justo que no se dé lus-tre a la cultura intelectual y artística de antaño con ridículas exageraciones que acusan falta de entereza e idoneidad; pero tampoco se ha de censurar con acrimonia, porque tal conducta revela un criterio egoísta y mezquino.

La especie aquella de que la Audiencia de Quito fue una Provincia de escasa importancia en la colonia, ya que estaba su-bordinada al virreinato de Lima unas veces y otras al Nuevo Reino de Granada, no constituye una razón fundamental para menoscabar su cultura. Olvidan nuestros cronistas y censores que la Metrópoli tuvo concepto elevadísimo de la sabiduría y entereza de la Audiencia de Quito en razón de ese conjunto de leyes que elaboró y fué muy celebrado de la Corte y en el cual se inspiró el cuerpo de legislación de Indias. No quieren re-cordar que la Audiencia de Quito tuvo el carácter de pretorial y que fue elevada a la categoría de Capitanía General nom-brando a Sosaya como Presidente y Capitán General. Olvidan

así mismo que los Colegios y Universidades dirigidos por los Padres Jesuitas y Dominicanos, que gozaron de prestigio en aquellos tiempos, educaron a jóvenes de otras colonias que fueron a comunicar su saber en otras regiones. Ciertamente que esa celebridad docente estuvo circunscrita a determinados ramos que estaban dentro de sus propios dominios confesionales; pero se debe tener en cuenta que las producciones de carácter científico profano estaban sometidas al criterio rígido y estrecho del Tribunal del Santo Oficio. ¿Olvidan acaso que el muy célebre agustino Fray Luis de León fue procesado y preso por la Inquisición?

Digno de elogio es que el pueblo de la Audiencia de Quito, a pesar de su modesta representación política, se haya esforzado por vencer los obstáculos que imposibilitaban su perfectibilidad mental y espiritual. De sus senos de tenues claridades brotaron elementos que confortaron con sus luces extranjeras tierras. Fué preciso que se diera cumplimiento a la funesta expulsión de los Jesuitas, cuya presencia en las cátedras de los Establecimientos educacionales contribuía a propagar sus conocimientos y destruir el analfabetismo, para que en la culta Italia los estimaran y utilizaran sus capacidades. Entre los Religiosos expatriados sobresalieron: El Padre guayaquileño Juan Bautista Aguirre que desempeñó cargos de suma importancia hasta alcanzar el de Teólogo Consultor del Pontífice Pío VII. Demostró excelentes dotes poéticas y mucha vivacidad en la sátira. El Padre ibarriense Ramón Viescas que ha sido calificado como el primer lírico de la colonia y de poseer ese gusto sabroso, delicado y tierno de Fray Luis de León. El Padre Orozco, riobambeño, que demostró ser un poeta épico de magnífica inspiración en su poema "La Conquista de Menorca". Se pudiera seguir enumerando los Jesuitas ecuatorianos que fueron obligados a salir de la Patria y se distinguieron como trovadores y prosistas; pero aquello traspasaría las demarcaciones de nuestro diseño de la cultura ecuatoriana.

El Padre Juan de Velasco, a quien tanto debe la Patria por sus invalorable servicios, con una consagración sin parécido y digna de encomio se esforzó por recoger las composiciones poéticas de los Jesuitas expatriados en su célebre "*Colección de poesías varias hechas por un ocioso de Faenza*". Creemos sinceramente que no sean poetas y literatos de alto coturno; mas sí apreciables exponentes de cultura capaces de comunicar prestigio a las letras de un pueblo. El Padre Velasco basta por sí solo para dar lustre a la Patria, por más que un determinado grupo se empeña violenta y exaltadamente en destruir su autoridad histórica. Y, lo que sorprende es que el más obstinado de aquella falange le llame el Herodoto ecuatoriano. Este benemérito compatriota vivirá perpetuamente en la memoria del pueblo ecuatoriano por su monumental Historia del Reino de Quito y por haber dado a conocer los religiosos de la Compañía de Jesús que cultivaron la literatura, con mayor o menor brillo lejos de la Patria. Y, muy merecidamente es que nuestro historiador sea apellidado con el nombre del famoso historiador griego en razón de consignar en su prehistoria relatos que los

conoció al través de tradiciones indígenas y de manuscritos de cronistas antiguos que los estudió y han desaparecido. He ahí la causa de ser ruda y temerariamente combatido. Muy propio es de nuestro carácter manifestarnos agresivos en todo.

Muy justo es que se recuerden los nombres: del Jesuíta ambateño Padre Joaquín Ayllón que escribió un compendio de Arte Poética, en latín; del guayaquileño Doctor Rafael Goyena que cultivó con perspicacia y habilidad la fábula, que requiere especiales dotes de observación psicológica; y del laticungueño Ignacio Flores que llegó a ser Presidente de Charcas, Profesor de idiomas en el Colegio de Nobles de Madrid, y escribió una obra en cuatro tomos intitulada "Los Viajes de Enrique Wanthon por los Países Australes etc."; obra que pertenece al género novelesco y en la cual critica con suma destreza, donaire y atisbadura ciertas costumbres de los pueblos europeos. El Jesuíta Ayllón fue muy elogiado por Espejo por los esclarecidos talentos que demostró en su obra poética. El guayaquileño Goyena, aunque sus estudios desde niño hasta graduarse de Doctor los hizo en Guatemala, no por aquella circunstancia deja de ser ecuatoriano. Flores cuya obra la conocemos, es una figura que hace honor a la literatura patria. Y el célebre autor del Diccionario geográfico de América don Antonio de Alcedo es quiteño, por más que su educación integral la haya debido a España. Hombres de ciencia como Alcedo ennoblecen la modesta tierra en la que nacieron.

El ambiente cultural del pueblo de la Audiencia de Quito despidió sus vislumbres por entre la espesa niebla que le cubría. Tuvo exponentes de efectiva brillantez espiritual que podían comunicar lustre y esplendor a pueblos de viejos prestigios. Contó, a poco de haber sido fundada, la ciudad de San Francisco de Quito con Religiosos y Prelados que se desvelaron por educar intelectual y espiritualmente a los criollos. Siempre recordará Quito el anhelo vehemente y la actividad que demostraron algunos Obispos, especialmente Monseñor Calama, por impulsar los Establecimientos de educación, fundando nuevas facultades y dotándoles de buenas obras. Muy justo que se lo recuerde en la historia de la cultura de la Audiencia del Reino de Quito al Padre dominicano Fray Ignacio de Quezada por haber enriquecido la Biblioteca del Colegio de San Fernando y la Universidad de Santo Tomás con más de tres mil obras selectas y con trescientos y pico de cuadros romanos para colocarlos en los claustros de dichos Establecimientos.

XV

Cultura artística.— Los pintores que dieron renombre a la Escuela Quiteña encontraron ya el ambiente preparado.— Los grandes maestros Miguel de Santiago, Gorrívar, Samaniego y otros y sus obras en el extranjero.

Sorprendidos muchos de nuestros cronistas y personas cultas con los magníficos lienzos de Miguel de Santiago, de Goribar y de Samaniego no quisieron pensar que fueran quiteños. Se fundaron para ello en su pincel vigoroso y diestro, su magistral dibujo y su perfecta distribución de luces y sombras. ¿Cómo podían ser hijos de este suelo artistas de una técnica esforzada y prodigiosa que se confundía con la famosa de la escuela sevillana? Afortunadamente Dn. Alfredo Flores y Camaño y otros investigando los Archivos de las Notarías y registros parroquiales han encontrado las partidas bautismales y testamentos de los mencionados artistas. Con tales testimonios Quito tiene la gloria de ser la cuna de tan esclarecidos artistas. Y decimos que esta Metrópoli se siente ennoblecida con tales hijos, porque en aquellos tiempos ni las Capitales virreinales pudieron blasonar de poseer pintores de tan preciadas calidades. Luego el ambiente cultural de Quito no se mantuvo en la penumbra como injustamente se supone. Un pueblo que siente con fuerza e intensidad el fenómeno estético como pocos en el Continente colonial fue, porque su espiritualidad y sentimientos flotaban en esferas superiores desprendiéndose de los dominios biológicos y estrictamente materiales e instintivos. Un pueblo que tiene esas famosas legiones de artistas que comunicaron celebridad a la Escuela Quiteña siente vivamente en su entraña esas emociones múltiples efectos psíquicos las artes expresivas. Solo pueblos de refinada cultura como el antiguo pueblo helénico aman lo bello y lo expresan en admirables formas sensibles. ¿Quizá el culto, el demasiado amor que tuvo el pueblo quiteño a las bellas artes que el llegó a cultivarlas con fervor religioso, menospreciando las conveniencias económicas le ha mantenido en esa situación de estrecheces, en esa estado de desestimiento volitivo de las cosas del mundo que lo alejan de la prosperidad y riqueza por los cuales se conquistan el aprecio y prestigio de los pueblos en el actual momento histórico?

Aquellos artistas tan afamados, que fueron tenidos hasta hace poco por nuestros historiógrafos y críticos como españoles ¿dónde se formaron y quienes fueron sus maestros? Cuánto a la historia del arte, hasta el momento presente, están por resolverse muchas incógnitas, no obstante el interés de algunos estudiosos por rastrear tiempos pretéritos. Con un afanar infatigable hemos procurado, en lo posible, inquirir nuestros comienzos pictóricos. Sin embargo existen lagunas que no hemos podido vadearlas. Los estudios verificados en los Archivos franciscanos y en los de otros conventos por apasionados

investigadores del arte, entre esos los concienzudos del Padre franciscano, Benjamín Gento Sanz revelan que el franciscano flamenco Fray Pedro Gosseal, como lo tenemos expresado en capítulos anteriores, compañero de Fray Jodoco, fue el primer artista pintor que tuvo Quito y el Maestro que enseñó en el célebre Colegio de San Andrés. Pues, a los pocos años de instituido aquel Establecimiento docente comenzó a conquistarse elogios por el apreciable aprovechamiento de los alumnos en los diferentes cultivos de las Bellas Artes.

Se ha confirmado plenamente que a fines del siglo XVI estuvo en esta ciudad el magnífico pintor Angélico Medoro cuya presencia debió dejar generadoras luminosidades en el desarrollo pictórico de la colonia. Prontamente regresó de Lima el benemérito quiteño Fray Pedro Bedón trayendo consigo procedimientos pictóricos que los aprendió de un excelente discípulo de Miguel Angel. Consta que este Religioso dominicano logró formar magníficos cultivadores de la pintura como el Padre Castillo que demostró sus singulares disposiciones artísticas en algunos lienzos que se conservan en la iglesia y en el convento de Santo Domingo. Así mismo es manifiesto que en los albores del siglo XVII se presentó en la Compañía un incógnito con las características de héroe de leyenda; el panameño don Fernando de Ribera, quien pesaroso de su vida de aventuras solicita ser religioso de dicha orden. El señor de Ribera reunía cualidades excelentes del hombre de veras culto. Por lo tanto los Jesuitas lo aceptaron gustosos en su seno. Allí demostró sus aventajadas capacidades pictóricas en lienzos que ornamentaron el templo y fueron muy celebrados de los entendidos. Los Superiores le ordenaron que difundiera su habilidad artística enseñando a cuantos manifestaran deseos de dedicarse a la pintura. Resolvióse a ello muy gustoso, ya que su docencia en el ramo venía en prestigio de la misma Compañía por haber contribuido a la formación y refinamiento del gusto artístico de Quito. La muy merecida fama de que gozó el pincel de Rivera les ha movido a sus hermanos de la orden a sostener que los cuadros de los Profetas existentes de lado y lado en las pilastras de las naves del cuerpo central del templo son salidos de su paleta. El mismo frescor de los colores y el estado de las telas indican que aquellos lienzos fueron pintados en el siglo XVIII y por un pincel magistral y de mayores bríos técnicos que el de Ribera.

Ya profeso don Fernando de Ribera tomó el nombre de Hernando de la Cruz; nombre que le colma de celebridad en razón de haber sido Director de la joya más preciada de Quito por sus incomparables encantos espirituales y sus ricos aromas de pureza: Mariana de Jesús. El Hermano Hernando de la Cruz en su escuela que dirige en el mismo convento adquiere fama de pintor. Entre sus varios discípulos aprovechados se destaca el Hermano indígena franciscano Fray Domingo que se hizo admirar por sus aventajadas dotes artísticas. Y cerca de él los religiosos Fray Gaspar de la Asunción, Fray Francisco de Herrera y Fray Ignacio Mideros, autores distinguidos de los Códices Miniados y de los santuarios corales. En San Francisco

y en el Museo Nacional hemos tenido ocasión de conocer estos libros manuscritos de cánticos místicos. Nos ha llamado la atención la maestría en el dibujo y la coloración de los cuadros allí contenidos. Son piezas dignas de conservarlas con veneración y que honran sobre manera a sus autores.

Las anteriores relaciones evidencian que elementos flamencos, italianos e ibéricos prepararon el ambiente para que aparecieran esas figuras que comunicarían años más tarde efectivo prestigio a la ciudad de San Francisco de Quito. A favor de la magnífica docencia de Gosseal, de Medoro, de Bedón, de Hernando de la Cruz se formaron efectivos valores artísticos en los diferentes ramos de las Bellas Artes que dejaron en las obras que ejecutaron gratas impresiones de su sentir estético. Por otra parte las pinturas romanas, flamencas, venecianas y sevillanas de artistas notables que importaron los conventos y personas acomodadas contribuyeron a complementar la educación artística que recibieran los criollos de aquellos maestros. De informes elevados a la Corte Real por dignatarios y comisionados castellanos aparece el muy grande desarrollo que había alcanzado en este suelo las Bellas Artes en general.

En este ambiente preparado con esmero y entusiasmo aparece un artista de complexión estética tan aventajada, que sin mucho esfuerzo consigue colocarse a la altura de los grandes maestros de la célebre Escuela Sevillana. Su dibujo es tan diestro y sus pinceladas tan francas, enérgicas y valientes que han motivado dudas acerca de su origen. Su dominio en el empleo de los colores era de tal naturaleza que de propósito recurría al blanco, que difícilmente se presta a la armonización, para producir con él vaporosas musicalidades y melodiosos efectos de luz. La técnica en la coloración sí la perfeccionó con el estudio detenido de los cuadros de los grandes maestros; mas, es indudable que fué brote de su natural ingenio. Su personalidad pictórica ha sido objeto de encontrados pareceres todavía con críticos mediocres que emiten conceptos con crasa ignorancia del valor artístico de los lienzos que tienen a la vista. En esta grave falta incurrieron, fuera de algunos nacionales, los españoles: el Padre Agustino Valentín Iglesias y el litógrafo Don Víctor Puig, quienes trataron de negar la originalidad del maestro por haberse inspirado en la colección de los grabados de Schelte Bolwert para pintar esos magníficos lienzos de la vida de San Agustín que los mandó trabajar el Padre Provincial Fray Basilio de Ribera con el nobilísimo propósito de ornamentar los claustros del convento.

Las notables modificaciones que introdujo en la composición al trasladar a esos grandes lienzos los motivos de aquellos grabados están manifestando de suyo las excelencias artísticas de Miguel de Santiago. Sólo un pintor de su calidad podía modificar con ventaja las composiciones de ese artista compañero de trabajo de Rubens. ¿Dónde se inspiró Santiago para lucir en sus cuadros esos cielos de opulentas tonalidades peculiares de la naturaleza ecuatorial? Donde imitó ese colorido tan noble y tan sobrio propio de grandes maestros? Sino tuvo originalidad ¿cómo pudo dar expresión adecuada, típica e inconfundible

a cada figura sin una comprensión clara y exacta de la psicología del personaje figurado? De su originalidad, testifican los cuadros de los milagros de la Virgen del Quinche y de Guápulo existentes en las iglesias de las respectivas parroquias. El cuadro colosal del Arbol Genealógico de San Agustín, en el cual se mueven en distintas actitudes cientos de cientos de figuras y magníficamente caracterizadas, basta por sí sólo para inmortalizarlo y ponerlo a la altura de los grandes maestros. Este lienzo se atrae la admiración de los entendidos y de la mismos europeos, quienes sin egoísmo alguno ponderan las excelencias pictóricas y artísticas del maestro por la riqueza de movimientos, la equilibrada distribución de las figuras de los diferentes planos y la armonía de la coloración. Por este cuadro gigantesco se puede valorizar la magnitud pictórica del famoso artista quiteño.

Muy justo encontramos que literatos de prestigio como el peruano Ricardo Palma, don Juan León Mera y el historiógrafo Pedro Fermín Cevallos maravillados con el realismo divinamente expresivo que Miguel de Santiago en los sublimes arrebatos de su inspiración consiguió dar a la figura de Jesús en los momentos de su agonía, hayan envuelto su celebridad entre los maravillosos ropajes de la leyenda. El Padre Valentín Iglesias no se penetró del verdadero propósito de estos escritos cuando procuró apasionadamente destruir el espíritu legendario que se le atribuía transcribiendo análogas relaciones fabulosas aplicadas a otros insignes pintores. Los autores de tales tradiciones no encontraron otro medio más adecuado de difundir la genialidad pictórica de Miguel de Santiago que la leyenda. Sólo la leyenda dispone a su arbitrio de maravillosas floraciones simbólicas para mantenerse vivaz en la memoria de las generaciones. La originalidad de Miguel de Santiago se mantiene sólida y estable a pesar de aquellas censuras.

Ventajosamente las relaciones de viajeros y hombres de ciencia extranjeros colman de elogios las pinturas de este genial artista quiteño. En la misma Roma fueron muy celebradas como también en varias capitales de los virreinos. ¿Qué vinculaciones podían tener con el genial artista quiteño los españoles Jorge Juan y Antonio de Ulloa que vinieron acompañando a los académicos franceses La Condamine, Godin y Bouzier para medir aquí en el Ecuador un arco de meridiano? Aquellos hombres de ciencia ibéricos con suma entereza consignan en sus informaciones a la Corte la merecida fama que se había conquistado el pintor quiteño Miguel de Santiago con sus magníficos lienzos. Habían transcurrido algo más de tres décadas de la muerte del maestro cuando los mencionados académicos estuvieron en Quito. ¿Quién podía influir en su ánimo para consignar en su "Relación Histórica del Viaje a la América Meridional" apreciaciones tan honrosas respecto de Miguel de Santiago?

Las pinturas europeas que poseía el maestro y figuran en su testamento revelan que perfeccionó sus conocimientos adquiridos con el estudio de los muchos cuadros de indiscutible mérito artístico existentes en los templos y casas particulares.

Así se comprende que asimiló ese sabor regio y de suma alteza de los geniales pintores de la celeberrima Escuela Sevillana. El elevado nivel pictórico en que fácilmente consiguió colocarse Miguel de Santiago descubre su complejión estética. La psicología del genio es una espiritualidad de luces y armonías que va generando dentro de sus propios dominios psíquicos nuevos elementos estéticos para producir esas concepciones sinfónicas tan expresivas y místicas y tan supremamente divinas que cada generación siente vibrar en ellas el alma de su propio ser. Es preciso saber contemplar y percibir los cuadros de los grandes maestros para sentir ese mundo de emociones de orden superior que despiertan y sublimizan el espíritu. En el lienzo del Arbol Genealógico de San Agustín Miguel de Santiago vació su alma y su propio genio. Qué impresiones las que se experimentan ante la contemplación de su grandiosidad pictórica; ante la armónica distribución de los grupos de las diferentes órdenes allí representadas!

Los pintores que intervinieron en el aprendizaje pictórico del maestro, con todo de poseer magníficas disposiciones, se sintieron empequeñecidos ante su magnificencia en el arte. Su superioridad le movió a abrir un taller para difundir sus conocimientos. Su rigidez y terquedad temperamentales contribuían para que sus discípulos se dedicaran cumplidamente a seguir sus enseñanzas. En muchos de ellos se repara el encauzamiento técnico del maestro. En la colección compuesta de más de veinte cuadros existentes en la iglesia, los claustros del convento y la Sala Capitular de San Agustín, no obstante las desigualdades pictóricas que se observan en algunos casi todos sustentan el mismo sabor y estilo. Esas características clásicas de los discípulos de Miguel de Santiago han influido en el criterio de algunos observadores, quienes sin detenido examen de tales lienzos procedieron a atribuirlos a notables pintores españoles. El cuadro que representa al joven Agustín dictando clases de filosofía por estar firmado por el pintor quiteño Carreño discípulo de Miguel de Santiago, el doctor José Gabiel Navarro cree ver en él, según consigna en sus estudios de arte, al célebre artista español Juan Carreño de Miranda a quien Velázquez, aquilatando sus cualidades pictóricas, presentóle al rey para que fuese pintor de la corte. Este lienzo del quiteño Carreño, en el que predominan los verdes y los claros, es quizá el menos excelente de la famosa colección.

Ciertos rasgos diferenciales que se advierten en varios lienzos están atestiguando las diferentes manos que concurrieron en su elaboración. Esto es, los discípulos más o menos aventajados que acompañaron al maestro para que cumpliera con su convenio celebrado con el Superior de los Agustinos. Tales pormenores comprueban que Miguel de Santiago sostuvo una escuela de la que salieron pintores que mantuvieron el prestigio de la célebre Escuela Quiteña. Y, a propósito de la Escuela Quiteña, no pocos de los que se han dedicado a estudios de crítica de arte sostienen que han dado en llamar arbitrariamente con tal denominación a ese conjunto de artistas de los siglos XVII y XVIII que se empeñaron en imitar el estilo o la

manera pictóricos de los famosos maestros de la Escuela Sevillana. Si las pinturas de nuestros artistas imitan a veces a las de Velázquez, Murillo, el Españoleto, Zurbarán, el Greco; no por eso se ha de negar la originalidad que les caracteriza. Por entre ese sabor admirable que consiguieron asimilar los pintores quiteños se observan ciertas notas específicas y el aire propio del terruño o del carácter americano. Precisamente, esos rasgos típicos, un tanto nuevos, que les diferencian de los españoles constituyen la originalidad de las pinturas quiteñas. Y existiendo ese carácter distintivo y sobre todo los talleres en los que se difundían el método y estilo peculiares de nuestros pintores criollos; sobrados motivos hubo para aseverar que existió la afamada Escuela Quiteña.

Olvidan o no quieren recordar nuestros críticos que la Escuela Quiteña es floración del celeberrimo Colegio de San Andrés que fundaron los Padres Franciscanos, en el cual el Padre Gosseal flamenco daba clases de pintura. En este Colegio de grata recordación para Quito se instruían tanto a los indígenas como a los hijos de españoles sobre las Bellas Artes en general. No hay para que repetir los notables arquitectos, escultores, pintores, músicos y más profesionales que salieron de allí. Luego la Escuela Quiteña que fue fortaleciéndose con el concurso de distinguidos pintores como Medoro, el Padre Bedón, el Hermano Hernando de la Cruz, etc. tiene sus raíces allá en el primer Colegio que fundó el Padre Fray Jodoco Ricke en junta de otros religiosos franciscanos.

Contemplando los cuadros que representan las Virtudes pintados por Miguel de Santiago existentes en los claustros altos del convento de San Francisco, de súbito se le viene a la memoria la imagen de Santa Bárbara del artista colombiano Gregorio Vázquez de Arce y Cevallos que se conquistó celebridad en la colonia. Ciertos toques expresivos en el semblante; las manos y los pies tratados con delicado realismo y que hablan un lenguaje majestuoso y divinamente místico por entre la factura de ese ropaje tan lleno de nobleza y naturalidad; todas esas calidades inducen a pensar que uno y otro tuvieron idéntica orientación artística. Si bien es indudable que sobre la originalidad de Vázquez de Arce la crítica acumula graves cargos referentes a la manera de iluminar o de pintar sobre los grabados europeos de los grandes maestros y todavía la de recortar figuras de diferentes estampas y formar con ellas una nueva composición; estos cargos, que opacan un tanto la fecundidad pictórica del célebre artista colombiano que se le ha comparado a la del Greco, le colocan a distancia de Miguel de Santiago tenido muy merecidamente como el príncipe de los pintores coloniales del Continente.

* * *

Goríbar tenido así mismo como español es otro de las lumbreras pictóricas que hace honor a su ciudad natal. Mucho orgullo debió de tener Miguel de Santiago de haber formado un discípulo que le disputara su grandiosidad artística, por más que la leyenda se haya empeñado en presentar al maestro como un temperamento bilioso y egoísta, que bastó que Goríbar reto-

cara un cuadro dañado en el patio por los cerdos para que lo respidiera de su taller. No perseguían otro objetivo los forjadores de aquella conseja que hacer perdurable el renombre de Goríbar como el de su maestro.

Entre los pintores de la Escuela Quiteña es el que siente con fuerza la armonía del color. Su pincel recorre con pujantes bríos la gama de la coloración para producir los más peregrinos contrastes, las sinfonías más admirables. Son tan vigorosos sus efectos del claroscuro y parece haber sido aventajado discípulo de Tintoreto o un fervoroso admirador del insigne Goya, si este formidable revolucionario del color no hubiese abierto sus ojos a la vida cuando ya Goríbar había escalado las alturas de su maestro. Entre la constelación de artistas de la renombrada Escuela Quiteña Goríbar imprime su personalidad pictórica con tanto vigor y poder que se lo conoce a gran distancia sin confundirse con nadie. De temperamento eminentemente musical no quiso mantenerse adherido a la severa y pálida coloración de la pintura religiosa de aquellos siglos. Aspiró a encauzarse por lechos distintos a los de Zurbarán, el famoso pintor de la escuela sevillana que se caracterizó por sus admirables cuadros de asuntos religiosos. Presintió con su instinto musical las armonías de la coloración que el famoso Manet consiguió cristalizarlas en sus cielos y paisajes de extraordinarias y primorosas melodías.

Goríbar refinó su gusto estético estudiando las magníficas pinturas venecianas y flamencas traídas de Europa por las Autoridades de la colonia, por los Superiores de las comunidades religiosas y por familias acaudaladas. El Barón de Carondelet, a quien Quito debe recordarlo con gratitud por esas frases desgarradoras que consigna en su comunicación dirigida a la Majestad Real para implorar sus sentimientos de piedad hacia la ciudad que se encontraba en decadencia con motivo del terremoto ocurrido el 4 de febrero de 1797; dicho Presidente de Quito miró también por el espíritu artístico del pueblo de su gobierno. Consta que el Barón de Carondelet importó una valiosa colección de más de quince pinturas venecianas y flamencas en grandes láminas de cobre sobre asuntos bíblicos de distinguidos pintores. De esta colección tuvimos conocimiento por nuestros artistas Pinto y Manosalvas, los cuales nos informaron que aquellas láminas eran de mucho mérito, sobresaliendo la del Sacrificio de Abraham. Siete láminas de la referida colección conocimos en poder de algunas personas; y podemos asegurar que Goríbar fue inspirándose en las pinturas extranjeras para imprimir nuevos rumbos a su técnica pictórica.

En efecto, sus lienzos respiran otro ambiente del grave y serio de los pintores místicos que formaron su gusto en la palestra de expresiva religiosidad espiritual de Zurbarán. Sus cielos y los trozos de paisajes de sus fondos esparcen musicalidades pictóricas de realismo excelso. En las vestiduras de sus personajes combinan caprichosamente los verdes oscuros con los rojos, los cobaltos con los morados desvaídos, los amarillos con los granates verdes y violáceos. Sus luces y sombras son tan diestramente distribuidas y tan acentuadas que sus figuras pa-

recen brote de un moderno impresionismo pero de factura clásica. Goríbar no sólo es diestro dibujante de las formas sino de la psicología de sus imágenes. Cada uno de los Profetas que engalanan las pilastras de las naves del templo de la Compañía expresa en su fisonomía el país de origen y la característica de sus predicciones o profecías. Habacuc con su manto que le cubre una parte de la cabeza prestando sombra a sus ojos para que no se ofuscaran con las luminosas revelaciones que las veía en el gran libro de símbolos que lo tiene entre sus manos; es la figura que caracteriza con majestuoso realismo ese personaje envuelto en misterios que predice siglos antes del nacimiento de Jesús el cautiverio del pueblo de Israel y su regreso a Jerusalén. Osseas, a pesar de su majestuosa apariencia, es un personaje emblemático que anuncia en su fisonomía el espíritu enigmático que lo vivifica. Fue del reino septentrional de Efraín y predijo el castigo de Dios por las infidelidades e idolatrías de los israelitas; esto es, la ruina del reino y la dispersión de sus habitantes. Las manos y los pies de este misterioso personaje hablan un lenguaje tan expresivo como el de su rostro de perdurable frescura. El temperamento musical del artista quiteño vibra vivaz en las vestiduras de este divino vidente que divisa en la obscura lejanía la futura suerte del pueblo escogido. Los rojos y los azules cobrizos están bellamente armonizados y denunciando la genialidad pictórica del artista. El sabor del aristocrático realismo de su paleta ha contribuido para que se le haga natural de España y no hijo de Quito; de esta ciudad que, no obstante su pequeñez y retiro, se precia de ser cuna de hijos tan ilustres.

Sofonías aparece a orillas del mar con los brazos entrecruzados y hondamente pensativo viendo la cinta que pasa por su mente de los sucesos a cual más tétrico que acaecerán en venideros siglos en el reino de Judá. Con su tez tostada por el sol; el cabello y la barba batidos por el viento es fiel retrato de aquellos personajes que en esos tiempos eran tenidos como símbolos vivientes que pronunciaban el futuro destino de un pueblo. Goríbar interpretó magistralmente la figura de ese personaje meditativo de cuyo entrecejo brotan enigmas. Su ropaje desvaído y su borceguí amarillento pintan vivamente al peregrino que andaba profetizando 624 años antes de Jesús y en tiempo del rey Josías la desolación de Judá y de Jerusalén por los caldeos por su idolatría.

Malachías es la figura en la que el artista se manifiesta en toda su genialidad pictórica. Está tratando con un realismo tan vigoroso que parece desprenderse del lienzo como persona viviente. Sus manos expresan el mismo lenguaje misterioso de sus profecías. Por lo mismo que su nombre ha dado origen a diversas interpretaciones; pero que significa: *mi mensajero*, *mi enviado*; ha procurado Goríbar traducir en él la grandeza espiritual que le anima complementándola con las simbólicas alas que le ha colocado encima de la espalda, como para dar a entender que el Señor habla por medio de un ángel sobre la suerte de Israel. Siendo Malachías el último de los doce profetas menores y el que anuncia la abolición de los sacrifi-

cios de la Ley vieja que serán sustituidos por un sacrificio nuevo, una oblación u hostia pura y universal que se ofrecerá en todo el mundo; y el que amenaza a los sacerdotes privarles de sus privilegios por los matrimonios mixtos; Goríbar genial y artísticamente recurre a los profundos contrastes de los rojos, azules y lilas con las sepias y cobaltos para destacar con impulso vigoroso la imagen de este extraordinario personaje que aparece por aquella remota época como innovador de los antiguos ritos.

Malachías es una de las figuras de admirable grandeza pictórica de la colección. Su mirada revela la hondura de sus presagios. Por su entreabierta boca saltan balsámicas emanaciones divinas. Su diestra de perfectibilidad fotográfica está afirmando con filosófica elocuencia la existencia de un solo Dios universal. Las formas de su cuerpo revelan su flexibilidad vital por entre su majestuoso ropaje. Los pies están tratados con tanto realismo y viveza que dan la sensación de percibirse los nervios o la circulación de la sangre. Hasta los asuntos del fondo constituyen bellos trozos musicales.

La muy diversa orientación que imprimió a sus procedimientos pictóricos ha dado origen a encontrados pareceres. Unos lo hicieron español; otros le negaron originalidad; no pocos atribuyeron sus lienzos al jesuíta Hernando de la Cruz. Los famosos pintores quiteños tuvieron la suerte de ser rudamente combatidos por propios y extraños. Ventajosamente el tiempo y un criterio más concienzudo de los entendidos han desvanecido tales acusaciones y restituido el sitio de honor que les corresponde por sus eminentes calidades pictóricas. La técnica de Goríbar es inconfundible. Sus figuras tienen un suntuoso sabor clásico muy peculiar de quienes procuran sus virtualidades estéticas temperamentales refinarlas más con el detenido estudio de las producciones de los grandes maestros. Hasta cuando aparece Goríbar como el discípulo más eximio de Miguel de Santiago cuántos se aprovecharon de sus luces artísticas y que contribuyeron al prestigio de la afamada Escuela Quiteña como Calisto, Vela, Alba, Cortés, etc., etc.; todos, cual más, cual menos, se someten a la austera coloración mística de Zurbarán y a sus fondos oscuros misteriosos. En esta razón pictórica fundamental nos hemos apoyado para sostener que los lienzos de los Profetas de la iglesia de la Compañía son de Goríbar y no de Hernando de la Cruz, que fué un pintor tenebrista. Siendo autor de estas pinturas el religioso jesuíta tendríamos que lo es, igualmente, de los grandes lienzos de la Ascensión y Asunción existentes en la capilla de Villacís y en las naves laterales del altar de San Antonio en San Francisco como el de la muerte de María en la Catedral. Y, francamente, un neófito puede conocer que todos estos lienzos son brote de una paleta que se da el lujo de emplear, a maravilla, todos los colores contenidos en ella y producir las combinaciones sinfónicas no percibidas hasta la aparición del innovador pictórico de sentido armónico moderno.

Cuanto a la colección de los Reyes de Israel existente en el artesonado de la capilla de El Santísimo de Santo Domingo

asegura el Padre José M. Vargas en su libro de la Cultura de Quito Colonial que Goríbar es el autor. Según la relación de un extranjero constante en la obra de "Quito a través de los Siglos" del Bibliotecario Municipal Sr. Eliecer Enríquez B. aparece que aquella colección fue traída de Roma y que una copia de ella fue ejecutada por don Antonio Salas. En un trabajo nuestro anterior atribuimos, según informes fidedignos del eximio artista don Joaquín Pinto, a Goríbar el ser autor de aquellos lienzos. Desgraciadamente, no hemos podido estudiarlos de cerca por la altura en que están colocados; pero dos de la referida colección, David y Salomón, los tuvimos varios días en la Sociedad Jurídico-Literaria hasta que los volvió a llevar a la Universidad Central el señor García, a cuya guarda estaba una magnífica colección de propiedad de dicho Establecimiento.

El David y el Salomón estaban ejecutados con extraordinaria energía pictórica. Denunciaban la magistral paleta de donde habían salido. Al mirarlos causaban una emoción tan honda por ese realismo vivaz que palpitaba en torno de aquellas figuras. Es indudable que estas imágenes tenían similitud con los Profetas de la Compañía. Estos dos lienzos fueron probablemente substraídos de Santo Domingo y vendidos a un extranjero, el cual a su vez cedió a la Universidad. Pasados algunos años tuvimos la grata sorpresa de volverlos a ver en el Museo Nacional y desde entonces ignoramos su paradero. Los antiguos Padres dominicanos hicieron pintar con Cadena los dos lienzos desaparecidos para completar la colección de los Reyes de Israel.

* * *

Samaniego es otro de los grandes pintores al cual han pretendido algunos de nuestros cronistas y literatos hacerle originario de España. En manera alguna podían convenir que los Príncipes de la Escuela Quiteña fueran de esta ciudad. ¿Cómo imagineros de extraordinaria energía pictórica pudieron ser nativos de este solar situado entre los senos quebrados del Pichincha y muy lejos de la ribera del mar, cuyo paisaje de panorámica grandiosidad exalta el espíritu y aviva la fantasía? Samaniego es otro pintor que se aleja de las antiguas sendas tenebristas trazadas por sus antecesores para colocarse en amplios parajes en donde pudiese libremente captar las diáfanas melodías de sus cielos y las líricas coloraciones de su naturaleza.

Samaniego de alma melódica se solaza en recorrer la gama de los azules para que en sus lienzos vibraran con dulces tonalidades los paisajes y figuras vistos al través de su temperamento. De las infinitas combinaciones de sus azules se sirve para reflejar en sus cuadros su alma de inalterable serenidad. Sus imágenes magníficamente dibujadas expresan en la frescura de sus carnes y el suave sonreír de su rostro el espíritu místico que les vivifica. Por estas características tan propias de Samaniego sus pinturas son conocidas hasta por los profanos que se recrean en verlas como las de Murillo. La psicología de

este célebre pintor quiteño es de melódicos matices. Se retira con violencia de las situaciones dantescas que perturban su placidez. No nació con el alma de un Esquilo para figurar la tragedia ni con la impetuósidad artística de un Miguel Angel para pintar un Juicio Final. Los asuntos salidos de su paleta engendran dulces emociones como lejanas melodías. Por eso son buscadas con afán por las gentes de toda condición social.

Estudiando con detenimiento las pinturas de Samaniego se comprende su primoroso espíritu artístico. Consiguió dejar en sus obras regueros de su exquisita espiritualidad. Muchas de ellas convidan a pensar despertando en el alma sensaciones de orden superior. Las pinturas murales de la iglesia metropolitana sorprenden sobre manera por la destreza y armonía de la coloración y por el agradable realismo con que están ejecutadas. El motivo que sobresale por la bella desnudez con que aparece Jesucristo resucitado ante la Magdalena y ella se halla hincada de rodillas y con los brazos abiertos sorprendida del prodigio que palpa, es el que se denomina: *Noli me Tangere*. Que desnudo tan divino el que brotó de la paleta del maestro! Es el único Samaniego que se presenta como pintor al fresco. ¿Quién le adiestró en este difícil género de pintura desconocido en aquel tiempo entre nosotros? Esta peculiaridad pictórica del maestro induce a pensar que estuvo en Europa. Pues, no existe el menor vestigio de haber venido un pintor de ese género a esta ciudad.

No tiene nada de extraño que en España o en Italia afirmó su exquisito estilo clásico con el estudio a conciencia de las pinturas de Murillo o de las del divino Sanzón, fundador de la escuela romana. Lo cierto es que Samaniego aparece con una fantasía musical tan propia y exclusiva que se lo siente ondear en la primorosa urdimbre de sus azules que constituyen el elemento fundamental de sus composiciones pictóricas. Con mucho ingenio consiguió sorprender en las imágenes de sus Purísimas el sonreír dulcísimo de la Gioconda de Vinci. Samaniego, por temperamento, gustaba de engendrar con sus sinfonías de color gratas sensaciones en el espíritu del observador. Daba preferencia en sus obras a aquellas que guardaban consonancia con su apacibilidad temperamental, tales como el Nacimiento de Jesús; la Adoración de los Reyes; la Santa Cena; el Sacrificio de Abraham; el Sueño de Jacob; la Huída a Egipto; et. Muchos de estos motivos se encuentran en la Catedral, San Francisco, La Merced, Santo Domingo y San Agustín. Samaniego fue de asombrosa laboriosidad. Sorprende el crecido número de cuadros existentes en los templos y casas particulares sin incluir muchos que se han llevado al exterior.

Las pinturas de Samaniego son generalmente estimadas y gozan de crédito muy grande, no obstante el empeño de algunos artistas modernos por menospreciar las pinturas de nuestros mayores. El aprecio del público hacia las obras del autor obedece, sin duda alguna: a la espontaneidad; a la vida; a los acordes líricos de su paleta; al arte mismo con que han sido ejecutadas. En sus lienzos no hay la dureza, la insinceridad ni el atropellamiento de lo real, que son las características de las pin-

turas de un determinado grupo de audaces que, siguiendo abiertamente las corrientes de un modernismo extraño cuya substancia estética y social, no la comprende por su misma vaguedad, tiene la manía de ofrecer lienzos inexpressivos de las características anotadas y cuyo mérito sólo puede comprenderlo un reducido número de consagrados.

El arte por su mismo carácter universal, no es patrimonio exclusivo de un determinado grupo de ungidos. Una obra es más o menos artística según su poder de fascinación y su fuerza para engendar emotividades o agradables sensaciones que sublimizan el espíritu y le mueven a la contemplación. Una obra de arte tiene que reflejar el espíritu del vivir de la época y del ambiente. Por las obras de arte se conocen las modalidades temperamentales, los sentimientos, hábitos y costumbres de la sociedad de una época. Las pinturas de nuestros artistas de la Escuela Quiteña son la expresión del alma ingenua, piadosa y mística de la sociedad de la colonia. Los lienzos de Samaniego se atraen la estimación general y reciben culto aún de las gentes que no saben de arte por la expresión de virginal pureza de sus figuras y por las bellas combinaciones de sus colores. Y, es indudable, que el mérito de una obra se valoriza por la claridad y fácil comprensión o interpretación y por la vida que palpita en ella.

* * *

Samaniego tuvo varios discípulos. Su taller fue una verdadera escuela. El que más procuró imitar su estilo fue su hermano materno Bernardo Rodríguez, dotado de magníficas calidades pictóricas y de una destreza, en el dibujo nada común. Con la misma precisión que Samaniego dibuja Rodríguez la miniatura como las figuras de tamaño natural. En esos grandes lienzos colocados a derecha e izquierda de la entrada de la Catedral y que están firmados uno de los cuatro por él, en el alborar del siglo XIX, hay figuras ejecutadas con tanta fuerza y dinamismo que parecen, efectivamente, moverse en el lienzo. El realismo vigoroso y agradable que ha conseguido fijar en ellas demuestra la orientación clásica que tuvo en su aprendizaje. Algunos de sus lienzos ofrecen las delicadas notas pictóricas del pincel de Samaniego; mas Rodríguez olvida esa carnación de eterna frescura de su maestro y esos tonos robustos y de límpida pureza. Se acomoda al empleo del negro, con cuyo recurso si consiguen los más de los pintores destacar fácilmente las figuras, pero no tienen en cuenta que dicho elemento mancha el color y comunica tonalidades sombrías. Los grandes maestros casi nunca apelaron a ese mezquino recurso para obtener esos admirables efectos del claroscuro; esas estupendas contraposiciones de luces y penumbras. Los buenos pintores emplearon el negro con mucha parsimonia y por eso perdura la coloración de sus cuadros. Los oscuros profundos con los cuales conseguían hacer resaltar las figuras con fuerza lo alcanzaban con la combinación del rojo con el azul. El Profeta Malachías de Gorívar es el testimonio más fehaciente de nuestro a-

serto. En esta figura como en otras muchas el ilustre artista ha obtenido con sus impresionantes contraposiciones pictóricas de un modernismo de clásica factura hacer desprenderse del lienzo las imágenes con sorprendente vigor artístico.

Rodríguez, uno de los discípulos que más asimiló la técnica pictórica de su hermano Samaniego, no dejó de difundir entre sus compañeros y principiantes cuanto había aprendido. Muchos lienzos de aquella época los negociantes tratan de hacerlos pasar por pinturas de Samaniego por los tonos azules que predominan en ellos. Pero, difícilmente, podían imitar las bellas e inimitables melodías pictóricas del maestro. Así que varios pintores se dedicaron con más o menos ventura a seguir el estilo de Samaniego y de Rodríguez y esto indica que, si no fueron muy afortunados en sus imitaciones, demostraron sus buenos propósitos de proseguir las equilibradas normas pictóricas que prácticamente enseñaban en su taller los mencionados artistas.

Antes de finalizar la época de mayor lustre de la afamada Escuela Quiteña, en la que encubrieron sus nombres con el anónimo muchos pintores dignos de figurar junto a sus célebres maestros, conviene recordar la labor pictórica de José Cortés de Alcoser y de sus hijos que dejó bien sentada en el exterior la reputación meritisísima de su ciudad natal. Se les presentó la ocasión propicia de que a solicitud del Virrey Arzobispo de Santa Fé partieron por orden del Presidente de la Audiencia de Quito, casi al término del siglo XVIII, para Bogotá, a que allí hiciesen conocer sus aventajadas cualidades pictóricas. Los miles de láminas correspondientes a la Flora de Bogotá del sabio botánico Doctor Mutis llamaron la atención de los naturalistas europeos de mayor prestigio por la precisión y naturalidad pictórica con que estaban ejecutadas. ¿Qué mayor galardón podían conquistarse allá lejos los humildes artistas nativos de una modesta ciudad, que se encontraba a bajo nivel de cultura de otras capitales virreinales y Capitanías generales, según el decir de nuestros propios cronistas y literatos? La fama que adquirieron refluía en beneficio de la propia Patria. Luego la cultura de Quito en la época colonial no fue muy obscura cuando su suelo produjo brotes tan excelsos. Mas, precisa confesar que el desprestigio en arte, en literatura y en política proviene de sus propios campamentos. Sobre todo de esos grupos revolucionarios que creen estar a tono con las palpitaciones reformadoras del momento.

Junto con el Barón de Humboldt, Linneo, Caldas y otros sabios de fama mundial propagaron las aventajadas capacidades artísticas de los quiteños que, con gran sentido estético y profunda observación de la naturaleza, trasladaron al papel las numerosas variedades de la flora de aquel país. La vitalidad realista palpitaba con tanta eficacia en aquellas plantas que convidaban a estudiarlas como en su propio lecho. Tal era el poder artístico de esa ilustre pléyade de pintores botánicos cuya memoria se mantiene en la penumbra. Justo es consignar sus nombres, a fin de perpetuar el recuerdo de aquellos quiteños que reafirmaron el prestigio artístico de la ciudad de San Francisco

de Quito. Los primeros pintores que partieron fueron: Antonio y Nicolás Cortés, Antonio Silva, Vicente Sánchez y Antonio Barrionuevo. Más tarde, a petición de Mutis, se dirigieron: Francisco Javier Cortés, Francisco Villaroel, Mariano Hinojosa, Manuel Ruales, José Martínez, José Xironza, Félix Tello y José Joaquín Pérez.

De los primeros que salieron a dedicarse a los trabajos pictóricos de la flora de Bogotá, afirma el Padre Vargas, dominicano, en la página 250 de su libro "La Cultura de Quito Colonial", que habían trabajado unos en el taller de su padre José Cortés de Alcoser, "que figuraba en primera línea entre los pintores quiteños y que los otros tres fueron presentados por el maestro Bernardo Rodríguez" y no por Bernabé, como asegura el autor. En nuestras frecuentes investigaciones artísticas en los templos de la ciudad, doloroso es confesar que no hemos podido encontrar un lienzo de este benemérito maestro para reconocer sus capacidades pictóricas. Tenemos por costumbre consignar nuestro propio criterio por desacertado y extravagante que fuere. En la antigua iglesia de San Sebastián encontramos un cuadro del Señor del Buen Suceso firmado por M. J. Cortez el año de 1796. Nada atrae en él por su medianía. Las pinturas que en dicha iglesia sorprendieron gratamente nuestra atención por sus delicadas notas pictóricas de celestial pureza son: La Purísima y la Sagrada Familia de Samaniego que se hallan colocadas a derecha e izquierda de la pared del altar mayor.

Demasiado escabroso resulta historiar la cultura artística de la afamada Escuela Quiteña. La circunstancia de ocultar sus nombres los autores imposibilita escribir a conciencia dicha obra. Lienzos verdaderamente maravillosos, de una técnica enérgica y magistral muy propia de los célebres pintores de la escuela sevillana, existen muchos en los templos y conventos de Quito. Los cuadros del Extasis de San Agustín y de la Muerte de San Francisco, que se hallan en la sacristía de la iglesia de San Agustín, parecen, por la energía de sus toques, por su vibrante realismo, por la exquisitez clásica de su coloración, y por su primorosa expresión espiritual, que hubieran sido salidos de la rica paleta del Españoleto o de la del insigne Velázquez. Estos lienzos ¿no serán pintados por el distinguido artista José Cortés de Alcoser del que menciona el P. Vargas, en su libro anteriormente citado?

Con llave de oro sellaron estos artistas el siglo XVIII, reafirmando el espíritu artístico del pueblo de la Audiencia de Quito. Todavía se esmeraron en dejar imperecederos recuerdos de su permanencia allá enseñando dibujo y pintura en la primera escuela gratuita que estableció el sabio Mutis. Desgraciadamente la muerte de este hombre ilustre ocurrida en la primera década del Siglo XIX extinguieron los fervores de la docencia artística. Y, a poco, con motivo de los movimientos revolucionarios de la Independencia el selecto e idóneo personal del Instituto Botánico vióse obligado a abandonar sus estudios y disponerse para la guerra.

En fuerza de los elogiosos comentarios de sabios de tanta nombradía respecto al genio artístico de los pintores quite-

ños de la Expedición Botánica de Santa Fé; nos hemos apropiado de sus conceptos para encarecer la feliz realización de la imponderable labor pictórica emprendida por ellos. No existiendo la menor demostración por la que se pudiera valorizar su capacidad artística, resulta algo extraño manifestar una opinión laudatoria al respecto. Si desde aquellos tiempos las autoridades coloniales, penetrándose de la incrementación que adquiere la cultura de un pueblo con la adquisición de aquellas obras de arte de mérito que dan a conocer el grado de mentalidad artística de sus hijos, se hubieran empeñado en conseguirlas para conservarlas en un Museo, no lamentáramos la pérdida irreparable de piezas de gran valor artístico que han salido fuera del país. Ese olvido e indiferencia son otra de las causas que entorpecen la realización de nuestros estudios de investigación artística.

XVI

Factores que han influido con más o menos eficacia en la cultura intelectual y artística.—Desarrollo industrial y comercial y su decadencia.—Labor de los Académicos Franceses y Españoles.—Franco Dávila y Pedro Maldonado y Sotomayor.—Precursores de la Independencia.—Espejo y Mejía.

Quito, la legendaria Metrópoli de los Schyris, no obstante haber sido fundada en apartados tiempos por misteriosos peregrinos en el regazo abrupto de un monte que convida por su retiro a perpetuo sosiego y quietud, ha sido frecuente y violentamente sacudida por la naturaleza y las ambiciones de los hombres.

Las detonaciones de un volcán bastaron para que se extinguiera el poderoso Imperio indígena y sus hijos atemorizados perdieran el espíritu viendo cumplidas las predicciones de Viracocha relativas al futuro destino de la raza. Poblaciones florecientes han sido destruidas y su comercio e industria arruinados con los temblores de tierra. Sobre todo el del 4 de febrero del año de 1797, descrito por un escritor que se oculta con el pseudónimo de "Un Criollo" y al cual hace referencia el Barón de Carondelet en su comunicación dirigida al Gobierno español con fecha 21 de mayo e 1800, remitiendo la solicitud del comerciante Don Miguel Ponce. El Barón de Carondelet, Presidente de Quito, impresionado hondamente de la situación aflictiva de las muchedumbres, implora la conmiseración del gobierno real hacia las provincias que se encontraban en completa decadencia y miseria con sus fábricas y obrajes destrozados; su comercio y agricultura abatidos y su población enteramente disminuída.

Los incendios y las epidemias se extremaron en destruir su florecimiento moral y material. Los levantamientos de los

jíbaros provocados por la codicia de los españoles ocasionaron la total destrucción de las célebres ciudades de Logroño, Sevilla del Oro, la villa de Mendoza y Santiago de Guayaquil. Únicamente este Puerto, en fuerza de las actividades y del ferviente amor de sus hijos ha conseguido levantarse cada vez más de sus ruinas con mayor brillo. Otras calamidades que ha tenido que sufrir fueron los repetidos saqueos de los piratas, de los cuales no pudieron evadirse Manta y Portoviejo. En la época del Sr. Ariola, Presidente de la Audiencia de Quito, un ejército de corsarios ingleses que infundió pánico en los puertos peruanos sostuvo porfiada lucha en las calles de la ciudad. Las tropas de Quito comandadas por el mismo Presidente de la Audiencia acometieron a los corsarios con tanto ímpetu y fuerza que tuvieron llenos de pánico que salir en precipitada fuga. En el tercer tercio del siglo XVII no pudo ser defendido Guayaquil de modo oportuno del ataque sorpresivo de los franceses y pasó por el dolor la población de ser saqueada e incendiada. En el alborar del siglo XVIII apoderóse de la ciudad el famoso pirata inglés Cliperton que la mantuvo atemorizada mucho tiempo. A mediados del siglo XVIII el Presidente de la Audiencia de Quito Sr. Araujo con numerosa tropa quiteña y piezas de artillería colocadas convenientemente destruyó los aviesos propósitos del Almirante Anzon que redujo a cenizas el puerto de Paita y determinó apoderarse de Guayaquil. Hacia el año de 1762 en que se tenían fundados temores de que visitara el mar del Sur el Almirante Pocok que se había apoderado de la Habana; en vista de los tremendos infortunios que experimentara, a consecuencia de no haber recibido oportunos auxilios, determinóse el año de 1763 que Guayaquil se erigiese en Gobierno con orden de la Corte para que fuese fortalecida de manera permanente y se construyesen magníficas fortificaciones que la protegieran de tantos peligros.

Las costas ecuatorianas han sufrido desde muy antiguo toda suerte de infortunios. Destrozos ocasionados por la piratería extranjera. Epidemias de carácter maligno que las han despoblado. Incendios que las han destruído. Mas sus hijos, con energías extraordinarias; con esa voluntad acerada que no se doblega ante las mayores desgracias; con ese fervor temperamental que participa de su suelo avivado por la lluvia de rubíes que derrama el sol al atardecer; con ese espíritu levantado que alimenta esperanzas e inquietudes aún en las horas tenebrosas que no dan paso a la luz; sus hijos, luchando muchas veces contra obstáculos difíciles de vencer, han procurado levantarlas de su decadencia con mayor remozamiento.

Pero uno de los mayores infortunios con el que la naturaleza se esmeró en destruir su holgura económica es la peste denominada *escoba de brujas* que concluyó con la principal fuente de riqueza del país. Desde hace años se le viene combatiendo con energía sin conseguir el saneamiento del cacao, de su pepa de oro, que tenía gran aprecio en los mercados extranjeros. Desaparecido el ramo más importante de su riqueza, su economía tenía necesariamente que languidecer y su moneda experimentar la baja o su depreciación en el movimiento comer-

cial con el exterior. Y, no hay duda que el malestar económico refluye en menoscabo de las manifestaciones de la cultura intelectual y artística de un pueblo.

* * *

No bien habíase establecido el gobierno colonial comenzaron a sentirse los siniestros efectos de la turbación de la paz y concordia entre sus primeros pobladores. Como que la Naturaleza, en sus incomprensibles designios, hubiese determinado, desde la trágica muerte del Emperador indígena, que la suerte del Reino de Quito estuviese a merced de sus conductores políticos.

Gonzalo Pizarro, el prototipo de los conquistadores que no conocen el temor; se alimentan de peligros; retan a los elementos y desafían a la misma muerte; Gonzalo Pizarro el Gobernador de Quito, que partió por selvas desconocidas en pos del reino del Dorado y del país de la canela con el intento de anexarlos a su jurisdicción; Gonzalo Pizarro, acaudillando la mala causa de los encomenderos que tendía a esclavizar más a la raza, se subleva contra la misma Soberanía real y pretende formar un reino independiente. En sus terribles encuentros con las fuerzas del primer Virrey Blasco Núñez de Vela se solazaba en destruirlas, aniquilarlas. Por fin en la llanura de Iñaquito el desventurado Virrey que defendiera legítimos derechos cae herido; y en tal situación se le quita la vida desapiadadamente. El conquistador Gonzalo Pizarro, el batallador más famoso e invencible, con la arrogancia propia del vencedor disponiase a batallar en la misma forma con La Gasca, nuevo enviado de la Corte, sin comprender que su adversario disponía de enorme talento y sagacidad; armas que, superando dificultades, conducen, casi siempre, sin mucho riesgo al triunfo.

Gonzalo Pizarro que disponía de enorme prestigio por sus hazañas militares y tener a sus órdenes tenientes de su confianza preparábase para derrotar fácilmente a La Gasca. Su sorpresa muy muy grande al ver que en campamento contrario se encontraban jefes y tropa que le habían abandonado. En tales circunstancias no le quedó otro recurso que entregarse él mismo prisionero y pocos días después sufrir la pena de muerte impuesta por el Tribunal que formara La-Gasca. Así terminó este famoso capitán que entró triunfalmente a Lima, y al cual algunos intelectuales le han calificado, con poco discernimiento, como a su consejero Pedro de Puelles, de protoprócer.

Demasiado caro pagó este célebre conquistador sus delirios de rebelarse contra la Corona de Castilla y constituir un reino independiente. Si los estragos que causó fueron terribles y merecía severa sanción su crimen; la historia censurará siempre la pena excesivamente cruel que se le dio ya que se extendía más allá del sepulcro. Su cadáver continuó soportando afrontas y profanaciones. La cabeza separada del cuerpo se la exhibía en la ciudad de los Reyes como merecida sanción, dizque, por la alta traición de haberse levantado contra la suprema Autoridad del Emperador.

La Patria no podrá olvidar en ningún tiempo a Gonzalo Pizarro ni a Francisco de Orellana. Uno y otro se hallan íntimamente ligados a su historia. Desde Quito salieron juntos por el mes de marzo de 1541 a descubrir el Reino del Dorado y el país de la Canela que se encontraban allá a lo lejos, en lo más apartado de la floresta oriental. A cada paso tropezaban con obstáculos a cual más invencible. La misma suerte estaba en atalaya. El hambre les atormentaba y las tribus salvajes ansiaban devorarlos. La montañosa y densa travesía desde que transmuntaron la cordillera fue empapándose con la sangre de los naturales quiteños que murieron por miles como para ofrecer a la Patria aquellos dominios que habían comprado con el sacrificio de su existencia.

Si en este viaje desventurado Pizarro dió muestras sin cuento de pertenecer a aquellos héroes legendarios de Ruy Díaz de Vivar, que asombraron al mundo con sus proezas; Francisco de Orellana, con su mente de los visionarios claveteadas de estrellas, veía en lontananza pintorescos dominios dignos de ser cantados por los trovadores del siglo de oro de la literatura española. Abismos, derrumbaderos, malezas, cenegales y aberturas en los montes desaparecían ante la llanura de variados matices e impregnada de aromas que se le presentaba. Los corrientosos ríos que se despeñaban infundiendo pánico con su estruendo vibraban en sus oídos como gratas melodías. Preocupábase, únicamente, en esa infinita soledad de la floresta el arriesgado paso de las amazonas; las mujeres guerreras que defendían con desnudo las riberas de su inmenso mar de agua dulce para que extranjero alguno no se atreviera a navegar por sus límpidas y azuladas aguas.

La preocupación e inquietudes de Orellana no tardaron en cumplirse. Al punto que él y sus tripulantes surcaban las aguas de un río ancho y de corriente muy fuerte que paga tributo al príncipe de los ríos del mundo, se le presentaron las amazonas; aquellas mujeres guerreras descritas por el cronista de Orellana, cuya existencia varios individuos de la Academia de Historia la conceptuaban como ficción de la fantasía del cronista Carvajal y que hoy la ha comprobado plenamente el ilustre historiógrafo y Profesor Dr. Enrique Rodríguez Fábregat en sus conferencias sobre el descubrimiento del Amazonas sustentadas en la Universidad Central. En cuanto el navegante aventurero se dirigía con su embarcación por aquella travesía fue bloqueado por cuadrillas de marinos indígenas que obedecían las órdenes de la que ejercía la potestad real en aquellos dominios de la amazonía. Las saetas disparadas por aquellas guerreras eran tan bien dirigidas que la embarcación quedó completamente claveteada. Con evidencia se reconoció que no les causó disgusto la presencia de aquellos extranjeros cuando no quisieron quitarles la vida. Mas los navegantes españoles dispararon en represalia sus arcabuces y mataron a ocho o diez de ellas. Este desastre bastó para que se retiraran las embarcaciones indígenas y pudiese Orellana, el atrevido visionario, en-

trar sin embarazo alguno en ese misterioso mar de agua dulce y ver cumplidos los ensueños que alimentaban su alma de noble hidalgo, de caballero andante de la Edad Media.

Este descubrimiento del Amazonas que Orellana lo realizó a nombre de Quito, lo hizo con conocimiento íntimo de los enormes sacrificios de sus hijos y de los dineros y provisiones invertidos por Ella. Este descubrimiento del misterioso y magnífico río que Orellana entregaba a los Monarcas de España como la presea más grandiosa de un Continente opulento y desconocido, lo hizo a nombre de Quito; a fin de que se le reconociera su efectiva participación en el descubrimiento del gran río llamado a transformar las Nacionalidades del Nuevo Mundo y ser el asiento de civilizaciones florecientes. Desgraciadamente, la suerte le ha sido siempre adversa a la Patria. Las constantes sediciones domésticas y la proverbial sencillez y miopía de sus conductores han dado ocasión para que vecinos inescrupulosos se apropiaran de extensos dominios y le negasen sus legítimos derechos. Sin el respeto y debido miramiento a las débiles Nacionalidades en manera alguna pueden invocarse *Panamericanismo ni democracia*; ya que uno y otra descansan sobre sólidos basamentos de justicia. Pero, cuando se hace girones la dignidad y el decoro de un pueblo y sangrienta burla de la justicia de su causa; por mucho que se pretenda fortalecer la armonía y solidaridad continentales difícilmente pueden obtenerse.

La historia no inclina su fiel a influencias de Gobiernos ricos y poderosos. No se deja fascinar por espejismos, ni por brillantes alegaciones jurídicas y sutiles argumentaciones maquiavélicas. Estudiando a conciencia los antecedentes de la causa o de los diferendos limitrofes promulga su fallo a favor de la parte que fue mañosa y arbitrariamente defraudada. Así que, en toda época, constará en sus páginas la justicia de la causa ecuatoriana, por más que su Cancillería se haya visto obligada a reconocer en presencia de los pueblos de América un convenio que se desquicia por su base de injusticia.

Intencionadamente hemos tratado de este grave problema, porque nuestras dificultades territoriales se remontan a la época de Carlos II, en que expidió su célebre *Cédula Real reconociendo los derechos del Gobierno de la Audiencia de Quito y declarándose contra las alegaciones del Virrey de Lima y los misioneros franciscanos de aquel Reino*. Y, es indudable, que un litigio más allá de secular tenía necesariamente que afectar: a su cultura y economía; a la tranquilidad y convivencia sociales; a sus actividades intelectuales, agrícolas e industriales. Ante la sombría realidad del actual momento, en que esa alborada de esperanzas e ilusiones que las generaciones ecuatorianas veían regocijadas clarear en su mente como anunciadora del triunfo de su causa encubrióse con nubarrones de oprobio y de injusticia; ¿todavía la Patria continuará sobrellevando ultrajes y abusos del pueblo que se denomina poderoso y vencedor?

Los accidentes que sobrevienen a un pueblo, por resultado de su imprevisión y de su habitual proceder rencoroso y de política aviesa, comprometen, muchas veces, su decoro y auto-

nomía. Pero los infortunios y agudos dolores aceran la voluntad y levantan el espíritu. Y una nacionalidad que alimenta ideales de un orden superior saca de aquella etapa de adversidades y desengaños filosófica experiencia y un cúmulo de energías que obra con suma eficacia en sus actividades y en el encausamiento de su inteligencia y voluntad.

* * *

La célebre Revolución de las Alcabalas no puede compararse con la de los encomenderos que tenía por objetivo rechazar las Leyes y Ordenanzas Reales y explotar sin el menor recelo la ciega esclavitud de la raza. Brotó esta Revolución de la necesidad de defenderse contra aquellas tributaciones que, en el estado de inquietudes y miseria en que se encontraba el pueblo por consecuencia de las epidemias y los temblores de tierra, resultaban demasiado onerosas. Las mismas clases acomodadas estaban imposibilitadas de satisfacerlas. La ciudad de Quito, afirma el cronista, quedó casi desierta con la despoblación enorme que sufrió a fines del año de 1589 con la mortífera peste que, después de segar miles de vidas por toda la América, hizo lo propio en este lugar. Por lo tanto, la Capital no estuvo en capacidad de prestar obediencia a mandatos tributarios que, si eran indispensables para atender a urgentes necesidades administrativas; en las condiciones del momento resultaban en extremo gravosos e intolerables.

Los encargados de recaudar los impuestos, con esa rudeza salvaje que exaspera los ánimos exigían el pago inmediato. Tal conducta, como es natural, contribuyó para que el pueblo conceptuara los tributos como excesivamente gravosos e insufribles y para que varias entidades apoyasen la causa popular, era por la convicción íntima que tuvieron de la violencia y falta de cordura con que se procedía, en aquella hora de pesadumbre colectiva, a su efectividad. El Cabildo, que desde sus comienzos, dio pruebas muy evidentes de su afán por el bienestar del pueblo y por el mejoramiento de la ciudad que representaba, no podía ser indiferente a la ejecución de mandatos impositivos que agravaban la indisposición económica general. El Cabildo, por sus estrechas vinculaciones con el pueblo; y porque, en todo instante de sus dolencias, se ha dado prisa en remediarlas, con una altivez que le honra, se opuso resueltamente a la real cédula de Felipe II que mandaba establecer en el Reino el asiento de Alcabalas con el título de la guerra.

Enaltece al Cabildo de Quito la labor excepcional que desarrolló en beneficio del pueblo desde su actuar inicial. Sólo con el estudio de los volúmenes que viene publicando referentes a la colonia, se puede valorizar su ímprobo trabajo en favor de su representado. Sancionaba con severos castigos a cuantos comerciaban inconsideradamente con artículos de primera necesidad. De ahí que el pueblo estuviese siempre de su lado de manera incondicional. Y, habla muy alto de su limpiada conducta y de su gobierno fervoroso y probo que el pueblo guarda por El legendario veneración. Y, dado el espíritu ver-

sátil de las muchedumbres es muy de admirar que, aún en situaciones graves de política interna, nunca pretendieron herir su decoro ni causarle el menor daño.

La Revolución de las Alcabalas no fué un desbordamiento momentáneo de la ira exaltada del pueblo. Fué resultante de secretas reuniones de grupos disidentes que se congregaban en una casa de la parroquia de Santa Bárbara y en los pueblos de Alangasí y Guápulo para conspirar contra el Presidente de la Real Audiencia, Doctor Manuel de Barros, por ciertas resoluciones económicas relativas al aumento de salarios. Y, esta Revolución tomó tanto incremento y fué tan popular que hasta los niños de las escuelas gritaban: Abajo el mal Gobierno!; y las comunidades religiosas, a excepción de los Padres Franciscanos y de los Jesuitas, apoyaban con entusiasmo. Poseídas de encono recorrían las calles las multitudes ansiosas de acabar con el personal de la Audiencia; ya que tenían la certidumbre de haber sido el inspirador de la mencionada tributación de las Alcabalas.

Las multitudes enfurecidas ansiaban apagar su sed de sangre con crímenes terribles y horrendos desatinos. Pretender en tal estado de irritabilidad sofocar esas oleadas populares que bramaban por despedazarlo todo habría sido: la mayor de las imprudencias; un medio violento de avivar y revolver mas los ánimos. Optaron el Presidente y los Oidores por refugiarse en los conventos y monasterios para librarse del peligro en tanto pasara la tormenta. Los Padres Jesuitas y los Padres Franciscanos trabajaron intensamente por aquietar las impetuosidades populares. Acudieron en especial, los Padres Jesuitas a perspicaces arbitrios para salvar la vida de aquellos funcionarios que estaban condenados a ser arrastrados por la muchedumbre. Después de recurrir a toda clase de arbitrios los Padres Jesuitas y Franciscanos consiguieron sosegar la ira exaltada de la muchedumbre y reducirla a la obediencia. Con tal motivo recobraron su libertad el Presidente y los Oidores. Y, en los informes que ellos pasaron al Virrey y a la Corte elogian los esfuerzos extraordinarios de las dos Comunidades por apagar el incendio y salvarles la vida.

La Revolución de las Alcabalas fue eminentemente popular y alimentaba ideales de autonomía. Intervinieron en ella el Cabildo, las diferentes clases sociales y las órdenes religiosas, juzgar por el informe que pasó al Rey el comisionado Pedro de Arana. Es muy conocida la actitud levantada y enervadora del Padre dominicano Fray Pedro Bedón, que tuvo que abandonar el patrio suelo. Los medios odiosos de que sirvieron para hacer efectivas unas tributaciones a las que el pueblo las conceptuaba intolerables en las condiciones de calamidad colectiva, aumentaron el aborrecimiento hacia la Audiencia. Y, no se puede poner en duda que los grandes cataclismos sociales que obedecen a necesidades biológicas originan radicales transformaciones en la constitución política y social de una colectividad. Por mucho que encuentren plena justificación los móviles de que se valió el pueblo para realizar aquella Revolución que ha sido tan aplaudida por los fines de autonomía



que perseguía; siempre serán censurables por el espíritu indómito y rebelde del alma quiteña. Demasiado prematuro era un movimiento político de aquella trascendencia. Los tiempos no eran nada propicios para entrar de súbito en una fase diametralmente opuesta y que requería de elementos preparados para su gobierno. Un pueblo que se mantenía todavía en estado de ninfa pretendía romper bruscamente el capullo que le envolviera y volar por el espacio aspirando el aire embalsamado de la floresta, sin reflexionar que su prematura libertad llevaba consigo su exterminio.

Nuestra característica psicológica ha sido la insurrección o la indisciplina. Hemos pretendido constituirnos libremente desprovistos de elementos conductores y de vida. No hemos tenido conciencia del vivir autónomo y de constituirnos ética y cívicamente como nación. Nuestros grandes fracasos en lo político, en lo económico y en la diplomacia obedecen a nuestra desorganización e inexperiencia y a nuestra falta de idoneidad.

Muy caro pagó el pueblo de Quito sus condescendencias con los Religiosos. Quebrantada la promesa oficial toleró profundos dolores y lo que fue más grave la extinción de vidas preciosas. El comisionado Pedro de Arana ya en posesión de su cargo se convirtió en verdadero dictador como digno enviado del Marqués de Cañete; autoridad que no supo examinar con atención y prudencia los motivos que impulsaron al pueblo a la rebelión. No tuvo en cuenta que los espíritus más ecuánimes y reposados cuando se los estrecha y violenta se fastidian y pierden su equilibrio mental y volitivo. Las mismas autoridades; los mismos recaudadores fueron los agentes inmediatos de aquella Revolución que tomó ingentes proporciones. A no ser por la oportuna y eficaz mediación de los Padres Jesuítas y Franciscanos Presidente y Oidores habrían tenido trágico desenlace y no habría podido penetrar fácilmente a Quito el comisionado Pedro de Arana.

Su amor hacia el pueblo le movió al Cabildo a apropiarse de su causa y enfrentarse con la Audiencia y protestar contra sus mandatos impositivos. Impresionóle hondamente la situación de pobreza del pueblo y por eso acudió a favorecerlo. Y, por su pueblo el Cabildo soportó con legendaria entereza la muerte y más martirios a que fueron sus miembros despiadadamente condenados por Arana; ya que este enviado procedió de acuerdo con los mandatos que le fueron conferidos por el Marqués de Cañete, Virrey del Perú. La actuación de Arana fué demasiado sombría y la recordará Quito con horror por los medios asaz despiadados que empleó para sancionar a los insurrectos como por haber apagado la vida de sus más preclaros hijos y dejado en la mendicidad a muchas familias. Pero la sangre que derramaron los cabildantes y otros tantos del movimiento insurreccional, no se imaginaron las autoridades españolas que fecundizarían el suelo del cual brotarían un día los vengadores; los tenaces luchadores que batallan con la misma muerte por la coronación de los ideales de autonomía alimentados por el pueblo.

Muy cerca de dos centurias habíase mantenido el pueblo de Quito en absoluta quietud y mudez, después de las iniquidades que presenció horrorizado en todo el tiempo que el enviado del Marqués de Cañete puso en práctica sus facultades extraordinarias. Nuevamente vino a ser teatro de luctuosos acontecimientos a consecuencia de la ordenanza del real estanco y aduana. Creen los dépotas que, con las medidas de rigor y crueldad, apagan las exaltaciones populares y rigen tranquilos sin preocuparles los daños tremendos que originan las grandes reacciones. Fresca se mantenía en la memoria de la muchedumbre la hecatombe que experimentó con la Revolución de las Alcabalas. Pretendía oponer mayor resistencia y salir victoriosa en sus resoluciones. De nuevo los recaudadores nombrados por el comisionado del Virrey de Santa Fé tuvieron especial empeño en estrechar y oprimir a los contribuyentes. Las masas indignadas arrojáronse violentamente a las represalias. Con locura causaron destrozos sin cuento en la casa del real estanco y aduana. El administrador y su ayudante se aprovecharon de ese momento de confusión para huir apresuradamente.

Corría el rumor de que la sublevación iba a cobrar enormes proporciones. Para precaver calamidades de toda orden consiguieron del Gobierno varias personas efectuar una ronda general, a fin de imposibilitar la acción agresiva que podían desarrollar los cabecillas de las masas rebeldes. Desafortunadamente estos bien intencionados propósitos dieron pretexto para ahondar la división entre españoles y criollos. El simple descuido de haber prescindido los castellanos en la formación de aquella ronda de elementos quiteños de suma integridad; y por otra parte el haber quitado la vida a cuatro individuos que se manifestaron indignados por el inhumano maltrato que dieran a una infeliz mujer, contribuyeron para que la muchedumbre encendiera más su enojo y viese a los españoles como sus terribles enemigos.

El pueblo, antes de lanzarse contra los españoles, nombró una comisión para que se dirigiera a casa del Conde de Selva Florida, Don Manuel Ponce Guerrero, y le expresase su voluntad de obtener su auxilio y la Jefatura del movimiento que preparaba contra los españoles que se habían declarado sus adversarios. El Conde de Selva Florida, generalmente estimado por su probidad y singulares prenas espirituales, les hizo ver con reflexiones sagaces y prudentes que estas manifestaciones suversivas, sin conseguir su objetivo, conducen casi siempre a la tragedia. Procuró con observaciones de buen juicio inducirles a variar de tan descabelladas determinaciones. Indiferentes los comisionados a las advertencias llenas de madurez del Conde de Selva Florida y al ver que se denegaba a secundar sus funestos designios se precipitaron a saciar su venganza.

La muchedumbre ébria de furor y anatematizando a los españoles hizo destrozos en sus casas. El desenfreno tomó tales proporciones que los castellanos se vieron obligados a abandonar la ciudad y la Audiencia a dictar medidas de seguridad. Fortificó con cañones el atrio de su palacio y ordenó que los es-

pañoles europeos y americanos lo defendieran valientemente. Después de algunos días de obstinada lucha, en la que perecieron algunos, apoderóse el pueblo del pretil del palacio de gobierno y de la ciudad. Sintiéndose impotente la Audiencia para reprimir la sublevación popular optaron sus componentes: unos por ausentarse a San Fé y otros por refugiarse en el monasterio de la Concepción. Desde allí se esforzaron por serenar el mareo popular y conseguir la conciliación y concordia entre el pueblo y las autoridades. A este fin nombraron por Alcaldes para cada barrio a personas de prestigio y generalmente estimadas. Estos junto con los P. P. Jesuitas procuraron por medios tinosos y benévolos llegar a un acuerdo, a fin de sosegar los ánimos y establecer la paz.

El pueblo de Quito se mantuvo en actitud rebelde sin escuchar razonamientos ni súplicas de los Religiosos ni de otras personas que podían influir en su espíritu. Dificilmente esas borrascosas oleadas populares se atemperan con promesas que no producen eficacia alguna en las zonas volitivas cubiertas de neblina y en constante exaltación. No pocos incautos que se han acercado a las turbas en aquellos momentos de su pleamar pasional han encontrado la muerte en su seno. Los eclipses de la psiquis son siniestros y sombríos por los efectos desconcertantes que hacen sentir en el convivir social. Precisa que la muchedumbre salga de aquel estado de absoluta inconciencia, en el que nada teme ni le amedrenta, y en el cual suele disponer de esa fuerza ciega que le arrastra a las crueldades y desatinos más monstruosos, para que se muestre asequible. Sólo cuando la constelación psíquica se manifiesta clarificada, ya en aquellos dominios alborea la razón.

En más de dos meses que la muchedumbre imperaba en la ciudad, la Audiencia, justamente recelosa, estuvo a merced de sus exigencias. Pesaba su impotencia y el peligro que le cercaba y no le quedaba otro arbitrio que condescender con sus exigencias. Vióse obligada la Audiencia a decretar el destierro de los españoles y esta resolución un tanto temeraria bastó para que el pueblo, libre ya del elemento ibérico al cual tanto aborrecía por su proceder despótico y abusivo, fuese recobrando poco a poco su serenidad.

Los Padres Jesuitas se aprovecharon del estado de sosiego del pueblo para trabajar en su espíritu y conseguir su reconciliación con el Gobierno y los españoles que se vieron obligados a abandonar la ciudad. El catolicismo del pueblo, en cuya conciencia ha ejercido dominio absoluto el clero, obró con tanta eficacia en su voluntad, que no tardó en obedecer los mandatos de los Padres Jesuitas. Por segunda vez alcanzaron estos Religiosos aquietar las agitaciones populares que, exitadas por modos violentos de hacer efectivos los mandatos impositivos, pretendieron independizarse de la Madre Patria y obtener su autonomía.

Apaciguados los disturbios populares entraron con las tropas enviadas por el Virrey de Santa Fé al mando de Don Antonio Zelaya, Gobernador de Guayaquil, todos los españoles que estuvieron fugitivos, los cuales fueron recibidos con la misma

afabilidad que las tropas de Zelaya. De esta manera terminó la segunda Revolución que motivó el estanco de aguardiente y la aduana. Lo que sorprende del caso es que las tributaciones que originaron una rebelión de enormes proporciones que puso en peligro la vida de la Audiencia y del elemento español; el pueblo las satisfizo con aumento en circunstancias en que estuvo apropiado de la situación, según refiere el cronista. Y tal conducta descubre claramente que la forma violenta de los recaudadores y los abusos y ambiciones de los españoles dieron origen a ese general desconcierto popular que causó algunas víctimas y serios perjuicios materiales.

Si los Religiosos alcanzaron apaciguar los enconados ánimos y poner en armonía los inconciliables elementos sociales; aquella reconciliación no podía perdurar en la conciencia popular. De muy antiguo venían recopilándose en ella sedimentos de rencor y odio hacia el elemento ibérico que, desde los comienzos de la conquista, recurrió a procedimientos bárbaros e impíos para saciar su codicia. Por tanto, las muchedumbres quiteñas se aprovechaban de ciertas situaciones graves relacionadas con su economía para estallar y ver la manera de cristalizar sus ideales emancipadores. Y, es evidente que estos estados de agitaciones populares si vienen a nublar: los brotes de la inteligencia; las luminosidades del espíritu; pero desaparecido el período anormal reaparecen con mayor impulso y vigor.

* * *

La Audiencia de Quito, según lo expresamos en la página 284 de "Génesis de la Nacionalidad Ecuatoriana", gozó de positivo bienestar económico. Disponía de grandes caudales con la explotación de sus riquísimas minas de oro y plata. De ahí que tuviera para atender con liberalidad no sólo a diferentes entidades administrativas y docentes de la propia Audiencia sino aún a las de otros lugares. Consta de auténticos documentos que contribuía anualmente, desde el siglo XVI, con mil pesos oro para el sostenimiento de la Universidad de San Marcos de Lima. ¿No es cierto que este rasgo evidencia que la ciudad de Quito fomentaba prácticamente la cultura intelectual de otras ciudades del Virreinato? Luego si atendía a la cultura intelectual de otros pueblos, lógicamente se deduce que tenía que mirar de manera preferente por su propia cultura. ¿Qué responderán aquellos escritores que se han esmerado en describir con pinceladas sombrías la cultura de Quito colonial? Fuera de fuertes cantidades que invertía en el sostenimiento de Universidades y Colegios contribuía con creces al mayor esplendor y grandiosidad del culto y de sus monumentos arquitectónicos. Sin auxilio eficaz la cultura artística no habría alcanzado en la colonia eminente figuración ni contara con templos de singular hermosura, que con dificultad podían ser aventajados en el continente. El oro y la plata invertidos en el decorado y la ornamentación de sus templos y retablos realzan el espíritu piadoso y místico de la Audiencia y del pueblo que se gloriaban de con-

currir con sus caudales al esplendor y engrandecimiento del culto.

El fervor religioso del pueblo quiteño fué un factor que estimuló activamente la cultura artística. Los pintores y escultores eran muy solicitados por sus obras. Lo propio sucedía con los maestros de otras artes, especialmente con los de la orfebrería religiosa, cuyas obras primorosamente ejecutadas sorprenden hoy a los mismos extranjeros. Las custodias de oro con incrustaciones de piedras preciosas de muchas iglesias especialmente la de San Francisco que maravilla por su corpulencia y su simbolismo magistralmente realizado, son ejemplares que evidencian la perfectibilidad artística que alcanzó la orfebrería en la colonia. La custodia de la Compañía afirman los mismos Jesuitas que rivalizaba en esplendor con la de San Francisco; pero que, a pedido del Monarca español fue transmitida a España, en cuanto se decretó la expulsión de los Padres Jesuitas de América. Hasta hoy se dan el lujo de exhibir en algunos templos grandes atriles y candelabros de plata cincelados con magnífico gusto artístico; como también frontales, velones e incensarios del mismo metal. De estos objetos de arte se han llevado muchos al exterior sin impedimento alguno, hasta hace poco.

La Audiencia de Quito, además de haber apoyado la cultura intelectual de otros pueblos, como expresamos anteriormente, remesaba fuertes cantidades en oro a España, Panamá, en concepto de defensa contra los piratas; Chile en la guerra contra los Araucanos; Santa Marta y Cartagena y al Gobernador de San Francisco de Borja. Los Corregimientos y Villas poseían igualmente, minas de oro de superior calidad y concurrían, como era natural, al bienestar económico de la Audiencia. Mas esa prosperidad económica declinó en absoluto a consecuencia de los graves derrumbes que ocurrieron en las minas e imposibilitaron su explotación; y por el impedimento expreso de ocupar a la gente indígena en tan rudo y molesto trabajo. Con la destrucción de aquellas fuentes inagotables de riquezas Quito, los Corregimientos y Villas procuraron dedicar sus actividades a la agricultura, el comercio y las industrias.

En el continente se distinguieron los hijos de Quito por sus magníficas disposiciones artísticas que las evidenciaron en las diferentes artes que cultivaron con notable lucimiento como por contrarrestar la situación violenta que sobrevino a la economía general con la destrucción de sus minas de oro y plata. Refiere el historiador que los tejidos y bordados de hilo, oro y plata rivalizaban con los europeos; las franjas de los mismos metales que se confundían con las de Milán; las manufacturas de toda especie que satisfacían el gusto más exigente; las pinturas y esculturas, según testimonio de cronistas y viajeros extranjeros, fueron sumamente apreciadas en los Reinos de América y aún en Europa como tantas veces lo hemos declarado.

Los corregimientos de Latacunda, Riobamba, Otavalo, fuera de otros cultivos contaban con fábricas de paños y telas de lana y algodón primorosamente elaborados. El Gobierno de Guayaquil, la Gobernación de Cuenca, el Corregimiento de Loja, el Corregimiento de Ibarra y la Gobernación de Atacames y

Esmeraldas ofrecían a cual y mejor, los frutos de su prodigioso suelo para que la Audiencia y el pueblo no sintiesen el malestar económico procedente de la destrucción de sus minas. En algunos distritos prosperaron de modo extraordinario las varias especies de frutos europeas que introdujeron los españoles. Hasta la vid se aclimató fácilmente; pero sus viñedos fueron destruidos por mandato del Gobierno colonial con el designio de que fuese el Perú, por las condiciones apropiadas de su suelo y atmósfera el único cultivador y establecer un intercambio entre los dos pueblos con sus productos. Quito tenía que dar sus paños a Lima y Lima sus vinos a Quito. Hoy, contra la general creencia, se ha intensificado el cultivo de la vid en varias secciones de la República, merced al esfuerzo inteligente de algunos viticultores.

El romántico y espiritual Reino de Quito si ha sido maravillosamente favorecido por la esplendidez de su paisaje y la riqueza de su suelo, no menos que por las apreciables dotes intelectuales y artísticas de sus hijos; pero las convulsiones internas provocadas por los aviesos políticos y la naturaleza que se ha manifestado, no pocas veces, con suma aspereza, han concluído con su prosperidad económica. Varios productos agrícolas que ofrecían magnífico rendimiento a los cultivadores y las cajas reales, en concepto de tributaciones, experimentaron graves quebrantos. El comercio en grandes proporciones que sostuvo Quito con los Reinos de Santa Fé, de Lima, de Chile y otros gobiernos coloniales con los paños y telas de sus grandes fábricas, se lo hirió de muerte. El Gobierno español con poca cordura permitió la introducción ilimitada de géneros similares de fabricación extranjera, consentimiento que dio en tierra con la industria nacional. La misma Audiencia fué la más afectada en sus intereses. Dejó de percibir fuertes cantidades de dinero efectivo, con cuya riqueza se preciaba de manifestarse con suma liberalidad con otros pueblos. Destruído por completo un ramo que constituía una fuente de riqueza nacional tenía que sobrevenir necesariamente la miseria. La Patria ha tenido desde la colonia la suerte de sufrir las funestas consecuencias de la imprevisión de sus Gobiernos. Por consecuencia de la descabellada licencia de introducción de géneros extranjeros tuvieron los propietarios que cerrar las magníficas fábricas de Riobamba, Ambato, Latacunga, Quito y otros Departamentos por las grandes pérdidas que les ocasionaba sus sostenimiento. Un pueblo laborioso que gozaba de positivo desahogo económico experimentó rápidamente los desfallecimientos consiguientes a la privación de sus elementos de vida. Encontróse brevemente en completo abatimiento.

Tal situación que sobrevino por culpabilidad injustificada del Gobierno español atribuyeron, con poco discernimiento, algunos cronistas: al lujo, a la negligencia y pereza de determinadas clases sociales; al privativo anhelo de dar preferencia a la mercancía extranjera. Estas inculpaciones se destruyen de suyo con sólo considerar que la crisis que sobrevino por consecuencia de la ruina de las minas de oro y plata fué activamente contrarrestada por las manufacturas e industrias de todo géne-

ro en que emprendieron los hijos de la Audiencia de Quito y por sus grandes fábricas de paños y géneros que implantaron. Así que el principal causante de la decadencia económica que sobrevino al pueblo de la Audiencia de Quito fue el Gobierno español, como lo tenemos expresado. Ciertamente que el factor naturaleza contribuyó funestamente con los terremotos y pestes a agravar su miseria; pero antes de todo ciertas arbitrarias licencias que se permiten los Gobiernos, sin antever las consecuencias de diversa índole que pueden surgir ni penetrarse del espíritu del medio ni de su dinamismo y potencialidad económica, provocan y consuman el desastre de un pueblo con mayores estragos, muchas veces, que los causados por los fenómenos naturales.

Y las crisis económicas que sobrevienen a los pueblos se reflejan en las diversas manifestaciones de sus actividades intelectuales, artísticas e industriales. Con todo, sorprende sobremanera la religiosidad con que se conservaron, en medio de la general estrechez, los Tribunales, los Colegios y las Universidades de San Gregorio Magno y de Santo Tomás de Aquino; Establecimientos de alta cultura que conmovieron gratamente al astrónomo francés Carlos María de La Condamine y a otros naturalistas y viajeros. Para aquellos tiempos estuvieron bien constituidas por más que algunos cronistas, sin comprender la espesura del medio y las deficiencias docentes de la época, sostengan lo contrario. Y de tanta celebridad gozaron en el Continente en las Ciencias teológicas y filosóficas y en otros ramos que se atraerón estudiantes de las otras Colonias.

Cuando abandonaron Quito los Jesuítas desterrados por Carlos III sintióse general aflicción por la desgracia repentina que sobrevino a la docencia, a la cultura intelectual de las Colonias. El Doctor José Cuero y Caicedo, entonces Canónigo de la Catedral Metropolitana, preocupado hondamente de un contratiempo tan grave, con ese dinamismo y entusiasmo que le caracterizaban en asuntos de trascendental importancia colectiva, procuró subsanar las mayores dificultades y en persona abrió dichos Establecimientos en el mes de Octubre, según refiere Monseñor González Suárez, a fin de que los estudiantes no sintiesen el menor desaliento. Este benemérito Religioso, en momentos de tanta gravedad para la educación se prestó a ser útil prácticamente a la cultura de la Colonia; y cuando el pueblo de Quito lanzó en el Continente el primer grito de la Independencia y promulgó su Constitución del año 12, el Obispo Cuero y Caicedo fué uno de los fervorosos y esclarecidos patriotas que puso en eminente peligro su vida y toleró los vejámenes del Gobierno colonial.

* * *

Si en aquella época de angustia económica los Establecimientos educacionales no experimentaron el menor contratiempo; los exponentes de la cultura intelectual tampoco perdieron su calor. De aquellas Universidades salieron místicos, humanistas, poetas, oradores sagrados, biógrafos y cronistas que, si

gozaron algunos de muy merecida reputación; los más no dejaron de rendir cálido homenaje al culteranismo de la época como lo reconoce Monseñor González Suárez y el mismo autor de "LA CULTURA DE QUITO COLONIAL". En este período de perturbación literaria aparece ese claro precursor de la Independencia Francisco Javier Espejo que se propuso con su crítica candente sanear la oratoria sagrada y las letras patrias, de suerte que, en lo sucesivo, estuviesen exentas de los devaneos peninsulares. Era el llamado con su extraordinario talento y sólida y variada cultura a emprender en aquella obra demasiada escabrosa, en la que conquistó antipatía y formidables enemigos.

El espíritu de la docencia de la colonia, desde que sus Colegios y Universidades fueron fundados y dirigidos por Religiosos, tenía necesariamente que guardar correspondencia con su índole y carácter. Existían cátedras de Gramática, Filosofía, Cánones y Ciencias eclesiásticas. Posteriormente agregóse la Medicina, pero estaba muy lejos, por sus imperfecciones terapéuticas muy propias del ambiente, de llenar las finalidades científicas de tan humana docencia. De todos modos, se había dado un paso más para atender prácticamente las dolencias de las diferentes clases.

Propiamente, las facultades de aquellos Establecimientos Superiores tendían a la formación de carácter religioso; no podían despedir las luminosidades científicas que señalan nuevos derroteros a las mentalidades llenas de inquietudes y ansiosas de saber. Sólo con la secularización de la docencia se obtiene una cultura substancial, amplia, eficiente que responda a las complejas necesidades colectivas y revele el estado de adelanto intelectual y moral de un pueblo. Repetimos, no vituperamos la docencia de los Colegios y Universidades de la colonia, ya que tenía forzosamente que estar sujeta al espíritu de la época y la índole devota del conquistador. El juzgar a la docencia de entonces con el criterio de hoy, es proceder con poco equilibrio y discernimiento. La floración de cultura intelectual y artística de la colonia tenía que obedecer a las substancias docentes ingeridas en las raíces del organismo social. En todo caso, por deficientes que hubiesen sido sus enseñanzas no dejaban de fortalecer el espíritu y de llevar su luz por la obscuridad que envolvía al Continente. Basta fijarse en los privilegios concedidos a los que formaban las expediciones contra los infieles para tener idea clara de los sentimientos religiosos y místicos que palpitaban en los pueblos europeos de los siglos medios. La instrucción y la educación tenían que estar ceñidas a las normas de la psicología religiosa que imperaba en el ambiente.

Hoy la docencia de los Colegios y Universidades corre caudalosa abriendo nuevos lechos y sembrando de estrellas el entendimiento. Por eso el anhelo espiritual del estudiantado es eterno y se halla en correspondencia con ese despertar de auroras de su mente. De ahí que las Universidades aspiren a formar la conciencia de las Nacionalidades y obtener el reinado de aquellos principios que encarnen las bien entendidas libertades del individuo y del pueblo; de aquellas libertades que ofrecen en la práctica, lejos de influencias extrañas, el bienestar co-

lectivo y la prosperidad nacional. Las Universidades de hoy son las llamadas, en fuerza de su facitación ética y espiritual, de su cultura superior, el acercarse al pueblo e infiltrar en su entraña esas normas cívicas que levantan el espíritu, fortalecen la voluntad y enfervorizan los sentimientos. Sólo con estímulos de este linaje individuos y pueblo marchan, con plena conciencia de sus deberes, concordes a la consecución de sus ideales. Sólo con los contingentes sanos de las juventudes universitarias se realiza el prodigio de despertar a los pueblos de su somnolencia motivada por el abatimiento y recobrar las energías perdidas estéril y oprobiosamente; siendo así que la vida es de ninguna significación ante el imperioso deber de inmolarla, cuando la Patria implora el sacrificio de sus hijos.

El ambiente de hoy es absolutamente diverso del simplísimo del colonial. Su misma docencia pone de relieve el espíritu que lo vivificaba. Los encontrados sentimientos de criollos e ibéricos eran las corrientes estimuladoras de la conciencia cívica del pueblo. El despotismo y las excesivas ambiciones de los castellanos reagravaban las vivencias de odio de los naturales y les excitaban para la contienda, para la lucha a muerte y alcanzar su autonomía. Los nobles criollos y el pueblo, eternas víctimas de aquellas injusticias y arbitrariedades, fueron los agentes más activos de las rebeldías; de las primeras sublevaciones contra el Gobierno colonial. Años más tarde se entremezclaron los elementos cultos, los elementos que había forjado su espíritu cívico al calor de la lectura de las doctrinas políticas de los filósofos franceses del siglo XVIII. Estos elementos, con mayor conciencia de los ideales libertarios, se constituyeron en conductores de aquellos movimientos insurreccionales que proclamaban los principios republicanos y destruían en su base la soberanía de aquellos Gobiernos dinásticos, en los que, con absoluta prescindencia de la voluntad popular gobernaba, a veces, un monarca alelado sin otra ley que la de la sucesión al trono.

Conductores de que a sus vivencias de rencor y odio se aliaba una psicología impregnada de cultura constituían el elemento más temible y formidable; ya que estudiaban la forma más rápida de emanciparse del tutelaje español. Espejo y Mejía, figuras de monstruoso talento y de lineamientos continentales, con esa aversión racial acumulada en su entraña desde el exterminio del Imperio aborígen, fueron los divulgadores más activos y ardientes de aquellos principios regeneradores que dignifican a individuos y pueblos e instituyen la democratización del Estado. Espejo, el político quiteño más sutil y perspicaz, supo atraerse con sus privilegiadas capacidades a esos elementos valiosos de la aristocracia, como el Marqués de Selva Alegre, para formar un ambiente propicio y conseguir que germinaran vigorosas las simientes revolucionarias que iba sembrando por medio de sus conciliábulos y publicaciones en la conciencia popular. Espejo se puso en trato sigiloso con Nariño, el traductor de los *Derechos del hombre*, y otros políticos, a fin de que su gigantesca concepción libertaria tuviese eficaz realización en todas las Capitales coloniales y se derrocara de súbito el Régimen Colonial, sin que tuviera tiempo el Gobierno

imperial de reaccionar contra las fuerzas conjuntas de todo el Continente.

Desafortunadamente, un golpe de tanta magnitud, que hería de muerte a la Metrópoli y se conquistaba la autonomía continental sin derramamiento de sangre fraterna y excesivos desembolsos económicos, se desvaneció violentamente. La poca cautela del clérigo Espejo trajo como consecuencia la acusación contra su hermano y las providencias que dictó el Gobierno para ahogar cualquier conato y perseguir a los conjurados. El ilustre precursor de la Independencia fué encarcelado y sometido a duras penas. Su rígido cautiverio y los grilletes que llevaba en los pies alteraron gravemente su salud hasta espirar. De esta suerte murió por la autonomía de estos pueblos una de las figuras cumbres del Continente. De realizarse el extraordinario plan de autonomía ideado por él estos pueblos no habrían tolerado tiranías, humillaciones y las despiadadas luchas intestinas provocadas por las ambiciones de los militares que se creyeron con sobrados títulos para dirigir los destinos de las democracias latinoamericanas, en razón de haber batallado años de años con épica heroicidad por su Independencia.

Mejía, digno hermano político del inmortal Espejo, fué el parlamentario más excelso del Continente y aún de España, si los mismos españoles, entre ellos Menéndez y Pelayo reconocieron que fue un benemérito émulo del Divino Argüelles. Gigantesco defensor de las nuevas ideologías políticas innovadoras que contenían en su esencia principios revolucionarios tendientes a exigir de la Corona Imperial prerrogativas análogas para las Colonias a las que disfrutaran los pueblos peninsulares; el cerebro de Mejía participaba de las eminencias andinas bañadas de los resplandores del sol de los trópicos y su genio del ardimiento de los senos candentes del Monte Sagrado de su ciudad natal. Su verbo magnificante, armonioso y vibrante se hacía oír en el ámbito de las Cortes de Cádiz, como cascadas de los grandes ríos orientales que rinden tributo al Amazonas, defendiendo aquellas doctrinas liberales que destrozan rancias preocupaciones y los grilletes de hierro puestos al pensamiento y a la conciencia del hombre. El ilustre orador quiteño ansiaba para el Continente que resplandeciera en el cielo sin sombras de esclavitud el sol de la libertad. Dejó profundas huellas de su espiritualidad en la misma España el insigne tributo que se hizo admirar como afirman los cronistas, por sus variados talentos y erudición. Con su asombrosa elocuencia rindió tanto el espíritu del auditorio hasta hacerse respetar en sumo grado. De ahí que se lo apellidara el *Mirabeau americano*. El pueblo que amaba sinceramente a los caudillos de verdad; a los quijotes de las idealidades y de las nobles causas que luchan por sus intereses y perfectibilidad en la arena del pensamiento como Mejía; ese pueblo supo darle positivas demostraciones de aprecio cuando cayó enfermo en España. Se mantuvo a la entrada de su casa en extremo inquieto hasta el día malhadado en que dejó de existir esta egregia figura quiteña, honra del Continente.

Si estudió Filosofía en el Colegio de San Fernando y ob-

tuvo el título de Maestro en la Universidad de Santo Tomás de Aquino; sus profundos y variados conocimientos en varios ramos del saber humano los adquirió por propios esfuerzos. En 1809, refiere el cronista, se doctoró en Teología y Medicina, consagrándose totalmente al estudio de Cánones y Derecho Civil. La fama de su honda y dilatada cultura contribuyó para que Don José M. Matheu, Conde de Puñonrostro y Marqués de Maenza, solicitara su viaje a España con el propósito de comenzar por esta nación sus estudios acerca de los monumentos de la antigüedad y los progresos de la civilización en el viejo mundo. Sensiblemente, no pudo verificar una obra de tanto aliento y que le habría colmado de inmensa celebridad por haberse encontrado a su llegada con la invasión francesa y verse obligado a figurar en las filas del ejército español, en el que lució con denuedo hasta poner, repetidas veces, su vida en peligro.

Este sobresaliente hijo de Quito tenía apenas treinta y seis años cuando murió, dejando sembradas como maestro las semillas de oro para que las mocedades de su Patria y del Continente Americano se aprovecharan de sus ricas y substanciosas floraciones políticas y sociales. Sólo un parlamentario de sus excelsitudes pudo con su razonar elocuente y nutrido de sabiduría conseguir, en las Cortes de Cádiz, que se aboliera la odiosa Institución de la Inquisición que esclavizaba el pensamiento y la conciencia que dignifican individual y colectivamente y sirven de faro en la tenebrosa obscuridad que envuelve a un pueblo abatido y aprisionado. Sólo a su ingenio y estrategia política debióse que muchos acuerdos, favorables al parecer a la Península, fuesen aprobados como él pretendía en beneficio de su país. Este joven de prodigioso talento causó asombro en las Cortes de Cádiz, a las que concurrió en calidad de diputado suplente por el Virreinato de Nueva Granada. Allí en ese sacro recinto compuesto de personajes eminentes fué ideando el juriconsulto y el maestro las resoluciones que propendían a la realización de la proyectada independencia de las Colonias.

Hasta el momento no se tiene una biografía completa de este extraordinario hijo de Quito que nació por el año de 1777 y murió en Cádiz en 1813. Estos ligeros rasgos los hemos recogido de algunos autores. Su figura de colosales proporciones para la época reclama una paleta rica de colores y un pincel magistral, que haga resaltar en sus diferentes aspectos la fisonomía de uno de los hijos más esclarecidos de la Audiencia de Quito. Hoy con el acertado acuerdo del Gobierno de señalar anualmente algunos premios en efectivo para los mejores estudios biográficos de los personajes ilustres que ha tenido la Patria, se tiene fundadas esperanzas de contar con estimables trabajos de este género. Casualmente, la biografía de Mejía escrita por el Profesor normalista, Sr. Neptalí Zúñiga, inteligente investigador de documentos antiguos, ha sido acreedora al premio según decisión del Jurado. No la publica todavía el Ministerio de Educación. Juzgamos que nos descubrirá episodios desconocidos.

Si tuviéramos en cuenta, para valorar la cultura intelectual de la Colonia en el siglo XVIII y en el alborear del XIX,

las figuras eminentes de Espejo y de Mejía, la Patria, indubitablemente, habría obtenido el cetro en el Continente Latinoamericano. Pero, no por estas altas mentalidades que constituyen la excepción se puede justipreciar el nivel de cultura, sino por los cultivos espirituales o los exponentes intelectuales que componen un todo y establecen el término medio. Sin embargo, el ambiente cultural del pueblo de la Audiencia de Quito no es muy desfavorable, a pesar de las opiniones en contrario de algunos escritores demasiado exigentes que no pulsan las dificultades del medio. En el haber intelectual poseemos valores de subidos quilates que se distinguieron en determinados ramos científicos y literarios. Sería largo enumerar la nómina de autores religiosos y seglares y la índole de sus producciones; ya que, a nada conduce citarlos sin un juicio concienzudo e imparcial de las obras que escribieron ni corresponde tampoco a este rápido estudio nuestro. Se han encargado de ello: el eminentísimo historiador Juan de Velasco en su *Historia Moderna*; Don Pablo Herrera en sus *Antologías*; Don Juan León Mera en su *Ojeada Histórico-Crítica*; Monseñor González Suárez en el tomo VII de su *Historia General*; Isaac J. Barrera en *Próceres de la Patria-Lecturas Biográficas*; el Jesuíta Padre Francisco Vásconez en sus *Breves Apuntes sobre la Literatura Ecuatoriana*; algunos autores en sus estudios sobre ciertos escritores coloniales de no escasos merecimientos; el dominicano Padre José M. Vargas que en su libro "*La Cultura de Quito Colonial*" emite conceptos algún tanto infundados sobre nuestro historiador Juan de Velasco, siguiendo con criterio infantil las opiniones del eminente arqueólogo Don Jacinto Jijón y Caamaño, quien, en el primer tomo de su importantísima obra "*El Ecuador Interandino y Occidental—antes de la Conquista Castellana*" al hablar del Índice de los tres tomos de la "*Historia Moderna*" que copió del original Don Gonzalo Zaldumbide y que se publicó en el Volumen segundo del *Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos* (Quito 1919, pgs. 131-143-266-268), se expresa: "A nuestro juicio debe ser ésta la obra de más importancia de las que escribió Velasco y su publicación sería el mejor tributo que podría ofrecerse a la memoria del Herodoto ecuatoriano", pág. 71. ¿Qué dirá a este respecto el autor de "*La Cultura de Quito Colonial*" que se manifiesta tan apasionado del erudito español Don Marcos Jiménez de la Espada y de cuantos niegan la veracidad de las relaciones prehistóricas del Padre Velasco?

* * *

Quito, la Metrópoli del antiguo Reino de Quito, por su fisonomía misteriosa e impregnada de leyendas, ha despertado la curiosidad de viajeros y sabios, no obstante su retiro y vivir oculta en el regazo de escarpadas eminencias. En su meditar de místicos ensueños artísticos ha sido turbada por los sacudimientos de la naturaleza y las alteraciones domésticas. Igualmente, acudieron por estudiar su configuración geográfica y medir un arco meridiano y determinar la figura de la

Tierra varias misiones científicas. En los últimos días de mayo del año de 1736 revistió la forma de un verdadero acontecimiento social el arribo de la comisión Geodésica enviada por la Academia de Ciencia de París, a la que se unieron, por disposición del Rey Felipe V, los marinos científicos españoles Jorge Juan de Santacilla y Antonio de Ulloa encargados por su Soberano de observar las actividades de aquella misión francesa en América.

La recepción que se les hizo fué solemne. Concurrieron el Presidente de la Audiencia; las autoridades civiles y eclesiásticas; el clero y las comunidades religiosas; elementos sociales de viso y el pueblo. Se esmeraron en demostraciones de aprecio y simpatía. Las diversas clases sociales estaban íntimamente compenetradas de las calidades culturales de los individuos de la misión y de los trabajos de suma importancia científica que iban a realizar. De ahí que les dieron facilidades y se manifestaran obsequiosas, a fin de atenuar en lo posible las molestias o incomodidades que ofrecen medios, que no cuentan con los adelantos y comodidades de los pueblos civilizados. Efectivamente se dieron cuenta aquellos extranjeros de las exquisitas prendas morales y espirituales de la sociedad y aún de las clases ínfimas de un pueblo que se encontraba a gran distancia de las auras marinas que avivan y abrillantan el espíritu. La comisión científica francesa estuvo compuesta de los siguientes personajes: Carlos María de la Condamine, Luis Godin, Pedro Bouger, astrónomos y físicos; J. Demorainville, pintor; varios ingenieros, dibujantes, ayudantes y sirvientes. Estos hombres de ciencia, cultos y consagrados a sus difíciles trabajos de observación y de cálculos, se mantuvieron tres años entre nosotros. Es indudable que su permanencia fortificó el ambiente social y de cultura intelectual y artística. Nuestros elementos de valor adquirieron mayor refinamiento con el trato frecuente con extranjeros de nobles condiciones. Se les presentó la oportunidad de revelar los conocimientos literarios y artísticos que habían asimilado con el estudio, no obstante encontrarse muy lejos de pueblos de mayor cultura y civilización. Es que las Bibliotecas que poseían las Comunidades religiosas eran ricas y selectas. Algunos sabios viajeros se dieron cuenta de su importancia y de ver en ellas obras muy raras que no se encontraban en Bibliotecas de algunas Capitales Virreynales. En ellas se nutrieron Espejo y Mejía que causaron asombro con su erudición.

Lo propio puede decirse de la riobambeña Doña Magdalena Dávalos, en quien La Condamine halló una mujer bien cultivada como si hubiese recibido esmerada educación en Europa. Asimismo les causó admiración la idoneidad científica de Pedro Vicente Maldonado. En ciencias que no se enseñaron en nuestras Universidades se profundizó tanto que su autoridad fué reconocida por el mismo soberano de España. Felipe V por cédula real le concedió el año de 1746 la Gobernación de Atacames y Esmeraldas. Con sus propios recursos y grandes conocimientos topográficos abrió un camino carretero directo de Quito a Es-



meraldas que venía a colocar la Capital de la República no muy lejos de Panamá.

El ilustre geógrafo Pedro Vicente Maldonado se hizo estimar verdaderamente de los académicos franceses por su erudición y hondo saber en ciencias exactas. Con La Condamine viajó por el Oriente Ecuatoriano a Europa. En Londres le acogieron Sociedades Científicas con señaladas muestras de distinción y le concedieron honrosas condecoraciones. Su prematura muerte ocurrida allá distante del patrio suelo, precisamente, en momentos en que la Patria necesitaba de su presencia y pericia para consolidar el camino abierto por él a Esmeraldas. Son incalculables las ventajas comerciales que habría obtenido el interior de la República si desde la época del ilustre sabio hubiese estado abierto este camino a las relaciones comerciales. Hasta la agricultura se habría incrementado. Extensos territorios sin laborar de las selvas vírgenes occidentales estarían ofreciendo a la Patria abundante riqueza con sus exquitos y variados frutos. Lugares desiertos estuvieran hoy poblados. Brazos desocupados e inactivos que se prestan fácilmente para las perturbaciones domésticas se encontrarán entregados, sin preocupaciones ni inquietudes, a los cultivos agrícolas que tanto regeneran y dignifican.

La Patria puede ufanarse de contar, además, entre sus ilustres hijos a Pedro Franco Dávila que nació en Guayaquil en 1713 y murió en Madrid en el año de 1785. Aunque hizo sus estudios en París y no regresó a su ciudad natal, no por eso se lo ha de tener como extraño. Con afán se dedicó a las ciencias naturales y consiguió ser autoridad en ese ramo. Formó con ímprobo trabajo una magnífica colección que la cedió, después de algún tiempo de haberla enriquecido, al Gobierno español. Fué nombrado oficialmente Director de ese Gabinete con la pensión vitalicia de mil doblones anuales. Por estos antecedentes y haber trabajado con provecho y constancia, aumentando día por día las colecciones que existían, se le tiene como el fundador del Museo de Ciencias Naturales de Madrid. Estos datos los hemos tomado de la Enciclopedia Espasa.—Página 1094.—Tomo XXIV.

La permanencia de la Comisión científica francesa y española fué de gran provecho intelectual y artísticamente para la sociedad de la Audiencia de Quito. Las relaciones entre las entidades intelectuales y artísticas se fortalecieron y fueron acogidas con calor por los quiteños las instrucciones de los doctos extranjeros. Los ingenieros y dibujantes tenían que estar más en contacto con los nativos que practicaban aquellas profesiones. El pintor Demorainville estuvo algunos años en esta ciudad ejerciendo su arte con bastante crédito. Conocemos algunos cuadros firmados por él existentes en el convento y en la capilla de la Dolorosa del Colegio. El más notable es el que lleva por título "Retrato del Venerable Alfonso Rodríguez", jesuita español que murió en Palma en 1617.

Este religioso se halla de rodillas y sostenido por un Ángel delante de la Virgen María que está asentada sobre una silla y teniendo al Niño Jesús en la falda. Por entre la amarillez

de su rostro revela este Religioso las emociones vivas e intensas que experimenta su alma como si fuese transportada a la mansión celestial. Y, es tanta su dicha e increíble su goce espiritual que se siente en aquellos momentos perder el equilibrio y como si su cabeza cediera al predominio del poder divino. Y como la aparición de la Virgen con el Niño tenía que ofrecerle una dicha de bienestar infinito, muy natural que sufriera desmayos y que el Angel le detuviese con su mano la frente para evitar que cayera a plomo.

La imagen de María con su Niño son de un naturalismo que recuerda el de los grandes maestros. De ese naturalismo que, sin participar de las crudezas a las que recurren ordinariamente ciertos jóvenes pintores que están muy lejos de comprender el verdadero sentido estético emocional del impresionismo, se mantiene en armónico equilibrio. Esto es en la deleitable correspondencia del fondo y de la forma. Pues, no por pretender expresar la idea, lo substancial de la psicología del individuo, de un pueblo o de una raza se ha de recurrir a esa antipática manera de deformar las extremidades de la figura humana; procedimiento absurdo que coloca al espectador en una situación caótica que no le permite interpretar tan confusa composición pictórica.

Las figuras de este cuadro del pintor francés Demorainville están perfectamente distribuidas. La fisonomía de la Virgen es de una expresión de divina afabilidad. La carnación de las figuras vigorosa y fresca y el colorido del cuadro, en general, es armonioso y magníficamente ejecutado. Por entre el fondo oscuro se divisa a lo lejos la ciudad santa. Sensible que un lienzo tan estimable haya sufrido algunos desperfectos por consecuencia de haber estado mucho tiempo colocado en la portería. Hoy, atendiendo a nuestras indicaciones se encuentra en un lugar más apropiado.

XVII

Retorno de la Comisión Geodésica Francesa y sus labores.— Concurrencia de otros sabios y Comisiones Científicas.— Actuación de aquellos elementos en la cultura del País.— Germinación de los ideales republicanos sembrados por los precusores de la Independencia.— El Grito del 10 de Agosto de 1809 y sus consecuencias.— Tragedia ocurrida en Quito con los Patriotas el 2 de Agosto de 1810.— Comisionados Regios Montúfar y Villavicencio.— La Constitución Política del año 12.— Divergencias entre los patriotas.— Efímera existencia de la República.— Sucesos ocurridos con el retorno al régimen colonial.— Inestabilidad de la cultura intelectual y artística.

A los tres años de haber terminado la Comisión Científica sus observaciones sobre la medición y configuración geográfica de la Tierra regresó a Europa. Por diversos derroteros prosiguieron sus miembros. Como para dejar constancia de la exactitud científica de sus trabajos astronómicos y trigonométricos levantaron dos pirámides conmemorativas en Caraburo y Oyambaro, lugares por donde pasa la Línea Equinoccial. Lastimosamente, pareceres opuestos entre franceses y españoles referentes al texto de las inscripciones provocaron controversias, según el cronista, que terminaron con la demolición de dichas pirámides ordenada por el Soberano de España. El ilustre astrónomo La Condamine escribió en París la relación circunstanciada de su viaje y varios otros trabajos relacionados con sus observaciones geodésicas. Los españoles Jorge Juan y Antonio de Ulloa, después de haber ordenado sus apuntes efectuados escrupulosamente en su viaje de estudio por estas regiones, se consagraron también a redactar sus memorias. En cuatro volúmenes, ilustrados con planos, croquis, dibujos diversos, publicaron en el año de 1748 su *Relación histórica del viaje a la América Meridional hecho por orden de Su Majestad*. Publicóse asimismo, en Londres el año de 1826 *Noticias secretas de América* editadas en Madrid el año de 1772.

La Metrópoli de la Audiencia de Quito manifestóse pesadosa por la despedida de tan ilustres huéspedes. Gratísimos recuerdos conservó de la permanencia de aquella Comisión Geodésica compuesta de valiosos elementos versados en diferentes ciencias y artes y que contribuyeron a la incrementación de la cultura intelectual y artística de la época.

Casi al declinar el mismo siglo XVIII llegaron, con pocos intervalos, dos misiones científicas: la del italiano Alejandro de Malaspina al servicio de España en compañía de zoólogos y botánicos peninsulares y del naturalista guatemalteco Antonio de Pineda; y la naval y militar española al comando del Capitán de Fragata Don Alonso de Torres. La primera, en el corto espacio de un mes que se detuvo no ejerció influjo alguno en la cultura. Concretóse: a practicar sondajes en la ría de Guaya-



*El prócer Quiroga victimado en presencia de sus hijas.
Por el pintor Villacrés.— Colegio Militar.*

quil; efectuar estudios técnicos en los astilleros del puerto; recoger ejemplares valiosos de la fauna ecuatorial y visitar el Archipiélago de Galápagos. La segunda trajo por único objetivo estudiar el mismo Archipiélago y trazar un Mapa acompañado de un valioso informe, según refiere el cronista, sobre cada una de aquellas islas.

Al rayar el siglo XIX la Presidencia de Quito fué visitada por tres hombres de ciencia que fueron tratados con aprecio por las clases sociales. Francisco José de Caldas, naturalista de Nueva Granada, ilustre coáborador del botánico español José Celestino Mutis, quien vino a efectuar estudios botánicos y, especialmente, observar el paraje, crecimiento y utilización de la quina. Consagrado el ilustre naturalista a sus trabajos botánicos gustaba del retiro y de la soledad. En sus "*Lecturas Biográficas*" dice Isaac J. Barrera, como de paso, que Caldas en sus cartas se manifestaba celoso de que el sabio alemán Humboldt le postergara por Montúfar. Lo que descubre que este distinguido naturalista llevaba una vida de retraimiento. Sin embargo, en el fondo de su espíritu amante de la soledad se agitaban violentamente los sentimientos libertarios. Necesariamente, por mucho que su pensamiento hubiese estado consagrado a sus observaciones astronómicas y botánicas, tenía que ponerse al habla con quiteños que alimentaran idénticos anhelos libertarios. El cronista afirma que al estallar la guerra contra España este sabio se adhirió a la causa americana y fue director de ingenieros y General de Brigada. Y que al ocupar Bogotá las tropas realistas fue hecho prisionero con otros y sometido a un Consejo de Guerra, el cual lo sentenció a muerte el 29 de octubre de 1816. Popayán tiene la gloria de ser cuna de este egregio patriota de merecida fama continental. Profundizóse en varias ciencias y construyó, guiándose por sus libros, un sextante y un barómetro. Acompañó a Humboldt y Bonpland en sus nuevos trabajos científicos, reformando algunos y confirmando otros cálculos llevados a término por La Condamine y Bouguer. También acompañó a Mutis en sus expediciones por el Perú y Nueva Granada. Sensible, en extremo, es que hombre tan erudito perdiera la vida en esa forma. Estuvo preparando la *Fitografía del Ecuador*, que no llegó a publicarse. Dejó una memoria sobre el "*Estado de la Geografía del Virreinato de Santa Fé de Bogotá con relación a la economía y el comercio*".

La presencia de un sabio de las preeminentes calidades científicas del Barón prusiano Alejandro de Humboldt fue altamente beneficiosa para la cultura en general de las clases sociales de la Audiencia de Quito. Tenido por uno de los más célebres sabios de la época sintióse la Metrópoli quiteña muy honrada y complacida de tener en su seno a huésped tan ilustre. En casa del Marqués de Selva Alegre vivió en íntima familiaridad en todo el tiempo de su permanencia. Allí pudo darse perfecta cuenta de los ideales libertarios que alimentaba el Marqués como buen amigo y aventajado correligionario de Espejo, el famoso precursor de la Independencia. Humboldt, de trato afable y exquisito, tenía complacencia de rolar con gente distinguida. Observador penetrante, comprendió que el medio en el que al-

ternaba era el más adecuado para sondear la conciencia social respecto de las corrientes emancipadoras que atravesaban por el Continente. De ahí que al encontrarse en París, a su regreso de América, con Simón Bolívar, le declarara el unánime sentir de las colonias por salir del tutelaje español. Y, quien lo creyera que en aquella hermosa propiedad del Marqués de Selva Alegre, situada en los Chillos, en donde pasaba agasajado el sabio alemán y entretenido con la magnífica biblioteca que poseía el Marqués, pocos años más tarde fue el lugar, en el cual los nobles criollos se daban cita para tramar los medios de efectuar los movimientos revolucionarios.

No por el frecuente trato social abandonaba Humboldt sus observaciones y trabajos científicos. Acompañado de Bompland, astrónomo, físico y matemático, y del naturalista santafereño Caldas, realizó los estupendos descubrimientos del mundo físico, desde nuestras montañas. Ascendió al Chimborazo, llegando a una altura según refiere el cronista a donde no alcanzó pie humano. Sus exploraciones por nuestro suelo le revelaron secretos de no escasa importancia sobre la existencia de organismos anteriores a la época geológica actual. El pasado ecuatoriano le interesó mucho. Se detuvo a observar los restos de los monumentos, utensilios y alfarería de nuestros aborígenes, sentando de esta manera los fundamentos de nuestra arqueología. Desplegó tanto sus actividades que aprendió sin la menor dificultad lenguas y dialectos indígenas y recogió tradiciones. Trazó un mapa de la Real Audiencia de Quito que lo dio a conocer juntamente con el examen y análisis de su naturaleza en sus diversos libros que comprenden muchos volúmenes publicados en alemán.

Humboldt viajó por los principales países de Europa profundizando sus conocimientos científicos y haciendo varias publicaciones. Tuvo por maestros a hombres eminentes y consiguió aventajarlos en las mismas ciencias que le comunicaran. Construyó una lámpara inextinguible y una máquina respiratoria según los principios de Beddoe, destinada a los obreros mineros. No obstante estar su pensamiento entregado a inquirir los fenómenos de la naturaleza gustaba su alma de artista de recrearse en aquellas producciones que fuesen la expresión más perfectible de la poesía y del arte. Por eso estuvo en Jena en continuo trato con Schiller y Goethe, sin dejar por ello de concurrir a las conferencias de anatomía que daba Loder. Cuando se encontraba en España obtuvo permiso para viajar por la América española. Exploró Venezuela y la región del Orinoco y logró, el primero, la confirmación de la bifurcación del Orinoco, fundándola en observaciones astronómicas.

Las extensas regiones de la América española que las recorrió Humboldt, casi en su totalidad a caballo, le despertaban especial interés. Sus impresiones de artísticas tonalidades están consignadas en sus cuadros de Geografía, Botánica, Historia, etc., etc., referentes a los lugares observados por él. A Mancini le sorprendió los miles de leguas que recorrió el sabio alemán hasta calificar de "la exploración más grandiosa que hasta entonces se había hecho en regiones mal conocidas. "Gus-

taba como eminente naturalista sentir esas emociones profundas que producen en el espíritu la contemplación de lo grande. Por eso atravesó el Marañón y lo describió completando el paisaje con la delineación de las cordilleras azuayas.

De la afable hospitalidad que recibió Humboldt de las clases sociales de la Real Audiencia de Quito, especialmente de la noble casa del Marqués de Selva Alegre, la recordaba siempre con viva gratitud. Las cartas de Caldas por entre sus irónicas y apasionadas apreciaciones, son reveladoras del aprecio y de las deferencias que guardó la sociedad quiteña por huésped tan benemérito. Como hombre de cultura superior supo valorizar las atenciones y servicios recibidos. En sus obras publicadas en Alemania consigna expresivas frases de la Metrópoli quiteña. Hasta dió a algunas plantas por él clasificadas, según afirma Gonzalo Zaldumbide en su estudio sobre "Un procer quiteño fusilado en Buga", la denominación latina que perpetuase el nombre de los Montúfar.

Al partir Humboldt de Quito para Lima y de donde pasó a Méjico y de allí a Europa fué acompañado del joven Carlos Montúfar, a quien su padre el Marqués de Selva Alegre tuvo a bien enviarle a España para que perfeccionara sus estudios. Desde que Humboldt se alojó en aquella casa nobiliaria dióse perfecta cuenta de la mentalidad del joven Carlos y de sus vehementes anhelos de ilustrarse. Por eso lo llevaba complacido a sus expediciones; preferencia que excitaba el enojo del naturalista Caldas. En el largo viaje que emprendieron por las dilatadas serranías andinas muy natural era que a sus doctas observaciones científicas infiltrase en el espíritu del joven quiteño aquellas ideas emancipadoras que se difundían ya por el Continente. Observador penetrante y perspicaz dábase perfecta cuenta el sabio alemán de que en la entraña de los pueblos hispano-americanos recorridos por él germinaban ideas políticas que traerían no muy tarde la independencia continental.

A su regreso de América Humboldt dio en su calidad de Chambelán en la Universidad de Berlín las célebres conferencias sobre la descripción física del Universo. Fué según el cronista, el padre de la geografía climatológica y plástica, de la física marítima y de la litogeografía. La geología, la astronomía, la zoología, la botánica y la mineralogía se enriquecieron por su medio como apenas las enriqueció explorador alguno.

Un exponente de esta naturaleza, tenido como uno de los sabios más eminentes de la época, necesariamente tenía que influir en el desarrollo de la cultura intelectual de la sociedad de la Audiencia de Quito.

* * *

No son muy justos los conceptos emitidos por algunos historiógrafos respecto de los factores que intervinieron en el movimiento revolucionario que culminó con el primer grito de Independencia que lanzara Quito el 10 de Agosto de 1809. No era el repentino despertar de un pueblo que sobrellevaba largo tiempo la pesadez de un régimen autoritario y ensoberbecido

con la falsa idea de su superioridad psíquica y racial. De siglos atrás venía ya preparándose esta conmoción que sacudió con ímpetu y fuerza el Continente. La codicia y soberbia hispánicas y los desmanes cometidos en el poderoso Imperio indígena, que se extinguió al empuje del conquistador, obraron fatalmente en los propósitos reaccionarios de los americanos. El mestizo, brote de un elemento antagónico que estropeó violentamente la espiritualidad de la doncella indiana; de aquella abnegada y sufrida indiana que le ha alimentado con su leche impregnada de amargores, no podía ser indiferente a la suerte de la raza esclavizada. Tenía que mantenerse en acecho de aquellas situaciones económicas gravosas para exteriorizar el rencor que guardaba como sino fatal en sus recónditos dominios psíquicos.

El noble criollo, así mismo, por el simple hecho de haber nacido de padres españoles en este suelo enfervorizado en otro tiempo con los cánticos místicos de las Vírgenes del Sol estaba destinado al desprecio e incapacitado para desempeñar cargo alguno de importancia en la administración colonial. El criollo y el mestizo que toleraban una superioridad racial irritante creyeron cumplir con un imperativo deber al coaligarse para luchar contra las autoridades peninsulares que acongojaban con exceso su existencia. Aún determinados elementos indígenas, que habían salido al amparo de su autoeducación de la masa que se conservaba abatida dentro de la concha de su inconsciencia, se prestaron al logro de la emancipación americana. Estos tres elementos que parecen, para quien no haya penetrado a la entraña del pueblo de Quito, antagónicos entre sí, marcharon concordes y en perfecta armonía a la consecución de sus ideales. Por eso se los ve en íntima correspondencia y familiaridad a Espejo con el Marqués de Selva Alegre; a los nobles criollos con los hijos del pueblo.

El autor del "Nuevo Luciano" y de "La Ciencia Bancarina con su espíritu observador, su sagacidad y desconfianza temperamentales, conoció en toda su desnudez el alma de la aristocracia quiteña, muy diferente de la de otras Capitales coloniales. Por eso se franqueó con ella y le hizo depositaria del monstruoso movimiento de emancipación del Continente que se proponía realizar. Y tanto influyó en las decisiones revolucionarias de aquella clase que, años después de la muerte del ilustre precursor de la Independencia, la quinta de Chillón del Marqués de Selva Alegre era el centro de reunión de los conspiradores contra el Régimen colonial. Es que Espejo tenía fija en la memoria la tragedia de la famosa Revolución de las Alcabalas, en la que el Cabildo y más personas distinguidas sucumbieron por la causa del pueblo. Desde aquella época, un tanto lejána, se mantenía latente en la conciencia de los elementos directores y de las clases sociales quiteñas la idea de sacudir el vasallaje español. Consecuencia de aquel desenlace sangriento realizado por el temerario Pedro de Arana, Comisionado del Marqués de Cañete, Virrey del Perú, fue la rebelión que estalló en el siglo XVIII con motivo de la ordenanza del real estanco y aduana que ordenara hacerla efectiva, presionando a los contribuyentes, el Virrey de Santa Fé.

La Revolución de las Alcabalas y más tarde la del estanco y aduana no cumplieron con sus soñadas aspiraciones. El pueblo, que brotó a la vida cobrando aliento en un ambiente saturado de misticismo y religiosidad, juzgó incurrir en una culpa muy grave al no obedecer los mandatos o insinuaciones de los sacerdotes. Pues, a pesar de haberse impuesto ante la Audiencia el pueblo cedió dócilmente a los pedimentos de los Jesuitas y Franciscanos y concluyó reconciliándose con la Audiencia. Segadas las muchedumbres entraron sin dificultad las fuerzas enviadas por el Virrey de Santa Fé juntamente con todos los españoles que se escaparon de la ciudad temerosos de ser exterminados. En esta forma terminaron las dos precitadas revoluciones.

* * *

El pueblo de la Audiencia de Quito, por mucho que su conciencia obedeciera ciegamente a los mandatos confesionales obraban con mayor fuerza avasalladora en su espíritu los sentimientos libertarios que heredaron de sus progenitores indígenas. De muy antiguo, cuando se esbozaba embrionariamente en la entraña aborigen el amor a la techumbre solariega, ya las parcialidades indígenas aparecen luchando por su autonomía con las naciones extranjeras de los Hijos del Sol. Llevando en su alma el pueblo de Quito aquellos estímulos, muy lógico que hubiese producido en las distintas fases de su vivir histórico sacudimientos de carácter continental. Muy lógico que la juventud quiteña hubiese acogido con vehemente calor las inquietudes subversivas de los discípulos de Espejo, del precursor de la Independencia.

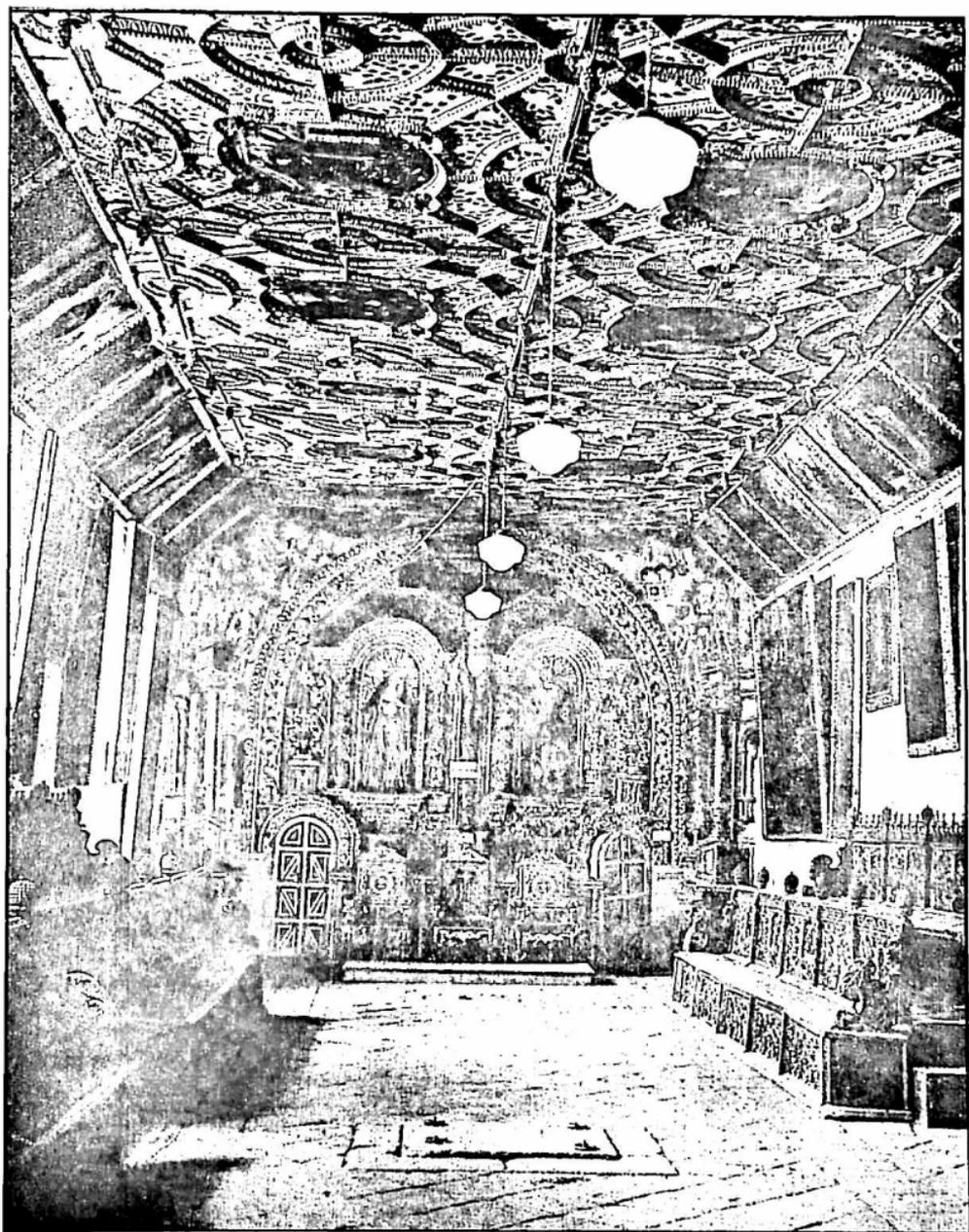
El Marqués de Selva Alegre imitando el ejemplo de su maestro y predilecto amigo congregaba en su finca de Chillo a muchos jóvenes de la aristocracia para acordar los medios de concluir con un Gobierno de opresión y resolver la forma del nuevo Régimen republicano que debía implantarse. Casi a los catorce años de la muerte de Espejo, el famoso revolucionario, comenzaron a florecer los ideales de autonomía sembrados por él. El Marqués de Selva Alegre y esa denodada pléyade de aristócratas rebeldes no pusieron atropelladamente en ejecución sus propósitos insurreccionales. Retardaron algún tiempo en aclamar el nuevo Régimen. Querían que los nuevos ideales republicanos se cristalizaran en normas que fuesen la expresión de la voluntad popular y no enunciados extraños al ambiente y a las realidades sociales tenidas, pocas veces, en cuenta por los apasionados reformadores. Los revolucionarios quiteños resolvieron, para que el golpe fuera eficaz y el nuevo Gobierno no tuviese vida efímera, aprovecharse de la ocupación de España por Napoleón y de la cautividad de Fernando VII. Los conjurados quiteños inteligentemente comenzaron por desconocer el derecho de la reina Carlota de Portugal, hermana de Fernando VII, de gobernar en América durante la cautividad del Soberano español. Tal declaración contenía de manera velada el desconocimiento del Gobierno peninsular y el legítimo derecho del pueblo a gobernarse con entera independencia de España.

La última reunión de los patriotas quiteños verificóse en casa de doña Manuela Cañizares. Acaloradamente discutieron sobre la manera de ejecutar el movimiento. Primó la idea de retardarlo hasta comunicar a las otras Capitales coloniales. Doña Manuela Cañizares se opuso a ello, por cuanto veía un peligro inminente de ser descubiertos por el Gobierno. Increpándoles con aspereza y tomando una actitud de olímpico enojo obligóles, con arma en mano, a lanzar el Primer Grito de Independencia en la madrugada del 10 de Agosto de 1809. Triunfante la Revolución, el Presidente de la Real Audiencia, el Conde Ruiz de Castilla, fue notificado oficialmente de su cesantía. Dióse cuenta de su caída con el alborozo de la ciudad y el atrás del centinela que impidió su salida en cuanto el Dr. Ante entrególe la nota oficial del Gobierno que se había establecido de acuerdo con la voluntad popular.

Este planteamiento del nuevo Estado independiente no fue resultado de momentáneas fosforescencias libertarias. De muy antiguo venía alimentando el pueblo de Quito los ideales de autonomía hasta cristalizarlos en la forma consignada en el Acta de Instalación de la primera Junta Revolucionaria en la que aparecen firmando los Diputados del pueblo con los representantes de los Cabildos de las Provincias sujetos a la Junta Suprema, cuyo Presidente fue el Marqués de Selva Alegre. La Revolución de Agosto para quienes han ido siguiendo detenidamente todo su proceso de gestación, es una de las acciones gloriosas de mayor audacia que ha podido realizar un pueblo en aquellos tiempos en favor de la autonomía de un Continente.

Las rebeldías o inquietudes del pueblo de Quito descubren su espíritu enfadoso, tumultuario y descontentadizo. Repetidas muestras ha dado de su espíritu versátil tanto en la vida colonial como en la republicana. A los magistrados y caudillos; a sus apóstoles y conductores, a quienes les ha dado culto fanáticamente por la mañana; a los mismos los anatematiza con odio feroz al atardecer. ¿Quizá en esta singular psicología ecuatoriana han influido e influyen los frecuentes destrozos que han sufrido sus ideales y el oprobio que malos hijos han echado sobre su decoro? Tal vez la poca probidad en la dirección y gobierno de sus intereses y en la defensa de sus derechos territoriales? Acaso en la mudez, a la que se le ha sometido violentamente en determinados momentos que debía exteriorizar sus desencantos y amargores? Semejantes actitudes del temperamento ecuatorial obedecen, en gran parte, al menosprecio y sangrienta burla que se han hecho en los pueblos de las instituciones democráticas, llamadas por su misma substancialidad de ética popular e igualitaria a convivir en un ambiente de perpetuo bienestar y armonía. Casi siempre los caudillos o los revolucionarios de oficio invocan la violación de las instituciones republicanas para derribar al mandatario que no ha satisfecho sus aspiraciones, por más que perteneciera a la misma agrupación política.

Desde antes de constituírnos independientemente nuestras contiendas domésticas fueron asaz crudas y terribles. Y



esta nuestra idiosincrasia subversiva ha concurrido a estimular la polémica, el periodismo de oposición y aún la poesía satírica. Los escritos de Espejo descubren al auténtico quiteña rebelde, que lucha ardentemente contra su propio medio; contra las autoridades; contra las deficiencias educacionales; contra el régimen de opresión. El acervo de la literatura cáustica y de combate es demasiado copioso. De los diversos campamentos políticos opuestos al régimen imperante han salido publicaciones ofensivas, calumniosas y agitadoras del orden público. De aquellos arsenales serán muy escasas las producciones que sobrevivan como exponentes de la cultura intelectual. Por lo mismo que alimentan por objetivo la disociación y el mover a las multitudes a las alteraciones fraternas su vida es demasiado efímera. Y eso que tuvieron por adalides figuras de elevada cultura y de portentosas facultades mentales como esa famosa agrupación de "*El Quiteño Libre*" que combatió contra el General Don Juan José Flores, más tarde contra Urbina y posteriormente contra el Doctor Don Gabriel García Moreno.

Las frecuentes revoluciones internas han entorpecido el progreso y el desarrollo espiritual y ético de las capas sociales. Con tal motivo se nos tiene como el país más desorganizado e incomprensivo de las democracias latino-americanas. El malgastar de nuestras energías en estériles riñas internas nos ha traído la desestimación de los mismos pueblos americanos y el mantener en constante hervor las ambiciones invasoras de nacionalidades imperialistas, que se solazan en atropellar legítimos derechos amparados por la fuerza. Ciertamente que pueblos que cuentan con menores elementos de riqueza se encuentran en mayor grado de prosperidad económica al amparo de la madurez y la serenidad. Tal manera de ser debería servirnos de ejemplo para entrar en un período de cordura y recobrar nuestras fuerzas y actividades perdidas. A los pueblos débiles no se les hace justicia ni mueven a ternura los constantes atropellos que sufren. Por lo mismo, como supremo remedio de su supervivencia, si quieren mantener su nacionalidad y sus gloriosas tradiciones y no vivir de esclavos y en perpetua obscuridad espiritual, deben sedadamente dirigir sus esfuerzos a explotar sus fuentes de riqueza y fortalecer sus industrias. Sólo por estos medios de trabajo que regeneran y dignifican y propenden a la reconstrucción económica y social podremos convaler de las dolencias que nos aquejan e inspirar el aprecio y las consideraciones de los mismos Estados que han hecho abstracción de nuestros quebrantos.

* * *

Triunfante la célebre Revolución del 10 de Agosto el Marqués de Selva Alegre fue designado Presidente con unánime aprobación de las diversas entidades políticas, sociales, religiosas y del pueblo que ratificaron el Primer Grito de Libertad en la memorable Sala Capitular de San Agustín el 16 de Agosto de 1809. Pocas revoluciones por la independencia de las Colonias hispano-americanas se efectuaron con la aceptación y aplauso del pueblo como la de Quito. Fue la que se instituyó en una

forma realmente comprensiva de los fundamentos políticos que debían informar el nuevo Estado. El Marqués de Selva Alegre, en su calidad de Presidente de la Junta Suprema, dirigióse a las provincias y virreinos para que secundasen el movimiento y quedase consumada la transformación política que se había verificado.

Desgraciadamente muy pocos concurren a reforzar una situación relacionada con sus propios destinos. Guayaquil, Cuenca, el Perú y Nueva Granada acudieron con tropas para apagar de golpe el comenar de un incendio que tomaría no muy tarde gigantescas proporciones. Los encuentros entre las fuerzas de los patriotas y las del gobierno peninsular fueron impetuosos y sangrientos. A pesar de algunos triunfos obtenidos por el ejército revolucionario sobrevino el desaliento. La falta de cooperación y algunos descabros que sufrieron con el acometimiento brusco de fuerzas superiores y el próximo arribo de nuevos contingentes españoles contribuyeron a ese estado de enfriamiento psíquico que se apoderó de los dirigentes de esa celeberrima Revolución que conmovió el Continente. Sin embargo esa situación bélica pudo prolongarse por algún tiempo. Mas la desconfianza y las desavenencias entre los jefes principales del movimiento facilitaron la caída del Gobierno republicano y el regreso del régimen anterior.

Lamentable en extremo fué que esta transformación política y social que evidenciaba la madurez de una cultura intelectual se hubiese extinguido de aquella manera. Los desacuerdos o desacimientos volitivos en sucesos de trascendental importancia social y política relacionados con los futuros destinos de un pueblo o de un continente conducen a situaciones de mayor tiranía y esclavitud. Los esfuerzos mancomunados y la unánime armonía en el sentir y el obrar guían con seguro paso al éxito por grandes y temibles que fuesen los obstáculos de resistencia. Por descabros que sufra un pueblo en sus nobles luchas reivindicadoras; su inquebrantable volición; la virilidad de sus energías y su fé firme en no desmayar de sus propósitos le pondrán un día en posesión de sus ideales. La desunión de los patriotas en los graves momentos en que se organizaba el nuevo Gobierno republicano aceleró su caída.

La revolución de Agosto que se verificó con el concurso del pueblo sin exclusiones raciales ni clasistas contaba con todos los elementos para su estabilidad y resistencia. Basta con reconocer que el Obispo de Quito Monseñor José Cuero y Cacedo que gozaba, según el inteligente autor de "Próceres de la Patria", del cariño y del respeto del pueblo y de la sociedad por su evangélica virtud, fue Vicepresidente de la *Junta Soberana* para evidenciar su prestigio e ilimitada popularidad. Hasta el clero, que por su rendimiento al principio de autoridad debía defender al gobierno español, concurrió con ligeras excepciones a prestar sus conocimientos y servicios a la causa de la Independencia. Valiosos elementos eclesiásticos soportaron terribles castigos por su amor a la libertad. No pocos fueron asesinados por la soldadesca mercenaria. Por el Informe dirigido, sin duda, al Presidente Montes por el Procurador Ramón Núñez del

Arco, cuya copia se halla publicada en el volumen XX N° 56 del Boletín de la Academia Nacional de Historia, se conoce que en este movimiento tomaron parte activa religiosos, funcionarios, empleados y gente de toda condición social. Hasta distinguidísimas damas contribuyeron con sus joyas y exaltación patriótica al derrocamiento del Régimen colonial. Contadas personas guardaron la debida fidelidad al Gobierno español. La incondicional adhesión a la causa real se la corregía severamente. La ejecución al Regidor Calixto y su hijo; los tormentos que sufrieron el Conde Ruiz de Castilla, el Oidor Felipe Fuertes y el Administrador de Correos José Vergara, patentizan el tedio y el rencor arraigado del pueblo hacia las autoridades peninsulares.

La Metrópoli quiteña esperaba seguramente que su pronunciamiento autónomo fuese secundado por todos los pueblos de América. No era un acto de audacia o de inadvertencia. Las ideas revolucionarias flotaban en el ambiente americano como consecuencia de la cultura y desarrollo que habían alcanzado las Colonias españolas como por las vislumbres de los principios proclamados por la Revolución Francesa y la independencia conquistada por las Colonias americanas que estaban bajo el poderío de Inglaterra. En el encuentro en París del sabio Humboldt con Bolívar expresóle el naturalista alemán el estado de sazón en que se encontraban los pueblos de América para la adquisición de la autonomía y las inquietudes que en tal sentido agitaban su espíritu. El destierro de Espejo a Santa Fé de Bogotá dio origen para que estrechara en amistad con el bogotano A. Nariño, el famoso traductor de los "Derechos del Hombre" y uno de los insignes patriotas que luchó heroicamente por la causa republicana. En la misma ciudad encontré con el Marqués de Selva Alegre, uno de sus fervorosos correligionarios, quien le animó para que escribiera y publicara el discurso dirigido a Quito sobre la necesidad de fundar una Sociedad con el nombre de "Escuela de la Concordia". Este discurso costó su publicación en Bogotá el mismo Marqués y lo reprodujo en Quito el propio autor a su regreso en el periódico que vino a publicar "Primicias de la Cultura de Quito", órgano de la Sociedad Patriótica de Amigos del País".

Todo este conjunto de circunstancias hizo fuerza en la Revolución efectuada con suprema audacia por los patriotas quiteños, quienes esperaron fundadamente que su pronunciamiento contra el Gobierno peninsular atraería a sus campamentos a los demás pueblos. Sus encantos se deshicieron viéndose sin auxilio. Sus luchas por el momento fueron ineficaces. Ante mayores descalabros y con la desunión que apareció en su seno, no le quedó otro arbitrio a la Junta Suprema que capitular restableciendo en la presidencia al Conde Ruiz de Castilla, quien ofreciera solemnemente no hostilizar de ningún modo a los conjurados. Pero esta autoridad de escaso tacto político y poco cumplidor de su palabra empeñada, en cuanto se sintió exento de todo peligro con las tropas españolas que arribaron ordenó la encarcelación de los patriotas y su enjuiciamiento. La conducta imprudente y depravada del presidente Ruiz de Castilla ocasionó el fallecimiento del Marqués de Miraflores que se en-

contraba enfermo. Pues, aún de muerto continuó su cadaver vigilado.

Las ambiciones de cuantos aspiran al gobierno de una colectividad engendran odios y violencias de todo linaje. Por immaculada que sea la conducta de un mandatario, la calumnia se solaza en mancillarla. Hasta sus bellas virtualidades morales y espirituales son destruidas por la emulación y la perfidia. Todo esto aconteció con el Marquez de Selva Alegre. Un hombre que reunía excepcionales prendas para dirigir con acierto los destinos de un pueblo, que venía luchando siglos atrás por salir de su servidumbre, fue acusado de cobarde y de traidor. Tales acriminaciones no provenían del pueblo. Gozaba de las simpatías y grandes consideraciones comunes por su probidad y entereza y su efectivo amor a la causa de la Independencia. ¿Como podía desconfiar el pueblo del proceder del Marquez de Selva Alegre si todo lo había sacrificado en su beneficio y fue el discípulo más fervoroso y auténtico de Espejo? Hasta por su cultura y buena acogida que daba en su casa a viajeros y exploradores ilustres honraba a la Patria, cumpliendo las nobles funciones de verdadero Mecenas.

Sin hipérbole puede calificársele que fue el Mecenas quitéño. En su aristocrática residencia encontraban solaz aún las almas que deseaban nutrir su espíritu con lecturas substanciosas. Su magnífica biblioteca estaba a disposición de cuantos concurrían a visitarle. Era un centro de cultura y en el cual se empapaban de aquellas doctrinas políticas liberales que propendían al ensalzamiento espiritual y levantar la condición ética y social de las clases populares. Un personaje que se captaba por su llaneza y la exquisitez de su trato el afecto y la estimación de propios y extraños; un personaje que conceptuaba como un deber compartir sus bienes con los necesitados, según relata el P. Solano; un personaje que se preocupó de construir las pirámides que levantó en Caraburo y Oyambaro la misión científica francesa y española presidida por La Condamine, como señales de la medición del arco de meridiano; un personaje de la laya, por lo mismo que se había conquistado ámpliamente la confianza pública, estaba llamado a gobernar sin resistencias en beneficio de la Patria.

El Marqués de Selva Alegre que fue el representante más efectivo de la opinión pública vióse en el caso de abandonar la Presidencia, no porque le faltasen valor y energías para vencer las graves dificultades del momento, como alguien manifestara. Su misma integridad y delicadeza le movían a proceder en tal forma ante las reconvenciones de los exaltados. Mas, no por ello dejó de soportar persecuciones y de sustentar aquellos ideales libertarios que le movieron a unirse estrechamente a Espejo. Pretender que, con las escasas fuerzas que contaban los patriotas revolucionarios, podía continuar luchando con un ejército superior, era echarse sobre sí una enorme responsabilidad que le habría censurado severamente la historia y maldecido su mismo pueblo que tanto le amaba. Creyó, justa y sensatamente, que sucediéndole en la Presidencia el Conde de Selva Florida, se aplacarían el furor y hostilidades del Gobierno español. Juz-



El 2 de Agosto de 1810.— Cuadro por Luis Cadena.— Colegio Militar.

gó que, en los infortunios del momento, era el único recurso a modo de tregua hasta continuar con mayor pujanza y posibilidad de éxito la lucha contra el Gobierno español. Las cuerdas providencias fueron frustradas por la falsía y la inhumanidad de las autoridades coloniales. Todos los conjurados sin contemplación alguna fueron encarcelados. Quedó completamente abatida la conspiración. Volvió a imperar la tiranía.

El enfado español contra los patriotas tocó al extremo de obtener que se dictara sentencia de muerte. El pueblo sin esperar que el Virrey confirmara la sentencia dictada contra los enjuiciados asaltó los cuarteles para salvar a los presos. El reñir del pueblo contra las fuerzas del Gobierno fué épico por lo audaz y formidable. En esa lucha tan desigual, en la que supieron morir heroicamente muchos en sus filas, el pueblo, aunque vencido dio el testimonio más excelso de su soberanía y de su renunciamiento a la esclavitud. Reprimidos los ímpetus populares, consumóse la hecatombe. Los patriotas fueron infamemente inmolados el 2 de agosto de 1810. La tragedia impresionó hondamente a los pueblos del Continente.

* * *

Por el momento imperó el silencio. La sangre de los próceres quiteños fué enardeciendo el espíritu cívico continental. La Metrópoli española comenzó a inquietarse seriamente con los tumultos separatistas que se producían en sus Colonias. Para acallar aquellas inquietudes juzgó oportuno el Consejo de Regencia de España enviar Comisionados Regios con instrucciones para detener los arranques emancipadores. Las providencias sugeridas al respecto parecían tardías. Con anterioridad a la muerte del Rey Carlos III ocurrida en 1788 su célebre Ministro el Conde de Aranda consignó, con asombrosa percepción, en su famosa Memoria que le presentó, varias de las causas que producirían los acontecimientos que se sucederían en el Continente americano. Entre varias de aquellas causas descuellan: el reconocimiento de la independencia de las colonias inglesas que le causaba al previsor Conde pesar y temor: y el peligro de conservar por mucho tiempo posesiones tan vastas colocadas a tan gran distancia de la Metrópoli, la que estaba expuesta a las más terribles conmociones. Proponía al Rey, para evitar las grandes pérdidas que preveía, el establecimiento de tres infantes españoles en los dominios de América como reyes tributarios, conservando el de España el título de Emperador. Las ideas avanzadas del Conde de Aranda no estaban dispuestos a aceptar, expresa el talentoso autor de Política Internacional de la Gran Colombia, doctor Francisco José Urrutia, ni la opinión española ni Carlos III. Los proyectos del Ministro fueron rechazados por el Soberano".

Pero es preciso reconocer, dice este autor en la página 73 de su citada obra, que aún concedida a las colonias españolas aquella autonomía relativa, la emancipación se habría realizado. Los ensayos de reforma administrativa introducidos en aquellas colonias en el último cuarto del siglo XVIII no habían tenido

éxito. No habían logrado apagar los gérmenes revolucionarios en ellas. Además la independencia de las colonias inglesas del Norte avivó los anhelos de libertad de los colonos españoles del Sur. Y concluye el citado autor en esta forma: La muerte de Carlos III en 1788 señaló el comienzo de un espíritu netamente reaccionario en la Metrópoli y por tanto en sus dominios en América. Estalló en seguida la Revolución francesa, y la Revolución hispano-americana fué inevitable”.

A juzgar por estos antecedentes las prevenciones del Gobierno español no detendrían los impulsos separatistas que habían cobrado vigor en la conciencia de las colonias españolas. Los Comisionados regios para Santa Fé y Quito fueron designados con sumo acierto por el Consejo de Regencia de España, Antonio Villavicencio y Carlos Montúfar dos insignes quiteños, a quienes la misma España les era deudora por los invalorable servicios prestados en su defensa en la famosa batalla de Trafalgar, en la que el Almirante inglés coronó la victoria con su muerte, en la de Bailén y en el levantamiento de la Península contra la invasión francesa. Junto a estos distinguidos patriotas tomaron parte activa en favor de España José de La Mar, nativo del Azuay, y los quiteños José María y José Larrea.

Ambiente muy propicio encontraron los distinguidos Comisionados Regios para cumplir con eficacia sus delicadas funciones, tanto por sus méritos personales como por estar vinculados con la aristocrática familia Montúfar por la que guardaba el pueblo de Quito especial veneración. Pero la matanza de los patriotas ocurrida el 2 de agosto de 1810, en sus prisiones, fue excesivamente conmovedora por su trágica crueldad, y en tales circunstancias los Comisionados Regios tenían que participar de la indignación y odio populares contra el Gobierno español. Carlos Montúfar se detuvo algunos días en Cartagena de Indias y esta retardación obró fatalmente en el desapiadado fin de los patriotas quiteños. De llegar a tiempo, con los poderes e instrucciones que tenía, habría impedido que se consumara aquella iniquidad. En medio de la común aflicción, Quito congratulose de que el hijo del Marqués de Selva Alegre, el auténtico aristócrata quiteño, hubiese sido el enviado por el Consejo de Regencia de España. Con la presencia de un personaje que inspiraba plena confianza renacieron las esperanzas reaccionarias que se extinguieron en el alma quiteña con el término de los patriotas.

* * *

En cuanto arribó Carlos Montúfar a la Metrópoli de la Audiencia de Quito reorganizó con rectitud y energía una Junta de Gobierno bajo la Presidencia momentánea del mismo Conde Ruiz de Castilla y la Vicepresidencia del Marqués de Selva Alegre. “Poco faltaba dice, Isaac J. Barrera en su precioso opúsculo “Próceres de la Patria”, para que se volviera al Gobierno del 10 de Agosto”. Constituída la Segunda Junta Soberana dictose el Decreto de Independencia absoluta el 11 de Octubre de 1810. Y el 11 de Abril de 1811 efectuose la proclamación de la República.

Como toque de refinada finura política colocó, sin duda, el Comisionado Regio al mismo Conde Ruiz de Castilla en la Presidencia de la Junta de Gobierno para desvirtuar aparentemente todo recelo de parcialidad y obrar con eficacia en favor de la Independencia. Demasiado ingrata era para Quito la figura del Conde Ruiz de Castilla. El Obispo Cuero y Caicedo, religioso que supo conquistarse el afecto y la estimación de todas las clases sociales por sus eminentes virtudes, su ingenuo amor al pueblo y su decisión a la causa de la Independencia; altamente indignado dirigióse a la casa presidencial a reconvenir seriamente por las violencias y vejaciones cometidas por las tropas limeñas. Y el Obispo Cuero y Caicedo, no obstante haber estado acusado por el Fiscal Arechaga como uno de los actores más activos de la Revolución, tomó tal actitud para aquietar la ira exaltada de la muchedumbre e impedir un monstruoso derramamiento de sangre. La reacción popular fue terrible y formidable e infundió pánico a las mismas autoridades, las que terminaron por condescender con las exigencias del pueblo consistentes en el retiro de la tropa limeña y reemplazarla con otra de este lugar.

El Conde Ruiz de Castilla vióse, en fuerza de los luctuosos acontecimientos consumados, en el caso de retirarse de la Segunda Junta Soberana. Don Joaquín Molina fue nombrado Presidente en reemplazo del Conde Ruiz de Castilla. Nombres impolítico dada su testarudez y su miopía intelectual que no le permitía ver las corrientes reaccionarias que cruzaban por el Continente. Comenzó por desconocer la Junta de Gobierno que formara el Comisionado Regio, Coronel Carlos Montúfar. Exigió su disolución y se preparaba a combatirla. Y Montúfar en su calidad de Comisionado Regio tenía instrucciones especiales para arreglar en una forma conveniente a los intereses de la Corona y de los pueblos coloniales y contener los movimientos separatistas que se hacían sentir insistentemente en el Continente. Es indudable que la obstinación, intolerancia y el escaso tino político de las autoridades coloniales empujaron a estos pueblos a la lucha más sangrienta y pertinaz.

A petición insistente del pueblo el Obispo Cuero y Caicedo ocupó la Presidencia de la Junta Superior de Gobierno la que estuvo integrada por el Comisionado Regio, un representante de cada uno de los Cabildos, dos del clero, dos de la nobleza y uno de cada barrio. El Marqués de Selva Alegre fue elegido Vicepresidente. Las autoridades españolas vieron en la Junta formada por el Comisionado Regio un retorno a la situación originada por la Revolución de Agosto de 1809. Por otra parte la designación de Montúfar causó desabrimiento en el elemento español. De ahí que se dispusieran a combatirlo.

La presencia del Obispo Cuero y Caicedo en el seno del Gobierno constituía una firme garantía para los asociados. Con su autoridad y prestigio, su inteligencia y probidad; su llaneza y austeridad; reunía este venerable religioso condiciones muy singulares para apagar rivalidades y desconfianzas que habían brotado, con quebranto de su decoro y hombría de bien en el espíritu de los principales conductores de la Revolución. El Obis-

po Cuero y Caicedo de Presidente de la Patria, pesando su enorme responsabilidad y los deberes que tenía que cumplir en los gravísimos momentos en que se tenía que fortalecer el nuevo Estado y preparar tropas para su defensa; ya que las autoridades españolas determinaron acometer al Gobierno de Quito; pidió como primera providencia al Congreso, en la sesión del 11 de Diciembre de 1810, que se resolviera si Quito debía reconocer al Consejo de la Regencia o si, por el contrario, debía entenderse en lo sucesivo reasumido el ejercicio de la soberanía. A la consulta del Obispo Cuero y Caicedo, en su calidad de Presidente, se pronunció el Congreso unánimemente por la Independencia.

Declarada solemnemente la Independencia absoluta del Reino de Quito Montúfar partió con el ejército quiteño para luchar con las fuerzas limeñas y someter a las provincias que rehusaron reconocer a la Junta. Los encuentros fueron violentos y favorables a la causa republicana; mas un movimiento acelerado de retroceso destruyó sus ventajas en beneficio del ejército español. Esta circunstancia bastó para que se menoscabara su prestigio militar sin tener en cuenta que los más expertos estratégicos han incurrido en desaciertos que han comprometido la victoria. En situación tan grave se produjo la discordia que venían fomentando los partidarios de los Marqueses de Selva Alegre y de Villa Orellana. Los patriotas se dividieron en dos bandos a cual más irreconciliables los *montufaristas* y los *sanchistas*. "Vergonzosa división, dice con mucha justicia el autor de Próceres de la Patria, que causó la ruina de la Patria".

* * *

El pueblo de Quito registra en su historia páginas de excelsa grandiosidad que difícilmente puede disputarlas pueblo alguno en el Continente. Todas las clases sociales, sin aquellos egoísmos u odiosidades raciales que han mantenido en otras partes a cada clase en su barricada jurándose mutua guerra de exterminio, han concurrido estrechamente unidas y enfervorizadas a sacrificar su propia existencia en beneficio de la Patria y del bienestar colectivo. Desde la celebrísima Revolución de las Alcabalas hasta diciembre de 1812 en que fue totalmente abatido por fuerzas españolas muy superiores en Ibarra y Yaguarcocha, habiendo sido fusilado su jefe Calderón y conseguido fugar el gran patriota Montúfar; el pueblo de Quito dio testimonios elocuentísimos de haber batallado sin tregua por la autonomía continental.

Estas acciones gloriosas; estos laureles conquistados con su sangre derramada en los campos de batalla constituyen sus blasones y los vigorosos basamentos de su Nacionalidad. Manteniéndose como crisálida dentro del capullo de su inconsciencia, ya pretendía salir bruscamente de su envoltura y moverse con libertad por los espacios gozando del aire y de la luz. Quizá su pasión por su propia personalidad; sus inquietudes por formas políticas más en armonía con la dignidad humana le hacían al pueblo de Quito rebelde e indisciplinado? Si estas notas psíqui-

cas tan propias de su temperamento descubren un alma indómita que no se aviene con la esclavitud, pero esos mismos anhelos y fervores le han conducido, muchas veces, a la desobediencia y la desunión y trocar sus triunfos por desastres. Tal aconteció con los patriotas quiteños, cuya división en *sanchistas* y *montufaristas* obró fatalmente en sus desgracias. Sin aquella fatídica desunión no habría podido entrar a Quito Montes y su Teniente Sámano de tan ingrata recordación. Si los patriotas, sin odiosos desacuerdos consolidaban sus esfuerzos, habrían triunfado sobre las huestes españolas. Confirman este aserto las victorias obtenidas por Pedro Montúfar y el Teniente Coronel Feliciano Checa que hizo prodigios de valor en los tremendos encuentros que tuvo hasta entrar triunfante en la ciudad de Pasto el 22 de septiembre de 1811. Muy merecidamente fue condecorado por la Junta Suprema y ascendido a Coronel.

El ruidoso triunfo del ejército quiteño en Pasto puso la ciudad en poder de los revolucionarios granadinos. Mas las ventajas conquistadas con tanto denuedo fueron de ningún efecto por consecuencia de las rivalidades y rencores de las parcialidades imperantes. El Coronel Checa que obtuvo el comando del ejército patriota, en cuanto fue depuesto Calderón, vióse en el caso de renunciar en vista de la indisciplina del ejército y del marcado antagonismo de los jefes. Y la separación de un militar de prestigio y de los antecedentes de Checa, a quien el Comisionado Regio Don Carlos Montúfar distinguió singularmente hasta enviarle con Don Pedro Montúfar a contener los avances de las tropas de Pasto, fue demasiado grave y preludio de la definitiva derrota. En vano pretendía el Coronel Checa contener los avances del enemigo. Sus esfuerzos fueron inútiles y tuvo que huír apresuradamente ante el desastre. Este denodado patriota se mantuvo oculto varios años hasta la proclamación de Guayaquil por su independencia el 9 de Octubre de 1820 en que partió a dicho lugar a seguir luchando con los revolucionarios guayaquileños por la definitiva autonomía de la Patria.

Los contratiempos que sufrieron las armas patriotas en los dos combates de Huachi; el primero con el Coronel Urdaneta; y el segundo con el General Antonio José de Sucre, no abatieron el espíritu de este indomable batallador. Después de haber arrostrado persecuciones y peligros tuvo la suerte de combatir a órdenes de Sucre en la famosa batalla de Pichincha y haber contribuído a que su ciudad natal, destrozando las cadenas de su esclavitud, ciñera el cetro de su soberanía republicana.

Bien diverso fue el destino del Comisionado Regio Don Carlos Montúfar, a quien tanto debe la Patria por ser el legítimo fundador de la Nacionalidad Ecuatoriana. Le cupo la gloria, en medio de su desventura, de cristalizar o de plasmar en una forma concreta esos sentimientos de Nacionalidad que venían esbozándose embrionariamente en los abuelos maternos de Atahualpa. Montúfar mal herido tuvo que llevar una vida de angustias y desazones. Fué perseguido con encarnizamiento. Es que pesaba sobre él, en fuerza de la Autoridad suprema de que se hallaba investido, el crimen imperdonable de que la Jun-

ta Superior decretara la Independencia absoluta del Reino de Quito. Por tanto el Gobierno español ambicionaba apoderarse de su persona para castigar su infidelidad y rebeldía. De ahí que se lo buscara obstinada, tenazmente. Cuánto hubiera dado Montúfar por hallarse junto a Sucre en la batalla de Pichincha! Su gozo habría sido indescriptible, como fervoroso patriota quiteño, palpando que los ideales de redención de las colonias españolas largamente alimentados por sus mayores y él habían tenido cabal realización, en aquella épica batalla en que quedaron abatidas para siempre las huestes españolas.

El gran Montúfar, que figura con sobrados títulos entre los más esclarecidos hijos que magnifican el suelo patrio, no cesó por entre dificultades y peligros en trabajar vivamente por la autonomía continental. De modo previsto cayó en poder de los españoles, quienes asegurándole con grilletes como a un penado le enviaron a Panamá. A poco fugó y fue a incorporarse al ejército de Bolívar con el cual entró a Bogotá. Después luchó heroicamente en la batalla del Palo a órdenes del General Cabal. Fortalecido el ejército español resistió animosamente la arremetida de los patriotas los cuales sufrieron un tremendo descalabro. Montúfar anduvo fugitivo hasta que fue tomado y remitido a Buga. En este lugar, dice bellamente el autor de "*Lecturas Biográficas*", "fue fusilado, como un héroe de leyenda, entre el llanto de bellas mujeres, el 31 de julio de 1816". Y, en el mismo lugar refiere que "*las damas bugueñas quisieron salvar la vida de este joven heroico, noble, de hermosa presencia, y ofrecieron al jefe español el oro de sus joyas y la plata de sus vajillas; pero no lo consiguieron*".

* * *

La desunión y rivalidad de los patriotas ensombrecieron al instante sus ideales. Bien hubieran podido coronarlos por sus propios esfuerzos. Pero las desaveniencias que dividen pareceres y rompen voluntades hasta desvigorizarlas e incapacitarlas para la acción conjunta que conduce al triunfo, aparecen con crudeza en el espíritu de los patriotas. Y, sus bellos ensueños libertarios tuvieron que reclamar el concurso de contingentes extraños para que se reafirmaran en la conciencia del pueblo ecuatoriano. ¿Quizá desde aquella época viene pesando interiormente sobre sus hijos la enorme responsabilidad de su conducta inconciliable y de su razonar ofuscado que hánle conducido muchas veces a la Patria a tolerar descalabros y poner en peligro su integridad?

En los grandes problemas relacionados con su vitalidad e intereses económicos y financieros que reclaman el concurso cuerdo, reflexivo y sano de los valores de los diferentes partidos políticos; las notas líricas predominantes constituyen el desacuerdo, las animosidades políticas y las mutuas acusaciones. Y lo sensible y vituperable es que estos caracteres psíquicos contra los cuales nos vemos incapacitados, hasta hoy, de poder reaccionar, nos presentan como insociables y versátiles. Ante el sentir de los extraños aparecemos como un pueblo de-

sorganizado, anémico y no digno de ser tomado en serio en el concierto universal. La circunspección, la concordia y la disciplina, por lo mismo que son la resultante psicológica de una Nacionalidad consciente, espiritual y de cultura superior, que se preocupa hondamente de su perfectibilidad y supervivencia; por pequeña que sea demográfica y geográficamente, no es desatendida ni desestimada y su discernimiento pesa en los convenios intercontinentales. Las mismas naciones invasoras que se precian de atropellar toda norma de justicia y de derecho detienen sus ímpetus bravíos y marciales ante un pueblo que, en medio de su pequeñez, se presenta unido y resuelto a sacrificarse por defender sus derechos, honor y dignidad.

La división de los patriotas cayó como una especie de anatema sobre la conciencia ecuatoriana. Y esa desunión y rivalidades no sólo campean en las agrupaciones políticas sino en las intelectuales y artísticas. A primera vista salta que por aquellas divisiones y subdivisiones no puede obtenerse la armonía menos la unificación de voluntades y energías que comunican fuerza y vigor y expresan la clara comprensión de un pueblo en la lucha por la existencia. Precisamente, esa clara comprensión es un factor psíquico que interviene en la organización de un pueblo y solidificación de la conciencia nacional. Así que el conocimiento íntimo que tiene un pueblo de su potencialidad volitiva y de su valor ético y espiritual; ese conocimiento comprende el de su conciencia. Y la conciencia impone deberes y obligaciones que forzosa y necesariamente tiene que cumplirlos un pueblo o una nacionalidad si quiere mantener su integridad y convivencia y no engendrar el caos que trae consigo el desconcerto y la inconciliación..

Efectivamente sorprende que un pueblo que se apresuró, antes que otro alguno, en el Continente Hispano-americano a romper con su esclavitud declarando su autonomía, tuviese en su entraña gérmenes insociables y de antipática crudeza que acreditan una organización rudimentaria y ajena a los sentimientos de convivencia y de Nacionalidad. Ya hemos repetido con hartura que el pueblo del Reino de Quito venía alimentando desde muy antiguo ensueños de autonomía que comprueban su espiritualidad y el concepto evidente del vivir republicano. ¿Cómo un pueblo de estas bellas virtualidades cívicas, que abrazan el pensar y el sentir de una colectividad que ha formado su espíritu al amparo de una docencia intelectual y artística de acendrados quilates, hubiese estado imposibilitado de arreglar sus acciones a las normas republicanas, por cuya exaltación había derramado su sangre no pocas veces? La nobleza criolla que toleró las mismas vejaciones que la plebe, no sustentó otros ideales que acabar con un régimen despótico que abatía la dignidad humana. Experimentó en su propio cuerpo la nobleza criolla las odiosas diferencias raciales y clasistas. Y esas contrariedades y dolores que herían hondamente su alma le acercaron a las clases bajas, al pueblo, y lamentaron juntas las injusticias de la suerte, del vivir de esclavos. De ahí que pueblo y nobleza marcharan juntos y alimentaran idénticos anhelos y propósitos. La nobleza quiteña ofrendó con típico desprendimiento su vida y

bienes en provecho de los principios republicanos y del pueblo. Ahí está la prócera familia de los Marqueses Selva Alegre que derramó su sangre por la Patria y cuyos bienes fueron confiscados. ¿No corrieron idéntica suerte Marqueses, Condes e hidalgos que componían la clase noble y distinguida de Quito?

El pueblo que tiene su opinar intuitivo que pocas veces le falla; en todo momento acompañó a los nobles patriotas. Y, porque tuvo conciencia de su conducta cívica noble, abnegada y plena de desprendimiento, luchó por salvarlos bañando con su sangre las calles inmediatas al cuartel de la tropa limeña. Por tanto en el espíritu de las dos clases palpitaban idénticos fervores patrióticos; semejantes sensaciones republicanas. ¿Y cómo el pueblo podía borrar de su memoria el cuadro tétrico y asaz trágico que se le presentó el 2 de agosto de 1810 en el cuartel Real de Lima? Jamás podía olvidar el sacrificio cumbre de la nobleza quiteña, viendo convertidas en montón de despedazados cadáveres vidas tan preciosas. El pueblo tuvo fe ciega en el resurgimiento de las actividades emancipadoras. Presentía que de su ocaso brotarían con mayor luminosidad constelaciones de estrellas prometedoras de días más esplendentes para su vivir de esclavitud. Todavía palpaba que aún las nobles damas quiteñas inflamadas de amor patriótico, desapropiándose de sus joyas, corrían la misma aventura que la de los próceres. Algunas fueron ajusticiadas y otras desterradas. ¿Con acciones tan heroicas podía el pueblo dudar de la sinceridad de la clase aristocrática quiteña que padeció tribulaciones sin cuento por mejorar su condición política, social y económica?

* * *

Por mucho que se esfuercen algunos escritores en demostrar que en la división de los patriotas se perfilaban ya los principios sustentados por los partidos políticos y las diferencias de clases y de castas: aquella aserción carece de fundamento. Algunos conferenciantes jóvenes, apartándose de las realidades históricas, han sacado a relucir tales especies, únicamente, por ganar efímeros aplausos. Nobleza americana y plebe tenían el alma angustiada y soportaban juntas los desdenes e injusticias de las autoridades y las clases nobiliarias españolas. ¿Porqué tenían que dar cabida en su seno a elementos y perjuicios sociales y políticos contra los cuales se habían rebelado y padecido persecuciones y tormentos? Tampoco la división de los patriotas fue efecto de discrepancia en la forma de Gobierno político que debía instituirse. Los patriotas alimentaron idénticos ideales republicanos y la inquietud de coronarlos con brevedad les movió a violentar las operaciones militares y variar muy a menudo en el comando de las fuerzas revolucionarias los jefes que retardaran los ataques al enemigo. He ahí el origen de las desavenencias de los patriotas. ¿Dónde se encuentran las diferencias anotadas con tanta insistencia?

El Marqués de Selva Alegre, quizá con mayor visión política y conocimiento del medio, no apetecía para la Patria un salto brusco: del régimen de esclavitud al de libertades. Quería

un gobierno monárquico republicano más en correspondencia con el temperamento y la índole de sus habitantes. Un gobierno que, con el carácter de permanente y limitadas facultades jurisdiccionales no estuviese sujeto a períodos determinados de mando; ya que las sucesiones engendraban ambiciones; y las ambiciones traían consigo desuniones, rencores, perturbaciones internas y el desconcierto. El mismo Libertador que luchó años de años con épicas energías y la idea fija del alucinado, del convecido, del regenerador de pueblos, por la redención de las muchedumbres hispanoamericanas; con ese mirar de hondura psicológica del genio *vió claramente que "no convenía establecer en los nuevos Estados la democracia absoluta"*. En las cartas que le dirige desde Kingston a un inglés consigna Bolívar análogas apreciaciones por entre largas reflexiones de profundo sentido sociológico y político. Y no deja de anotar a cada paso las inconveniencias que promueven la "imposible adaptación en nuestros pueblos de instituciones ultrademocráticas". Y no se diga que el Libertador ambicionaba para él ese poder supremo vitalicio. Su espíritu sin egoísmos ni ambiciones palpita en todos sus actos. Por temperamento odiaba la servidumbre que lleva consigo la lobreteza de la dignidad humana.

En las siguientes bellas declaraciones que el Libertador expuso a los venezolanos en Angosturas el 22 de octubre de 1818 se transparenta en toda su brillantez la pureza de su espíritu: "Elegid por magistrados a los más virtuosos conciudadanos, y olvidad, si podéis en vuestras elecciones, a los que os han liberado. Por mi parte, yo renuncio para siempre la autoridad que me habéis conferido y no admitiré jamás ninguna que no sea la simple militar, mientras dure la infausta guerra de Venezuela. El primer día de la paz será el último de mi mando". Con mucho acierto afirma el doctor C. Parra Pérez en su interesantísimo libro BOLIVAR. Contribución al estudio de sus ideas políticas, "cuando dice: Quien pretenda que tales ideas empuenecen a Bolívar ante la historia caerá en un ridículo equivalente al de censurar a Sócrates, Platón y Aristóteles, quienes fueron, al propio tiempo, los tres ciudadanos más grandes de Atenas y los mayores adversarios del principio democrático. Por otra parte, el Libertador no era el único en pensar que no convenía establecer, en los nuevos Estados la democracia absoluta. En el seno del Congreso, lo proclama Peñalver: "Poder ejecutivo vitalicio, senado vitalicio y una cámara de representantes elegida por siete años son, en mi concepto, las instituciones análogas al estado de la civilización y de las costumbres de los venezolanos, porque son las que más se acercan al gobierno monárquico, a que estaban acostumbrados, sin separarse del republicano que quieren adoptar. La duración de las funciones de estos magistrados dará la permanencia, el vigor y la fuerza que necesita un gobierno naciente para consolidarse".

Las consideraciones nutridas de profundo conocimiento psicológico del Libertador, referentes a la forma de gobierno que debía instituirse en estas Nacionalidades que salían de un régimen de rígida sujeción de siglos el tiempo se encargó de justificarlas ampliamente. Las deslealtades, conspiraciones,

falsas acusaciones y tentativas contra la vida del Genio; esa urdimbre de infamias y perversidades de sus Tenientes que acongojaron su alma hasta destrozar su vigor y vivacidad; esos bien mal intencionados instintos de exterminar la vida de uno de los más preclaros Generales de la Independencia por su fidelidad a su persona y ser su columna más robusta; todo ese conjunto de siniestros desvaríos de la psicología humana brotó de las ambiciones de sus Tenientes, quienes acudieron a las armas más vedadas para escalar el poder. Luego no fueron infundados los objetivos del Marqués de Selva Alegre en cuanto a la forma de gobierno que debía adoptarse una vez conquistada la autonomía de este pueblo. No alimentó otros ideales que los de ver a la Patria próspera y disponiendo de sus propios destinos lejos de extraños mandatos y depresivas imposiciones. Todavía no se le tributa a este esclarecido prócer el homenaje que perpetúe la gratitud de este pueblo por sus sacrificios y desprendimiento.

Murió como aquellos héroes de leyenda que, sintiendo en sus recónditos dominios espirituales las notas angustiosas y entristecidas de las muchedumbres esclavizadas, creyeron de su deber inmolarse por mejorar su mísera condición social. Montúfar derramó noblemente su sangre por la excelsitud de sus ideales a modo de aquellos caudillos soñadores que encarnan las floraciones más bellas y balsámicas del espíritu y con ejemplo desprendimiento ofrecen sus actividades y existencia por la perfectibilidad colectiva y levantar las clases ateniaceadas por las necesidades y el dolor hacia una atmósfera más respirable y de mayor desahogo económico y social.

* * *

El Gobierno que presidió el doctor Arroyo, para perpetuar la memoria de este ilustre quiteño y cincelar su culto en la conciencia del pueblo ecuatoriano, dictó un Decreto instituyendo con el nombre de Montúfar un Colegio de enseñanza secundaria. Igual culto está reclamando el noble patricio Antonio de Villavicencio, Conde del Real Agrado, que murió fusilado con inhumanidad por Morillo por defensor de la causa americana. Lejos del suelo nativo tocóle desarrollar sus actividades. En España prestó servicios importantísimos y obtuvo merecidos ascensos en la marina hasta obtener el cargo de Segundo Ayudante del Mayor General de la Escuadra Española. Hallábase en este cargo cuando la célebre batalla de Trafalgar en la que fueron abatidas las escuadras de Francia y de España, de cuyos funestos resultados Villavicencio llegó a Cádiz en uno de los pocos navíos salvados del desastre.

Nombrado Comisario Regio —como Montúfar— con destino a Santa Fé; aquella designación fue de lo más atinada tanto por sus singulares prendas morales y espirituales como por sus aligaciones consanguíneas con personajes españoles de viso y con distinguidas familias de la aristocracia de América. En aquel lugar procuró con inteligencia y habilidad política conciliar las pretensiones americanas con las conveniencias del Gobierno español. Mas vióse imposibilitado de continuar cum-

pliendo su delicada e importantísima misión por los violentos sucesos ocurridos en Santa Fé y la constitución de la Suprema Junta que desconoció al Consejo de la Regencia. Villavicencio que llevaba en su sangre las inquietudes emancipadoras como pariente muy cercano del Marqués de Selva Alegre, y por las ideas innovadoras que hervían en su mente, aplaudió el movimiento político efectuado por los patriotas santafereños. ¿Y cómo no debía recibir con alegría los sucesos revolucionarios acaecidos contra España si tuvo ya conocimiento de la hecatombe de los patriotas ocurrida en Quito el 2 de Agosto de 1810, en la que perecieron varios de sus parientes, y palpó la conducta falaz e indigna del Conde Ruiz de Castilla? Desde allí dirigióse reprobándole enérgicamente por haber quebrantado su promesa en el convenio que celebrara con el Conde de Selva Florida prometiendo que los patriotas no serían perseguidos ni enjuiciados.

Villavicencio sintióse desligado de las obligaciones que había contraído con el Consejo de la Regencia, toda vez que, sin el menor motivo, procedió a nombrar otro Comisionado. Por otra parte, obró con tanta fuerza en su espíritu la alborada de redención social y política; la alborada de sonrosadas esperanzas que empezaba a fijarse en el cielo nublado de América, que este héroe idealista quiteño determinó luchar resueltamente por la Independencia. Alma esmaltada de primorosas virtualidades éticas y espirituales tenía que abrazar con fervor la causa civilizadora que lleva la luz a la espesura en la que dormitan las muchedumbres abrumadas con el despotismo de gobiernos absolutos. Esa alma vaciada en nobles ideales políticos sentía interiormente las palpitaciones agitadas de las multitudes que se ocultan en los subsuelos, sin que de sus clamores y miseria se den cuenta los gobiernos que se sustentan de sus desvigorizados jugos. Por eso en los distintos cargos de importancia que desempeñó con lucidez y entusiasmo en el Gobierno revolucionario dio muestras evidentes de su elevado patriotismo y de alimentar principios eminentemente republicanos. Como soldado de escuela se dio cuenta del genio militar de Bolívar y pidió al Gobierno de Nueva Granada, en su calidad de Consultor de operaciones militares, le concediera el título honorífico de *Salvador de su Patria*.

Villavicencio laboró intensamente por armonizar los pareceres contrapuestos de los patriotas y conseguir la unificación indispensable en aquellos momentos en que se producían muy temibles las reacciones de las fuerzas españolas. Mas imperó el caos. El autor de *Lecturas Biográficas* en la página 142 dice al respecto: "Bolívar decepcionado, amargado partió al ostracismo voluntario, en mayo de 1815, para no contribuir a la guerra doméstica y para facilitar la paz con la ausencia". Y, en otro lugar se expresa con gran conocimiento de la verdad histórica: "El mayor enemigo que tuvo la revolución americana fue la discordia intestina, las rivalidades de los revolucionarios". A la verdad los antagonismos de los patriotas engendraron el desconcierto y facilitaron las reacciones ibéricas contra las cuales les fue imposible luchar por sí solos durante algún tiempo,

en el cual tuvieron que soportar los rigores más excesivos provenientes de la venganza que sustentaron las autoridades españolas al verse destituidas y humilladas por los revolucionarios americanos. Pero, precisa confesar que estas oposiciones y egoísmos que oscurecieron las actividades autónomas de los patriotas sudamericanos no fueron manifestaciones anormales de una psicología en constante tensión y tortura. Fueron resultante de la herencia fatal de sus antecesores ibéricos. En su Breve Historia General del Ecuador se expresa su autor Oscar Efrén Reyes en la página 449: "*las condiciones de la propia vida interna* repercutían en forma dañosa cuando surgían las pugnas, por preponderancia administrativa o por orgullo personal, entre Virreyes, Gobernadores y hasta Obispos. Fué inmensa la suma de efectos desastrosos que causaron en la vida colonial aquellas rivalidades entre organismos o altos funcionarios. Tales aseveraciones entresacadas de antiguos cronistas e historiadores confirman que los patriotas en su nobilísimo empeño de transformar un régimen deprimente política y socialmente para los pueblos que soportan siglos el despotismo español, no pudieron producir esfuerzos para sofocar la acción instintiva ancestral que invalidó fatalmente sus nobles propósitos.

Villavicencio, con todo, fué de aquellas almas perfectibles que aparecen en el seno de las muchedumbres para sacrificarse por ellas en cambio de trasladarlas a un ambiente exento de vejaciones en el cual cobren aliento y bienestar orgánico y espiritual. Villavicencio entregóse con noble desinterés y entusiasmo a servir al Gobierno republicano. Aceptó en los momentos de mayor peligro y desconcierto cargos cuya admisión conocía claramente le conducían a la muerte; ya que la reacción española se verificaba en forma arrolladora e incontenible. Villavicencio no se equivocó en sus inútiles esfuerzos y en el trágico fin que le esperaba. Cobardemente traicionado y falto de toda clase de elementos "fue hecho prisionero, como consecuencia de un golpe de cuartel, el 28 de abril de 1816". Conducido a Santa Fé fué pasado por las armas. Así suelen morir los hombres íntegros y de veras patriotas que sienten en lo más íntimo de su ser: las inefables emotividades; las sublimes sensaciones; los tiernos y fervientes afectos que les ligan a la tierra y la techumbre en donde surgieron a la vida y recibieron los plácidos y vivificantes resplandores de un amanecer de místicas idealidades; de incomparables coloraciones y armonías. Justo es que las nuevas generaciones, que llevan sobre sí una montaña de oprobio proveniente de no haber defendido con entereza y vigor los sacros intereses patrios, rindan culto a esos hombres que supieron sacrificarse por la Patria y por mejorar la condición física y moral de las muchedumbres.

* * *

Generalmente se ha sostenido que en todo el tiempo de las agitaciones autónomas en los dominios de la Audiencia de Quito la cultura intelectual y artística había menguado reparablemente. Y más todavía en ese período en que su intrepidez re-

volucionaria fue no pocas veces sofocada por la tenaz resistencia de las fuerzas españolas hasta la batalla de Pichincha en que el ínclito General Antonio José de Sucre satisfizo con la victoria sobre el enemigo las aspiraciones republicanas que venían estos pueblos alimentando largos años.

Conceptuamos que aquellas opiniones son un tanto exageradas. En Santa Fé sí sufrió la cultura artística formidables quebrantos. Según afirma el P. José M. Vargas, autor de "La Cultura de Quito Colonial", en la página 251, la escuela gratuita de dibujo y pintura que se creó en la Expedición Botánica de Santa Fé, en la que se efectuaba una labor de beneficencia y de cultura admirable educando a niños pobres que demostraran alguna capacidad para el arte, se extinguió con la muerte del astrónomo y botánico José Celestino Mutis y el movimiento de Independencia. El fervor patriótico apagó por el momento las tendencias culturales y artísticas de los cultivadores espirituales. En la misma página afirma: "Todos los sabios, escritores y artistas que formaban el Instituto Botánico se vieron obligados a abandonar sus estudios y prepararse para la guerra: pinceles y libros fueron cambiados por fusiles y cañones; la venida del pacificador Morillo liquidó definitivamente la Expedición. Los muebles de la casa fueron vendidos en pública subasta; los demás enseres fueron llevados a España y hoy reposan en el jardín botánico de Madrid. Ese riquísimo tesoro, que pondera y exalta la obra imperecedera de unos cuantos modestos sabios y artistas americanos permanece oculto para el mundo y para nuestra patria. Ni uno solo de los 6.717 dibujos originales que forman la Flora de Bogotá se conserva en nuestros Museos ni colecciones. Nada que recuerde la labor paciente y fecunda de quienes fueron la admiración de los más grandes sabios europeos!".

Ciertamente que satisfizo el gusto estético más exigente el admirable realismo de las láminas de la Flora de Bogotá ejecutadas por los trece pintores quiteños que partieron a trabajar a órdenes de Mutis. Mucha honra es para Quito que la labor pictórica de sus hijos haya sido elogiada por hombres de ciencia de fama mundial. Y conviene anotar que la escuela de dibujo y pintura que se fundó en la Expedición Botánica de Santa Fé fué a favor de la decadencia de los pintores quiteños.

Si las conmociones por la autonomía fueron en el territorio de la Audiencia de Quito impetuosas y de raíz popular, en las que casi ninguna persona se eximió de tomar parte activa en ellas; mas no por eso decreció la cultura artística. Juzgamos que, desde que fué abatido el famoso Imperio del Tahuantinsuyo y penetró en el alma indígena la romántica espiritualidad del conquistador, la cultura intelectual y artística cobró en sus senos vírgenes un remozamiento de acordes tropicales efectivamente soñadores. En los instantes más rígidos y siniestros no se extinguió. Las notas místicas del sentimiento religioso ibérico en enlaceamiento y unificación con las supersticiosas y panteístas de la idolatría indígena engendraron en las diversas manifestaciones del arte en general concepciones de modalidades fantásticas y divinas. De ahí que los indígenas quiteños, des-

de que se iniciaron en los procedimientos técnicos y maravillosas musicalidades pictóricas de la cultura artística española, cobraran un vigor estético de sabor ibero-americano mediante el cual consiguieron hacer perpetua y duradera la celebridad de la Escuela Quiteña.

Cuenta la Patria tanto en la vida colonial como en la republicana con figuras eminentes de relieve continental que acreditan su cultura intelectual y artística y su apasionamiento por los ideales políticos republicanos. Hasta la mujer ecuatoriana cuenta en las diversas manifestaciones del entendimiento y del espíritu con ejemplares que rivalizan con el hombre. Si la educación de la mujer en la colonia fué muy rudimentaria y sin que sus aspiraciones pudieran salirse del estrecho círculo de hierro de lo doméstico, a consecuencia de los prejuicios de la época; con todo, sus esfuerzos por sobresalir en aquella atmósfera de irrespirable pesadez le honran sobremanera, ya que descubren su autodidaxia. Escritoras y poetisas místicas y profanas tenemos que participan como la Madre Catalina de Jesús Herrera de los líricos arrebatos espirituales de Teresa de Jesús y de los sublimes arranques eróticos de la célebre griega de Mitilene. Beatíficas como Mariana de Jesús que dejaron en su paso de penitencia por la vida surcos de flotantes estrellas. Dolores Veintimilla de Galindo con sus eróticos acentos saturados de arboles, su numen poético hace recordar por sus ráfagas pasionales y líricos arrebatos, no obstante la lejanía de los siglos, a Safo, la griega, hasta por ese oasis de bienestar absoluto que creyó encontrar más allá de su prematura muerte.

Volviendo hacia atrás se nos presenta Doña Jerónima Velasco, a quien el *fénix de los ingenios* en su "Laurel de Apolo" la llamó *divina*. Seguramente, debieron ser portentosas sus facultades poéticas para que una mentalidad tan alta como la de Lope de Vega le haya elogiado en una forma muy honrosa para la cultura intelectual de la Patria. El autor de "La Cultura de Quito Colonial" afirma en la página 164 de su libro que las obras de la mencionada Doña Jerónima en su prosa y verso son aún desconocidas como acontece lo propio con tantas producciones inéditas, sobre todo escritas en latín de muchos de nuestros compatriotas del tiempo de la colonia. Efectivamente Lope de Vega estudió las inspiraciones de nuestra poetisa colonial cuando las celebró en forma tan singular.

El suelo patrio no ha sido infecundo en producir mujeres que en lo intelectual y artístico lucieran sus primorosas disposiciones. De su estro poético brotan a modo de claros de luna fundidos en la magia de su exquisita sensibilidad caudales de líricas musicalidades y fascinantes coloraciones. Asimismo estatuarias y pintoras que, con Isabel de Santiago de Egas y la Madre Magdalena Dávalos a la cabeza, se esfuerzan por imitar a los grandes maestros de la afamada Escuela Quiteña, expresando en el lienzo, la madera y el mármol, al través de su prodigiosa gama emocional, personajes y escenas de la vida diaria con sus propios caracteres y modalidades de su psicología. En los templos y en las exposiciones de arte que se verifican constantemente se puede apreciar la capacidad artística de la mujer

ecuatoriana en el régimen colonial como en el republicano. Y al amparo de las amplias instituciones que imperan en la República su mentalidad cobra nuevas orientaciones. Su ramo preferido es el magisterio, destacándose en él hasta colocarse a nivel de los maestros de mayor suficiencia pedagógica. En Revistas y por Radio da muestras de su grado de cultura intelectual y de las aspiraciones sociales que alimenta.

En el campo cívico, que parece demasiado ingrato para la mujer por los peligros y asperezas que le rodean, ha dado pruebas excelsas de su heroicidad y patriotismo. Durante la colonia luchó por que su suelo natal estuviese vivificado por los confortables resplandores de los ideales republicanos. Y ese bello anhelo de su espíritu influyó poderosamente en sus determinaciones que, gozosa ofrendó su vida por liberrar la Patria del predominio español. En todo tiempo las generaciones refrescarán la memoria rindiendo ferviente homenaje a doña Manuela Cañizares, a Doña Rosa Zárate de Peña, a Doña Josefa Herrera, Marquesa de Maenza, a Doña Rosa Montúfar, a las damas de la aristocracia criolla que se desprendieron en los fervores de su elevado civismo de sus joyas para luchar por la autonomía de su suelo, engrandecido de tradiciones de poéticos ensueños. A Doña Manuela Sáenz de Thorne que, por ciertos prejuicios de orden social disimulables en sociedades de rígida austeridad ética cuyo criterio está cerrado a los cambiantes psicológicos del corazón humano, la Patria no le ha manifestado, hasta hoy, dignamente su reconocimiento. Ella merece un capítulo aparte por su talento y excepcionales virtudes cívicas. Mas, la índole de nuestro limitado estudio no permite extendernos en biografiarla como deseáramos. Basta recordar la carta que le dirigió a Sucre el 4 de noviembre de 1822 remitiéndole ocho bestias para el servicio de la República. Allí le dice textualmente: "Y si algo siento es no tenerlas tantas cuantas puedan necesitar los bravos soldados sobre cuyas fatigas descansamos. En todo caso, cuente V. S. con las facultades que poseo, que, a pesar de ser pocas, serán las más prontas, sin que jamás le dé el nombre de sacrificios, los que tan sólo conozco por un deber".— Soy de V. S. con la mayor consideración, Manuela Sáenz de Thorne".

Sucre que a su valor unía un talento muy singular supo valorizar las bellas virtualidades cívicas de doña Manuela Sáenz en los siguientes rasgos: Cuartel General en Quito, a 5 de noviembre de 1822.—A la señora Manuela Sáenz de Thorne.—"Los soldados sobre cuyas fatigas se apoya la libertad de Quito, sienten multiplicar su entusiasmo al contemplar el patriotismo de las hijas del Ecuador, del que usted ha prestado un testimonio, en su carta de ayer. El Gobierno da las gracias por el donativo que usted hace de las ocho bestias, para que sirvan a las tropas de la expedición. Y viendo, con el aprecio merecido, la virtuosa oferta de sus propiedades, para la defensa del Estado, cree un deber suyo publicar este brillante rasgo de generosidad y estímulo, que honra a las colombianas del Sur. Usted aceptará el agradecimiento de los Cuerpos del Ejército Libertador que se hallan en el Departamento, a cuyo nombre puedo asegurar que nada les es tan lisonjero como hallar heroínas con quienes par-

tir las glorias que la República concede a sus guerreros y que ellos tienen el noble orgullo de distribuir entre los que ayudan con sus sacrificios a conquistar la libertad de la Patria.—“Dios guarde a usted muchos años.— A. J. de Sucre”.

Sin hipérbole, doña Manuela fue propiamente el tipo de la mujer heroica. Prescindiendo de la noche septembrina en la que su sagacidad y equilibrio de espíritu impidieron que se consumara el crimen más horrendo que habría cubierto de eterno oprobio al pueblo que locamente apagó la vida del Genio que destrozó las cadenas de muchedumbres abatidas; su actitud guerrera estupendamente demostrada en una de las batallas de la Independencia es una de las demostraciones más efectivas de la heroicidad de doña Manuela. Cuánto a su mentalidad tuvo brotes geniales con los cuales tuvo en todo tiempo cautivo al Libertador. La carta que le escribe a Bolívar desde esta ciudad, con fecha 30 de diciembre de 1822, contiene rasgos shakespearianos que hacen recordar la pasión de Ofelia en Hamlet cuando le expresa: “Incomparable amigo: en la apreciada de usted —fecha 2 del presente— me hace ver el interés que ha tomado en las cargas de mi pertenencia. Yo le doy las gracias por esto, aunque más las merece usted porque considera mi situación presente. Si esto sucedía antes, que estaba más inmediata, qué no será ahora que está a más de 60 leguas de aquí? Bien caro me ha costado el triunfo de Yaquanquer. Ahora dirá usted que no soy patriota, por todo lo que voy a decir: mejor hubiera querido triunfar yo de él y no que hayan diez triunfos en Pasto. Demasiado lo considero a usted: lo aburrido que debe estar en ese pueblo. Pero, por desesperado que usted se halle, no la ha de estar tanto como lo está la mejor de sus amigas, que es Manuela”. Sólo un talento claro y enjundioso como el de doña Manuela podía pintar la intensidad de su pasión en estas cortas palabras: “*Bien caro me ha costado el triunfo de Yaquanquer*”.

Los prejuicios de orden social, como anteriormente expresamos, son aún demasiado crueles en colectividades intransigentes y de honda raigambre religiosa, vedadas por su ceguera de inquirir las causas imperiosas que pueden extinguir un afecto y dar nacimiento a otro. La manera de ser tan excepcional de doña Manuela dejó honda huella en las conmociones de estos pueblos, que se rebelaron contra el régimen colonial, que la historia no puede prescindir de su persona al juzgar los acontecimientos relacionados con la Independencia de América. La Patria descuidó de valorizar dignamente sus imponderables servicios. Muy lejos de Ella murió de nostalgia, alimentándose del pan que le ofreciera gentilmente el extranjero en su forzado ostracismo. A esta pena demasiado desapacible para un alma culta y delicada y amante de su techumbre fue condenada doña Manuela Sáenz por dirigentes incomprensivos; por dirigentes que creen encontrar su sosiego administrativo apelando a procedimientos de tal índole con los cuales pretenden acallar el desagrado y vocerío públicos provenientes de su impopularidad y falta de acierto político. No pocas veces los gobiernos suelen ver los serenos resplandores de la luna preñados de temibles

tempestades, sobre todo cuando no tienen raigambre en la conciencia popular y juzgan estar seguros protegidos por la fuerza.

Doña Manuela Sáenz, como auténtica patriota y amadora de su suelo de dignificadores blasones de hidalguía y de románticos ensueños de leyenda, tenía que sentir indignación y experimentar angustiosos desencantos al ver tronchados los ideales del Libertador por las ambiciones de sus mismos Tenientes que se confabularon para pretender opacar sus legítimas glorias y extinguir en solitario paraje la vida del Mariscal de Ayacucho.

Doña Manuela Sáenz conocía el alto aprecio y singular afecto que tuvo el Libertador por Sucre, a quien lo conceptuó por sus múltiples capacidades como el más adecuado para continuar su política. Y esta varonil y altiva mujer muy natural era que exteriorizara su descontento en alguna forma palpando el desconcierto de estos pueblos y la falta del militar pundonoroso y leal; del militar que por sus primorosas virtualidades espirituales y cívicas era el llamado, como leal adicto del Libertador, a proseguir su política llevando a la práctica las instituciones eminentemente republicanas y civilizadoras que concibiera el Genio para el bienestar y prosperidad de los pueblos reducidos por él.

XVIII

Situación de la República en el período Floreano.— Factores que intervinieron en la formación de la Sociedad del Quiteño Libre.— El Coronel inglés Hall y más miembros de dicha Sociedad.— Actividades políticas de la Sociedad del Quiteño Libre.— Muerte del Coronel Hall y de otros socios en sus luchas contra el Gobierno.— Rocafuerte es nombrado Jefe Supremo del Litoral.— Los revolucionarios del Quiteño Libre eligen Jefe Supremo del Interior al Doctor José Félix Valdivieso.— Fracaso de las negociaciones de paz.— Las fuerzas al Comando de Flores triunfan sobre las de Valdivieso.— El Poeta Olmedo canta el Triunfo de Flores en la Batalla de Miñarica.

La mujer ecuatoriana en todo momento se sintió ligada a la Patria y algunas actuaron activamente en la política. En el largo período administrativo que el Padre Le Gouhir en su Historia de la República del Ecuador lo denomina floreano se propagó el descontento por causas que, si legítimas, no podían ser fácilmente subsanables en lapsos de transición en los cuales no es posible contar con elementos capaces de contener de súbito las situaciones violentas, la confusión social y la crisis hacendaria. Tanto Dn. Pedro Fermín Cevallos como el Padre Le Gouhir afirman que la miseria que excitaba general clamor obedecía: al desorden de la hacienda pública; la que en manera

alguna se podía arreglar "por los inveterados hábitos del agiotaje, los contrabandos y más estorbos consiguientes a la absoluta falta de organización en dicho ramo". A más de esto los abusos y arbitrariedades de todo género cometidos por la soldadesca extranjera, que hacía alarde de su indisciplina pretextando estar impagos de sus haberes, fueron sobrados motivos para que la oposición fuera atrayendo a sus campamentos valiosos elementos. La sociedad se sentía ultrajada con estas tropelías y atribuía al gobierno el ser causante de tales desmanes y más infortunios que hacían dolorosa la vida. Los políticos de oposición encontraron un campo propicio para sus cultivos hostiles. Las acusaciones contra el gobierno, asegura Don Pedro Fermín Cevallos, eran crueles y exageradas. No podía, pues ser más favorable la situación para hostilizar con dureza al gobierno.

A favor de una atmósfera demasiado desapacible fundóse una sociedad política denominada "El Quiteño Libre". El Coronel inglés Hall, que vino con Sucre y combatió el 24 de Mayo en Pichincha, fué quien la estableció como opuesto a la política del General Don Juan José Flores. Hall supo atraerse por su manera de pensar, sus opiniones republicanas y su aversión al General Flores, según refiere el historiador Cevallos, a unos cuantos jóvenes notables por su talento y patriotismo, y por su aborrecimiento contra los soldados extranjeros que, hechos dueños de los destinos del país mandaban y desmandaban a su antojo en tierra ajena. La Sociedad estuvo compuesta de los Señores: General Sáenz, Presidente, José M. Murgueitio, Secretario, Pedro Moncayo, redactor del periódico del mismo nombre que iba a publicarse, General Matheu, Coronel Francisco Hall, Ignacio Zaldumbide, Manuel y Roberto Ascásubi, Vicente Sans, Manuel Ontaneda, Coronel Wrigh y Comandante Pablo Barrera.

Con valiosos elementos sociales y de auténtica cultura intelectual la Sociedad de El Quiteño Libre conquistóse en la República muchos adeptos. Figuró en su seno, así que regresó de Méjico, Don Vicente Rocafuerte, notable orador parlamentario, distinguido escritor y político de sólida instrucción, versado en ciencias públicas y de cierta habilidad y refinamiento en el trato, adquiridos en su larga permanencia en Europa. Rocafuerte hizo sus primeros estudios en el Colegio de Nobles de Madrid y fué a perfeccionarlos en San Germán junto a París. En aquellos centros docentes de elevada cultura, donde recibían esmerada educación jóvenes distinguidos de dentro y fuera del país, trabó amistad Rocafuerte con otros estudiantes americanos que figuraron más tarde en la política europea y americana y a los cuales les declaraba constantemente los ideales republicanos que alimentaba. La coronación de Napoleón, que fué para Bolívar el mayor de los desencantos que tuvo respecto del Genio militar que propagara por el mundo con el brillo de sus armas los principios políticos democráticos proclamados por la Revolución francesa; aquella coronación que la presencié también Rocafuerte impresionó profundamente su espíritu que no tuvo otra obsesión que la de trabajar por la libertad de América.

La ciudad de Guayaquil eligió a Rocafuerte por diputado a las Cortes de Cádiz en 1812. Allí estuvo junto con el orador quiteño José Mejía Lequerica que fué el asombro de aquellas Cortes por su elocuencia y fogosidad oratoria hasta ser calificado de digno émulo del divino Argüelles. En Inglaterra representó Rocafuerte a Méjico como su Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario y celebró algunos contratos financieros beneficiosos para la economía de aquella República. Al volver a Méjico tomó parte activa en la política; mas ésta, versátil de suyo, suele ofrecer, muchas veces, agravios y desventuras a los mismos que, en otra hora, fueran agraciados de sus favores. Rocafuerte fué encarcelado; y si bien salió a poco victorioso de la prisión, vióse obligado por el gobierno a salir del país. Ya en la Patria Rocafuerte, la oposición nombróle Diputado por Pichincha. Así que, fué elegido caudillo del Quiteño Libre. Bastaba la presencia de una personalidad de prestigio y de múltiples capacidades como Rocafuerte para que aquella Sociedad del Quiteño Libre gozara de gran influencia. El primer número que, con el mismo nombre de la asociación, salió a luz fué el 12 de Mayo de 1833. Tanto en este número como en los posteriores esa esforzada pléyade de intelectuales y políticos se hizo apreciar y encarecer, según afirma el historiador Cevallos, por aquel buen sentido que guió los pasos de "El Quiteño Libre". Cada número era recibido con general aplauso por las doctrinas que sustentaba y que tendían a defender valientemente las leyes, los derechos y libertades de la Nación, a denunciar toda especie de arbitrariedades, dilapidación y pillaje de la hacienda pública, la cual a decir del mismo historiador, era un verdadero caos en que sólo se veían cruzar las negociaciones ilícitas y la imposibilidad de hacer frente a las mil necesidades de la nación.

La actitud animosa, enérgica y recriminatoria de "El Quiteño Libre" disgustó en demasía a los redactores de los periódicos oficiales, los cuales con poca cordura descendieron al insulto canallesco. La controversia política exige entre otras prendas de cultura intelectual olímpica serenidad de espíritu para mantenerse en equilibrio y hacer ver la fuerza y poder de los principios que sostiene. El caso contrario es muy propio de las mediocridades y del villanaje que, a la falta de competencia y de las sutiles armas de la instrucción y del razonamiento, esgrimen el insulto para disimular su derrota. Que algunas acusaciones contra el gobierno del Gral. Flores formuladas por los intelectuales y políticos de "El Quiteño Libre" excedieron de lo justo, la historia lo reconoce; pero las más se ajustaron a la realidad. No hace falta repetir lo que refiere el cronista respecto del gobierno del Gral. Flores. Hasta los escolares lo conocen minuciosamente.

* * *

La separación del Ecuador de la Gran Colombia originó irregularidades y complicaciones que agravaron la angustia general. Tal confusión, explicable de suyo, si se considera que los cambios repentinos de régimen traen consigo complicaciones y dificultades de toda especie que entorpecen la organización y el

funcionamiento regular de los diferentes órganos del Estado. Con dificultad podía el Gobierno encontrar elementos expertos capaces de dirigir por seguros rumbos los distintos ramos administrativos. Aunque el General don Juan José Flores, en concepto del Historiador Pedro Fermín Cevallos, "nació para soldado y la guerra y la banda de magistrado le sentaba mal"; no obstante tales apreciaciones y otras agravantes administrativa; su esfuerzo autodidacto; su sagacidad y tacto político; y su habilidad para conquistarse adeptos son prendas que realzan la personalidad del Gral. Flores.

En nuestro concepto es de invalorable significación el hecho de habersele traído a sus campamentos a un adversario de la magnitud intelectual, política y social como Rocafuerte. Recurrió a medios sugeridores con los cuales consiguió doblegar la altivez de quien momentos antes se sentía con sobrados bríos para concluir con su gobierno. La oposición sin un caudillo de las excelencias y figuración de Rocafuerte quedó sin el elemento primordial que constituía su fuerza y vitalidad. En vano los contingentes abandonados por su caudillo, entre los que figuraba el escritor Don Pedro Moncayo, lanzaban ofensivos dardos contra la reconciliación de Rocafuerte, pretendiendo dar demostraciones de resistencia. Eran centelleos del moribundo. Por cualesquiera de los aspectos que se mire el proceder político del General Flores, aún por los de sus ocultos propósitos de continuidad; su conducta es muy laudable, si ante los graves problemas que mantenían la perturbación y el desconcierto, se fijó en el hombre llamado por sus portentosas virtualidades a remover los mayores obstáculos y encauzar enérgicamente la República por lechos prometedores de progreso y bienestar.

Fácilmente pasa un pueblo de un período de quietud y de normalidad a otro de confusión y desconcierto. Producida la catástrofe se entrecruzan fenómenos de distinta naturaleza que entorpecen su reconstrucción y regular funcionamiento. Tal situación requiere imperiosamente la presencia de agentes de magníficas capacidades y expertos en la dirección y gobierno de los ramos administrativos para reconstruirlo y librarle de la ruina y la miseria. El General Flores con esa oposición tan violenta y tan tenaz, que se proponía desprestigiarlo y producirle el vacío, difícilmente podía encontrar colaboradores muy bien capacitados para contrarrestar los diversos factores que agravaban la situación. El Padre Le Gouhir, historiógrafo muy probo e idóneo, consigna en varios capítulos referentes a la administración del General Flores, no obstante sus sentimientos amistosos hacia él, conceptos un tanto acusadores del general abatimiento económico y del común descontento que el cuadro nacional de aquella época aparece taciturno y con limitadas claridades.

Con extraordinario acierto se fijó el Gral. Flores en el hombre que podía con mano férrea restablecer el orden y cambiar la suerte de la República. Reconocía claramente que, con sólo la intrepidez y la valentía, no se podía sofocar el incendio que se propagaba en la República a favor de las actividades de los elementos de El Quiteño Libre. Situación tan caótica y di-

solvente clamaba el auxilio de capacidades preeminentes para debelar las sediciones y organizar a base firme la República. No es para todos los mandatarios el afrontar aspectos políticos candentes y de inquietudes sociales difíciles de contrarrestar. La historia demuestra que en América y aún en nuestra propia República estos sucesos de los caracteres antedichos ofrecen desenlaces demasiado luctuosos y dantescos. Rocafuerte reunía ampliamente las calidades singulares que reclamaban las alteraciones domésticas del momento. A su tiempo actuará con la energía y la voluntad inquebrantable del gobernante que se propone salvar su pueblo de la catástrofe, apelando a medios eficaces que extingan el mal en su raíz.

* * *

En párrafos anteriores expresóse que la Sociedad del Quiteño Libre estuvo compuesta de elementos de efectiva significación intelectual, política y social. El Coronel inglés Hall supo traerlos hacia sí con su cultura y principios republicanos como hijo de un reino en el cual el ciudadano goza de amplias libertades y garantías que no se las disfrutaban en muchas de las democracias latinoamericanas. El Coronel Hall si estuvo dotado de un penetrante espíritu de observación, pero no se adentró en la entraña del alma voluble y rencorosa de estos pueblos. Indisciplinados de suyo y faltos de estribaciones éticas fácilmente se rebelan contra las autoridades constituídas, invocando en su apoyo para justificar su conducta la conculcación de las prerrogativas ciudadanas y las arbitrariedades dictatoriales del gobernante, fuera de otros cargos de índole económica. El Coronel Hall, que venía luchando noblemente junto con esa brillante legión de los hijos de la Gran Bretaña por la causa de la independencia de América, le causaba pesadumbre y enojo el cuadro de infortunios y estrecheces del país y por eso juzgó de su deber, de acuerdo con sus convicciones, asociarse con elementos de figuración intelectual, social y política que pudieran bregar en la Prensa y con las armas por una transformación benéfica a los intereses nacionales. He ahí la causa de su tenaz oposición al General Flores.

Los cronistas refieren, igualmente, que el Coronel Hall se declaró adversario del Libertador desde que se investió de poderes omnímodos con la Dictadura, incurriendo en contradicción con los ideales libertarios por los cuales venía luchando con desnudo tantos años. Tampoco el Coronel Hall se percató de la excelsitud espiritual del Libertador en cuya voluntad no tenían acogida ambiciones ni egoísmos de ningún género. Por temperamento odiaba Bolívar la esclavitud. Elocuentes pruebas dió de ello con la libertad que concedió al personal de color de sus propiedades agrarias. Para él tenía valor inapreciable y sin tasa el título de Libertador que la corona imperial. Vióse muy a su pesar, compelido a investirse con el odioso ropaje dictatorial por las circunstancias del momento, porque solo con una autoridad omnímoda podía impedir que se extinguieran en una atmósfera caldeada de pasiones y rivalidades los ideales

republicanos por los cuales había sacrificado su tranquilidad y su vida. El Libertador aceptó la autoridad dictatorial que le concediera la Asamblea de Notables reunida en el templo de San Francisco, porque era el único medio de organizar los ramos administrativos y el ejército. Y, más tarde Bolívar se decide a proclamar la dictadura impuesta por la soberanía del pueblo aterrado, como afirma el erudito historiador C. Parra Pérez en su interesante libro intitulado "Bolívar", "ante la ola montante de la anarquía". Bolívar con esa penetración de hondura psicológica tan extraordinaria y la experiencia adquirida en sus largos años de lucha y de Capitán de Tenientes audaces que conspiraban contra su Gobierno y su propia existencia conocía los sitios más ocultos de la entraña de los pueblos iberoamericanos y sus veleidades volitivas. Por eso ejercía contra su voluntad la dictadura. Veía que sus esfuerzos encaminados a instituir el orden y la armonía y dictar sabias providencias políticas que garantizaran las prerrogativas y libertades republicanas eran malignamente interpretados por sus adversarios, quienes multiplicaban la especie de sus propósitos monárquicos sólo por haber expresado, repetidas veces, la necesidad de la mayor energía para contener esas revoluciones periódicas que levantan en las nuevas repúblicas los ambiciosos.

El Coronel Hall, repetimos, conoció el alma del Libertador a través de la propaganda malintencionada de sus contumaces enemigos, los cuales encontraban en sus conceptos referentes a la forma de gobierno que convenía a estos pueblos, turbulentos de suyo, manifiestas intenciones imperialistas; esto es de gobernarlas en calidad de monarca. El Coronel Hall si combatió junto a Bolívar, no se adentró en su entraña para percibir las irradiaciones éticas de su espíritu. Tanto en sus comunicaciones epistolares con sus amigos como en sus mensajes y manifiestos públicos se expresaba clara e ingenuamente: "el voto nacional me ha obligado a encargarme del mando supremo; yo lo aborrezco mortalmente, pues por él me acusan de ambición y de atentar a la monarquía. ¡Qué! ¿Me creen tan insensato que aspire a descender? ¿No saben que el destino de Libertador es más sublime que el trono? Colombianos: vuelvo a someterme al insoportable peso de la magistratura, porque en los momentos de peligro sería cobardía, no moderación, mi desprendimiento; pero no contéis conmigo sino en tanto que la ley o el pueblo recuperen la soberanía". El falso concepto que tuvo el Coronel Hall del Libertador le movió a distanciarse de él y declararse su adversario. De otra suerte habría sido elogiador de su aristocrática política y su ardiente devoto por ver en él al genio militar que no había empañado ni con el pensamiento su galardón glorioso de Libertador de la América meridional.

Perteneciendo a la Sociedad del Quiteño Libre elementos de tanta significación espiritual, política y social tenían necesariamente que simpatizar con su causa todos sus familiares. Damas distinguidas miraban con tedio el régimen imperante por las demasías en que incurrían los soldados extranjeros. Día a día agravábase el rencor hacia el Gobierno. El engaño arti-

ficioso de los Sargentos Medina y Peña sugerido por el mismo Gobierno para apagar de golpe el asalto al cuartel que debía verificarse el 19 de octubre, siguiendo la revolución que estalló en Guayaquil el 12 del mismo mes, causó indignación por el trágico desenlace que pudo prudentemente evitarse. Hubo varios muertos y heridos, entre ellos el Coronel Hall tan apreciado generalmente por su cultura y sus exquisitas prendas morales y espirituales. El Padre Le Gouhir en la página 293 de su historia, refiere que el Coronel Hall cayó del caballo, atravesado por una lanza; y que su cadáver, despojado de sus vestidos, fue encontrado de madrugada colgado de un poste, si bien luego, por el cuidado de una señora quedó tendido en la calle cubierto con un hábito del Carmen.

Aquella señora fué doña María Jijón de Tapia y Díaz de la Madrid que no sólo le cubrió con esa vestidura sino que recogió su cadáver y le enterró en la antigua capilla de Santa Prisca junto al Seminario Menor. El Coronel Hall, desde su arribo a esta ciudad, vivió familiarmente en casa de doña María, a quien pedía su parecer aún en política por su inteligencia, carácter y su cultura no vulgar. Doña María estuvo en los secretos de la revolución contra el Gobierno del General Flores; y le costó demasiado caro el haberse denegado a descubrirlos. Don Pedro Fermín Cevallos, en la página 108, tomo V, de su Resumen de la Historia del Ecuador, asegura que la vida filosófica que llevaba el Coronel Francisco Hall, le hacía vivir retirado por allá, en una casucha de barrio; afirmación que no es exacta. La casucha aquella era una mansión señorial muy hermosa, con su amplio patio, jardines y alfalfares. Se halla situada en la esquina de la iglesia de San Roque entre las carreras Rocafuerte y Chimborazo. Hoy se halla en escombros esa propiedad solariega de gratísimos recuerdos para el que esto escribe como bisnieto de doña María. Contratiempos imprevistos le despojaron de aquella propiedad tan amena y tan querida.

Los reveses que las fuerzas revolucionarias del Quiteño Libre sufrieron en distintos lugares de la República exasperaron más los ánimos de la sociedad quiteña; ya que sucumbieron miembros distinguidísimos de aquella célebre Asociación. En el norte murió Don Ignacio Zaldumbide, individuo de merecimientos y noble alcurnia; y allí fué bárbaramente asesinado, después de haberse rendido, el General Don José María Sáenz, Presidente fundador de la mencionada Sociedad del Quiteño Libre y que gozaba del común aprecio por sus prendas personales, que se las dió a conocer desde que había gobernado el Departamento del Ecuador. Tuvo íntima amistad con el Libertador y le estimó en alto grado. En la costa parecieron, igualmente, muchos. Desde Rocafuerte, cayó prisionero en su Cuartel General traicionado por Mena; y a favor de la intervención de los señores Don Vicente Ramón Roca y Doctor Bernardo Daste efectuóse la reconciliación entre el ex-Jefe Supremo y el General Don Juan José Flores. Parecía que este convenio, que fué visto con complacencia por la gente sensata de Guayaquil, acabaría con la revolución que envolvía a la República. ¡De ninguna manera! La odiosidad contra el General Flores fué tan

violenta que los rebeldes la hicieron extensiva al mismo Rocafuerte, su caudillo, a quien asimismo le ofendieron. La clemencia y la generosidad no aquietaron los ánimos.

El Doctor Pedro Moncayo protestó airado contra el tal convenio que ponía término a las hostilidades. Prefirió abandonar el país antes que ajustarse al pacto. Y allí en el destierro, dice el Padre Le Gouhir con referencia a Cevallos, fraguó aquellas catilinas tremendas contra Rocafuerte que, como todas las de este género, son parto de la imaginación con que se corrompe la verdad". "Da actitud apasionada y desafiante de aquel escritor produjo sus efectos en el ánimo de algunos militares y de todos sus discípulos que siguieron ciegamente las huellas de su maestro". Rocafuerte fue, en nuestro concepto, injustamente herido en su reputación sólo por el crimen de haber celebrado un convenio beneficioso para la concordia de la familia ecuatoriana. Rocafuerte, que se educó en un ambiente de muy diversas condiciones éticas y espirituales a las nuestras, veía con su prodigioso talento que un pueblo se retrasa en su perfeccionamiento con las desaveniencias domésticas. Veía que la cultura intelectual y artística, por cuyo medio se valoriza el grado de espiritualidad de un pueblo, jamás puede florecer en una atmósfera candente que requema los plantíos que confortan la inteligencia y los sentidos.

En pueblos muy fogosos y removidos constantemente por sacudimientos internos, la polémica es el género literario que toma enorme crecimiento y que tiende, por su misma índole satírica y agresiva, a producir enojos y recrudecer las odiosidades que incitan a la rebelión. Rocafuerte con la experiencia adquirida en sus viajes y su actuación política en otros centros de mayor progreso pesaba los efectos a cual más terrible que producen en colectividades inquietas y versátiles como la nuestra aquellas producciones literarias que salen de los campamentos contrarios al gobierno y que no persiguen otro objetivo que engrosar sus filas exagerando las arbitrariedades y dilapidaciones administrativas. De ahí que se decidiera Rocafuerte a celebrar un convenio con el General Flores, a fin de acallar esos violentos desahogos de la Prensa opositora que convidan a la sublevación y destruyen la concordia entre los asociados. Y el medio de impedir la propagación de ese género literario, tan odioso y funesto las más de las veces, no era otro que incitando a sus partidarios a que se adhiriesen al convenio. Por el momento los esfuerzos de Rocafuerte tendientes a establecer la paz en la costa y el interior de la República resultaron ineficaces. Es que la aversión al gobierno era demasiado profundo.

* * *

El Coronel Francisco Montúfar, de aquella familia benemérita que se sacrificó en todo sentido por la independencia de la Patria, avivó el incendio revolucionario en las poblaciones de Calacalí y Perucho y que luego se propagó por la provincia de Imbabura en fuerza de las actividades del Quiteño Libre. El Doctor José Félix Valdivieso, ex-Ministro del General Flores, se proclamó Jefe Supremo en Otavalo. Y la causa se hizo tan

popular que muchos estudiantes de la Capital acudieron a engrosar el ejército restaurador. La circunstancia de encontrarse el Ministro de Guerra, Gral. Martínez Pallares, con escasas fuerzas en la ciudad, ya que las más se hallaban debelando en el centro montoneras, contribuyó para que las fuerzas revolucionarias al comando del Coronel José María Guerrero se apoderaran de la Capital después de una refriega de escasa importancia. Viéndose el citado General Martínez Pallares en imposibilidad de contrarrestar las embestidas revolucionarias tuvo que aceptar la capitulación que le ofreciera el Coronel Guerrero. A más de esto el Vicepresidente Larrea que hacía de Jefe del Ejecutivo, temeroso de nuevas complicaciones y de la popularidad de la revolución se separó del Gobierno alegando motivos de salud sin prever las graves consecuencias que resultarían de su separación en tan críticas circunstancias.

Por efecto de la capitulación el Doctor José Félix Valdivieso fué proclamado Jefe Supremo de Quito el 13 de julio y el señor Isidoro Barriga investido del mando general del ejército. Aduñado de la sede del gobierno el Doctor Valdivieso se propuso sondear el sentir del General Flores y del litoral, a fin de entablar negociaciones que fuesen ventajosas a su causa ya que la Capital se le había rendido. El General Flores, sagaz y advertido como pocos, aceptó complacido los arreglos amistosos que le ofreciera el Dr. Valdivieso en su calidad de Jefe Supremo de Quito. El Presidente Flores sin dar a comprender su indignación fué refutando las inadmisibles proposiciones del Doctor Valdivieso, a quien increpóle su conducta innoble y desleal por aparecer de caudillo de un partido contrario a su gobierno cuando el mismo Doctor Valdivieso formó parte de El como Ministro durante los tres primeros años de su administración constitucional. Y, sobrado fundamento tuvo el General Flores al asegurar que era el mencionado Doctor Valdivieso el único que debía responder a las acusaciones que se hacían a su gobierno.

Reunidos en Babahoyo los comisionados del General Flores y los del Doctor Valdivieso para discutir los arreglos de paz, no pudieron llegar a un acuerdo por la soberbia y pretensiones, refiere el cronista, de los delegados del Doctor Valdivieso, quienes, no pudiendo encubrir su aversión hacia el General Flores ni tomar en cuenta las ventajas conseguidas por el pacto de Guayaquil pretendían claramente que abandonara el General Flores la República. La desconformidad en los pareceres de los comisionados traía como consecuencia la continuación de las luchas intestinas. Todavía efectuóse otra serie de conferencias entre los delegados de Don Vicente Rocafuerte, Jefe Supremo del Guayas, y los del Jefe Supremo del Interior, Dr. José Félix Valdivieso que fueron impolíticas y hasta absurdas. Rocafuerte, por toda respuesta a tan descabelladas exigencias, le puso al ex-Presidente Flores al frente del ejército; proceder que fué celebrado por la Sociedad guayaquileña.

Rocafuerte, no obstante su gran carácter y su terrible resolución de declarar traidores y borrados del escalafón militar a cuantos contravinieron al *honorífico pacto* del 19 de julio, volvió a reanudar sus convenios con el Dr. Valdivieso; a fin de evi-

tar, en lo posible, una guerra fraterna que sería demasiado funesta para la República. Pero el Jefe Supremo del Interior atribuía candorosamente a su autoridad y prestigio las proposiciones de Rocafuerte. Partiendo de tal creencia era sumamente difícil llegar a un acuerdo. Igualmente ineficaces fueron las gestiones de la comisión enviada a Cuenca por Rocafuerte, a quien la escasa habilidad política y la absoluta incomprensión de los comisionados del Jefe Supremo del interior, le colocaron, contra sus ingenuos propósitos pacificadores, en la necesidad de apelar a la fuerza y poner al Gral. Flores al frente del ejército. Rocafuerte agotó sus esfuerzos para atraer a la parcialidad revolucionaria al terreno de la cordura y la armonía y evitar noblemente esas malignas disensiones internas que siembran el desconcierto y redundan en deterioro del crédito, del progreso y bienestar y de la cultura del país. Sintiendo contrariado en sus intenciones y palpando las incalificables ambiciones del caudillo de las parcialidades contrarias, desde aquellos instantes transformóse en el hombre que, con sus grandes energías, sacaría del caos a la República.

Difícilmente podía presentarse una época de mayor confusión. La separación de la Gran Colombia y haber intervenido en la formación de su gobierno elementos exóticos contra las aspiraciones comunes de formar una República democrática dirigida por personajes de su propio suelo, ha sido una de las causas primordiales de sus desazones e inquietudes y de su constante afán por libertarse de ellos. Aquí reside el motivo fundamental de la tenaz oposición al gobierno del Gral. Flores y de la que tuvo fatalmente que soportar Rocafuerte en virtud de su reconciliación y del convenio celebrado con aquel gobernante. Elementos de valiosa significación intelectual, política y social, figuraron en los campamentos revolucionarios. La sociedad del Quiteño Libre estuvo compuesta de intelectuales de auténtica cultura que supieron mantener el prestigio de sus publicaciones y con las cuales se conquistaron muchos adeptos a su causa en la República. Pero aquella intelectualidad denigró injustamente la conducta de Rocafuerte. Sus legítimas aspiraciones de que dirigieran los destinos del país sus propios hijos ofuscaron su entendimiento respecto del proceder del que ejercía ya la autoridad de Jefe Supremo del Guayas. ¿Quizá las reiteradas proposiciones de paz de Rocafuerte obedecían al aprecio y simpatía que tuvo por la Sociedad del Quiteño Libre, a la que perteneció, reconociéndolo como su caudillo?

El incendio de la guerra civil tomaba excesivas proporciones. Cuenca, Loja, Esmeraldas y otras provincias se pronunciaron en favor del Dr. Valdivieso. Diversos movimientos efectuaba el ejército restaurador al comando del Gral. Barriga buscando una situación ventajosa para atacar al Gral. Flores. En estas operaciones pasó el Jefe de las fuerzas del interior, no sin experimentar grandes contrariedades, palpando la indisciplina de su ejército proveniente, en gran parte, de las necesidades de todo orden que tuvo que soportar sin ser medianamente atendido. El Gral. Barriga preveía ya el desenlace. No quería empañar su honor militar empeñando una acción de guerra que le

sería manifiestamente adversa con gente indisciplinada. Por eso pidió insistentemente al Dr. Valdivieso su relevo; mas no pudo acceder a tal petición por haberse denegado varios militares a reemplazarlo. El historiador refiere que el doctor Valdivieso viéndose en tan estrecha situación recurrió arrebatadamente al valor del Gral. Obando, enemigo del Gral. Flores y asesino del Mariscal de Ayacucho. La política entre nosotros ofusca el entendimiento de las personas más cuerdas. Sólo así se comprende que pongan por obra actos que menoscaban su honor y dignidad y coloquen la Patria al borde de un despeñadero. Este paso, en todo sentido, era demasiado desdorado y censurable, si tiene en cuenta que, desde la fatídica tragedia de Berruecos venía tolerando el Pueblo ecuatoriano un vivir de insociabilidad, de confusión y de estrecheces económicas. Es que para el Ecuador se consumó un crimen que tronchaba sus aspiraciones y esperanzas. Había descendido a su ocaso aquella estrella que con sus resplandores espirituales le alumbraría en el camino de independencia política que se había trazado, fortaleciendo su civismo y su cultura, a fin de que, con seguro paso, se dirigiera por un sendero de prosperidad y engrandecimiento y de un convivir armónico y tranquilo.

* * *

El doctor Valdivieso no fue atendido por Obando. Tuvo la suerte de que sus despropósitos no tuvieran realización. De aceptar el extranjero aquella invitación el doctor Valdivieso figurara en la historia cubierto de onrobio. El General Barriga tropezaba a cada paso con mil dificultades para organizar su ejército. A la postre vióse precisado a presentar batalla al General Flores, quien astutamente rehusó esperando como hábil militar el momento preciso para desarrollar con éxito su plan de combate. Efectivamente, el General Flores conocía en tal grado la escasa organización del ejército contrario y su carencia aún de lo indispensable. Por eso se propuso seguirlo en su marcha e ir estrechándolo, a fin de obligarle a celebrar un armisticio y evitar un derramamiento de sangre. Los deseos del Gral. Flores fueron cumplidos. Intervinieron en dicha suspensión de armas algunos Generales de probidad de parte y parte. Mas, cuando parecía que había desaparecido el peligro extraño sobremanera el modo brusco con que las tropas indisciplinadas del Gral Barriga rompieron el convenio a las pocas horas de firmado.

Oportunamente este militar quiso retirarse del comando del Ejército Restaurador, porque veía el desastre por su excesiva indisciplinación y la imposibilidad de someterlo a la obediencia. Se hizo responsable del incumplimiento del convenio sin quererlo. La disciplina y la conciencia del deber en el soldado conducen al triunfo. Muchas veces las nobles causas; las causas que se amparan en la justicia y el derecho sufren tremendos descalabros cuando en sus defensores no existe sujeción y no tienen conciencia del deber, del sacrificio de la vida que imperiosamente están obligados a poner por obra si no quieren so-

brellevar más allá de la muerte el estigma de oprobio y los anatemas de la Patria. El Gral. Barriga arrastrado a tal situación no le quedó otro recurso que comunicar lo ocurrido al jefe contrario y romper las hostilidades. El Gral. Flores hizo lo posible por evitar un conflicto fraterno que iba a ser demasiado aciago para el ejército del Gral. Barriga. Viose en el ineludible caso de aceptar el reto hasta por honor militar. Dotado de mucha habilidad para dirigir las operaciones militares dispuso en tal forma la batalla de Miñarica que bastó apenas una hora para que el ejército del Gral. Barriga fuese destrozado. En el campo quedaron más de seiscientos entre muertos y heridos figurando en ese número varios Coroneles distinguidos y muchos oficiales dignos de aprecio. De las fuerzas victoriosas perecieron escasamente cincuenta soldados.

El Gobierno intitulado de la Restauración quedó totalmente fenecido con el descalabro que sufrió su ejército en Miñarica. Los cronistas refieren que la Convención Restauradora que estaba funcionando en la Capital suspendió sus sesiones decretando la muerte del Estado. Parece increíble que una Corporación tal elevada, en la que no escasean patricios eminentes y de cimentada entereza, expidiera una resolución que acusa falta de moral cívica y extremada pasión política. Aún suponiendo que el Gobierno del Dr. Valdivieso hubiese representado la voluntad de la mayoría del país y tenido la justicia de su parte; aquella resolución, brote de la más extremada varios Convencionales presididos por el Gral. Mathéu decretaron en Tulcán la anexión de la moribunda República a Nueva Granada. ¿Qué calificativo puede darse a la conducta de los Convencionales? La pasión política trastorna el entendimiento y destruye las cimentaciones éticas.

El enardecimiento tropical de las parcialidades políticas ha causado no pocas desazones en varios pueblos de América. La convivencia que ha sido afectada constantemente en su naturaleza por estos disturbios políticos ha dado origen para que algunos con poco discernimiento, vean en aquella anomalía el fracaso de los principios democráticos. Los principios proclamados por la Revolución Francesa no pueden ser más bellos, más humanos, más espiritualmente dignificadores de los individuos y las masas populares. En las repúblicas sus instituciones son sanas y sabias. Los dirigentes suelen darlas torcidas interpretaciones para armonizarlas con sus conveniencias y ambiciones de bandería. El Libertador, con la hondura de su penetración, vió claramente que estas democracias de la América Meridional, fogosas de suyo y de índole voluble e inconstante, requerían constituirse con una forma de gobierno vitalicio para que su convivencia no experimente desconcierto ni su desarrollo sea entorpecido por las ambiciones de cuantos aspiran a gobernarlas. Estos anhelos nacidos del alma noble, elevada y llena de desprendimiento del Libertador, que ansiaba que las Repúblicas libertadas por El no fuesen entorpecidas en su evolución espiritual y material por la codicia y riñas de los pretendientes al poder: aquellos anhelos fueron malignamente interpretados y causa de despiadadas acusaciones. Sus bellos

ideales políticos le condujeron a morir en absoluta soledad en Santa Marta, calumniado de sus mismos Tenientes y olvidado de los mismos pueblos por cuya liberación tantos años había luchado.

El fanatismo político, como los fanatismos religiosos, entenebrece las inteligencias más lucidas. La voluntad en ese anómalo estado psíquico pierde su dominio y obra al vaivén de los estímulos instintivos de la primitividad. A ello obedece que, sin pesar las consecuencias, los Cuerpos Colegiados saturados de odio político comprometen, muchas veces, la integridad y el honor nacionales. Creen, neciamente, haber saciado así sus venganzas políticas. En ningún caso se debe llevar la pasión partidarista hasta el extremo de comprometer el decoro y los intereses de la Nación. Quienes han pretendido ejecutarlo, encubriendo la iniquidad con fascinantes alegaciones, la historia los presenta cubiertos de ignominia.

El triunfo de Flores en Miñarica le colmó de merecidos elogios aún de los mismos pueblos que no simpatizaron con su gobierno. La Asamblea de padres de familia, que se reunió en la Universidad de la Capital, después de felicitar al vencedor y reconocer la autoridad de Rocafuerte resolvió protestar por haber proyectado la Convención Nacional la enajenación de la independencia del Estado, sometiendo estos pueblos a la Nueva Granada. El Gobernador de Guayaquil, haciéndose intérprete de los sentimientos de regocijo de aquel pueblo, expresó en términos demasiado laudatorios en los cuales se descubre la parcialidad política de aquel dignatario. Justo y razonable encontramos el que se reconozcan las singulares prendas del Gral Flores y se elogie su pericia militar. Mas no estamos de acuerdo con el calificativo de fundador por cuarta vez de la República. Sinceramente creemos que la República del Reino de Quito, que así debió de figurar en el concierto universal de las Naciones, de acuerdo con sus tradiciones y legendarias contiendas de sus hijos contra pueblos extranjeros invasores que constituyen las cimentaciones substanciales de una Nacionalidad; la República del Reino de Quito quedó definitivamente constituida política, social y geográficamente con la aprobación y ratificación que hizo el pueblo soberano reunido en la Sala Capitular de San Agustín el 16 de agosto del año de 1809 del primer Grito de Independencia que lanzaron los patriotas el 10 de Agosto de 1809. Más todavía la República del Reino de Quito la efectuaron los patriotas con sujeción a sus propias demarcaciones territoriales y políticas. Y la Junta Superior de Gobierno que la formó con los poderes que le confirió el Consejo de la Regencia el Comisionado Regio Dn. Carlos Montufar, decretó la independencia absoluta del Reino de Quito el II de octubre de 1810. En la constitución del año XII todas las provincias que componían la Audiencia de Quito, inclusive las que se apropió el Perú en el Oriente Ecuatoriano amparado por el derecho de la fuerza, expresaron solemnemente su voluntad de formar con sus antiguas y propias linderaciones un organismo, en el cual quedaba constituido el nuevo Estado de la República del Reino de Quito. Luego estuvo tiempos ha fundada de manera seria

y formal la República. En manera alguna la fundó el Señor General Don Juan José Flores como ordinariamente aseveran algunos. El separó el Departamento del Ecuador de la Gran Colombia para que se gobernara por sí mismo con absoluta independencia. Separar no es lo mismo que instituir. A los patriotas que derramaron su sangre junto con el pueblo de Quito, corresponde cabal y merecidamente el título de ser los fundadores y Padres de la Patria.

El cantor de Junín, uno de los poetas épicos más excelsos del Continente Latinoamericano, cuyo poema que magnifica la victoria que alcanzó el Libertador sobre los ejércitos españoles en el Perú, recuerda por su entonación pomposa y ardiente el estro de los poetas clásicos del siglo de oro de la literatura española; el Cantor de Junín encontró en la batalla de Miñarica un venero inagotable de esplendentes imágenes para la contextura de su Oda conceptuada por algunos críticos de mayor perfectibilidad artística que el Canto a Junín. Una monstruosa lucha entre hermanos, en que quedaron en el campo montones de cadáveres insepultos, no merecía ser magnificada por el estro del vate guayaquileño. Por temperamento no simpatizamos, por excelsas que sean y eleven el nivel de nuestra cultura intelectual, con aquellas composiciones que tienden a recrudecer los odios banderizos y originar hondos distanciamientos ensalzando el esfuerzo y heroicidades de los vencedores y deslustrando el valor de los vencidos. En ningún caso deben de ser objeto de inspiración poética nuestras contiendas domésticas, ya que preconizan nuestras permanentes inquietudes políticas y sociales. El Cantor de Miñarica, sin apeteerlo, pintó: nuestra atmósfera de ascuas; nuestro espíritu voluble y sedicioso; nuestro bárbaro exterminio. El Padre Le Gouhir, por admirador que sea de las heroicidades del General Flores, no está en la justo al encarecer en la página 315 de su Historia que merecen grabarse en la memoria de la juventud ecuatoriana estrofas del mencionado poema que las transcribe, tanto por el recuerdo histórico como por la gloria del Vate y del Héroe.

* * *

Para mentalidades que aman apasionadamente la concordia y la paz y laboran por una cultura de sociabilidad, de armónica convivencia y de una educación ética y espiritual que suavice nuestras asperezas, no son nada gratos aquellos poemas que propenden a divinizar a los grandes Capitanes y Caudillos de nuestras malhadadas luchas intestinas. Son dignas de sublimes cantos aquellas batallas que se libraron por nuestra autonomía y por la integridad y el honor nacionales. La del 24 de Mayo en Pichincha y la de Tarqui con los invasores peruanos merecieron ser divinizadas por Olmedo. Igualmente la de Ayacucho por haber destruído en pocas horas el poderío invencible de España y consolidado la independencia de Colombia y de las repúblicas meridionales. Allí Sucre abatió para siempre las magnificas dotes militares del Virrey La Serna y los esfuerzos gigantescos

de su ejército. Y, una victoria de incalculables y trascendentales consecuencias en todo género de actividades y en la cultura efectiva de estos pueblos de la América Meridional exigía imperiosamente un canto de extraordinaria grandiosidad lírica. Y, el Píndaro americano, como ordinariamente califican a Olmedo los críticos, pudo maravillar al Continente cubriendo al Héroe con vestiduras sinfónicas de admirables armonías.

No desconocemos los talentos militares de Flores y su valiosa actuación en las tremendas luchas por la independencia de estos pueblos. Sobrados motivos tuvo el Libertador para elogiarle en los términos enaltecedores que lo hizo. Pero ingenuamente creemos que la Batalla de Miñarica, tratándose de una sangrienta lucha entre hermanos, no debió ser cantada por el Vate guayaquileño. El mismo Padre Le Gouhir, al mismo tiempo que recomienda a la juventud esculpir en su memoria muchas de sus estrofas, menoscaba la dignidad del Poeta al afirmar en su Historia que: "Poco después Olmedo, deseoso de hacerse perdonar los pasados agravios, dedicó al Héroe la sublime Oda a Miñarica, que con razón se reputa por una de las más gallardas manifestaciones del estro americano". Luego el desagrarar al General Flores le hizo al gran Poeta pulsar divinamente su lira. Si Olmedo procuró magnificar la figura del Guerrero debió fijarse en una de tantas otras acciones de guerra que enaltecieron su Nombre. Nuestro criterio no tiene nada de apasionado. Jamás tributaremos alabanzas a los héroes o caudillos de nuestras contiendas domésticas que han paralizado nuestro progreso y consumido torpe y estérilmente nuestras energías.

Siempre anatematizaremos a los caudillos o jefes de nuestras desavenencias internas causantes de las dolencias que nos oprimen. Estimamos la paz, porque a su amparo prosperan los pueblos y desarrollan eficientemente las ciencias y las artes. Pero asimismo somos fervientes partidarios de la guerra cuando los dominios de la Patria son invadidos por legiones extranjeras y atropellados sus derechos con mengua del decoro e integridad nacionales. En tales casos la quietud y pacificación acusan cobardía y desconocimiento absoluto de los derechos y sacrificios que imperiosamente tiene que cumplirlos un pueblo si no quiere hacerse acreedor al menosprecio universal y sobrellevar de por vida su afrenta e ignominia. De pueblos altivos y pundonorosos es el vengar ultrajes y recobrar la dignidad perdida; las humillaciones recibidas que afectan tanto a la moral de un pueblo se borran con sangre. Cumple a la Nacionalidad, por pequeña que sea geográfica o demográficamente hacerse fuerte por medio del trabajo regenerador, fortaleciendo sus industrias y comercio. Únicamente con un empleo eficiente de sus actividades, de suerte que redunden en utilidad y provecho positivos y constituyan un vigoroso aporte a los ingresos del Estado, se podrá reaccionar contra la acción morbosa de tantos agentes que han intervenido e intervienen en la somnolencia del espíritu y en el aplanamiento de la voluntad.

Los infortunios y pesares; los grandes dolores; los amar-

gones que acibaran el alma aceran el carácter y levantan el espíritu. La escuela de la adversidad acumula tesoros invalorable en la conciencia. Es una disciplina muy sabia que abriganta la inteligencia y vigoriza la voluntad. De pueblos débiles y cobarres es vivir lamentándose por pasados desastres. Se dejan abatir los pueblos cuya entraña no está fortalecida por las fantásticas leyendas maravillosas heroicidades de sus antepasados que vienen a constituir la esencia de una Nacionalidad. Ventajosamente la nuestra lleva en su constitución riquísimo lastre de los heroicos esfuerzos y sublimes virtualidades patrióticas de los legendarios Schyris que en su batallar sin tregua con los invasores extranjeros prefirieron morir con honra en los campos de batalla antes que someterse al dominio del vencedor. Este bello ejemplo de nuestros aborígenes, cuya historia se han esmerado, con peregrino criterio, en obscurecerla ciertos elementos egoístas, están en la obligación forzosa nuestras juventudes de imitarla si estiman su dignidad y aman de veras al suelo patrio.

XIX

Dificultades y desavenencias Limitrofes desde la época de la Gran Colombia.— Causas de la época de la Gran Colombia.— Casus Belli.— Bolívar.— Sucre.— Flores.— La Mar.— Batalla de Tarquí.— Convenio de Girón y Tratado de Guayaquil.— La administración colombiana y su labor en la Instrucción Cívica del pueblo.— Elementos que han contribuido a la cultura intelectual y artística.— Convulsiones en la Capital durante la época de la Gran Colombia.— Flores y su actuación política.— Gobierno de Rocafuerte.

Las desavenencias limítrofes entre el Ecuador y el Perú traen origen antiquísimo. La prehistoria describe las titánicas contiendas entre los aborígenes del Reino de Quito y los del Imperio del Cuzco. Los hijos de Manco-Cápac no se atemorizaron de invadir los dominios del Reino de Quito. Sus soberanos con la altivez y el denuedo tan propios de un Príncipe que tiene conciencia en la justicia de su causa no desmayaron en su defensa y prefirieron morir en los campos de batalla antes que ser esclavos del invasor. Atahualpa, el último Monarca quiteño, instigado por Huáscar, su hermano paterno, que rehusó aceptar los mandatos de su padre, fué el vengador de los antiguos ultrajes inferidos a la soberanía de sus mayores y a la integridad de su Nacionalidad. Proclamado Emperador del Tahuantinsuyo, en los campos de batalla, fué torpemente ahorcado por el conquistador Francisco Pizarro movido en parte por instigaciones peruanas. Jamás podía el Perú con su connatural soberbia monárquica olvidar que el Príncipe quiteño empañara la tersura de su

diadema imperial llevando sobre su cetro la insignia de los Hijos del Sol. He ahí que, desde aquella desfavorable aventura, ha recrudecido en el espíritu de aquel pueblo su ambición invasora. Al amparo de su poderío virreinal pretendió apoderarse de dominios exclusivamente ecuatorianos en la época colonial. En la de la República consumó la iniquidad desarrollando una política florentina. El Ecuador con una diplomacia de ingenuidad infantil inseparable de la justicia de su causa no procuró contrarrestar hábilmente la acción sagaz y artificiosa de la política internacional de su adversario ni hacerse atmósfera en la conciencia de los pueblos de América. Cuáles las consecuencias?

La política interna tan apasionada y violenta ha impedido preocuparse seriamente de los problemas limítrofes, de vital importancia para la economía y bienestar nacionales. Los Gobiernos, no pocas veces, los han movido y agravado para enervar los sentimientos cívicos y conquistarse una popularidad que no la tuvieron. Con pocas y honrosas excepciones, nuestros diplomáticos han procedido en estos asuntos tan graves relacionados con nuestra integridad y soberanía, con absoluta inexperiencia y dejándose sorprender e impresionar por las fascinantes promesas y alegaciones de la hábil diplomacia peruana. Por otra parte esa malhadada intransigencia del liberalismo avanzado de los primeros años, cuyo odio sectario la indujo a retirar las misiones de la región oriental, facilitando de esta manera la apropiación de aquellos territorios por el vecino. He ahí que, aquella política carente de civismo, de visión y comprensión puso al invasor, sin preverlo en posesión de una nueva fase jurídica de dominio, de la que se ha servido en sus alegaciones limítrofe. Afortunadamente, la audaz actitud razonadora del adversario estimuló el patriotismo de mentalidades vigorosas que se dedicaron con ahinco al estudio de nuestros problemas limítrofes. Las producciones en tal sentido son abundantes y enjundiosas y elevan el nivel de nuestra cultura. También la Prensa se distinguió por sus trabajos en tal sentido con editoriales sesudos y convincentes. Sobresalen entre aquellas producciones las del doctor Honorato Vázquez y Remigio Crespo Toral; las del Padre Vacas Galindo y doctor Alvarez Arteta; las del doctor Pío Jaramillo Alvarado y del doctor Ramón Ojeda; las del doctor Rafael H. Elizalde y señor Pedro Cornejo. Mas todos estos monumentos jurídicos que comprobaban de manera irrefutable la legitimidad de nuestros derechos territoriales, como no estaban fortalecidos por la fuerza, fueron derruidos por furiosos vendavales sin producir impresión alguna en el Continente.

* * *

Habiendo asegurado Sucre nuestra independencia con la batalla de Pichincha, justo era en homenaje al Vencedor someterse a sus decisiones. He ahí la causa de habernos decidido a formar parte de la Gran Colombia. Los beneméritos Próceres quiteños sufrieron tremendos descabros en su incansante batallar por conquistar con sus propios esfuerzos su autonomía. Hu-

bo necesidad de que acudieran a rescatarlos ejércitos colombianos entre los cuales se encontraban contingentes ingleses y de varios pueblos de América. El Perú ha pretendido atribuirse una heroicidad sobresaliente en este combate de enorme importancia que afirmó la independencia del Ecuador y de Colombia, a juzgar por las presuntuosas aseveraciones del General Santa Cruz y del Secretario de Relaciones Exteriores del Perú. Ventajosamente los documentos existentes prueban lo contrario. En el Informe del General Antonio José de Sucre que dirige de esta ciudad al General Santander con fecha 30 de enero de 1832 y que se halla publicado en el Boletín de la Academia Nacional de Historia, Tomo XXV, N° 100 de los meses de Octubre-Diciembre de 1942 y en la Gaceta Municipal N° 106.—Año XXVIII Agosto 10 de 1943, aparece que las tropas peruanas le ocasionaron no pocos contratiempos y desazones que se vió precisado a consignar, no obstante su temperamental discreción.

Conviene recordar entre las graves acusaciones las que se relacionan con su escaso esfuerzo y valor y con su conducta aviesa, metalizada, devastadora e insubordinada. Por el extenso informe se conoce que el General Santa Cruz y sus unidades "desertaron en el campo de batalla huyendo por entre las rocas del Pichincha". Con acusación tan grave y efectiva ¿qué le adeuda Quito al Perú? No así el porte del Ecuador. Sus ejércitos derramaron heroicamente su sangre en Junín y Ayacucho por su independencia. Sin embargo, olvidando porte de excepcional abnegación e hidalguía ha procurado destruir su historia e integridad y ultrajar en todo momento su decoro. Se recuerda por entre desapacibles desengaños ese tratado secreto que celebró con el Plenipotenciario colombiano General Mosquera para dividirse el Ecuador entre las dos Naciones.

Desde apartados tiempos el Perú vino dando repetidas pruebas de sus propósitos absorbentes e imperialistas. Estudiadamente perdió la memoria de la deuda inmensa que contrajo con el Libertador, con el Mariscal de Ayacucho y con los ejércitos de la Gran Colombia que lucharon con sublime heroicidad por su independencia. Sólo así se comprende los sobrados motivos que dió de manera tan artificiosa para que se le declarara la guerra y aparecer ante América como que ha sido fatalmente arrastrado a ella. La expulsión del Ministro de Bolívar, don Cristóbal de Armero, a quien se le ultrajó con absoluta falta de miramiento a su categoría por haber exigido que se diese cumplimiento al tratado Castillo Portocarrero. Pues, el Perú faltó sin el menor recelo a las estipulaciones del mencionado tratado. Rehusó satisfacer el pago estipulado por el costo de la expedición militar que dio libertad al Perú y retuvo obstinadamente las regiones orientales pertenecientes a la antigua Presidencia de Quito, violando así lo estipulado en el Art. II. "Ambas partes contratantes reconocen por límites de sus territorios, los mismos que tenían el año de 1809 los ex-Virreinos del Perú y Nueva Granada". A más de esto el haber hollado el territorio enarbolando la bandera peruana en Zapotillo y otras arbitrarie-

dades más impulsaron al Libertador a que diera a conocer a los Pueblos del Sur el proceder abiertamente hostil del Perú y la premiosa necesidad de dirigirse al Gobierno peruano con la declaratoria de guerra.

Todavía del Consejo de Estado envió al Coronel O'Leary para ver la manera de concertar un acuerdo. Aquellas gestiones tampoco dieron eficaz resultado. Así que venía a recaer únicamente sobre el Perú, afirma en su Historia el Padre Le Gouhir, "el primer escándalo internacional que iba a dar la América Independiente, derramando la sangre de sus hijos en una guerra fratricida". El Presidente Riva Agüero exclamaba a este respecto desde Chile: "La guerra que hacéis a Colombia os cubrirá de ignominia. Las quejas personales del General La Mar no son causas justas para la guerra".

La invasión peruana a las poblaciones de la provincia de Loja; el combate naval de Malpelo y otras irrupciones más son demasiado conocidos. En circunstancias tan graves el General don Juan José Flores dedicóse activamente a organizar el ejército, de suerte de poder contrarrestar con eficacia el ataque de las fuerzas enemigas. Con suma habilidad superó este aguerrido militar las dificultades que se le presentaron aún las económicas. En momentos demasiado críticos para la unidad de la Gran Colombia llegó el esclarecido Mariscal de Ayacucho a ponerse al frente del ejército como Director Supremo de la guerra. Y se satisfizo de encontrar todo magníficamente preparado.

Ya en Cuenca el Mariscal de Ayacucho, con su admirable visión estratégica de conjunto dispuso, en tal forma su plan de operaciones militares que necesariamente las fuerzas enemigas tenían que ser acosadas y abatidas. El ejército lo distribuyó entre los Generales Flores, Arturo Sandes y Luis Urdaneta. Cada cual debía llenar su cometido de acuerdo con las instrucciones recibidas del alto comando. Desde sus comienzos en varios encuentros sufrió algunos reveses el ejército peruano. Sucre con esa bella alma del verdadero héroe de leyenda quiso evitar un lamntable derramamiento de sangre entre pueblos hermanos que habían luchado noblemente por la independencia. Con el carácter de plenipotenciario le envió al Coronel O'Leary donde La Mar con proposiciones de aquellas que acostumbraba aquel espíritu tan lleno de hidalguía de modesta y de mesura. El Presidente del Perú, con la arrogancia tan propia del temperamento del caudillo militar que tiene plena confianza en el éxito de la contienda rechazó con altanería, refieren los cronistas, las proposiciones de Sucre. Todavía después de esta negativa insistió el Mariscal de Ayacucho en expresarle las tremendas responsabilidades que le sobrevendrían de su terquedad; y que estaba dispuesto, seguro de la victoria, a no entrar en convenios ni contemplaciones de ningún género. Insinuaciones tan reflexivas e impregnadas de humanismo fueron interpretadas como injurias al ejército peruano y desconocedoras de la justicia de su causa.

El Mariscal de Ayacucho, no obstante estar penetrado de

los propósitos que alimentaba el Presidente del Perú, remitióle desde Oña la minuta de las bases para un arreglo equitativo y no escandalizar al Continente con una lucha demasiado temeraria entre pueblos hermanos que surgieron a la vida independiente al amparo de comunes esfuerzos y alimentando idénticos ideales e inquietudes democráticas. El caudillo peruano calificó las condiciones de Sucre como temerarias y desdorosas y como las del vencedor desapiadado. Descubriáse claramente que sólo apetecía la guerra.

El Mariscal de Ayacucho, en concepto de los cronistas de mayor austeridad, fue una de las figuras más bellas y admirables de la Independencia. Y su figura realza más con su proverbial modestia y su ingenuidad sin límites. Agotó sus esfuerzos por evitar la guerra. Mas no por temor de perderla. Su adversario, sin comprender la superioridad del alma de Sucre, creía, sin duda que su anhelo vehemente por evitar la guerra era porque no contaba con elementos bélicos suficientes para resistir la acometida de su poderoso ejército y quería evitar la vergüenza de una derrota. En manera alguna se penetró de la exquisitez de la psicología del Mariscal de Ayacucho, a quien tanto venera el Ecuador especialmente Quito por las extraordinarias dotes de buen gobernante que desplegó como su primer Intendente.. Antes de todo puso preferente empeño en atender devidamente a la instrucción popular, aprovechándose de los conocimientos del P. Esteban de Mora y Berbeo cuya misión era, como lo manifiesta el Padre Le Gouhir, el establecimiento de centros escolares y de la enseñanza llamada mutua, o de Lancáster, empresa apoyada por Bolívar, e instalada ya en varias Repúblicas por el predicante inglés Thompson. Hasta al marchar al Perú dió Sucre una prueba de su alto aprecio por Quito dejando en la Intendencia al noble quiteño Coronel Vicente Aguirre, esposo de doña Rosa Montúfar.

Con sobrada justicia el Libertador se expresaba del Mariscal: "El General Sucre, General de División, mandará este Departamento. Está lleno de popularidad. Es libertador, y creo que no hay cualidad que no tenga para servir bien a la República y mandar los pueblos con agrado".

* * *

Los esfuerzos de Sucre por evitar el derramamiento de sangre fraterna no causaron la menor impresión en el ánimo indócil y duro del adalid peruano. Saliéndose el Mariscal de Ayacucho de su connatural ecuanimidad vióse en el caso de contradecir las inculpaciones asaz temerarias del adversario. Increpóle que no había nada de injusticia al exigir Colombia el cumplimiento de las estipulaciones contenidas en el tratado Castillo-Portocarrero; y que conceptuaba sumamente justo reducir las fuerzas militares para evitar desconfianzas y dar desahogo a unos pueblos cansados de sacrificios en la guerra. Y que tampoco existía injusticia en pedir que el Gobierno peruano cum-

pliera fielmente sus compromisos y que se alejasen los dos ejércitos para que el sosiego y la calma precedan a un tratado definitivo.

A los concluyentes razonamientos de Sucre remitióle el Presidente del Perú una minuta de bases insensatas, dice el cronista, de las que ninguna podía ser admitida. Véase sin lugar a duda que se pretendía un rompimiento de hostilidades. Los despeñaderos los ven cubiertos de gama de verdor. Alimentan indubitable confianza en la realización de sus propósitos. Se niegan a la reflexión sin percatarse que los sucesos más prósperos experimentan no pocas veces repentinas mudanzas. Caudillos o Capitanes de tal índole sufren con frecuencia horribos desencantos viendo convertirse en tétrica lobreguez propicias claridades de segura victoria. Sucre, a pesar de las graves ofensas hacia el Libertador contenidas en aquella minuta enviada por el Presidente del Perú, procuró con quebranto de su dignidad agotar los últimos esfuerzos para evitar una lucha execrable entre pueblos hermanos. Propuso que las Partes se entendiesen por sí mismas verbalmente en la línea divisoria de ambos ejércitos. Sus bellos propósitos fueron igualmente burlados. Ya las fuerzas peruanas ocuparon Cuenca en tanto otras de las mismas ejecutaban un movimiento envolvente en la dirección de Girón. Ante un engaño de tal magnitud no quedaba otro recurso que tomar las armas.

Antes de la batalla definitiva hubo algunos encuentros desfavorables al enemigo. El Mariscal de Ayacucho así que dispuso su plan de combate de acuerdo con el General Flores dirigió al ejército esta breve pero fervorosa y elocuente proclama: "Cien campos de batalla y tres Repúblicas redimidas por vuestro valor, en una carrera de triunfos del Orinoco al Potosí, os recuerdan en este momento vuestros deberes, para con la Patria, con vuestras glorias y con Bolívar". Estas frases saturadas de excelso civismo bastaron para enardecer el espíritu de los ejércitos de la Gran Colombia y prefirieron morir antes que retroceder en defensa de sus legítimos derechos.

Cada Jefe se desempeñaba con heroísmo en el sitio que se le había señalado distinguiéndose el General Flores en sus hábiles maniobras que sorprendieron terriblemente al enemigo. Estando todos los cuerpos prevenidos y combinados y toda la colina ocupada. Envuelto en lenguas de fuego queda el collado de combate. Por entre el estruendo de los cañones vibran los toques de las trompetas y tambores de guerra que inflaman el furor de los combatientes. Y las bayonetas de los infantes colombianos que se arrojan a finalizar la contienda parecen centellas desprendidas de lo alto. A poco queda abatido el orgullo del caudillo peruano que desoyó los repetidos ajustes pacíficos de Sucre; y el Gran Mariscal de Ayacucho se cubre modestamente con el manto de estrellas obtenido como trofeo de victoria en la guerra injusta declarada por los descendientes de los Hijos del Sol.

Sucre vengó los ultrajes inferidos al Libertador y recobró

valerosamente la integridad de la Gran Colombia. En el mismo campo de Tarqui decretó honores a los ejércitos triunfantes y les señaló medallas con el siguiente epígrafe: "A los vengadores de Colombia en Tarqui". Por su arrojo y oportunos artificios militares Flores fue ascendido a General de División y el Coronel O' Leary obtuvo el generalato. Los ejércitos peruanos que se creyeron invencibles sufrieron un tremendo descalabro. El Mariscal compasivo y clemente en todo momento se apresuró en enviar al caudillo vencido una capitulación decorosa y demasiado gentil que no fue del agrado de sus mismos Tenientes. Expresóles por toda réplica: "La justicia de Colombia es la misma siempre, antes o después de la victoria".

El proceder nobilísimo de Sucre, en vista de la conducta poco ingenua del Presidente del Perú, ha sido criticado por algunos cronistas. El Mariscal de Ayacucho juzgaba a los demás hombres de acuerdo con sus primorosos sentimientos. No podía creer que el engaño y la ingratitud fueran normas de conducta de sujetos de distinción y elevada situación política. ¿Porqué vituperar la conducta de Sucre? El mandatario peruano resistíase a discutir las condiciones del convenio. Fue necesario que sus mismos Generales le hicieran palpar su situación de vencido para que accediera al mencionado concierto. Reuniéronse, por fin, Flores, O' Leary con Gamarra y Orbegoso, resultando dice el historiador el solemne Convenio de Girón, que contenía las bases esenciales de un Tratado posterior y definitivo. Si fueron aparentemente aprobadas por el Presidente del Perú, su Gobierno se resistió a ratificarlas; oposición que dejaba entrever la determinación de reanudar la ofensiva.

De las estipulaciones contenidas en el Convenio apenas cumplieron con la última relacionada con el retiro del resto del ejército que había invadido los dominios ecuatorianos. Y este fingimiento artificioso del Presidente del Perú no perseguía otro objetivo que distraer el ánimo de los jefes colombianos. Entre tanto Bolívar se angustiaba de no prestar oportuno auxilio al Mariscal de Ayacucho. No pudo vencer las dificultades que le presentara Obando para permitir el tránsito de la tropa por Pasto. Y esto induce a conjeturar que Obando obraba de acuerdo con el Gobierno del Perú para invalidar la acción prepotente del Libertador y obscurecer su prestigio político y militar. Afortunadamente Bolívar así que llegó a Pasto tuvo aviso del triunfo de las armas colombianas en Tarqui. Con este triunfo que parecía ser completo y decisivo creíase, efectivamente, que las teraciones con el Perú habían terminado. Más acaeció lo contrario. El Presidente del Perú activamente reorganizaba su ejército en Piura y dio orden concluyente al Coronel Prieto, Comandante de Guayaquil, de no entregar la plaza al General Manuel de Porras, su comisionado, a quien había enviado para que cumpliera con aquella cláusula del Tratado. La burla que él y los Generales Sandes y Febres Cordero sufrieron, impidiéndoseles el desembarco, demostraba la invalidación del Convenio y

su decisión de proseguir apoderándose de importantes poblaciones ecuatorianas.

Habiendo sido atropelladas las condiciones del Convenio el General Flores se encargó de reducir por la fuerza al Derecho Internacional al mandatario que, no cumpliendo con el solemne compromiso contraído, mancillaba sin reflexionarlo su propio decoro y el de su pueblo. Y los gobernantes, si no quieren pasar a la historia cubiertos de oprobio, están en el imperioso deber de mantener aún con el sacrificio de su propia vida la integridad y el crédito de su pueblo. El General Flores por entre las asperezas del invierno, consiguió salir victorioso en algunos encuentros. Disponíase a atacar la ciudad de Guayaquil defendida por fuentes divisiones peruanas, cuando estalló en el Perú un movimiento militar que depuso al Presidente extranjero. Proclamada la revolución el General Gamarra dispuso el destierro de La Mar para Centro América donde murió después de poco tiempo.

Con harta injusticia y exagerada parcialidad proceden no pocos cronistas al examinar la conducta del General La Mar. Hace este militar honor a la Patria y al país que lo gobernó por ser uno de los ilustres Generales sudamericanos que actuó con tanto brillo en las magnas luchas por la Independencia de América. ¿Porqué tenía que morir el *"infeliz abrumado bajo la execración de toda la América, escandalizada por el cúmulo de infamias perpetradas por aquel político"*, como expone con tanta ligereza el Padre Le Gohuir en las páginas 188 y 189 de su Historia de la República del Ecuador? En el capítulo intitulado Juicio de responsabilidad, apoyándose en la autorizada aseveración de Restrepo y de respetables testimonios y documentos anota: "un veredicto tremendo como el que más pesa sobre la memoria del Mariscal La Mar y desvirtúa no poco las glorias a que anteriormente se había hecho acreedor. Contentémonos con señalar algunos de los fallos de más significación".

El Mariscal La Mar, ecuatoriano, fue Presidente del Perú como lo fue del Ecuador el General Juan José Flores, venezolano. Como Magistrado de aquella Nación se esmeró en su engrandecimiento con deterioración del pueblo hermano su vecino. Ivadió el Ecuador y ocasionó la guerra persiguiendo los mismos procedimientos agresivos y expansionistas de sus antepasados. Pretendía anexionar a la Nación de los Virreyes los otros Estados confinantes para formar un Organismo poderoso y fuerte, algo así como el famoso Imperio por el que hasta hoy delira el sesudo pensador doctor Balaúnde; y contrarrestar así la unificación de la Gran Colombia que se formó a esfuerzos del Libertador. Y decimos que la Gran Colombia pudo formarla únicamente el Libertador con su enorme prestigio, porque el Cabildo de la ciudad de Guayaquil rechazó por unanimidad la Incorporación solicitada por Bolívar. Personajes de valía como Olmedo, Roca, Jimena y otros simpatizaban con la causa del Perú. El mismo Congreso que debía dar su fallo inapelable en el asunto de la incorporación como intérprete de la voluntad

nacional revelaba repugnancia de verificarlo. Por eso el Libertador acudió aceleradamente a otros procedimientos más eficaces y decisivos. ¿Todas estas entidades que manifestaron su franca oposición a la voluntad de Bolívar serán dignos de ser calificados de traidores como lo ha sido el General La Mar? El Señor General Don Juan José Flores intervino directamente en la separación del Departamento del Ecuador de la Unión Colombiana, y no por ello se ha de recriminar su conducta. A la separación de Venezuela efectuada por el General Páez tenía necesariamente que seguir el Ecuador.

En nuestro concepto la grave culpa de Mariscal La Mar consiste en haber quebrantado la palabra empeñada en el tratado Castillo-Portocarrero y luego en los Convenios de Girón y Juanambú. Si es costumbre de algunos pueblos contra todo principio moral y en detrimento de su decoro quebrantar solemnes compromisos contraídos; mas, tal manera de proceder no es de pueblos dignos y que estiman debidamente su buena reputación. Los Magistrados están en la forzosa obligación, al través de insuperables obstáculos y sacrificios de todo orden, de velar por que no se oscurezcan aquellas prendas espirituales que magnifican a los pueblos aún en medio de sus adversidades y tribulaciones. El Mariscal La Mar cometió graves faltas. ¿Y otros altos personajes políticos no están acusados de idénticos delitos? No obstante el tiempo los ha absuelto. El Mariscal La Mar fue un militar distinguidísimo y de singulares prendas, que hizo honor al país en el extranjero y actuó con inteligencia y valor en las guerras de estos pueblos contra la Metrópoli. Justo es que la Patria vuelva por la memoria de este hijo esclarecido!

* * *

El cronista refiere que con la caída del Mariscal La Mar los comisionados de ambos pueblos procedieron fácilmente a firmar la paz en Buijo y luego el Armisticio de Piura a Colombia. Con motivo de esta momentánea terminación de hostilidades entre los dos pueblos se inculpa al Mariscal La Mar de haber sustentado contra los sentimientos de las entidades más prestigiosas peruanas una guerra de las más desastrosas e institucionales. No de otra manera le increpó el General Gamarra. Y el General La Fuente, a quien tanto encomia el historiógrafo P. Le Gouhir, consigna en su Mensaje de Agosto de 1829 estas frases botadas de una conciencia sana que se ciñe estrictamente a la justicia: "Esa guerra provocada por el Perú, y suscitada con el único y esencial objeto de saciar odios y venganzas individuales arrebatando a una república amiga y hermana la porción más cara de sus posesiones expuso a la nuestra a ser presa del despojo de extranjeros.

Con la autorizada confesión del General La Fuente consignada en Documento de suma importancia oficial y luego con el Tratado de Guayaquil entre los señores José Larrea y Pedro Gual, Plenipotenciarios del Perú y de Colombia, que conforme

al Convenio de Girón, fue solamente aprobado, ratificado y canjeado por el Congreso y Gobierno del Perú y por el Libertador, Suprema Autoridad entonces en Colombia, parecía que quedaba definitivamente concertada la paz y resueltos de común acuerdo los diferendos limítrofes. Ilusiones vanas! Ironías de la suerte!

El Mariscal La Mar ya no existía. Aquella figura siniestra, según algunos apasionados cronistas, que tanto daño hizo a su propio suelo ¿continuaba desde el sepulcro ensombreciendo la armoía y cordiales relaciones entre los dos pueblos? Y el Gobierno del Perú tampoco cumplió con las estipulaciones de un Convenio esencialmente grave y que comprometía su honor desde que fue ratificado y canjeado por uno u otro gobierno. Pues, en vano se hizo esperar que la Comisión peruana demarcadora concurriese a cumplir con el amojonamiento determinado en el referido Convenio hasta que ocurrió la separación de este Departamento de Colombia efectuada en el mes de mayo de 1830. Igual suerte han corrido los diversos tratados, Convenios y Protocolos que se han suscrito en diferentes administraciones con el Gobierno del Perú. Cada vez sus pretensiones excedían los límites de lo razonable. Y el Gobierno del Ecuador tenía que acceder a veces con quebranto de los intereses nacionales, únicamente, en beneficio de la paz. No pocas ocasiones se agravaron las relaciones ante las frecuentes ocupaciones de los dominios del Ecuador en el Oriente. Oportunas intervenciones de naciones amigas alejaron aquellas desaveniencias. ¿Qué necesidad tenía el Gobierno del Ecuador de oír las alegaciones del Perú si según el tratado de Guayaquil que se verificó conforme al Convenio de Girón quedó todo perfeccionado y resuelto?.

Mucho podría alegrarse en favor de los legítimos derechos del Ecuador reconocido por varios dignatarios peruanos. Pero a nada conduce desde que sobre toda norma de justicia y de derecho prima la ley de la fuerza. Por todos los medios deberían hacerse fuertes los pueblos débiles si no quieren perder su supervivencia y aceptar tratados impositivos que les colma de vergüenza y aprobio. Triste condición la de los pueblos de mantener con bríos el valor y las virtudes espirituales y cívicas de sus ilustres antepasados! Estos pueblos que, por ciertos accidentes imprevistos, han caído bajo el predominio avasallador de cruel determinismo están predestinados a perder su Nacionalidad y servir de esclavos a sus conquistadores si no entran en período de franca reacción.

La Historia nos demuestra que pueblos pequeños tanto en el tiempo antiguo como en el moderno rivalizaron con pujanza y heroicidad con Potencias de primer orden, dejando impresiones profundas e indelebles de su altivez y ferviente amor patrio. Preferible es para una Nacionalidad sucumbir con gloria que vivir de siervo. Hasta ahora se recuerda con admiración la heroicidad con que murieron en el desfiladero de Termópilas los doscientos espartanos al mando de Leonidas. Y entre las legiones americanas que lucharon por la Independencia al comando

del Libertador uno de los batallones llevaba el nombre de Numancia en memoria de la legendaria ciudad de la España celtibérica que no se doblegó ante los abusos de poder de varios Cónsules ni ante los dolores y privaciones de todo género a que le sujetó Escipión, el Africano. Y sus habitantes después de consumir su bastimento incendiaron la ciudad, arrojándose con sus hijos a las llamas. Prefirieron desaparecer para siempre antes que soportar el yugo del conquistador.

Ejemplares de análoga esplendidez espiritual y cívica hemos tenido en la época de la colonia y aún en la de la República. Mujeres ilustres rivalizaron con los patriotas en ofrendar su vida por la Patria. Algunas murieron heroicamente en el caldoso por la autonomía de estos pueblos. ¿Cuál la causa para que las generaciones de hoy no reaccionen contra esa pesadez soñolienta psíquica que las mantiene indiferentes, resignadas y en demoleadora inercia? La Patria confía que sus hijos de hoy en adelante recobrarán sus energías perdidas y mancomunarán sus esfuerzos con inteligencia y civismo, a fin de entrar en una nueva fase de dignificación ética y espiritual y de resurgimiento económico. No de otra manera consiguen los pueblos vigorizarse y hacerse fuertes e inspirar miramientos en el concierto universal.

Comprendemos que nos hemos extendido demasiado al tratar de nuestros asuntos limítrofes con el Perú. Muchos críticos dirán con acrimonia ¿Cuál el fin perseguido? La respuesta es muy obvia. Los asuntos limítrofes cada vez más arduos y complicados han ocasionado muchas inquietudes y desproporcionados desembolsos de dinero que afectaban gravemente al Presupuesto del Estado. El Juicio Arbitral en el que debía decidir el Monarca español y más tarde las Delegaciones de los dos países en Washington como consecuencia del Protocolo Ponce-Castro Oyanguren de 21 de junio de 1924 motivaron excesivos desembolsos sin beneficio de ninguna clase. ¿No es verdad que con aquellas cantidades habríase comunicado eficaz impulso a la educación y la vialidad, factores que influyen directamente en la difusión de la cultura, en el progreso agrícola y bienestar económico del país? El Convenio último del Río celebrado de manera impositiva en aras de la paz continental habla muy claro de los estériles esfuerzos y sacrificios del Ecuador y de su política interna tan confusa y disociadora y tan llena de mezquindades y perjuicios. Los dirigentes, muchas veces, han dado distinta inversión a los fondos destinados para la defensa nacional confiados en los legítimos derechos y en la justicia de nuestra causa. He ahí otro de los motivos descabellados que obró fatalmente en nuestra desventura.

Las mentalidades que, con un afanar cívico digno de encomio, se consagraron a estudiar nuestros seculares litigios limítrofes desenterrando preciados documentos; los exponentes más prestigiosos de nuestro Foro que enriquecieron la cultura jurídica con sus luminosos alegatos; todas estas Entidades que forman el patrimonio espiritual e intelectual de la Patria ¿po-

drán resignarse al ver sus esperanzas desvanecidas y los vastísimos territorios patrios integrando la contextura de otra Nacionalidad?

Tratándose de nuestra cultura intelectual y artística necesariamente teníamos que ocuparnos de nuestros diferendos limítrofes con las Naciones vecinas. A nadie se le oculta que todo este proceso litigioso ha obrado con tanto infortunio en el ambiente de la cultura y de la economía del país. Y en los años de años que se ha mantenido sin el menor indicio de resolverse esta disputa limítrofe, y, agravándose en determinadas ocasiones; el ambiente nacional se ha colmado de inquietudes y mal podían en él prosperar vigorosamente los cultivos literarios y artísticos que requieren una atmósfera sosegada y bonansible.

* * *

En los años que el Departamento del Sur llevó de pertenecer a la Gran Colombia no dejó de soportar frecuentes convulsiones internas. Contribuía a ese malestar el proceder arbitrario y abusivo de las autoridades colombianas. Tenían complacencia en angustiar a las poblaciones con exigencias que exacerbaban aún el espíritu pacífico de personas cultas y disciplinadas. Tal el caso del General I. Torres, Intendente, con varias Corporaciones y con el Sor M. Guillermo Valdivieso, Presidente de la Junta Provisional de Arbitrarios. El mencionado General Torres procedía con rudeza extraordinaria al exigir las repetidas contribuciones forzosas en dinero, caballos y mulas para la movilización de las tropas que partían para el Sur y que debía atenderlas de manera urgente la ciudad de Quito. El mismo Mariscal de Ayacucho le manifestó al Presidente del Perú que en el Sur de Colombia hay efectivamente descontentos; pro que éstos y su disgusto tienen todo su origen en los reclutamientos y en los sacrificios que el Gobierno exigió a estos pueblos para liberar al Perú. Y no puede dudarse que las vejaciones que toleraban contribuían para que poblaciones como las del Azuay y otras trataran de proclamar aunque tardíamente la causa del Rey, siguiendo el ejemplo de la ciudad de Pasto.

Los frecuentes cuartelazos eran motivados por jefes o tropa de otros lugares que pretendían remediar sus apremiantes necesidades provenientes del retardo de sus sueldos con el saqueo y viviendo a expensas de la ciudad. Y, lo que reagrababa las desazones era esa soldadesca mercenaria insubordinada que así que fue satisfecha de sus sueldos se esparció por varios lugares de este Departamento sembrando los gérmenes de la desunión. Y quien lo creyera que en la pesadez irrespirable de aquella atmósfera, que no pocas contrariedades ofrecieron al Libertador y al Mariscal de Ayacucho, intervinieron personajes colombianos de prestigio en confabulación con peruanos. El P. Le Gouhir apoyándose en el historiador Cevallos refiere en la página 129 que por "confesión del mismo La Mar, Bustamante y sus cómplices intentaban el desmembramiento de Colombia en favor del Perú,

y ello por un salario módico". Y con referencia a Restrepo sostiene que: Desde entonces data la pretensión peruana de extender su territorio hasta Pasto".

El General Flores debeló activamente varias de estas insurrecciones recurriendo en unas a su valor y pericia militar y en otras a su tino y habilidad política. Y los cronistas relatan que "desde que cayó el Distrito del Sur en manos del General Salom se inauguró con él un período angustioso de rigorismo, bajo leyes completamente ignoradas del pueblo y con el recargo de las Facultades Extraordinarias aplicables a los países recién libertados, aprobado y sostenido sin tino por Bolívar. El Hombre del Terror en Pasto, dejó también entre nosotros el recuerdo de influencias nefastas".

El pueblo de Quito desde muy antiguo dió repetidas pruebas de rebelarse contra la tiranía. Soportando la conducta despótica y opresiva de las Autoridades colombianas, en manera alguna podía seguir dependiendo del Gobierno Central de la Gran Colombia. Aquella Unión en un período agitado y de transición producía grandes alteraciones en el bienestar social y económico de este Departamento. Además de manera preferente se atendían a las necesidades de variada índole del Gobierno Central desatendiendo las indispensables y urgentes de los otros Distritos. Y tales preferencias y desigualdades administrativas provocaban resfriamientos y enojos hacia el Gobierno de la Gran Colombia. Por tanto, efectuada la separación de Venezuela, tenía que producirse la del Departamento del Sur, ya que había un ambiente propicio para ello. Y esta separación que se produjo por obra del General Don Juan José Flores, no por deslealtad al Libertador sino por efecto de las deficiencias administrativas y los contrapuestos intereses políticos; Bolívar la presintió claramente. A la mirada del Genio hacia las cosas más ocultas. En la destrucción de su obra de extensas perspectivas sociales y políticas vió que intervinieron sus mismos Tenientes y enemigos declarados de su Gobierno. De haber prevaecido ese poderoso organismo formado por las tres Repúblicas no se lamentaran los rudos-contratiempos que una de ellas soporta en silencio con tanta inclemencia. El Libertador pretendía que el Perú y Bolivia se congregaran en la mencionada Unidad Colombiana para contrarrestar conjunta y vigorosamente cualesquiera agresiones de Potencias extranjeras. Demasiado conocidas son las causas que se opusieron a los propósitos de Bolívar y no hay para qué enumerarlas.

* * *

Habiéndose efectuado la separación de este Departamento de la Gran Colombia al amparo de la actividad del General Don Juan José Flores, muy razonable era que lo gobernara como su primer mandatario e influyera grandemente en sus destinos. Este hecho de haber intervenido en su separación ha dado motivo para que algunos escritores lo calificaran como Fundador sin ajustarse a los antecedentes históricos.

La circunstancia de ejercer predominio político en los destinos del país durante un largo período, sin excluir el de la administración de Rocafuerte, conquistó odios y resistencias, por más que fuera de una rara magnanimidad como lo afirma el escritor argentino Manuel Galvez en su libro "Vida de Don Gabriel García Moreno", página 24. Y refiriéndose a este mismo personaje continúa el aludido escritor: "No quiso que se fusilase a nadie, y, pudiendo tomar de nuevo el poder, indicó a Rocafuerte para ejercerlo, como única autoridad legítima que era por el momento. Declaró que carecía de ambiciones, y que si había aceptado el mando del ejército fué por obediencia al Gobierno. "Sin embargo el General Flores tiene enemigos, siendo uno de los más exaltados, según sostiene el mismo escritor Gálvez en la página 44, de El y de su Gobierno Gabriel García Moreno", que siendo muy joven se inicia en la política ingresando en la Sociedad Flantrópica Literaria en la que era el redactor más ferviente y apasionado y que predicaba la revolución.

Tenemos sobrados motivos para no sentir simpatía por el Gobierno del General Don Juan José Flores. Con todo no podemos desconocer su habilidad política y singulares dotes administrativas. En anteriores capítulos hablamos detenidamente de su actuación entre nosotros. Y hoy nos ocupamos ligeramente de El con motivo de haber obrado activamente en nuestra separación de la Gran Colombia y tenersele como fundador de la República. No obstante el grave malestar económico, político y social que experimentó la República en aquella época, la memoria de Flores debe sernos grata por haber procurado con inteligencia, acierto y destreza atraerse a un adversario de la magnitud de Rocafuerte cuyas dotes de alta política, de carácter y de auténtica entereza le acreditan como uno de los Mandatarios amantes del orden e impulsores de la cultura y del progreso del país.

Por más que la suerte haya obscurecido nuestras prerrogativas autónomas y territoriales conviene, para no desvirtuar la veracidad de los acontecimientos históricos, insistir en el criterio que nos hemos formado respecto de nuestra emancipación política y nuestra efectiva Nacionalidad. Las magnas fechas que divulgan nuestra autonomía y acreditan nuestra formal organización republicana son: el 10 de Agosto de 1809 y el 15 de Febrero de 1812. La Constitución del año de 1812 en cuya obra intervinieron todas las Provincias del Estado de Quito establece la prueba más fehaciente de lo sustentado anteriormente. Como República libre e independiente nos constituímos años antes de la separación de la Gran Colombia. Varios publicistas están de acuerdo con este criterio. La primera Constitución de Riobamba a que hace referencia el Padre Le Gouhír propiamente es la segunda y no la primera de nuestras Leyes Fundamentales. Así que la Constitución del año 12 es llamada nuestro Documento de Oro por el enorme valor político, ético y social que representa en nuestra formal organización republicana y por acreditar nuestra primacía política en el Continente.

Rocafuerte en su Gobierno demostró poseer un carácter de aquellos que no se quebrantan ante los mayores peligros. Solo con una volición tan vigorosa propia de los grandes innovadores podía avasallar al militarismo extranjero que se excedió en sus arbitrariedades en el período administrativo del General Flores y establecer en medio de la confusión de entonces la paz tan necesaria para el bienestar colectivo y el progreso moral y material de la Nación. Pero esa armonía y tranquilidad sociales que se propuso Rocafuerte aclimatarlas en un ambiente agitado por ventiscas se encontraron con terribles resistencias. En su Mensaje a la Convención de Ambato consigna declaraciones reveladoras de sus hondas desilusiones democráticas provenientes de nuestro connatural vivir revolucionario como consecuencia del salto brusco de un pueblo "del régimen colonial al de un sistema de democracia cuyas bases esenciales son las buenas costumbres, la instrucción pública y la cómoda subsistencia y agradable modo de vivir de las masas. Y como la Patria carece de todo esto que constituye la moral y la cultura de un pueblo que tiene conciencia de sus deberes cívicos, declara Rocafuerte que "faltan los fundamentos en que debe apoyarse el edificio democrático".

Algunos Decretos innovadores expedidos por el célebre estadista y notable orador parlamentario no dejaron de ocasionarle serias inquietudes. El relacionado con la convocatoria a elecciones para la Convención en el que prohibía votar para Representantes, no sólo a los empleados y militares, sino a todos los eclesiásticos que tuviesen algún cargo, originó la indignación del Vicario Capitular y del Cabildo de la Diócesis de Cuenca. Con energía supo corregir Rocafuerte la imprudente e inconsulta censura eclesiástica dictada contra los lectores de los Nos. 70 y 71 del periódico oficial "El Ecuatoriano del Guayas" en los que estaban publicados los comentarios que servían de apoyo a dicho Decreto. Ciñéndose al derecho de patronato recurrió Rocafuerte a severas sanciones, a fin de exigir respeto y obediencia de quienes, por su mismo carácter de religiosos, debían ser los primeros en acatar los mandatos del Jefe del Estado. El haber obligado a salir del país al Vicario, el haber impuesto a la Curia una fuerte multa y reprendido a los seis Doctores consultores de la censura canónica; no era tratar a la Iglesia Católica por el sistema protestante de religión nacional y servil menos demostrar un espíritu regalista como supone el Padre Le Gouhir en las páginas 322 y 325 de su Historia de la República del Ecuador. Rocafuerte fué un creyente sin ficción y muy sincero. Su dignidad de Magistrado se sintió hondamente herida con la conducta poco cuerda de aquellas Entidades eclesiásticas. Procedió en aquella forma contra determinados elementos del clero; porque pretendía que se mantuvieran dentro de sus propias demarcaciones eclesiásticas sin inmiscuirse en asuntos políticos. En los actos de Rocafuerte no se descubren matices de otros cultos. Sijn penetrarse en la psicología del hombre algunos

cronistas aseguran que estuvo contagiado del espíritu protestante. Aseveración que carece de fundamento. No por haber fomentado la publicación de obras protestantes e irreligiosas puede ser tenido como amante del protestantismo o regalismo como injustamente se le acusa. Rocafuerte en manera alguna hostilizó a la Iglesia. Odiaba el fanatismo en religión y en política por las tremendas perturbaciones sociales y desgracias sin cuento que ha producido en el desenvolvimiento histórico de muchos pueblos.

Rocafuerte, de vigoroso talento, cimentada cultura y amplio criterio, tenía que estar penetrado de aquellos principios filosóficos y políticos de los Enciclopedistas del Siglo XVIII. ¿Y qué persona medianamente culta no estudia con afán e interés a los Filósofos que señalaron nuevos rumbos a la mente y conciencia del hombre, levantando su espíritu y personalidad luengamente abatidos por las odiosas desigualdades de clases? ¿Qué persona que ame el desenvolvimiento y perfectibilidad intelectual, ética y social del individuo y del pueblo no acata aquellos principios o doctrinas que influyeron eficazmente en la transformación social de Francia y del mundo, *declarando los derechos del ciudadano*? Rocafuerte fué un agente muy activo y perspicaz de toda clase de cultura en las recientes Repúblicas del Continente. Instruído en varias ciencias y artes sus folletos despertaban gran interés y contribuían a que se infiltraran en la conciencia del pueblo los ideales liberales. Tradujo producciones filosóficas y políticas importantísimas. Entre sus publicaciones son dignas de recordarse: "Curso de Filosofía Moral" de Paley; "Ensayo sobre cárceles"; "Ideas necesarias a todo pueblo que quiere ser libre"; "Bosquejo ligerísimo de la Revolución de Méjico". Con todo de ser precursor del liberalismo y discípulo de Montesquieu y de Rousseau, como aseveran los cronistas, ama apasionadamente el orden y para mantenerlo recurre a medios enérgicos y violentos como un conservador terco y autoritario. Su pasión por el orden y el sosiego social le llevó a consignar en su Mensaje de 1835 estas declaraciones: "La servil imitación que los franceses hicieron de las instituciones romanas, del consulado, del tribunado, del Senado, no los condujo a su prosperidad, sino al jacobinismo y a la inmoralidad".

Rocafuerte veía que pueblos desorganizados y que llevan en su entraña vivencias de ancestrales violencias y rebeldías no se los podía gobernar con ideales liberales o democráticos. Por eso, a cada paso, hace declaraciones como esta: "Portales, en Chile, ha fijado la paz y el orden a punta de látigo y de rigor: ese es el medio más positivo de organizar estas atrasadas regiones". Y en otro lugar como para confirmar su irrevocable decisión de mantener el orden y la concordia en la República, se expresa: "A mí no me arredra el título de tirano; lo que me horroriza es la cruel idea de que, por la falta de valor y firmeza en el Gobierno, diez o doce anarquistas trastornen el orden o interrumpan el curso pacífico de nuestra prosperidad". Abundan en Rocafuerte las exteriorizaciones de su firme voluntad. Sólo con

un carácter de esa naturaleza podía encauzar debidamente la República por entre la confusión o el total desconcierto de entonces. El militarismo insubordinado y maleante acostumbró a mantener el espíritu público en continua zozobra con los golpes de cuartel y las revoluciones. Rocafuerte con la presencia de ánimo más firme cauterizó esa podre. Veinte prisioneros entre los que se encontraban el Coronel Frutos Oses y el Comandante Brito de la invasión que prepararon los emigrados ecuatorianos en Paita y que fué completamente arrollada en Machala, fueron fusilados en Taura por orden expresa y terminante del Gobierno. Igualmente corrieron la misma suerte 18 revolucionarios de la campaña que fué preparando el Coronel Agustín Franco en Esmeraldas y que la develó el General Carlos T. Wriqth. En Atacames fueron ejecutados el Comandante Wilches y el Oficial Ramos. Y en Palenque ocho inclusive los Comandantes Valverde y Jiménez, restos últimos de la expedición del Coronel Agustín Franco, el cual fué asesinado por los mismos revolucionarios en las montañas de Esmeraldas.

Habíase logrado la paz en el Litoral. Mas a poco vuelve a incendiarse en el Norte la guerra civil favorecida por los emigrados a Nueva Granada. El Coronel Ramón Bravo caudillo de aquella invasión fué batido y derrotado por el Comandante de Armas de Imbabura obligándoles a retirarse más allá del Carchi. Transcurrieron apenas dos meses y se presenta el Comandante Facundo Maldonado al mando de fuerzas mejor organizadas. El mismo Coronel Guerrero le venció. De nuevo reúne sus fuerzas delante de la frontera en unión de las de Bravo y Blanca. Sin el menor escrúpulo atravesó el territorio granadino y allí fué destrozado "en un combate de tres horas, cayendo prisioneros los Comandantes Maldonado y Espinosa con varios oficiales y soldados y un cabo. El cabecilla Comandante Maldonado fué enviado a la Capital. Rocafuerte, insensible a las peticiones, súplicas y valimientos del Clero y otras personas de influjo, asumiendo por sí y ante sí la responsabilidad de un acto demasiado grave y de odiosas consecuencias ordenó la ejecución del Comandante Maldonado.

Con vacilaciones y condescendencia un Jefe de Estado no consigue afianzar la paz en un pueblo indisciplinado y predisuesto a frecuentes convulsiones internas. Únicamente con el terror y el exterminio de aquellos elementos ambiciosos que hacen profesión de esa política aviesa y de miserias puede serenarse una atmósfera preñada de tempestades. Somos por temperamento enemigos declarados de la pena de muerte. Mas nuestras convicciones vacilan cuando se nos presenta el cuadro de desolación, atraso y estrecheces que ofrece un pueblo convulsionado por rico y privilegiado que sea su suelo. Las actividades se paralizan; experimentan enorme retroceso la cultura y el progreso y el temor se apodera del espíritu público. ¿Cuándo la Patria se verá libre de aquellos malos políticos que tantos destrozos le han ocasionado y consumido los jugos de su vitalidad? Muchos de esos malhadados ciudadanos, aparentando civismo y ser fervorosos

defensores de los intereses nacionales y del pueblo, se han convertido en violentos censores de los actos del Gobierno con el único objeto de trepar las alturas o adquirir una ventajosa situación gubernamental. No otro es el camino que recorren los políticos de oficio para dar con la lámpara de Aladino. De la noche a la mañana a menesterosos se los ve disfrutando de cuantiosos bienes de fortuna. Precisamente estos son los perpetuos revolucionarios. Estos los que gustan de empujar a la gente incauta a la matanza y producir estas situaciones de desconcierto para la consecución de sus mabiciones personales.

Las luchas intestinas que han empapado constantemente de sangre el suelo patrio son escasas las que responden legítimamente a nobles ideales. Las luchas que libra un pueblo contra la tiranía y en defensa de sus prerrogativas ciudadana; aquellas luchas que se empeñan por romper rancias envolturas sociales y políticas y entrar de lleno en una atmósfera respirable que guarde correspondencia con las necesidades del vivir del momento; aquellas luchas son nobles y legítimas y realzan las virtualidades espirituales y cívicas de un pueblo y de sus conductores. Mas, con no poca sorpresa hemos presenciado efectuarse dentro de un mismo régimen político frecuentes golpes de cuartel y repentinos cambios en los elevados cargos administrativos. Estos sacudimientos domésticos que reagran las dolencias de un pueblo y lo empequeñecen y desprestigian exigen severas sanciones y los dirigentes están en el imperioso deber de castigar con rigor a los protagonistas o caudillos si se interesan de veras por la suerte del país que gobiernan.

Los Decretos de Hacienda presentados al Congreso extraordinario de 1837 bajo la Presidencia del General Flores y Don José María de Santistevan originaron excesivo fastidio en el seno de la Cámara por la sobrada franqueza con que Rocafuerte expresaba en su Mensaje, tan celebrado por los eruditos, la conveniencia de su aprobación. La lectura de aquella pieza exacerbó los ánimos de los congresantes y la respuesta de los dos Presidentes fué terrible y amenazante. La demasiada susceptibilidad de los Congresistas por las duras frases de Rocafuerte consignadas en su Mensaje, pieza elocuente y propia de su robusta mentalidad y que justamente honra su memoria, según confesión de Cevallos, iba originando tremendas complicaciones que podían colocar al país en un despeñadero si el General Flores no interviene oportunamente y consigue que se retire la acusación contra el Gobierno íntegro de Rocafuerte por violación de leyes y aún de la Constitución.

Necesaria y digna de encomio es una oposición en los Congresos; una oposición de veras serena, sesuda y levantada que fiscalice con honradez y patriotismo y con la integridad de jueces los actos del Gobierno, especialmente aquellos que se relacionan con la Hacienda Pública y los legítimos derechos de los ciudadanos. Pero aquella oposición que, por rodear al Ejecutivo con todo género de dificultades y complicaciones se ingenian los opositoristas, con malévola astucia, en descubrir arbitrarieda-

des, fraudes y peculados en sus actos más límpidos y loables; esa oposición merece vituperio y el país por propias conveniencias debería anamaterizarla.

La tal oposición del Congreso sin darse cuenta del temperamento y carácter de Rocafuerte pretendía aún acabar con él. Y creemos sinceramente que, caso de acontecer aquello, habrían pagado demasiado caro su atrevimiento. En aquellos representantes de la oposición no se descubrían, mirando imparcialmente su actuar en aquellas circunstancias, otros afectos que su egoísmo, petulancia y su afán de producir una crisis de trascendentales consecuencias sociales y políticas. De sentirse heridos con los punzantes dardos de Rocafuerte lo razonable, decoroso y patriótico habría sido observar una conducta noble y distinguida y no darse por aludidos o dejar constancia de su formal protesta por los ultrajes a tan elevada Corporación.

Por lo mismo que los Decretos consignados en el Mensaje de Rocafuerte eran relacionados con el Comercio, la Agricultura y los intereses vitales de la Nación y de los asociados, el Congreso estaba en el imperioso deber de contraerse desapasionada y concienzudamente al estudio de aquellos problemas económicos o hacendarios que el Gobierno había sometido a su sabio consejo para su aprobación. La falange adversa al Gobierno en el Congreso fué firme y briosa y logró inclinar a sus banderas al mismo General Flores.

Con frecuencia háse observado entre nosotros que los convenios o caprichos personales o de círculo y no pocas veces el antipático egoísmo, el propio yo, tienen mayor dominio en nuestras decisiones o deliberaciones que los relacionados con los intereses y necesidades de la Nación. Las susceptibilidades de los Representantes dieron en tierra con el Ministerio probo y competente de Rocafuerte. La Historia se ha encargado de hacerle justicia ecomiando su inteligencia y sus hábiles y patrióticos procedimientos administrativos.

* * *

Rocafuerte es el gran organizador de la República. No existiendo concordia y sosiego entre los asociados e imperando el desconcierto en la Hacienda Pública, en manera alguna merece el nombre de tal. Por eso consagróse activa y eficazmente a poner en orden aquellos ramos que constituían el nervio y vitalidad de la Nación. Muy a menudo afirmaba Rocafuerte que no puede existir democracia sin disciplina y sin estar fortalecida de una substanciosa educación moral. Cuando las repúblicas democráticas carecen de aquellas cimentaciones que gobiernan y dirigen los actos todo lo atropellan y engendran fácilmente el caos y la anarquía. Con su carácter férreo e indeclinable consiguió Rocafuerte destruir los elementos perniciosos y establecer la paz indispensable para la convivencia humana y el trabajo diligente, beneficioso y moralizador de los asociados.

El Libertador que luchó con legendario heroísmo años de

años porque estos pueblos cobraran aliento en una atmósfera de libertad experimentó prácticamente que no podían habituarse a las nuevas forma políticas y sociales del Gobierno Republicano, en razón de haber salido bruscamente del régimen de opresión al de mayor libertad. En sus comunicaciones particulares y oficiales y en sus Mensajes consigna con noble franqueza sus enjundiosas declaraciones al respecto. Palpó esa ruda contradicción en sus mismos Tenientes que habían batallado a sus órdenes hasta lo inverosímil por la Independencia. De ahí sus desencantos y amargores y que en su límpido opinar reconocieran malévolamente sus enemigos su afán de perpetuarse en el poder. En análogo sentido a Bolívar y Rocafuerte opinan los conductores y dirigentes que se han penetrado de las veleidades, rebeldías y rencores de estas democracias propensas de suyo a salirse de los lechos de la serenidad y concordia y producir tremendas conmociones fraternas.

Rocafuerte había viajado con provecho por el Continente europeo y palpaba el progreso y cultura que habían alcanzado aquellas colectividades al amparo de la paz y bonancible convivencia. Por eso ambicionaba para su Patria amada el orden y la armonía y se propuso cimentarlos a través de asperezas y tormentas. Había observado las saludables consecuencias éticas, políticas, sociales y religiosas que prometían aquellos pueblos con el goce de las libertades. Los distintos credos o confesiones están ampliamente garantizados por el Estado. Y lo propio acontece con los Establecimientos Docentes. Los títulos académicos obtenidos en Institutos confesionales son reconocidos oficialmente sin embarazo de ningún género. Y esta liberalidad ejercida por el Gobierno en aquellos pueblos de sólida cultura la asimiló Rocafuerte provechosamente. Advirtió los prodigios que efectúa la tolerancia en aquellas grandes colectividades en las cuales no hacen atmósfera los fanatismos religiosos o políticos. Es que la tolerancia es floración de la auténtica cultura y civilización humana. Por eso en los Planteles educacionales el Profesorado está compuesto de creyentes e incrédulos con tal que se caractericen por su idoneidad y probidad y por su sagrado respeto a la conciencia del educando.

Justamente esa amalgama extraña de teorías católicas y protestantes, doctrinas enciclopedistas y galicanas que reconoce el Padre Le Gouhir en la mentalidad religiosa de Rocafuerte, está comprobando su robusta y variada cultura y la magnífica influencia que ejerciera en su espíritu la absorción de ese ambiente de libres y respetuosos dictámenes y matizado de coloraciones ideológicas de toda índole filosófica, política, literaria, científica, etc. Un escritor no es de veras culto si no procura nutrir su inteligencia con lecturas de toda especie. Y, el espíritu de auténtica cultura se caracteriza por su indulgencia y acatamiento a las opiniones y creencias extrañas. En la conciencia de Rocafuerte no ejercían influjo alguno las disidencias religiosas. Se utilizaba para la docencia de los elementos sólida y cuerdamente capacitados, fueran o no creyentes. No perseguía otro ob-

jetivo que llevar la luz a los antros más oscuros y modelar el alma de los escolares, de suerte que fueran desapareciendo de la entraña de las nuevas generaciones los gérmenes de las dolencias que han agostado las energías y virtualidades éticas y espirituales de estas colectividades indohispanas psíquicamente escabrosas e insociables.

Rocafuerte intervenía decididamente en la organización de los Establecimientos confesionales de Educación. Se proponía darles una orientación pedagógica que se diferenciara de la rudimentaria de antaño. Con este fin en el Instituto de Señoritas "Santa María del Socorro" nombró en el personal docente y dirigente del plantel a Mr. Wheelright. Tal designación "dió lugar, refiere en su Historia el Padre Le Gouhir, al escándalo de toda la sociedad por haber sido el favorecido un cuáquero militante". Este y otros parecidos cargos contra Rocafuerte tienen por divisa la pasión confesional, sobre todos los relacionados con el uso del Patronato y con la abolición de los Censos eclesiásticos que son censurados por el cronista con suma parcialidad. Del mismo modo opina respecto a la laicización del Colegio de San Fernando regentado por los Dominicanos. Pero no deja de reconocer el Padre Le Gouhir que "era conveniente organizar en forma moderna, como se ejecutó".

Por mucho que el fanatismo religioso y la parcialidad política contraría a Rocafuerte juzguen varios de sus actos administrativos con rigorismo poco hidalgo; pero no pueden dejar de reconocer que fué, en medio de las estrecheces de la Hacienda Pública, un impulsor admirable de las obras nacionales. Y si en este ramo se entusiasmó efectivamente, sus fervores fueron mayores tratándose de la Instrucción Pública, de la que depende la cultura y el elevado nivel ético y espiritual de un pueblo. El mismo cronista dice al respecto: "El progreso en la Instrucción Pública es el que más enaltece la memoria de este Presidente. El mismo redactó sabios reglamentos para el colegio lojano de S. Bernardo y el guayaquileño de San Vicente, fundado en su honor. La Universidad le debe su artístico escudo. Fundó en Guayaquil la Academia Náutica, y en Quito el Colegio Militar, que organizó el General A. Martínez Pallares. Allí mismo instituyó el primer Colegio de Señoritas que tuvo el país, como vimos, y comenzó a atenderse a la educación de las niñas del pueblo como la escuela de la Concepción". Dióse orden para que los cuatro Conventos Máximos, según lo habían comenzado ya, tuvieran abiertas en calidad de oficiales sus respectivas escuelas de niños. ¿En esa forma, y con el colegio ya existente de San Fernando y el Seminario de San Luis, se pudo levantar a un nivel regular la enseñanza pública en Quito".— Creóse la Dirección General de Instrucción, la que se componía de un doctor por cada una de las tres Facultades, Jurisprudencia, Teología y Medicina. Además en todas las provincias debía funcionar una Inspección de Estudios".— El Presidente solía visitar en persona los cuarteles, las cárceles, los hospitales y todas las instituciones de Beneficencia, dando inequívocas muestras de interesarse vivamente por su regular

funcionamiento y bienestar".— "A su mesa gustaba de convidar a los artistas de verdadero mérito y así, en todos los actos de su vida pública como en muchos de la privada, atestiguaba al pueblo y a la nobleza el sincero amor que profesaba a la Patria".

Los anteriores conceptos que consigna el P. Le Gouhir en las páginas 334 a 337 de su Historia de la República del Ecuador acreditan la labor grandemente beneficiosa y plausible que verificó Rocafuerte en favor de la Educación y de la cultura de esta incipiente República. que surgió a la vida autónoma por entre una atmósfera brumosa presagiadora de sucesos adversos. Porque se penetró de la necesidad imperiosa y apremiante de ralea la atmósfera para que penetrara la luz y cobrara vida el espíritu, recreándose en la diaphanidad de su cielo, comunicó vigoroso impulso a la educación y a la cultura del país. Cuando este ilustre Mandatario tiene complacencia en convidar a su mesa a célebres artistas se nos viene a la memoria el envidiable porte de Cosme y Lorenzo de Médicis, de esa ilustre familia florentina, que tanto protegieron las artes y las letras y acogieron a los grandes artistas en sus suntuosas residencias.

Rocafuerte no descuidó el menor accidente que se relacionara con la cultura del país. Dejó honda huella de su paso por la administración del Estado. Hasta las dos pirámides que la expedición geodésica francesa depara como recuerdo de sus trabajos fueron reconstruídas por Rocafuerte. Tuvo el acierto en las lápidas conmemorativas que mandó grabar en la Casa de Moneda de hacer constar los nombres de los oficiales españoles de la Escuadra Real que no fueron tomadas en cuenta en la lápida que dejara dicha Misión científica. Este acto dió origen para que la Academia de Ciencias de París y el rey de Francia le expresaran sus vivas felicitaciones.

Por estos antecedentes y otros tantos que la índole de este estudio no permite traerlos a la memoria al Gobierno de Rocafuerte imprime nuevos rumbos a la cultura del país y a su amparo se incrementan las actividades individuales y colectivas y prometen halagadores beneficios las fuentes de riqueza pública.

Los Mandatarios que tienen por norma de conducta la honradez y probidad y se afanan efectivamente por la cultura intelectual y artística y el progreso moral y material de la Nación son elogiadas por sus mismos enemigos. Esto pasó con Rocafuerte. Los campamentos adversos a su Gobierno dejan de reconocer sus singulares dotes administrativas y aplaudir su provechosa labor en pro de la República. Esas claridades que hace brotar Rocafuerte de la situación confusa en que tomó la administración del Estado despertaron la admiración de una de las figuras cumbres que ha tenido la República: García Moreno. Figura que cobra mayor relieve a medida que pasan los años y que decrecen los odios banderizos. Uno y otro Mandatario son juzgados con parcialidad, con tenaz preocupación fanática y con absoluta prescindencia de la época y de los componentes del medio. Colectividades constantemente agitadas por convulsiones domésticas no pueden ser gobernadas con riendas de oro ni con apacibles ad-

moniciones ascéticas. Rocafuerte y García Moreno dan la impresión de aquellos montes que arrojan hacia el Firmamento espesas columnas de humo entremezcladas de fuego. Infunden pavor y sugieren admiración.

Con sobrado fundamento dice el escritor Manuel Gálvez de Rocafuerte en su vida de García Moreno: "Pero hombres como Rocafuerte ha producido pocos nuestra América". Lo propio puede asegurarse de García Moreno.

El doctor Antonio Borrero, que censuró acremente a Rocafuerte, calificando su rigidez gubernativa del *Gobierno de tutela*, demasiado caro pagó en su administración los platonismos republicanos de que blasonaba, no obstante su inmensa popularidad electoral. Sin ser partidarios del terror y odiando los fanatismos en religión y en política nos inspiran asombro y veneración Rocafuerte y García Moreno.

La Patria, muy merecidamente, en homenaje al mandatario ilustre, al pensador y filósofo, al innovador e impulsor de nuestra cultura, ha perpetuado su memoria levantándole una magnífica estatua de bronce en la plaza de San Francisco de su ciudad natal. Aquella figura magistral e inteligentemente expresada lleva puesta la capa distintivo de los célebres tribunos romanos.

El Gobierno del Dr. Velasco Ibarra se halla empeñado en obtener una biografía completa, en lo posible, de este célebre mandatario. Con tal propósito hále enviado a Lima, para que estudie en sus Archivos algunos documentos relativos a Rocafuerte, al pedagogo Sr. Neptalí Zúñiga, quien se está distinguiendo en estudios de este género.

Aproximándose el primer centenario de la muerte de este celeberrimo estadista y gobernante la mejor forma como la Patria debiera dar culto a su memoria sería ofreciendo a todos, como indica sesudamente el académico señor Dr. J. Roberto Páez, una reedición de sus obras, a fin de que "vuelva a resonar por los ámbitos de la Patria la voz del hijo que tanto lustre supo darle. Fué ciertamente, dice el mismo Dr. Páez, uno de los mayores valores de América y el varón de veras representativo de la nacionalidad ecuatoriana".

El talentoso autor de "El Sentido Histórico y la Cultura", don Julio E. Moreno, cuya severidad crítica le mueve a no disimular, aún los errores administrativos de escasa importancia, reconoce en Rocafuerte: talento cultivado, carácter entero, capacidad organizadora, honradez acrisolada, valor personal a toda prueba y que no tuvo en la acción gubernamental por norte e impulso el principio severático como García Moreno.

El escritor llamado a prologar y dirigir la reedición de las obras de Rocafuerte es el Sr. Dr. J. Roberto Páez, intelectual que hace honor a la cultura del país por sus capacidades, su erudición y poseer en su selecta Biblioteca las producciones más raras de los escritores nacionales.

En la Sección "Variedades del Boletín de la Academia Nacional de Historia N° 67, de enero a junio de 1946, da a conocer

un libro de Vicente Rocafuerte intitulado "Ensayo sobre Tolerancia Religiosa" que lo escribió en Méjico en noviembre de 1830 y que lo adquirió el Dr. Páez en aquella ciudad, este ejemplar rarísimo.

El Sr. Zúñiga se encuentra ya entre nosotros después de haber estudiado inteligentemente los Archivos en Méjico, Cuba y Lima. Ha descubierto importantísimos documentos y juzga que la Biografía sobre Rocafuerte se compondrá de once tomos, cuya publicación será el tributo más hermoso que ofrece la República a uno de sus hijos más esclarecido.

CAPITULO XX

Criterios referentes a la Cultura Intelectual y Artística de nuestros primitivos antepasados.— Factores que intervinieron en su incrementación y decadencia.— Cualidades y defectos de la raza.— Escritores que se han ocupado de ella.— El mestizaje aunque verificado en forma antagónica fue beneficioso en el desarrollo de sus sentimientos artísticos.— Criterios de algunos pensadores referentes al estado de la raza.— El Templo de La Compañía.— Colegios religiosos que obraron eficazmente en los cultivos artísticos de los criollos.

La Patria ha sido poco afortunada en las apreciaciones que se han emitido tanto acerca de los legendarios Príncipes que batallaron intrepidamente por defender sus dominios como acerca de su cultura intelectual y artística.

Varios de sus hijos, con peregrino criterio, se esmeran hasta hoy en destruir esa fantástica textura de símbolos y ficciones alegóricas y de hechos heroicos de los Monarcas Quiteños sin comprender que destruyen los fundamentos de nuestra historia primitiva y las bases de nuestra Nacionalidad. Para nuestros arqueólogos, que pretenden desconocer que las relaciones fabulosas y las teogonías constituyen sociológicamente los basamentos de toda Nacionalidad, juzgan laborar por la ciencia negando sin el menor escrúpulo la existencia de los célebres abuelos maternos de Atahualpa, de quienes se ocupa detenidamente el historiador Juan de Velasco apoyándose en testimonios antiguos.

Las revelaciones arqueológicas y lingüísticas en que se apoyan para desvirtuar la historia de los Schyris son muy discutibles y en determinados momentos pueden confirmar las narraciones prehistóricas *engendradas por la fantasía del Padre Velasco*. Etnógrafos que se han consagrado al estudio de las antiguas civilizaciones americanas atribuyen idéntico origen a los Incas como a los Schyris, a juzgar por la tipología de su cerámica y de los colores empleados en su decoración como en muchos usos

y costumbres y en el estrecho parentesco de muchos de sus vocablos. "En Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología".—1942, en la página 233, el Profesor Dick E. Ibarra Grasso dice: "El Padre Juan de Velasco, en su "Historia del Reino de Quito", da también informaciones de interés sobre una forma de escritura que podría tomarse por una variedad local de las escrituras en arcilla". Y para reafirmar este autor sus conceptos transcribe literalmente la siguiente relación de Velasco: Usaban una especie de escritura más imperfecta que la de los *quipos* peruanos. Se reducía a ciertos archivos o depósitos hechos de madera, de piedra o de barro, con diversas separaciones en las cuales colocaban piedrecillas de distintos tamaños, colores y figuras angulares, porque eran excelentes lapidarios. Con las diversas combinaciones de ellas, perpetuaban sus hechos y formaban sus cuentas de todo". (Tomo II, libro I).

Luego las narraciones prehistóricas del Padre Juan de Velasco no son *imaginarias* cuando un autor, de autoridad en la materia, se apoya en ellas para fundamentar sus conceptos. A nada conduce el afán ciego de arrojar sombras sobre el crédito histórico del Padre Velasco. Aquella labor la conceptuamos antipatriótica y que no conduce a ningún fin científico, como lo venimos repitiendo con hartura. Los varios hombres de ciencia que han partido en sus estudios americanistas de las relaciones prehistóricas del Padre Juan de Velasco, entre los que figura el Doctor Paul Rivet, universalmente reconocido por su reputación científica, no han de rectificar sus aseveraciones referentes a las antiguas civilizaciones indígenas del Reino de Quito, únicamente, por confirmar los pareceres de determinados individuos de la Academia Nacional de Historia. Si fueron parcialidades bárbaras y de muy rudimentaria organización social y política no se comprende que hayan tenido un Príncipe como Atahualpa y Generales como Calicuchima, Quisquis, Rumiñahui, guerreros esforzados que doblegaron a las legiones invencibles de los Hijos del Sol. En las contiendas provocadas por Huáscar para adueñarse del Reino de Quito, no obstante los manejos cautelosos del Inca para quebrantar la moral del ejército quiteño, siempre fueron abatidas las fuerzas peruanas. Estos sucesos que no pueden, en manera alguna, desvirtuar los opositores de Velasco son la mejor confirmación de la no escasa importancia del Reino de Quito.

* * *

En el párrafo transcrito de la Historia de Velasco referente a la escritura de nuestros aborígenes que hace recordar la del aymará, según se ve en la lámina I del Credo en aymará inserta en el trabajo del Profesor Dick E. Ibarra Grasso, aparece la confirmación de la habilidad artística de los primitivos quiteños. Esos artistas indígenas no sólo fueron excelentes lapidarios sino que se distinguieron en la confección de varios artefactos cuyos asombrosos procedimientos no han conseguido descubrirlos, hasta hoy, muchos investigadores. // Si los aborígenes quiteños la-

braban maravillosamente las piedras preciosas haciendo con ellas figurillas angulares que las empleaban por medio de diversas combinaciones para perpetuar sus hechos; ¿no es presumible creer que no les fué desconocido el aymará, que fué el lenguaje secreto de los Incas? Estas disposiciones artísticas ¿no están descubriendo que su nivel cultural no fué inferior al de los Incas? Los antiguos cronistas refieren que el conquistador Huayna-Cápac sorprendióse de encontrar en el Reino de Quito muchos de los hábitos y costumbres de su Imperio. Estos son indicios seguros de que estas naciones indígenas reconocen un mismo origen.

A más del Padre Juan de Velasco relatan otros antiguos cronistas que los vasos y más objetos de oro en los que hizo el Emperador Atahualpa servir un refresco a los mensajeros del conquistador Francisco Pizarro les maravilló tanto dichas joyas que el Monarca quiteño tuvo la hidalguía de regalarles. Tenemos una prueba más para confirmar las magníficas capacidades artísticas de nuestros aborígenes. En las excavaciones efectuadas a menudo en Esmeraldas se encuentran figuras en cerámica con tal destreza de dibujo y técnica que causan asombro, porque parecen ejecutadas por artistas modernos. Muy parecidos objetos a los anteriores se han sacado de las excavaciones que se han verificado en algunas poblaciones inmediatas a Quito. Y en Manabí es el lugar en donde los aborígenes de aquella parcialidad pertenecientes al Reino de Quito trabajaron la piedra con tanto arte que sus figuras se confunden con las del arte egipcio. Varias de aquellas piezas fueron llevadas al Museo de Berlín. Y en varios Museos europeos y en otros de Estados Unidos se encuentran magníficas colecciones arqueológicas de nuestros aborígenes.

Por rudimentarios que hubiesen sido sus conocimientos estéticos dieron manifiestos indicios de percibir, aunque confusamente, ciertas emotividades psíquicas, a juzgar por sus mascarones, sus ídolos o dioses domésticos y sus amuletos. Lo cómico y el ridículo están expresados por ciertos movimientos deformes de las mejillas, la boca, el entrecejo y la oblicuidad de los ojos. Asimismo la angustia, el dolor, lo trágico se han ingeniado en expresarlos por el arrugamiento de la frente, las cejas y las mejillas y la boca extremadamente abierta para dar libre salida a los gritos de desesperación y de congoja provenientes de aquellas puñaladas que se curan a veces sólo con la muerte. Y si los imagineros aborígenes consiguieron sorprender en sus figuras determinadas situaciones de espíritu están demostrando que no carecían de ese don de observación o de examen de la naturaleza indispensable para que las obras de arte despierten algún interés.

En la Lámina II^a que se encuentra publicada entre las páginas 56 y 57 del Atlas Arqueológico Ecuatoriano de la Historia General de la República del Ecuador, Segunda Edición, se puede observar en los motivos magníficamente estilizados y su hábil distribución y que forman un agradable conjunto que los

antiguos Cañaris descubren disposiciones para el arte decorativo, Monseñor González Suárez asegura que los Cañaris fueron muy atrasados en el arte del diseño; y así la figura no podía menos de salir muy imperfecta". Sentimos no participar de la muy respetable opinión del ilustre Historiador. Este objeto encontrado entre muchos en los sepulcros de Chordeleg, el más importante, refiere el mismo autor, por su mérito arqueológico, ha estimulado el discurrir de Monseñor. Diversas son sus interpretaciones. Nos aventuramos justamente con él en suponer que sea aquella lámina la simbolización de un sistema cosmogónico o quizá la relación de una ciudad.

El mismo Historiador en la página 164 de su "Atlas Arqueológico Ecuatoriano" manifiesta que en estas obras de cerámica de los indígenas americanos se nota un propósito marcado de asociar la utilidad con el agrado; y que sus piezas siendo utensilios domésticos para el servicio ordinario les daban formas, a la vez, que les hacían curiosas y agradables. Y a renglón seguido concluye por reconocer que fueron fieles imitadores de la naturaleza. Nuestras apreciaciones referentes a las disposiciones artísticas de nuestros aborígenes se hallan plenamente comprobadas.

* * *

Cuanto a las capacidades que demostraron nuestros aborígenes en la arquitectura carecemos de datos precisos para justificarlas. En concepto del mismo Historiador constante en las páginas 168 y siguientes de la mencionada obra los monumentos de los Incas son los que se han examinado y descrito en el Ecuador. Las obras de los Incas no son las que deben considerarse como las genuinamente ecuatorianas, ya que el estilo y la manera de construcción que distingue a los edificios de los Incas eran desconocidos de las tribus indígenas del Ecuador, antes de que dominaran en estas provincias los soberanos del Cuzco. Mas, en la página 171 del mismo Atlas Arqueológico dice Monseñor González Suárez: "La edificación del palacio de Callo se atribuye por unos a Huayna-Cápac; por otros, a su padre Túpac-Yupanqui, y no falta quie nasegure, como el P. Velasco, que fué obra de uno de los Schyris, y que los Incas no hicieron otra cosa sino reconstruirlo con mayores dimensiones. Parece, pues, que la construcción del edificio de Callo es muy antigua, y está relacionada, acaso, con la creencia religiosa de los aborígenes de la provincia, y con la adoración de los grandes conos nevados de la cordillera de los Andes, como hemos insinuado ya en nuestra Historia".

Las revelaciones del P. Velasco no le causan repugnancia al austero y sesudo Historiador Monseñor González Suárez. Antes bien merced a ellas se extiende en consideraciones acerca del palacio de Callo, cuya construcción presume estar relacionada con las creencias religiosas de los aborígenes de la provincia, y con la adoración de los grandes conos nevados de la cordillera de los Andes. Tampoco los invasores peruanos o los In-

cas vieron este palacio de Callo construído por los Schyris, efectivos aborígenes quiteños, de menos valor arquitectónico que los palacios y fortalezas construidos por ellos en las naciones subyugadas. El Historiador afirma que los Incas no hicieron otra modificación que reconstruirlo con mayores dimensiones. Tales opiniones que no carecen de fundamento nos llevan a la confirmación de que las calidades artísticas de los aborígenes quiteños no fueron inferiores a las de sus invasores. Sin embargo, Monseñor González Suárez encuentra en los mismos edificios peruanos levantados en el territorio ecuatoriano grande diferencia entre los que construyó Túpac-Yupanqui, que se caracterizaron por su sencillez y los que erigió Huayna-Cápac que se singularizaron por lo ostentosos. Sea de ello lo que fuere. Lo cierto es que las naciones aborígenes quiteñas debieron ser de alguna importancia cuando existen ruinas en Loja y Cuenca de las fortalezas construidas por Túpac-Yupanqui para llevar a término la conquista de los Cañaris.

Y estos nuestros conceptos acerca de la importancia de las antiguas naciones que formaron el Reino de Quito no son muy aventurados y adquieren consistencia, si el mismo Historiador en la página 56 de la referida obra afirma: que las naciones indígenas ecuatorianas absorbidas por la raza de los Incas no han tenido historia por no haber fijado en ellas su atención los historiadores; y que la dominación de los Incas en el Sur apenas pasó de medio siglo y en el Norte no llegó más que a treinta años. Y todavía nuestras opiniones cobran fuerza moral y material con lo que en el mismo párrafo afirma Monseñor González Suárez: "estas regiones eran muy pobladas y los indios tenían usos, leyes y costumbres propias y creencias religiosas fijas y determinadas, antes de que los subyugasen los Incas: ¿en qué eran semejantes a éstos? ¿En qué se diferenciaban? Decirlo toca a la historia: investigarlo, a las ciencias auxiliares de la historia".

* * *

Nuestros aborígenes quiteños, bien sea obedeciendo a sus propias inclinaciones o por que influyó en su espíritu el gusto artístico de los invasores cuzqueños, lo cierto es que demostraron singulares disposiciones artísticas en cuanto sus sentimientos y fantasía fueron heridos por los resplandores españoles.

Entre las doscientas y pico de plazas de que se compuso el ejército del conquistador Sebastián de Benalcázar hubo soldados muy capaces y de no obscura significación social. Fueron los efectivos fundadores de la Villa de San Francisco de Quito. Benalcázar en previsión de un ataque sorpresivo que temía de las legiones indígenas subyugadas o quizá por homenaje a la Metrópoli de los legendarios Scyris delineó la nueva ciudad en las abruptas faldas del Pichincha. Constituía este trabajo una verdadera fortaleza y en él descansaban tranquilas las huestes ibéricas que venían batallando en el nuevo mundo por implantar los fervores místicos de la espiritual Doctora Teresa

de Jesús e imprimir en la mente y la conciencia de las generaciones de la raza sojuzgada esas bellas idealidades que encarna el famoso Don Quijote de la Mancha: ese loco sabio perpetuamente incomprendido, que anduvo luchando con noble desprendimiento por desfacer agravios, amparar a desvalidos y establecer el imperio del derecho y la justicia tan vilmente menospreciados de los hombres y los pueblos y causa del desconcierto universal.

Esa pequeña tropa acampó en las cabañas que sobraron del monstruoso incendio con el que el bravo General Rumiñahui quiso vengar la muerte del Monarca del Imperio y los ultrajes a sus dioses y a la raza. Sobre los escombros de la antigua ciudad residencial de la Corte indiana comenzaron a levantar sus nuevas mansiones los soldados de Benalcazar, procurando trasladar a ellas los lineamientos, el sabor y estilo de la antigua Andalucía en cuyas ciudades meridionales construyeron los reyes moros maravillosos palacios como para acreditar el prodigio de su fantasía creadora y el influjo que ejerció su arte en el desenvolvimiento artístico e intelectual de España.

Desde el día celebrísimo de la fundación de la ciudad de San Francisco de Quito en que los guerreros castellanos renunciaron su vida de aventuras trocando su yelmo y armadura por instrumentos de trabajo, por instrumentos que dignifican al hombre y constituyen la moral y el progreso efectivo de los pueblos; desde ese día los moradores de la nueva Villa se trazaron diferentes rutas en el desconocido medio en el que iban a domiciliarse para siempre. En su eterna despedida, muchos de aquellos castellanos entreveían en lo alto de la atmósfera, por una especie de espejismo, el paisaje de las ciudades por ellos abandonadas. En medio de su temerario arrojó no dejaban de suspirar por su histórica ciudad de Toledo, en cuyos matices de ensueños inspiróse El Greco para hacer de aquella vieja ciudad española el más bello paisaje que se haya pintado nunca, según los críticos de arte.

Entre la gente militar del conquistador Benalcázar hubo desde arquitectos a canteros, cerrajeros y albañiles. Todos los elementos obreros que se requerían para llevar aceleradamente a término las construcciones públicas y particulares. La raza cautiva fué la que contribuyó con mayores esfuerzos. Tomó sobre los hombros lo más pesado y escabroso para que la ciudad desde sus comienzos mereciera el calificativo de tal y se caracterizara por su típica expresión romántica y soñadora en el Continente.

En ese colmenar de actividades de todo género los indígenas quiteños fueron prácticamente aprendiendo la manera y procedimientos técnicos de los maestros españoles, quienes sorprendiéronse de encontrar en ellos capacidades artísticas muy singulares. Es que en la entraña de la raza que pasó por designios de la suerte a ser esclavizada para siempre se mantenían latentes sus sentimientos estéticos que le llevaban a diluirse en el alma de la Naturaleza y ver en todas las manifestaciones

de Ella sus divinidades o dioses lares a los cuales les rendía preferente culto. Por eso adoraba a los astros y con su espíritu supersticioso se imaginaba encontrar aún en el eco de su propia voz un elemento siniestro dispuesto a causarle algún daño. Por eso levantó suntuosos templos con ornamentaciones de oro al Sol y a la Luna, que fueron destruidos por la codicia española, y consagró a las vírgenes más bellas y de sangre real para sacerdotizas de su culto. Hasta en la vajilla imperial y en los objetos de su cerámica destinados al servicio doméstico, sus creencias le movían a figurar en ellos a sus ídolos, de los cuales se ha servido la ciencia para estudiar su nivel de cultura y civilización y descubrir sus entronques étnicos.

La espiritualidad de la raza le llevó a divinizar la florista y determinados ejemplares de su fauna. Con su pensar medio panteísta, un tanto fetiche, usaba sus amuletos a modo de los árabes o de los pueblos de Africa. En su conciencia como hubiesen intervenido las creencias budistas. En ningún momento dio cabida en ella a esas heladas ideas filosóficas del materialismo. Todavía para acreditar su supervivencia espiritual y su fé ciega en el peregrinaje de expiación que tenía que efectuar el alma hasta llegar a la meta de su perfectibilidad; a sus Monarcas y grandes Señores de la corte les daban siempre sepultura con sus insignias y armas imperiales y a los labriegos con los instrumentos de labranza o de trabajo. Pues, la raza, hasta hoy, posee el convencimiento de que en ese mundo de tinieblas y de misterio tiene que trabajar infatigable hasta obtener su definitiva redención.

Supersticiones o lejanas creencias que parecen absurdas, pero que descubren un sentir filosófico no contaminado de pesimismo. Los hábitos e ideologías de los aborígenes vienen a demostrar que su psiquis, no obstante la grosera envoltura en la que dormita hasta hoy, arroja ráfagas de no ser indiferente a las manifestaciones de lo bello.

* * *

Refieren los cronistas que Ampudia, Teniente General de Benalcázar, demolió con enojo ciego con más de diez mil indios palacios, fortalezas, templos y sepulcros de los antiguos Reyes para servirse de aquellos materiales en las nuevas construcciones que, efectivamente las realizó; pero que Ampudia procedió con barbarie vandálica creyendo encontrar ocultos tesoros y amortecer así su insaciable codicia. No se recelaba Ampudia de mortificar a la indefensa raza cautiva por medios demasiado crueles. Creía descubrir de esta manera los caudales sobrantes de los fabulosos tesoros entregados al conquistador por el rescate de Atahualpa, el Príncipe quiteño más eximio de la raza, y cobardemente ajusticiado contra toda norma de moral.

La codicia y el odio a la raza de Ampudia le arrastraron a destruir los monumentos y más edificios de los aborígenes que constituían los documentos de mayor peso para estudiar: su or-

ganización social y política; sus ritos y costumbres; el estado de su cultura intelectual y artística y su ascendencia étnica. El nombre de Ampudia debe ser ingrato para la ciencia arqueológica patria, como lo es el de León Isáurico para las letras y las artes del Universo por haber incendiado por odio a las imágenes la famosa Biblioteca de Constantinopla, destruyendo treinta y seis mil volúmenes, códices griegos iluminados que formaban un tesoro insustituible”.

Si las legiones ibéricas regaron en el Nuevo Mundo las semillas de oro de su cultura y civilización y de las bellas virtudes de su espíritu; pero no es menos cierto que su codicia, aversión y desprecio a la raza causaron muy grave enfado en ella y formidables complicaciones sociales. Ya desde aquellos tiempos el elemento español con la testarudez y el desprecio a la raza cautiva fué alimentando en la entraña de ella el resentimiento tenaz y la venganza que fueron creciendo con enorme corpulencia en las generaciones sucesivas hasta estallar estrepitosamente y producir en las diferentes etapas de su histórico vivir colonial disturbios o perturbaciones de tal magnitud, que han puesto al Gobierno colonial en inminente riesgo de su caída si oportunamente no procuran los Religiosos Franciscanos y los Jesuítas sosegar con súplicas las oleadas populares.

Fatal fué para España la conducta despótica, arbitraria, e impolítica que observaron, con honrosísimas excepciones, las Autoridades peninsulares enviadas para el gobierno de las Colonias. Hacían alarde de despreciar a la raza y aún de oprimirla, no obstante los mandatos prohibitorios y concluyentes de la Corona y de las sabias disposiciones dictadas por el Consejo de Indias. Y todavía lo que revestía mayor gravedad era esa absoluta prescindencia del elemento americano en los cargos administrativos. Por capaces y de noble linaje que fueran no se los tomaba en cuenta. Bastaba el haber nacido en el suelo americano para que el criollo llevara el estigma del menosprecio. Y nada provoca mayor irritabilidad y rebeldía que el despotismo, el desprecio y las injusticias. He ahí el origen de la íntima unión de la nobleza criolla con el pueblo y de conspirar conjuntamente contra el Gobierno español. El pueblo estaba convencido de los sinceros anhelos de autonomía de la clase nobiliaria y a la vez ésta de la decidida cooperación popular. Nobleza y pueblo con idéntico fervor y agitados por los mismos objetivos cívicos se encaminaban a realizarlos persiguiendo igual suerte. Desde la ruidosa Revolución de las Alcabalas ocurrida en las postrimerías del siglo XVI hasta la que sorprendió al Continente, lanzando el Primer Grito de Independencia el 10 de Agosto de 1809, pueblo y nobleza se sacrifican heroica e hidalgamente por los mismos ideales. La hecatombe acaecida el 2 de Agosto de 1810, en que el pueblo combatió animosamente con el ejército por salvar a los Próceres que dieron el Grito de Independencia en América; nobleza y pueblo dieron elocuente demostración de su fraterna y solidaria unificación de propósitos cívicos.

cos, derramando su sangre por la emancipación política del Continente.

Entre los acontecimientos de trascendencia continental ocurridos durante el Régimen colonial ningún pueblo puede disputarle la gloria de haber lanzado el Primer Grito de Independencia en el Continente e impelido a sus hijos para que desafiando la naturaleza bravía y abriéndose paso por entre el laberinto de la floresta oriental verificasen con el Capitán Francisco de Orellana el descubrimiento del Amazonas. Efectivamente de aquí partieron como lo tenemos referido, Gonzalo Pizarro y Francisco de Orellana llevando consigo cuatro mil indios quiteños, caudales, víveres y muchos animales al descubrimiento del Reino del Dorado y del país de la Canela. Con la audacia del aventurero y el ansia de satisfacer su ardiente deseo de oro, su fantasía les dirigía transformando los abismos, despeñaderos, torrentes, bosques e invadeables ríos en vastísimas pampadas de incomparable hermosura, de suerte que su ánimo no desmayase y conservara la substancia vital de la raza.

Los intrépidos Capitanes diéronse cuenta de la extensión que habían recorrido y de los mil peligros que, sin sentirlo, se arriesgaron a cada instante, abriéndose paso por entre la espesura de la selva oriental, cuando la indiana quiteña había sucumbido en la fragosa inmensidad y los pocos soldados españoles que habían quedado se devoraban su forniture y calzado para saciar su hambre. Esta, una de las más grandes aventuras que ha sido narrada con los matices de verdadera leyenda por los cronistas antiguos y modernos y fué coronada maravillosamente con el descubrimiento del Amazonas, corresponde sólo a Quito. La legendaria Metrópoli de los Scyris tiene la gloria de haber ofrecido al mundo el descubrimiento del majestuoso Amazonas, llamado a dar regazo en sus extensos y riquísimos dominios a pueblos más humanos, más sociables y depurados, que no lleven en su entraña ese nidal de egoísmos y ambiciones que mueven a individuos y pueblos a destruirse, a exterminarse con loco frenesí.

Estos laureles que los conquistó Quito con la sangre de sus hijos han sido con protervia despojados de sus sienes por manos inescrupulosas. Mas ¿qué importa si la autenticidad histórica no se la desfigura, no se la borra, no se la destruye con la fuerza, con el oro ni con divulgaciones aparatosas, sutiles, o maquiavélicas alegaciones jurídicas?

* * *

La raza sentíase como desterrada dentro de su propio Imperio que le fuera arrebatado por el conquistador. Su paisaje de agrestes tonalidades virgilianas y románticas melodías perdió su sabor de ingenuo candor pastoril y sus aromas que desprendiéndose de los castos senos de las vírgenes del Sol se esparcían por el ambiente en cuanto flamearon en el corazón de la abatida Metrópoli las banderas victoriosas del conquistador.

La muchedumbre indígena, humillada, desposeída de sus heredas y sin energías para vengarse de la afrenta, creía aquietar sus congojas trayendo a la memoria las solemnidades de su culto al Sol, a la Luna, a sus lares; fiestas públicas en las cuales el Emperador, su corte, el ejército y el pueblo se dirigían a la cima del Panecillo antes de la aurora a saludar reverentes la salida de su dios Sol. En estas fiestas ofrecidas anualmente en agradecimiento de sus cosechas la muchedumbre indígena bebía con hartura licor y refrescos que los hacía de maíz. La expresión de su alegría constituían los bailes sueltos. Pero el arte coreográfico, que tanto habla al espíritu con sus cuadros rítmicos de incomparable vitalidad y hermosura y por medio de los cuales ha conseguido el cinematógrafo despertar en el alma popular sensaciones y emotividades de orden superior; ese arte coreográfico cuyo origen se encuentra en la danza de las sacerdotizas consagradas al culto de Vesta fué conocido embrionariamente por la raza. La danza imperial la bailaban entre algunas parejas con una música apropiada de pífanos y tambores. Y sus movimientos cadenciosos, graves, majestuosos e inclinaciones de cabeza guardan cierta semejanza con la danza o cuadrilla de nuestros tiempos.

El estado de cultura primitivo en que se encontraba la raza indígena no le permitía conocer instrumentos músicos de gradaciones o sucesiones de sonidos. Sus pífanos y tamboriles traducían la neblina de su psicología. Su música de una tristeza y monotonía desconcertantes hiere los sentidos sin llegar al alma, a la inteligencia, a las reconditeces del espíritu. Su instrumento preferido el *rondador*, compuesto de una serie de carrizos, sólo se presta a tonadas melancólicas, a su *yaraví*. Cómo que su música presagiara a la raza que en los albores de su evolución estaba fatalmente destinada a perder su propia constitución y los prístinos resplandores de su inteligencia y de su espíritu al acometimiento de otra raza de mayores energías, de superior cultura y civilización y que contaba con otros elementos de vigorosa potencialidad espiritual.

El avasallamiento a que le sometiera el conquistador fué tan bárbaro y despiadado que no encontró la raza otro alivio en su aflicción muy grande que exteriorizar sus congojas por medio de lúgubres tonadas y libar constantemente el licor hasta embriagarse e ir perdiendo con la costumbre sus fulgores mentales y volitivos que, en otra hora, brillaran vivamente. Su estado de verdadero siervo de la gleba le arrastró a su inconsciencia absoluta. En la colonia los encomenderos sin obedecer a los mandatos reales tan humanos y llenos de benignidad le dedicaron al indio a labores agrícolas y otros trabajos demasiado duros e insufribles. Y todavía en el traspaso de la propiedad figuraba entre los semovientes sin la menor reclamación ni protesta.

La costumbre del concertaje se ha mantenido en vigor hasta hace poco. Y no hay duda que el tal convenio demasiado deprimente para la raza concluía con las facultades más preciadas y dignificantes del hombre. ¿Qué es de él si está privado

de la voluntad? Necesariamente para apartar al indio del estado de abyección en que se encuentra desde la conquista y entre consciente a formar parte de la Nacionalidad Ecuatoriana se han dictado providencias que no han rendido fruto alguno en tal sentido. Varios intelectuales y no pocos letrados se proponen con absoluta falta de probidad y de sindéresis redimirlo y que entre en goce de las prerrogativas ciudadanas por medio de la sublevación y la indisciplina, ocasionando en las haciendas mil complicaciones y un verdadero desconcierto.

La agricultura en la Sierra no cuenta con otro elemento de trabajo que el indio; elemento irremplazable en la agricultura del Interior como lo es el montuvio en la de la Costa. El indio tiene propiedades excepcionales, pero también grandes defectos que difícilmente pueden extinguirse de su constitución, ya que son temperamentales. Es humilde, resignado, laborioso y resistente. Las inclemencias de la naturaleza no le amedrentan ni le causan la más leve impresión en su organismo. Mas, cuando alimenta algún resentimiento lo disimula hasta encontrar una ocasión propicia para vengarse cruel y desapiadadamente. Por eso quienes sin ahondar su psicología pretenden violentamente redimirlo por medio de la sublevación y la indisciplina incurren moral y socialmente en grave culpa. Destruyendo los tenues resplandores éticos de la raza y avivando el rencor que se mantiene latente en la entraña de ella contra el blanco desde la conquista, no se conseguirá su regeneración y se habrá causado gravísimo daño a la agricultura de la Sierra. Con el indio civilizado en forma tan extravagante y peregrina se habrá obtenido un elemento amoral y política y socialmente detestable.

Otros son los procedimientos aconsejados por una docencia sana y sabia para transformar al indio en elemento de beneficio colectivo, de provecho y conveniencia para la República y de su propia dignificación. No es el todo el concluir con su analfabetismo, e insolentarlo y moverlo a que rompa con sus deberes y obligaciones. Los estímulos deben dirigirse a destruir su alcoholismo, haciéndole ver los efectos desastrosos que ocasiona en su propio organismo, en la generación y en el bienestar doméstico. Y precisa confesar que nada se ha hecho en tal sentido. Hasta algunos párrocos, con absoluto desconocimiento de su misión sacerdotal, propenden aún a mantenerlo en los dominios de su degeneración con las fiestas. Pues, hasta las de ánimas las celebran con música, petardos y otras diversiones. ¿No sería un positivo beneficio de orden moral y social el acabar con las fiestas que le ofrecen un poderoso incentivo para la bebida y otros excesos? El engendrar en la raza necesidades relacionadas con un vivir de comodidad y de mejoramiento, de suerte que sienta los positivos beneficios que ofrece la higiene en la conservación de la salud y el bienestar espiritual, creemos que sería una de las formas de mejorar la condición moral y social de la raza. Con una cruzada en tal sentido se la salvaría en algún tanto.

La situación de abatimiento y de miseria en que se encuentra la raza y el mantenerse al margen de las funciones ciudadanas, no obstante el predominio del régimen democrático, han dado origen para que prosadores, poetas y juristas desarrollaran en favor de ella producciones de no escaso mérito en su género. La suerte del indio ha conmovido el alma de altas mentalidades que han sobresalido en el Foro y el Parlamento por su elocuencia jurídica como el Doctor Alejandro Cárdenas, quien en frase lapidaria traducía el alma de toda una raza que había perdido la conciencia de su sér sobrellevando pacientemente una opresión de siglos. De *ganado menor* denominaba a la muchedumbre indígena el célebre estratégico parlamentario. Y una clase que estaba *“desposeída dramáticamente de su condición humana y de su derecho elemental a la vida y a la cultura”* como lo anota inteligentemente el Doctor Gonzalo Escudero en su discurso que pronunciara en la Universidad Central en homenaje póstumo al Doctor Remigio Crespo Toral; aquella clase si es acreedora a que los elementos dirigentes, la docencia desbrocen la maleza que ahoga su espiritualidad y puedan beneficiarse provechosamente sus facultades mentales y volitivas.

Movidos de compasión y sentimiento por los dolores e injusticias de la muchedumbre indígena varios escritores, como expresamos anteriormente, se han constituido en defensores de su causa y otros en divulgadores de sus virtualidades. Un poema a la Raza, de viril entonación clásica y de un realismo pictórico vibrante y ameno, que nuestro malogrado compañero y amigo Dr. Aurelio Román Tinajero presentó en un concurso promovido por la antigua Sociedad Jurídico-Literaria y que no se realizó, es digno de recordarse por su inspiración de hondo calado psicológico y sus cuadros de variada y armónica coloración. ¿Qué paradero tendrá ese canto inédito con la muerte del autor en extranjero suelto? El “Atahuallpa” del Doctor Benjamín Carrión, que publicó en Méjico el año de 1934 es un libro que en sus 315 páginas va labrando con piedras preciosas la figura del gran Monarca indígena quiteño, que aventajó a su padre el Emperador Huayna-Cápac en talentos militares y políticos. Esta obra en prosa es propiamente un poema que honra al autor por haberse ingeniado en figurar al Héroe infortunado con la virilidad diamantina de su espíritu.

“El Indio Ecuatoriano” escrito por el Doctor Pío Jaramillo Alvarado es un libro propiamente sociológico que se contrae a estudiar: El Indio.—El Agro.— El Trabajo Indígena.— Colofón: Atahuallpa, creador. El autor con ese talento de observación que le caracteriza en sus estudios se contrae en poner a la vista del lector cada uno de los diversos aspectos en los que la raza ha desarrollado útilmente sus energías, siendo éstas mal comprendidas e injustamente recompensadas por las otras clases, por la burguesía, o la clase acaudalada. Los ideales políticos que sustenta el simpático y distinguido pensador le mueven

a ver en el indio las transparencias de su psicología con prescindencia de las nebulosidades que envuelven su alma misteriosa de esfinge. Comprendemos las buenas cualidades del indio ecuatoriano, pero hemos palpado de cerca sus grandes defectos. Y repetimos en sus diarias reclamaciones que lleva éste ante los Tribunales por perjuicios recibidos de sus patronos, los fallos se expiden, casi siempre a su favor, sin oír las razones de la otra parte. He ahí que esta mal entendida justicia social ha herido gravemente a la agricultura con la desolación de nuestros campos. A los labriegos los tenemos aquí en la Capital ejerciendo diversos oficios y los agricultores carecen de peones para trabajar sus haciendas. Aquí reside otra de las causas de la monstruosa carestía de la vida que los poderes públicos no encuentran la manera de contrarrestarla; ya que todo concurre a reagravarla .

La obra del Doctor Jaramillo Alvarado, como todas las que brotan de su autorizada pluma, nos ha impulsado a varias reflexiones que, en la hora actual, no parecen inoportunas. Tratóse del problema de la raza indígena y del vehemente anhelo de las clases dirigentes de incorporarla de manera real y efectiva a la vida cívica, de suerte que forme consciente de sus actos parte de la Nacionalidad Ecuatoriana, cualquier sugerencia que tienda a su regeneración es aceptable, siempre que sea bien intencionada. Algunos intelectuales, especialmente aquellos que se denominan de *avanzada*, quizá por alcanzar efímeros aplausos, pintan al indio en todo momento perseguido y hostilizado por el blanco, fomentando así las odiosidades y el antipático divisionismo de clases. Tales divulgaciones que, en manera alguna, propenden al refinamiento de la cultura ni a mejorar la condición moral y social de las clases desamparadas, son muy censurables por no ser brote de la sinceridad y procurar destruir los vínculos de convivencia con excitaciones de tal índole.

El éxito que ha obtenido "El Indio Ecuatoriano" del Dr. Pío Jaramillo Alvarado lo confirma su tercera edición, lo cual es tan difícil entre nosotros. El Dr. Rafael Quevedo Coronel también se ha consagrado a estudiar biológica, psíquica y socialmente a la raza. En su folleto de 30 páginas, que apareció en el año de 1938, y lleva por título "El Indio en la Región Interandina del Ecuador", tiene sesudas observaciones en cada uno de los aspectos inteligentemente tratados por el laborioso Profesor y que deben ser tomadas en cuenta por cuántos se han dedicado a la nobilísima tarea de trabajar sana y honradamente por la profilaxis social y la regeneración de la raza indígena.

La situación moral y socialmente depresiva de la raza indígena, que dada su inmensa mayoría mantiene al país en su cultura y economía en un monstruoso desnivel respecto de las otras Nacionalidades Latinoamericanas en las cuales no existe o existe en escasa minoría el elemento indígena en su población; aquella situación de la raza ha influido en los propósitos de nuestra intelectualidad de destinar sus energías en favor del mejora-

miento moral y espiritual de la raza, a fin de que pueda entrar en goce de las preeminencias sociales y políticas de las otras clases. De ahí que ella figure como heroína o protagonista; ya en dramas intitolados "Las Vírgenes del Sol" y "La Virgen de la Selva" del Profesor Antonio Rodríguez S.; ya en novelas como "Huasipungo" de Jorge Icaza que ha alcanzado la quinta edición, circunstancia que revela el general interés que se tiene por la reivindicación de la raza indígena; y por último en el Melodrama en cuatro actos intitolado "El Príncipe Cacha" de Filomón Proaño que apareció por el año de 1931.

También nuestro talentoso e inspirado artista Doctor Sixto María Durán se inspiró en la novela "Cumandá" del eximio literato ambateño Don Juan León Mera para componer su ópera del mismo título, cuyo libreto lo escribió Don Enrique Escudero y lo escenificó Don Pedro Pablo Traversari. Si el Doctor Durán saliéndose de su habitual modestia exhumara de su archivo la mencionada ópera y la diera a la publicidad confirmaría una vez más su merecido prestigio musical y elevaría el nivel de nuestra cultura artística.

Si es muy apreciable la literatura que se ha desarrollado en tal sentido desde el advenimiento del partido liberal al Poder. Plumas vigorosas, candentes y eruditas, entre las que se cuenta la de Don Abelardo Moncayo en su folleto sobre el Concertaje, han descrito con sombrío colorido la mísera condición ética y social del indio, con el designio de rescatarlo, de salvarlo. Pero los remedios que han sugerido muchos resultan ineficaces en la práctica, ya que hacen abstracción del medio ambiente, factor de importancia que debe tomarse en cuenta en toda reforma de orden social y económico. Por otra parte con muy grande desilusión hemos presenciado que algunos liberales y ciertos socialistas que se precian de ser sus fervorosos defensores le explotan vilmente unos y otros le tratan con mayor tiranía que los retrógradas. Nos falta sinceridad y ética en nuestros actos y en los principios políticos que profesamos. Con las teorías sociales que divulgamos en favor de la redención de la raza cautiva discurrimos, no pocas veces, fuera de razón. Luchamos estérilmente por hacer que el indio llegue hasta nosotros cuando lo natural es que nosotros bajemos hacia él. Conviene que el indio sea propietario a que comience a sentir necesidades desconocidas para él en su vivir de degradación y de miseria. Y con ese amor que el indio tiene a la tierra que cultiva y al suelo en el que se asienta la techumbre, la que humea diamantes pulverizados de églogas, sería el guardián msá celoso de la Patria. De propietario y con estímulos de tal género el indio borraría de los dominios patrios toda huella de plantas invasoras y los defendería con más aliento y tenacidad que muchos a quienes la Patria les ha sustentado en el extranjero y que al regresar a su seno no sienten el menor afecto por Ella y que viven renegados y censurando sus deficiencias, no obstante continuar alimentándose de sus jugos.

Los soldados que con el conquistador Sebastián de Venalcázar trajeron en su armadura las prodigiosas semillas de oro de la cultura intelectual y artística de la civilización occidental llegaron a la misteriosa Métopoli del legendario Reino de Quitó sin que les acompañara una guerrera o damisela ibérica en su largo y fatigante viaje. Por inevitables designios de la suerte la mujer indiana fué llevada violentamente como cautiva a dar calor a esa mansión de soledad en la que el fundador hispano sentía las indisposiciones provenientes de una atmósfera congelante. La mestización en tales condiciones efectuóse, no como resultante de una cópula de dos almas igualmente comprensivas y abrazadas de sublimes afecciones, sino obedeciendo a impulsos genésicos o fisiológicos. Por consecuencia de aquella hibridación los vástagos tenían que llevar en su entraña las vivencias de odio y rencor indígenas y los ímpetus, altanería y presunciones castellanos. Desde sus orígenes las generaciones americanas nacieron con los gérmenes que debían un día estallar contra los atropelladores de las perfumadas virtualidades de las vírgenes indígenas.

Los efectivos castellanos; los verdaderos hidalgos que no podían quebrantar en manera alguna las normas de entereza y probidad trazadas por el famoso Don Quijote de la Mancha, esos pocos eligieron a doncellas de la corte imperial indígena por soberanas y señoras de la mansión conyugal. En la descendencia de ese consorcio espiritual de sacras afecciones han aparecido brotes que dieron muestras de llevar en su inteligencia y espíritu esos preciados dones con los cuales la naturaleza suele favorecer a aquellas almas que se levantan sobre el vulgo para que puedan expresar y difundir en las variadas formas del pensamiento y del arte las imágenes y armonías que vibran en sus senos en perpetuo valvén de prodigiosas luminosidades creadoras.

La raza indígena antes de que el conquistador ibérico la encadenara y le mantuviera sobrellevando una existencia de pesadez y sufrimientos demostró en sus dogmas, ritos, costumbres y objetos de arte su exquisita sensibilidad y su singular sentido estético. Pues, con suma facilidad y maestría captaba cuanto le ofreciera el ambiente a su contemplación. En la cerámica aborigen quiteña atribuida por nuestros arqueólogos a la civilización incaica existen variadísimos objetos elaborados con refinado gusto estético. Pero nuestra sorpresa ha sido muy grande al ver algunas piezas que nos enseñara hace pocos días el Dr. Ricardo Paredes descubiertas en algunas excavaciones efectuadas por él en Esmeraldas, en las cuales se advierte a primera vista en su construcción y estilización extraordinaria originalidad y una factura artística completamente moderna.

La arqueología de Esmeraldas pocos la han estudiado pacientemente como el talentoso investigador de nuestra referencia. Sus concienzudas observaciones le han puesto de mani-

fiesto que de los dominios quiteños se extendieron hacia el Imperio del Cuzco las olas indígenas civilizadoras. Luego no es muy aventurado suponer que muchos de los objetos atribuidos a la manufactura incaica son pertenecientes a nuestros aborígenes quiteños. Los reveladores descubrimientos del Dr. Paredes inducen a confirmar las narraciones del Padre Velasco respecto de la tan debatida existencia de los Shiris, a pesar de que el talentoso crítico Don Isaac Barrera se empeña en sostener que el Señor Jacinto Jijón y Caamaño parece haber escrito la última palabra en sus dos obras principales: Sebastián de Bernalcázar y "El Ecuador interandino y Occidental". Formidables son las dilucidaciones del erudito escritor Isaac J. Barrera al respecto constantes en las páginas 54 a 57 de su excelente libro "Historia de la Literatura Ecuatoriana". Pero tendrán que ceder ante las concluyentes demostraciones arqueológicas del Dr. Paredes.

En la fusión étnica que se operó en fuerza de ese determinismo que impera en la suerte de los pueblos para dar origen a generaciones de mayores capacidades psíquicas y orgánicas; una y otra raza portaron a la mixtura indo-hispana preciados elementos psicológicos que cobraron vigoroso desarrollo en la plácida atmósfera ecuatorial bañada constantemente de los resplandores fecundantes del sol tropical. De ahí que nuestros indios quiteños, en cuanto sintieron los estímulos de la docencia intelectual y artística que recibieron en los Colegios fundados por las Comunidades religiosas, que los acogieron benévolamente, sus sentimientos y fantasía se abrillantaron con tanto vigor y vivacidad que sus mismos maestros quedaron sorprendidos al palpar que sus discípulos indígenas los aventajaron en las diferentes obras de arte que ejecutaron. Con extraordinaria originalidad artística conciliaron en las tallas y en las ornamentaciones o revestimientos de los retablos los símbolos de los dogmas de la Religión Católica y los de sus mitos o divinidades tutelares. Los artífices indígenas dejaron, tal vez sin pensarlo, vivaces destellos de su espiritualidad en las obras que ejecutaron. Muchas de ellas inducen a tantas reflexiones. Por ejemplo la admirable fachada de piedra medio azulada de la sacristía de la Catedral, que aquí se la reproduce, habla un lenguaje de poesía filosófica que le transporta al visitante con el pensamiento al Indostán, a la misteriosa India, en donde impera Brahma, principio creador y espíritu del universo y primera persona de la *Trimurti* India, al que le dirigen aquellos pueblos sus plegarias, sus himnos religiosos contenidos en los Vedas. Efectivamente, que en ese hermoso grupo de tres personajes que simbolizan el dogma fundamental del cristianismo no podía estar mejor caracterizado el Dios Supremo y primera persona de la Trinidad que es aquella Figura majestuosa y de mirar de abismos que lleva en su pecho al sol que es la divinidad de la raza indígena y personifica la sabiduría infinita y esa *luz más luz* que invocó Goethe al morir.

Visitantes extranjeros cultos e instruidos en arte al fijar-

se detenidamente en esta admirable fachada de la sacristía de la Catedral de Quito han concluído por aseverar que es algo de lo mejor que han visto en América en escultura en piedra por su magistral ejecución y su contenido filosófico y artístico. Y los artistas indígenas que dieron expresión tan real y tan honda a todo ese conjunto de figuras escultóricas vivientes que se ostentan en los tres cuerpos de que se compone dicha fachada, dejaron en toda ella vibrando su espíritu, mas no su nombre. Idénticas apreciaciones se han emitido respecto de la fachada del templo de la Compañía, que todo ese armónico conjunto de templado barroco es una epopeya en piedra. Es todo un tejido aristocrático de símbolos. Sin mucho pensar interpreta el hombre culto la historia de San Pedro, desde su humilde oficio de pescador hasta que ocupó la Silla Pontificia. Lo propio respecto de San Pablo, desde que llevaba el guerrero el nombre de Saulo hasta que convertido se hizo admirar por su elocuencia y fué martirizado por orden de Nerón. De lamentar es que a uno y otro busto, magistralmente tratados los hubieran volado con bala gran parte de la nariz en una de tantas de nuestras bárbaras luchas intestinas. ¡Los males ocasionados al arte y a la civilización por la barbarie humana de la guerra son irremediables!

En los dos cuerpos arquitectónicos y el frontón semicircular de que consta el frontispicio del templo de la Compañía realzan los grupos escultóricos con rítmica exquisitez renacentista que comunican al conjunto de estilo barroco una solemne grandiosidad musical. Con sobrada justicia dice el Padre jesuita Francisco Vásconez en su especie de prefacio a su interesante opúsculo "El Templo de San Ignacio de Loyola en Quito": "No hay viajero, medianamente ilustrado, que no lo visite y quede maravillado de su esplendidez e inquiera ávido toda clase de datos sobre su construcción". En las páginas 17 y 20 refiere que las 19 estatuas de piedra que se encuentran en la fachada fueron trabajadas por el P. Leonardo Doubler, S. J. Y, en la 24 afirma que los principales artistas que trabajaron en la construcción y ornamentación del templo, comp arquitectos, escultores, talladores y pintores fueron Jesuítas. No dudamos que artistas extranjeros jesuítas intervinieron en las obras de arte ejecutadas con tanta magistralidad en la fachada como en el revestimiento y decoración del interior de dicho templo, que es una joya invaluable por su distribución y proporciones y por su sólida construcción, que no ha sufrido desperfecto alguno en los fuertes temblores de que son víctimas frecuentemente estos pueblos de la América Meridional ceñidos por la gran cordillera de los Andes. Pero cuantos han escrito respecto del templo de la Compañía, inclusive religiosos jesuítas, reconocen que trabajaron juntamente con los extranjeros picapedreros y albañiles quiteños, quienes se conquistaron el aprecio de los diferentes directores que intervinieron en la ejecución de la obra por sus aventajadas disposiciones artísticas. Y lo que se dijo ayer de los orfebres indígenas de la colonia se puede afirmar hoy, ante los complicados trabajos que efectúan nuestros humildes canteros y al-

bañiles, que son los mismos. Pues, los vemos diariamente esculpir en piedra y ejecutar complicados trabajos decorativos en alto y bajo relieve sin tener modelo alguna a la vista.

El Padre Vásconez conjetura que pueden ser autores del plano de la Compañía: el Dominiquino que gozaba en Roma de merecida fama como arquitecto y pintor y fué el que hizo el plano de San Ignacio de Roma construído 20 años más tarde que el de esta ciudad, circunstancia que induce a pensar que en éste de Quito se inspiró aquel artista para la construcción de la célebre Iglesia de Gesú en Roma, cuya similitud con la nuestra es indiscutible; el J. Jesuíta Horacio Grassi “que dirigió la construcción de San Ignacio de Roma, no menos que el Hno. Coadjutor Andrés Pozzi, arquitecto y pintor distinguido”. Lo cierto es que el mismo Padre Vásconez afirma en la página 26 de su su citado opúsculo “que no se conoce con certeza al autor del plano”. También la estructura barroca de la Catedral de Murcia tiene su parecido a la fachada de nuestra Compañía de Jesús. La fachada guarda correspondencia con la grandiosidad artística del interior. El más profano se siente maravillado ante la riqueza que ha puesto la fantasía al servicio de las Bellas Artes para que, en sus diferentes manifestaciones expresaran los orfebres indígenas sus sentimientos y emociones y el espíritu místico y religioso de este pueblo.

El orden corintio o mejor el compuesto ha tenido que ceder ante el influjo irresistible del movimiento artístico renacentista y luego del barroco. Pero las modificaciones introducidas se han ejecutado con tanta destreza y gusto que se siente en lo interior un himno sinfónico solemne sin la menor nota discordante. Aún el mismo churrigüeresco, que ahoga la línea y los contornos con su recargo de adornos extraños, no produce impresión desagradable en algunos retablos en los que se aloja muy disimuladamente. Fijándose con un poco de detenimiento en el artesonado y las decoraciones que se ostentan en las caras laterales del cuerpo principal del templo se advierte que supervive robusta la influencia artística mudéjar. Cuánto a las imágenes, a las que se las venera en los altares, son de mucho mérito las cinceladas por el Padre Carlos y otros escultores quiteños que les aventajan en expresión y vivacidad a las comerciales traídas de Barcelona, que carecen de movimiento y vida. Con poco discernimiento estético se ha procedido al desalojar nuestras estatuas de los retablos para dar cabida en ellos a figuras de escaso valor artístico. La diferencia puede apreciarla cualquier individuo medianamente culto.

* * *

La fachada de la Compañía la hemos visto reproducida solemne y majestuosa y con esas tonalidades tan características e inimitables que comunican a la piedra medio azulada los resplandores del sol en un lienzo al óleo ejecutado con inteligente observación por el artista quiteño Sr. Dn. Alberto Coloma

Silva. Venciendo las dificultades que ofrece un cuerpo arquitectónico visto a cierta distancia en que desaparecen los diferentes planos y los valores que figuran su posición real y luchando con los embarazos que a cada paso presenta la pormenorización ornamental; con su retina segura y bien orientada, tan propia de artista de verdad y que ha recibido sólida educación pictórica, ha conseguido trasladar al lienzo ese monumento arquitectónico con los colores y visos que reviste el sol a la piedra en determinadas horas de su carrera. Y para que su obra revele el ambiente recogido y piadoso de la Metrópoli quiteña pinta un cielo de factura del Greco como para declararnos que es el famoso ingenio pictórico de su culto, al que deberían estudiarlo diariamente cuantos por vocación se dedican al cultivo del arte, ya que de su prodigiosa paleta brota la espiritualidad que se encarna y transfigura en las imágenes alargadas que pueblan sus lienzos y que se elevan a los cielos. Las figuras de Greco tienen un sabor que sólo él supo comunicarlas con su extraordinario sentido estético. Comprendió como pocos la gama de las afecciones y emotividades y los matices del espíritu humano. De ahí que las formas de sus imágenes por entre la entonación vigorosa y abultada de sus miembros expresaran vivamente las diversas situaciones de espíritu.

Por lo mismo que el Greco es el precursor, el genio que preparó con clara visión estética el advenimiento de la pintura moderna en las obras de él deberían estudiar para comprender su verdadero espíritu y significación cuantos se sientan con propensión para tan difícil cultivo. Se necesita honda cimentación clásica y un temperamento ecuaníme y sereno para no ofuscarse y sufrir terribles descalabros en la ruta que va trazando el genio en la Ciencia, la Literatura y las Bellas Artes. Con su panorámica visión que se inmerge en lo desconocido descubre elementos que se mantienen ocultos a las miradas comunes y que propenden a la perfectibilidad e incrementación de la cultura intelectual y artística y a un nuevo concepto del arte y de la belleza.

Ordinariamente las juventudes por su mismo espíritu inquieto y en formación apetecen lo desconocido y muchas veces por llegar a juntarse con vislumbres que divisan apenas en el infinito encuentran su caída, su pérdida. Muy legítimo que las juventudes con su avidez de instruirse y empaparse en doctrinas que tiendan a la abriantación de su entendimiento y su refinadura espiritual amen apasionadamente cuanto en lo intelectual y artístico les ofrezca un alborear de auroras. Mas no por ansiar lo novedoso y denominarse revolucionarios se han de abandonar alucinados a enunciaciones o ideologías que ejercen radical transformación en la literatura y en el arte, sin penetrarse de las substancias estéticas del contenido espiritual. Dejándose fascinar por lo cromático y las abriantaciones de la forma se convierten los jóvenes en fanáticos defensores del nuevo movimiento artístico o literario y concluyen extraviados rindiendo ferviente culto a falsas deidades. Tal aconteció en España con

la revolución literaria acaudillada por el monstruoso numen poético de Góngora, el precursor de lo poesía moderna que, con su potencialidad creadora y musical, rompió los añejos e inflexibles moldes académicos para que la nueva poesía libre de trabas convencionales se mantuviera vibrando sinfonías de luz, sinfonías de color, entonaciones emocionantes y expresivas de los estados de alma guardando correspondencia con las esbelteces de la forma.

Con sobrado fundamento anota el erudito autor de la "Historia de la Literatura Ecuatoriana", Sr. Isaac J. Barrera, en la página 199: "Las revoluciones literarias se extienden con una gran facilidad, aun en los medios opuestos a ellas. La resistencia es incomprensión, pero también impotencia; de allí que al propagarse una escuela, los oficiantes en sus altares son numerosos, pero poquísimos los que llegan a la intención poética o a la profundidad estética. Y las novedades se desacreditan por la torpeza de sus adeptos fervorosos, hasta que se impone en el medio y produce la obra que ha de consagrar y generalizar su uso para en adelante. Y, más abajo dice: "el gongorismo estaba condenado irremediablemente a caer en manos inhábiles, de los discípulos que imitaban la manera, sin comprender lo sustancial y eterno de su inspiración. Se alambicó, se contorsionó y, sobre todo, se huyó de lo normal y llano para crear, ya no un lenguaje poético, como quería el maestro, sino lo raro para huir de la vulgaridad corriente. Fué así como lo culterano y lo conceptuoso se trocó en pedantesco y estrafalario. Se vivió en perpetuo trance de lo *cursi*!"

Al culturismo del siglo XVII en Europa aún figuras de grandes capacidades literarias pagaron su tributo. Pretendieron imitar las excelsas musicalidades poéticas del maestro y vestir a sus imágenes de ropajes deslumbrantes y recargados de ornamentación con cuyo procedimiento consiguieron ahogar la idea y poner al lector en la dificultad de encontrarla o de interpretarla. Es decir una afectación o extravío literario de estilo que, arquitectónica o artísticamente hablando, se calificaría de churrigueresco. Este delirar literario perduró en América hasta el alborar del siglo XIX. Y se explica el fenómeno, ya que las alteraciones orgánicas o del entendimiento venidas de otros lugares recrudescen y causan estragos en pueblos vírgenes que no cuentan con elementos suficientemente idóneos para combatirlos. Nuestros poetas y oradores sagrados rivalizaban en manifestarse con los devaneos o endemia literaria que hizo su aparición en la Madre Patria. No debe causar extrañeza que mentalidades de mérito indiscutible y representantes de nuestra cultura intelectual de los primeros siglos del coloniaje se declararan fervientes adoradores del culteranismo, toda vez que los maestros que trajeron la misión de cincelar la abrupta psicología indígena y dejarla en capacidad de recibir los estímulos docentes de la cultura occidental vinieron con su mentalidad perturbada, su obstinado delirar imaginativo. Por otra parte los apóstoles que arribaron a estas playas con la nobilísima misión

de difundir sus luces, no estuvieron los más favorecidos con las dotes educacionales para llenar con suficiencia su objetivo. Al respecto dice el distinguido escritor Isaac J. Barrera en la página 60 de su obra citada: "Al nuevo continente descubierto iban pasando religiosos que más tenían de buena voluntad que de estudios; el catequismo era una disposición de ánimo, pero no preocupación intelectual. Era el reverso de la aventura caballeresca o soldadesca, más bien dicho, pero así mismo burda y primitiva".

Tales conceptos confirman nuestras aserciones al respecto. Fué preciso que los obispados sostuvieran Seminarios en el Nuevo Continente para que los que se dedicaran al sacerdocio tuviesen adecuada preparación. El cuarto Obispo de Quito, Fray Luis López de Solís que llegó el año de 1594 fundó el Seminario de San Luis. Pero entre las primeras comunidades religiosas que se establecieron en la villa de San Francisco de Quito fueron los Franciscanos quienes fundaron escuelas y el célebre Colegio de San Andrés hacia el año de 1556 en el que se enseñaba, igualmente, a españoles e indígenas a leer y escribir, gramática latina y las artes en general, de suerte que las obras públicas y particulares contasen con elementos capaces para su ejecución. Es así como los indígenas quiteños educados en una forma que consultaba las necesidades que cobrarían enorme desarrollo con el crecimiento de la ciudad y de la población, consiguieron especializarse en cada ramo hasta rivalizar con sus maestros y contribuir todos conjuntamente a la formación de la Escuela Artística Quiteña que adquirió en la colonia efectiva celebridad continental.

El merecido renombre que alcanzó dicha Escuela no fué, únicamente, por sus pintores y estatuarios que asimilaron la manera de los grandes maestros hasta confundirse con ellos en su técnica y vigorosa coloración, sino porque en todo ramo o profesión dieron bellas muestras de su exquisita sensibilidad y prodigiosa fantasía. En la colección de bargueños que posee el Museo Nacional el visitante extranjero queda maravillado al ver las incrustaciones verificadas con marfil, nácar, hueso ejecutados en la madera con soberbia desenvoltura y destreza incomparables. Los motivos ornamentales son indígenas relacionados con sus ídolos o con las imágenes de la religión cristiana. También la flora y la fauna nuestras les han inspirado en sus ornamentaciones en las que la composición está ejecutada con tanta habilidad y arte que da la impresión de haberse efectuado con pincel dichos trabajos. Hasta el cerrajero ha contribuido con inteligencia y arte a complementar la decoración de los bargueños. También los motivos indígenas son de su preferencia y están tratados con tanta sutileza de ingenio que parecen trabajos de orfebrería. Todavía en los clavos que ornamentan las puertas de muchos templos los cerrajeros han conseguido simbolizar los dogmas cristianos como para demostrar que no son indiferentes a la emoción estética. Lo propio puede afirmarse de los cordobaneros, los cuales dieron sobradas demostraciones de su in-

genio artístico en los cofres y sillones de cuero que manufacturaron. Pues, muchas escenas de la vida real están expresadas con gran sentido estético. Por todas estas propiedades son apetecidos dichos objetos por los extranjeros quienes desean adquirirlos a toda costa.

¡Quien lo creyera! Las pasadas generaciones supieron darnos en las diferentes obras que efectuaron exquisitas muestras de su sentir estético y de la manera de interpretar la naturaleza y de modificarla en determinados momentos para la mejor realización de la obra de arte. Hoy pasa lo contrario. Es innegable que se ha adelantado en civilización y cultura; mas las obras de hoy están muy lejos de rivalizar con las antiguas por sus extraordinarias calidades artísticas. ¿No provendrá esta notable diferencia en los procedimientos artísticos de la rapidez con que se desliza hoy la vida? El factor tiempo obra con ciega fatalidad en el pensamiento y las determinaciones del hombre.



Antiguo Cristo existente en San Diego

CAPITULO XXI

La acción educadora efectivamente integral del Colegio Franciscano de San Andrés despertaron los sentimientos artísticos de la raza cautiva y de los criollos.— Los P. P. Franciscanos Jodoco Ricke, Pedro Gosseal y Francisco Morales.— Posibles Arquitectos del Templo de San Francisco y del convento.— Los primeros escultores, Diego de Robles y Luis de Ribera.— Los decorados y ornamentaciones del Templo Franciscano.— Los Arquitectos quiteños franciscanos Fray Antonio Rodríguez y Fray Joseph de la Cruz y sus magníficas obras arquitectónicas.— Religiosos que cooperaron en las reconstrucciones y embellecimiento del templo y del convento.— La expulsión de los P. P. Jesuitas y sus funestas consecuencias en las misiones y la docencia de la Colonia.— San Francisco y la Compañía tuvieron notables arquitectos extranjeros.— Probables Arquitectos del templo de la Compañía.— El Arquitecto quiteño Hermano Jesuita Marcos Guerra.— La Arquitectura Religiosa y templos en actual construcción en Quito, Cuenca y Riobamba.— El espíritu religioso de la sociedad colonial.— La Politécnica fundada por García Moreno y su acción eficaz en la cultura científica del País.— Discípulos que sobresalieron en aquel Centro Docente.— El estilo arquitectónico moderno adoptado por nuestros arquitectos tiende a destruir la fisonomía propia de la ciudad de Quito.— El Ferrocarril del Sur ha comunicado impulso al progreso y desarrollo de la Arquitectura, el comercio y las industrias del País.— El Gobierno del General Plaza y las reformas sociales y jurídicas que se efectuaron.— Las Misiones Pedagógicas extranjeras y su actuación en la docencia nacional.— Libertad de la Prensa y sus efectos en el orden político y social.— Gobierno del doctor Tamayo y la Misión Militar Italiana y su labor en el Estado Mayor y el ejército.

En todo tiempo recordará Quito la eficiente labor docente efectuada por los P. P. de San Francisco desde su fundación. Con talento práctico supieron brillantar el espíritu de los indígenas y españoles. Pusieron empeño en atender el aspecto económico, convencidos de que no podía prosperar el arte sin su auxilio. Con suma sutileza procuraban destruir las odiosas desigualdades de clases y fortalecer la unión mediante la cual conviven y prosperan los pueblos moral y materialmente. Con ese amor de excelsa poesía que alimentaba por cuanto existe en la naturaleza esa alma bella de Francisco de Asís y el mismo que lo cultivan ardientemente sus discípulos; con ese amor acogieron a las familias indígenas destronadas dando un hermoso ejemplo de caridad y de compasión por esa nobleza indígena que fué despojada de sus bienes y tierras y más aún de su libertad.

Las Congregaciones religiosas en toda época han protegido a elementos sociales y de cultura que por ciertas situaciones adversas han caído en la desgracia. Entre nosotros refiere la leyenda que Miguel de Santiago se refugió en el Convento de San Agustín, huyendo de las persecuciones de la Justicia, en donde pintó la famosa colección de lienzos de la vida de San Agustín existentes a derecha e izquierda del cuerpo principal de la Iglesia y en la memorable Sala Capitular. Asimismo la historia nos relaciona que en los claustros benedictinos se refugiaron los pintores y mosaicistas bizantinos procedentes de Constantinopla huyendo de las persecuciones iconoclastas e islamita.

El Colegio de San Andrés reunía calidades pedagógicas que parecen elaboradas hoy, por el espíritu eminentemente práctico en que estuvieron inspiradas. Su docencia para que fuese provechosa y útil y rindiese en todos los aspectos los resultados artísticos apetecibles se contrajo a aprender la lengua indígena y a la vez ir enseñando a sus educandos el romance. Entendiéndose maestros y discípulos fácilmente, ya la enseñanza de los ramos que se propusieron cultivar en beneficio común no ofreció dificultades. Allí mismo donde funciona el Colegio de San Andrés va levantándose el templo de clásica sobriedad renacentista en cuya construcción intervienen todas las artes por medio de sus cultivadores como para ofrecer al Creador las floracones más expresivas de su espiritualidad y perfección. Con claro sentido de los efectos estéticos y místicos que engendraría el templo en cuantos lo contemplaran a su terminación, el Padre Franciscano Fray Jodoco Ricke y sus compañeros de la Orden solicitaron al Cabildo aquel sitio que fué asiento residencial de la Corte destronada para que se destacara en esa meseta elevada que se prestaba para que la Arquitectura desarrollara su prodigioso poder estético.

Se ignora hasta hoy quien sea el arquitecto que dirigió tan grandioso monumento. Diversos pareceres se han emitido al respecto. El Dr. José Gabriel Navarro y Don Oscar Efrén Reyes atribuyen al célebre arquitecto Francisco Becerra el ser autor de los planos, apoyándose el uno en la autorizada aseveración del historiador argentino Sr. Dn. José Torres Revello y el otro en el Diccionario Espasa-Calpe. El Padre franciscano Fr. Benjamín Gento Sanz, diligente investigador de las antigüedades históricas de su Convento y que ha desempolvado muchos legajos de su Archivo, con mucha finura les hace ver en su importante estudio "Historia de la Obra Constructiva de San Francisco" la inconsistencia de aquella aseveración. Dicho Religioso dice textualmente: "Si el célebre alarife Francisco Becerra, fué el autor de los planos de las iglesias dominicana y agustiniense de esta ciudad, repetimos de nuevo, mal pudo ser autor también de San Francisco. Becerra, según los datos que estamos insertando, debió pasar por Quito, pasada la mitad del siglo XVI, lo más pronto el año 1560 al 1570, época, como apuntaremos después, cuando la gallarda mole de San Francisco se levantaba or-

gullosa con la iglesia casi íntegra y gran parte del Convento en franco apogeo. Concluimos, que de ningún modo pudo ser Francisco Becerra, autor de los tres monumentos apuntados, es a saber, de las iglesias de Santo Domingo, San Agustín y San Francisco, puesto que contradice abiertamente a la cronología". También Don Isaac J. Barrera en el Capítulo XXIII, págs. 236 y 37, de su libro anteriormente citado, siguiendo al Dr. Navarro refiere que el arquitecto español F. Becerra, émulo del célebre Herrera, arquitecto del Escorial, vino a Quito por el año de 1537. Este dato como lo viene demostrando el Padre Gento Sanz es infundado. Lo probable es que Becerra pasó por esta ciudad por el año de 1537.

Los franciscanos Fr. Jodoco Ricke, Fr. Pedro Gosseal y Fr. Francisco Morales no pudieron haber traído los planos de Europa toda vez que no tuvieron conocimiento del sitio que solicitaron para la construcción del templo. No es improbable que fuesen: el pintor flamenco Gosseal, el mismo Fray Jodoco, fundador del Convento, o un tal Germán el Alemán citado por el Padre Gento y tenido como pariente de Fray Jodoco. Creemos que en un monumento de tanta grandiosidad, difícil de ser superado por otro alguno en el Continente y bello en cualquier parte del mundo intervinieron varios arquitectos de crédito. Y esto es muy presumible hasta por su fabricación que duró más de cien años, tiempo suficiente para que en aquella obra hubiesen ido perfeccionándose y cobrando mayores bríos estéticos más de dos generaciones de artistas en mosos templos de San Francisco. la Compañía, la Merced, la Capilla Mayor, Santa Clara, la iglesia del Hospital de San Juan de Dios, la Capilla del Rosario de Santo Domingo, San Agustín, la Capilla de San José del Tejar, el Santuario de Guápulo y algún otro.

Esta fortaleza que es la expresión más acabada de los sentimientos místicos y religiosos que alimenta un pueblo hacia Dios, desde sus cimientos a su coronación es un conjunto armónico de símbolos. La Doctrina del Gran Maestro y las evangelizaciones de sus discípulos vibran intensamente en ese sacro recinto que convida a la meditación y el recogimiento y que las almas realmente impregnadas de unción mística experimentan esas transportaciones semidivinas que obran efectos misteriosos en la subconciencia hasta imaginarse aquellas almas vivir en un mundo lejano del nuestro. Las bóvedas construídas en el fondo del templo sobre series superpuestas de arquerías están expresando claramente que los catecúmenos cristianos huyendo de las terribles persecuciones se encerraban en los subterráneos para la práctica de su liturgia y que se mantuvieron en aquel lugar seguro cerca de siete siglos como defensa y para enterrar a sus muertos hasta la llamada Paz de la Iglesia. Pues, en aquellos subterráneos, en tanto que en la Roma del Imperio el arte pagano marchaba a su desaparición el Cristianismo daba forma en las catacumbas a otra orientación artística. Las catacumbas romanas van revelando actualmente todo el proceso del arte cris-

tiano primitivo desde que en sus comienzos se contrajo a imitar los modelos de la antigüedad pagana hasta independizarse, experimentando una transformación completa con los artistas bizantinos que invadieron Italia huyendo de las violencias de los iconoclastas en el Imperio de Oriente.

El retablo del presbiterio y los de San Francisco y San Antonio que se encuentran a derecha e izquierda de la nave mayor y que se levantan sobre aquellas cáta-cumbas, que simbolizan los lugares ocultos en los cuales como anteriormente expresamos, se reunían los cristianos y daban sepultura a los primeros mártires, representan el triunfo del Cristianismo o de la Iglesia; esto es la exaltación de aquellos fervientes admiradores y discípulos de Jesús, que salen de su forzado cautiverio de siete siglos para rendirle perpetuo culto y mover a la humanidad a que veneren la imagen de aquella Excelsa Figura que predicó la paz y el amor entre los hombres. Los Franciscanos se esmeraron en brillantar la inteligencia y los sentimientos de los indígenas y mestizos quiteños para que sus concepciones fuesen la expresión más perfecta de su piedad y creencias religiosas. Maravilloso es el poder de su fantasía artística magníficamente desenvuelto en el altar mayor, el artesonado y los retablos de los costados del templo. La magnificencia está en correspondencia con la gravedad, ostentación y brillantez. Se cree ver el arte oriental que cobró su máximo desenvolvimiento en los siglos IX y XIII. El fantasear artístico de los imagineros, tallistas, decoradores y arquitectos induce a pensar en las lejanas vinculaciones artísticas con el bizantinismo o con el estilo bastardo del simbolismo cristiano que incorpora con las imágenes paganas los ideales de la nueva religión.

Las columnas airoas y descollantes medio dóricas griegas con sus capitales de orden compuesto, que sostienen el fantástico cornisamento sobre el que se extienden, a modo de ménsulas, a uno y otro lado las virtudes cardinales que dan la impresión de estar las sibilas recostadas sobre los misteriosos libros de sus profecías; aquellas columnas comunican a todo el presbiterio cierto aire de solemne y divina grandiosidad. Verdaderamente el visitante queda admirado ante las magistrales ordenaciones de los diversos grupos escultóricos que ornamentan, formando un sinfónico conjunto todo el ático dentro del cual se encuentra una hornacina que contiene las figuras de Jesús de rodillas y de San Juan Bautista de pie y en actitud de bautizar al primero. Estas esculturas policromadas, casi de tamaño natural, fueron trabajadas por el primer escultor español que vino a Quito Diego de Robles y su compañero el estofador Luis de Ribera, según refiere el Dr. José Gabriel Navarro. En el centro de dicho retablo se ostenta la magnífica hornacina adornada de espejos decorativos en la que se ha colocado, para que diera la impresión de estar ascendiendo hacia los cielos, La Inmaculada de Legarda obsequiada por el Obispo quiteño José Mariano Elio-doro Fernández Díaz de la Madrid, quien, además, hizo construir con su dinero el magnífico tabernáculo de plata pura en serie de

columnas salomónicas con cuya obra se le comunicó de mayor esplendidez al presbiterio.

De hermosura imponderable debió ser el altar mayor de otros tiempos con las figuras de los apóstoles trabajadas por el famoso Caspicara que estuvieron colocadas en las hornacinas en las cuales se hallan los lienzos mediocres del pintor Astudillo. Si algún rico amante del arte y generoso por añadidura destinara algunos miles en restaurar las hornacinas del presbiterio y restituir a su propio sitio las esculturas de los apóstoles de Caspicara, que se encuentran hoy decorando la parte alta junto al artesonado del cuerpo principal del templo, se conquistaría el aprecio de cuantos aman el arte y tienen afán por mantener el merecido prestigio que se conquistaron los orfebres quiteños en los tiempos de la Real Audiencia.

Deteniéndose en el centro de la iglesia inmediata al crucero y llevando la mirada a derecha e izquierda y luego al centro del presbiterio el alma del visitante recorre sin sentirlo toda una gama de emotividades. En determinados momentos la persona culta experimenta en toda su intensidad la emoción estética viendo que los audaces artífices han escogido de los diversos estilos o escuelas lo más selecto para formar a su capricho uno, en el cual se desbordara su fantasía artística. De ahí que en los retablos, decoraciones, artesonados, ornamentaciones, sillerías corales, tribunas, púlpitos, mamparas, etc., etc., el observador culto encontrara diversas influencias artísticas. A no pocos extranjeros visitantes los hemos oído exclamar: Que suntuosidad; que admirable grandeza artística la de este templo y se observa en el hermoso pretil y la escalinata central con salientes y entrantes circulares en forma de discos. Se concluye por afirmar que aquella obra de clásica sobriedad renacentista es del famoso arquitecto español Juan de Herrera que concluyó el maravilloso templo del Escorial. Y volviendo a fijar la vista desde la parte central de la plaza hacia arriba parece un santuario monolítico saturado de misterios y en constante vibraciones de ritmos. El arquitecto se ha ingeniado de tal manera en hermanar la sobriedad clásica con la magnificencia barroca que el atrio y la fachada acusan los altos quilates estéticos del autor e impresionan a los amantes del arte en tal extremo que se sienten haber entrado en ese estado preternatural en que el alma queda absolutamente dominada por un profundo sentimiento de admiración.

* * *

El templo de San Francisco es el llamado, como el más antiguo y haber sido aquellos Religiosos los primeros que educaron, igualmente, a los indígenas como a los hijos de españoles en los diferentes ramos de su construcción, para estudiar el proceso de la cultura artística entre nosotros. No obstante trabajos de gran interés que se han publicado al respecto, frecuentemen-

te se tropieza con dificultades difíciles de vencer y con lagunas que exigen supremos esfuerzos para ser posible vadearlas. El amor que alimentamos por esta clase de estudios nos mueve a explorar aquellos campos, a fin de contribuir con nuestras superficiales indagaciones a dilucidar ciertos puntos un tanto confusos de nuestra historia del arte.

La arquitectura y la pintura se han resistido en descubrirnos los nombres de sus primeros enviados que arribaron a estos lejanos dominios de las Sacerdotisas del Sol para divulgar sus conocimientos artísticos, los cuales al amparo de un ambiente de inalterable placidez y de un cielo de pasmosas coloraciones que enajena a los pintores cobraron notable desarrollo hasta obtener la primacía en el Continente Latinoamericano. Por mucho que se discurra e indague para descubrir la causa de las singulares condiciones de este privilegiado suelo para que fructificaran lozanos y vigorosos los diferentes cultivos artísticos, la causa se mantiene reservada, en incomprensible secreto. Quito por su misma situación geográfica y en todo momento dependiente, por el querer de la Corte Peninsular, ya del Virreinato de Lima, ya del de Santa Fé, estaba colocada en desventajosas condiciones políticas, sociales, morales y económicas respecto de Lima y de Bogotá. Sin embargo su poder estético manifestado en sus hijos es de tal naturaleza que les excede en grandiosidad hasta rivalizar con los grandes maestros españoles. ¿Cuál la causa? Sin duda su ambiente y la hermosura incomparable de su paisaje o quizá la substancia estética generadora que se cristalizó en los senos vírgenes de la zagala aborígen predispuestos en todo momento a exteriorizar en formas tiernas y expresivas los ideales y emociones de su espíritu.

Los Franciscanos flamencos Fray Jodoco y Fray Pedro Gosseal idóneos en varios ramos fueron sin duda competentes arquitectos, especialmente Gosseal como pintor, ya que fueron notables arquitectos muchos pintores como lo demuestra a cada paso la historia del arte universal. No de otra suerte se explica la realización de obras notables y de demasiado atrevimiento que se ejecutaron en el templo y en el convento; obras que son, hasta hoy, muy celebradas por los visitantes extranjeros.

Únicamente así se comprende que apareciera a mediados del siglo XVII un astro de tanta magnitud como el Franciscano Fray Antonio Rodríguez, quiteño, que ejecutó con singular sentido estético renacentista y con profundos conocimientos arquitectónicos obras de gran atrevimiento que son alabadas muy mercedamente por los entendidos. Arquitecto que revela en las construcciones artísticas que ejecuta demasiada versación y haber estudiado con hondura los modelos de la antigüedad griega y latina está demostrando claramente la orientación sabia que recibió en su Convento. Pero, es indudable que fué un genio y que las obras arquitectónicas que realizó la presentan como aventajado discípulo del arquitecto del Escorial. Dirigió una gran parte del hermoso Convento de San Francisco, la típica iglesia de Santa Clara; la clásica Capilla del Sagrario con esas figuras de

factura moderna que ornamentan con admirable simetría y exquisitez los costados del último cuerpo de la fachada; parte del Convento de Santo Domingo; el Santuario de Guápulo; la Recoleta de San Diego tan llena de originalidad mística y muchas obras encomendadas por el Cabildo.

Las prodigiosas facultades arquitectónicas del modesto Hermano Franciscano engendraron odiosidades entre sus cofrades, quienes sin el menor escrúpulo le intrigaron ante el Comisario General de la Orden Franciscana en la América del Sur, Fray Francisco de Borja, que residía en Lima. Sin miramientos de ningún género dicha Superioridad Franciscana ordenó que el arquitecto quiteño se trasladara inmediatamente a Lima, ya que en el Convento de dicha ciudad se necesitaban sus servicios arquitectónicos. Tal mandato causó general disgusto. La Audiencia, el Cabildo y otras Entidades se opusieron tenazmente a su partida, alegando que sus servicios profesionales eran necesarios e indispensables y que no podía, en manera alguna, privarse la Capital de la Audiencia de Quito de su arquitecto y artista de primera magnitud. Así que impidieron resueltamente la Real Audiencia y el Municipio de Quito que dicho Religioso se ausentara de esta ciudad, trabándose con este motivo serios disgustos entre las Autoridades de esta Audiencia y el Comisariato Franciscano. Situación de tanta tirantez está demostrando la preeminencia artística del arquitecto Rodríguez, máxime si se tiene en cuenta que nunca se alejó de su ciudad natal.

Luego aparece Joseph de la Cruz, Moreno, que desempeña el oficio de arquitecto en las obras del Convento de San Francisco y de San Diego junto con canteros, albañiles, peones y herreros, todos indígenas, según consta en las planillas de pagos existentes en el Archivo de San Francisco y estudiados por el Padre Gento Sanz. Estos pormenores vienen a confirmar nuestra aseveración, tantas veces repetida, de que las diferentes manifestaciones del Arte fueron enseñadas con eficiencia a los obreros indígenas quiteños hasta convertirlos en alarifes u orfebres por los PP. Franciscanos. Circunstancia que indica claramente que fueron éstos los que coronaron con tanto brillo el Templo y Convento franciscanos. Pues, cuando el afamado arquitecto Becerra, émulo del gran Herrera, pasó por esta ciudad en los comienzos del tercer tercio del Siglo XVI las mencionadas construcciones estuvieron bastante avanzadas. Así que honra sobremanera las felices calidades artísticas de nuestros artífices, los cuales desde la época colonial hasta hoy vienen dando repetidas y convincentes pruebas de mantener inalterable su vigor estético.

De los mismos documentos que reposan en el Archivo de San Francisco aparece que el *Moreno* Joseph de la Cruz, discípulo aprovechado del celeberrimo arquitecto quiteño Fray Antonio Rodríguez fué un continuador inteligente de las obras que se efectuaron posteriormente en el Convento de San Francisco y en el de San Diego hasta noviembre del año de 1703, en que se encontraba postrado en cama y murió en 1705. En el interesan-

te estudio "Historia de la Obra Constructiva de San Francisco desde su Fundación Hasta Nuestros Días" del Padre Franciscano Benjamín Gento Sáenz se nos da a conocer con abundantes documentos las construcciones o reparaciones verificadas en la Iglesia y el Convento y las adquisiciones de ornamentos y objetos de orfebrería durante los diferentes Provincialatos hasta el 26 de abril de 1755, en que tuvo lugar un violento y horrible movimiento sísmico que causó daños incalculables, perdiéndose verdaderas joyas artísticas que difícilmente podían restaurarse tanto en los conventos como en la ciudad.

El Provincial Fray José Fernández Salvador, quiteño de nacimiento y de noble ascendencia, lamentábase de ver destruidos en el templo obras de arte reputadas por los conocedores como las mejores del Continente y en el Convento casi todas las piezas cuarteadas. Las reparaciones según cálculos moderados del alarife Don Juan Vivas ascendían a 175.000 pesos, es decir, a millones de sucres. Este Religioso no se contentó en mantenerse gimiendo y sollozando ante lo irremediable. Con asombrosa actividad se consagró a la recopilación de materiales para comenzar sin demora la reedificación, en cuya labor fué auxiliado con gentileza por las filántropas señoras la Marquesa de Maensa y la Condesa de Selva Florida, personas de grata recordación por haber contribuído tesonosamente a reparar las graves deterioraciones de uno de los monumentos más hermosos del Continente Hispano-Americano. Este ilustre Religioso quiteño se propuso demostrar prácticamente su afán por reponer, en lo posible, las preciosas obras del templo destruídas. Gastóse mucho dinero en acopiar materiales y traer de muy lejos la madera de cedro. Para agilizar los trabajos y que se ejecuten con eficiencia nombráronse: al anterior Provincial J. José de Jesús Olmos de Obrero Mayor; y de obrero secundario al Hermano Fr. Félix de San Agustín. Durante el período del P. Fernández Salvador, a juzgar por los comprobantes existentes en el Archivo y que fueron aprobados debidamente y por el voto de aplauso que le dieron los Definidores y Capítulo Pleno por su labor fructífera y desinteresada, según consigna el P. Gento Sáenz en su mencionado estudio, sus trabajos de reconstrucción fueron grandes.

Pero entre los Provincialatos notables que ha tenido la Provincia Seráfica del Ecuador, refiere el mismo Padre Gento Sáenz, durante el transcurso del siglo XVIII, con ser tantos y tan excelentes, sobresale el del Padre Eugenio Díaz Carralero. Con excelencia estética muy plausible se contrajo: a restaurar los dos lienzos del Claustro principal y otros varios tramos del mismo patio; reponer los cuadros que se perdieron sirviéndose para ello del Maestro Antonio Astudillo, autor de los lienzos de los Profetas y de otros existentes en la Iglesia de relativo mérito; y a construir el suntuoso y admirable artesonado central para reemplazar el anterior que se destruyó y fué de un estilo fantástico y sugestivo. Para que esta obra se efectuara con buen gusto y perfección se le nombró al P. Esteban Guzmán Obrero Mayor



por reunir apreciables calidades estéticas y arquitectónicas y ser el más capacitado para coronarla. Con tal fin diósele al P. Guzmán facultad amplia de poder concertar oficiales y maestros, prohibiéndole bajo santa obediencia el que se entendiera en otros asuntos hasta la terminación del artesonado, obra que constituía la constante preocupación del Provincial Diaz Carralero.

La circunstancia de haberle obligado el Superior al P. Guzmán a que tomara a su cargo obra de tanta importancia, de la que dependía el éxito monumental y artístico del templo, está atestigüando la competencia arquitectónica y artística del mencionado P. Guzmán y el ser digno hederero del célebre alarife quiteño Fray Antonio Rodríguez a quien el Arte y la Arquitectura religiosa y la civil le reconocen como su benemérito intérprete. La ciudad de Quito, que se precia de ser cuna de artista tan famoso y a cuyo hijo tanto debe por confesión de su mismo Cabildo, hasta hoy nada ha hecho por perpetuar su memoria. Las verdaderas celebridades se mantienen casi siempre olvidadas, en la penumbra. Su misma modestia les mantiene lejos de aquellas agrupaciones que hacen ruido y levantan polvareda en favor de sus cofrades, ponderando sus inciertas excelcitudes. Desgraciadamente, en estos instantes de universal desconcierto en que el mundo se derrumba y parece llegar a su ocaso la civilización occidental, obtienen el cetro, con clamorosa injusticia, en las diferentes manifestaciones de la cultura intelectual y artística, los insinceros, los faltos de espontaneidad, los que aparentando originalidad adulteran neciamente los fundamentos del Arte; y los que no alimentan otros ideales que los de sus propias conveniencias. También debe recordarse a otro Arquitecto quiteño que dió evidentes pruebas de poseer cualidades artísticas poco comunes: el Padre franciscano Fernando de Cozar que dirigió con gran sentido estético la terminación de la monumental obra hacia el año de 1686.

El Provincialato del Padre Javier de la Graña merece grata recordación tanto por las diferentes obras de arte que efectuaron en su gobierno notables arquitectos, escultores, tallistas; pintores, silleros, doradores y cordobaneros como por haber difundido sus conocimientos en las cátedras de Moral y Filosofía que dictaba en la Universidad de esta Capital. Por su cultura fué muy estimado por el sabio Barón de Humboldt y por el ilustre crítico y benemérito Precursor de la Independencia doctor Eugenio de Santa Cruz y Espejo. Los Religiosos Franciscanos trajeron entre los pliegues de su tosco sayal las semillas de oro de la cultura intelectual y artística de la civilización occidental para que germinaran vigorosas en su entraña fecundizada por el sol de los trópicos. Por eso Espejo como gran patriota y de variada y sólida cultura estimaba a estos Religiosos; pues, no podía olvidar que en el Provincialato del P. Fray Eugenio Diaz Carralero los Religiosos de aquella Orden tomaron a su cargo las cátedras de la Universidad de esta Metrópoli que fueron abandonadas desgraciadamente por los PP. Jesuitas en razón de la Pragmática expedida por Carlos III. Espejo, con su enorme

talento crítico, fervoroso reformador político y educador de las masas, tenía que pesar los males de toda índole que sobrevienen a los pueblos cuando los mandatarios echan de sus territorios a elementos pensantes y encargados de la docencia. Todo hombre de ciencia y amante de las letras tiene que preferir, por ténues o deficientes que fuesen los rayos que despida una docencia, aunque sea anticuada, a la obscuridad que mantiene el alma popular en la barbarie. En todo caso esos débiles resplandores alumbran el entendimiento y ejercen influencia en el desarrollo y vida del espíritu.

La expatriación de los PP. Jesuítas fué dolorosa para la cultura intelectual y aún para la artística de Quito. No sólo sostuvieron el Seminario de San Luis y fundaron la Universidad de San Gregorio Magno desde que obtuvieron autorización por Cédula de 15 de setiembre de 1620. Consta de muy antiguo que en su seno se formaron magníficos arquitectos y pintores como el Hermano Marcos Guerra que recibió por el año de 1562 del Cabildo el nombramiento de alarife; y el Hermano franciscano Francisco Herrera, indígena, discípulo en pintura de Hernando de la Cruz, que fundó su Escuela, a quien los PP. Jesuítas se empeñan en hacerle aparecer como autor de los famosos lienzos de los Profetas pintados por Goríbar. Si los Dominicanos también sostuvieron la Universidad de Santo Tomás de Aquino; mas no por estar existente dicho Instituto superior dejaba de constituir un pesar para la educación de estos pueblos la expulsión de los Jesuítas de las Colonias de América. Precisa trasladarse al ambiente de la época para no juzgar con acritud la docencia confesional de entonces por muy aventajada que hubiese estado como lo estaba en Europa. Con mucha cordura se expresa al respecto el distinguido autor de "Historia de la Literatura Ecuatoriana", cuando en la página 151 expone: "Cualquier reparo que se haga a estos establecimientos puede tener razón; pero es indudable que contribuyeron notablemente a elevar el medio cultural de la Colonia".

El Padre Vargas dominicano en la página 151 de su libro "Cultura de Quito Colonial", dice: "Sin género de duda, los Jesuítas fueron en Quito los que más contribuyeron al realce intelectual y moral, mediante el Colegio seminario de San Luis y la Universidad de San Gregorio". Y, en confirmación de sus conceptos transcribe en su citado libro la opinión de don Juan Valera: "Aquellos jesuitas ecuatorianos fueron, como los españoles de la Península, a refugiarse en Italia, y en Italia dieron también claro testimonio de su saber y de su ingenio". Entre los Jesuítas que abandonaron América hubo muchos ecuatorianos eminentes que se distinguieron por sus conocimientos y erudición y llegaron a ocupar en Italia puestos honoríficos. Basta con citar: el Padre Aguirre, guayaquileño, gran teólogo e inspirado poeta, cuyas poesías y obras oratorias con prólogo del notable literato Don Gonzalo Zaldumbide las publicó el antiguo Instituto Cultural Ecuatoriano, el Padre Juan de Velasco, historiador, que se dedicó con laboriosidad digna de encomio a reu-

nir en su obra compuesta de 6 tomos las composiciones poéticas de los Jesuítas desterrados. Lleva por título "Colección de poesías varias hechas por un ocioso de Faenza". Sin esta obra, se expresa el P. Vargas en su citado libro, observaríamos un gran vacío en la poesía del siglo XVIII". Esta obra del P. Velasco se encuentra inédita en la Biblioteca Nacional y fué obsequiada por Don Gabriel García Moreno. La Historia Moderna del Reino de Quito y Crónica de la Provincia de la Compañía de Jesús del mismo Reino con prólogo del Dr. Raúl Reyes y Reyes y publicada por el Instituto Ecuatoriano de Estudios del Amazonas. De esta obra decía don Jacinto Jijón y Caamaño que su publicación sería el mejor monumento a la memoria del Herodoto ecuatoriano. El P. Ramón Viescas, conceptuado como el primer lírico de la Colonia, cuya modalidad poética afirma el referido autor de "Cultura de Quito Colonial" hace recordar a Fray Luis de León. El P. José Orozco compuso su poema épico "La Conquista de Menorca". Este ilustre Jesuíta, según opinión del citado dominicano P. Vargas, es en lo épico lo que el P. Viescas en lo lírico. Se podría continuar enumerando los Jesuítas ilustres que se vieron obligados a abandonar el suelo patrio; pero nuestro distinguido anticuario y humanista doctor Pablo Herrera en su Antología de Prosistas Ecuatorianos; don Juan León Mera en su "Ojeada Histórico-Crítica" y varios otros escritores nacionales que se han entregado con vehemente anhelo a estudiar concienzudamente el proceso de nuestra cultura intelectual y artística se han ocupado y continúan ocupándose de aquellas figuras que demostraron apreciables disposiciones en los distintos campos de la Literatura y del Arte.

Es indudable que los Conventos de San Francisco y la Compañía de Jesús tuvieron desde sus comienzos notables arquitectos de quienes recibieron los nuestros esa profunda instrucción arquitectónica hasta ejecutar obras que realzan su ingenio artístico y son celebradas de los entendidos. En San Francisco se formó ese notabilísimo arquitecto Fray Antonio Rodríguez que dirigió templos, conventos y otros edificios con extraordinaria audacia y sobria esbeltez clásica. Y en la escuela de Rodríguez se formaron el negro quiteño José de la Cruz y otros que continuaron en la ejecución de sus obras los modelos dejados por su Maestro. Igualmente los PP. Jesuítas, por más que hubiesen traído los planos del templo de Europa y lo hubiesen ido construyendo, aunque con ligeras variantes arquitectónicas, ciñéndose a los ejemplares de los templos del Gesú y de San Ignacio de Roma, necesariamente tenían que tener en su seno notables arquitectos sobre todo si el templo de Quito, como asegura el P. Francisco Vásquez, S. J., en las páginas 28 y 29 de su estudio "El Templo de S. Ignacio de Loyola en Quito": "El templo de Quito se diferencia del Gesú: en la mejor proporción y ornamentación de la fachada; en las dos naves laterales, de las cuales carece el Gesú; en el retablo del ábside que se compone de dos cuerpos y de un ático, mientras el del Gesú consta de uno sólo. El cuerpo superior se ha sustituido sin embargo en conjun-

to y da la impresión de una obra arquitectónica truncada. El mismo cuerpo inferior es en el Gesú más modesto y sencillo”.

El mismo P. Vásconez en la página 17 de su citado estudio expone que las 19 estatuas de piedra que se encuentran en la fachada fueron trabajadas probablemente por el P. Leonardo Doubler, S. J. Y., en la página 55 afirma que la semejanza de estos altares con los del Gesú y los de San Ignacio de Roma se explicaría fácilmente, si suponemos que el autor del retablo de Quito fué el arquitecto Jesuita Andrés Pozzi, que trabajó los de Roma. Asimismo en las páginas 26 y 27 dice que el joven Domingo Zampieri, llamado el Dominiquino, autor del plano de San Ignacio de Roma, construido 20 años más tarde que nuestro templo de Quito, puede ser el autor del plano del templo de la Compañía de esta ciudad por la gran semejanza que se observa entre los dos templos, el de Roma y el de Quito, y por que Zampieri se distinguía por su amistad con los Jesuitas. “Pudiéramos también señalar en segundo término como autores probables del plano al P. Jesuita Horacio Grassi, que dirigió la construcción de San Ignacio de Roma, no menos que el Hermano Coadjutor Andrés Pozzi, arquitecto y pintor distinguido, que dibujó el retablo de San Ignacio en el Gesú, y pintó el soberbio fresco de San Ignacio en el ábside del templo del mismo nombre”.

Los arquitectos que en Quito estuvieron al frente de la obra fueron varios. En documentos que han llegado hasta nosotros se habla del Hermano Coadjutor Francisco Ayerdi, director de la construcción de la nave del crucero, terminado en 1633. Como suplente de Ayerdi se cita en 1690 al Hermano José Gutiérrez. Por los mismos documentos conocemos que fueron directores de la obra el P. Sánchez y el Hermano Marcos Guerra, autor éste del plano de la Iglesia del Carmen Antiguo, hacia 1659. Fué tan distinguido por sus conocimientos arquitectónicos, que recibió el nombramiento de alarife de la ciudad por parte del Cabildo, Justicia y Regimiento de Quito... Por último en la lápida conmemorativa incrustada en la fachada de la iglesia se dice que dirigió su construcción desde 1760 hasta su conclusión en 1765, el Hermano Coadjutor Venancio Gandolfi, arquitecto mantuano”.

El Dr. José Gabriel Navarro, en la página 29 del “Boletín de Obras Públicas”, Nos. 35-40, correspondientes a Enero-Junio de 1939, dice en su estudio “La Arquitectura Religiosa”: “En la ejecución de la iglesia de la Compañía, fuera de los nombres, del Padre Deubler, de los Hermanos Venancio Gandolfi, arquitecto mantuano, Gil del Madrigal, Ayerdi, José Gutiérrez e Iglesias, la tradición señala otros dos: los de un Padre Sánchez y del Hermano Marcos Guerra, también jesuitas, como arquitectos de la iglesia de la Compañía en el siglo XVII”.

Las citas anteriores vienen a confirmar nuestro aserto referente a que también los Jesuitas contaron del mismo modo que los Franciscanos con grandes arquitectos que condujeron y enseñaron a los nuestros. En ese ambiente de cultura artística se educaron algunos quiteños, entre ellos, el tantas veces men-

cionado Hermano Marcos Guerra, autor del plano de la iglesia del Carmen Antiguo y de tantas otras construcciones, dejando en ellas estampada la calidad de sus dotes arquitectónicos. Así que, en vista de tales entecedentes, es muy razonable reconocer que también los Jesuitas tuvieron participación en el enorme influjo de la aparición arquitectónica quiteña y en el desarrollo de la arquitectura en todo el Continente Sur de la América Española, como se expresa el Dr. José Gabriel Navarro, "gracias especialmente a la obra divulgadora de los religiosos franciscanos que trajeron a su convento de Quito una escuela de arte arquitectónico, muy unida al clasicismo italiano del siglo XV". Y, en estos centros religiosos de cultura artística recibieron tal preparación los nuestros que los vemos dirigiendo obras de arquitectura religiosa suntuosas y atrevidas; pero de ese atrevimiento de que hace uso el técnico con pleno conocimiento y dominio de su Arte profesional. Así le vemos a otro arquitecto quiteño que se presentó, según afirma el Dr. José Gabriel Navarro en su citado estudio, delineando la planta y cooperando a la construcción de la iglesia de La Merced a José Jaime Ortiz. Si bien es cierto que este monumento religioso fué edificándose conforme a su modelo el templo de los Jesuitas, mas no por ello se puede desconocer la competencia profesional de quien lo dirigió magistralmente. Si con la facilidad de entonces y con un poco de mayores esfuerzos se hubiera dorado o pintado la decoración estucada se manifestara con la misma grandeza y esplendor que la Compañía que convida a quien lo contempla a reflexionar sobre los prodigios que efectúa el Arte en los dominios del espíritu. Con esa acertada combinación del oro con el rojo realzan con fuerza los motivos ornamentales en los cuales la fantasía unifica a maravilla los estilos orientales con los indígenas. Y lo sorprendente es que en medio de esa riqueza ornamental el alma del visitante se sienta desligada de lo sensual y experimente en sus interioridades esas inefables emociones de los místicos. La Merced, no obstante haberse ejecutado a semejanza de la Compañía, no infunde la misma admiración y recogimiento. Y es por el color blanco de las ornamentaciones o decoraciones que impide el realce de las líneas y confunde los motivos. Basta fijarse en las pilastras laterales doradas del presbiterio y en las tribunas o galerías que ornamentan hermosamente el coro mercedario, que hacen recordar como las del templo de la Compañía la orfebrería de la Alhambra, para advertir las notables diferencias que existen en los procedimientos ornamentales de los dos templos.

* * *

La arquitectura religiosa quiteña del tiempo de la Colonia tuvo excelsos representantes que dejaron en sus obras ejemplares que difundieron su prestigio artístico por el Continente e intervinieron con sus nuevas modalidades indígenas arquitectónicas en producir cierto tipo americano un tanto diferente de

los estilos introducidos por el movimiento artístico renacentista. Desgraciadamente la arquitectura religiosa en los tiempos republicanos, con algunas excepciones, no se mantiene con el lustre de antaño. Los templos de hoy dirigidos por el Padre Bruning carecen de la esbeltez y elegancia de los coloniales, en los cuales hasta el profano advierte los alifios renacentistas y barrocos que ha recibido el estilo helénico. El arquitecto sacrifica en sus construcciones la hermosura en beneficio de la maciez. Casi todos los templos del Padre Bruning, con ligeras variantes, obedecen al mismo dechado, caracterizándose por su estilo frío y carente de solemnidad. La misma Matriz de Ambato sobresale únicamente por su grandeza y magnitud. Y perfectamente se podía armonizar la solidez con la riqueza de ornamentación de un barroquismo excelso como el del templo de la Compañía de Jesús de Quito.

Monumentos modernos y en actual construcción que honran a la arquitectura religiosa presente son: la Basílica de los P. P. Jesuítas en Riobamba; la nueva Catedral de Cuenca cuyos planos fueron modificados y dirigidos hábilmente hasta cuando murió el Hermano Juan, Redentorista y de nacionalidad francesa. Con justicia los azuayos se sienten complacidos, sin distinción de credos políticos ni religiosos, de contribuir con largueza a la construcción de un templo que, cuando esté concluido y ornamentado debidamente de acuerdo con su suntuosidad arquitectónica, será el mejor adorno de la ciudad de Cuenca. Y, finalmente, la Basílica del Corazón de Jesús de Quito en la forma sólida y magníficamente artística que se la construye constituye un poema en piedra que pregona la espiritualidad religiosa de un pueblo cuya fé le mantiene vigoroso al amparo de los aromas que se desprenden de los castos senos de nardos de Mariana de Jesús. Este magnífico templo gótico que interpreta como ningún otro los sentimientos piadosos de un pueblo que plasmó su alma al fervor de los místicos del siglo de oro, de los descendientes de los nobles cruzados y de aquellos que lucharon en Lepanto a las órdenes de Don Juan de Austria; este templo es la demostración más viva y elocuente de la honda raigambre que tienen las creencias religiosas en la conciencia de esta ciudad. Los tiempos de hoy no son propicios para llevar a término monumentos de tal índole que requieren entre otros factores grandes porciones de dinero difíciles de obtener en épocas anormales y de miseria. Se explica que las generaciones coloniales de un vivir sencillo y patriarcal sin la menor noción de las necesidades, complicaciones y dificultades que ofrece a cada paso la vida moderna con las crecientes novedades de toda índole que inquietan sobremanera el espíritu de las sociedades de hoy; se explica que aquellas generaciones de pensamiento sosegado y tranquilo no hubiesen alimentado otros ideales que los de dedicarse enteramente a la Divinidad levantando riquísimos templos para la perpetuidad de su dicha de ultratumba. De ahí la razón fundamental de su fervor místico y de que todo lo hubiesen sacrificado en beneficio de la Iglesia, en la magnificencia del culto al Ser Supremo.

Los antiguos cronistas y aún los modernos fundándose en auténticos documentos refieren que las sociedades coloniales se preocupaban intensamente de la vida conventual y ejercían gran influjo en la elección de Superiores; y que las festividades religiosas constituían su mejor aliciente y regocijo. Estos rasgos pintan la psicología de la sociedad colonial y explican la causa de su fervor y apoyo incondicional a las construcciones religiosas. Por lo mismo sorprende que la sociedad de hoy tan distinta de la de aquellos tiempos sustente con vigor las normas religiosas que inculcaron en su conciencia sus antepasados y contribuya efíscamente a la propagación del culto católico. He ahí el motivo de que se levanten en nuestros días monumentos como la Basílica del Corazón de Jesús en esta ciudad. Y, realmente, el estilo gótico expresa como ningún otro el espíritu místico del alma de un pueblo que se diluye en la contemplación; del alma creyente y devota que eleva sus plegarias al cielo por medio de aquellos obeliscos que le sirven como de antenas para hacerse oír de Dios. Y, este templo en la forma que se lo está construyendo contribuirá a fortalecer el prestigio artístico de Quito. Las ornamentaciones en piedra ejecutadas hoy por nuestros picapedreros indígenas parecen ejecutadas por los orfebres coloniales. Es que en el alma indígena ecuatorial se mantiene latente el espíritu artístico de nuestros aborígenes que se hace admirar en los objetos de su cerámica encontrados muy a menudo en las excavaciones efectuadas en distintos lugares de la Costa y de la Sierra de la República. Tales objetos no son pertenecientes, apartándonos de la creencia de algunos arqueólogos, a la civilización de los Incas, a quienes se atribuye, con poca justicia, hasta el haber unificado en parte, como sostiene el Dr. Jorge Luis Yepes en su importante estudio "Visión del Ecuador" publicado en las páginas 344 a 348 del N 100- Extraordinario.—Revista Javeriana".—Noviembre 1943. Las diferencias existentes dentro de la misma raza aborígen que habitó el Ecuador en razón de haber estado formada por parcialidades de cultura, idioma y cualidades diversas, circunstancia que la heterogeneidad del medio influyó en el hombre". Debe recordar el talentoso autor de dicho trabajo la habil política que emplearon los Monarcas quiteños para confederar las naciones indígenas y unificarlas, de suerte de constituir un Reino que resistiera vigoroso las invasiones peruanas que se venían verificando en el suelo patrio desde el legendario Inca Manco- Cápac. El mismo Haunya-Cápac que fue uno de los conquistadores más célebres que tuvo el Imperio del Tahuantinsuyo terminó por contraer matrimonio con la princesa quiteña Paccha por cuanto palpó que era el medio único de terminar con una guerra desoladora y de exterminio. Luego antes de la venida de los indios peruanos estaban unificadas las diferencias aborígenes anteriormente anotadas.

El connatural ingenio artístico de nuestros orfebres indígenas está revelando la herencia que llevan en su espíritu. Los capiteles ornamentales de las columnas de la Basílica en construcción están ejecutados con tanta destreza y desembarazo

que parecen estilizaciones en cera. Es indudable que los ideales religiosos requieren estas demostraciones plásticas para justificar su fortaleza en la conciencia de un pueblo particularmente como el nuestro, que hace lujo de mantenerlos siempre reverdecidos y de emplear su prodigiosa fantasía en hermostrar artísticamente estas mansiones en donde se congregan los fieles sin distinción de rangos ni de clases a implorar clemencia y dulcificar por breves momentos los amargores de toda índole que ofrece a cada paso el violento reñir por la existencia.

* * *

Otros notables arquitectos quiteños, que dejaron huellas imperecederas de su ingenio artístico en las obras que verificaron fueron Don Rafael Aulestia y Don Gualberto Pérez. Discípulos de aquellos sabios Jesuitas que por ráfagas de buena suerte consiguió ese mandatario ilustre y amante de las luces Dr. Gabriel García Moreno traer a esta Capital para la fundación de "La Politécnica", supieron demostrar en sus obras prácticamente la docencia profunda que recibieron de sus maestros. El arquitecto Aulestia con insuperable audacia construye al borde de un despeñadero un santuario incrustado en un peñasco que da la imagen de una gran mariposa prendida, luciendo heridas por el sol alas esmaltadas de diversos colores. El ingeniero Pérez complementa la obra de Aulestia empleando todos los recursos técnicos para vencer las dificultades y agrandar el santuario por medio de un andén construído sobre una serie de arcos que se levantan sobre abismos. Este santuario que causa admiración es muy visitado por los viajeros y pregona la fama de nuestros arquitectos. Se lo conoce por el Santuario de nuestra Señora de las Lajas y pertenece a la pequeña población de Ipiales en el Departamento de Nariño de la República de Colombia.

La Politécnica fundada por ese genial estadista que conoció a fondo las necesidades del país y vió con clarividencia los elementos que se requerían para beneficiar los tesoros ocultos en sus entrañas, en su corta existencia dió en diversos ramos preciosos frutos que contribuyeron a divulgar principios científicos hasta entonces desconocidos. Discípulo aventajado de esos sabios Jesuitas fué Don Augusto Martínez, ambateño, que supo afirmar en el espíritu de sus hermanos los estudios de su preferencia hasta conseguir que todos ellos se caracterizaran por su amor a las Ciencias Naturales. Estas tendencias temperamentales se observan en los mismos paisajes de Don Luis Martínez en los cuales un geólogo puede estudiar, sin exageración alguna, la naturaleza de la zona hábilmente trasladada al lienzo por aquel artista. Don Augusto sostuvo correspondencia con algunos Jesuitas de la Politécnica hasta cuando dejaron de existir en Europa. En "Anales de la Universidad", Don Augusto ha publicado importantísimos trabajos científicos y tiene inéditas obras de Geología y de Mineralogía. Otros alumnos distinguidos de la Politécnica fueron Don Alejandro Velasco, un Dr.

Herrera y un Dr. Ariza. Don Alejandro Velasco se profundizó en la Agrimensura y dictó su cátedra en la Universidad Central con lucimiento hasta cuando murió. También colaboró en "Anales" y es autor de importantísimos trabajos. Finalmente, los jóvenes que recibieron la docta docencia del Profesorado de la Politécnica tuvieron la oportunidad de sobresalir por su competencia en las cátedras que desempeñaron en la Universidad y Colegios de la Capital. De continuar la Politécnica en la forma que la fundó ese eminente patriota y notable físico y químico que quiso convertir este pequeño país en un foco de sabiduría que irradiara sus luces por el Continente; que quiso hacer una República próspera y de enorme grandeza espiritual; de continuar la Politécnica constituida en aquella forma su nivel cultural estaría hoy a la altura de los más elevados de América. Si en los tiempos coloniales en que fueron desconocidos estos estudios apareció un geógrafo de la magnitud de Maldonado y luego Franco Dávila, naturalista y botánico, Director del Museo de hist. nat. de Madrid, ¿cuáles serían más tarde los resultados?

La arquitectura civil ha conservado su fisonomía de añejos lineamientos toledanos. Estos rasgos típicos arquitectónicos que, no obstante delatar su lejano origen, encontraron dócil aclimatación en este suelo al amparo de las condiciones meteorológicas tienden a desaparecer en fuerza de esa especie de delirio por lo moderno que se ha apoderado con escaso sentido de muchos arquitectos. A primera vista se notan esos bruscos contrastes que abaten el ritmo indispensable para mantener la proporción y correspondencia entre las partes arquitectónicas de un edificio.

Con frecuencia algunos arquitectos modernizan lamentablemente edificios antiguos de no escaso mérito artístico. Serviles imitadores del estilo americano que, por lo general descuida lo exterior y atiende de manera preferente lo de adentro inundándole de aire y de luz sin preocuparse en absoluto de la hermosura y esbeltez, construyen edificios faltos de unidad y con ventanajes cuadrangulares y achatados. Otros con poca comprensión de lo ornamental arquitectónico acuden a un barroquismo de mal tono, sin tener en cuenta que este estilo cuando se mantiene dentro de la sobriedad comunica a los edificios magnificencia y hermosura. Pero precisa confesar que la arquitectura ha recibido vigoroso impulso con elementos venidos de afuera y con varios de nuestros jóvenes que han ido a perfeccionar sus estudios en el Exterior. En las ciudadelas de reciente formación existen edificios de buen gusto arquitectónico y que prestigian las capacidades de nuestros arquitectos. Se tiene la impresión al pasear por aquellas ciudadelas de encontrarse ea otros lugares. Pues, todas aquellas residencias reúnen comodidades y están rodeadas de hermosos jardines. Muy a menudo se ven apuntados en las portadas los nombres de Durini, Mena, Calderón, Luque, Iturralde, Pinto, Cruz, Benítez, Ayala, Kagan, Jarrín, etc., etc.

Convertir casas antiguas en suntuosos y espléndidos pasa-

jes como lo hizo con tanto ingenio arquitectónico el Pasaje Royal el Sr. Francisco Durini, es dar efectivas pruebas de competencia profesional. Lo propio se puede afirmar de los jóvenes ingenieros que ciñéndose al diseño que ideara el entonces Director General de Bellas Artes Don Nicolás Delgado coronaron con lucimiento la adecuación para el Museo y Archivo Nacionales la casa que el Gobierno del Dr. Arroyo del Río comprara para que se establecieran de manera definitiva dichos Establecimientos y la Academia Nacional de Historia, Establecimientos que han llevado, desde que se fundaron, un vivir incierto y de peregrinaje y con grave peligro de desaparecer. Hoy el Museo, con su fachada de piedra hábilmente tratada, sus ventanas y pasamanerías de hechura arcaica, sus corredores altos y bajos convertidos en arquerías claustrales; con su pila de piedra graciosamente ejecutada y sus jardines simétricamente trazados; este edificio con los rasgos típicos que ha recibido ostenta una fisonomía colonial que atrae las miradas de los artistas. Parece que lo hubiese construido el mismo arquitecto que construyó el convento de La Merced. Ventajosamente varios de nuestros arquitectos, con gran sentido estético y con pleno conocimiento del medio y de las necesidades sociales, procuran en lo posible mantener la fisonomía señorial y de aristocrática cepa castellana que recibió la ciudad de sus ilustres antepasados que consultaron la atmósfera, el clima y el suelo en sus construcciones que nos legaron, sin que por ello dejaran de revelar el influjo artístico que recibieron sus sentimientos en el dominio de siglos de los príncipes sarracenos.

No quepa la menor duda de que la ingeniería cobró incrementación en el gobierno de García Moreno. Por más que los odios políticos y las animosidades sectarias se empeñen en debilitar la figura de ese extraordinario Estadista resalta más a medida que pasan los años y se palpan de cerca las iniquidades, la falta de moral, de honradez y de patriotismo en los hombres. Cierto que fué cruel, impávido, inexorable y exteriorizó exageradamente sus sentimientos religiosos. Pero aquellas tenebrosidades psíquicas si inspiran pavor no amenguan sus geniales luminosidades. Estos rasgos le hacen aparecer con una fisonomía de hombre de Estado poco común en América, por más que algunos de sus biógrafos insistan en hacer patente su parentesco con otros gobernantes latinoamericanos. Lo que sí no da lugar a duda es la admiración que tuvo García Moreno por Rocafuerte. Su afán por la educación, por la cultura, por el progreso, por el arreglo de la Hacienda Pública le impresionaron gratamente. Por eso García Monero procuró no sólo imitarlo sino aún aventajarlo. El impulso que comunicó a la cultura intelectual y artística con las escasas rentas nacionales fué extraordinario. Contrató en Europa Comunidades Religiosas para las Escuelas y Colegios de ambos sexos y de aquí les envió a Roma a los pintores Don Juan Manosalvas y Don Rafael Salas para que perfeccionaran su educación artística.

Asimismo por las obras públicas tuvo un fervor muy

grande. Contrató ingenieros franceses y alemanes para levantar edificios de primer orden como el Observatorio Astronómico, la antigua Escuela de Artes y Oficios, hoy Escuela Central Técnica, la Penitenciaría y sobre todo la magnífica carretera del sur, en la que se observan sus magníficos puentes y calzadas. Precisamente para García Moreno la vialidad fué el ramo de su preferencia. Porque estuvo penetrado de ser un factor que impulsa el progreso y sin el cual no pueden establecerse colonias agrícolas ni explotarse sus fuentes de riqueza. García Moreno veía que este ramo señalaba nuevos derroteros a las aspiraciones del estudiantado. He ahí otra de las causas de sus empeños por las obras públicas.

* * *

El sesudo y erudito autor de "El Sentido Histórico y la Cultura" emite conceptos respecto de Humanismo y Clasicismo y de la Politécnica que se desvían de la verdad histórica por haberlos examinado a través de la lente cóncava de la pasión política. Por lo mismo que la misión del escritor es la de educar está en el imperioso deber de expresar la verdad aún en contra de sus convicciones políticas. ¿Cuáles las cuasas fundamentales para censurar ásperamente los estudios del griego y del latín? La especie aquella de que no sirvieron ni sirven como órgano vital de cultura y de que los juventudes que se educaron al amparo de aquella vetusta docencia, embebidas en los campos de la más pura abstracción y sin el menor concepto de las realidades de la vida, carentes de aquellos estímulos que comunican vigor para la lucha por la existencia, aquellas juventudes inútiles para resolver los grandes problemas forman prácticamente esa falange de intelectuales fracasados.

Espejo y Mejía, figuras de excelsos lineamientos espirituales, a quienes tanto deben la Patria y el Continente por su pujante y fervorosa actuación en pro de la autonomía y de los ideales democráticos que magnifican a individuos y pueblos; aquellas figuras son la demostración más palpable de la fuerza y actividad que comunica la cultura greco-latina a los espíritus de altas dotes intelectuales. Espejo conocía tan a fondo el latín que se servía de él para estudiar los libros sagrados y componer sermones para algunos religiosos. Aquellas inscripciones de carácter turbulento que aparecieron pegadas en varios edificios, Espejo las escribió en latín. Mejía para realzar más determinados pasajes de sus discursos y obtener eficaz efecto oratorio en el parlamento acudía muy a menudo a pasajes bíblicos. Y estos quiteños que se atrajeron las miradas continentales en aquellos tiempos del predominio ibérico se educaron bajo la docencia clásica que censuramos hoy con aspereza.

Con respecto al griego y al latín que son de extrema necesidad para la perfectibilidad de los estudios clásicos algunos escritores entre ellos el doctor Leonidas García que se ha especializado provechosamente en la Pedagogía anatematizan dichos estudios por la ninguna utilidad que aportan individual y colec-

tivamente ante las realidades de la vida. Por temperamento somos respetuosos de las opiniones ajenas. Pero recordamos que en otro tiempo el doctor García y don Julio E. Moreno leían con verdadera unción en la Sociedad Jurídico-Literaria la famosa Revista de Filosofía que la dirigía Ingenieros en la que aparecían a menudo estudios nuevos y de hondo calado filosófico.

Somos muy partidarios de los estudios clásicos. Mas no por ello hemos de pretender que el Bachillerato a base del griego y del latín ha de ser obligatorio para todos los estudiantes. Únicamente tendrán este primer grado académico los que aspiren a humanistas y vengan a constituir la clase más eminente de la cultura intelectual. Esta es nuestra manera de pensar y creemos que no se nos calificará de anticuados. Tenemos amplio criterio en todo orden de ideas.

Hace algunos años la arquitectura civil no prometía seguro porvenir a los jóvenes que se dedicaran a su estudio. Más tarde cambió por completo tal situación y hoy es una profesión muy apetecible. El aspecto económico constituye en las distintas profesiones el mayor de los estímulos. No obstante el elevado precio de los materiales y jornales se construye hoy excesiva y activamente y el Gobierno con gran sentido práctico ha dado preferente atención a este ramo. El Municipio que, desde los primeros años de su creación dió pruebas evidentes de mirar con afán por las necesidades del pueblo y por el progreso y desarrollo de la ciudad, sus rentas con verdadero celo ha empleado en obras de positivo aliento relacionadas con la educación, la higiene, el agua, la luz, la canalización y pavimento de la urbe, el matadero moderno, comedores populares, balnearios y lavanderías, ciudadelas y modernización y amplitud de sus avenidas, etc., etc. A fin de dar cima a un plan tan vasto ha comprometido gran parte de sus rentas y sostiene un respetable cuerpo de ingenieros idóneos entre ellos un inteligente arquitecto joven uruguayo, autor del Plan Regulador.

Una obra que por sus proporciones gigantescas contribuyó enormemente para la incrementación de la ingeniería fué el Ferrocarril del Sur que el General Don Eloy Alfaro la llevó a término con tenacidad y persistencia rayanas en delirio. Don Eloy tuvo que luchar con sus propios amigos quienes creían honradamente que la Nación comprometía su autonomía con una obra de colosales proporciones y cuyo costo no podría amortizar con sus rentas presupuestarias. Esos opositores sin visión no se percataron de su rendimiento y de la completa transformación que sufriría la República moral y materialmente con una obra de esa naturaleza. Los apasionamientos políticos, tan feroces entre nosotros, entenebrecen las virtualidades más preciadas. Los propósitos más sanos y bien intencionados; los actos más abnegados y patrióticos son interpretados malignamente por los adversarios políticos. El General Don Eloy Alfaro fué calumniado en esta forma por la grandiosa obra del Ferrocarril del Sur. Y hasta la Prensa trabajó en los ánimos para la general reprobación. El tiempo ha venido a vindicar la genial decisión del hombre y

convencer que una vía férrea tan larga y en la que se destacan obras de ingeniería demasiado audaces y costosas, como la Nariz del Diablo y otras, su costo es insignificante. Hoy aquella obra costaría diez veces más por lo bajo. De este formidable negociado, según la especie divulgada por sus adversarios políticos, sacó por todo fruto la mendicidad. Alejado del poder se mantuvo sostenido por sus amigos. Algunos de nuestros mandatarios han pasado por esta dolorosa crisis que constituyen su mejor vindicación.

Es innegable la gran transformación moral y material que experimentó la República con el Ferrocarril del Sur. Sin él no habrían podido verificarse obras de indispensable necesidad en Quito como el agua potable y otras. A su amparo se incrementó enormemente el comercio y se operó una modificación de capital importancia en el sistema de construcciones. Es que la Metrópoli se había unido al mar y desaparecieron las distancias y las dificultades geográficas que entorpecían toda iniciativa de adelanto y de progreso. Alfaro tuvo la suerte para realizar aquella obra de monstruosas proporciones que para él constituía el mayor de sus ensueños de encontrarse con Harman, contratista de asombrosa actividad y que financió su construcción con singular talento. De contar el Ferrocarril del Norte con dos hombres de aquel temperamento hace años habría estado beneficiando a la Nación. Desgraciadamente, mal entendidos intereses regionales retardan la terminación de una obra de suma importancia nacional que beneficiaría en todo sentido a la República.

El General Don Eloy Alfaro, no obstante ser militar atendió de manera preferente a la cultura intelectual y artística del país. Fundó los Normales; el Instituto Nacional Mejía; la Escuela de Bellas Artes; el Conservatorio de Música que se mantuvo cerrado desde la muerte de don Gabriel García Moreno, quien lo creó poniéndolo bajo la dirección del gran músico y compositor austriaco Neuman, autor de nuestro Himno Nacional. Neuman obtuvo aventajados discípulos que dieron lustre a su nombre como Bermeo, Aparicio Córdoba, Dr. Belisario Albán Mestanza y otros tantos. Sostuvo con becas en el exterior a jóvenes que manifestaron aventajadas disposiciones artísticas como Nicolás Delgado. El General Alfaro dió muestras de tolerancia en medio de una obstinada oposición política; pero la moral sufrió tremendos golpes con la delación que penetró criminalmente al santuario del hogar y con su absoluta indiferencia a los desmanes y arbitrariedades cometidas por su incondicionales servidores. Y aquella falta de reprensión o de castigo es muy censurable y envuelve complicidad, tratándose de un Jefe de Estado que está en la imperiosa obligación de exigir respeto irrestricto a la moral social y a las creencias de los asociados. Esas son las siniestras sombras de este venerable hombre de Estado cuyo apasionamiento por el poder le condujo a ser martirizado cruelmente por las turbas ébrias de furor. El Gobierno de entonces pudo, con disposiciones atinadas, prudentes y saga-

ces, evitar ese execrable desastre que menoscaba el decoro y los sentimientos y espiritualidad de un pueblo.

Y el Viejo Luchador, como le llaman ordinariamente sus partidarios, no fué un reformador, no obstante que se le presentó una ocasión propicia para ello. El General don Leonidas Plaza G. sin la menor preocupación ni recelo de ningún género, efectuó reformas que no se atrevió Alfaro a ponerlas por obra. Estableció la Ley de Matrimonio Civil y dictó la incautación de los bienes de las comunidades religiosas destinándolos para la Beneficencia Pública, que venía atravesando períodos de angustias y estrecheces. Reformas tan substanciales produjeron, como era de esperarse del Clero y de algunos exagerados creyentes, protestas, anatemas y excomuniones. Pero examinadas estas leyes expedidas por el General Plaza a la luz de la razón y de las conveniencias sociales y económicas fueron muy benéficas y vinieron a fortalecer la exhausta Caja de la Asistencia Pública que tiene que atender a tantas Dependencias en las cuales encuentran refugio y alivio en sus dolencias y congojas las clases menesterosas, el verdadero pueblo. Al amparo de aquellas leyes, que fijaban al ciudadano sus normas cívicas respecto del Estado y que destinaron de hecho con fines de imponderable alcance social los bienes de manos muertas a la Asistencia Pública, habían efectuado sin dolorosas contrariedades domésticas una efectiva transformación en el orden jurídico y social. Igualmente el General Plaza miró por la cultura del país. En su gobierno vino la Misión Alemana presidida por el Dr. Rubel, entre cuyos componentes hubo maestros de magníficas capacidades pedagógicas como el Profesor Hilmenman y el Sr. Barsabat, Profesor de Gimnasia. Estos educadores fueron el alma de la Misión y fué una contrariedad para el Instituto de Pedagogía que maestro de las condiciones del Sr. Hilmenman hubiese regresado a su país en cuanto terminó su contrato y que Barsabat hubiese muerto trágicamente en Guayaquil.

* * *

Uno de los gobiernos que dió efectivas pruebas de tolerancia y de libertad a la Prensa fué el del General Leonidas Plaza. Con el mayor sosiego y sin indignación de ninguna clase soportó la virulencia de "Fray Gerundio" que lo redactaba el periodista conservador don Vicente Nieto. Este periódico de oposición, satírico y batallador se apartó muy a menudo de los dominios de su misión educadora y penetró sin el menor recelo a remover intimidades, que deberían mantenerse en todo momento ocultas por propio decoro y consideraciones de orden ético y social. La vida privada de determinados elementos políticos la descubría dicho periódico sin recelo alguno. Y a este proceder desvengonzado se lo calificaba entonces de valiente y altivo.

Con suma vergüenza precisa confesar que tal conducta y aún la de arrojar sombras sobre el honor y la reputación de los dirigentes ha sido y es la usual y corriente. Se los calumnia sin

el menor fundamento, apoyándose únicamente en aseveraciones vulgares y malévolas. Este ha sido con honrosas excepciones el distintivo de nuestro Periodismo. Talentos primorosos, escritores eruditos y esclarecidos como el mismo Padre Solano, Rocafuerte, don Pedro Moncayo, García Moreno, Montalvo, el afamado y eplaudido Calle, y otros tantos desviáronse constantemente de los dominios de la serenidad y cordura guiados por sus violencias y fogosidades políticas. Nuestro tropicalismo temperamental es la causa primordial de muchas de nuestros desventuras nacionales y del torpe desgaste de energías. A ello obedece que nuestros mandatarios, poco pacientes, se hayan salido las más de las veces de las normas señaladas por la Carta Fundamental y se hubiesen convertido en déspotas y tiranos. No pretendemos que la Nación se mantenga en absoluto mutismo y convertidos sus hijos en hato de siervos. No! El silencio implica aprobación incondicional a todos los actos del gobierno aún de aquellos que propenden a cercenar las libertades ciudadanas y comprometer los intereses nacionales. El silencio implica indiferencia e imbecilidad y falta de altivez y de carácter en un pueblo. La Prensa como genuina representante de la voluntad nacional debe hablar en tales casos y en aquellos que comprometen su integridad y autonomía con voz solemne y levantada; con voz ardiente y esforzada que enfervorice los sentimientos colectivos y los ciudadanos sin distinción de clases ni de credos políticos ni religiosos se apresten a defender sus legítimos derechos con valor y con sacrificio de su propia vida.

Necesaria e indispensable es la oposición; pero una oposición mesurada, digna y elevada. Y en todo momento los gobiernos probos, sensatos y progresistas deberían fomentarla en vindicación de sus propios actos administrativos y porque es la muestra más palpable de tolerancia, de progreso y de cultura del gobierno de una Nación. Los gobernantes que no soportan los ataques de la oposición y proceden violentamente a clausurar imprentas, poner en prisión a los periodistas y desterrarlos; con tales exaltaciones y arbitrariedades proceden ciegamente a confirmar las acusaciones de la oposición. Deben los mandatarios partir del principio de que el silencio y la quietud aparente de un pueblo son reveladores de un dominio absoluto sin limitaciones de ningún género. Una democracia da pruebas de un nivel de alta cultura cuando sus periódicos se ocupan de aquella política límpida y desapasionada que mira por el adelanto y progreso del país y la perfectibilidad moral y espiritual del as masas. Algunos mandatarios ha tenido el Ecuador que han gobernado con una integridad y civismo verdaderamente catonianos. Pero ese proceder liberal de efectivo republicanismo y de acatamiento irrestricto a las instituciones y a la libertad de la Prensa aceleró en un ambiente caldeado por las pasiones políticas el desplome brusco de algunos. Quienes se han adentrado en la entraña de estas democracias como Bolívar han visto que fué amenazante para el armónico convivir de los asociados el salto brusco de la sujeción colonial al régimen democrático y de ver-

dadera libertad. Con todo, algunos magistrados por entre la libertad incondicional que dieron a la Prensa supieron inspirar como el General Plaza temeroso respeto. No obstante estas cualidades este militar es para sus adversarios una figura sombría. Algunas graves inculpaciones pesan sobre él. Pero la índole cultural y educadora de nuestro estudio no permite hacernos eco de ellas ni relatarlas en tanto investigaciones sosegadas y apoyadas en auténticos documentos se encarguen de esclarecerlas.

La Misión Militar Italiana que contrató el Gobierno del Dr. Tamayo por más que la censuraron injusta y temerariamente algunos, no quepa la menor duda que contribuyó eficazmente a culturizar la Institución armada del país y formar técnicos en distintos ramos de sus actividades. La Misión estuvo compuesta de militares de suma competencia profesional y en los años que permaneció al frente de la instrucción militar consiguió formar geógrafos e ingenieros que han prestado y prestan importantes servicios a la República. Sólo desde aquella época viene haciéndose conocer entre nosotros la ingeniería militar, la que viene dando pruebas de eficiencia en trabajos de importancia que efectúa.

Los edificios construídos en el campo de la Aviación Nacional y los cuarteles amplios y de buen gusto que están al terminarse de acuerdo con las necesidades modernas de la Institución son la demostración más evidente de la competencia de nuestros ingenieros militares, que recibieron una sólida docencia científica de la Misión Italiana.

Hace honor a la Milicia el grupo de Ingenieros militares dirigido inteligentemente por el Coronel Carlos A. Pinto que se ha mantenido largo tiempo con abnegación y patriotismo en las selvas orientales llevando a término las imaginarias linderaciones determinadas por el malhadado Protocolo del Río, el cual nuestro Canciller con honda amargura y sin la más leve protesta procedió a firmarlo en nombre de un fermentado Panamericanismo en que se hizo lujo de mirar con unánime indiferencia la injusticia que se consumaba con una pequeña Nación hermana.

CAPITULO XXII

Los primeros escultores y estofadores españoles.— Los imagineros quiteños: Padre Carlos, José Olmos (Pampite), Bernardo Legarda, Diego Rodríguez, Manuel Chile (Caspicara). Afán científico de nuestros críticos, opacar nuestros mejores ingenios.— Daños ocasionados a nuestra nacionalidad y nuestra cultura artística.— Lienzos y esculturas europeas intervinieron en la formación artística de los criollos.— Pinturas flamencas en láminas de cobre traídas por el Barón de Candoloret.— El escultor cuencano Zangurima y la Escuela de Vélez.— Daniel Alvarado y sus hijos continuadores de la Escuela de Vélez.— La escultura en San Antonio de Ibarra.— El escultor quiteño Carrillo y otros.— El Padre Benjamín Gento Sanz y sus conceptos sobre el arte quiteño.— Factores que intervinieron en el desarrollo de las Bellas Artes y en la formación artística de los indígenas quiteños.— La pintura bizantina.— Configuración típica de la Ciudad de Quito.— Las Virgenes del Sol.— La Princesa Quiteña Pacha y el Emperador Huaynacápac.— Legendarias luchas entre los Quiteños y los Incas.— El Conquistador español y sus arbitrariedades.— La nobleza quiteña y el pueblo y sus rebeldías autónomas.— El Obispo Villarroel.— El Padre Dominicano Pedro Bedón y su discípulo el Padre Castillo.— El Hermano Jesuita Hernando de la Cruz.— Miguel de Santiago, sus obras y sus discípulos.— El Padre Agustino Valentín Yglesias y sus críticas sobre Miguel de Santiago.— El arte moderno y sus interpretaciones.— La Escuela de Bellas Artes, sus Maestros y discípulos.— El Museo Nacional de Bellas Artes.

Por antiguos relatos y posteriormente por lo que refiere el señor doctor José Gabriel Navarro en su libro "La Escultura en el Ecuador en los siglos XVI, XVII y XVIII", se tiene conocimiento que el español Diego de Robles fué el primer escultor y su compatriota y compañero Luis de Rivera, el primer encarnador y dorador, quienes trabajaron conjuntamente las primeras estatuas de madera policromadas existentes unas en el templo de San Francisco de esta ciudad y otras en el santuario del pueblo del Quinche. Se refiere que estos mismos artistas españoles trabajaron dos imágenes más; pero que la una fué destruída por un incendio ocurrido en el pueblo de Guápulo y que no se tiene de la otra indicio alguno de su paradero. Vagos rumores aún inverosímiles hemos oído al respecto.

Creemos sinceramente, que antes del escultor español Diego de Robles ya el Franciscano flamenco Fray Pedro Gosseal fué, no sólo magnífico arquitecto y pintor sino hábil tallista. En cuanto se fundó el célebre Colegio de San Andrés sus educandos indígenas comenzaron a dar palpables demostraciones de sus prodigiosas disposiciones artísticas en las diversas obras que ejecutaron. Imagineros, tallistas y decoradores aparecen desde que comienzan a construirse los primeros templos y otros edificios públicos de la ciudad. Se ponen los discípulos a idéntico

nivel artístico de sus maestros españoles. Así vemos que las estatuas de madera de Diego de Robles, como el grupo compuesto de San Juan Bautista y de Jesús recibiendo el bautismo que reposa en la hornacina del ático del retablo presbiteriano, son inferiores a las ejecutadas por el Padre Carlos en cuyas imágenes se manifiesta como un concienzudo observador de la naturaleza. Mirando a la distancia las figuras de San Juan Bautista y la de Jesús impresionan gratamente por su fisonomía grave y majestuosa y su continente bien proporcionado y elegante. Pero examinándolas de cerca como tuvimos oportunidad de hacerlo, en la Exposición de Arte Mariano que se verificó por el mes de junio del año de 1943, en los Conventos de esta ciudad, si se notan ciertos rasgos diestros de un cincel bien dirigido, francamente, dichas figuras son inexpressivas y en su conjunto dejan mucho que desear y no corresponden a la fama de que gozó aquel artista castellano.

Nuestro Padre Carlos que se presenta como nuestro primer escultor ha escalado en su ramo cimas a donde no pudo llegar Diego de Robles. Nuestro compatriota con su genial temperamento de artista asimiló sin dificultad alguna las notas místicas, solemnes y expresivas del Montañés, de Mena, de Berruguete, de Bernini y de aquellos escultores españoles que bajo la docencia de Miguel Angel se conquistaron celebridad en la misma Roma, como expresamos anteriormente. ¿Quiénes fueron los eminentes imagineros que lograron impregnar el substratum de su espíritu artístico en el alma del Padre Carlos para que su gubia expresara en las tallas ejecutadas por él la misteriosa gama de las sensaciones y emotividades? Necesariamente su temperamento de exquisitas esmaltaciones artísticas hubo de estar refrigerado por el hálito de maestros que tuvieron el poder prodigioso de comunicar vida a la materia inerte. En las esculturas existentes en San Francisco, la Compañía, la Catedral se siente el influjo directo que ha recibido del Montañés y sobre todo del insigne pintor Zurbarán que tanto lustre dió a la Escuela Sevillana. De las pinturas de este maestro, que se caracterizaron por su realismo y expresión maravillosos, consiguió nuestro Padre Carlos aprovecharse para comunicar a sus figuras esa divina unción mística que imprime carácter e inspira culto y veneración. En el San Pedro de Alcántara que se encuentra en la iglesia de Cantuña se manifiesta el escultor quiteño con tal potencialidad artística que el espectador al mirar dicha figura se conmueve hondamente palpando la vivífica imagen del penitente medio desnudo que se rasga las espaldas con látigo de alambres ante el cráneo que tiene en la diestra, el que con acento cavernoso le está hablando de la risible vanidad de los hombres y del miserable desenlace de su existencia.

El Padre Carlos, que en la escultura aparece brillando con la misma intensidad que Miguel de Santiago en la pintura, conoció la anatomía humana como un profesional. De ahí las justas proporciones de sus figuras y que ostentaran éstas un aire de elegancia y esbeltez. Además su carácter de religioso influyó

para que en la expresión de sus imágenes acertara a fijar en ellas aquellos rasgos que determinan ciertas transportaciones psíquicas del místico o del alma religiosa que se imagina existir desligado de las poderosas vinculaciones del mundo y en contacto íntimo con seres angelicales que gozan de la bienaventuranza eterna. Las imágenes del Padre Carlos tienen la prodigiosa virtualidad artística de ejercer predominio en el ánimo del que las contempla. Visitantes extranjeros han declarado no ser indiferentes a estas situaciones psíquicas que obedecen, sin duda, a esa típica expresión romántica o espiritual que consiguió dar a sus figuras vaciando en ellas su propia alma; esto es aquellas situaciones interiores por las cuales ordinariamente pasan los espíritus ascéticos o de vida contemplativa. El Padre Carlos con su carácter retirado y sus rígidas costumbres debió ser sensible a esos pesares e inquietudes muy hondos que mueven a la penitencia y las mortificaciones por medio de las cuales creen hacerse acreedores a las felicidades de ultratumba.

Las dos estatuas de San Francisco de Asís de propiedad del Museo Nacional y la de San Pedro de Alcántara que se encuentra en la iglesia de Cantuña que aquí las reproducimos, engendran extrañas emotividades e inducen a tantas reflexiones. Cómo que el temperamento del Padre Carlos se hubiese fundido en el de Zurbarán o en el del Montañés, autor de la famosa escultura de Jesús con la Cruz auestas, de tamaño natural que existe en San Francisco, para expresar en sus imágenes esos ensueños místicos o estados preternaturales tan propios de espíritus que se entregan apasionadamente a la contemplación y que no encuentran aliciente más hermoso que el de sentirse desligados de los afectos terrenos y en situación de obtener gracias especiales del Ser Supremo.

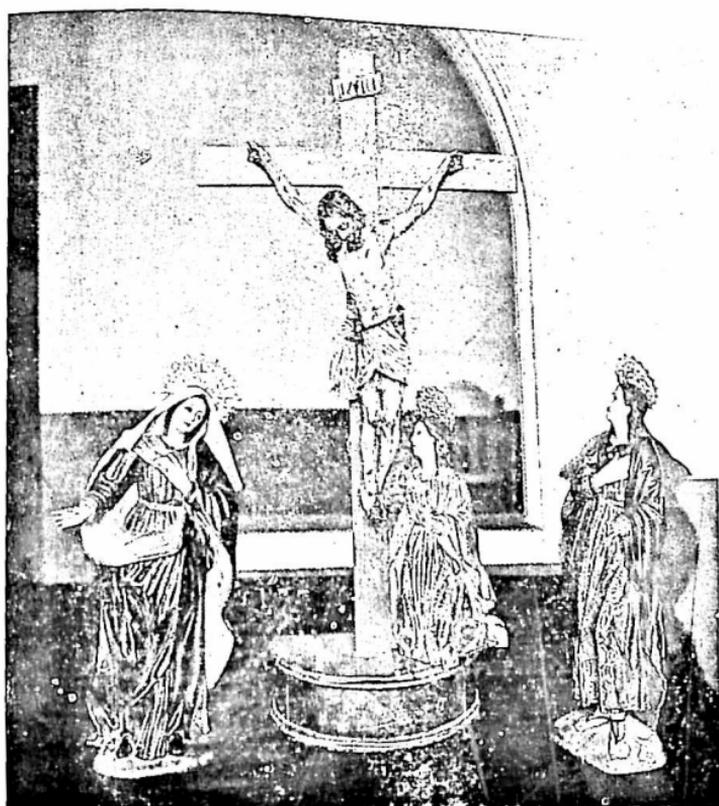
El Padre Carlos pretendió como cultivador de la escultura mística infundir en sus discípulos sus mismas virtualidades estéticas, a fin de que sintieran tanto como él los goces inefables que experimenta el artista cuando las figuras devotamente cinceladas por él expresan en sus facciones, mirar y actitudes esas situaciones de hondo sentir psicológico bajo cuya acción los místicos creen hablar familiarmente con Dios. El Padre Carlos artista de verdad, no se limitó a copiar las exterioridades sensibles de sus personajes descritos por la historia sagrada. Para él lo esencial era extraer la substancia o reproducir esos movimientos interiores que se diversifican y cobran distintos matices en la conciencia de cada ser y determinan su temperamento y sus tendencias, sus afectos y pasiones. Sus imágenes no las cincelaba mecánicamente. Fueron brote de una inteligencia que se cuidaba de traducir las distintas fases psicológicas de almas que surgieron a la vida en un mundo en el cual veían que necesitaban purificarse por medio de excesivas mortificaciones para alcanzar la suprema dicha. Las imágenes del Padre Carlos revelan en el rostro su éxtasis espiritual y las conmociones interiores que las enajenan y singularizan dramáticamente.

José Olmos, conocido ordinariamente por Pampite, su seudónimo, fué el discípulo preferido del Padre Carlos. El in-

dígena quiteño con sensibilidad de artista se embebió de la manera o de los procedimientos técnicos de su maestro y de la preceptiva estética relacionada con el misticismo de la época. Olmos como todos los artistas de aquellos tiempos se pertenecía a su medio ambiente ingenuo, no contaminado con los fascinantes espejismos del actual momento, y de profunda y efectiva religiosidad. De ahí que sus imágenes reflejaran los sentimientos místicos colectivos e inspiraran por su vitalidad ferviente veneración. Prueba de ello son sus Crucifijos en fuerza de cuyo vigoroso realismo se han forjado algunas leyendas, entre ellas la que consigna el Dr. José Gabriel Navarro en su libro "La Escultura en el Ecuador". Los Cristos de Pampite son típicos e inconfundibles. Examinándoles de cerca se cree percibir los estertores del moribundo. Sólo artistas que experimentan en su entraña las emociones más ardientes del espíritu religioso de su tiempo pueden expresar en sus efigies esas situaciones dramáticas que enternecen e incitan a la reflexión y el arrepentimiento.

Tratándose de la figura de Jesús, del Divino Maestro, cuyo amor por la humanidad le condujo a la excelsitud del martirio, Pampite esmeróse en que sus Crucifijos correspondieran a su extraordinaria grandiosidad trágica de acuerdo con las profecías y los Evangelios. La profunda fe del artista y el convencimiento que tuvo de su culpabilidad como pecador en la muerte del Redentor influyeron grandemente sobre su inspiración y la manera divina de expresar las imágenes de Cristo. En el de la agonía maravilla el realismo con que está ejecutado. Se tiene la impresión de oír entre efluvios de aromas y luces sus bellas palabras: "EN TUS MANOS ENCOMIENDO MI ESPIRITU". De igual modo conmueve hondamente la forma en que lo presenta ya muerto con la cabeza caída sobre el pecho. Aunque el escultor se contrae a imitar la figura ideada por los pintores y escultores de los primeros siglos, sin embargo tiene ciertos rasgos de expresiva nobleza que particularizan las dotes artísticas del indígena quiteño y realzan la figura de Jesús distinguiéndola de la de los demás ajusticiados que estaban condenados en aquellos tiempos a idéntico martirio.

El más típico de los Crucifijos de Pampite es el que se lo venera en la iglesia de San Roque bajo la advocación de "EL SEÑOR DE LA MISERICORDIA". Hasta el color de la carne es de amarillo oscuro que asemeja al color medio bronceado de la raza indígena. De tamaño natural como el que existe en la Sala Capitular de San Agustín, que es ejecutado por el mismo autor, sorprenden la anatomía y las justas proporciones, sobre todo si se tiene en cuenta que sus Cristos de tamaño natural los trabajaba en madera de balsa que no se presta fácilmente al manejo de la gubia. Esta clase de madera de que hacía uso Pampite para sus grandes figuras acredita su destreza en el antedicho ramo. Sensible en extremo es que las otras figuras del Calvario de la iglesia de San Roque hayan perdido su antiguo encarnamiento y policromía con el inconsulto retoque que han recibido. Muchos lienzos y esculturas de no escaso mérito artístico están echados a perder con las restauraciones efectuadas por imagine-



Calvario en el que sobresale el Cristo del célebre Pampite, propiedad del Sr. Isidoro de Icaza Plaza

ros inescrupulosos y profanos. En varios Conventos y en muchas iglesias parroquiales se nota cierto afán antiestético de destruir lo antiguo. Tanto a este vandalismo como a la salida al Exterior de tantos lienzos y figuras de mucho mérito se debe que el país no guarde tesoros que acrediten su lustre artístico de antaño. Con todo, si se pretendiera formar un Museo con las esculturas y cuadros existentes en los templos sería, sin exageración alguna, el mejor Museo de arte colonial en América.

* * *

Aventajado discípulo de los anteriores fué Bernardo Legarda, mestizo quiteño dotado de capacidades artísticas poco comunes. En los retablos trabajados por él como los de Cantuña, el Carmen y otros más, que los damos a conocer, sorprende la riqueza de su fantasía puesta en evidencia en ese barroquismo de tanta nobleza que convida a contemplarlo. Con magnífico sentido estético sobresale en la grande hornacina del ático del altar mayor del Carmen Moderno, un grupo escultórico a todo relieve de La Trinidad y la Virgen María. Es brote de un barroquismo que se mantiene dentro de los dominios de la sobriedad y de una riqueza de movimiento admirable. Los vestidos de la Virgen están tratados con tanta vaporosa maestría que dan la sensación de estar constantemente agitados por el aire. Fijándose en las formas y la manera expresiva y aristocrática de tratar la indumentaria y los contornos se echa de ver sin el menor esfuerzo que el maestro que figuró la Virgen que complementa el bello grupo escultórico del tablo del Carmen Moderno es el mismo que cinceló bellamente la imagen de Santa Rosa de Lima existente en el Museo Nacional. Una figura de un barroquismo que raya en lo excelso por su aristocrática delicadeza no quieren ver en ella ciertos críticos un tanto egoístas, el escoplo de Legarda. Por el lejano parecido que tiene con la escultura "Mater Dolorosa" del español Fernández que floreció en el siglo XVII, pretenden que, por lo menos, nuestro artista se inspiró en aquella figura del celeberrimo escultor ibérico. A primera vista la semejanza no admite observaciones; mas fijándose detenidamente en la estructura y la manera despejada y de noble naturalismo con que están tratados el manto y las vestiduras las diferencias son patentes. El manto de la MATER DOLOROSA de Fernández se halla casi ceñido al rostro en tanto que en la imagen de Legarda el manto se lo ve un tanto fuera de la cabeza y flotante, lo cual le comunica mayor realce artístico a la figura. Legarda estudiadamente evitó coronar de flores a la Santa que brotó de su escoplo con dulzura infinita, porque quiso que no participaran sus aromas y frescura otras flores de ese medio entreabierto botón de rosa que recela empañar su candor con sólo dejarse levemente tocar por los tibios resplandores de la aurora.

Legarda tuvo geniales audacias artísticas manifestadas en los atrevidos movimientos que dió a sus imágenes y una sensibilidad exquisita para expresar el candor y las bellas virtualidades espirituales en el rostro de las Vírgenes figuradas por él.

Murillo se ingenió en idealizar su Purísima acudiendo al medio escorzo con cuyo recurso artístico evitó la ingrata impresión que ofrece al espectador el escorzo violento de determinados órganos. Y, con el mirar hacia arriba de su Purísima el insigne pintor sevillano expresa efectivamente una situación de espíritu de inefables emotividades difíciles de ser explicadas. En la Inmaculada de nuestro Legarda hablan un lenguaje de excelsas musicalidades su mirada, sus ojos y sus pies. En Ella todo es movimiento y vida y expresa en su actitud de poético naturalismo el triunfo de lo espiritual sobre la materia y del candor sobre la impudicia. La manera como Legarda ideó su Inmaculada acredita sus singulares dotes artísticas y su legítimo derecho a figurar en el grupo de estrellas de la afamada Escuela Quiteña.

Si Legarda ejecuta con tanta maestría y delicadeza las vestiduras de sus imágenes que inducen a creer por su flexibilidad y delgadez que son telas superpuestas que se agitan al soplo del aire, no vemos la menor razón para dudar de que la mencionada estatua de Santa Rosa de Lima de propiedad del Museo Nacional sea obra de Legarda. Desde muy antiguo se ha tenido la costumbre de dudar por lo menos de las capacidades intelectuales y artísticas de los nuestros, en tanto en otras partes se los estimula y se procura divulgar la fama aún de medianías. Miguel de Santiago, Goríbar, Samaniego y algún otro no fueron quiteños sino españoles. ¿Cómo pintores que se manifiestan con una técnica vigorosa en sus lienzos y con toques de luz enérgicos y magistrales peculiares de los famosos artistas sevillanos pueden ser hijos de una ciudad colonial oscura y abatida por gigantescos montes que le impiden fortalecerse espiritualmente con las auras marinas conductoras de la civilización y el progreso de los pueblos? En este sentido se han expresado respecto de nuestros grandes artistas. La demasiada severidad histórica de determinados cultivadores de este ramo entre nosotros ha sido causa para que se entorpecieran las investigaciones respecto a los objetos de arte de nuestros aborígenes y aún de nuestros imagineros coloniales. En todo momento han recurrido a la duda, a la negación, expedientes que impiden toda alegación, toda prueba. He ahí los obstáculos que, con temeridad y escaso civismo, se han interpuesto en todo momento. Con objetos arqueológicos atribuidos a la cerámica de los Incas pretenden destruir las manifestaciones de la vida artística de los Schyris y lo que es más grave su existencia misma como Reino autónomo e independiente.

Con poca justicia y demasiada aspereza han sido juzgados hasta los valores intelectuales de la colonia. Y creemos desapasionadamente que si no fueron propicios los primeros siglos del Régimen Colonial para que los cultivos del entendimiento ofreciesen beneficiosos frutos; hubo, con todo, ejemplares, por entre la espesura del medio, de sólida cultura y de efectivo prestigio continental como el Obispo Villarroel y algún otro. La severidad crítica no debe llevarse a la exageración. Muchas veces mata en gérmen las plantas que dan muestras de rendir copiosos frutos en un ambiente de serenidad y de estímulo. Indis-



Santa Rosa de Legarda, propiedad del Museo Nacional

pensablemente la cultura intelectual y artística requiere fervoroso auxilio para florecer. Los sembradores de ideales; los artistas de la inteligencia y del sentimiento se ven obligados a partir, en fuerza de las apremiantes necesidades biológicas, por senderos distintos a los señalados por su temperamento e inclinaciones. No otra es la causa de la pobreza de nuestros concursos literarios y artísticos y del abatimiento de la tan celebrada imaginería quiteña. Con apreciables estímulos económicos recobrarían su antiguo prestigio las Bellas Artes y el Ecuador volvería a empuñar sin el menor ditirambo el cetro en el Continente Latinoamericano. Y repetimos que estos conceptos no envuelven regionalismo, ya que son palpables las prodigiosas facultades espirituales de los hijos de este suelo que contiene en su atmósfera, su entraña y sus lejanías de verdura inagotables riquezas artísticas.

El sostener la originalidad de nuestros imagineros, especialmente de nuestro Legarda contra las insistentes aseveraciones de críticos de arte que no quieren reconocer el ingenio de nuestros artistas, nos ha movido a una serie de reflexiones que se apartan del asunto fundamental. Y volviendo al escultor Legarda únicamente nos resta expresar que aventajó a sus maestros en la magistralidad y exquisitez de sus movimientos patentizados en sus imágenes especialmente en la Inmaculada conocida por la Virgen QUITENA de Legarda, de la cual se han sacado copias tanto en pintura como en escultura, distinguiéndose el lienzo del artista Coloma Silva que fué premiado en la Exposición Mariana, de la cual hablamos en otro lugar.

* * *

Nuestros imagineros tuvieron la suerte de que sus excelentes disposiciones artísticas fuesen hábilmente encauzadas por maestros competentes y geniales. Figura entre esa pléyade el escultor Diego Rodríguez, autor de la famosa estatua de San Sebastián que la damos a conocer. Por sus proporciones y belleza y la plácida espiritualidad y esbeltez de su figura parece que perteneciera a la época del florecimiento artístico de la antigua Grecia que llegó a dominar la belleza de las formas. Este hermoso adolescente, que manifiesta un sosiego infinito por entre los dolores y angustias que soporta con heroicidad por sus ideales religiosos, es la imagen viva de un Apolo y digno de figurar en el Museo Nacional de Bellas Artes como uno de los ejemplares más hermosos de la escultura colonial. El artista se ingenió en expresar que las mortificaciones corporales que sufrió no menoscabaron la olímpica serenidad de espíritu de ese joven que supo mantenerla con el fervor de sus convicciones religiosas.

Además de estos célebres imagineros que avivaron los ocultos sentimientos estéticos de nuestros indígenas contribuyeron mayormente a su abriantación los lienzos y esculturas de artistas italianos, flamencos y españoles traídos por las Comunidades religiosas y algunos Presidentes de la Audiencia de Quito.

El Barón de Candoloret trajo una magnífica colección de pinturas holandesas en grandes láminas de cobre referentes a asuntos bíblicos, entre los que sobresalía, según testimonio de pintores que los conocieron, el del Sacrificio de Abrahán. De aquella colección se exhiben algunos en el Museo del señor Jacinto Jijón y Caamaño. Sin embargo de los muchos cuadros de célebres autores europeos que han salido del país existen todavía en varios templos y en el Museo Nacional de Bellas Artes pinturas de Zurbarán, de Murillo, de Rembrandt, del italiano Ciseri, de Bassano, de Natoire, de la escuela del Españoleto y de las escuelas holandesas y sevillana. De ahí que las naturales disposiciones artísticas de los hijos de esta ciudad fueran magníficamente guiadas por obras de insuperables calidades artísticas.

Si la escultura quiteña se eleva con Legarda a gran altura con su discípulo Caspicara se magnifica y sublimiza. Este célebre indígena forma por su genialidad artística una de las estrellas mayores de la constelación de artistas de la famosa Escuela Quiteña. Manejaba su escoplo con tanta destreza hasta el extremo de hacer vibrar en la contextura de su figuras la sangre que circula por entre las arterias y las venas. Caspicara es el imaginero más eximio de la Colonia. Este concepto se refuerza con el naturalismo vigoroso y deleitable de su figuras como por la exactitud anatómica y por su incomparable arte en la transparencia y movimientos sutiles de las vestiduras. Todas estas propiedades que se observan en las esculturas de este indígena genial nos llevan a la confirmación de que fué un profundo observador de la naturaleza. Y sólo con una constante y sesuda observación de la naturaleza podía hacer vibrar en sus figuras de bellas formas las palpitaciones del espíritu que constituyen la expresión más acabada del movimiento y de la vida. Justamente, por esas situaciones psíquicas que consiguió expresar en sus imágenes Caspicara son muy apetecibles y se ofrecen por ellas elevados precios. Es que de suyo inspiran veneración. Pero este poder maravilloso no es particularidad de las obras religiosas también con las profanas acontece lo propio. Y esta adoración o culto que inspiran las figuras del género profano de Caspicara proviene de que en sus facciones se transparentan las emotividades, afectos o pasiones que mueven a determinados temperamentos a producirse fatalmente dentro de los dominios de la comedia, del drama o de la tragedia.

En las esculturas del género jocoso se esmera el artista en reproducir en la fisonomía aquellos caracteres que mueven a risa y a la vez admiración. Muchos de estos tipos son brote del medio un tanto ingenuo de entonces y que los tiempos de hoy difícilmente los procrean. Tales son entre muchos: El Majestad y Pobreza; el cojo vendedor de huevos; el Músico Mendigo; el Vendedor de manzanas y otros tantos. Estos cuatro que son propiedad del Museo Nacional los damos a conocer.

En el género dramático nuestro imaginero se eleva a gran altura. El grupo de La Piedad construido en una sola pieza, está compuesto de cuatro figuras: la Virgen, la Magdalena, San Juan y Jesús exánime con la cabeza que descansa sobre el re-

gazo de la Madre dolorida. Este grupo escultórico, que se encuentra en uno de los retablos tras del altar mayor de la Catedral de esta ciudad, es insuperable y algo de lo mejor que existe en el Continente. Esta admirable obra de arte junto con el maravilloso cuadro escultórico de la Ascensión que se halla en el retablo de San Antonio en San Francisco bastan para presentarlo a nuestro Capiscara como el primer estatuario de América. En idéntico sentido se han expresado algunos artistas de arte entre ellos algunos extranjeros. Y nuestra modesta opinión se afirma con fuerza cuando se contemplan en algunas iglesias las figuras de Caspicara singularmente las que componen ese conjunto de bellas armonías del retablo del presbiterio de la Catedral. Cada una de ellas está tratada con tanto arte e inteligencia que origina gratas sensaciones e induce a tantas reflexiones. Las formas esculpidas con desenvoltura inimitable cobran vigorosa vitalidad con los rasgos psíquicos que las confortan y constituyen la expresión. Las figuras de carácter; aquellas que mueven a mofa o risa por sus imperfecciones orgánicas o morales están tratadas con tanta magistralidad que, realmente, sorprenden el gran sentido estético e interpretativo de Caspicara. Hasta hoy se mantiene este famoso imaginero quiteño dominando las cimas de la escultura sin que nadie pretenda disputarle el principado.

Sin que se diera cuenta este humilde hijo de Quito comunicó mayor celebridad a la tierra de su nacimiento que muchos políticos que la han desangrado y abatido. Por los famosos imagineros de los siglos XVII, XVIII y comienzos del XIX que dieron tanto lustre a la Escuela Quiteña conserva la Patria su prestigio artístico continental y es muy visitada por los extranjeros amantes de las bellas artes, que se solazan de contemplar los lienzos, esculturas, tallas y otras producciones de los diferentes ramos cultivados por los artífices de la Colonia.

* * *

Al taller de Caspicara concurrían muchos deseosos de aprender del maestro esa técnica prodigiosa que divinizó a cuanto brotaba de su escoplo. No pocos de sus discípulos consiguieron adiestrarse en tan difícil ramo, pero les fué imposible imitar su manera tan original e inteligente. El mismo Zangurima que fué el más aventajado de sus discípulos, a quien el Libertador le favoreciera por sus excelentes disposiciones escultóricas, queda a gran distancia del maestro. En el Calvario que se le atribuye existente en el retablo situado al costado izquierdo de la entrada al templo del Carmen Moderno de esta ciudad se advierte que Zangurima, nativo de Cuenca, no puede rivalizar con su maestro. Con todo, Zangurima partió a su ciudad natal y abrió su Escuela de escultura en la que muchos de sus hijos dieron patentes pruebas de sus admirables disposiciones artísticas. La escuela de Vélez, la fundada por Zangurima, se han esmerado en mantener su prestigio. Sus Crucifijos, ramo en el que consi-

guió admirablemente especializarse, son muy solicitados dentro y fuera de la República.

Legítimos herederos de la afamada Escuela de Vélez son Daniel Alvarado y sus hijos que continúan sosteniendo con la misma brillantez su tradicional ingenio artístico. El Crucifijo de tamaño natural que la Junta de Asistencia Pública mandó trabajar en Cuenca con el hábil artista Alvarado para la Capilla del Hospital Eugenio Espejo de esta ciudad creemos sinceramente que reúne mayores rasgos anatómicos y expresivos que muchas de las imágenes comerciales traídas de Barcelona y que se las venera en algunos templos de esta Capital. Los artistas Alvarado se distinguen también en el estudio de bustos o retratos de personajes que han sobresalido en las buenas letras y en la política. Cuando estuvimos en Cuenca nos fué muy grato visitar su estudio. Entre los varios bustos colocados simétricamente en dicho lugar tuvimos oportunidad de observar que unos estaban tratados con tal destreza y exactitud que parecían fotografiados y otros dejaban mucho que desear. Con todo, es muy plausible que cultiven un ramo tan difícil y expresivo como el retrato de bulto.

En San Antonio de Ibarra trabajan también la talla con bastante esmero y eficacia. No pocas figuras salidas de aquella imaginaria son bien proporcionadas y elegantes. Tuvimos oportunidad de ver la escultura de un esclavo moribundo de peñueñas proporciones adquirida por el Ministro español Gómez Acebo. La expresada escultura nos recordaba por su rigurosa y magistral ejecución aquellas hermosas tallas tan llenas de originalidad y viveza como las de la antigua Escuela Quiteña. Consuela que ramo tan expresivo y de tanta vitalidad que viene dando años ha señales manifiestas de decadencia hoy se lo cultive fervorosamente en Cuenca y en San Antonio de Ibarra. Pero lo que sí mueve a lamentar es la desaparición del encarne, del estofado y la policromía que complementaban la escultura de la antigua Escuela Quiteña. Estos procedimientos que comunicaban tanto esplendor y realce a las figuras y contribuían a complementar la expresión, nuestros actuales escultores ya no pueden hacer uso de ellos, dejaron perder ramos insustituibles y de enorme importancia en la realización artística de las imágenes. Esas esmaltaciones resultantes de la mixtura del oro, la plata, el cobalto y verde mar producían en las figuras maravillosos y sorprendentes efectos estéticos. Las figuras ostentaban una riqueza, oriental y soñadora. Y al fijarse en la caprichosa confección, de su indumentaria, se viene a la mente la idea, no destituida de fundamento, de que en las manifestaciones artísticas de la Escuela Quiteña se siente el influjo del gusto oriental. Revelan claramente este concepto: las cariátidas que sostienen el cornisamento del ático del altar mayor de San Francisco y las figuras recostadas, simbolizando las Virtudes, que decoran el último cuerpo de este retablo; los ángeles y arcángeles que se encuentran ornamentando los altares de casi todos los templos y finalmente los mismos motivos de los fantásticos artesonados que se

atraen las miradas de cuantos los contemplan. Hermosos ejemplares de tal índole posee el Museo Nacional. Ojalá la Casa de la Cultura que lo gobierna por Decreto Ejecutivo de 9 de Agosto del año en curso tome interés en adquirir en los conventos esculturas de las condiciones anotadas para que el visitante se forme cabal concepto del efectivo esplendor que alcanzó la estatuaría entre nosotros.

* * *

El escultor de mejores capacidades artísticas de la época de la República es, sin duda alguna, Carrillo. Las figuras salidas al calor de la fogosidad de su inspiración son de un realismo impresionante y despiertan piadosas sensaciones. Los movimientos del alma están interpretados con tanta fuerza expresiva que mueven a contemplarlas. Es el artista que hace hablar a sus imágenes de varios de nuestros problemas sociales con más elocuencia de humana filosofía quizá que algunos de nuestros escritores que discurren vanamente, sin emoción alguna, y desviándose de la verdad histórica, al pintar con inciertas coloraciones las angustias, dolores y miserias y las impetuosas tempestades interiores que azotan el corazón de las muchedumbres desheredadas. Ese grupo de tamaño natural existente en el tercer retablo a la izquierda de la entrada al templo de San Francisco y que representa a San Francisco de Paula en actitud de salvar a una criatura moribunda cuya madre le presenta entre sus brazos acongojada y llorosa, pidiéndole le hiciera el milagro de volverle a la vida, en tanto otro niño andrajoso, de calzoncito corto y hermanito de la criatura agonizante, espera con sus miradas enternecedoras que el Santo salve a su hermanito; ese grupo escultórico basta para que a Carrillo se lo tuviera como el artista pensador y que sabe expresar con palpitante vivacidad las situaciones lamentables; las situaciones desesperantes y trágicas por las que atraviesan constantemente las almas desamparadas.

Otro hermoso grupo de Carrillo es el de San Vicente de Paul que tiene junto a él un niño lleno de gracia y perfecto en su línea, cubierto de ropa usada, y que le pide con sus miradas piadosas y que despiden vagos resplandores de luna, el milagro de que se enterezca de su suerte. Este niño lleva en el bolsillo una carterita en que consta la fecha de la obra y el nombre del autor. El mencionado grupo se encuentra en uno de los retablos de la Iglesia del Hospital de San Juan de Dios. En las varias visitas que el Profesor Jaén Morente efectuó con nosotros a este templo para las clases prácticas que daba a los estudiantes de Pedagogía, al acercarse a este grupo decía: "Me enternecen y emicionan tanto estas dos figuras como si realmente estuviese palpando la escena de ternura y de piedad cristiana que se desarrolla entre esas dos almas; entre el símbolo de la Caridad y la Misericordia que representa el Santo y el símbolo de la Ternura, Inocencia y Gracia que representa el Niño. Carrillo es sin disputa un excelso escultor y legítimo heredero de los esclarecidos Maestros de la afamada Escuela Quiteña". Así se expresaba el Profesor español Morente. Y este célebre escultor

que tanto honor hizo a la Patria con sus bellas esculturas de un realismo de vigorosa vitalidad, murió, quién lo creyera, por consecuencia de un fallo temerariamente injusto que pronunciara un Jurado señalándole el segundo premio en un concurso de Escultura promovido y auspiciado por el Ilustre Concejo Municipal. A los pocos días falleció de fiebre, viendo que se adjudicó el primer premio a una obra de escaso mérito artístico.

El célebre escultor Carrillo creyó en la probidad y competencia de los miembros del Jurado sin penetrarse de que estos extraños sainetes se repiten constantemente, y que la experiencia aconseja el ver a todo con indiferencia escéptica.

El escultor quiteño Benalcázar tuvo su imaginiería en el segundo patio de la Casa de Justicia. Algunos tallistas, encarnadores y policromistas trabajaban bajo su dirección. Se confeccionaban figuras religiosas procurando mantener, en lo posible, el carácter y el estilo de la afamada Escuela Quiteña. Mas, precisa confesarlo, que con Carrillo se extinguió ese oculto y prodigioso procedimiento de comunicar esa substancia de divina espiritualidad a las imágenes esculpidas por los grandes Maestros de la época colonial. Ya las esculturas modernas, aún las venidas de Barcelona, no inspiran admiración ni ese reverente homenaje que se tributa a aquellas imágenes en cuya expresión se refleja la limpidez espiritual de aquellas almas predestinadas a vivir en constante sacrificio y alejadas de los atractivos del mundo a trueque de una sempiterna bienaventuranza.

Ya los imagineros de hoy han olvidado los procedimientos técnicos para dar a las figuras ese encarnado de eterna frescura tan lleno de vida y de unción mística que no deja de causar sorpresa a los extranjeros. En las antiguas imaginierías laboraban conjuntamente tallistas, encarnadores y estofadores con magistral conocimiento de los efectos que producían en las imágenes la labor ejecutada por cada artífice en su ramo. De allí que esas esculturas salidas de aquellas imaginierías de suyo inspiraban veneración aún a los profanos. Y, efectivamente, quien se sienta con ligeras inclinaciones artísticas no puede dejar de admirar la desenvoltura y esbeltez de las formas y la riqueza oriental de las vestiduras; las cuales inducen a creer, hasta por sus cortes angulares o en formas de abanico que cubren comunmente a los ángeles y cariátides, en el gran influjo que tuvo el estilo oriental en la formación artística de la Colonia. Muchos de los procedimientos técnicos que concurrían, para que las imágenes de los escultores quiteños de la antigüedad aparecieran ejecutadas por manos divinas, son hoy desconocidos acaso porque la rapidez con que corre la vida hoy no permite emplear aquellos procedimientos que fueron la resultante de un largo proceso de operaciones con materiales que, con dificultad, se los podría obtener actualmente.

El escultor Benalcázar se ejercitó también en el retrato. Tuvimos la oportunidad de conocer algunos y podemos asegurar con vista de ellos que sí reunía especiales dotes para ramo tan difícil. Otro imaginero que demostró suma habilidad en sus obras

fué el escultor quiteño Baca. Sus figuras demostraban poseer conocimientos anatómicos; pero su escoplo no tenía esa fuerza artística para comunicarles vigor y vitalidad. La gubia de Baca obedecía al temperamento sosegado y suave de su espíritu. Se resistía a esos toques enérgicos y expresivos tan propios de la fogocidad o del ardimiento artístico de los verdaderos maestros. Baca en su ramo era, por su relamida y demasiada dulzura, una especie de Don Rafael Salas en pintura. Los hermanos Tejada son, efectivamente, valores en la talla y ornamentaciones. En los muebles que trabajan y que son solicitados por los diplomáticos y gente adinerada se puede admirar su exquisito gusto ornamental. Con sobrada razón se han conquistado común aprecio. El imaginero Tejada maneja diestramente su escoplo. Es de aquellos escultores que desconoce la timidez y tiene conciencia plena del vigor y energía de su técnica. Por eso procede con la valentía muy propia de quien conoce magistralmente su ramo. Los movimientos de líneas más complicados y que requieren destreza en el dibujo son ejecutados con suma precisión. En varias figuras de indígenas que hemos tenido ocasión de conocer nos ha sorprendido sobremanera el encontrarnos con tipos que son la expresión más auténtica de la raza. No hay duda, Tejada ha conseguido trasladar a sus figuras las características psicológicas de los tipos indígenas de distintas parcialidades. Hasta en sus ángulos faciales vibran los instintos de que están poseídos o constituyen su naturaleza. Tejada es un verdadero escultor; pero esa lucha demasiado cruel por la existencia la cual ha impulsado a muchos a desviarse de los senderos señalados por sus inclinaciones, le ha obligado a Tejada a descuidar su escoplo en estos momentos en que la escultura en madera se encuentra en decadencia en esta ciudad.

No hablamos de la escultura en mármol ni en bronce, porque tenemos magníficos discípulos de ese gran maestro Casadío, quien pudo venir a la Escuela de Bellas Artes de esta ciudad sólo por ráfagas de buena suerte. Hasta algunos escultores que le hicieron sorda oposición, si han alcanzado crédito posteriormente es porque estuvieron bajo su sabia dirección artística. El Gobierno debería prestar eficaz apoyo a la talla en madera para que vuelva a resurgir ese rama que alcanzó enorme celebridad en la Colonia. Las disposiciones artísticas de este pueblo son muy singulares. Se oscurecen tantos valores y siguen por opuestos derroteros a sus inclinaciones, porque no han encontrado protección alguna y tal vez no existe liberalidad en el medio? El problema económico, repetimos, ha concluído con magníficas capacidades que habrían dado lustre a la cultura artística de la Patria. Con pesar vimos que un joven Garrido, que desempeñaba la Secretaría del Museo Nacional y demostró singular ingenio en el retrato, el paisaje y especialmente en la caricatura, tuvo que abandonar el cargo y sus ramos preferidos por una mejor situación económica que se le ofreciera en el comercio. Y como este caso contamos varios.

En todo tiempo repetiremos que las disposiciones artísti-

cas de este pueblo son extraordinarias, admirables. Como que llevan en su constitución vivencias de ese prodigioso pueblo de artistas de la antigua Grecia. Conocemos personas que pintan y escultan por puro ingenio y sin haber recibido instrucciones de ningún género. El señor don Manuel Mena y Caamaño, persona acaudalada, se entretiene en hacer imágenes de madera y molduras de estilo antiguo. El maestro Jorge Cueva y su ayudante Alberto Nogales trabajan a imitación de los procedimientos antiguos magníficos bargueños adornados con labores de hueso y carey y que son muy solicitados por los extranjeros. El señor Angel Araujo y sus hijo Miguel efectúan magníficos grupos de imágenes en marfil que pudieran confundirse con los medallones antiguo si supieran darles la brillantez y el aspecto de los años. El retratista ambateño Eladio Sevilla, quien sin escuela de ninguna clase cultiva el difícil género del retrato. De conocer la técnica Sevilla gozaría de merecido crédito; pues, en los retratos de personas conocidas que ha presentado en las exposiciones anuales de la Casa de la Cultura ha demostrado poseer estimables caudales para cultivar provechosamente este género.

Copioso es el número de personas que se ejercitan en las diferentes manifestaciones artísticas y que se sostienen de sus habilidades medianamente. Por todos estos antecedentes se infiere que este suelo contiene en su entraña prodigiosas virtualidades estéticas generadoras en constante vaivén y que al contacto con la naturaleza y la vida se exteriorizan en formas armónicas, expresivas, fascinantes y conmovedoras. Natural es que el nativo de este suelo lleve en su alma efluvios de sus auríferos manantiales estéticos. Niños conocemos con sorprendentes disposiciones para la música, el dibujo y la escultura. Un niño Gortaire de doce años de edad dibuja con precisión figuras de animales por cuyas dotes la Casa de Cultura pretende enviarle al exterior para su formación artística. De ahí justamente que aparecieran artistas como esa pléyade de los célebres imagineros coloniales que llegaron a rivalizar con los esclarecidos maestros europeos.

A pesar de su consagración todavía existen entre nosotros individuos que con aire de suficiencia y siguiendo las infundadas apreciaciones del Padre Valentín Iglesias y de don Víctor Puig se esmeran en rebajar los merecimientos artísticos de nuestros pintores y estatuarios. Precisamente estos críticos saturados de egoísmo censuran a los valores intelectuales y artísticos de la Patria por haber tenido la suerte de educarse en Europa y regresar al seno de ella todavía gozando de ventajosas situaciones administrativas y económicas.

* * *

Entre los críticos de arte, el Padre Franciscano Benjamín Gento Sanz, tan dedicado a estudiar los Archivos del Convento de San Francisco y los objetos de arte que atesora la grandiosidad

de su templo, califica a Quito de "Ciudad-Relicario, santuario del Arte y hornacina de la tradición y joyel y albergue y emporio de los Bellas Artes coloniales y autóctonas". De idéntica manera se expresan cuantos han contemplado los templos de esta ciudad y examinado las producciones más peregrinas que los ornamentan. En ellas dejaron centenares de artistas anónimos las vibraciones de sus sentimientos; los ideales de su alma; el substratum de su espíritu. A cada paso el visitante se ve sorprendido ante esa fantástica ornamentación que le recuerda la orfebrería del palacio levantado por los reyes moros en Granada. Los artistas indígenas con singular sentido se han ingeniado en combinar bellamente los símbolos de la religión cristiana impuesta por los conquistadores y los que superviven con fuerza en su conciencia desde remotos tiempos en que sus progenitores miraron el sol como supremo poder o fuente universal de vida y Padre de sus Emperadores y la luna como deidad destinada a custodiar los dominios imperiales durante el reposo nocturno de la raza e ir sembrando en ellos con sus melodiosos y adormecedoras claridades encantos y misterios.

Las creencias religiosas en el temperamento idólatra y supersticioso de los indígenas influyeron grandemente en el admirable desarrollo estético del arte religioso que realizaron en los templos. La fé que enraiza hondamente en la conciencia y los ideales que sustenta el espíritu son fuerzas que obran con energía en los propósitos, inclinaciones y resoluciones de los individuos y de las muchedumbres. Por eso la arquitectura, la imaginería, el decorado y otros ramos artísticos complementarios cobraron tanto esplendor al amparo del fervor religioso y del misticismo de la época. El fervor religioso y la fé en el triunfo de sus ideales que alimentaron largos siglos los primeros cristianos encerrados en las catacumbas obraron activa y eficazmente, no obstante sus tremendas persecuciones, en el brillo y predominio del Arte cristiano sobre el pagano que caminaba a su desaparición en la Roma del Imperio. Asimismo aquella escuela de pintura religiosa que subsistía en Tesalónica antes de la anublación de la cultura antigua en el siglo V y continuó despidiendo resplandores hasta la ocupación de Constantinopla por los turcos en el siglo XV; aquella escuela de pintura religiosa que dió nacimiento a la "celebrada de los agioritas del monte Atos", una y otra "vinieron a ser durante la Edad Media los dos luminares de la literatura y del arte". En aquel momento apareció la pintura bizantina, "y cuando su fecunda semilla llegó a Europa en los diferentes pueblos que la acogieron fué floreciendo en variados formas y matices y engendrando diversas escuelas al calor del ambiente, del temperamento, del arbitrio y de las disposiciones artísticas de cada pueblo.

La cultura intelectual y artística que penetró en la misteriosa y legendaria Metrópoli de los Shyris por efecto de las armas conquistadoras y de la docencia y catequización de los Franciscanos flamencos, que fueron los primeros en establecer su Colegio, único en el Continente, se desarrolló galana y víg-

rosa en este suelo escogido por las Vírgenes del Sol para ofrecer perpetuamente en absoluto sosiego sus votos y sacrificios a su divinidad. Por su típica configuración y situación geográfica la romántica ciudad de Quito ha sido tenida como la ciudad mística y sagrada, como la ciudad de ensueños y leyendas, como la ciudad de enigmas y encantamientos. Justamente por esa fisonomía fascinante y meditativa que estimula y abriga la fantasía y el sentimiento de poetas y artistas y mueve a devoción a cuantos la contemplan, se la conceptúa como espiritual y mística en América.

Ya en tiempos distantes, en el reinado de los aborígenes quiteños, el gran Soberano indígena la reconocía como sagrada a la Sultana de los Andes. Por eso levantó en ella los templos del Sol y de la Luna y se esmeró en ornamentarlos con los símbolos de sus ídolos y con las más bellas joyas artísticas trabajadas por sus orfebres. Y, para mantener de por vida tales privilegios en las fiestas solemnes que se celebraban en acción de gracias por la recolección de sus mieses; el Emperador, la Corte, los Sacerdotes, el Ejército y el Pueblo subían a la cima del Panecillo muy de madrugada a esperar con cánticos y aromas la salida de su dios Sol. Allí de cuclillas le aguardaban para rendirle ardiente y afectuoso culto por haber fecundizado la Madre Tierra, contribuido a la prosperidad del Imperio y hermoseado el vastísimo paisaje indígena con sus esplendentes y vivificantes resplandores, los cuales hiriendo a las nubes que se difunden por el espacio ofrecen un cielo de excelsas sinfonías.

Se menciona por la prehistoria que aquellos peregrinos emigrantes que arribaron de remotas tierras a este suelo defendido por gigantescas montañas ceñidas de hielo lo encontraron como el más adecuado para establecerse, ya que reunía las características acordes con sus espíritu saturado de símbolos y misterios, y de aires estéticos evocadores. Lógicamente, las generaciones nacidas al amparo de aquellos factores y de la limpidez de la atmósfera ecuatorial su constitución y tendencias tenían que llevar las notas psíquicas ancestrales y obedecer necesariamente a aquellos impulsos. De ahí que las Vírgenes del Sol, cuyo candor participaba de la diafanidad de la aurora, prefirieran, según las crónicas, huir a las alturas y sepultarse vivas antes que permitir que el conquistador atropellara su pudor. En la colonia, siguiendo aquellas normas imperativas tradicionales hubo almas místicas de blancura de nieve, sobresaliendo entre ellas por sus excelsas virtualidades piadosas y cívicas Mariana de Jesús, cuyo amor a sus compatriotas y a su ciudad natal le llevó a ofrecer a Dios su vida. Pues, su pureza y espiritualidad eran tan excepcionales que por donde se dirigía aquella Bienaventurada iba sembrando estrellas y azucenas y saturando de aromas el ambiente.

Herederos de los atractivos físicos y espirituales de la Princesa Indígena quiteña Paccha, que tuvo la arrogancia y satisfacción de tenerlo rendido a sus pies solicitando su mano al Emperador Huayna-Cápac, vencedor de su padre el Shyri Ca-

cha que murió heroicamente en el campo de batalla defendiendo sus dominios e independencia; por herederas de virtualidades tan bellas tiene Quito mujeres que se han distinguido, en toda época, por sus patriotismo y su poder para dominar almas superiores como la del Libertador y la del Mariscal de Ayacucho. Y al calor del fervoroso civismo de la mujer se dió en el Continente el Primer Grito de Independencia y fué factor muy valioso en las contiendas que sostuvieron los Patriotas con las fuerzas españolas por su autonomía y dirigir por sí mismos los destinos de su propia Nacionalidad.

Casi legendarias han sido las luchas que han venido sosteniendo los quiteños por su independencia con las fuerzas ibéricas. La historia nos cuenta de la famosa Revolución de las Alcabalas a fines del siglo XVI; más tarde la del Real Estanco y Aduana; mucho después la del 2 de Agosto de 1810 en la que luchó bravamente el pueblo por salvar a los Próceres del 10 de Agosto de 1809, que murieron infamemente asesinados en el cuartel Real de Lima por tropas peruanas; y por fin la del 24 de Mayo de 1822 en que después de una sangrienta batalla en Pichincha con el ejército español coronó sus ideales libertarios bajo el hábil comando del inclito General Sucre. Todas estas contiendas que han venido sosteniendo los quiteños cada vez con mayor vehemencia por sus ideales libertarios, ¿se podrá afirmar que aparecieron repentinamente en la conciencia del pueblo quiteño por efecto del despotismo y de las arbitrariedades de las autoridades españolas?

Sin mucho reflexionar se tiene la respuesta con sólo dirigir la mirada hacia el reinado de los Shyris, tenido por fabuloso por determinados partidarios de las opiniones sostenidas por el señor Jijón y Caamaño. La prehistoria nos refiere que Tiocajas fué teatro de las sangrientas batallas entre el invasor Inca Túpac y el Rey quiteño Hualcopo; entre Huayna-Cápac y el Rey Cacha; y finalmente entre el conquistador Benalcázar y el famoso defensor del Reino de Quito y de su raza, el infatigable y desapiadado General quiteño Rumiñahui. Estas célebres figuras indígenas que defendieron con ferviente civismo la integridad del Reino de Quito y su independencia están pregonando, en medio de su atmósfera de barbarie, sus sentimientos cívicos; su concepto de nacionalidad y el amor a su suelo, a su techumbre idealizada con la envoltura de hilos de plata de la luna.

Soberanos que defendieron ardiente y heroicamente sus dominios e independencia en una forma admirable y sublime como no lo hicieron las actuales generaciones en la invasión peruana de nuestros días; aquellos Soberanos y pueblo evidencian que no fueron muy incultos y que amaban su independencia como el don más preciado que podía el hombre recibir de los cielos. Su conducta la reglaban a esta inveterada creencia. Por eso constituía para nuestros aborígenes quiteños su glorificación más excelsa el morir luchando por su independencia e integridad nacional. Por eso el espíritu del denodado batallador indígena General Rumiñahui estaba poseído de aquellos arrebatós éticos

de elevado civismo que le movían a hostilizar a toda hora al conquistador Benalcázar. Por eso este insigne militar quiteño después de palpar que la desapiadada muerte que le dió Pizarro al Emperador Atahualpa fué obra únicamente de la codicia que sustentaba el alma del conquistador no desmayó, por todos los medios imaginables, en cansarlo, en amargarlo, en ver la manera de acabar con él y sus legiones de extranjeros que saquearon sus templos, profanaron sus dioses y atropellaron el pudor de la mujer indiana. Este patriota General quiteño que no cesó de luchar contra el usurpador de los dominios del Reino de Quito es la demostración más fehaciente del pensar y del sentir de la raza respecto de Patria o Nacionalidad y de autonomía e independencia. Y porque supieron sentir los aborígenes quiteños hondamente el amor patrio perecieron sus mejores Jefes con serenidad y altivez en medio de las llamas. Rumiñahui y los demás personajes indígenas son figuras de epopeya, porque fueron sometidos a los martirios más horribles sin conseguir el conquistador que doblegaran su cerviz ni violaran sus secretos.

En esta turquesa patriótica de los aborígenes quiteños está vaciada el alma del pueblo de Quito que se insurreccionó repetidas veces en la colonia contra las autoridades españolas y se arrojó con asombro del Continente a dar el Primer Grito de Independencia en América. En esta sublime exteriorización de los olímpicos arrebatos de autonomía del pueblo fué un factor de decisiva eficacia la nobleza de Quito que tuvo el gran sentido de unirse entusiasta y sin dobleces a las legítimas aspiraciones populares. Y es que la nobleza quiteña por su cultura cívica, su preclara y distinguida ascendencia y la nitidez de su ambiente tenía que combatir, sacrificando vida e intereses, por el coronamiento de los principios republicanos que dignifican a individuos y pueblos mediante la abrillantación del pensamiento y la conciencia y el valor de su propia personalidad moral. Justamente la nobleza quiteña de aquella época estimaba de veras al pueblo y obraba de acuerdo con él en sus rebeldías y en la plasmación de sus ideales democráticos, porque por el advenimiento y gobierno de aquellos postulados, las masas populares luchaban con pujantes bríos e iban abriendo entusiastas los surcos para que las clases cultas e inteligentes arrojaran las simientes que habían de ofrecer magníficas floraciones que levantarían el nivel ético, intelectual y artístico de esta colectividad.

* * *

En suelo fortalecido de muy antiguo con estímulos de virtualidades tan vigorosas tenían que producirse en política y en las diversas manifestaciones del pensamiento y del arte figuras de efectivo valor que se han atraído las miradas continentales. Sería para formar un volumen demasiado corpulento el ocuparse aún someramente de cuantos han cultivado y cultivan con más o menos éxito las Buenas Letras y las Bellas Artes. Cumpliendo con nuestros propósitos basta citar como homenaje a su memoria las figuras de mayor excelencia cuya fama se ha

extendido más allá de las fronteras nacionales y que constituyen un timbre de honor continental. El agustino Fray Gaspar de Villaroel que, dada la índole religiosa de las muchas obras que escribió, es el personaje, hasta por las dignidades eclesiásticas que alcanzó, más auténtico y expresivo del ambiente y del espíritu eminentemente místico de la época. Apenas lo conocemos a través de las publicaciones de los "Clásicos Ecuatorianos" que está publicando la Casa de la Cultura compuesta de elementos de singulares prendas intelectuales y literarias. Y estos deficientes conocimientos nuestros respecto de las numerosas obras que escribió este eminente religioso quiteño no permiten emitir opinión alguna menos valorizar los sondeos de su pensamiento. Críticos notables de fuera y dentro de la República hánse ocupado de las obras de este ilustre teólogo y comentarista, en extranjero suelo. Notables literatos como Gonzalo Zaldumbide, cuya reputación crítica ha traspasado los confines patrios, e Isaac J. Barrera que se ha conquistado general estimación con sus juicios serenos y sesudos, han tenido especial interés en dar a conocer las magníficas calidades literarias de este benemérito Prelado que se preciaba de haber nacido en Quito y cuyas virtudes le llevaron a desempeñar con general beneplácito los Episcopados de Arequipa y de Santiago. Creemos que, con lo brevemente manifestado, se puede ya tener idea justa de este ilustre quiteño representante de la cultura intelectual del siglo XVII.

A toda esta época se la ha tenido ordinariamente como privada de luces que acrediten su cultura intelectual. Los religiosos de la Compañía de Jesús y San Francisco, quienes se arrojaron con audacia semejante a la de los conquistadores ibéricos a las selvas amazónicas a catequizar tribus de indios salvajes, concurren a la clarificación intelectual. Durante los largos años de su desapacible apostolado recorrieron por entre la espesura de la selva y luchando con los elementos desencadenados de la naturaleza y con la misma muerte los lugares más retirados de la Amazonía. Muchos de ellos escribieron importantes monografías que se conservan inéditas, según referencias, en los Archivos españoles, y otras que se publicaron no se las conoce ni se las encuentra a ningún precio y por consiguiente no se puede justipreciar su mérito literario.

* * *

En cuanto a la cultura artística, en la que el alma en pos de la realización de lo bello rompe las estrecheces corpóreas para recorrer con la fantasía y más actividades psíquicas los dominios universales y captar, inmergiéndose en sus senos, lo más substancial, armónico y rítmico y manifestarlo en una forma expresiva y emocionante; la cultura artística en el siglo XVII obtiene en esta ciudad su mayor lustre continental con artistas que con sus toques enérgicos y atrevidos y su coloración fresca, agradable y vigorosa, parecen haber recibido directamente la enseñanza pictórica de aquellos esclarecidos maestros de las afa-

madras escuelas italiana y sevillana. El Padre dominicano Fr. Pedro Bedón, natural de Quito, fué discípulo en Lima del Padre Adrián Alesio, hijo de Mateo Pérez de Alesio, aventajado discípulo de Miguel Angel, celeberrimo autor del Juicio Final de la Capilla Sixtina. El Padre Bedón a su regreso trajo consigo esa técnica vigorosa y agradable de la escuela italiana que procuró difundirla entre sus discípulos, siendo el más aprovechado el Padre Castillo, dominicano. El panameño Fernando de Ribera que al ingresar a la Compañía de Jesús tomó el nombre de Hernando de la Cruz fué un célebre pintor que manifiesta señales inequívocas de participar del barroquismo de Caravaggio, de Guido Reni y del Domenichino. Los lienzos atribuidos a su pincel existentes en el Museo Nacional magníficamente ejecutados y en los que se advierte cierto influjo murillesco denuncian que el Hermano Hernando de la Cruz estuvo afiliado a la escuela tenebrista. Las aventajadas disposiciones pictóricas de este célebre Religioso jesuita sirvieron para que el Superior de la Comunidad le obligara a instituir una escuela pictórica. Así que el Padre dominicano Pedro Bedón y el Hermano Hernando de la Cruz prepararon el camino para que años más tarde apareciera Miguel de Santiago, astro que difunde sus resplandores por el Continente y que, con su genial sentido pictórico, asimiló los procedimientos técnicos de los grandes maestros italianos y españoles hasta confundirse con ellos y dar la impresión de que los lienzos ejecutados por Miguel de Santiago tuvieron nacimiento en la paleta de aquellos famosos pintores.

Se desconoce el maestro que intervino en la formación artística de Miguel de Santiago. Sus primeros pasos, por precoz que hubiese sido su ingenio, tenían que ser dirigidos, como lo fué el del genial Giotto, por un pintor de crédito. Lo indubitable es que aparece Miguel de Santiago en el ramo pictórico con el vigor y fuerza de un artista de merecido crédito. El visitante más conocedor y experimentado que examine cuidadosamente los cuadros existentes en San Agustín, San Francisco, la Catedral, etc., y el Museo Nacional puede atribuir a Murillo las Vírgenes con el Niño en los brazos como la que se exhibe en el Museo dentro de un marco de flores trabajado por la señora Berrío de Pinto. A Zurbarán los lienzos que se encuentran en la portería del convento franciscano y especialmente el del Museo Nacional que representa de manera magistral a esa figura bella de Francisco de Asís con un pie sobre el mundo como simbolizando el inmenso poder que ejercen en la humanidad aquellas almas que encarnan la caridad, la misericordia, el amor a los hombres sin excluir aún a las que tienen entrañas podres y crueles. Todas estas virtudes que esmaltan bellamente el espíritu divino de Francisco de Asís y están expresadas filosófica y artísticamente en la figura ideada por Miguel de Santiago contribuyeron para apaciguar la ira exaltada de las fieras y atraerse la simpatía del hermano lobo. Igualmente en el cuadro de La Piedad que existe en la Sala Capitular de San Agustín fijándose en el difícil escorzo de la figura de Jesús, la valiente colora-

ción y los acertados golpes de luz se nota cierto parentesco artístico con Caravaggio, autor del cuadro de La Piedad que se encuentra en el Museo del Vaticano y cuya copia la ejecutó en Roma el pintor don Juan Manosalvas cuando estuvo becado por el Presidente García Moreno.

En el gigantesco lienzo del Arbol Genealógico de San Agustín, en el cual se hace lujo de una incomparable riqueza de movimientos, de perfecto equilibrio en la ordenación o distribución de las diferentes instituciones religiosas y de noble sobriedad de colorido en el que con maestría sorprendentemente recorre la gama del blanco de difícil empleo. En este lienzo Miguel de Santiago se da la mano con Velázquez. Pues, sólo un artista de pujantes bríos pictóricos podía ejecutar un lienzo de las proporciones anotadas y con asombroso conocimiento de la perspectiva. Con sólo este poema pictórico bastaba para que su fama traspasara los dominios continentales y se inmortalizara su nombre. El parecido técnico de Miguel de Santiago con el de los grandes maestros está probando que el pintor quiteño estudió mucho en las obras pictóricas europeas que por entonces fueron traídas a esta ciudad por las Comunidades religiosas, las Autoridades ibéricas y algunos ricos.

Miguel de Santiago en su imaginería formó aventajados discípulos con quienes se trasladó al Convento de San Agustín a pintar la colección de cuadros de la vida y milagros del Santo Doctor y Patrono que le mandó a trabajar el Padre Provincial Basileo de Ribera. En esta serie de lienzos se observa la magnífica técnica pictórica que recibieron los discípulos del maestro. Algunos han sido atribuidos a pintores europeos como el que aparece firmado por Carreño y representa al joven Agustín en la cátedra explicando la asignatura de retórica. El Dr. José Gabriel Navarro sostiene candorosamente que ese cuadro pertenece al español Juan Carreño de Miranda a quien Velázquez le introdujo en Palacio y fué nombrado pintor de Cámara. Este pintor Carreño fué discípulo de Miguel de Santiago y figura entre los pintores que trabajaron en San Agustín con el maestro., según opina un religioso en un folleto sobre Miguel de Santiago y sus cuadros. En nuestro concepto el precitado lienzo es de menos valor artístico que los que figuran en la colección de cuadros pintados por Miguel de Santiago y sus discípulos. Y el pintor Carreño que aparece firmando en aquel lienzo es originario de este lugar, y manifiesta una técnica distinta de la usada por el maestro español.

* * *

El Padre agustino Valentín Iglesias en su conocido folleto sobre Miguel de Santiago ha esgrimido armas poco caballerosas para destruir la originalidad de nuestro esclarecido artista cuya fama ha traspasado las fronteras continentales. La especie de que Miguel de Santiago y los demás artistas tuvieron a la vista la colección del grabador flamenco Bolswert, como lo manifiesta con la exposición de tales grabados, no destruye el

mérito pictórico del maestro ni de sus discípulos. La esforzada coloración y la inteligente modificación que Miguel de Santiago consiguió introducir en algunas composiciones de aquellos cuadros están comprobando su maestría y originalidad y el movimiento y vida que comunicó a aquellas láminas. Los conceptos vertidos por el P. Iglesias como los de don Víctor Puig en su folleto "Un Capítulo más sobre Miguel de Santiago" no minoran la grandiosidad artística del maestro ni opacan la brillantes de su ingenio pictórico que ha dado origen para que el vulgo discurra una serie de leyendas. Así que el Príncipe de la Escuela Quiteña, no obstante los tremendos acometimientos de algunos apasionados censores, se mantiene en su pedestal para glorificación de su tierra natal y del Continente.

Esa pléyade de magníficos pintores tales como Gorívar, Vela, Morales, la misma hija de Miguel de Santiago, Calisto Cortés y otros tantos están demostrando en sus lienzos la incomparable dirección pictórica que tuvieron del maestro, al que se lo admira a medida que avanzan los años y continúa comunicando celebridad a la antigua Escuela Quiteña. El egoísmo, la envidia y la saña que se mantienen latentes en la entraña del alma ecuatorial, sobre todo en la generación de hoy, influyen violentamente en los conceptos que nos formamos respecto de política, literatura y arte. Sin el menor escrúpulo falseamos o deformamos los hechos y tenemos complacencia en desvirtuar las capacidades literarias o artísticas de figuras que han contribuido a enaltecer la cultura nacional. Y todavía nuestra malignidad y falta de civismo nos ha llevado a la negación de nuestros valores y a tenerlos cuando sus méritos son sobresalientes como extranjeros. Este egoísmo y animosidad hacia lo nuestro ha influido para que determinados elementos intelectuales y artistas nieguen la existencia de la Escuela Quiteña. En favor de tal aseveración alegan la especie de que la renombrada Escuela Quiteña fué un foco o una prolongación de la célebre Escuela Sevillana. No han reflexionado los sostenedores de tal especie que la Escuela Española inclusive la celebrada Escuela Sevillana estuvieron influenciadas en sus comienzos por corrientes italianas, francesas y flamencas. Débese igualmente recordar que la exaltación de la cultura artística de la antigüedad helénica que se mantuvo siglos casi apagada con la invasión de los bárbaros fué Italia la que divulgó por Europa. Luego las Escuelas surgieron a su influjo o que se despertaron a los toques cadenciosos de sus falanges reaccionarias, literarias y artísticas tenían necesariamente que impresionarse con los deslumbrantes atavíos y exquisitas idealidades de aquella mensajera que fué regando en su camino los fulgores de un alborar artístico que llevaba en su espíritu y en su forma la expresión de la cultura de un pueblo que alcanzó su mayor florecimiento intelectual y estético.

Por esta acción regeneradora de la Sultana el Arte se podrá inferir que las escuelas pictóricas que surgieron a su influjo no son merecedores de tal distinción, siendo así que los cánones

de la antigüedad clásica experimentaron efectivas transformaciones en consonancia con el ambiente y el temperamento de cada pueblo? Volviendo a la mencionada Escuela Quiteña que venían preparando su aparición el Franciscano flamenco Gosseal, el Dominicano quiteño Fray Padre Bedón, y el panameño Hermano Hernando de la Cruz, Jesuita, consiguió la precitada Escuela su mayor lustre en América con artistas, como hemos afirmado repetidas veces, que se confundieron con los afamados de la Escuela Sevillana, muchos de los cuales obtuvieron por sus genialidades pictóricas y técnicas glorificación internacional. Miguel de Santiago y sus discípulos si descubren en sus procedimientos técnicos descubiertas influencias sevillanas; pero supieron imprimir en sus lienzos su espíritu y temperamento y sus rasgos de originalidad local.

Miguel de Santiago, el Príncipe de la Escuela Quiteña, no obstante demostrar en sus lienzos el predominio que ejercen en su estilo los grandes maestros de la Escuela Sevillana, recurre a características o aliños indígenas del propio suelo para dar un sabor especial del lugar a sus producciones e imprimir su personalidad pictórica. En los mismos cuadros existentes en San Agustín y que el Padre Iglesias y Don Victor Puig sostienen que son copias de los grabados flamencos de Bolswert a pesar de aquellas insistentes confirmaciones un observador advertido distingue, sin tomar en cuenta el colorido, elemento de vitalidad substancial en pintura, ciertos movimientos y rasgos que sólo un artista de las cualidades de Miguel de Santiago podía efectuarlos. El mismo Padre Iglesias confiesa en medio de su rigorismo crítico las espléndidas pinceladas del maestro que se perciben a primera vista y las modificaciones verificadas en la composición de varios de los mencionados grabados.

Todas estas consideraciones inducen a confirmar la superioridad artística de Miguel de Santiago y reconocer que en la Escuela pictórica dirigida por él se formaron artistas que fortalecieron y acreditaron su genial dirección. De su imaginería salieron pintores que enaltecieron el Arte quiteño confundiendo en su técnica con los maestros de la acreditada Escuela Sevillana y con los de la italiana. No se limitaron a imitar los procedimientos pictóricos de los mencionados maestros sino que consiguieron en sus lienzos incrustar las vibraciones de su espíritu y los fervores de sus creencias religiosas. Los pintores de la Escuela Quiteña reflejan, por ciegos que aparenten ser sus adversarios, la simplicidad mística del ambiente social nuestro. Y en sus composiciones los personajes son indígenas o americanos y expresan con suma naturalidad artística los hábitos e inclinaciones de los habitantes del propio suelo. De esta manera se puede reconocer que los artistas quiteños no fueron serviles imitadores de las obras europeas sino que lograron caracterizarse por su originalidad; esto es por sus notas típicas peculiares de nuestro clima. Fácilmente se puede reconocer lo anteriormente aseverado en las siguientes producciones pictóricas:

La serie de lienzos referentes a los Milagros de la Virgen

del Quinche y de la de Guápulo pintados por Miguel de Santiago y copiados por Pinto;

Los ocho magníficos cuadros de Santas de la Orden Seráfica del célebre pintor quiteño Calisto que tiene mucho de parecido con Zurbarán y que se encuentran colocados en magníficas molduras decorativas a derecha e izquierda de la entrada del templo de San Francisco;

Los famosos lienzos de los Profetas de la Compañía tan debatidos por los Jesuitas y en los cuales Gorívar, su propio autor, trasladó con primoroso sentido colorista y clara visión entre nosotros del paisaje moderno los admirables cielos de Quito y sus poéticos panoramas para que por entre ese fondo de agrestes acordes pictóricos resaltaran aquellos personajes bíblicos envueltos en misterios con su expresión de abismos y su cabe-sófico el espíritu cubierto de brumas de esas misteriosas figuras que mantenían a las generaciones en permanente pavor con sus pronosticaciones acerca de los destinos del mundo y de los envueltos en misterios con sus expresión de abismos y su cabe-hombres.

Gorívar con sus robustos y vivos efectos de luz y sombra que recuerdan constantemente a Tintoreto sobre todo cuando se detiene el visitante a mirar a los Profetas Malachías, Osseas, Sophonías y Habacuc y el famoso cuadro de la Muerte de la Virgen que se encuentra en la Catedral y que aquí los reproducimos. Gorívar, con todo de presentar sus lienzos magistralmente acabados, convida a tantas y tantas reflexiones sin recurrir a la peregrina idea de omitir alguna facción para que la adivinara o supliera el visitante o de deformar las extremidades para expresar alguna pasión o pesar de clases esclavizadas que imploran mayor justicia social.

* * *

Los artistas de verdad no acuden a arbitrios demasiado exagerados o antiestéticos para interpretar las impetuosidades volitivas o pasionales o las depresiones psíquicas de la raza como lo efectúan algunos jóvenes fatuos o vanos que, por aparentar su versación artística moderna, acuden de ordinario tanto en poesía como en pintura a procedimientos extravagantes o metafísicos que torturan la inteligencia y que los mismos autores no atinan a explicar sus producciones cuya idea se mantiene encubierta con superfluidades y adornos de un antiestético churriguerismo. El Ticiano en sus célebres composiciones pictóricas; Las bacanales; El triunfo del amor, El triunfo de Judith, recorre para expresar esas gradaciones de los estímulos psíquicos en cada uno de sus personajes a estudiados movimientos anatómicos que guardan relación con lo pictórico. No de otra suerte procedió Miguel Angel, ese extraordinario artista, en su admirable Juicio Final de la Capilla Sixtina. Zurbarán, el famoso precursor del arte moderno, sin apartarse de los maravillosos dominios estéticos y compenetrado de los efectos que originan

en las funciones fisiológicas las inclinaciones o padecimientos del alma, consiguió expresar con prodigioso realismo las diversas situaciones de espíritu de aquellos religiosos que, teniendo el corazón impregnado de substancioso misticismo, viven espiritualmente con absoluta abstracción de los sucesos del mundo. Zurbarán en sus imágenes, como las que se encuentran en el cuadro del Entierro del Conde de Orgaz, con su admirable originalidad pictórica y su clara composición de la psicología de los místicos, consiguió expresar con sus figuras alargadas y muy originales los ensueños místicos o esos estados de la subconciencia de los profundamente ascéticos en cuyos estados la voluntad atraída por la fantasía flota en una atmósfera de ensueños de ventura infinita que aquietan sus insaciables anhelos de perpetua glorificación.

Zurbarán, como los grandes maestros que se penetran de las profundas transformaciones que puede efectuar el arte en la naturaleza sin quebrantar el ritmo entre lo espiritual y orgánico, esto es manteniéndose dentro de los inquebrantables cánones estéticos, alargó sus figuras y violentó los movimientos de ciertos órganos para traducir las modalidades del espíritu o esos plenilunios o interposiciones psicológicas que producen confusión en la conciencia y pavorosas ventiscas que conducen a la desesperación, a la penitencia o la tragedia. Muchas personas medianamente cultas por aparecer de entendidos en el arte moderno celebran pinturas y dibujos desfigurados, creyendo que en estas anomalías estriba el arte moderno, sin comprender que este nuevo movimiento es de substancia extraída del ambiente del actual momento histórico del convivir social y de un nuevo sentido del color cuyas gradaciones traducen los ideales, inquietudes, afectos y emociones del alma y esas maravillosas sinfonías que le llevan a la contemplación.

Los jóvenes pintores, como dice José Bergua en su "Historia de la Pintura", son los que insisten tesonosamente en alabar y seguir estas nuevas modalidades que aparecen como aconteció en Europa con el cubismo de Pablo Picasso. Y, efectivamente, estas inclinaciones a las novedosas corrientes literarias y artísticas perduran sin maduro examen en pueblos de limitados sondeos estéticos. Aquí entre nosotros se acogen con mayor fervor que en los pueblos de origen tendencias políticas, literarias y artísticas muy extrañas a nuestro ambiente. Carecemos de sólida preparación y por ello somos noveleros de donde emana la causa de nuestro frecuente fracasar. Las capacidades artísticas de este pueblo son connaturales y legendarias. Por lo mismo sorprende que nuestra inconstancia nos conduzca a quebrantar nuestra tradición artística. Pudiera atribuirse nuestra versatilidad a nuestro temperamento tropical. Mas ciertos rasgos psíquicos de nuestra índole son muy susceptibles de modificarse por medio de una substanciosa y bien orientada educación. Si en nuestra Escuela de Bellas Artes se hubiese dada una educación sólidamente clásica, de tal suerte de estar los alumnos en capacidad de poseer un criterio propio respecto de las

nuevas corrientes pictóricas, nuestros jóvenes artistas no fueran fácilmente impresionables y mantendrían su propia personalidad. No pretendemos bajo ningún concepto que se conserven estacionarios, por que las inquietudes en todo orden de ideas y de principios son propias de las juventudes que gustan de refrescar su mente con la lluvia de estrellas de un nuevo amanecer.

En varias de las exposiciones anuales de la Escuela de Bellas Artes de esta ciudad nos hemos dado cuenta de las magníficas disposiciones artísticas de los alumnos; pero hemos notado la ausencia de una sabia dirección pictórica que cimente su técnica de coloración y dibujo de raigambre clásica. Preparados eficientemente los alumnos pueden obrar con libertad y seguir la corriente pictórica que satisfaga sus insaciables anhelos de perfectibilidad artística. De esta suerte podrán recoger lo sincero y vigoroso y más elementos que concuerden con su psicología. Así se han aprovechado de estos movimientos en literatura y en arte las capacidades substancialmente cimentadas para recoger ciertas modalidades que contribuyan a remozar el arte con nuevas formas que sean la expresión del alma o del pensar y del sentir de la época.

La falta de idoneidad literaria y artística ha sido causa de no pocas injusticias. Hasta los Jurados en literatura y Bellas Artes han demostrado, con pocas y honrosas excepciones, escasa preparación en dichos ramos y por eso han discernido premios, con manifiesta injusticia, a composiciones de escaso valor por el solo hecho de llevar el sello del modernismo. Creemos sinceramente que con sólida formación clásica pueden los mismos que se rebelan contra sus reglas abrir nuevas sendas para la expresión de la belleza.

* * *

Hubo un tiempo en que la Escuela de Bellas Artes dió manifiestas pruebas de confirmar el prestigio tradicional del arte quiteño. A los años de fundada con los viejos maestros Manosalvas, Pinto y Salas recibió saludables estímulos docentes que vigorizaron su espíritu. Una pléyade de maestros extranjeros de verdad tomaron a su cargo en arquitectura, escultura, pintura y dibujo la docencia del Establecimiento. El arquitecto Radiconcine, el gran pintor lusitano Raúl María Pereira que se esmeró en que sus discípulos dibujaran del natural o del modelo vivo, el español Camarero, pintor académico, y el escultor italiano Valenti. Posteriormente reemplazaron a algunos don Antonio Salguero, el parisiense Paul Bar, inteligente pintor decorativo, y el escultor italiano Luis Casadío, artista de mérito indiscutible y que se caracterizó también por sus magníficas dotes pictóricas. Jóvenes de ambos sexos concurrían entusiastas a recibir la enseñanza de tan distinguidos maestros. De allí salieron los Delgado, los Egas, los Mideros, los Mena, los León, los Gómez Jurado, los Guarderas, los Ruiz, los Paz y Miño, los Espín, los Moncayo y algunas señoritas, que dieron manifiestas pruebas de sus disposiciones artísticas.

De ese grupo de jóvenes en quienes había fundadas esperanzas de resucitar el prestigio de la celeberrima Escuela Quiteña varios abandonaron cultivos tan bellos que abrillantan la inteligencia y refinan el espíritu y otros prosiguen con tesón y constancia aquellos ramos sin conseguir afirmar su personalidad excepto pocos. La lucha por la vida demasiado dura y rígida, influyó en los más para que contra sus naturales inclinaciones, se dirigieran por otras sendas que les facilitarán los medios necesarios para la vida. Vivir del arte en colectividades de limitada población y de no muy elevada cultura es muy difícil. Por esta causa muchos artistas han degenerado acomodándose al gusto público para satisfacer en algún tanto sus necesidades. A este respecto solía decir frecuentemente don Rafael Salas: "*Mi fama depende de que yo en los retratos hago a las personas parecidas y mejores de lo que son*". Tal concepto como es natural contribuyó a que este artista abandonara la vigorosa técnica que trajo consigo de Roma y se consagrara al estilo relamido. Sin pensarlo contribuyó a la decadencia pictórica. Análogas afirmaciones merecen: don Juan Manosalvas a quien vimos que ejecutaba prodigios con su pincel y a don Luis Cadena considerado muy merecidamente como el mejor retratista hasta hoy entre nosotros. Muy diverso fué el parecer de don Joaquín Pinto respecto al gusto pictórico del público sin haber tenido la suerte de perfeccionar sus conocimientos artísticos en Europa. En su estudio lo primero que veía el visitante era esta inscripción: *Ni más Obras*. Con ello expresaba claramente que no se amoldaría al sabor pictórico de la generalidad. Pinto en nuestro concepto, sin apasionamiento de ningún género, habría sido con su talento y originalidad uno de los formidables pintores del Continente si algún Gobierno le hubiese enviado a perfeccionar sus conocimientos artísticos en Europa. Entonces hubiese afirmado su dibujo que falseaba a veces en las figuras grandes. En análogos deficiencias han incurrido aún contemporáneos cultivadores del arte quienes, no obstante censurar los procedimientos pictóricos de los viejos maestros, vienen cometiendo en dibujo y color alteraciones que afectan las normas fundamentales estéticas.

Para que las Bellas Artes prosperen en un pueblo y sus cultivadores no se vean acosados por el hambre requieren decidida protección de los Poderes Públicos, quienes son los llamados a comunicar vigoroso impulso a ramos que elevan el nivel ético y espiritual de los asociados y por los cuales se valoriza el grado de cultura de un pueblo. En la colonia el vivir artístico de Quito fué intenso y por ello se atrajo la admiración continental. Y es que las Comunidades religiosas y el Gobierno real patrocinaron, aparte de sus innatas virtualidades estéticas, las diferentes manifestaciones del arte. Por lírica y eminentemente espiritual que sea la conciencia de un pueblo necesita de modo imperioso atender al factor biológico, que es el de su propia conservación. Y este factor fué resuelto satisfactoriamente en fuerza del ambiente místico de la época. El comercio que sostuvieron

los pintores y escultores con los pueblos del Continente fué muy activo y ésto contribuyó a la incrementación artística. Desgraciadamente este movimiento que sostuvo el prestigio de la Escuela Quiteña desapareció por completo con motivo de la introducción de oleografías y figuras de yeso que invadieron el Continente.

Hoy se sienten con fuerza estímulos reaccionarios que alimentan el espíritu de cuantos amamos fervientemente la incrementación de ramos artísticos que se relacionan con lo bello. Nacionales y extranjeros que concurren a toda hora al Museo Nacional de Bellas Artes se muestran complacidos de ver las magníficas pinturas y esculturas del Arte Antiguo y su inteligente distribución e indagan con afán por el arreglo y exhibición del Arte Moderno. Luego es llegado el momento de comunicar vigoroso impulso a la Escuela de Bellas Artes, dotándole de un Profesorado extranjero idóneo que satisfaga en los diferentes ramos las aspiraciones de los estudiantes. Especialmente la Arquitectura reclama preferente atención. Pues, causa aflicción ver en no pocas de las actuales construcciones los escasos conocimientos estéticos de varios de nuestros arquitectos. Inadvertidamente imitan a semejanza de otros lugares, con absoluta prescindencia de las condiciones ambientes y geográficas y de las costumbres y carácter distintivo de los habitantes, un estilo arquitectónico que desentona del sevillano que se lo ha adoptado tradicionalmente desde la fundación de la típica ciudad.

Se puede modernizar perfectamente la ciudad conservando los lineamientos de su arcaica fisonomía castellana. Mas no se comprende que por un inoportuno anhelo de aparecer prácticos en arquitectura moderna construyan edificios demasiado pesados, con ventanajes achatados y asimétricos y antepechos de cemento; manera que no guarda correspondencia con el espíritu ligero, veloz y arrebatado del actual momento. Otros arquitectos procurando dar a sus construcciones sabor colonial colocan dos columnas salomónicas aisladas sin basas de sustentación en el segundo cuerpo de la fachada, con lo cual juzgan haber resuelto el problema del estilo arquitectónico colonial. Hermosos edificios del tiempo colonial existen en esta Capital en los cuales pueden inspirarse nuestros constructores. El templo de la Capilla Mayor dirigido por el insigne arquitecto quiteño el Hermano Francisco Rodríguez, en cuya fachada alternan con admirable concierto musical esas columnas que se mueven majestuosas en el primero y segundo cuerpo del frontispicio, es un modelo acabado de arquitectura colonial en el cual deberían fijarse detenida y diariamente nuestros arquitectos. Si el constructor de nuestra Universidad se tomaba el trabajo de dar una media vuelta y se fijaba en la fachada de la Capilla Mayor que habla un lenguaje arquitectónico de clásica belleza, habría solucionado satisfactoriamente la desairada fachada de ese templo de las Ciencias en donde se pulen los temperamentos abruptos y tempestuosos y se abrillantan las inteligencias más sombrías.

Con motivo del pavoroso incendio que desconcierta y en-

loquece a la humanidad reduciendo a escombros las florecientes naciones europeas, valiosos elementos en las ciencias y en las artes se han visto forzados a abandonar aquellos Continentes y no sería muy difícil el conseguir competentes Profesores para levantar el abatido espíritu de nuestra Escuela de Bellas Artes. Un paso del Gobierno en tal sentido vería con beneplácito la Nación. Pues, el amparar real y verdaderamente un Establecimiento que propende a la cultura de un pueblo consiste en dotarlo de materiales y de un Profesorado probo e idóneo.

CAPITULO XXIII

LOS PINTORES SAMANIEGO Y RODRIGUEZ.— Carácter propio de la Escuela Quiteña.— Conceptos de algunos intelectuales sobre estos pintores y otros.— Albanencis y otros artistas.— Ambiente de la época.— El sentir actual en lo intelectual y artístico.— La religiosidad del pueblo de Quito.— Tendencias de los intelectuales y artistas de hoy.— Arte mejicano.— Exposiciones nacionales y extranjeras auspiciadas por la Casa de la Cultura Ecuatoriana.— Males causados a la Patria por la mala política.— Distintivos cívicos de los patriotas quiteños.— Humboldt y el Marqués de Selva Alegre.— Oradores parlamentarios y sagrados.— Mejía, Rocafuerte y otros. González Suárez y su actuación en religión y política.— Monseñor Borja y su Pensionado Elemental.— Misiones de los antiguos Jesuitas y su labor en la Cultura de la Patria.— Influencias artísticas de hoy provenientes de algunos pintores extranjeros.

Prosiguiendo nuestras investigaciones sobre las características pictóricas de los maestros que dieron evidentes pruebas de acreditar el brillo de la Escuela Quiteña, nos cumple exponer ciertas genialidades del magnífico pintor Samaniego y de su hermano materno Bernardo Rodríguez. Samaniego es de aquellos pintores que, por la diafanidad de su coloración de transparencia de cielo, se presta a la fácil comprensión. Aún señoras lo reconocen al instante por el hermoso empleo de sus azules. Samaniego hizo estudio especial de las gradaciones del cobalto y en sus lienzos recorre con bizzaría su difícil gama consiguiendo por ello singularizarse e imprimir su personalidad pictórica. Con el uso del cobalto en la carnación y los oscuros profundos consiguió este maestro la agradable frescura del color y evitar la funesta entonación que resulta en las pinturas con el empleo del negro al que suelen ordinariamente recurrir los pintores poco hábiles para hacer resaltar las figuras con absoluto desconocimiento de los efectos del claroscuro y de la difusión de tonos o valores intermedios que comunican vigor y morbidez a las figuras haciéndolas desprenderse del cuadro como personas vivientes.

Estos procedimientos pictóricos son escasamente percibidos por los mediocres. Piensan que una imagen está bien pintada con un baño de blanco de plata combinado con rojo y sombrea-

da los contornos. No pocos proceden en esta forma y pretenden pasar por pintores. Samaniego en virtud de su consagración al estudio de las obras de los grandes pintores holandeses y especialmente de Rafael Sanzio y de Leonardo De Vinci logró particularizarse en su estilo hasta hacerle partícipe del sabor de las producciones pictóricas de aquellos maestros. En el sonreír de cielo de las Madonas de Samaniego se nota el extraordinario influjo del famoso autor de La Gioconda y en sus colores vivaces y brillantes el del insigne Rafael. Un inteligente investigador de antigüedades que ha escrito algo sobre Samaniego le llama el *Botticelli o Sassoferrato quiteño*, apoyándose, sin duda, en que nuestro artista es autor de las pinturas murales relativas a la vida de Jesús existentes en las partes laterales del cuerpo central de la Catedral y el pintor florentino dejó sus frescos en la Capilla Pontificia en la que causa admiración el extraordinario fresco del Juicio Final de Miguel Angel. Con todo de haberse empapado Samaniego en los procedimientos pictóricos de aquellos afamados maestros consiguió, como expresamos anteriormente, distinguirse en su manera pictórica tan propia que no puede confundirse con otro artista de su época. Todas estas circunstancias concurren para insistir en la existencia de la célebre Escuela Quiteña que algunos críticos pretenden negar, alegando que nuestros pintores no fueron originales sino imitadores de los afamados maestros de la Escuela Sevillana.

La Escuela Quiteña cuenta con maestros que si en su técnica lograron asimilar la admirable de los grandes pintores sevillanos; pero tiene sus rasgos substanciales e inconfundibles que acreditan su procedencia indígena o americana. Los tipos que presentan en sus lienzos son muy nuestros y no europeos y su técnica igualmente, propia, distinguiéndose hasta en la manera de combinar los colores y manejar el pincel. Originalidad demostraron poseerla en las producciones que ejecutaron tan llenas de gracia y salpicadas de poéticos idilios. Las composiciones referentes al Taller de San José y al Descanso de la Familia Sagrada en su Huída a Egipto, que son de propiedad del Museo Nacional y los damos a conocer, son muy expresivos y cada uno de los grupos de querubes ejerciendo diferentes oficios compone un canto de suaves y gratas melodías que conmueven tiernamente el alma y despide aromas de angelical pureza. Samaniego en sus composiciones, no obstante ajustarse a los cánones bíblicos, ha tenido el singular acierto de introducir ciertas genialidades para reafirmar su personalidad pictórica.

* * *

Bernardo Rodríguez, hermano materno de Samaniego, demuestra en varios de sus lienzos que tuvo la fortuna de estar dirigido por un pintor de magníficas cualidades artísticas como su hermano. En algunas pinturas de Rodríguez referentes a la constitución política, social y religiosa de los pueblos europeos en los siglos medios se confunden los dos hermanos. Y si no estuviesen firmados por Rodríguez se atribuirían a Samaniego. Demuestran ser copias de viñetas. Mas no por ello se deslus-

tra el mérito de Rodríguez. Siempre se requiere destreza para trasladar al lienzo en mayores proporciones una pintura en pequeño. Y Rodríguez en sus cuadros de grandes dimensiones existentes en la Catedral está demostrando poseer perfecto conocimiento del método que debe emplearse para agrandar en sus diferentes planos una miniatura. En aquellos lienzos en los que concurren muchas figuras magníficamente tratadas, sobresalen otras por su gallardía y sus toques enérgicos y expresivos. Estos lienzos en los cuales se observa que tuvo clara idea de la distribución de luces y sombras impresionaron tanto al inteligente Representante por el Periodismo de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, sin penetrarse quizá del estilo y la técnica que definen el grado de excelencia artística profesional, que le puso a Rodríguez a la altura de Miguel de Santiago siendo enorme la distancia que separa al uno del otro. Ventajosamente se presentó a dilucidar tal aserto el erudito publicista y bibliográfico señor Dr. Roberto Páez, quien expuso que aquellos lienzos de la Catedral tenidos como composiciones de Rodríguez eran copias de un libro de grabados de maestros europeos de propiedad de este pintor quiteño y que el Dr. Páez lo adquirió hace algún tiempo. Pero, precisa reconocer que Rodríguez, no obstante la falta de originalidad que se le atribuye, aparece como magnífico pintor en algunos lienzos que existen en el Museo Nacional, particularmente en aquellas copias sobre pasajes bíblicos existentes en la Catedral de esta ciudad. Rodríguez posee sin lugar a duda cualidades pictóricas que le acreditan como discípulo aventajado de su hermano Samaniego y digno sucesor de la Escuela Quiteña. Mas, no podemos admitir, bajo ningún concepto, *mayor fuerza de expresión, audacia de concepción y vigor de colorido*, que juzga encontrar el mismo escritor que habla ligeramente del "Arte Quiteño Colonial" del Padre José María Vargas, dominicano, en los lienzos de Rodríguez que en los de Samaniego. Proceder con poco criterio artístico es afirmar que no resiste comparación entre Samaniego y Rodríguez. No se requiere ser un experto crítico de arte para darse cuenta de la preeminencia pictórica de Samaniego. Las bellas pinturas murales de la Catedral están confirmando la indiscutible superioridad artística de Samaniego.

Creemos ingenuamente que la dulzura en el color no constituye un defecto. Si así lo fuera estarían temerariamente condenados al olvido maestros de la categoría de Leonardo, de Rafael y de Murillo. Juzgar con el actual sabor y criterio artístico del momento las pinturas de otros tiempos es proceder con absoluta arbitrariedad y no penetrarse del espíritu místico, afable y dulce de la época. Las imágenes de Samaniego son la expresión más acabada de su temperamento sosegado y profundamente religioso. En las pinturas de Samaniego vibra la ingenuidad; y sin sinceridad no puede existir obra de arte que es una de las cualidades fundamentales. Tuvo el gran sentido este artista de hacerse conocer fácilmente y de conquistarse simpatías aún en los elementos cultos y entendidos. Lo que prueba que carecía de la monotonía que se le atribuye. Si el inteligente crítico se fijara en los magníficos desnudos de Jesús y

otras figuras que forman parte de las pinturas murales de la Catedral sus impresiones respecto de Samaniego fueran muy diversas.

* * *

Propiamente Rodríguez es la última estrella de la famosa constelación de artistas que se conquistaron las miradas continentales. Con varonil arrogancia procura mantener el equilibrio de aquella Escuela que daba seguros indicios de descender de su cima con la muerte de aquellos esforzados adalides pictóricos que rivalizaron con los esclarecidos artistas de la Escuela Sevillana. Digno de todo encomio es Rodríguez, porque en sus tantas veces mencionados cuadros de la Catedral y en otros de los Santos Doctores que se encuentran en la Sala Capitular de San Agustín y en otros templos demuestra arranques pictóricos que evidencian su temperamento amante de su autonomía y de mantener su personalidad artística.

Con Rodríguez, piensan muchos que termina el lustre de la esclarecida Escuela Quiteña Colonial. A pintores como Astudillo, Albán, don Antonio Salas y otros los califican como pintores en quienes ven patentes demostraciones de decadencia. Con verdadero rigorismo se juzga del valor pictórico de estos Maestros. En el retablo del presbiterio de San Francisco y pilastrones del mismo templo; en la iglesia de la Compañía; en el convento del Tejar y otras iglesias hemos encontrado lienzos muy apreciables que les acreditan como aprovechados discípulos de Samaniego y Rodríguez. No pocos de aquellos lienzos se encuentran torpemente retocados. Muy natural es que quien los vea los conceptúe como extraños y de poca estimación. Los Religiosos no se dan cuenta del enorme daño que ocasionan a la cultura artística del país mandando a restaurar pinturas de no escaso mérito con artesanos torpes. Con sorpresa presenciamos en estos días que en un Convento se ocupaba en retocar un mal pintor lienzos hasta de Samaniego. Pocos son los Religiosos que conocen a fondo la historia del Arte y el verdadero mérito artístico de un cuadro como el talentoso y erudito Jesuita Eduardo Ospina de quien hemos leído sesudas críticas sobre Arte en la importantísima Revista Javeriana. Es por aquella falta de conocimientos que incurren en estos yerros en los conventos y dado ocasión a que hayan desaparecido tantas joyas de arte. Ojalá se reaccione benéficamente en pro de nuestra cultura artística.

Opinamos que varios de los magníficos cuadros de sabor murillesco firmados por Albanencis, que se encuentran colocados en las naves laterales de la derecha del Templo de la Compañía, son de Albán, cuyos apellido el artista lo ha latinizado. Nuestras investigaciones ninguna cosa nos han revelado. Y es muy presumible que sea el autor de dichos cuadros el mismo Albán. Y siendo estas pintura brotadas de su paleta mal podía figurar este artista entre los iniciadores de la decadencia pictórica.

Don Antonio Salas, discípulo de Samaniego y padre de una numerosa familia de pintores de escasa significación artís-

tica, hemos leído algunos juicios encomiásticos acerca de sus acuarelas y pinturas al óleo por escritores extranjeros. De los lienzos que existen en el Museo Nacional de este pintor el de la Virgen y San Francisco de Sales está demostrando que fué discípulo muy capaz de Samaniego; mas el que se relaciona con el de Cristo Muerto en los brazos de su Madre, fuera de la figura de Jesús que está hábilmente tratada las de los demás personajes son inexpresivas y no están tratadas con la grandiosidad pictórica que el asunto requería. Como acuarelista fué muy celebrado. Por allí existe una relación de un extranjero en la que elogia una colección a la acuarela de los Reyes de Judá que había copiado de la que ornamenta con tal mal sentido estético el artesonado de la capilla del Santísimo en Santo Domingo. Propiamente la decadencia de nuestro florecimiento artístico colonial comenzó vagamente por aquellos años en que el pueblo de Quito acaudillado por sus nobles próceres se mantuvo en constante batallar con las fuerzas españolas por su autonomía. Y toda esa época de inquietudes y zozobras no era propicia para el florecimiento de las Bellas Artes cuya dedicación requiere de sus cultivadores absoluto sosiego espiritual y firme seguridad de colocar ventajosamente sus producciones para acudir a las imperiosas necesidades biológicas que brotan fatalmente del instinto de la propia conservación.

Por romántico y espiritual y absolutamente desprendido que sea un artista no puede en manera alguna abstraerse al impulso irresistible de satisfacer sus necesidades primordiales. Y en aquellos largos años de incesantes perturbaciones tenían las Bellas Artes que tolerar graves quebrantos. En ese ambiente caldeado por las odiosidades contra los españoles muy natural era que se agostaran los cultivos relacionados con la pintura y la escultura. No así los referentes a la literatura, la poesía y la música que inflaman e infunden vigor y entusiasmo y excitan a luchar por los ideales que alimentan los pueblos. Las marchas triunfales y los himnos guerreros tienen la sublime virtualidad de transformar en héroes a los faltos de valor. Y tratándose de hacer efectivas esas legítimas aspiraciones políticas que dignifican a individuos y pueblos como son la de conquistar su libertad y romper las cadenas de la esclavitud; es el heroísmo elevado a la excelcitud morir en el campo de batalla por el triunfo de esos sublimes ideales. Por eso es que los pueblos comprensivos aman apasionadamente a aquellos conductores que encarnan aquellos ideales y batallan fervorosamente por que resplandezcan siempre en toda su plenitud en el cielo de sus respectivas colectividades. La servidumbre odian individuos y pueblos y en ningún caso la soportan por mucho que se empeñen los tiranos en acallar sus protestas y rebeldías.

* * *

El pueblo de Quito amó con delirio a los patriotas de la aristocracia de su noble ciudad, por que se sacrificó con desprendimiento por la causa sublime de su liberación. De ahí que vivieran perpetuamente en su memoria: El Marqués de Selva A-

legre y los suyos que perdieron su vida y bienes por su emancipación. El Marqués fué muy merecidamente calificado de un Mecenas porque encontraban grata acogida en su señorial residencia gente culta y viajeros ilustres como el Barón de Humboldt y el naturalista Bonpland. Humboldt halló hasta en la biblioteca del Marqués obras enjundiosas para el sustento de su espíritu. Elevado concepto se formó de él este sabio alemán mundialmente conocido. De regreso a Europa expresóse en sus escritos en términos encomiásticos respecto de su amigo el Marqués cuyo nombre procuró mantenerlo siempre en su memoria dedicándole varias plantas por él clasificadas. Con mucha justicia se expresa el Sr. Don. Isaac J. Barrera en su excelente opúsculo "Próceres de la Patria" al decir: "Todo un capítulo de la historia del Ecuador debe ser consagrada a la familia Montúfar". "La ilustre y destruída familia", como la llamó el Libertador. Vidas, talento, fortuna, todo lo pusieron en el altar de la Patria y lo ofrendaron con generosidad y largueza". ¿Qué mayor aprecio podía hacerse de las eminentes virtudes de esta ilustre familia quiteña que esos rasgos pronunciados por el Libertador? La Capital del antiguo Reino de Quito debe sentirse orgullosa de contar entre sus hijos a personajes que comunicaron tanto prestigio a su cultura espiritual y a los fervores cívicos de otros tiempos.

Todavía el Padre Solano enaltece más la memoria de este ilustre personaje cuando dice: "Su dinero estaba a disposición de sus amigos y de los necesitados: podía haber sido rico y murió pobre". Si la Patria contara hoy con hijos de las bellas prendas espirituales de aquellos esclarecidos patricios que todo lo sacrificaron con el mayor desprendimiento en favor de su progreso y libertad y de los bien entendidos intereses colectivos que se traducen en el bienestar del pueblo, no lamentáramos tantas desazones y mezquindades y no llevaríamos sin darnos cuenta de su efectiva significación moral y cívica la montaña de oprobio que pesa sobre nosotros desde que nos sentimos imposibilitados de defender la integridad territorial.

Quién creyera que las juventudes y generaciones de antaño tuvieron un concepto cívico más elevado cuando nos dejaron en su camino huellas indelebles de su heroicidad y de sus fervores patrios! Hoy, triste es confesarlo, la frivolidad campea en la mente de la mayor parte de las juventudes y son muy indiferentes a esas emociones cívicas que conducen a las grandes acciones. Confunden neciamente las rebeldías propias de la altivez y del carácter con la indisciplina, la rebelión y la patanería. ¿Podremos salir de esta atmósfera que requema nuestras energías y extingue nuestra espiritualidad? Quizá terminado este período de atolondramiento mental, de pueril novelería y de enervación ética, nuestro reaccionar sea de substancial sensatez y nuestras impresiones sobre Arte bien encauzadas. Sólo así nos preservaremos de aquellas anomalías estéticas tan sin sentido que inducen a creer que las creaciones pictóricas de varios de nuestros artísticas son brotes de confusión mental o de un descabellado afán de seguir apasionadamente las obscuras tendencias artísticas de extranjeros que se esmeran en expresar su manera original de sentir y ver la naturaleza en una forma que no guarda

relación alguna con ella. O quizá tratan de traducir en la trágica expresión de aquellas extrañas figuras el elemento bárbaro y terrible que vibra en el fondo de la psicología aun del hombre instruído y del pueblo más culto y civilizado? Por mucho que se conquisten él y sus afiliados las simpatías de unos cuantos jóvenes que se esmeran por apartarse del general criterio estético; en aquella enigmática manera de pintar no existe arte.

Generalmente casi todos los jóvenes pintores y aún estatuarios manifiestan pronunciado afán por imitar la manera pictórica de los artistas Señores Jan Schereuder, holandés, y Lloyd Wulf, americano, sin tener en cuenta los principios estéticos y psicológicos que tengan para expresar por medio de aquellas formas determinados estados de conciencia. El Sr. Schereuder ha conseguido traducir en sus paisajes el alma indígena, procedimiento que implica un esfuerzo de análisis psicológico digno de aprecio. En el lienzo de *La Tempestad* que presentó el señor Schereuder en el Primer Salón Nacional de Bellas Artes se manifiesta como un pintor realista de gran fuerza. Se siente la tempestad que divide con violencia las nubes y los estragos que ocasiona con su impetuosidad en la floresta. Con mucha destreza traslada al lienzo una parte de la naturaleza. Y no obstante ser el paisaje de factura moderna el pintor ha tenido el singular acierto de no recrudescer sus tonalidades y evitar así ingratas impresiones. También en el lienzo de *La Selva* que expuso en el Segundo Salón de Mayo manifiesta, igualmente, su destreza en reproducir la exuberante vegetación de la montaña que atrae con su solemne frondosidad y su riqueza de coloración.

En la colección de sus Dibujos sobre diferentes asuntos que presentó este artista en el paraninfo de la antigua Universidad, hoy propiedad del Municipio, hubo piezas, especialmente las de tipo de color, que descubrían en sus diestros rasgos fisonómicos su sangre ardiente y sus voluptuosidades temperamentales. No así en otras en que su exagerado modernismo le arrastró a expresar en peregrinas y confusas formas figuras humanas de embarazosa interpretación.

El Señor Lloyd Wulf en los lienzos que ha presentado en el Primero y Segundo Salón de Mayo si demuestra poca simpatía por la antigua escuela académica, se manifiesta con todo muy reverente con las normas estéticas substanciales que proclama. De ahí que este artista revelara su buen sentido de mantenerse al borde sin descender al abismo. Desde luego inclinándose más a la manera pictórica moderna que guarda correspondencia con las tendencias novedosas de su espíritu.

En su hermoso lienzo clásico de "MANTA", sus procedimientos pictóricos no vacilan y se mantienen firmes en su filiación moderna. Más ha procurado recurrir a esa magia de coloración, a esas melifluas y serenas claridades con las que suele envolver al mundo la luna para adormecerlo y mantenerlo cautivo de sus hechizos. En su mencionado paisaje emocionan y embelesan esas tonalidades impregnadas de esos claros sinfónicos que la luna está derramando desde la profundidad de un

cielo de cobalto sobre el mar y las embarcaciones de vela arriadas a lo largo del muelle del puerto.

El pintor Wulf se ha compenetrado de las misteriosas musicalidades de la noche de luna para ofrecernos un paisaje de ensueños y delicada poesía. Es indudable que este pintor descubre en sus lienzos la esquisitez de su espíritu.

Digno de elogio es que este Profesor haya demostrado singular empeño en la formación pictórica de su discípula la distinguida Señorita María Sáenz. En su cuadro "La procesión del Dolor" que presentara en el Segundo Salón de Mayo se manifiesta como una artista esforzada y comprensiva del movimiento pictórico moderno. En ese peregrinaje del dolor cada una de las figuras en sus diferentes actitudes y movimientos descubre las congojas que laceran su alma; las esperanzas que sustentara en otro tiempo su mente destrozadas por la ventista los desapacibles recuerdos de ayer y los acibarados de hoy que acongojan su conciencia. La caravana adolorida se dirige si: una estrella que le guie en su incierto camino. La oportuna composición de este cuadro despierta tantas ideas y sensaciones que mueve a pensar hondamente. Se caracteriza además por la agradable sobriedad de la coloración y por sus toques enérgico y expresivos.

Este lienzo junto con el de MANTA del Señor Wulf ha sido muy mercedamente adquiridos por La Casa de la Cultura Es la manera de estimular a jóvenes que se consagran a los cultivos artísticos, especialmente tratándose de la mujer, acreedora a que se le preste decidido apoyo de los Poderes Públicos, sobre todo cuando demuestra como la Señorita María Sáenz a ventajadas capacidades artísticas.

Anteriormente anotamos que los más de los jóvenes pintores y estatuarios procuraban en sus composiciones imitar los procedimientos pictóricos de los Señores Schereuder y Wulf sin inquirir el motivo psíquico que les mueva a proceder en aquella forma. Mas los Señores José Alfredo Llerena y Alfredo Cháves en su interesante obra sobre "La Pintura Ecuatoriana del Siglo XX" nos aclaran nuestras indeterminaciones al respecto cuando en la página 13 se expresan de esta manera: "Algunos pintores, bajo la influencia del marxismo, han pintado al indio como elemento de una clase extorcionada por las demás, explotada casi en la misma medida en que lo son los animales de carga. Sea por una razón o por otra, *no han conseguido buenas realizaciones*. La pintura ejecutada bajo este concepto ha resultado extremista. Ha resultado una especie de caricatura. La pintura del Ecuador tiene una tarea enorme por realizar y es la de la interpretación del indio en su totalidad. Su lado religioso no ha sido comprendido por el artista plástico; últimamente, sólo Eduardo Kingman se ha orientado por estos caminos". En varios puntos de su mencionada obra estos autores sostienen que el indio no ha sido contemplado en sus más interesantes aspectos ni tratado como elemento de una civilización atrasada y con su alma rigurosamente hermética. Estos conceptos de los ilustrados autores concuerdan casi con los nuestros. Pudiera atribuírseles una especie de contradicción en no pocas de sus

afirmaciones cuando dicen en el comienzo de su importante libro que la pintura del Ecuador en los diez últimos años ha tomado un alto vuelo y que ha dado amplios pasos y que le falta recorrer unos escalones más para alcanzar una fisonomía rigurosamente nacional.

No dudamos que los autores mencionados tengan sobrados motivos para situarse en aquel punto de vista. Creemos nosotros ingenuamente, sin alardear de idóneos, que nuestros pintores y estatuarios están bregando formidablemente por encontrar las formas precisas para expresar de manera clara y expresiva la psicología de esfinge del indio; examen crítico que forzosamente tienen que extenderlo hacia la naturaleza del mestizo que contiene mayores nebulosidades que la del indio. Cuando nuestros artistas resuelvan inteligentemente estos problemas y los expresen en formas estéticas vivaces y emocionantes, entonces su triunfos serán reales y se podrá asegurar que tenemos un arte nacional.

Por lo demás, no encontramos las razones que muevan a determinados críticos a asegurar que nuestros imagineros de la Audiencia de Quito no se cuidaron de realizar un arte nacional como lo están efectuando plausiblemente nuestros actuales pintores y escultores. No toman en cuenta estos señores que el Arte necesariamente tiene que expresar el espíritu y el ambiente de la época. Aquellos siglos fueron de fe y de religiosidad muy intensas y el aire estaba saturado de ferviente misticismo. Prueba de ello la admirable fastuosidad y el derroche de fantasía artística que se advierten en sus templos. Los pintores tenían que expresar en sus lienzos las imágenes que su religiosidad les ofreciera a su imaginación y conciencia. De allí que la afamada Escuela Quiteña, que la niegan algunos con suprema audacia, sea eminentemente religiosa. Los problemas de hoy son sociales y muy diferentes de los de antaño. ¿Cómo podían los artistas de ayer darse cuenta de los complicados problemas sociales de hoy? Hasta nuestro famoso artista Miguel de Santiago es sacrílegamente calificado de farsante por haberse sujetado a pintar la vida de San Agustín de acuerdo con los grabados holandeses que le diera el Provincial de la Orden.

Cuanto a los rasgos críticos que emiten los señores José Alfredo Llerena y Alfredo Chaves, respecto de nuestros pintores y escultores que han concurrido a las diversas exposiciones de la Mariano Aguilera, de la Galería Caspicara y de los Salones de Mayo, aquellos rasgos críticos los encontramos ajustados a la verdad con algunas salvedades.

En tiempos anteriores, tal vez porque la atmósfera social no estuvo cargada de necesidades, exigencias y novedades y los días se deslizaban con excesiva lentitud, el mirar y el sentir de las juventudes estudiosas y de los artistas se mantenían sin desviaciones en un nivel de equilibrio y sin que su espíritu padeciera tantas privaciones e iniquidades provenientes de la imposibilidad de recrear los sentidos con los espectáculos de variada índole que ofrecen los maravillosos descubrimientos de la civilización moderna. El medio social de entonces, como tantas veces lo hemos repetido, impregnado de religiosidad y misticismo

y esparciendo aromas que se elevaban al cielo con los cánticos de las piadosas muchedumbres, contribuía para que los expertos de la cultura intelectual y artística expresaran sincera y espontáneamente las sensaciones y emotividades producidas por la comunión o convivencia social. Y aquellas sensaciones y emotividades eran el reflejo del vivir sano, sencillo y piadoso de la época. El arte guardaba relación con ella y los factores que actuaban en la conciencia social con vigoroso impulso eran: la Patria y la Religión.

Por la Patria conceptuaban como imperativo debr sacrificar sus caudales y más todavía su propia existencia. Y como en el concepto de Patria están contenidos vibrantes los ideales libertarios, la independencia y constitución republicana y la techumbre en cuyo suelo se mantiene vivaz el substratum del espíritu; las clases de elevada situación social y económica y el pueblo luchaban y se sacrificaban heroicamente por Ella.

Por la Religión, la historia nos demuestra el fervor con que practicaban unánimemente sus preceptos las muchedumbres coloniales. La idolatría aborígen y la religiosidad de las huestes conquistadoras contribuyeron para que las generaciones surgidas de aquella mezcla llevaran incrustadas en su conciencia su fé y obediencia hacia la Iglesia y sus dogmas. De allí que en sus decisiones o en sus violentas exaltaciones revolucionarias contra las autoridades españolas templaran su enojo a las insinuaciones o súplicas de los Religiosos. De ahí que sus sentimientos piadosos se mantuvieran siempre ardientes y vigorosos y se arrojaran ciegas de ira contra los Gobiernos que presentarían desvirtuar sus creencias. Hasta ayer creíase infundadamente que ciertas disposiciones prohibitivas del culto externo habían propendido a templar los fervores religiosos del pueblo. En estos días, con motivo del tricentenario de la muerte de la Bienaventurada Mariana de Jesús, las clases sociales en general hicieron pública demostración de mantener vivaces en su conciencia las creencias religiosas que heredaron de sus antepasados. El culto que rinde sinceramente un pueblo y sin fanatismos a la Divinidad comprueba que no es privado de cultura y que su ética no ha sufrido quebrantos. Sociedades sin Religión no tienen conciencia del deber e infringen fácilmente los mandatos de moral y el convivir social soporta no pocos contratiempos. Por consecuencia la Patria y la Religión fueron los factores que obraban con mayor fuerza en la conciencia social de la colonia que el factor económico o biológico relacionado con la propia conservación. En aquellos tiempos, como muy bien lo ha conseguido reconocer el espíritu creyente de las clases sociales de la colonia el editorialista de "El Comercio" en su enjundioso artículo titulado "Las Doctrinas Morales y los Tiempos Nuevos", correspondiente al 24 de octubre de 1936, la riqueza debía abandonarse para entrar al reino de los cielos y los ricos que tenían que abandonar sus riquezas forzosamente estimaban que el mejor empleo que podía darse al dinero que se había acumulado honrada o pecaminosamente, era donándole al culto, a las comunidades religiosas, al objeto piadoso. De esta manera los misioneros católicos hicieron muchas obras que contribuyeron a la civiliza-

ción del Ecuador, porque si no marcharon en busca de las tribus bárbaras para iniciarles en las costumbres cristianas, levantaron templos maravillosos, monumentales, en los que se albergó toda la manifestación intelectual del pueblo cuatoriano”.

* * *

Sin embargo del largo tiempo recorrido y de que las actuales preocupaciones del mundo son diversas de las que se dirigían únicamente a los adoratorios en donde una advocación particular convertía en más eficaz una plegaria que en cualquier otro templo”; sin embargo de que hoy se “estima que el mejor templo es el que se dedica a la asistencia del pobre, a la curación del enfermo, a la redención del inválido”; con todo vemos que se levantan hoy templos con el mismo entusiasmo, con los mismos fervores piadosos que en los tiempos coloniales. Y no por eso se ha menoscabado la moral cristiana ni han dejado de encontrar alivio y quietud física y espiritual las clases desamparadas y adoloridas; las clases que llevan fatídicas taras ancestrales o que sufren con paciencia el dominio excesivo de las injusticias sociales.

Hoy se procura recurrir en Literatura y en Arte, tal vez con afán de adquirir celebridad o quizá de suscitar estímulos más humanos en la conciencia social, a alteraciones psíquicas y orgánicas de las clases trabajadoras e indígenas que no guardan relación alguna con la verdad, con lo que representa efectivamente la raza en el actual momento histórico de la vida nacional. No hemos de llegar a la meta de nuestras aspiraciones de perfectibilidad moral, intelectual y artística presentando cuadros horriblemente trágicos que infunden terror y están muy lejos de despertar gratas emociones aún en el espíritu de sus admiradores. La misión del Arte, entre sus múltiples finalidades de orden ético, social y político, es la más substancial, la más fundamental la de expresar en formas sensibles y armónicas la espiritualidad que palpita en las entrañas del mundo o en el alma del Universo. Sólo así se conseguirá caracterizar en las imágenes ideadas por el artista ese conjunto de rasgos o diferencias psíquicas que constituyen la fisonomía, el temperamento la índole de un individuo, de una raza o de un pueblo. El falso concepto que se tiene de que el arte en la actualidad tiene que producir bruscas emociones por medio de monstruosos movimientos psíquicos y orgánicos que dejan en el ánimo del que contempla las pinturas modernas una sensación de espanto, de miedo o de terror, de suyo se desvanecerá en cuanto pase este momento de confusión o de desconcierto ético y espiritual que se ha apoderado momentáneamente del mundo.

La escuela clásica en sus dramas o tragadias y en sus producciones pictóricas o escultóricas presenta, muchas veces, aquellos tipos que causan, efectivamente, pavorosas impresiones. Pero esas emotividades que alteran los nervios y desconciertan el espíritu nos llevan a la admiración palpando en aquellas típicas figuras que palpita en su entraña la psicología viviente de una raza, de un pueblo o de un tipo que no puede substraerse a se-

culares extravíos a que obedece fatalmente su organismo. Estas producciones literarias o artísticas de carácter universal sólo pueden ofrecer aquellos maestros que comprenden verdaderamente el fin primordial del arte, cual es, como insistentemente se viene demostrando, ofrecer figuras que conmueven honda y dulcemente y supervivan a través del espacio y las edades despertando interés y admiración. El Edipo de Sófocles; los Personajes de Shakespeare, de Ibsen, de Schiller y de tantos trágicos francéses, españoles y rusos; el grupo de Laocoonte que existe en el Museo Vaticano; el Juicio Final de Miguel Angel; estas figuras que son la expresión más viva, vigorosa y acabada de los distintos maticos y transmutaciones que cobra la psicología de cada sér según el clima y el ambiente que le rodea, son típicas, bellas y admirables en los diversos Continentes. Si bien el tipo de belleza griego no es el mismo para la raza de color o para la indígena o asiática; pero en cuanto a esos movimientos interiores; a esas graduaciones de color que componen la espiritualidad y determinan la conciencia y el temperamento del individuo; a esos incendios pasionales que requeman el corazón y los sentidos y a esas ventiscas que entenebrece la reflexión y empujan a la tragedia son los mismos elementos, con ligeras variantes, los componentes de la psicología del hombre de todos los climas.

Y estas figuras que interpretan los anhelos colectivos de una época determinada y reflejan esos misteriosos movimientos psíquicos que se exteriorizan en notas amenas, armónicas, desapacibles o trágicas al contacto con el mundo; estas figuras son de eterna juventud y superviven con la misma viveza o eficacia a través de las edades. Pero nuestros artistas del pensamiento y la paleta, en su afán de encontrar nuevas formas de expresión en la raza indígena y en la clase proletaria o trabajadora, procuran intencionalmente desfigurar su configuración hasta el extremo de suponer que son los tipos encontrados por Darwin para fijar sus principios sustentados en su obra "El Origen del Hombre". Muchos de los lienzos que estuvieron expuestos en la Exposición del 24 de Mayo del año en curso promovida por La Casa de la Cultura son vaciados en ese molde. Como que muchos de nuestros pintores hubiesen resuelto de común acuerdo exteriorizar la depresión ética y la fealdad psíquica de la raza y de las clases proletarias con fines de acción social, sin duda. Pero es muy sensible tener que declarar que en aquellos lienzos no hay arte, por más que insistan tesonadamente en persuadir sus autores y afiliados que esas y no otras son las características de la pintura moderna.

El Arte es expresión de belleza ideal por medio de líneas y colores, dice por ahí el talentoso crítico José Luis Zorrilla de San Martín, al hablar de Florencia y el Beato Angélico. Y por eso las producciones, en las cuales el artista ha procurado inteligentemente asociar al elemento objetivo el subjetivo, de suerte que el contenido ideal o la espiritualidad resalte en toda su grandiosidad, tienen el poder de infundir admiración y atraerse las miradas de cuantos las contemplan. Las creaciones de nuestros artistas, por mucho que se esfuerce en demostrar que reúnen objetiva y subjetivamente los valores del Arte Moderno, no

producen en el ánimo de los espectadores otras impresiones que las de terror. Y es sencillamente que se han empeñado por presentar a la raza indígena con caracteres de fealdad que están muy lejos de expresar la realidad. En la República existen provincias en las cuales la raza indígena se distingue por su hermosura y limpieza. Nuestros artistas deben tomar las buenas prendas de la raza y desarrollarlas en otra forma, a fin de que despierte verdadero interés y nueva al visitante a conocerla y estimarla y no a menospreciarla.

Méjico ha conseguido realizar su arte propio por procedimientos artísticos muy diferentes de los nuestros. Ha tenido el buen sentido de tomar los motivos del arte aborigen para desarrollarlos en formas decorativas admirables y que convidan a adquirirlos. El arte mejicano, aún en lo moderno, por más que el volumen de sus formas parezca violento o exagerado, procura mantenerse en ciertos límites conservando sujeción a normas clásicas fundamentales. De allí que sus creaciones, según hemos observado en algunos lienzos de sus artistas y especialmente en los que forman parte de la interesante y variada colección de Arte Contemporáneo del Hemisferio Occidental de la International Business Machine Corporation, no hieran bruscamente la vista y la sensibilidad de cuantos los miran. El público por ignorante y ciego que parezca tiene sus apreciaciones respecto a arte que inducen al crítico y al estudioso a no menospreciarlas, ya que son brote de la sinceridad y de su sano instinto de observación. ¡Qué agudezas tan sutiles y geniales hemos oído constantemente acerca de muchos lienzos que estuvieron exhibidos en la Exposición promovida por la Casa de la Cultura y en la que efectuó en el mismo edificio del Museo la mencionada International Business Machines Corporation con el plausible propósito de un acercamiento de cultura espiritual y artística entre los pueblos del Hemisferio Occidental y de dar a conocer el grado de perfectibilidad artística que han alcanzado!

El público en general y muy especialmente cuantos aman el Arte con sinceridad y con el noble interés de que la Patria conquiste de nuevo los laureles artísticos que obtuviera en el Continente en la época de la Colonia tienen que agradecer a la Casa de Cultura por sus labores que realiza y sobre todo por su tesonero empeño en fomentar los anhelos de perfectibilidad literaria y artística que sustentan las juventudes que ansían para la Patria su efectivo florecimiento. La Exposición Americana contiene lienzos de verdadero mérito. Existen otros de mediano valor artístico y algunos de escasa significación pictórica. Con todo, ha contribuído a provocar estímulos y establecer comparaciones entre las obras de arte realizadas por los nuestros y las de los demás pueblos latinoamericanos. No se puede desconocer, según los lienzos expuestos, que hacen patente su fervor artístico: la Argentina con *La Pulpería de la Guardia de Bernaldo de Quirós*; Bolivia con la *Pareja de Indios de Guzmán de Rojas*; Brasil con el paisaje *Antes de la Lluvia de Leite y Mater de Os-*

waldo Teixeira; Costa Rica con Caballos de Cruz González; El Salvador con El Angelus de Salazar Arrue; Méjico con Diana de Cantu y Niños Jugando de Guerrero Galvan; Panamá con El Garito de Ivaldi; Uruguay con su bella Madona de Mora que parece tuviera parentesco íntimo con la Gioconda de Vinci; Alberta con la Cima del Mundo de Leigton; Saskatchewan con El Sackatchewan Septentrional de Kenderdine; California con La Naturaleza Sonríe de Wendt; Illinois con su clásica Venus en Orvieto de Trebilcock; Indiana con Sábana Gris de Bohm.

De agradecer profundamente es a las Entidades que cooperan activamente para la difusión e intensificación de la cultura intelectual y artística entre los pueblos de este Continente. No otra es la manera de obtener el refinamiento ético y espiritual del individuo y de la sociedad. Sólo por esta labor efectiva de cultura se conseguirá desbastar las groseras imperfecciones psíquicas y aquietar las desapacibles impetuosidades nacionales que empujan a los hombres a destrozarse sin piedad. Quizá por este medio de propaganda espiritual y artística se pretenda cambiar no solamente el mundo sino el hombre, como anhela Gide en su libro "Nuevos alimentos" que dió origen al editorialista de "El Comercio" a ese amagnífico artículo del cual hablamos anteriormente. Bello y muy bello es el soñar de los poetas y pensadores a este respecto de la dulcificación psicológica del hombre. Ante el desate de las ambiciones que arrastró a los pueblos a destrozarse unos a otros con ferocidad terrible y sin precedentes en la historia del mundo; ante ese porfiado empeño de acudir las Naciones más cultas y civilizadas del orbe a medios de exterminio para dejar en escombros ciudades florecientes y monumentos de arte admirables que levantara la civilización en demostración del adelanto cultural y artístico de otras épocas; ante ese afanar bélico de la humanidad los ensueños de las almas efectivamente románticas yespirituales que ambicionan el imperio positivo de la paz y de la dulce confraternidad desaparecen de su vista e imaginación y se apodera de sus conciencias un helado pesimismo resultante de las desilusiones, amarga experiencia e infijeza ética en las acciones de los hombres.

* * *

Con detenimiento se ha procurado dar a conocer los efectos prodigiosos que produjo prácticamente el factor religioso en la incrementación artística de la Colonia. Sus Monumentos dedicados al culto; sus magníficos lienzos e imaginería sin parecidos en el Continente y las artes en general son el mejor testimonio de nuestras dilucidaciones al respecto.

Si el factor religioso obró eficazmente en la conciencia y la imaginación artística de este pueblo; el factor cívico causó en el orden social y político bruscas y a veces provechosas transformaciones. El factor cívico ha obrado con poder avasallador en el pensar y sentir de las generaciones pretéritas y en las de hoy y por consecuencia ha sido un agente muy activo de la cultura intelectual de la Nación. Al calor de los estímulos cívicos la aristocracia quiteña unida leal y noblemente con el pueblo en comu-

nión de ideales libertarios y republicanos conquistaron su independencia y pusieron en ejecución sus normas de gobierno democrático, sin que hasta hoy se ajustaran a ellas las actuales generaciones. Y es que las ambiciones desenfrenadas de los dirigentes y caudillos han tomado la política como la peor arma para poner en juego la perfidia, la calumnia y la iniquidad y por estos medios infamantes deslustrar la conducta más límpida de los gobernantes y proceder a derrocarlos hundiendo al país en sangrientas luchas intestinas.

Los daños que ha causado a la Nación la mala política son incalculables. Por ella se mantienen vivaces la indisciplina y la desunión sin que lleguen a un entendimiento las parcialidades banderizas y laboren conjuntamente por la prosperidad nacional. De allí que por nuestro espíritu indómito y subversivo llevemos el estigma del descrédito y sea muy lento nuestro progreso. De allí que vivamos retrasados y pesemos tan poco en el concierto de las Naciones, no obstante contar con preciados elementos espirituales, morales y materiales muy dignos de tomarse en cuenta. Por esta aviesa política que debilitó nuestras energías y cercenó nuestra integridad moral tuvimos que aceptar mansamente el Convenio limítrofe impuesto por el adversario en Río de Janeiro. Y todavía consumada la tragedia continuamos alimentando descabellados propósitos revolucionarios. Es que los antagónicos componentes ancestrales que se mantienen latentes en el fondo de nuestra constitución imposibilitan nuestro reaccionar en sentido beneficioso al bienestar de la República. Por eso las notas predominantes de nuestro temperamento son la agresividad, la rebeldía y el rencor que nos mueven a la discordia y a odiarnos mutuamente con crudeza. Los políticos de profesión suelen invocar mañosa y arteramente la anemia económica y el grave malestar de la República ocasionados por el Gobierno con el único fin de alejarle la confianza pública y desprestigiarlo y producir su inmediata caída. No otros son los móviles, con justificadas excepciones, de los estragos causados a la Nación por nuestras endémicas luchas intestinas.

Sobrada razón tuvieron en perseguir con tenacidad a estos malos hijos de la Patria los Gobiernos que se interesaron muy de veras por la suerte de Ella. Por mucho que se los haya acusado de crueles y tiranos estos calificativos tienen plena justificación ante los incalculables infortunios que sobrevienen a los pueblos que se agitan y desangran sólo por bastardas ambiciones. La más grave de las características de nuestra psicología es la versatilidad. Amamos apasionadamente hoy a un Gobernante; somos sus ciegos admiradores; ponderamos sus capacidades administrativas; encontramos en él excepcionales cualidades de estadista; al día siguiente le hacemos acusaciones de toda especie; le odiamos cruelmente; procuramos con insistencia hacerle el vacío y ver la manera de humillarlo y alejarle del poder. Tal proceder ha constituido nuestra eterna historia y la causa fundamental de nuestro oprobio y del abitimiento y atraso de la República.

El día que dejemos de ser políticos y nos consagremos efectivamente al trabajo nos habremos salvado y la Patria entra-

rá de lleno en una era de prosperidad. Entonces las fuerzas vivas sin ser agitadas por encontrados vendavales no se desviarán de su cauce y laborarán unidas por la integridad, reconstrucción y ventura de la República.

* * *

Examinando las desgracias sin cuenta que ocasionan a la República las revoluciones sería un medio de profilaxis moral, social y política humillarlos, abatiirlos y anatimatizarlos para siempre a los instigadores o promotores de ellas, como lo hizo Cicerón con el conspirador Catilina. En otros tiempos en que el concepto de moral era muy diverso del nuestro y el medio soportaba sosegado e impasible las medidas crueles y temerarias a que acudían los gobernantes o mandatarios para apagar las sediciones; muy razonable la pena capital impuesta por las leyes del Estado. Pero hoy que se tiene un concepto ético-jurídico muy diferente en razón del ambiente, de la dignificación del hombre y de la inviolabilidad de la vida; los pueblos ya no toleran penas bárbaras que rompen violentamente el ritmo del convivir o del concierto social. Los castigos más acordes con la amplitud de miras e ideales liberales y democráticos que sustentan las sociedades de hoy, son aquellas que tienden a la regeneración del espíritu o degradación y denuncia del proceder de aquellos individuos que quebrantan los preceptos de orden social. ¡Qué castigo más severo que excluirlos socialmente con los anatemas de todo un pueblo!

Igual reprobación merecen aquellos mandatarios déspotas y arbitrarios que violan las instituciones procurando manenerse en el poder por medio del terror y de la tiranía y desterrando a periodistas e intelectuales que censuran valientemente sus arbitrariedades y dilapidaciones. Dictadores y tiranuelos hubo en varias de las Nacionalidades Latinoamericanas que pretendieron perpetuarse en el poder acallando la Prensa de oposición y acudiendo a medios violentos y reprobables. Por mucho que estos mandatarios autoritarios estuvieren afianzados por las bayonetas llega un momento en que socavados sus cimientos por la opinión pública y las briosas censuras de la intelectualidad descendien del solio cubiertos de oprobio y anatematizados de la muchedumbre.

Sin recurrir a ejemplos de lo acontecido en otras Naciones Latinoamericanas narrados por la historia; entre nosotros hubo Dictadores a los cuales las diversas parcialidades políticas más disidentes se unificaron con noble civismo para derrocarlos. Conseguido el objetivo a costa de un muy grande derramamiento de sangre fraterna, los primeros tiempos ofrecían fundadas esperanzas de laborar conjuntamente por la reconstrucción de la República y por su progreso y prosperidad. Enfriados a poco aquellos febriles entusiasmos, sus buenos propósitos se desvanecieron y continuaron cada cual en sus respectivos campamentos odiándose unos a otros con enojo ciego. La animosidad que sustentan es terrible y acuden a toda clase de acusaciones,

engaños y ficciones para desprestigiarse y procurar su ruina. Esta ha sido y continua siendo desgraciadamente aún en los tiempos actuales la eterna historia del actuar político de nuestras agrupaciones banderizas. Característicos del temperamento de los pueblos latinoamericanos son el rencor y los odios implacables. Basta fijarse en los periódicos que vienen de cada una de estas Repúblicas para fortificar nuestra afirmación. Pero en aquellas Nacionalidades el Gobierno imperante está sostenido por la parcialidad política de su filiación. En tanto que entre nosotros surgen el descrédito, la calumnia y la animosidad contra el Gobierno de sus mismos afiliados, de sus mismos ciegos partidarios. Y esta volubilidad ha influido siniestramente en la suerte y destinos de la República. Bien se quisiera modificar la índole revolucionaria y voluble del alma ecuatorial. Mas las esperanzas e ilusiones que alimentamos ardentemente a raíz de cada transformación y que se inmergen en breve en un océano de tétricos desengaños nos mueven a ver el país bajo el aspecto más siniestro y tenemos que recurrir a la conspiración. Y doloroso es para almas disciplinadas y que se han impuesto la noble misión de bregar por el mejoramiento social y político, que es la expresión real de la cultura de un pueblo, ver que el elemento de valor intelectual y llamados por sus singulares prendas espirituales a contribuir para robustecer y cimentar una administración honrada sean los primeros en producir el vacío y colocar nuevamente a la República en un despenadero.

Necesariamente tenemos que reformarnos política y socialmente si no queremos volver a pasar por nuevas humillaciones y recibir de cuerpo presente advertencias que enrojecen y abaten el espíritu. Nos cumple por civismo, honor y dignidad mantener la resolución firme de disciplinarnos y de laborar con fervor por la paz, el bienestar de la Patria y por la efectiva suerte de Ella. Sólo por estos procedimientos de cordura y paciente trabajo conseguiremos convalecer de nuestras endémicas dolencias morales, políticas y sociales y hacernos fuertes mediante la unión y solidaridad, medio único de inspirar respeto y no ser burla de bastardas maquinaciones.

Conviene fortalecer nuestra voluntad y emprender en una verdadera cruzada de acción ética y cívica, ya que, aún elementos cultos dan señales manifiestas de escasa cimentación moral. Tenemos que bregar en el hogar y en la escuela, a fin de infiltrar en los vástagos, desde sus primeros pasos, enjundiosos y sanos principios de moral y civismo. De esta manera obtendremos conductores o dirigentes íntegros e idóneos y ciudadanos patriotas que defiendan ardentemente la integridad del suelo patrio y dediquen sus esfuerzos a imprimir nuevos rumbos a las artes, la agricultura, el comercio y las industrias. Sólo bajo la acción conjunta de la ciudadanía bien encauzada y hábilmente orientada la Patria se presentará ante el Continente próspera y fuerte. Para esta labor ardua y de efectivo apostolado es de imperiosa necesidad contar con verdaderos educadores. Tenemos magníficos Profesores, normalistas y pedagogos competentísimos que han comunicado vigoroso impulso a la docencia del

país o al Ramo Educacional; pero carecemos de Educadores. Educar es muy diferentes de enseñar e ilustrar. La labor de la educación se dirige a la voluntad; a los hábitos; a las buenas acciones; a la formación del carácter y del hombre íntegro y de bien. La labor del Maestro se dirige a la mente, a la abrillantación de la inteligencia, de suerte de dotar al Estado de elementos que propendan a la difusión de la cultura y sean en las diferentes actividades agentes capacitados y de iniciativas.

* * *

No por que censuremos la política con crudeza nos guste prescindir de ella. Odiamos esa malhadada política que engendra esclavos y palaciegos y gobiernos de conveniencias que están muy lejos de penetrarse de las necesidades del pueblo y estudiar debidamente los medios de hacer la felicidad de la Patria. Y amamos con fervor místico esa alta política que ennoblece y dignifica a Gobernantes y gobernados, imprime normas de buen gobierno y sustenta ideales que propenden al remozamiento de la inteligencia y el espíritu y levantar el nivel moral de las masas populares y abatidas. Esta política que comunica vigoroso impulso a la educación, que es una de las bases fundamentales del florecimiento de la República, a las fuentes de riqueza, y da sabia dirección a los diferentes ramos administrativos; es la política que todo ciudadano honrado y de veras patriota la venera y ansía para su Patria.

El pueblo con su excelente instinto de observación conoce a los dirigentes que se alejan de los cauces que conducen al desarrollo y adelantamiento de la República. Por eso los mandatarios que sincera y honradamente anhelan mirar por la situación del pueblo y la prosperidad nacional no desoyen las observaciones de la Prensa y las indicaciones de la opinión pública. Los mandatarios que proceden porfiadamente en sentido contrario pierden el prestigio y la popularidad de que gozaban y dan pretexto, producido el descontento, para que los eternos conspiradores se aprovechen de aquella situación. El gran Emperador Justiniano, el célebre reformador de las instituciones judiciales, no obstante su glorificación, accedió en llevar a la práctica las indicaciones o reformas políticas que le hiciera el magnífico General Belisario, a quien por intrigas palaciegas le arrojara de palacio privándole de la vista. Este sabio veterano, a la manera del divino ciego de la antigua Grecia, andaba por las calles de Oriente apoyado en el brazo de su hija que le servía de lazarillo pronunciando elocuentes discursos políticos referentes a los derechos, deberes y obligaciones de gobernantes y gobernados de cuya religiosa observancia depende el bienestar y prosperidad de los pueblos. Justiniano reconoció muy tarde el monstruoso daño que le ocasionara al más íntegro y leal de sus Generales.

Si genios como el de Justiniano se dejan seducir por las inventivas o urdimbre astuta y engañosa a las que suele apelar de ordinario la política palaciega para alejar del Gobierno a efectivos valores de idoneidad y entereza ¿con qué facilidad no cae-

rán nuestros mandatarios en las maquinaciones cautelosas de tantos que aspiran a obtener los cargos públicos? Entre nosotros esta reprobable política será la imperante en tanto los Poderes Públicos no se esfuercen en abrir nuevos derroteros a las actividades ciudadanas. Entonces no serán apetecidos por muchas razones los cargos de gobierno y la paz de la República no sufrirá frecuentes perturbaciones.

* * *

Increíble parece el enorme acervo de las publicaciones políticas agresivas y de combate. La ironía ha constituido y constituye aún la nota más saliente de escritores que se han dedicado de manera preferente a este ingrato género literario, que si ha dado origen a benéficas transformaciones de carácter social y político; también han causado daños incalculables que han detenido el progreso de la República y comprometido su honor e integridad. Mentalidades muy altas e invalorable hanse solazado en herir de muerte a sus adversarios políticos con candente pluma. Espejo el primer periodista; el insigne luchador literario y político se esmeró con su crítica cáustica acabar con oradores, poetas y literatos gerundianos y obtener la real dignificación de las colectividades coloniales apartándose del tutelaje español y que se gobernaran a sí mismas como dueñas de sus propios destinos y al amparo de las normas republicanas.

Espejo como gran patriota y empapado en aquellas doctrinas filosóficas y políticas que magnifican a individuos y pueblos despertándoles de su somnolencia y guiándoles por derroteros de luz, deseaba con vehemencia para su patria tanto en el campo literario como en el político que se manifestara, en la nueva fase en la que debía entrar, conquistada su autonomía, con los aderezos de una Nacionalidad de elevada cultura intelectual y artística.

No transigía con aquellos intelectuales que se afanaban por abanderizarse a la escuela de Góngora, careciendo de los prodigiosos bríos poéticos del gran Vate precursor de la poesía moderna. Por eso se propuso aniquilarlos, destruirlos, a fin de que saneado el ambiente literario reaparecieran los nuevos brotes de la intelectualidad con los bellos atractivos artísticos de los célebres escritores del Siglo de Oro de la Literatura Española. Espejo luchó temerariamente hasta el extremo de conquistarse las odiosidades de cuantos en poesía y prosa y en la oratoria sagrada dieron señales manifiestas de estar pervertidos con el mal gusto de la época. Quería Espejo que los exponentes de la cultura intelectual de su Patria fuesen dignos herederos del admirable hablar de la Doctora de Avila y del famoso Manco de Lepanto. Sorprende la pasmosa erudición de este ilustre crítico quiteño. Poseía el latín como un profundo latinista y un alto Dignatario de la Iglesia y versado en aquella lengua. Lo comprueban las frecuentes citas de autores latinos de que hace uso en sus refutaciones literarias.

Espejo fué un sabio y tuvo esa prodigiosa facultad intuitiva de conocer claramente los medios terapéuticos a los que se

debía acudir para evitar la propagación de enfermedades de terribles consecuencias mortíferas. En otro medio habría sido un gran bacteriólogo y prestando enormes servicios a la ciencia. Todavía en esa época nefasta de la colonia se lo vé al célebre médico quiteño con las señales del presidiario moverse apresuradamente de barrio en barrio curando a los que estaban acometidos de la terrible epidemia que hacía estragos en la ciudad. Hasta por este aspecto es digno de la gratitud colectiva.

Entre los múltiples e interesantes aspectos de su fisonomía el más admirable y el que le hace resaltar entre las figuras continentales es el político. Asombra su actividad cívica y los medios cautelosos que empleaba en sus trabajos revolucionarios para burlar la vigilancia de las autoridades coloniales. Su intercambio de propósitos con Nariño en la Capital neogranadina para plasmar sus ideales revolucionarios y que prosperaran en el Continente le movieron afanosamente al esclarecido Precursor Quiteño a crear la Sociedad patriótica "Escuela de la Concordia" compuesta de los más valiosos elementos intelectuales y patriotas. De este seno hirviente de fervores cívicos salían aquellas páginas de Espejo fogosas y nutridas de elocuencia política revolucionaria que esparcían claridades prometedoras de días gloriosos para el Continente conquistada su independencia y bajo el Régimen republicano.

Esos aspectos de la fisonomía del famoso precursor quiteño de la liberación continental han sido tratados concienzudamente por notables escritores nacionales y extranjeros. En el Boletín de la Academia Nacional de Historia, vol. XXV, correspondiente a enero-junio de 1945, publica el Señor Guillermo Hernández de Alba un trabajo intitulado "Viaje de Espejo, el Precursor Ecuatoriano a Santa Fé", cuyo propósito es el de dar a conocer un documento de trascendental importancia relacionado con la presencia de Espejo en Santa Fé. El Señor Hernández de Alba al referirse al ilustre historiador colombiano Doctor Raimundo Rivas con motivo de su último libro "El andante caballero don Antonio Nariño" tiene por objeto divulgar la actuación excesivamente grande de Espejo en favor de la autonomía continental, viniendo por ello a ser una de las figuras preclaras de América.

Su concepción revolucionaria por lo gigantesca se atrae hasta hoy la admiración de cuantos han estudiado a fondo como González Suárez los sucesos relacionados con la Revolución de las Colonias. La indiscreción del hermano de Espejo dejó sin efecto su atrevido plan de pronunciamiento a determinada hora y en el mismo día en todas las Capitales de la Colonias españolas. De acontecer aquel movimiento el Gobierno de la Metrópoli cesaba de hecho de imperar en América evitando tantos sacrificios y un batallar sin tregua de tantos años.

* * *

Digno hermano político de Espejo fué José Mejía y Lequerica cuya fama de orador parlamentario traspasó los dominios continentales. Sus sentimientos patrióticos enardecían su es-

píritu. No podía convenir que se mantuvieran soportando un vivir de mudez y tutelaje pueblos que reunían condiciones físicas, éticas y espirituales para deliberar y regir sus propios destinos. Estos ideales que alimentaba para las colectividades latinoamericanas inflamaban en tal grado su alma que su elocuencia, al hablar de las reformas que requerían necesaria y urgentemente las Colonias para su mayor desarrollo y perfectibilidad, se desbordaba en las Cortes de Cádiz con ritmo sublime y majestuoso. En aquellas célebres Cortes fué el caudillo de la diputación americana y el único que, por sus extraordinarias dotes oratorias, rivalizaba con el divino Argüelles, a juzgar por las aseveraciones de Don Marcelino Menéndez y Pelayo. Su pasmosa erudición y sus altas capacidades puestas al servicio de aquellas libertades y prerrogativas que dignifican a individuos y pueblos la captaron la estimación de las mismas colectividades españolas. Y por eso su memoria se mantiene en la conciencia de ellas.

El famoso parlamentario quiteño murió muy joven lejos de su Patria. Fué como Espejo figura continental. Lástima muy grande que hombres como Mejía, Espejo, el Marqués de Selva Alegre, Villavicencio, Montúfar y toda esa nobleza quiteña que murió vilmente asesinada en el cuartel Real de Lima el 2 de Agosto de 1810, dando ejemplo al Continente de su desprendimiento y fervoroso patriotismo; lástima que esos bellos ejemplares de cultura y de civismo, llamados por sus invalorable virtualidades éticas y espirituales, a dirigir con acierto los destinos de esta Nacionalidad hubiesen muerto antes de llevar a la práctica los ideales políticos que alimentaban. Privada la Patria de la inteligente, honrada y entusiasta actuación administrativa de los mejores de sus hijos tenía que padecer las funestas consecuencias que viene soportando en su vivir republicano. Con el Héroe de Pichincha, Sucre el mejor de los Tenientes de Bolívar a quien Quito le ama apasionadamente como el héroe más ínclito de sus hijos y la Autoridad que se distinguió en su administración tanto en esta ciudad como en Bolivia por su integridad, benevolencia y fervoroso civismo, volvió a resurgir para el antiguo Reino de Quito la estrella que en otro tiempo le augurara venturoso porvenir.

Pero con el asalto alevoso en los bosques de Berruecos la Nación Ecuatoriana quedó sumida en una profunda noche contemplando que las ambiciones políticas concluyeron con una de las más puras glorias de la independencia, como le llaman los historiadores, y con el hombre que habría hecho su felicidad. De creer en la predestinación o en la estrella siniestra que dirige las acciones de determinados seres afirmaríamos que la República, desde que surgió a la vida independiente, ha sido retrasada constantemente en su camino por los malos gobiernos. Pocos los que se han interesado de manera positiva por su progreso. Los gobernantes que dieron manifiestas pruebas de impulsar su adelanto o fueron muy combatidos o cobardemente asesinados. Los malos políticos y las revoluciones han contribuido a la desgracia del país.

Volviendo a Mejía conviene recordar que, según el criterio

de hombres de ciencia y la muy significativa inscripción que hizo el gran Olmedo grabar en su tumba, fué uno de los exponentes más excelesos de la cultura intelectual de la Patria. El haber obtenido varios títulos académicos y cátedras importantes por oposición y contra la resistencia de las autoridades y de los mismos dignatarios universitarios está comprobando sus magníficas capacidades y sus sólidos y vastísimos conocimientos. Y el descollar en ese medio cercado con murallas de prejuicios y ridículos egoísmos evidencia la magnitud de su figura. Todavía se desconocen ciertas características de su psicología para tener cabal concepto de su persona. Muchos escritores nacionales y extranjeros han emitido hermosos conceptos que enaltecen su fisonomía. Por ahí existe un detenido estudio que obtuvo premio y fué muy celebrado pero que todavía se mantiene inédito. Quizá la Casa de la Cultura tome interés en su publicación y aparezca Mejía más descollante. Por lo que conocemos de este maestro y divino tribuno se puede afirmar con certeza que es una de las figuras que enaltecen la cultura intelectual de América. El Señor Isaac J. Barrera en su primoroso opúsculo "Lecturas Biográficas" nos da a conocer muchos rasgos geniales de su temperamento y de su afán innovador docente. Pues el preclaro maestro en manera alguna podía transigir que sus discípulos se mantuvieran retrasados en el conocimiento científico de materias que habían alcanzado gran desarrollo. Por eso sus sabias enseñanzas en las cátedras que dirigía señalaban nuevos derroteros a la intelectualidad de su Patria. Hasta por este aspecto fué tenazmente combatido por esas mediocridades que en toda época procuran al hombre de ciencia y de valor efectivo mantenerlo aislado y en la penumbra acudiendo a maquinaciones y ridículos subterfugios. Ventajosamente esas imposiciones temerarias e injustas por más que acudan a toda clase de armas al fin sucumben y triunfa el genio. Así aconteció con Mejía. Conviene recordar que si la oratoria, como afirma el inteligente crítico Isaac J. Barrera, ha sido un género literario poco cultivado todavía en el Ecuador, hace pensar en la portentosa fecundidad de este suelo para producir frutos que rivalizan por sus excelentes virtualidades con los que produce el clima de muy antigua procedencia cultural.

* * *

Celebradas aún por viajeros extranjeros han sido las disposiciones de este pueblo para los cultivos de la inteligencia y de la sensibilidad que se relaciona con las Bellas Artes. En los diversos géneros literarios contamos con exponentes que dan lustre a nuestra cultura no obstante los medios poco favorables para su desarrollo. En cuanto al género oratorio del cual volvemos a tratar, no participamos del concepto del distinguido crítico Señor Barrera. Siendo este ambiente caldeado por las pasiones políticas y el suelo de esta Nacionalidad removido muy a menudo por las convulsiones revolucionarias, creemos fundadamente que es muy propicio este seno ecuatorial para que aparezcan los apasionados oradores populares que gustan de arengar a las multitudes.

La historia refiere la destacada actuación que han tenido en toda época los arengadores en los levantamientos populares. Con sus discursos afectados consiguieron enardecer a las masas y que éstas los reconocieran por caudillos. En las secretas reuniones de los patriotas para derrocar el Régimen Colonial el verbo que empleaban en aquellos momentos tenía que ser impetuoso, ardiente y arrebatador. Y así tenía que ser para que saliendo a la madrugada de casa de la Señora Cañizares dieran el 10 de Agosto de 1809 el Primer Grito de Independencia que repercutió en el Continente.

Después del gran Mejía ocupa distinguido lugar en la oratoria política Don. Vicente Rocafuerte. Hombre de grandes energías y de voluntad inquebrantable. Las súplicas y valimientos no causaban el menor efecto en sus decisiones sobre todo tratándose de acabar con aquellos malos políticos que gustan de formentar las revoluciones sin otra mira que la de saciar sus ambiciones. Rocafuerte le sucedió al Gral. Flores en la Presidencia de la República. Fué un efectivo hombre de Estado que procuró arreglar la Hacienda pública y proteger decididamente la educación intelectual y artística convencidos como estaba que sólo la educación constituye la base de la prosperidad de los pueblos. Afirman, no sin razón, que García Moreno, ese estadístita extraordinario que hasta hoy es incomprendido y que no le hacen justicia, la admiró a Rocafuerte y procuró imitar en sus actos la entereza de su espíritu. Lo cierto es que si Rocafuerte fué combatido hasta por sus mismos amigos y partidarios, García Moreno lo fué por todos. El mismo Montalvo se preciaba de decir que su pluma había dado muerte al Tirano. Cierto que fué cruel, porque quizá los tiempos reclamaban tal conducta para extirpar malezas que entorpecían la prosperidad del país. Pero el asesinato a este grande hombre fué el hachazo a la República.

A Rocafuerte y a García Moreno se les puede conceptuar como fervientes impulsores de la cultura intelectual y artística del país a juzgar por las obras efectivas que realizaron en los diferentes ramos que se relacionan con el desbrozamiento de la inteligencia y la abrillantación del espíritu. Tratándose de la cultura nacional tenemos que expresar verídica y justicieramente, sin ser eco de las opiniones apasionadas de los bandos políticos, los Gobiernos que se han esforzado por impulsarla, ya sean calificados de terroristas o herejes.

Rocafuerte en sus viajes por varias Naciones europeas estudió detenidamente su constitución política, su nivel de cultura y estado de progreso moral y material. Y la circunstancia de haber sido Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Méjico ante el Gobierno de Inglaterra fué muy oportuna para que se diera perfecta cuenta de sus hombres, de la sociedad y de la incrementación de sus industrias y comercio. Un talento como el de Rocafuerte en un medio de refinamiento moral y espiritual y fortalecido con substanciosas doctrinas científicas y filosóficas tenía que experimentar serias transformaciones y dirigirse por otros rumbos más en concordancia con los

ideales políticos y filosóficos que alimentara y que los consignó en sus publicaciones para que llegasen a la conciencia del pueblo. Por estos antecedentes vemos que las magníficas facultades oratorias de Rocafuerte tenían que cobrar mayor abriallanación y colocarlo en sitio de elevada distinción respecto de los escritores y de sus correligionarios políticos. Hemos leído por ahí que el poder de su elocuencia ejercía tal dominio en el espíritu de las masas populares que fué libertado de la prisión por la muchedumbre que le llevó en sus hombros

El General Juan José Flores tuvo el gran acierto de conocer a fondo el espíritu de este singular hombre de estado que acaudillaba a la distinguida pléyade opositora a su gobierno. Le entregó la Presidencia de la República y Rocafuerte tuvo tal fuerza volitiva que no se dejó abatir por los terribles desengaños que tuvo, palpando que muchos de sus amigos y correligionarios le hicieron cruda guerra. Con su firmeza de carácter y serenidad de ánimo fué luchando contra los desencadenados elementos que enturbiaran la concordia nacional y concluir sereno su período administrativo.

CAPITULO XXIV

Oradores parlamentarios.— La Asamblea del 83.— Religiosos que se han distinguido en la cátedra Sagrada, en la docencia y en otros ramos literarios y contribuido al desarrollo de la cultura nacional.— El Padre Solano.— El Hermano Miguel.— Monseñor Pedro Pablo Borja Yerovi y su Pensionado Elemental.— Las Misiones de los antiguos Jesuitas y su labor intelectual y su poesía.— Nuestros poetas modernos. Hombres ilustres y el pueblo.— La Academia de la Lengua. El modernismo en literatura y en arte.— Nuestros escritores e imagineros.— La Sociedad Jurídico Literaria.— La Academia de Abogados.— La Academia Nacional de Historia.— El Grupo América.— Otras Entidades y Asociaciones que han cooperado a la docencia y la cultura nacionales.— Actuación del doctor Arroyo en favor de la cultura del país.— El doctor Velasco Ibarra y su labor cultural y administrativa.— El factor económico y sus efectos en lo intelectual, moral y social.

El temperamento fogoso y versátil del espíritu ecuatoriano enfervorizado por el sol de los trópicos es un factor que ha influido en la espontaneidad de su razonar vivaz y apasionado. En los Congresos y Asambleas, a juzgar por las actas existentes en el Archivo del Poder Legislativo, copioso es el número de oradores que se distinguió por sus luces y su verbo fluído y elegante.

En esos grupos de oposición a los Gobiernos aparecen con frecuencia representantes que sobresalen por sus exquisitas dotes oratorias y su hábil estrategia parlamentaria. En las célebres Asambleas, desde la época de Rocafuerte hasta nuestros días, se mantiene fresca la memoria de aquellos representantes que actuaron, especialmente en la Asamblea del 83, con lucidez y vigoroso civismo. La Patria por eso para perpetuar en la me-

moria de las generaciones la actuación ardiente y de elevado civismo de aquellos ciudadanos que se interesaron vivamente por su suerte y la prosperidad de los asociados los tiene esculpidos en sus Anales. Superviven allí glorificados los Solano, Vásquez, Malo, Arízaga, Matovelle, Cordero, Crespo Torales, Leones, Borreros y Palacios de Cuenca; los García, Rocas, Robles, Piedrahitas, Peñas, Baquerizos, Coroneles, Carbos, Barahonas de Guayaquil; los Valdivieso, Cuevas, Carriones, Eguiguren de Loja; los Velasco, Lizarzaburos, Dávalos de Riobamba; los Montalvo, Meras, Velas, Teranes, Martínez y Fernández de Ambato; los Quevedos, Leones y Pinos de Latacunga; los Montcayo, Peñaherreras, Espineles, Pozos de Ibarra; los Andrades y Arellanos del Carchi; los Salazar y Lozano, Fernández Salvador, Flores, Borjas, González Suárez, Mestanzas, Zaldumbides, Gómez de la Torre, Cárdenas, Espinosas, Bustamantes, Vaqueros Dávilas, Castros, Nietos, Páez, Casares, Tobares, Parreños, Pérez, Yerovi, Aguirres y Checas de Quito;

Todos estos distinguidos hombres de Letras se destacaron en el Foro, la política, en los Tribunales, en las Asambleas y Congresos y varios en representaciones diplomáticas. A todos estos esclarecidos ciudadanos que supieron dejar honda huella de su paso en el desarrollo de la cultura y el afianzamiento del concierto y convivir sociales, la República les da culto porque cumplieron con su deber. Y por eso viven en la conciencia ciudadana.

Tatándose de la cultura es muy razonable hablar aunque sea de paso de aquellos religiosos que se conquistaron celebridad por su elocuencia. En la oratoria sagrada como en la poesía si hubo en los siglos XVIII y XIX exponentes que sobresalieron por su inspiración y elocuencia; pero generalmente los más, aún aquellos que demostraron virtualidades nada comunes en estos géneros, gustaban de manifestarse hiperbólicos y gerundianos. Religiosos tuvimos como los Obispos quiteños Días Fernández de la Madrid, Yerobi y González Suárez que enaltecieron con sus virtudes, talento, erudición y patriotismo el Principado de la Iglesia ecuatoriana.

El Obispo de la Madrid fué elevado en España a aquella dignidad por su cultura y elocuencia. La Historia lo recuerda poque embelleció con su dinero el altar mayor del templo de San Francisco y dotó joyas de mucho mérito artístico que los conservan dichos Religiosos con sumo aprecio.

El Obispo Yerovi se hizo generalmente estimar por sus excepcionales virtudes. El mejor elogio que se puede hacer de él, es expresar que Montalvo habla en términos enaltecedores de las virtualidades de este esclarecido Prelado.

Monseñor González Suárez pertenece a aquella pléyade de figuras eminentes que, por sus luces y excepcionales dotes morales, espirituales y cívicas, enaltece no sólo al suelo que tuvo la suerte de procrear figura tan bella sino al Continente. Ejercitose con suprema gallardía en diversos géneros literarios y aún científicos, siendo el histórico el que pregonó su fama más allá de los confines americanos. Su misma severidad en sus narraciones históricas le ocasionó contrariedades sin cuento y pro-

testas de Religiosos, quienes sin penetrarse de su superioridad moral y de su fortaleza de ánimo, se rebelaron contra sus aseveraciones históricas colmándole de impropiedades. El mayor triunfo del historiador consistió en la tremenda humillación que sufrieron de parte del Tribunal Pontificio sus mismos detractores. Su amor a la Patria le llevó a anatematizar las revoluciones y prohibir que el Clero de su Diócesis tomara parte en política. Dignas de un Prelado que se penetra de su elevadísima misión sacerdotal son aquellas hermosas advertencias plenas de civismo que le dirigiera a su Vicario de Ibarra cuando la invasión conservadora pretendió derrocar con fuerzas extrañas el partido liberal. Tal actitud demasiado honrosa para un Pastor de las eminentes virtualidades de González Suárez le conquistó crueles odios y no pocos religiosos le calificaron de liberal. Hasta hoy hay unos cuantos intransigentes que alimentan cruda aversión contra él.

Tratándose de la Patria en los momentos de mayor peligro para su integridad estuvo como un esforzado adalid a la cabeza de sus conciudadanos. Con alocuciones convincentes y conmovedoras brotadas de su pecho inflamado de patriotismo les exhortaba a que fueran a los campos de batalla a luchar con bravura en defensa del sacro suelo de sus mayores y de su propio decoro y dignidad. Efectivamente su verbo ejercía tal poder en la conciencia ciudadana que, sin distinción de clases ni de partidos, acudían todos animados de idénticos ideales a ocupar los sitios de avanzada. Desde que se apagó su vida la Patria se lamenta de no encontrar entre sus hijos conductores que limpien sus afrentas y reconquisten sus derechos vilmente ultrajados por la planta extranjera.

Por estos ligeros rasgos de su fisonomía se puede justipreciar la calidad de su elocuencia. Sus discursos u oraciones fúnebres que pronunció en la Catedral de Cuenca y la que dirigió aquí en memoria de los restos del Mariscal de Ayacucho son piezas inmortales que acreditan su fama de orador. Por cualquier lado que se mire su actuación ha sido de trascendental importancia en el desarrollo de la cultura intelectual de la República.

* * *

El agustino Padre Salcedo, natural de Latacunga, fué un orador sagrado que se conquistó singular fama por sus brillantes cualidades oratorias. Muy mercedamente se lo conceptuó como uno de los mejores oradores de América. Y a juzgar por opiniones de literatos de crédito y de extranjeros competentes su figura se transfiguraba en tal forma que el inmenso auditorio quedaba como electrizado con su sublime elocuencia y el majestuoso accionar de sus manos. En determinados momentos su espesa y ondulante cabellera movida por los arrebatos de su espíritu se deslizaba formando ondas sobre sus hombros. Todo concurría en él, nos refería entusiasmado don Abelardo Moncayo, para que fuese el tipo del gran orador. Desde que aparecía en la tribuna se imaginaba uno ver en su continente grave y expresivo y su verbo fluído, sonoro y elegante a aquellos tribunos u oradores de la

época clásica de la Grecia o de la antigua Roma. Y aquellos jesuitas que concurrieron con don Abelardo Moncayo a San Agustín a oír el sermón de la fiesta de La Cruz del Padre Salcedo concluyeron por exclamar: "Lástima que este Religioso sea de aquí. En otro medio habría sido un Lacordaire"!

Después del mencionado orador ocupa sitio destacado el Franciscano Padre Aguirre de Cuenca. La iglesia resultaba corta para contener a la inmensa muchedumbre que concurría a oír su palabra. Tenía la propiedad inimitable de hacerse comprender aún de las gentes de escasa mentalidad. Las clases ilustradas que concurrían al templo de San Francisco se deleitaban oyendo sus sermones esmaltados de erudición y de poética filosofía. Sin pretenderlo se elevaba con suma naturalidad a las cimas de la sublime elocuencia y la poesía y volvía a descender sin perder la cadencia como esas gradaciones de color y armonía de las sinfonías beethoveanas. Estaba poseído de verdadera unción religiosa y con el dominio de su palabra se apoderaba del alma de aquella inmensa muchedumbre que concurría a solazarse con las musicalidades de su elocuencia. Fué un digno discípulo de Asís y como tal laboró por la difusión de nuestra cultura.

Con la muerte del Padre Aguirre perdió la Comunidad franciscana uno de sus esclarecidos oradores sagrados que se elevó por sus capacidades y virtudes a los más altos cargos conventuales. Sucesores de él no encontramos entre los nacionales quienes pudieran dignamente ocupar la tribuna que clama por la eterna ausencia del citado Religioso. El Padre Samuel López que goza muy merecidamente de tanto prestigio por su palabra elocuente y admirable es natural de España como lo es el Padre Benjamín Gento Sanz que reúne excelentes dotes oratorias y que se ha ganado el común aprecio por su afán, como si fuese nacido en esta ciudad, a la que tanto ama, en estudiar en los Archivos franciscanos los orígenes de nuestra cultura artística. Obras de mucho mérito ha publicado al respecto.

De otros sacerdotes de quienes el público pregona sus apreciables cualidades oratorias son: el Canónigo Luis R. Escalante nativo de esta ciudad y que se educó en Alemania con notable aprovechamiento; el Padre mercedario Ramón Gavilanes, nativo de la ciudad de Ambato, que ha sido reelegido varias veces de Provincial. En las festividades eclesiásticas muy solemnes que suelen celebrarse en la Catedral Metropolitana en conmemoración del día de la Patria o de algún suceso cívico de gran trascendencia acuden a este Religioso para que comunique mayor suntuosidad con su verbo elegante, fluído y elocuente. Asimismo hemos oído ponderar las magníficas disposiciones oratorias del Padre dominicano Riofrío nativo de la ciudad de Loja como las de los Padres cuencanos Moreno, ambos hermanos de la misma orden de Santo Domingo y la del talentoso Jesuita Padre Chacón.

Constituyen una porción copiosa los Sacerdotes que sin haber sobresalido en la oratoria sagrada han contribuído con sus luces en varios ramos a poner los cimientos de nuestra cultura y cincelarla para que, con el correr de los años y auxiliados por otros medios, se levante a nivel de otras nacionalidades que bri-

llan por la fuerza de su pensamiento y la exquisitez de su cultura. Ocupan lugar preferente en tan plausible labor:

El Padre franciscano Fray Vicente Solano, nativo de Cuenca, a quien en su Historia de la República del Ecuador, página 251, el Padre Le Gouhir le llama "El Patriarca del Periodismo". En los rasgos que consigna respecto de este Religioso da a conocer perfectamente su fisonomía y temperamento y el grado y matices de su mentalidad. En la riquísima Biblioteca de San Francisco de esta ciudad se nutrió su inteligencia con obras de suma importancia científica y literaria. Fortalecido con lecturas tan substanciosas natural era que sus inquietudes le llevaran a descubrir nuevos horizontes y profundizarse en ramos en los cuales demostró vigor y capacidad en las controversias que sostuvo con varios escritores especialmente con el peruano Francisco de Paula González Gil; celeberrimo escritor y muy erudito que desempeñó largos años la Biblioteca de Lima y escribió varias obras en favor de la libertad de conciencia y en contra de la corte de Roma, por lo que fué excomulgado. Con un pensador de esta índole nuestro compatriota esgrimió valientemente su pluma como también lo hizo con el americanista guatemalteco Antonio José de Irisarri. En la polémica fué mordaz y apasionado. No parecía que llevara el tosco sayal de Francisco de Asís.

Otro esclarecido hijo de Cuenca que ha contribuído con tanta eficiencia a la propagación de nuestra cultura es el Hermano Miguel Febres Cordero. Pocos son los maestros que se han consagrado como él a la educación e instrucción de la niñez y de la juventud. En los muchos años que ha llevado de modelar el alma de los educandos conocía muy a fondo sus tendencias e interioridades y el grado de su mentalidad. Por eso esa preciosa colección de textos de enseñanza conocida generalmente por Bruñón constituye el mejor monumento que este insigne educador podía ofrecer en beneficio de la docencia y por consiguiente de la cultura del país. Con la mayor sencillez y modestia; con un lenguaje sobrio y correcto y sin ridículas presunciones y deficiencias que se advierten en algunos textos de ciertos pedagogos que han tenido la suerte de ser favorecidos oficialmente; va consignando este humilde hijo de La Salle en las diferentes materias que complementan la educación de los diversos grados los principios elementales que conducen gradualmente al alumno al conocimiento de los más complicados problemas relacionados con los ramos de su aprendizaje.

El Hermano Miguel se dedicó con sumo fervor desde temprana edad a la ciencia pedagógica para ser útil en aquella forma a las generaciones infantiles que han de intervenir mañana en la dirección de los destinos nacionales y servir así a la República; ya que la suerte de Ella depende única y exclusivamente de la sólida y bien orientada educación que se dé a las juventudes. Por eso, en nuestro concepto, merecen público respeto y son dignos de todo culto aquellos maestros que, como el Hermano Miguel, se penetran de la altísima misión de su apostolado y de su enorme responsabilidad moral. Estos conciudadanos que soportan en silencio tantos y tantos sinsabores que ocasionan el



batallar con tantos caracteres y el modelar espíritus rústicos y pertinaces rinden mayor provecho y son más beneficiosos cívica y moralmente que aquellos políticos sobre quienes deberían recaer las maldiciones de todo un pueblo por haber motivado estériles derramamientos de sangre fraterna y contribuido para que la Patria se viera privada de dominios legados por sus mayores.

Este esclarecido hijo de La Salle es un valor efectivo de nuestra cultura. Su infatigable estudio del idioma le llevó a ser elegido miembro de la Academia de la Lengua en unión de varios compatriotas que se hicieron acreedores por su erudición y substanciosos conocimientos literarios a tal distinción. Así que, en vista de tales antecedentes, muy razonable es que apóstoles que han cumplido en forma ejemplar su misión educadora y cooperado con eficiencia a la incrementación de nuestra cultura intelectual, como lo hizo el Hermano Miguel, se los colocara en testimonio de reconocimiento nacional entre aquellas almas privilegiadas a quienes se les rinde perpetuo culto por sus heroicas virtudes como a Mariana de Jesús.

MONSEÑOR BORJA YEROVI Y SU PENSIONADO ELEMENTAL

Otro Sacerdote que se ha conquistado aprecio de la colectividad es Monseñor Pedro Pablo Borja a quien Quito lo conceptúa como uno de sus hijos predilectos. Conociéndose con inclinables tendencias de educar se trasladó a Europa y recorrió las Naciones más adelantadas en las cuales los sistemas pedagógicos habían cobrado notable crecimiento. Allí en aquellos centros estudió con detenimiento: Plan de Estudios, Estatutos, Reglamentos, Horarios y distribución de las materias correspondientes a los diversos grados. En posesión de materiales docentes de tanta importancia se propuso entresacar los que podían ser más apropiados a nuestro espíritu y ambiente, a fin de no fracasar en llevar a la práctica sus nobilísimos propósitos educadores. Venciendo dificultades de todo orden funda su Pensionado Elemental con sus propios recursos y encargándose él mismo de la dirección en el año de 1900. Hace diligencias por hallar maestros que correspondan por su eficiencia, seriedad, cordura y buenas costumbres a su ferviente anhelo de que la sociedad cuente con un Establecimiento de Educación en el cual los alumnos se encuentren moral y espiritualmente garantizados.

Varios profesores han colaborado con el doctor Borja en esa ímproba labor de modelar el alma infantil, distinguiéndose entre ellos el inteligente, práctico e instruido pedagogo señor Leonardo Moscoso, autor de algunos textos, y que tiene hasta hoy a su cargo los últimos grados. En este centro de enseñanza se procura formar el carácter, solidificar los sentimientos cívicos, inculcar normas de subordinación y de moral y de actos de cumplimiento y urbanidad, tan propios de gente culta y bien nacida, y tan lamentablemente olvidados hoy. Los alumnos del Pensionado educados bajo un régimen de austera disciplina han demostrado y demuestran en las diversas situaciones de la vida social y política circunspección y exactitud. Y estos educandos

se habituaron a gobernarse de acuerdo con las enseñanzas recibidas en su Pensionado. Y es que cualquier falta cometida por un alumno tenía forzosamente que cumplir la pena impuesta por el Director. Caso de resistir no le quedaba otro recurso que despedirse del Establecimiento, por si fuera el estudiante más distinguido.

El Dr. Borja es de un carácter indeclinable. No se dió el caso en los muchos años de su Dirección de haberse rendido a las súplicas de un alumno que le pidiera indulto por su falta. En este simpático Establecimiento no existen distinciones ni preferencias. Para el Director se encuentran en igualdad de circunstancias tanto el rico como el pobre, el noble como el burgués. Y tal proceder de una docencia ética digna de elogio no es muy común en Establecimientos de Educación confesional. El doctor Borja luchó por instituir un Pensionado modelo y lo consiguió. Pero para dar cima a sus bellos ideales pedagógicos sacrificó todos sus bienes. Hasta la casa en la cual vivía tuvo que enajenar para pagar sus créditos contraídos por su Colegio. Como no alcanzara a cubrirlos vióse en el caso de desprenderse de su selecta colección de pinturas que amaba con delirio entre cuyos lienzos hubo varios ejecutados magistramente por don Juan Manosalvas, que podían atribuirse al pincel de Murillo por la exactitud asombrosa con que estaban imitados. En sus visitas a los Museos de Europa el doctor Borja cobró veneración por las pinturas clásicas de los grandes maestros.

Agobiado por los años y desgastadas sus energías en la intensa labor de educar a varias generaciones se vió obligado a entregar la Dirección de su Pensionado a dos sacerdotes que reúnen condiciones éticas y docentes para continuar en la plausible obra de su fundador. Mas no por eso ha dejado de visitar el Dr. Borja diariamente su Pensionado; porque sus visitas constituyen el alimento de su espíritu. Le preocupaba la suerte de su querido Plantel después de sus días. Y para evitar posteriores dificultades y dar cimentación jurídica y vida propia y duradera a su Colegio nombró una Junta compuesta de personas honorables y de comprobada probidad y patriotismo para que lo administra y se responsabilizase de su formal funcionamiento. Ante esta Junta declinó su autoridad y le hizo donación por escritura pública de cuanto poseía en favor de su Pensionado.

Tratándose de la cultura intelectual del país muy razonable y más allá de justo nos parece recomendar a la posteridad la obra educadora de aquellos apóstoles, de aquellos maestros que, como el Monseñor Pedro Pablo Borja Yerovi, han deseado con ansia fortalecer los sentimientos cívicos de sus alumnos y doctrinarlos en los deberes y obligaciones que tienen para con la Patria, la familia y la sociedad. Si las generaciones infantiles fuesen educadas en esta forma, ya tuviésemos fundadas esperanzas de un positivo resurgimiento espiritual, moral, político y social.

LAS MISIONES DE LOS ANTIGUOS JESUITAS.— SU CULTURA INTELECTUAL LEJOS DE LA PATRIA.

A juzgar por las publicaciones realizadas por el extinguido "Instituto Ecuatoriano de Estudios del Amazonas", en las cuales aparecen las antiguas relaciones de los cronistas referentes al descubrimiento del Río Amazonas, venimos en conocimiento de la obra civilizadora efectuada por los Padres Jesuitas y los Padres Franciscanos. Esos evangelizadores no se atemorizaron ante los peligros que les amenazaba a cada paso ni ante las formidables luchas que tenían que sostener con las tribus bravas y los elementos desencadenados de la naturaleza. En la Historia Moderna del Reino de Quito y Crónica de la Provincia de la Compañía de Jesús del mismo Reyno "refiere con detenimiento el historiador Velasco los esfuerzos prodigiosos y el singular acierto que desarrollaron estos Religiosos para ir adentrándose en la entraña de la floresta amazónica y ganarse la voluntad de aquellas tribus feroces e indomables. Estos Religiosos que efectivamente arrojaron con legendaria heroicidad contingencias, embarazos y angustias de todo género en favor de los positivos intereses del Reino de Quito fueron retirados torpemente de los dominios amazónicos ecuatorianos por ese rancio liberalismo que arribó a la República con las arbitrariedades y desmanes de un ejército que se caracterizaba por su absoluta aversión al clero. Si bien es cierto que la intromisión del clero en la política, con honrosas excepciones, fué causa para que sufriera ultrajes del partido vencedor el cual fué asimismo hostilizado por el partido conservador que haba dominado tantos años en la República.

Desde entonces nuestros vecinos, con falta de aquellos centinelas que veleban afanosamente sobre nuestros territorios, se fueron apoderando de casi todo el Oriente Ecuatoriano y concluyeron, aprovechándose de nuestra desorganización e indisciplina y de nuestro aplanamiento moral y cvico, por llevarse lo más valioso y confirmarlo jurídica y oficialmente mediante la aprobación del Tratado de Río de Janeiro impuesto por el vencedor y que dolorosamente tuvo que firmarlo, presionado por las graves circunstancias de aquella hora, el Canciller ecuatoriano. ¿Podrá un día alcanzar justicia y ser consideradas, respetadas, las pequeñas nacionalidades; los pueblos débiles e indefensos que han sido constantemente atropellados por los Estados fuertes? Ojalá se pueda obtener después de este monstruoso exterminio de las actuales generaciones el imperio de la Razon y del Derecho. Todavía el celaje continúa un tanto brumoso. No se manifiesta el cielo con la limpidez prometedora de una bonanza duradera y definitiva. ¿Habrá borrado la Naturaleza la fatalidad que preside casi siempre en los destinos de los hombrs y los pueblos? ¿Habrá modificado sus designios hasta el extremo de impedir que los débiles continuen siendo el sustento de los fuertes? ¿Habrán alcanzado su perfectibilidad psíquica los pueblos hasta amortecer los egoismos, odiosidades y

apasionamientos que vibran con ímpetu ciego en la entraña de los individuos y de los grupos sociales y políticos?

Por los aspectos antes anotados conviene recordar el extraordinario esfuerzo de aquellos Sacerdotes por llevar sus luces a esa vastísima espesura circundada de peligros. Sin otras armas defensivas que su Cruz y su Breviario conquistaron para el Reyno de Quito más allá de los dominios amazónicos defendidos por aquellas mujeres guerreras que se las tenía por fabulosas y que según las Transcripciones de Fernández de Oviedo y Dn. Toribio Medina y la Relación del Río Amazonas enviada por Dn. Martín de Saavedra y Guzmán al Presidente del Real Consejo de Indias existieron realmente y entorpecieron la aventura del Capitán Francisco de Orellana y su descubrimiento del Río Amazonas. Efectivamente esos ilustres Misioneros y los soldados quiteños que fueron con ellos laboraron afanosa y cívicamente por la efectividad de los dominios amazónicos ecuatorianos antes que muchos políticos que dejaron perder con líricas alegaciones jurídicas esos prometedores territorios que confinaban con el Brasil.

Por eso creemos de nuestro deber consignar en este estudio su meritoria labor en beneficio de la prosperidad nacional. Y tratándose de nuestra cultura intelectual los P. P. Jesuítas contribuyeron y contribuyen a su consecución: el P. Juan de Velasco a más de haber escrito la Historia del Reyno de Quito; obra que constituye por mil conceptos un verdadero monumento, a pesar de las críticas acerbas e injustas de algunos compariotas, nos ha dado a conocer en su invalorable y precioso manuscrito Colección de Poesías varias, hecha por un ocioso en la Ciudad de Faenza, existente en la Biblioteca Nacional, esa constelación de poetas, oradores y filósofos que se vió forzada por mandato imperial de Carlos III a salir para siempre de América.

Hondamente entristecidos los Jesuítas ecuatorianos de verse bruscamente arrancados de su suelo para ellos tan amado y aspirando un ambiente un tanto desapacible exteriorizaron su dolor, dieron salida a ese manantial de lágrimas que manaba de su corazón. Hay poesías de una excelsitud lírica admirable que parecen brotadas del estro filosófico de Jorge Manrique que se caracterizó por su incomparable y sublime naturalidad, su acento de dulzura infinita y su rica substancia filosófica. Varios de aquellos Jesuítas son magníficos poetas que colocan la cultura patria de aquella época en visíbe sitio de honor, no obstante de que manifestaron en sus cantos las altisonancias, vaguedades y obscuridades de los versificadores y prosistas que siguieron ciegamente a esos grandes poetas castellanos como Góngora precursores de la poesía moderna.

Los Padres Jesuítas Juan Baustista de Aguirre, Juan de Velasco, José de Orozco, Ambrosio Larrea, Francisco Rebolledo, Nicolás Crespo, Manuel Andrade, el poeta apesadumbrado cuyos versos son el acento tierno y melancólico del alma arrancada de su techumbre sembrada de los embelesos e ilusiones de sus años recorridos, y los demás poetas que figuran en la mencionada obra inédita del Padre Velasco; con todo de que aquellos poetas se manifestaron un tanto inficionados de la perver-

sión hiperbólica de esos tiempos son, en nuestro concepto, de mayor numen poético y más ingenuos que no pocos de los versificadores de hoy, quienes pretenden pasar por genios cuando su misma obscuridad descubre su falta de fluidez y espontaneidad.

Las composiciones poéticas de los aludidos Jesuitas son más puras y expresivas y contienen tonalidades más tiernas y melifluas que conmueven y enternecen. No así las composiciones de algunos vates modernos en las cuales se nota el afán, por aparecer de incomprensidos, de ocultar la idea en un fárrago de imágenes o simbolizaciones difíciles de ser interpretadas. Pues, por mucho que se esfuerce el lector por adivinarlos nota la falta de sinceridad y que no causan la menor impresión. A estos versificadores modernistas puede aplicárseles lo que el humanista Padre Aurelio Espinosa Polit dice con tanto acierto y justicia en "El Problema Poético en el Canto a Bolívar" *tantos cantos a Bolívar han muerto y están sepultados sin epitafio en los rimeros de los archivos*. Y nosotros apropiándonos del valioso concepto del ilustre Religioso podemos afirmar que varios poemas de nuestros cantores modernistas están condenados a la misma pena; pues, brotaron sin vida y no tuvieron la suerte de recibir la gracia bautizmal.

Los verdaderos poetas modernos como Arturo Borja, Medardo Angel Silva, Ernesto Novoa y Caamaño, Humberto Fierro cantan con acentos nuevos y armoniosos; con notas hondas y expresivas que llegan a lo íntimo del alma como aquellas notas del Claro de Luna de Beethoven. Ante esas emociones tan inexplicables que originan, hasta los espíritus fríos e indiferentes quedan absortos y en silenciosa contemplación. A estos nuestros tiernos Cisnes la muerte se ufano en apagar prematuramente su vida para que no continuaran regocijando el Continente Latinoamericano con sus trinos de excelente espiritualidad; con sus trinos de coloraciones maravillosas y evocadoras como esos cielos de admirables musicalidades de los paisajes de Manet.

A este grupo de poetas que la Patria lamenta de haberlos perdido cuando apenas empezaban a dar muestras de su portentosa virilidad poética pueden agregarse por su brillante fantasía y originalidad algunos jóvenes sobresaliendo entre ellos Jorge Carrera Andrade, Meri Cordero y León, triunfadora en varios concursos, y el famoso poeta Remigio Romero y Cordero cuyos poemas le colocan entre los más inspirados y esclarecidos poetas del Continente Latinoamericano. Su portentoso poder de adjetivación ha contribuido a fortalecer el ritmo de sus notas contrapuestas y por consiguiente de su poética orquestación. Bien pudiera afirmarse que Romero y Cordero es uno de los grandes poetas místicos por su exquisita y elevada espiritualidad. Cuenca es su cuna como lo es de otros insignes poetas de factura clásica que han contribuido a la glorificación de la cultura intelectual de la Patria. Por más que la Poesía Moderna haya acudido hoy para su remozamiento a ornamentaciones y modalidades entresacadas del ambiente social de la hora y a elementos de la naturaleza que no fueron percibidos anterior-

mente y que concurren a la sensibilización, productibilidad y abrlantación armónica de las formas que ennoblecen y realzan las imágenes que constituyen el fondo; por más que hoy el arte de la antigüedad griega y romana no satisfaga con sus acordes al modernismo imperante; en cualquier tiempo vivirán en la memoria de la intelectualidad sesuda y ocuparán sitio de honor en la cultura patria. Don. Luis Cordero, venerable patriarca de las Letras Patrias y de la Academia de la Lengua, Remigio Crespo Toral a quien la Sociedad Jurídico Literaria de otro tiempo le coronó solemnemente como aventajado discípulo de los insignes poetas del Siglo de Oro de la Literatura española; Honorato Vásquez, delicadísimo poeta y efectivo patriota que bregó tesoneramente en defensa de los dominios patrios; Miguel Moreno, el romántico cantor popular; Julio María Matovelle, el notable batallador parlamentario y que llegó a fundar la comunidad de los Oblatos; Víctor León Vivar, vilmente asesinado por conveniencias políticas y cuya muerte fue un terrible golpe para las Letras Patrias por sus excelentes dotes intelectuales; y por fin otros tantos que han demostrado buenas disposiciones versificadoras. Pues, volvemos a expresar que toda esta distinguidísima pléyade de trovadores azuayos vivirá perpetuamente porque cada cual se esforzó por sobresalir en el género poético de su predilección y enriquecer el acervo de nuestra cultura intelectual.

En la República se le ha conceptualizado a Cuenca muy merecidamente como la Atenas del Ecuador. Sin duda en la prodigiosa mentalidad cuencana influye con suma eficacia la hermosura de su naturaleza que obliga a cantarla al que la contempla. Generalmente allí hasta la gente inculta se siente con disposiciones para la versificación. No de otra manera se explica que hayan salido de su primoroso seno un aristocrático poeta clásico y notable crítico como Remigio Crespo Toral; trovadores principescos modernos como Remigio Romero y Cordedo y M. Palacios Bravo y un periodista de sorprendente fecundidad como Manuel J. Calle.

La índole de nuestro estudio no permite juzgar con detenimiento la calidad artística de los poetas Jesuitas anteriormente citados y que aparecen en la referida obra inédita del Padre Velasco. Plumas más autorizadas han emitido ya sus juicios y mal podemos repetir ni apropiarnos de opiniones ajenas. Nuestro propósito es dar a conocer sencillamente a individuos e Instituciones que han elaborado y elaboran con sus capacidades y otros medios por la intensificación de la cultura intelectual y artística de la República.

LOS HOMBRES ESCLARECIDOS Y EL PUBLICO

Hablando tan sesudamente el Padre Jesuita Aurelio Espinosa Polit como acostumbra hacerlo en cuanto sale de su pluma, al referirse al Canto de Olmedo a Bolívar se expresa: *Lo que por él debe el Ecuador y la América entera a Olmedo, es deuda que no se acabará de pagar*". Efectivamente aquellos talentos que ponen toda su alma, todo su espíritu, en obras que

propenden entre sus múltiples finalidades docentes y pedagógicas a la dignificación colectiva y levantar el nivel de la cultura intelectual y artística de la Patria, son acreedores a que las generaciones de todos los tiempos les tributen gratitud y admiración. Y se explica que aquellos hombres sean acreedores en todo tiempo a público homenaje, por que sienten en toda su intensidad el amor a la Patria y laboran ardentemente por su prestigio y celebridad poniendo su fuerza espiritual en elevar el grado de su cultura intelectual y artística. He ahí una de las más bellas formas de trabajar por el engrandecimiento de la República. De allí que reciban culto en el altar de la Patria Espejo, Mejía, los Montúfar en lo antiguo; en lo moderno el insigne Cantor de Junín Olmedo, González Suárez, Montalvo, Luis Felipe Borja, el celeberrimo autor de los Comentarios al Código Civil Chileno", Rocafuerte, García Moreno y Don. Eloy Alfaro. Estas figuras en diversas actividades se han esforzado por el progreso y prosperidad de la República y por el buen nombre del Continente Latino-Americano.

Si sobre alguno de ellos recae fundadamente acusaciones de orden moral en su gobierno; pero llevó a cima obras extraordinarias y fundó Colegios y Establecimientos de Música y Bellas Artes y concedió becas a jóvenes aprovechados para que se perfeccionaran en Europa en música, pintura y arquitectura. Procuró siendo soldado fomentar la cultura intelectual y artística de la República y dar impulso a su progreso.

LA ACADEMIA DE LA LENGUA

Correspondiente de la Real Española que funciona entre nosotros desde fines del Siglo XIX ha propendido activamente a mantener la pureza de la Lengua de Cervants y de la Doctora de Avila y a la formación de escritores que manejaran el idioma correctamente a fin de evitar los barbarismos tan en uso en los tiempos actuales. Esta Institución la han formado desde su fundación los individuos más eruditos y eminentes de la República y que han concurrido al ennoblecimiento de la cultura nacional. Tales son: Don Pablo Herrera, Don. Luis Cordero, Dr. Antonio Flores Jijón, Dr. Julio Castro, Don. Juan León Mera, Don Modesto Espinosa. Don Alfredo Baquerizo Moreno, Don Remigio Crespo Toral, Don Honorato Vásquez, Don Quintilano Sánchez, Monseñor González Suárez, Hermano Miguel Febres Cordero, Monseñor Manuel María Polit, Dr. Carlos R. Tobar, Dn Roberto Espinosa, Don Pedro Fermín Cevallos, Don Angel Polibio Chávez, Don Juan Abel Echeverría, Trajano Mera, Celiano Monje y algún otro.

Precisa consignar como homenaje a esas eminencias que componían la antigua Academia de la Lengua que cultivaron con suma habilidad casi todos los géneros literarios a excepción de algunos que requerían para su triunfo otro ambiente social y político más completo y de civilización y cultura antiquísimas. Por eso dejan mucho que desear aquellos géneros literarios psicosociológicos que se relacionan con el estudio de las costumbres y el espíritu de un pueblo. La novela, el drama o la trage-

dia, la comedia, dejan un vacío que se advierte a primera vista la escasa penetración psicológica para adentrarse animosa y esforzadamente en la entraña social y embeber su substancia y formar aquellos tipos que expresan las características de una raza, de un pueblo y de los hábitos, pasiones o defectos a los cuales difícilmente pueden sobreponerse los individuos y que conducen casi siempre a lo trágico.

Don Juan León Mera en su "Cumanda" tiene paisajes hermosísimos de magistral coloración y suntuosidad. Se siente en ellos la fuerza exuberante de la floresta y la atmósfera aromática de la selva. Pero sus Héroes son irreales y muy propios de un ingenio excesivamente puritano que anduvo por las regiones etereas sin atreverse a descender al mundo temeroso de ennegarse o de rodar por sus despeñaderos o de excitar sus pasiones. Mayores capacidades psicológicas demostró en este género Don Luis Martínez quien, además de darnos a conocer su paleta cargada de colores en sus cuadros del ambiente tropical, nos ofrece sus tipos formados con elementos psicológicos que palpitan vida y son muy reales y no tienen nada de imaginativos. Otros han ensayado también la novela con más o menos éxito. Y uno que otro por presentar tipos sociales desnudos de ficción pretendiendo imitar a Zola, sin tener el extraordinario ingenio de este famoso jefe de la escuela naturalista, se han esmerado en descender a lo pornográfico presentando escenas de grosero naturalismo con absoluta falta de cortesía y respeto al lector. ¿Qué observación o indicación puede hacerse al respecto si la sana intención recibe por recompensa improprios o violentos asaltos?

Y lo propio que acontece con los cultivadores de estas novelas, que las denominan sociales, sucede con los pintores y con uno que otro escultor. Creen, efectivamente, que el Arte Moderno consiste en la deformación exagerada de las formas y en la coloración y tonalidades un tanto arbitrarios y que disienten totalmente del común sentir y no guardan relación alguna con la imagen o la idea que tratan de representar. En las Exposiciones auspiciadas por la Casa de la Cultura y que se han verificado en el Museo Nacional, el núblico con ese buen sentido que le caracteriza ordinariamente al juzgar de lo que ve y siente emitía sus impresiones salpicadas de dichos chispeantes y agudos examinando ciertas pinturas de los expositores. Y, francamente, sus opiniones eran muy oportunas y no carecían de fundamento. Pero ¿quién se atrevía a manifestarles esos conceptos brotados de la más absoluta sinceridad? Los artistas no toleran la menor indicación. Son demasiado impresionables y se enojan fácilmente.

Repetidas veces venimos manifestando que por noble que sea la imagen o idea pierde totalmente su elvación e hidalguía si la forma se la desfigura o se la altera y no guarda la debida correspondencia con el fondo. Por mucho que sus cuadros reproduzcan nuestro ambiente y sus figuras sean vivo retrato de tipos de nuestro medio social pierden mucho de su valor artístico con la adulteración o alteraciones de las formas que no expresan la verdad. Los motivos indígenas que constituyen la mayoría de

los lienzos ejecutados por nuestros pintores, para expresar el abatimiento, la opresión, la esclavitud en que se encuentra la raza, acuden a la exageración falseando por completo la realidad. ¿Y qué es lo que han conseguido? El presentar a la raza absolutamente degenerada, con terribles taras y en absoluta idiotez. ¿Cuál el fin primordial que persiguen determinados novelistas y pintores? Sencillamente el fomentar odios raciales y provocar terribles distanciamientos.

Tal proceder no tiene nada de honrado y lo conceptuamos antipatriótico. La sinceridad es elemento indispensable en arte y sin él difícilmente puede tener cabal realización una obra literaria o pictórica. Conceptuamos que obra de suma importancia social y artística sería la de presentar cuadros que representen las buenas cualidades de la raza. Tenemos ejemplares que rivalizan con los de razas de virtualidades superiores y se caracterizan por su ingenio y habilidad demostrados en su cerámica, tejidos e industrias. Por lo mismo conviene demostrar las capacidades de la raza y sus buenas disposiciones para adaptarse a la cultura general. Creemos que procediendo en esta forma nuestros literatos y artistas conquistarían mayor celebridad y estimularían eficazmente a la raza por lo mismo que nos compadecemos de su abatimiento y ansiamos su incorporación a la ciudadanía, a fin de que disfrute de los derechos y prerrogativas de los demás ciudadanos.

Nuestros propósitos son muy ingenuos y no abrigamos egoísmo de ningún género, por lo mismo que la única aspiración que nos mueve es la prosperidad nacional y la brillantez de nuestra cultura intelectual y artística. Y, para que no se nos acusara de sustentar miras interesadas consta al público que nos hemos mantenido siempre en la penumbra por el convencimiento que tenemos de que así se goza siquiera de sosiego en este medio tan hostil y calumnioso. Esto sentado ya podemos repetir que nuestras observaciones respecto de determinadas composiciones literarias y artísticas de los apasionados partidarios del modernismo son sanas y sin dobleces. Y al censurar la deformidad y anarquía palpables en los lienzos ejecutados aún por pintores que gozan de crédito, es por el vivo interés de que nuestros artistas recobren la celebridad artística que nos legaron los famosos pintores y escultores de los siglos XVII y XVIII.

El mismo Señor Pedro León, actual Director de la Escuela de Bellas Artes de esta ciudad, en su Conferencia que dictara en el Museo el año de 1938 sobre Ideas acerca de la Pintura Moderna, a pesar de sus simpatías por el Cubismo; de transcribir los conceptos de Lhote acerca de este nuevo estado de espíritu y de recordar al Profesor Paúl Bar por haber iniciado en esta ciudad en los secretos de la pintura moderna francesa y haber sido el sembrador de las inquietudes y aspiraciones de los pintores actuales; el mencionado Señor Pedro León en varios de sus lienzos no se ha decidido por abanderizarse al Cubismo; aspecto estético que lo conceptuamos brote de estrabismo mental o de capricho o de desnivelación psíquica. Pues, por mucho que el célebre Lhote afirme: "El Cubismo no morirá. Morirá en si-

lencio y renacerá tan vigoroso y perfumado, como antes de la guerra, el día en que los pintores rebusquen de nuevo los elementos de su lenguaje, no en la triste nomenclatura de los objetos, los menos seductores de la creación, sino especulando como los del Renacimiento, sobre los Hallazgos de su sensibilidad, sobre las alucinaciones del natural”.

Al respecto José Bergua en su Historia de la Pintura expone: “las modas se suceden rápidamente. Cada pintor quiere ser el fundador de una escuela”. Y en el mismo folio dice: “Otros pintores quieren volver al clasicismo, en tanto que algunos, enamorados de lo extraordinario y exótico, pintan de una manera obscura y anfibológica”. Y hablando de varios ensayos producidos en el primer cuarto del siglo XX se expresa: “Con mucho entusiasmo apareció una nueva modalidad, debida a Pablo Picasso, denominado cubismo, consistente en una extraña forma de decoración plana con superposición de formas geométricas y coloreado de manera arbitraria, hasta tal punto que lo embarullado del dibujo y la combinación del color hacen a veces imposible la interpretación del cuadro a simple vista (fig., 121-Mujer en Camisa). Naturalmente, esta moda pasó, pese a que una pléyade de artistas jóvenes quisieron escudar tras ella su incapacidad para mayores empresas”. Suponemos que difícilmente volverá a la vida el cubismo tan defendido por varios de nuestros artistas que se conceptúan incomprendidos y hacen alarde de ocupar la parte más avanzada del arte moderno.

Gustamos mucho de las inquietudes, de las innovaciones cuerdas en todo orden de ideas o de principios. No pretendemos sostener apasionadamente la manera pictórica de antaño. Queremos que nuestros artistas no prosigan en los rígidos y fríos lineamientos académicos ni den tampoco culto exagerado a ese modernismo anárquico que abate las formas atropellando el dibujo. Deseamos que nuestros artistas o los jóvenes que aspiran a tal calificativo se mantengan en el justo medio. Por lo mismo que hoy, las nuevas tendencias artísticas se declaran universalmente por la rehumanización del arte, por la rehumanización de la forma que realza y ennoblece la idea y que en armónico consorcio originan las concepciones artísticas que se atraen la pública admiración por su contenido espiritual y estético; por lo mismo en las pinturas que reproduzcan los sucesos y costumbres de nuestro medio y expresen el estado ético y condición psíquica de las clases populares o de las desafortunadas o desheredadas, conviene que sus figuras sean la expresión real y sincera de nuestro propio ambiente sin exagerarlas ni desfigurarlas. No por un febril empeño de aparecer originales hemos de adulterar la realidad.

Nuestros pintores de algún tiempo acá se muestran cultivadores de un modernismo que está muy lejos de conquistarse las simpatías generales. Su colorido y dibujo dejan mucho que desear. Y pintan de aquella manera, en contra quizá de su propio sentir, únicamente, por no parecer rezagados y estar al tanto de las recientes inquietudes artísticas europeas. No es que nuestros pintores mantengan el convencimiento de que el modernismo, en la forma que lo han acogido, sea el arte definitivo y el que



Mayordomo del artista Sr. Rendón Seminario

predominará en el mundo de lo bello, no. Solamente por un afán de seguir por novelaría las corrientes estéticas europeas que surgen casi siempre en esos momentos de transición, en esos momentos después de las grandes catástrofes en que el espíritu colectivo, el alma de las muchedumbres, queda absolutamente abatida y aprisionada de espanto; en esos momentos de perturbación mental aparecen, como una especie de reacción contra las manifestaciones estéticas o estados de espíritu anteriores, determinadas corrientes ideológicas o artísticas que intentan alcanzar el predominio del mundo en lo filosófico, artístico, social y político.

El Profesor Argentino Guido en su ciclo de conferencias auspiciadas por la Casa de la Cultura Ecuatoriana dilucidó con gran conocimiento de las diversas escuelas estéticas que se han sucedido sobre el modernismo y los efectos funestos que ha producido en la manera pictórica de cuantos imitan afanosos esas tendencias exóticas que han abatido la forma en tal grado que no se prestan aquellas composiciones a la comprensión, a la interpretación. Solamente, recalcó dicho Profesor en su visita a la Escuela de Bellas Artes de esta ciudad, los inútiles, los incapacitados, los que no pueden dominar el dibujo son los que se han rebelado contra el dibujo, contra la delineación de los contornos. Precisa que se atienda de manera preferente la forma y que nos consagremos a crear nuestro propio arte americano como lo hacen los artistas mejicanos y que recobremos nuestra autonomía pictórica para demostrar nuestra propia originalidad consagrándonos a estudiar nuestra naturaleza en donde se ostentan tesoros de incomparable riqueza artística. Lo propio recomendó de la necesidad de conservar la fisonomía de la ciudad de Quito, a fin de no destruir su bella originalidad con nuevas construcciones arquitectónicas de sabor extranjero que no guardan relación alguna con su espíritu y su ambiente. En otro lugar nos ocupamos del capricho de algunos de nuestros arquitectos en pretender aclimatar en nuestro suelo tipos arquitectónicos que se salen de su propio ritmo y producen un desentono que no está acorde con su clima y su constitución.

En medio de la obstinación de nuestros jóvenes artistas por mantenerse en los sitios de avanzada del modernismo tenemos exponentes que no obstante rendir culto al clasicismo admiten ciertas innovaciones exigidas por el gusto predominante de la época, pero que se conservan en un nivel artístico de sobriedad y de cordura sin descender a la confusión o al atropello de las formas. Rendón Seminario, Coloma Silva, Kitman, Martínez Serrano, Solá Franco, Alfredo Palacios, Galo Galecio, quienes en los lienzos que exhibieron hace tres años en el local Centro Ecuatoriano Norteamericano demostraron una clara comprensión del estilo moderno. A su precisión en el dibujo de sus figuras se unían sus toques enérgicos y expresivos y una entonación vigorosa y viva. Los artistas guayaquileños demostraron ser dignos descendientes de los famosos pintores que dieron tanto lustre al arte colonial en los siglos XVII y XVIII.

De los pintores y escultores que siguen abiertamente en esta ciudad las tendencias artísticas modernas venidas del exte-

rior hay algunos de excelentes capacidades que sobresaldrían si enmendaran sus exageraciones pictóricas y se mantuvieran en el justo medio que impide tantos descalabros. Otros han preferido sensatamente sostenerse en los dominios clásicos antes que proceder contra sus convicciones artísticas, contra el sabor y la técnica de sus venerables maestros Manosalvas y Pinto, artistas de tanto talento y de excelentes prendas pictóricas. Los Mideros, el pintor y el escultor, han sobresalido cada cual en su ramo, por la originalidad que demuestran en sus concepciones artísticas. El escultor a pesar de ceñirse en su técnica a la preceptiva clásica, en determinados momentos su ejecución desembarazada y varonil le presenta como aprovechado discípulo de Rodin. En algunas estatuas, especialmente en los bustos como el de Montalvo, ha conseguido en la viva expresión de los valores faciales, traducir su espiritualidad y su temperamento rebelde e impetuoso. El escultor Mideros declara en sus producciones estatuarias haber sido conducido hábilmente por el célebre escultor Casadío, artista de grandes merecimientos que la Escuela de Bellas Artes tuvo la desgracia de perderlo con su prematura muerte. Mideros si quiere conservar su prestigio debe destruir él mismo la estatua de Fray Jodoco ejecutada con absoluta falta de ingenio y en un estado de aplanamiento espiritual.

Escultores en piedra tenemos que demuestran en sus obras la inteligente dirección que tuvieron con el mencionado Profesor Casadío. Jaime Andrade, actual Profesor de Escultura, cuando en sus obras no desciende a un modernismo exagerado nos ofrece ejemplares que acreditan su inteligencia y habilidad y que denuncian su capacidad artística. América Salazar, Ortiz y Guerra han procurado mantenerse dentro de las normas clásicas que, con tanto esmero, procuró inculcarles el Profesor Casadío. Contamos con una pléyade de escultores en piedra que hace honor a la Patria y que continúan sosteniendo el prestigio artístico de la antigua Escuela Quiteña. Únicamente la escultura en madera se encuentra abatida y no cuenta con elementos que recobren el prestigio, el efectivo esplendor que nos legaron el Padre Carlos, Pampite, Legarda, Caspicara y en la República el talentoso y magistral escultor Carrillo, distinguidísimo discípulo de Caspicara y autor del famoso grupo de San Francisco de Paula y otros más que hablan con tanta elocuencia de las angustias y dolores de la clase desheredada que conmueven con más intensidad que aquellas producciones literarias y pictóricas que versan sobre asuntos sociales. Carrillo figura merecidamente entre los famosos escultores del país.

El pintor Víctor Mideros es de nuestros artistas el más combatido y víctima de acerbas críticas y de tamañas injusticias. Es el pintor místico por excelencia. Como que su alma estuviese vaciada en la turquesa de los grandes pintores de los siglos medios. Es el que interpreta con más efectividad los pasajes bíblicos. Como si su espíritu participara de las luminosidades de aquellos visionarios intuitivos que inspiran recelo, temor con sus caballera de símbolos y su expresión de misterios. Por eso Mideros de manera espontánea hace hablar a sus



Retrato del Padre Diego del artista Coloma Silva

personajes un lenguaje metafísico de enigmas que no se presta a la fácil comprensión humana. En sus semblantes de acentuados rojos y azules desvaídos por los siglos se exterioriza su espíritu empapado de misteriosas claridades de luna. Los personajes salidos de la primorosa paleta de Mideros son muy originales e inconfundibles y conmueven hondamente e inducen a grandes reflexiones filosóficas. Es el artista místico que por medio de sus maravillosos lienzos bíblicos consigue atraer almas a la contemplación y el recogimiento. En la colección de pinturas que llevó a Bogotá y se ocupó la Prensa de ese pueblo tan culto en términos altamente enaltecedores, hubo cuadros de indiscutible mérito artístico. Hasta los lienzos relacionados con motivos indígenas estaban ejecutados con talento y procurando, en todo caso, ennoblecer a la raza y sin acudir a los peregrinos recursos de apocamiento y barbarie a que acuden ordinariamente nuestros pintores modernistas con el descabellado propósito, sin duda, de engendrar odios raciales.

Pero Mideros no en todas sus concepciones pictóricas ha sido afortunado. En muchos de los lienzos existentes en el templo de la Merced de esta ciudad se manifiesta como un pintor mediocre y sin cultura de ninguna clase. Al ver aquellos cuadros hemos dudado de que fuesen obra suya. Cómo pudiesemos obtener que los quemara en pro de su buen nombre!

Alfonso Mena es un joven artista que, por mantenerse sensatamente dentro de la escuela clásica, en la que le encauzaron con tanto acierto los eximios Profesores, el español Camarero, Don Joaquín Pinto y Don Antonio Salguero, se le tacha de retrógrado y obstinado adversario del modernismo. Mena tiene por cualidad fundamental la sinceridad. No le gusta seguir una escuela que le repugna y no la comprende y sólo por un pueril afán de aparecer en los puntos de avanzada del arte contemporáneo. En los lienzos de Mena predomina la sinceridad sin cuyo requisito no se puede interpretar fielmente la naturaleza ni las palpitations del mundo en el cual vivimos. Y, precisamente, sin esta primordial cualidad está muy lejos de producirse una verdadera obra de arte. Por eso, muchas de las composiciones de nuestros pintores modernos denuncian la insinceridad y su escasa ética en la pintura de costumbres y en la exposición de sucesos que falsean la verdad histórica. Hasta su coloración es viciada. No existe la sucesión gradual de los colores o tonalidades de cuya falta de correspondencia se nota a primera vista que aquellas pinturas carecen de armonía sin la cual no puede obtenerse la obra de arte que atrae la mirada de los espectadores infundiendo veneración. También Mena se ha ejercitado en la ejecución de los motivos indígenas con el gran sentido de darnos tipos de auténtica psicología de la raza. Otros compañeros de Mena que se han esforzado en sus respectivos géneros pictóricos por no seguir, a pesar de mil tropiezos, senderos estéticos contrarios a los que les señalaron sus maestros, son Gómez Jurado, Pazmiño y Ruiz. Del primero hemos visto varios lienzos bien comprendidos y de magnífica coloración. Ruiz y Pazmiño cultivan con exquisitez artística el género decorativo que el Profesor parisiense Paul Bar enseñó con inteli-

gencia y sumo interés en la Escuela de Bellas Artes. No son decoradores vulgares que ejecutan calcando sus trabajos. Ellos toman el motivo de la naturaleza y lo estilizan y desarrollan formando decoraciones fantásticas y de magnífico sabor artístico. Su misma técnica la han difundido entre muchos de sus discípulos, quienes trabajan con buen gusto sus decoraciones.

Antes de poner punto final a este ramo pictórico precisa declarar por deber de justicia y de la imparcialidad que nos caracteriza en nuestros juicios que entre los jóvenes artistas que siguen francamente la escuela moderna el más comprensivo y el que se ha penetrado del espíritu estético de la pintura contemporánea es Diógenes Paredes C. En los varios lienzos que presentó en la Exposición auspiciada por la Casa de la Cultura Ecuatoriana en el Museo de Arte Colonial se pudo valorizar las singulares dotes artísticas de este joven pintor. Sin las exageraciones técnicas de sus compañeros y quizá sin alardear de originalidad ha conseguido hacer vibrar en sus pinturas el alma de las clases sociales estudiadas por él. En sus lienzos se percibe una armonía de coloración impresionante y evocadora. Acertó a poner en íntima relación los matices o tonalidades pictóricas con los caracteres psicológicos de las figuras que las tomó de nuestro ambiente. De la serie de sus cuadros los más sobresalientes en nuestro concepto son, La Niña de la Roca, Girasol, El Pastorcillo con su gato. El Jurado Calificador le designó muy merecidamente como merecedor del premio señalado por la Casa de la Cultura. Si esta artista continua produciendo pinturas como las que hemos citado, indudablemente la Patria contará con un magnífico exponente de arte moderno. Pero siempre que no descienda de su manera pictórica de hoy y procure, en lo posible, no repetir los mismos procedimientos pictóricos que ha empleado en los lienzos que llevan por título, Tormenta, que adquirió la Casa de la Cultura, Rondador que lo compró Don José Eastman L. y otros que tienen su parentesco con los de Guayasamín Calero, quien de no haber rendido fervoroso culto al modernismo y demostrándose su fanático defensor sería uno de nuestros aventajados pintores contemporáneos. Pues, es indudable que posee magníficas disposiciones artísticas.

Y de otro artista de quien no debemos pasar en silencio es de Leonardo Tejada. Está adornado de no vulgares cualidades espirituales y de un afán de ilustrarse muy recomendable. Hemos visto esculturas en madera que le acreditan en aquel ramo por la valentía de su escoplo y los rasgos enérgicos y desembarazados con que están expresados en la fisonomía de sus figuras las caracterizaciones psicológicas raciales. En la pintura al óleo se manifiesta poco afortunado como que siente aversión por esta modalidad pictórica. Los lienzos exhibidos por él en la Exposición que tuvo lugar en el Museo Nacional fueron objeto de críticas acerbas. Pero en la cuarela, ramo de su predilección, se presenta aristocrático y sin las imperfecciones o toscas deformidades en que incurren los más de nuestros jóvenes artistas que creen expresar en aquella forma los ímpetus o arranques ciegos de la ebriedad colectiva o la atrofia de la voluntad y de la sensibilidad que mantiene el espíritu, por consecuencia



Moledora del artista Kigman

de soportar una opresión deprimente, en completa inconsciencia o lobreguez absoluta. Muy bien pueden expresarse en otra forma las graves situaciones de espíritu. Los saltos, muchas veces bruscos, de las juventudes movidas del afán de renovación o de perfectibilidad originan en ocasiones formidables descalabros, funestos retrocesos. En sus acuarelas Tejada se encamina abiertamente, dando de espaldas a la manera que emplea en sus óleos, por senderos artísticos de equilibrio, de refinamiento y sin las rancias del academismo. La escritora inglesa Lilo Linke en su discurso de apertura a la Exposición de Tejada estuvo muy afortunada en sus conceptos emitidos sobre la valorización de los procedimientos técnicos del mencionado artista.

Por ahí tenemos varios jóvenes pintores que pudieran creer que por antipatía o emulación pasamos en silencio sus obras. No tal! Los conocemos y estimamos muy de veras. Mas, nos duele confesar que no han dado un paso hacia adelante. Se mantienen con la retina alterada sin observar bien la naturaleza ni distinguir los valores de la figura humana ni tomar a lo serio el dibujo, que es lo fundamental en la pintura y la escultura.

LA SOCIEDAD JURIDICO LITERARIA

Entre las Academías o Instituciones de Cultura que han contribuido al lustre de las Bellas Letras patrias figura la Sociedad Jurídico Literaria que contenía en su seno a los elementos más valiosos e instruidos de la República. Sus conferencias públicas sobre puntos filosóficos, jurídicos, literarios, económicos, políticos y sociales y sobre todo su magnífica Revista que la publicaba mensualmente con mucha regularidad contribuían al prestigio de la cultura nacional y a las simpatías que se conquistaron en el Exterior. Su Revista era muy solicitada en América y aún en Europa y gustaban de colaborar en ella plumas eminentes y de fama mundial. En sus Anales de otro tiempo figuran como sus socios honorarios y colaboradores los pensadores más célebres de ambos Continentes. En la Presidencia de los Doctores José María Ayora, Carlos Manuel Tobar y Borgoño, Belisario Quevedo y Manuel María Sánchez, la Sociedad se mantuvo en asombrosa actividad, destacándose en su meritisima labor Tobar y Borgoño y Belisario Quevedo, quienes habrían llegado por sus singulares prendas espirituales a la Presidencia de la República de no haber segado prematuramente la muerte vidas tan preciosas.

En su Revista que consta de varios tomos se encuentran trabajos de variada índole de suma importancia y de valor inapreciable; circunstancia que ha contribuido para que sea muy solicitada en el extranjero. En aquella publicación se puede conocer el proceso de los escritores nacionales desde su iniciación. Cada cual de esa agrupación tan hermosa y distinguida se esforzaba por sobresalir en el ramo de su predilección. De ahí que contara con exponentes de muy merecida reputación. En los Congresos hacían oír su verbo elocuente José María Ayora, Belisario Quevedo, Agustín Cueva, Manuel Cabeza de Baca. En filosofía, ciencias públicas y sociales Belisario Quevedo, José Ra-

fael Bustamante, Tobar y Borgoña, Agustín Cueva, Antonio Quevedo, Luis Robalino Dávila, Alberto Larrea Chiriboga, Francisco Pérez Borja, Alberto Gómez, Alejandro Ojeda, José Antonio Baquero, Carlos Zambrano. En pedagogía Leonidas García. En la crítica sería que estudia el temperamento del escritor en relación con su ambiente y analizar más el fondo que la forma; en aquella crítica que comunica estímulos para que los principiantes nutriéndose de sabias lecciones ofrezcan más tarde frutos substanciosos y expresivos que den lustre a la cultura intelectual de la Patria figuran en primera línea Gonzalo Zaldumbide, Julio Enrique Moreno, Nicolás Jiménez quien escribió una sesuda y bien trazada Biografía de González Suárez, y César Arroyo. Estos talentosos críticos se compenetraron del verdadero espíritu de la crítica contemporánea. Partieron por opuestos caminos a los de la crítica de antaño que cuidando, únicamente, de los alifios de la forma, se solazaba en requemar las producciones literarias de jóvenes que, de estimularlos, habrían contado las Letras Patrias con hábiles cultivadores. La crítica mordaz del famoso periodista Manuel J. Calle causó no pocas deserciones en los campos literarios. En criminología Anibal Viteri Lafronte fué distinguido por el Profesor Ferri por las manifiestas pruebas que dió de sus excelentes dotes en este ramo. Trajano y Eduardo Mena, Cristóbal de Gangotena y Jijón, Juan León Mera, sobresalieron en sus bien trazados cuadros de costumbres y leyendas.

Fueron solicitados con insistencia en el Exterior los estudios de Derecho político e internacional de Tobar y Borgoña e igualmente las valiosas publicaciones de Pío Jaramillo Alvarado, Homero Viteri Lafronte, Luis Robalino Dávila. También han despertado interés en varios pueblos latino-americanos los importantísimos trabajos históricos y biográficos de Manuel Benjamín Carrión y Pío Jaramillo Alvarado. En crítica de Arte ha sobresalido José Gabriel Navarro, quien tiene el mérito de haberse ocupado extensamente en los ramos de escultura, arquitectura y pintura coloniales y contribuido a que se conozca en el Exterior la calidad insuperable de nuestros templos y la excelencia de nuestros pintores y escultores. Navarro adolece de algunas inexactitudes en sus apreciaciones artísticas como lo hemos manifestado varias veces. Pero esas levedades son disimulables ante la bondad de sus propósitos de dar a conocer en los Continentes nuestros invaluable tesoro artístico.

La poesía en sus diferentes géneros tuvo inspirados cultivadores que demostraron poseer en grado elevado sensibilidad exquisita y riqueza de fantasía con cuyas dotes supieron comunicar a sus imágenes ese ardimiento espiritual y esas musicalidades y abrillantaciones que emocionan hondamente y mueven a la contemplación. Maravillosa fué la pléyade de cantores líricos y épicos que tuvo en sus buenos tiempos La Jurídico. Si el destino no destruía vidas tan preciosas en momentos en que su numen poético empezaba a maravillarse con sus sinfonías; nuestra cultura intelectual contara con poetas que estuvieran a la altura de los más aventajados del Continente. Las composiciones de Manuel María Sánchez, de Aurelio Román, de Alfonso Moscoso,



La Niña de la Roca por Diógenes Paredes

de Ernesto Novoa y Caamaño enaltecen grandemente a sus autores por que a sus versos de esencia o de naturaleza clásica consiguieron comunicarles, imitando un tanto al notable poeta nicaragiense, Rubén Darío, eximio representante de la poesía americana contemporánea, ciertas notas rítmicas de mayor brillantez y sensibilización y de un simbolismo de mayor hondura y emotividad. Le hemos incluido entre los fallecidos a Alfonso Moscoso porque su lira enmudeció para siempre. No quiso que nos recreáramos con sus cantos tiernos y de exquisita espiritualidad. Quizá algún infortunio violento cubrió de brumas su numen poético y quebrantó su sensibilidad!

De los poetas jóvenes que viven y de quienes la *Jurídico* de otros tiempos se preciaba de contarlos en su seno por sus magníficas dotes poéticas y la excelcitud de su lírica son Guillermo Bustamante y Jorge Carrera Andrade. Sus composiciones han sido comentadas elogiosamente por los críticos y dan lustre a la poesía nacional.

En el periodismo se ejercitaron con sigular acierto y valentía casi todos los socios de la *Jurídico*. Se penetraron del verdadero espíritu y de la misión de la *Prensa* contemporánea y dieron al periódico la debida orientación. De ahí que los *Diarios* dirigidos por ellos se acreditaran y alcanzaran enorme prestigio. Hasta en la polémica, por más que sus adversarios acudieron a armas vedadas por la decencia, el honor y la dignidad, aquellos intelectuales no descendieron en ninguna circunstancia de su elevado sitio y se hicieron admirar por su saber, dignidad y circunspección. En política no acudían a la violencia, la calumnia y el insulto tan en uso por la *Prensa* de oposición. Hacían lujo de mantenerse en sitial elevado, censurando aquellos actos administrativos arbitrarios y que redundaban en mengua de la economía nacional y de la convivencia social. Desgraciadamente, los periódicos mal orientados y dirigidos por políticos de mala ley han causado estragos en el bienestar económico de la República, en las armónicas relaciones fraternas y en el crédito interno e internacional. Por esta causa lamentamos toda suerte de males y no podemos, no queremos entrar en un período de cordura y sensatez. ¿A qué recurso profiláctico acudiremos para concluir con nuestra endémica virulencia política que corroe nuestra constitución ética y psíquica? Ni con las grandes catástrofes con las cuales han recobrado su serenidad otros pueblos nosotros podemos reaccionar y continuamos en ese período de ciega locura.

La *Sociedad Jurídico-Literaria* que tenía en su seno intelectuales de tal índole y supo conquistar el aprecio de figuras eminentes en el extranjero, no se libró de indignas acusaciones y fue el blanco de los ataques de otros intelectuales que no consiguieron tener acogida en su mansión. Pasados los tiempos han desaparecido los más de sus antiguos socios y otros se separaron al verse sin sus compañeros tan queridos. La vida intelectual de la *Jurídico* fué de intensa actividad. Estuvo dividida en grupos y cada grupo tenía la forzosa obligación de estudiar determinados ramos en *Literatura*, *Filosofía*, *Sociología*, *Psicología*, *Ciencias Naturales*, *Arte* y el *Derecho* en general y jercer

su misión docente. De su dedicación al estudio de las Leyes nació la necesidad de crear un Organismo o Entidad que se encargara de la codificación de nuestra Legislación y las reformas que debían introducirse exigidas por las necesidades de los tiempos y de acuerdo con nuestro ambiente y constitución. En aquellos instantes lucidos tuvo la Jurídico el altísimo honor de crear el Cuerpo de Abogados que viene prestando en su ramo importantísimos servicios a la Legislación de la República.

La manifestación de vida de una Corporación es su Revista. Si ésta no se publica nadie puede acreditar su existencia, por mucho que auspicie conferencias de escritores extranjeros y les ofrezca refrescos en su casa. La cultura patria reclama la reaparición de su Revista en cuyas páginas aparecieron notables trabajos arqueológicos con ilustraciones de su socio activo Jacinto Jijón y Caamaño y Max Hulle.

LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA

Es una Corporación que hace honor a la cultura patria. La creó ese sabio patriota que ansiaba que de un pequeño suelo brotaran pensadores que difundieran sus luces por el Continente. Con ese ojo perspicaz y de altísima visión escogió jóvenes estudiosos e inteligentes, sin distinción de colores políticos, para que se consagraran de veras a las investigaciones históricas, ramo de suprema necesidad en todo pueblo que tiene particular empeño en inquirir y tener idea clara de la constitución psíquica y orgánica, política y social de nuestros remotos antepasados. La Historia abraza extensas proporciones y cae en su dominio el espacio y el tiempo poniendo en relación las edades pretéritas con las presentes. De ahí que su espíritu investigador le llevara a remover las diversas capas sociales de un pueblo y conocer sus antecedentes históricos que constituyen las cimentaciones y orígenes de su nacionalidad. De ahí que cada uno de los individuos de número de Asociación tan benemérita se consagrara a determinado ramo de las ciencias auxiliares de la Historia. Ramo tan vasto, como lo hemos manifestado, requiere el concurso de elementos empapados en la materia que constituye su especialización.

Por lo mismo que su afán de investigación le mueve a socavar los subsuelos sociales necesita de arqueólogos y poseídos de singular sentido analítico y exentos de preocupaciones y apasionamientos para no incurrir en prejuicios. Pues, hasta hace poco creíase que se debían menospreciar aquellos relatos fabulosos tenidos como partos de la imaginación. La Sociología contemporánea, fundándose en el hecho inconcuso de que por entre esa espesura de símbolos palpita la verdad histórica, determina estudiar cuidadosamente aquellas narraciones legendarias; aquellos mitos y ficciones; aquellas genealogías de sus divinidades y sus príncipes e interpretar sus simbolizaciones, a fin de dirigirse seguros con aquellas tenues claridades por parajes escabrosos y de muy difícil penetración. Por eso Monseñor González Suárez concededor de la imponderable importancia de la

Arqueología en la indagación de las antiguas civilizaciones interesó entre sus discípulos de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos” el cultivo de ramos de trascendental conveniencia científica, sin cuyo auxilio las narraciones históricas serían muy deficientes y no despertarían interés.

De ese grupo tan simpático y acreedor a general estimación el llamado por su temperamento y recursos a consagrarse seriamente a una ciencia que le abría las puertas a la Etnografía no era otro que Don Jacinto Jijón y Caamaño, quien ha conseguido profundizarse en materia tan complicada hasta ser tenido por Arqueólogo de fama intercontinental. Otro con su riqueza habría sido encaminado por la atractiva vía de la sensualidad comúnmente frecuentada por jóvenes que han tenido la buena suerte de nacer en la opulencia sin preocuparse de las necesidades orgánicas menos de las del espíritu. Para quienes vivimos alejados de la política, de esa política aviesa y malintencionada que tantos estragos ha ocasionado al país, Don Jacinto Jijón y Caamaño es un positivo valor intelectual que da lustre a la cultura patria. Mas los odios y animosidades banderizos y los egoísmos y rivalidades intelectuales, tan violentos y obstinados como aquellos, entre nosotros, han extraviado el criterio de los individuos, quienes rehusan reconocer las cualidades científicas del ilustre Arqueólogo. Sus obras concienzudamente escritas están comprobando su efectividad científica, ya que no podía otro pensador escribir a su nombre en ramo que requiere larga preparación y el concurso de elementos que no se los puede obtener fácilmente.

El Señor Jijón y Caamaño ha cooperado activa y silenciosamente para que nuestra cultura fuera conocida más allá de las fronteras patrias. Por mucho tiempo costeó la publicación del Boletín de la Academia impresa en papel fino y con ilustraciones de mucho precio. Este exponente de la mencionada Corporación figura por su forma y fondo entre las mejores publicaciones del Continente. Hoy continua saliendo a luz con alguna regularidad, pero no con el brillo de antaño. Por tales antecedentes y por un acto de justicia patentizamos nuestros conceptos sin que por ello se nos tache de aduladores. Pues ni con los gobiernos hemos sido serviles a pesar de los tremendos ramalazos que hemos soportado serenamente en la vida. Pero cumple a todo aquel que se ha impuesto el papel de educador pregonar las nobles acciones de los hombres de bien y que propenden a la difusión de nuestra cultura. Quien quiera que visite su residencia señorial se sorprenderá de encontrarse con obras que le recuerden esas confortables mansiones espirituales de Atenas, Roma y Alejandría en donde se reunían los filósofos y pensadores a discurrir y profundizar problemas de alta filosofía. Allí los visitantes verdaderamente cultos gozan con el sustento que encuentran para su espíritu. Su magnífica biblioteca en la que se reparan ejemplares rarísimos de obras muy antiguas y casi desaparecidas. Su Museo Arqueológico que puede rivalizar con los más ricos del Continente por las raras piezas que contiene entre las que se encuentran algunas momias extraídas por él mismo en el Cuzco durante su expatriación y facultado para ello por el Mariscal Benavides. En esta sección se patentiza

la labor paciente y prolija del técnico que se ha entregado a la clasificación y análisis de los diferentes objetos extraídos de las excavas. Todo está magníficamente expuesto en lujosas vitrinas. Y este Museo por el dinero que representa no parece de un particular. Su Museo de arte cuenta con lienzos de indiscutible mérito artístico y con no pocas pinturas mediocres. En esta sección se nota la falta del técnico para su clasificación y poder ofrecer al visitante una galería pictórica por autores y escuelas que le impresione gratamente y se dé perfecta cuenta de los valores intelectuales de gran importancia que tiene nuestra pequeña República.

La "Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos" que la fundó ese gran patriota, como lo expresamos anteriormente, con nobles aspiraciones, estuvo compuesta de Jacinto Jijón y Caamaño, Carlos Manuel Larrea, Homero Viteri Lafrente, Cristóbal de Gangotena y Jijón, Julio Tobar Donoso, Celiano Monje, Isaac J. Barrera, Juan de Dios Navas E., Juan León Mera, Luis Felipe Borja, General Angel Isaac Chiriboga, General Luis T. Paz y Miño, José Gabriel Navarro y Carlos A. Vivanco. Posteriormente fueron nombrados individuos de número Nicolás Jiménez y J. Roberto Páez. Cada uno de estos académicos se ha especializado en los ramos históricos de su particular preferencia como lo demuestran sus Boletines que hacen honor a las Letras Patrias por las investigaciones históricas de carácter continental y la rica substancia que contienen. La Academia tiene el afán y singular acierto de mantener el prestigio de su Boletín. No acepta estudios superficiales y que no se caractericen por la hondura del pensamiento. Tal proceder es muy plausible, ya que tiene por norma conservar el nivel que se ha conquistado con enorme esfuerzo espiritual. Sus socios correspondientes de dentro y fuera de la República son numerosos y gozan de crédito intelectual. Nos place dejar constancia de su imponderable labor en pro de la cultura nacional.

En Cuenca existe otra Sociedad de Estudios Históricos compuesta de individuos que se han consagrado seriamente a ramo que requiere perseverancia y singulares dotes intelectuales. Los trabajos allí publicados despiertan gran interés por su vehemente anhelo de estudiar concienzudamente los archivos y descubrir la realidad de los acontecimientos pretéritos. Varios estudios hemos visto en la mencionada Revista que se concretan a contradecir ciertas afirmaciones contenidas en la Historia del esclarecido Prelado Monseñor González Suárez. Por supuesto que estos estudios pertenecen los más a Religiosos Dominicos quienes por la misma importancia histórica inducen a serias reflexiones para establecer comparaciones y descubrir la veracidad de los sucesos narrados. Esta es otra de las publicaciones de carácter histórico del Azuay que prestigia a la cultura intelectual de la República.

EL GRUPO AMERICA

El Grupo América que en la actualidad desempeña el cargo de Secretario General el inteligente escritor y biógrafo Señor

Gustavo Vásconez Hurtado, autor de una muy celebrada biografía de Montalvo, es una de las asociaciones que con verdadero fervor viene laborando activa y eficazmente desde su fundación en provecho de la fructificación espiritual de las juventudes.

En aquel Centro encuentran gratísima acogida intelectuales consagrados al estudio y cultivo de las Bellas Letras. Sus frecuentes conferencias públicas sustentadas con lucimiento por sus socios y por ilustres pensadores de crédito extranjeros y las continuas visitas de viajeros esclarecidos han contribuido para que estimulados en esa forma cada uno de ellos se afanara en sobresalir en el género literario de sus inclinaciones. Por eso cuenta con magníficos escritores y periodistas como los Barrera y Augusto Arias, quienes a más de haber comunicado vigor y lustre a sus bien trazados editoriales consiguieron acreditarse por sus libros enjundiosos y biografías de personajes ilustres. En este género biográfico sobresale, igualmente, el Normalista Sr. Neptalí Zúñiga triunfador en varios concursos que estableció el Ministerio de Educación en el Gobierno del Doctor Arroyo del Río para fomentar la cultura. Su último libro biográfico sobre Atahualpa editado en la Argentina y prologado por el escrupuloso y erudito crítico don Isaac J. Barrera contiene ciertas apreciaciones históricas que no estamos de acuerdo con ellas. Por lo demás revela el autor mucho estudio y un afán de colocar en sitio de elevada grandeza imperial a Atahualpa que es no sólo figura de enorme importancia histórica sino el símbolo de la Nacionalidad Ecuatoriana como lo tenemos expresado en nuestro libro "Génesis de la Nacionalidad Ecuatoriana". El Señor Súniga con el entusiasmo que le caracteriza por este género de estudios debe continuar cultivándolo, a fin de enriquecer el acervo de nuestra cultura intelectual. Pues, su afanar por revolver Archivos nos ha causado agradable impresión, lo que manifiesta que no es un narrador que se atiene a dictámenes históricos ajenos como acontece con algunos que figuran en este ramo.

En aquella simpática falange del Grupo América figuran inspirados poetas de exquisito sentir estético moderno como Jorge Carrera Andrade, Guillermo Bustamante y Antonio Montalvo y Dr. Augusto Sacoto Arias, quien en su "Espístola a Pablo Palacio", su entrañable amigo, vacía en vaso de oro con esmaltaciones de brillantes los ricos jugos de los románticos sentimientos que ondulan fuertemente en su entraña por la trágica situación de inconsciencia a que le condenara fatalmente el destino a esa alma delicada y de hondo pensar del Doctor Palacio; galanos paisajistas viajeros como Víctor Hugo Escala, el cual en su primoroso libro "La Sandalía del Peregrino" pinta con pincel magistral y riqueza de coloración los variados y ardientes paisajes que le ofreciera en sus viajes el opulento Continente Asiático; cronistas que se caracterizan por sus relaciones plenas de originalidad y su estilo ameno y de un gracejo de aristocrática modernidad como Raul Andrade, Jaime Barrera, Hugo Moncayo, y ese magnífico estilista César Arroyo cuya temprana muerte privó a nuestra cultura de un vigoroso elemento

intelectual; novelistas que con comprensión más clara y más amplia de nuestro ambiente social entresacan sus personajes o figuras de su propio seno para ofrecernos psíquica y orgánicamente tipos que sean la expresión viva de nuestro medio. Don Luis Martínez con un criterio más hondo y un sentir estético de modernidad social más precioso fué el precursor de la novela nacional y es digno de elogio por haberse dirigido valientemente por camino diverso al de Don Juan León Mera, su padre político. En esta nueva orientación social de la Novela la cultivan afanosos y con más o menos éxito entre nosotros Gil Gilbert, quien obtuvo después del peruano Ciro Alegría el segundo premio en el concurso internacional organizado por la Oficina de Cooperación Intelectual de la Unión Panamericana de Washington y abierto por la Editorial Farrar & Rinchart de Nueva York sobre la Novela de carácter social americano; Aguilera Malta que demuestra no vulgares disposiciones en trabajos de este género que ha dado a luz; Pareja Diez Canseco, Jorge Icaza cuya Novela "Husipungo" ha sido juzgada favorablemente y merecido varias veces su reimpresión en la Argentina; Humberto Salvador que inspira poca simpatía a la clase femenina por la crudeza de sus pinturas. Si este inteligente escritor limara sus asperezas procedería con mayor sentido estético y ablandaría la resistencia de sus mismos adversarios. Pues, todo es cuestión de forma. Conocemos cuadros naturalistas de homérica grandiosidad artística; pero ejecutados con sutileza de ingenio; con pinceladas de exquisita espiritualidad que conmueven dulcemente. En el género histórico ocupa lugar distinguido en el Grupo América el inteligente y estudioso educador Oscar Efrén Reyes que ha desempeñado importantes cargos en el Ministerio de Educación y llegó a ser Rector del Colegio Montúfar de enseñanza secundaria que lo fundara con tanto acierto en memoria de ese esclarecido patriota Don Juan Pío Montúfar, Marqués de Selva Alegre, el ex-Presidente de la República Señor Doctor Don Carlos Arroyo del Río, de cuya nobilísima reparación en pro de aquella figura esclarecida la Patria recordará con gratitud en todo momento.

Reyes propiamente es un educador. Con sus libros compendiosos sobre la Historia Patria y ajustados severamente a los cronistas e historiadores antiguos y modernos y que se han adoptado como texto en varios Colegios de la República ha contribuido eficientemente a fortalecer nuestra cultura. Sus producciones son de carácter pedagógico, a excepción de la que trata sobre Montalvo en la que sin inquietudes ni preocupaciones da a conocer serenamente ciertas asperezas y nebulosidades temperamentales del insigne imitador de Cervantes. Digna de encomio es la labor afanosa y sesuda de este educador que encuentra su solaz espiritual en componer libros para instruir en ramo tan complicado y de suma necesidad no sólo al estudiante sino a tantos personajes que se hallan imposibilitadas de profundizar dichos estudios. Su conferencia sobre "Las Grandes Culturas Indígenas Americanas" que se encuentra publicada en el Volúmen III de Conferencias del Grupo América reve-

la los serios estudios que ha hecho este Educador en beneficio de nuestra cultura.

Otros distinguidos miembros del Grupo América son los hermanos Jorge y Gonzalo Escudero. El primero viene demostrando excepcionales capacidades en el estudio muy arduo de Psicología y Psiquiatría. De continuar con el mismo fervor en sus investigaciones, no tardará en conquistarse el merecido calificativo de sabio. El segundo ha figurado en el Periodismo con lucimiento. Ha colaborado en la redacción de varios periódicos y en artículos de índole político ha procurado tratar con criterio sereno y substancioso, e ilustrar al público sesudamente en asuntos de alta política. Además ha demostrado ser ferviente cultivador de la poesía lírica. Quizá la fogosidad de su estro o su brillantez imaginativa ha contribuido para que las ideas quedaran como ahogadas u oprimidas por la exuberancia simbólica de las figuraciones. De ahí que las composiciones poéticas de índole esencialmente moderno de Escudero fuesen poco comprendidas y se lo calificara de común consentimiento de enigmático. De todas maneras los Doctores Jorge y Gonzalo Escudero son valiosos exponentes de nuestra cultura.

Finalmente el Grupo América, a juzgar por su magnífica Revista América en la que se publican enjundiosos trabajos de todo género tanto de sus socios como de notables escritores extranjeros y por sus actividades sociales y de extensión cultural, es una Asociación Intelectual que comunica brillo a nuestra cultura. Bien quisiéramos ocuparnos de cada uno de sus simpáticos componentes, mas lo compendioso de este estudio y nuestras débiles energías no nos permiten emprender en labor tan ardua y tan paciente. Este Grupo ha conseguido enraizar y fortalecer su existencia, a diferencia de tantas Asociaciones de análogas tendencias culturales que han tenido vida efímera, por el eficaz apoyo del Gobierno del Doctor Arroyo del Río, el que le dió la pequeña casa del Teatro en propiedad. Lo propio aconteció con la Academia Nacional de Historia que peligraba su existencia por no tener local donde funcionar. Aquel Magistrado comprendió como intelectual que una Asociación de Cultura supervive únicamente bajo su propia techumbre. Y se apresuró en donar a la Academia de Historia la casa chica de la grande que compró para el Museo Nacional de Bellas Artes; Entidad que corría igualmente peligro de desaparecer en ese salón desmantelado del Teatro Sucre. Hoy, gracias al sumo interés y efectivo impulso que prestó en la adecuación colonial de este edificio se posee un Museo de Bellas Artes que constituye el aplauso de los visitantes nacionales y extranjeros y es la demostración más hermosa y fehaciente del espíritu artístico de nuestros antepasados.

La Académia Nacional de Historia sesionaba ya en la habitación de un socio ya en la de otro y su existencia caminaba a su desaparición. Se penetró de ello el Doctor Arroyo del Río y se apresuró hidalgamente en darle su edificio propio para que superviviera y continuara prestando su invaluable labor histórica en favor de la cultura y de los intereses patrios. Mas con la revolución del 28 de Mayo en que descendió del Poder el Go-

bierno del Doctor Arroyo del Río la casa a medio fabricar de la Acadèmia de Historia estuvo en inminente riesgo de paralizarse; pero el Doctor Velasco Ibarra con suma liberalidad y entusiasmo continuó la casa en construcción hasta concluirla elegantemente. Así esta Asociación tiene forzosamente que ser reconocida de los dos Gobiernos.

Por lo mismo que nosotros no obedecemos a impresiones ni a intereses políticos y gustamos de proceder con absoluta independencia en nuestras apreciaciones exponemos los hechos sin desfigurarlos y como son realmente en sí. Siendo nuestros propósitos educadores tenemos que, contra la voluntad de muchos apasionados políticos, expresar la verdad. Por eso confesamos ingenuamente cuanto hizo el Presidente Arroyo del Río en favor de la Cultura del País y cuando hace por los mismos ideales el Doctor Velasco Ibarra, actual Presidente de la República. Pues, con la fundación de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, de amplísima acción cultural, y la Politécnica llamada a prestar grandes servicios industriales y agrícolas, creemos que el Doctor Velasco Ibarra ha cooperado con sumo fervor a la intensificación de nuestra cultura por más que no haya tomado en serio nuestros problemas económicos que se relacionan con las necesidades y los intereses del pueblo. Es un aforismo demasiado verídico que los hechos hablan con más elocuencia y eficacia que las promesas repetidas de afecto y de atenciones que no se cumplen o sufren infinito retardo.

Desgraciadamente, pueblos azotados por la miseria y el hambre por espontáneas y magníficas que fuesen sus virtualidades intelectuales y artísticas se sienten imposibilitadas de ponerlas en actividad bajo la presión de aquellos factores biológicos que obran ciegamente sobre la inteligencia y la voluntad, las cuales quedan como paralizadas y sin que puedan producir, por efecto de la crudeza de la lucha por la existencia, esas bellas floraciones espirituales que las magnifican y sublimizan. Una colectividad cuando sufre los efectos angustiosos y desesperantes del hambre por robustas que fueren sus cimentaciones éticas al fin las rompe y se arroja con ímpetu bravío a concluir con cuanto encuentra a su paso sin que puedan escaparse aún aquellos que no habían tenido parte en agravar su situación. Por eso los auténticos estadistas; los dirigentes que se penetran de sus imperiosos deberes y obligaciones administrativos y de su efectivo amor al pueblo que gobiernan acuden con grandes energías y recursos de todo género para aquietar sus dolencias y contrarrestar esa situación angustiosa y de tremenda crisis motivada por cuantos pretenden saciar su codicia e improvisar fortunas explotando desapiadadamente las necesidades y estrecheces del pueblo.

Con decretos y buenas intenciones no se remedian críticas situaciones. Tampoco son demostraciones de compartir las desgracias del pueblo y sentirlas hondamente aconsejándole que soporte con paciencia que luego se atenuarán sus desventuras. Con expresiones almibaradas no se sofoca un flagelo que puede originar desconcertantes trastornos sociales cuyas monstruosas consecuencias son muy difíciles de resistirlas por sus pro-

porciones y la soltura de sus instintos impulsivos. En esos momentos de embriaguez colectiva las voces más elocuentes y que ejercían dominio en la conciencia popular se extinguen sin causar el más leve eco en su espíritu. Para precaver aquellas situaciones turbulentas y arriesgadas es de política sabia, cuerda y sagaz la de no abrumar al pueblo que se gobierna con onerosas tributaciones que agravan su malestar económico. Lo sensato y honrado es buscar nuevas fuentes de riqueza y estudiar sus problemas y dilucidarlos serena y sabiamente a fin de contribuir en una forma sensata y nada empírica a satisfacer sus necesidades y contribuir a su bienestar. Los pueblos menesterosos y agobiados por las asperezas de la lucha su vivir espiritual es infructífero. Sólo con el desahogo y prosperidad económicas las actividades del espíritu cobran vigor, se intensifican y se exteriorizan en forma a cual más bella y admirable. El siglo de Pericles, no obstante los siglos de siglos transcurridos, vive en la memoria de las generaciones de todos los tiempos; porque ese célebre hombre de Estado se esforzó por la prosperidad económica de su pueblo y el engrandecimiento de las Bellas Artes que se tradujeron en el embellecimiento de la antigua Atenas.

Igualmente entre nosotros hubo un tiempo de efectivo florecimiento artístico. Refieren los historiadores y consta en los Libros de los Cabildos de la época colonial la admirable prosperidad artística que alcanzó el pueblo de la antigua Audiencia de Quito hasta alcanzar en el Continente sitio muy elevado y hacerse admirar por cuantos aman el Arte en los posteriores siglos. Pero ese derroche de fantasear estético que se manifiesta en todo su esplendor en los monumentos religiosos, en los retablos, artesonados, decoraciones, orfebrería, mueblería y otras obras de diferente género que nos legaron, no fué efecto únicamente de su fervor religioso, de sus prodigiosas virtualidades estéticas sino de su relativo bienestar económico que se mantuvo inalterable sin que su organismo sintiese las angustias de hoy con motivo de las perturbaciones sociales que agitan el mundo.

En la época de la Audiencia de Quito el Cabildo castigaba con rigor y sin contemplaciones a todo aquel que alterara el precio de los artículos que constituían el sustento del pueblo. De ahí que las muchedumbres de entonces no se vieron presionadas por el hambre y la miseria y muy natural que se sintieran con bríos para expresar hermosamente en sus obras sus sentimientos y espiritualidad. El hambre y la estrechez imposibilitan las gratas emociones y las recreaciones del espíritu.

Honradamente se debe confesar que el actual Cabildo ha contribuido con recursos más eficaces y con un humanismo más efectivo que el del Gobierno a contrarrestar en lo posible la situación violenta y en extremo angustiosa del pueblo. Sin sus oportunas providencias y las muy plausibles de la Aser ¿qué de infortunios no lamnetaremos en estos instantes en que pueblos pacíficos y de férrea disciplina están causando temibles levantamientos y rompiendo sus robustos cimentaciones éticas?

CAPITULO XXV

LA PESADEZ DEL AMBIENTE Y EL ENERVAMIENTO ESPIRITUAL.— *La poetisa Doña Aurora Estrada de Ayala y Doña Dolores Veintimilla de Galindo.*— *Los intelectuales y artistas no deben falsear la verdad histórica.*— *Criterios sobre nuestros artistas.*— *Crónicas del intelectual Vacas Gómez.*— *Conceptos del Dominicano Fray José María Vargas y los lienzos de los Profetas de la Compañía.*— *Labor ingrata de ciertos escritores de negar la importancia de nuestros valores artísticos.*— *La Bolivariana y su labor.*— *El Instituto Pérez Pallares.*— *La docencia de los establecimientos profesionales.*— *La Institución Mariana de Jesús y la Casa Pensión Javeriana.*— *El Conservatorio de Música.*— *Elementos de algunas provincias que han contribuido al desarrollo de la cultura intelectual y artística de la República.*

No deja lugar a duda que la pesadez del medio entorpece el florecer del pensamiento y del espíritu. Situaciones anormales y demasiado hostiles aún para las clases acomodadas en manera alguna son propicias para los cultivos estéticos y las expansiones del alma. La lucha demasiado feroz por la existencia con dificultad ofrece momentos de serenidad y sosiego a intelectuales y orfebres, quienes se sienten imposibilitados de enfervorizar sus actividades psíquicas. Esa placidez estimuladora del pensamiento y del trabajo y que las diferentes clases sociales anhelan como suprema bendición del cielo, por cuanto a su amparo prosperan las actividades de todo orden y se conquista la estimación de otros pueblos; esa placidez se la desconoce entre nosotros y las desavenencias políticas y los encarnizados odios banderizos la mantienen casi en perpetuo destierro.

¿Cómo podremos aspirar que imperen en la Patria la concordia y la armonía si nuestro organismo está saturado de envenenada política? Aún aquellas Corporaciones que tienen como imperativo deber dictar leyes Sabias que seren en la atmósfera y fortalezcan los vínculos de convivencia social; proceden a veces, sin consultar el actual momento y dejándose llevar por conveniencias de partido, a destruir normas que estaban consagradas por el tiempo y en consonancia con la docencia de la Pedagogía moderna. Igualmente la Nación ha soportado Asambleas que, con intención determinada confeccionaron leyes que, so pretexto de favorecer a las clases desamparadas y librar a la raza de la esclavitud, agravaban las relaciones entre patronos y labriegos colocando a éstos en mejores condiciones que los otros. Tales leyes impregnadas de parcialidad engendraron como era de esperarse mayores distanciamientos y recrudescieron el malestar agrario; uno de los principales factores de la angustiosa situación económica de hoy y de la miseria sin precedentes que soporta el pueblo con resignación ascética.

Las Bellas Artes no pueden ser indiferentes a las estrecheces y borrascas del ambiente. En absoluto mutismo se mantienen sin dar demostraciones de vitalidad. Y, cuando sus vates o

cancioneros captan los sentimientos o las emociones volitivas de un pueblo menesteroso acongojado por las necesidades, la cítara que la pulsán como que exteriorizara en sus acordes la melancolía y los dolores que torturan su alma. La expresión del espíritu de las clases populares cruelmente maltratadas por el hambre y la desnudez la tenemos vibrando intensamente en el "CANTO DE LAS TRABAJADORAS". "NAVIDAD", de la poetisa educadora Doña Aurora Estrada y Ayala que publica en "LETRAS DEL ECUADOR" DE LA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA. La talentosa e inspirada poetisa da idea en cada una de las estrofas de su hermosa composición de estar empapada de las aflicciones y amarguras.

CANTO DE LAS TRABAJADORAS

Navidad

Vengo de las calles donde la alegría de los felices florece como un rosal de
(oro.

Por las calles limpias como sedas de raso,
donde las sedas y las pieles avergüenzan los harapos de los pobres.
Donde son una ironía nuestros vestidos raídos
nuestros rostros pálidos y el ansia de nuestras miradas.
De las calles donde todo brilla,
donde todo canta,
donde todo ríe,
Vengo henchida de llanto como un amargo fruto.

Hija mía. Flor de carne que dejó en mis brazos el triste amor de los deshe-
(redados.

Amor hecho de rabia y de hambre; tan hondo y tan amargo.
Estrella tibia y dulce,
lirio que palideces en el tugurio nuestro,
duermes... duermes el sueño lento de los que nada esperan.
Y habrá algo más triste que un niño que *no espera*?...
Ni una muñeca rubia
in un trompo de colores
ni un oriental camello, cargado de presentes?
Que no mande a los ángeles sus mensajes ingenuos?

Esta tristeza existe y no se ha escrito en versos...
Mirándote la siento crecer en mi alma,
como crecen los trigos...
Los hijos de los pobres ya no sueñan en ángeles...
Tienen sólo hambre y frío y se duermen ceñudos...
¡Tenen cual tú, un gesto vago en la carita pálida.
Sólo esperan el pan de las madres ausentes,
ausentes casi siempre de sus hogares fríos.

Duerme... Duerme tesoro mío...
Traigo vacías las manos y el alma en cruz, en cruz...
Duerme bajo la noche helada,
sin pan y sin juguetes...
Sin que rondé tus sueños ni el ala de un ensueño.

Si las clases menesterosas o desamparadas conmueven la lira de la inspirada poetisa Doña Aurora hasta vibrar acordes empapados del substratum de su alma entristecida; también la raza indígena tenida como esclava y que sobrelleva pacientemente una carga que deprime demasiado su espíritu, desde que el Conquistador la avasalló cruelmente, ha sido inspiradora de prosistas y poetas. Producciones de elocuencia viril y emocionante que podrían ser las mejores alegaciones jurídicas para obtener de los Poderes Públicos leyes que propendan a su redención han sido elaboradas con propósitos regeneradores de un humanismo excelso por escritores de crédito, a quienes los citamos frecuentemente en este estudio. Composiciones de una lírica que recorre majestuosa una gama de enternecedoras tonalidades que mueven a compasión y engendran, por las excesivas proporciones de la depresión ética y espiritual de la raza, rencor hacia la clase motivadora de su esclavitud y degradación han sido brotaciones de inspirados poetas.

Los propósitos que persiguen nuestros poetas y prosadores de dignificar a la raza indígena arrancándola de la endurecida concha de sus antiguos hábitos que le mantienen en absoluta inconsciencia no pueden ser social y patrióticamente más humanos, más elevados. Cantar la suerte del indio con los acentos tristes de su Yarabí es para mover a ternura y emprender en la cruzada por su redención. Pero esos cantos abultados de coloración en que alternan los tonos melancólicos con los apasionados y que en el fondo contienen la sustancia levantisca, reaccionaria y marcial propenden, so pretexto de clamar por las injusticias sociales y la incorporación del indio al seno de la ciudadanía y goce de sus privilegios, a recrudecer las rivalidades raciales.

Sentimientos patrióticos y piadosos por sacar a la raza indígena de su infamante cautiverio de siglos son los que sustentan las creaciones de nuestros poetas para estimular la sensibilidad colectiva y reducirla a su causa. Pero demasiado se exagera la situación del indio. ¿Suáles los móviles generosos? El escritor Dr. Gerardo Falconí R. en su interesante trabajo "LA EXPRESION ECUATORIANA EN EL ARTE" que publica en "Letras del Ecuador" de La Casa de la Cultura Ecuatoriana" al hablar de que nuestra auténtica expresión es la de nuestra mayoría indigenista, hasta hoy aún no asimilada a la vida de la cultura nacional, se ocupa de los prosistas y poetas que denunciando a la civilización el abatimiento ético de la raza pregonan su prostración y miseria. Ahí nos informa que Don Juan Montalvo dejó dicho que habría de escribir un libro sobre el indio ecuatoriano para hacer llorar al mundo. Creemos ingenuamente que Don Juan le sublimaría en estos momentos al indio en otra forma, penetrándose más de su psicología. Siguiendo la trayectoria nos encontramos con el autor de "EL INDIO ECUATORIANO", a quien el Doctor Falconí, muy merecidamente, lo cita como "el portavoz de los que llevaron la causa del indio ecuatoriano a los tribunales de la nación". Luego desfilan luciendo

las aromáticas floraciones de su prodigioso estro esmaltado de temblorosas claridades de aurora: Jorge Carrera Andrade, Benjamín Carrión, Miguel Angel León con su "Elegía de la Raza", en la cual describe los diversos aspectos de su situación y de su drama con acentos extraídos de su acibarada entraña; Gonzalo Escudero con su "Hombre de América" y los novelistas Jorge Icaza y Enrique Gil Gilbert.

Plausible es el noble afán de la intelectualidad nacional de bregar por producir nuestra originalidad artística estudiando nuestro propio paisaje con su ambiente y los hombres que lo embeben, destacándose en primera línea el indio en cuya constitución se ocultan elementos psíquicos que precisa sacarlos a la superficie y expresar en formas de gran viveza de expresión las diversas escenas de su drama. Mas se falsearía "*La expresión ecuatoriana en el Arte*", a que se aspira llegar adulterando la verdad histórica. El indio ecuatoriano en el actual momento se encuentra, para quienes su retina se mantiene normal, en mejores condiciones económicas que el intelectual; el que casi siempre obtiene por premiación a sus desvelos, a su obra de cultura demasiado difícil y enervante, cuando no la indiferencia la censura mordaz y soez. En todo caso, repetimos, se deberá partir de la verdad histórica sin viciarla si queremos que cuajen los ideales políticos, sociales y artísticos que alimentamos. No por alcanzar momentánea celebridad hemos de exagerar la tragedia del indio dando proporciones excesivas a su suerte.

En la Costa existe un lucido Cuerpo de trovadores y prosistas que han escogido como el estimulante de mayor capacidad para inspirarse y exteriorizar sus sentimientos ardientes y vivaces ese su ambiente enfervorizado por el sol de los trópicos que comunica fuerza a su prodigiosa vegetación y sinfonías de color a su paisaje de ensueños. Por la exuberante riqueza de tonalidades y matices de su suelo las creaciones poéticas de sus artistas abundan en deslumbrantes imágenes y contienen excelsas luminosidades que nos descubren nuevos mundos y panorámicas lejanías. La entonación lírica de sus poemas se mantiene vigorosa sin declinar aún en las situaciones tiernas y dolorosas. Sus cantos son solemnes, sonoros y de tonalidades marciales y triunfales que entusiasman e infunden valor. Son aquellos poetas los verdaderos inspirados, los videntes, los que son favorecidos con ese don alto ypreciado, don de dioses como bellamente se expresa el notable literato Don José Rafael Bustamante en sus rasgos sobre Honorato Vásquez, Poeta.

La Lira que pulsan los Vates guayaquileños desde Olmedo con sus cantos épicos de ardimiento de sol y de vislumbres y estampidos de trueno, que atemorizan y conmueven como si el Júpiter mitológico exterminara con sus terribles armas a favor de América las huestes ibéricas, hasta el eximio Trovador Pablo Aníbal Vela Egúez, autor de "El Arbol que Canta", de quien un poeta y escritor de la talla del Doctor Alfredo Baquerizo Moreno afirma en su Prólogo que se eleva y se levanta su númen hasta las cumbres de lo épico; la vena de los poetas guayaquileños es espirituosa, de gran fuerza y vigor y de aires briosos y altaneros. Hasta la Lirica de los trovadores cuya alma delicada

y melancólica les lleva a rendir culto al Romanticismo despide en determinados momentos vislumbres de altiveces. Ahí están los cantos de Medardo Angel Silva y de Noboa y Caamaño quienes con su alma de ritmos y su exquisita sensibilidad en constante vibración sintieron nostalgia de encontrarse en este mundo de imperfectibilidades y miserias lejos de los horizontes y espacios bañados de luz que ambicionaban para su espíritu, esos cantos contienen notas de arrogante excelcitud.

Y volviendo al autor de "El Arbol que Canta" el Doctor Alfredo Baquerizo Moreno con un sentido artístico más en correspondencia con el del ilustre poeta encuentra que en el "Arbol que canta" es uno de los más robustos ingenios de la poesía ecuatoriana; y ese su canto uno de los más ricos de fantasía, lirismo y valentía de composición y estilo". Y concluye "y el uno que canta es el que ha incado y hundido sus raíces y tendido sus ramas y su sombra en las páginas del libro que le da voz e inmortalidad".

Cuánto se pudiera decir en testimonio de las sigulares dotes poéticas de Don Pablo Annibal Vela lo tiene magistralmente expresado en su Prólogo el ilustre Patricio Señor Doctor Alfredo Baquerizo Moreno. Únicamente nos cumple aumentar de acuerdo con los conceptos anteriormente emitidos que Don Pablo Annibal en sus Cantos demuestra un temperamento batallador y una altivez que no se doblega ante los mayores embates. Así se manifiesta con la frente levantada y sin rendirse ante la misma fatalidad que apagó la luz de sus ojos para dar mayor vivacidad a la de su intelecto.

* * *

Recordando los textos que teníamos en la Clase de Literatura del Colegio de los P. Jesuitas cuyo Profesor nuestro fué el bogotano T. Vargas, Religioso cultísimo, talentoso e ilustrado y delicado poeta, el autor consignaba en su libro y nuestro Profesor aceptaba ese criterio de que el Soneto fué inventado por Apolo para angustia y desesperación de los Poetas, siendo por ello muy pocos los que se acercaban a la perfección, entre ellos el del ilustre poeta aroganés Bartolomé de Argensola. Mas el dios mitológico no tuvo en cuenta que los creadores geniales, los videntes o adivinos que tienen prodigioso poder intuitivo vislumbran las portentosas virtualidades de los dioses y suelen apoderarse de ellas para aclarar sus enigmas, por más que sean condenados como Prometeo a ser devorados por un bruitre. He ahí que como hijo preferido de Apolo aparece el esclarecido Vate guayaquileño Don Numa Pompilio Llona que se precia de dar en tierra con preceptos de tal índole eligiendo para los acordes de su diamatina Lira el Soneto. Sólo Don Numa Pompilio que sentía en su entraña atómicos elementos divinos pudo escoger el género más difícil para vaciar en él sus concepciones. Con justicia este famoso poeta guayaquileño ha sido disputado por otras nacionalidades que quisieron tener la gloria de contarle entre sus hijos esclarecidos. La Patria se gloria de que un alto exponente de su cultura otras Nacionalidades hayan pretendido apropiárselo para comunicar mayor brillantez a la suya.

Y junto al eximio Vate brilla asimismo el Doctor César Borja, gran poeta y hombre de ciencia que dejó honda huella en la cultura patria. En momentos demasiado difíciles, por consecuencia de la candente política que enardecía el espíritu de Profesores y estudiantes aceptó el Rectorado de la Universidad Central que le ofreciera el Gobierno. Con su claro talento e inquebrantable carácter organizó sesudamente dicho Establecimiento e impuso disciplina. Ya el estudiante se dedicó más a sus libros que a la política; circunstancia que contribuye en todo momento a la efectiva formación de profesionales y obtener elementos que por su estudio y eficiencia sean en los distintos ramos indiscutibles valores de cultura. Si esa ejemplar conducta de ese ilustre hombre de ciencia se hubiese continuado observándola en ese Plantel de legendaria prosapia científica no se repetirían reprobables casos de insubordinación ni los Profesores fueran boicotados por los alumnos.

Como poeta los cantos del Doctor César Borja enriquecen el joyero de la cultura patria. Vibra su espíritu arrogante y briso en sus versos. No declina su nervio ni ante las borrascas y las noches profundas ni los peligros que turban la quietud, muchas veces, de almas acostumbradas a navegar contra tormentas. La lira de Borja no entona los acentos dolorosos de la alondra que mira entristecida el tardío despertar de la aurora. Sus notas favoritas son armoniosas, alentadas, wagnerianas. aunque ese ardiente poeta en la carta que le dirigiera al esposo de la inspirada poetisa Doña Mercedes González de Moscoso y que precede al Poema "Rosas de Otoño" declara que los versos que escribió para el bello poema de su inspirada esposa le parecen flojos y prosaicos e indignos de la luz de la publicidad y que los ha condenado al fuego a sus doblemente malaventurados versos; mas no por aquella confesión de una modestia que contiene en su seno soberbia temperamental, se ha de pretender desvirtuar la rica substancia que conforta su vena poética. Los cantos de Borja contribuyen, reptimos, al lustre de nuestra cultura.

Doña Dolores Sucre, conocida por cuantos gustan de recrear sus sentidos con los trinos melodiosos de una lira delicadamente tañida por manos divinizadas, gozó de popularidad y estimación como pariente de ese egregio héroe a quien la Patria le ama y lo venera. Las apreciables calidades morales y espirituales de Doña Dolores contribuyeron para que gozara de general estimación y la intelectualidad patria la conceptuara como una de sus inspiradas poetisas. Las siguientes estrofas de la composición poética dedicada a la célebre poetisa guayaquileña Doña Dolores Sucre en el día de su coronación por la distinguida poetisa Doña Mercedes González de Moscoso expresan cuanto puede decirse en su elogio:

Tus inmortales canciones
tienen un sello divino
preciado don del destino
con que ganas corazones

Las nuevas generaciones
bendecirán tu memoria;
tu excelso nombre en la historia
grabado con letras de oro,
será su mejor tesoro
pues es de la Patria gloria

.....
.....
.....

llegue a tí mi triste acento
cual el eco de una hermana
no como lisonja vana;
que siempre noble y sencilla,
nunca miente ni se humilla
la mujer ecuatoriana.

Don Nicolás Augusto González y su hermana la respetable y distinguida Señora Doña Mercedes González de Mosco fueron dos almas en las cuales las musas se esmeraron en bañar de resplandores su numen poético. Los cantos de Don Nicolás Augusto González que figuran en "Horizontes" son de un Cisne escéptico y nostálgico que presagia su futuro destino. A veces se asienta en un trono de oro para recrear al Continente con sus clásicas sinfonías que enaltecen la Lírica nacional como las de Don Luis Cordero, Honorato Vásquez, Remigio Crespo Toral, Miguel Moreno, Matovelle, etc. etc., y en los actuales momentos las de Remigio Romero y Cordero, poeta de un poder creador y de una sensibilidad delicada, expresiva e impresionante, figura con justicia entre los mejores inspirados del Continente Latino-americano. Los acordes de Don Nicolás Augusto González son clásicos y recuerdan por su gallarda entonación y rítmica sonoridad los cantos de los Bardos del Siglo de Oro de la Literatura Española. La fama de su inspiración poética se extendió más allá de las fronteras patrias. Fué un alma contrariada y combatida como suelen serlo cuántos sobresalen en un ramo y no se mezclan con la vulgaridad. Sin duda devoraba aflicciones profundas. De allí se originaba esa duda sombría del escéptico que es la nota predominante de su canto y de la que su hermana Doña Mercedes con exquisita delicadeza y ternura se esmera en desvirtuarla trayendo a su memoria el lecho de alegría y de sacras virtualidades en que se mecieron juntos.

Con poética elocuencia le habla a su hermano en esta forma:

Oh, qué inmenso dolor hay en tu canto,
qué profunda tristeza!
si me parece ver nidos vacíos
que en vano esperan a las aves muertas.
Campea en esa estrofa
el negro ecepticismo,
llora tu fé de niño
y es tu alma, dulce bien, árbol sin hojas.

Tranquilos y serenos,
de nuestra vida en la primer mañana
siempre vimos el cielo
como principio y fin de la esperanza
Y dudas y blasfemas? No lo creo:
yo también he llorado y nunca dudo
y en el Dios que tu niegas, siempre espero.
Te dejaste vencer? Eso no es cierto:
Cuando cerca a tu noble compañera
besas las frentes de tus tiernos hijos,
exclamas sin querer: —Hay Providencia!

Las infirmezcas de carácter del rebelde poeta le ocasionaron no pocas desazones. Y esas situaciones de espíritu a las cuales la crítica acerba se esmera en reprobarla sin ahondar las causas que las originan son, no pocas veces, efectos de reveses de fortuna o de exigencias domésticas o sociales difíciles de atenderlas. Y la experiencia demuestra, muy a menudo, que inflexible voluntades hánse quebrantado por ello. Almas bellas ante los infortunios y contrariedades domésticas declinan, se opacan y su espiritualidad no vuelve a centellar como aconteció con nuestro talentoso y predilecto amigo Trajano Mera, escritor castizo, de estilo ático y festivo como su hermano Eduardo que escribió novelas cortas de grancejo inimitable. Su última novela inédita tuvo el buen acuerdo Eduardo de encomendar su publicación a su hermano Juan León, otro espíritu primroso que ha contribuido al enaltecimiento de nuestra cultura intelectual y artística; ya como intelectual, ya como pintor de paisajes. Los hermanos Mera demostraron en los géneros literarios que cultivaron con singular talento ser legítimos descendientes de ese benemérito y esclarecido hombre de Letras, autor de varias obras de indiscutible mérito y de nuestro Himno Patrio, el Señor Don Juan León Mera, cuyo nombre figura entre los dignos representantes de la cultura intelectual de la Patria.

Entre esas almas que por tener el corazón oprimido por una montaña de brumas miran la vida taciturna y helada sin que le ofreciera ella el menor aliciente que reavivara sus ensueños y esperanzas desvanecidos se halla Alfonso Moscoso que despedazó su lira de oro obedeciendo a contradicciones ocultas que no las revela. La súbita transformación del paisaje de su vivir obró de manera fatal en su albedrío. De ahí que predominaran en su entendimiento y voluntad la desconfianza y la duda y de que se alejara de sus compañeros y amigos y viese en ellos elementos hostiles perturbadores de su sosiego. Este amigo de otro tiempo por rendir culto al pesimismo de Schopenhauer invalidó temerariamente su brillante fantasía y exquisita sensibilidad. Con privilegiado ingenio para figurar entre los poetas que enaltecen nuestra Lirica contemporánea el Cisne anmudece sin la menor esperanza de que module sus postrimeras sinfonías ni para despedirse perpetuamente de ese cielo que adornara su mente de ricos dones como lo tenemos anteriormente manifestado.

Doña Mercedes González de Moscoso surgió a la vida predestinada por el cielo para divulgar por el mundo las armonías y bellas gracias y virtualidades que aromatizan y tachonan de diamantes la techumbre del hogar refrigerado por sacras afecciones. Los cantos de Doña Mercedes están vaciados en una turquesa moral filosófica que van dejando regueros de tiernas enseñanzas y depositado en la entraña infantil la simiente de oro de dulce sentimientos y afecciones. La ilustre poetisa es una educadora de vigorosa capacidad psicológica que recorre las distintas fases del corazón desde que se esbozan en él las primeras impresiones, los impulsos y estímulos que van cristalizándose y determinando la figuración psicológica de cada ser en sus diferentes estados y edades. Sus encantadores poemas "Cantos del Hogar"; "Rosas de Otoño" y "Abuela" deberían ser las lecturas preferibles de los escolares por su exquisita ejemplaridad ética y por que tienden a recrear el espíritu y esculpir y abrillantar los sentimientos en formación de la niñez. En cada uno de los diferentes aspectos que nos presenta los cuadros familiares palpita una poesía vivificante que mueve a ternura y emociona. Las tonalidades y coloraciones son apropiadas al hijo, a la madre y la abuela. Contienen una musicalidad de sentimientos tiernos y delicados que conmueven gratamente. Aún almas endurecidas que no se ablandan fácilmente experimentan inefable satisfacción ante las gracias angelicales que brotan de las sonrisas infantiles. En determinados momentos la ilustre poetisa se transforma en Sacerdotisa para traer a los dominios de la fé al que desertó de Ella acosado por recios temporales. Recurre en sus cantos a las notas poéticas de una excelstitud espiritual que deleitan y disipan las brumas escépticas del mirar sonbrío y taciturno de espíritus que flotan en una atmósfera de dudas e incertidumbres. De allí que aún los vencidos en la lucha por la existencia, aquellos azotados por la desgracia vean en su noche eterna el alborear de un futuro amanecer. ¿A que alma afligida no le alivia su pesar con la siguiente estrofa?

No olvides, hermano,
padecer y luchar es necesario,
para mí tiene encanto la tristeza,
esa tristeza honda de las tumbas
do concluyen dolores y miserias
y reviven las íntimas ternuras;
donde acaba el dolor, la vida empieza.

Y en el canto dedicado a sus nietos titulado "Abuela" con extraordinaria maestría artística recorre la gama de los sentimientos más delicados y exquisitos que van despertando en el alma con sus angelicales acentos inefables emociones que no se las puede explicar. He aquí la última estrofa de ese hermoso Poema:

Soy creyente ¡Señor! vela por ellos;
que no eclipse de su edad la aurora;
para mí la miseria, el frío intenso
de las noches de invierno tempestuosas;
para ellos mucha luz, mucha alegría;
para mí los dolores que sollozan;
sea su vida una eterna Primavera,
y húndame yo en la nada de las sombras.

Y su amor materno está bellamente expresado en esta estrofa:

Ya no me cuentes nada? —Sí, de madre
hoy pensaba enseñarte los deberes,
pero dame ante todo una sonrisa
que me exprese lo mucho que me quisieres,
¡Así, cuan bella estás! ¡Cuánto te adoro!
como tu amor mi vida diviniza:
¡eres mi luz, mi dicha, mi tesoro!
Si mañana un hogar amante formas
y cual blanca ilusión, cual blanca nube,
en él miras alzarse
blanda y mullida cuna,
donde duerme un querube
con ese casto sueño
dulce y tranquilo como luz de luna;
de rodillas te imploro
cifres en ella dicha y ambiciones,
que acariciando cabelleras de oro
hasta el aire se puebla de ilusiones.
¡Son las horas más gratas
aquellas raudas y felices horas!
Noches encantadoras,
azules, bellos días
azules como auroras
y puros como el cielo,
lucen en nuestra vida
si una boca querida
¡madre! nos grita con ferviente anhelo.

Doña Mercedes González de Moscoso es una Inspirada que ha contribuido al esplendor de la Cultura patria. El Doctor César Borja y la notable escritora Doña Lastenia de Llona, figuras literarias de tanto crédito, realzan muy merecidamente las bellas virtualidades del estro poético de Doña Mercedes, que cantó con acentos de celestial dulzura las situaciones de Madre, Hija y Esposa.

El intelectual un tanto vivo y picante Doctor Francisco Falques Ampuero, asiduo colaborador de varios periódicos guayaquileños como entusiasta político liberal, no ha dejado, igualmente, de rendir ferviente culto a la Poesía. Varios de sus poemas acreditan su ingenio y reputación literaria.

Cuenca y Guayaquil son desde muy antiguo los lugares preferidos por las Musas para que en la prodigiosa fecundidad de su suelo crecieran vigorosos los Cisnes destinados a cantar las acciones heroicas de nuestros antepasados y las maravillas de la naturaleza ecuatoriana. La inalterable serenidad del paisaje azuayo con sus melifluas notas de color y la placidez de su ambiente coge fuertemente al nativo de los cabellos obligándole a cantar sus prodigios. Otro tanto acontece con el panorama de exuberante riqueza tropical, con sus ríos y vegetación que participan de las coloraciones del iris y con su cielo bañado de arboles que enfervorizan su atmósfera y fecundizan maravillosamente su suelo. Los cantos de los Bardos azuayos son brotes de un alma profundamente mística que se mantiene absorta en la contemplación del Universo y de la Divinidad que obra prodigios a cada instante en beneficio del hombre. Sus acentos están impregnados de los melancólicos resplandores de la luna y de los destellos misteriosos y apacibles de la estrella de la mañana. Los cantos de los poetas Honorato Vázquez, Miguel Moreno y otros son la expresión del alma filosófica, despejada y afligida de la de aquella región que se cree prisionera en el mundo. Bien quisiera mantenerse perpetuamente en los espacios sin descender a él. No así el Bardo guayaquileño. Lleva el blindaje del héroe legendario que no se doblega ni intimida ante los mayores peligros. Su espíritu sustenta la firme resolución de triunfar. Y por eso sus cantos son épicos y vibra en ellos un espíritu altanero, hirviente y vivaz. ¿Quién puede simbolizar mejor la índole de la Poesía guayaquileña con sus tonalidades, exaltaciones y desbordantes armonías que Olmedo, el nisigne Cantor de Junín?

La psicología del montuvio reúne algunas de estas características. No tiene parecido alguno con el indio de la Sierra, el cual es ordinariamente sufrido, resignado, huraño y rencoroso. La altanería, la indolencia, la temeridad y la inquietud son las características del montuvio. Ay del patrón que le reprenda por sus faltas. A poco liquida sus cuentas con el temible machete que lo lleva devotamente ceñido a la cintura. No pareciéndose en nada éste al morador de las desapacibles cordilleras andinas los intelectuales de la Costa que se han dedicado a estudiar estos tipos para héroes de sus creaciones deben de tener en cuenta estas variedades psicológicas para que tengan valor real estos personajes que no se aclimatan en zonas distintas de la que fue su cuna.

Pintando a cada cual con sus propios caracteres y accionando estos personajes en su propio ambiente y con sus notas psicológicas de color inconfundibles, ya que el individuo obedece a las atracciones de su atmósfera y lleva fatalmente en su temperamento las modalidades de su naturaleza; obtendrán los artistas del pensamiento, la paleta y el escoplo nuestro propio Arte y sin necesidad de inspirarse en creaciones extranjeras por las cuales han sido censurados injusta y temerariamente nuestros an-

tiguos imagineros. En géneros literarios que no se han prestado a la ejecución de nuestra intelectualidad figura la Novela de muy difícil realización por la complejidad social que contiene. Presupone para llevarla a término variados conocimientos psicológicos y sociales que no podíamos hasta ayer tener idea clara de ellos. Si en el Siglo XVII cultivó con gran ingenio el latuncuño Flores la novela de costumbres, en la que este ilustre militar se caracteriza por una sátira sutil y perspicaz de ciertos hábitos europeos. Pero Flores ejecutó en aquellos tiempos con arte sus cuadros sociales por haber llevado años de estudiar detenidamente las tendencias y costumbres de aquellas sociedades en las que no pasó inadvertido. Es digno de notarse, además, que en su estilo no se dejó arrastrar por los vicios ampulosos de la época.

En el Siglo XIX el escritor que más sobresalió en este género fué el notable estilista y poeta Don Juan León Mera, miembro distinguido de la Real Academia de la Lengua. Su exquisita novela "Cumandá" es leída con afán aún por gente que no se precia de culta por el maravilloso realismo de los paisajes orientales ejecutados a brocha gorda e impregnados de las substancias aromáticas de la floresta oriental. Sus cuadros emocionan grandemente por las majestuosas y solemnes tonalidades y coloraciones que palpitan en ellos. Mas los héroes idílicos figurados por el esclarecido artista del pensamiento sólo tienen vida en su mente, la cual se intimida de descender a la vida real recelosa de infringir las normas éticas de su religiosidad o de violar su pureza. Por eso no es dable a su espíritu el recorrer la inmensa gama pasional y descubrir las nebulosidades que se amontonan en los senos psíquicos y que engendran las grandes tempestades y previenen los trágicos desenlaces. Precisamente por las muchas condiciones intuitivas, psicológicas, sociales y analíticas que se requieren para la feliz realización de esta obra de arte intelectual, las producciones de este género entre nosotros no llevan las características de lo imperecedero, de lo eterno, de una positiva muestra de cultura inmortal.

Con mayor valentía y conocimiento del mundo y de las modalidades del corazón humano aparece Don Luis Martínez con su novela "A LA COSTA". En sus pinturas tropicales magistralmente coloreadas con cabal conocimiento de su ambiente actúa como protagonista de esas regiones el propio autor, quien, sin duda alguna, en su obligada permanencia de trabajo fué experimentando las diversas inflexiones psíquicas o situaciones de espíritu y entresacándolas para figurar con esos matices su Héroe, que reúne las características de un personaje real y efectivo. Por las condiciones anotadas se lo conceptúa a Martínez como el precursor entre nosotros de las novelas modernas.

En Guayaquil existe una brillante pléyade de intelectuales que cultiva la novela moderna y la poesía con tanto acierto, que de continuar con el mismo fervor constituirá una legítima gloria de la cultura nacional. Componen esa constelación literaria: Gil Gilbert, Joaquín Gallegos, Alfredo Pareja Diez Canseco, Demetrio Aguilera Malta, José de la Cuadra, Leopoldo Benites,

etc., etc. Algunas creaciones de estos intelectuales han sido muy merecidamente celebradas por escritores de fuera. Pocos son entre nosotros los que no han rendido culto a la Poesía. Muchos aún de aquellos a quienes las Musas les negaron sus favores con exagerada audacia han pretendido aparecer que pertenecen a la esclarecida falange de los inspirados forjando coplas lúbricas o de otros caracteres que demuestran suma pobreza poética. Zurcir malos versos poniendo la imaginación en prensa no es ser poeta. Desgraciadamente, entre nosotros, no es despreciable el número de estos versificadores y ay! del escritor que se atreva a censurarlos y no encomie su ingenio. Ventajosamente estamos acostumbrados desde mozos a soportar tranquilos las fuertes tempestades sin que nos atemorice su extrema crudeza.

En este siglo del predominio de la Ciencia cuyos resplandores amenazan destruir la misma luz que le alumbraba, afortunadamente el anciano Noel con sentimientos más humanos y apacibles que los de antaño no deja de llevar sus consuelos a los niños de las techumbres más desoladas. ¿No es verdad ilustre autora del "Canto de las Trabajadoras"? Con todo es muy justo reproducir algunas estrofas de aquella hermosa composición cuya notas que horadan con hondura el alma llevan el lírico acento, la unión mística y melancólica de Arturo Borja, de Ernesto Noboa y Caamaño, de Humberto Fierro, de Medardo Angel Silva; bardos que con su estro divinizado con las misteriosas luminosidades de la luna consiguieron romper los rígidos y vetustos moldes académicos y comunicar a sus cantos musicalidades de ensueños y de coloraciones de un ritmo de lejanas melodías no captadas por los antiguos poetas. Por estas prodigiosas cualidades estéticas que revelaron en sus composiciones poéticas estos trovadores, que murieron cuando comenzaban a hacerse admirar por sus ritmos tan originales y evocadores como por los ricos juegos de romántica espiritualidad que nutren sus versos, son muy merecidamente considerados como los precursores de la poesía moderna entre nosotros, como los abridores de nuevos rumbos a la fantasía estética.

Doña Aurora Estrada como si hubiese vivido perpetuamente cubierta con el manto frío y plateado de la luna sin que recibiera su alma los vivíficos resplandores del sol teñido de sangre de su tierra natal! Sólo así se comprende que su espíritu estuviese saturado de esa melancolía tan honda que conduce casi siempre a ver la vida envuelta en el filosófico velo pesimista tejido por Schopenhauer. La Safo quiteña Doña Dolores Veintimilla de Galindo, de temperamento distinto al de la costeña Señora Estrada, usó los arrebobos líricos que le permitieron contemplar los colores de la brillantez del cielo de su ciudad natal y podía caldear la sombría mansión en la que le asediaba la muerte. Hasta la vestidura con la que ella misma se amortajara para despedirse eternamente de la aurora, en la que se vació su estro, estuvo tachonada de estrellas y de luminosidades de sol. De vivir Lope de Vega en estos tiempos y escanciar su exquisitez sinfónica le habría calificado, sin hipérbole, a la Sacerdotisa quiteña de la Safo e-

cuatoriana como la calificó en aquella época a la riobambeña Señora Dávalos.

* * *

Las producciones pictóricas de nuestros artistas, como lo tenemos expresado repetidas veces, no son indiferentes a los problemas sociales y económicos de la hora. Ordinariamente los motivos que los desarrollan son los relacionados con la raza indígena y las clases obreras que las representan con facciones deformes y expresión de angustia como para manifestar las injusticias sociales de que son víctimas y provocar reacciones contra las clases opresoras o adineradas. El fin fundamental que persiguen nuestros pintores, novelistas y sociólogos es el de conmover y alcanzar, provocando el enternecimiento y la compasión colectivos, su mejoramiento y redención social. Y exageran intelectuales y artistas las congojas y aflicciones de sus figuras con el propósito muy noble y muy humano desde luego de que las Corporaciones llamadas a amparalas dicten leyes que tiendan directamente a su mejoramiento moral y material y su nivelación cívica y social. Así que tema obligado es de intelectuales y artistas ensombrecer la condición económica y social de las clases proletarias para obtener momentánea celebridad y dar la impresión de que no estamos retrasados en nuestros problemas sociales. Creemos sinceramente que por rectos y amplios senderos de una ética social reformadora bien orientada se alcanzarán los ideales sociales anhelados por las clases postergadas que claman por el advenimiento de una fase de mayor justicia social. Por encrucijadas y engañosos espejismos que fascinan a las multitudes rudas e inconscientes se consiguen perturbaciones difíciles de apaciguarlas por la impetuosidad de sus oleadas. Muchas veces sus agitadores o apóstoles que alimentan acaso en sus interioridades ambiciones que creen obtenerlas de ese estado de enajenamiento colectivo pagan terriblemente su atolondramiento e imprevisión.

Deber imperioso es de los que tributan culto a las Bellas Artes, por lo mismo que aquel homenaje es resultante de sus exquisitos sentimientos y espiritualidad, no falsear la verdad histórica y reproducir con sus propias coloraciones y matices el paisaje social. Comprendemos que novelistas, sociólogos y pintores procuran con generosa intención, realzar la psicología de las clases adoloridas y que ansían salir de su actual degradación, a fin de obtener sin resistencias su regeneración y el goce de las prerrogativas jurídicas, políticas y sociales de las otras clases. Los propósitos de nuestros artistas del pensamiento, la estatuaría y la paleta son desde luego inmejorables. Mas no es inoportuno sugerirles la conveniencia de que procuren, en lo posible, ajustarse a las condiciones físicas y morales del propio ambiente sin apoderarse de matices extraños. Pues, de esta manera sus cuadros reproducirían su propia atmósfera y sus figuras serían la expresión exacta de nuestro espíritu y de nuestra manera de ser individual y social. La raza merece estimularla retratando sus cualidades psíquicas y orgánicas y colocan-

do en la penumbra las deformaciones de su espíritu. Pues, los estímulos éticos que tienden a fortalecer la disciplina obran con mayor fuerza en la perfectibilidad espiritual de los individuos que aquellos procedimientos que propenden a la insubordinación, a la ruptura de sus compromisos y a la recrudescencia de antiguos rencores.

Cuantos se glorían de laborar ardentemente por la intensificación de la cultura intelectual y artística deben, apartando de sí egoísmos y ambiciones, esforzarse por vigorizar nuestra convivencia propensa a debilitarse por nuestros apasionamientos políticos. Los elementos representativos en lo intelectual y artístico son los llamados a emprender esta noble cruzada de acercamiento y armonización colectivos, a fin de apagar rivalidades y formar con las fuerzas vivas dispersas un organismo fuerte y corpulento que inspire respeto y sea el sustento de nuestro bienestar y prosperidad económicos.

OPINIONES SOBRE NUESTROS ARTISTAS

Si muchas de las composiciones pictóricas de nuestros jóvenes artistas han merecido severas censuras aún de personas cultas y que no son profanas en el ramo; mas no se puede desconocer que poseen excelentes disposiciones artísticas, las que inteligentemente bien encauzadas ofrecerían producciones que comunicarían prestigio a nuestra cultura. En estos jóvenes pintores y escultores lo que merece aplaudirse es su afán y decisión por estudiar nuestros propios problemas sociales y atmosférica; manera única de obtener cuadros cuyas figuras sean la expresión real y viviente de nuestro medio y no figuraciones exóticas que no ofrezcan el menor rasgo psicológico de nuestra constitución individual y social.

Al ocuparse de los lienzos y esculturas expuestos en las últimas Exposiciones auspiciadas por la Casa de la Cultura Ecuatoriana y pertenecientes a los Señores: Diógenes Paredes, Eduardo Kingman, O. Guallasamín, Pedro León, Jorge Garrido, José E. Guerrero, Bolívar Mena, Leonardo Tejada, Luis Moscoso, Jaime Andrade, y otros, el inteligente cronista de arte del periódico "El Comercio", Señor Don Humberto Vacas Gómez, refiriéndose a los asuntos desarrollados en los lienzos y esculturas, se expresaba con mucho acierto al afirmar que estos jóvenes en quienes se descubría un afán de encontrar un arte propio, como lo han realizado con lucidez los artistas mejicanos, son dignos de los mejores estímulos; ya que alimentaban los nobilísimos propósitos de que en los tiempos presentes tan diferentes de los coloniales en los que el arte obedecía al espíritu religioso y místico de la época, los motivos que debían constituir actualmente las obras de arte eran los relacionados con nuestros propios problemas sociales, con nuestras costumbres y hábitos y con nuestra idiosincracia; a fin de que, bregando por encontrar nuestra propia configuración artística en armonía con las coloraciones y modalidades de la técnica pictórica contemporánea; la nueva escuela artística ecuatoriana recobre el

cetro que empuñara en otro tiempo la renombrada Escuela Quiteña.

Con suma satisfacción leemos las crónicas sobre arte que escribe el mencionado Señor Vacas Gómez, por cuanto descubrimos en él sinceridad y desapasionamiento muy difíciles de encontrar en quienes se dedican a este ramo. Sensible es asegurarlo; pues aún los consagrados alimentan en su entraña terribles egoísmos y miran enfurecidos que alguien emita sus conceptos sobre la materia. ¿No es verdad que tal conducta implica estrechez de criterio y pobreza espiritual? El mencionado Señor Vacas Gómez en sus estudios críticos tan originales descubre la brillantez de su fantasía. Cada vez que nos detenemos en sus crónicas vemos en él al legítimo heredero del fantasear poético de su tío el Padre dominico Fray Enrique Vacas Galindo, Religioso que, en su simpático opusculo "Nankijukima", pinta con derroche de coloración la suntuosidad del paisaje oriental con su espléndida floresta y los caudalosos ríos que le cruzan y con las diferentes tribus bárbaras que habitan diseminadas en esa vastísima espesura haciéndose mutua guerra de exterminio. Convida a conocer el Oriente el libro "Nankijukima" del Padre Vacas Galindo, Religioso que con su paleta cargada de color pinta maravillosamente la prodigiosa riqueza de esos extensos dominios, muchos de los cuales nos dejamos cobardemente arrebatar por el mal vecino a consecuencia de nuestras nefandas disensiones domésticas y las odiosidades políticas que nos han mantenido desunidos y desgastando estéril y criminalmente nuestras energías.

Al ocuparse del escultor Caspicara el Señor Vacas Gómez manifiesta con sensatez que es asunto difícil y motivará en todo tiempo decepciones el pretender escribir sobre cualquiera de nuestros artistas del tiempo de la Colonia y que los investigadores más asiduos apenas han logrado insignificantes descubrimientos en medio de esas nieblas impenetrables. Tales aseveraciones no carecen de fundamento. Repetidas veces hemos confesado que a cada paso tropezamos con lagunas invadables en nuestras investigaciones respecto de nuestros célebres imagineros coloniales a quienes les cupo la gloria de haber rivalizado con los afamados maestros peninsulares. Si todavía los Archivos se niegan a revelarnos los factores que intervinieron en el asombroso desarrollo de sus capacidades estéticas; pero si podíamos afirmar que las imágenes salidas de la portentosa gubia de los incomparables maestros: el Padre Carlos, Pampite, Legarda, Caspicara, Diego Rodríguez, son inconfundibles y se las conoce a primera vista por su técnica diestra, vigorosa, profundamente humana y evocadora y por la unción mística que las diviniza y mueve fervorosa y reverentemente a rendirles culto y mirarlas como la expresión de la más excelsa espiritualidad.

Con más estudio y dedicación el simpático cronista de "El Comercio" Señor Vacas Gómez nos ofrecerá estudios de sumo interés y que contribuirán al prestigio de nuestra cultura. Muy pocos son los que se han consagrado seriamente a estudiar el Arte entre nosotros. Apoyándose algunos en testimonios aje-

nos han publicado trabajos sobre los Maestros de la Colonia que fueron muy celebrados por los mismos Jurados de Arte, siendo así que no hubo la menor nota original y sí demostraciones de suprema audacia. No obstante el Tribunal proclamaba en su veredicto su elevado mérito crítico-artístico y el público tenía que respetar su candoroso fallo. El mismo Padre José María Vargas O. P., que se ha entregado con ahinco a investigaciones artísticas, en su interesante libro "Arte Quiteño Colonial" con el que se hizo acreedor al premio Tobar, se apropia de opiniones destituidas de fundamento y que manifiestan limitada idoneidad artística. Para quien conozca los estilos y la técnica de los Maestros difícilmente puede atribuir lienzo de un autor a otro como suele ordinariamente acontecer con los Profetas del templo de la Compañía que se empeñan los P. P. Jesuitas, entre ellos el erudito Padre Francisco Vásconez, autor del importantísimo opúsculo "El Templo de S. Ignacio de Loyola" en atribuirlos al Hermano Hernando de la Cruz los lienzos de los Profetas que son salidos del maravilloso pincel de Gorívar. Ciertamente que el Hermano Hernando de la Cruz fué un gran pintor que influyó eficazmente en la formación pictórica de nuestros imagineros y que su técnica descubre al artista que bebió en las mejores fuentes de la Escuela Clásica. Pero sus mismos cuadros existentes en el templo de la Compañía y en el Museo, uno de los cuales ilustra el mencionado libro del Padre Vargas, están demostrando que el citado Hermano de la Cruz está afiliado a la Escuela Tenebrista del célebre pintor italiano Carvallo cuya obra maestra del Descendimiento de Cristo existe en el Museo del Vaticano.

Los lienzos de los Profetas, no obstante ser copiados de grabados de una Biblia antigua, están atestiguando la paternidad de Gorívar por la admirable armonía de su coloración sinfónica, la energía de sus toques, el magistral empleo del claroscuro, sus cielos y paisajes de incomparable naturalidad y hermosura. Al respecto decía con claro criterio el Padre Fernández Franciscano que en los lienzos de los Profetas pintados por Gorívar existentes en el Refectorio de San Francisco se manifiesta en toda su magnificencia artística el esclarecido pintor quiteño. Idénticas apreciaciones oíamos al Padre Franciscano Fray Benjamín Gento Sanz que investiga con mucho talento y suficiencia la cultura artística de la Colonia. No conocemos cuadros del Hermano panameño Hernando de la Cruz con cielos y paisajes que constituyan el fondo. Los oscuros profundos que contrastan con los enérgicos toques de luz conservando unas gradaciones de color de incomparable riqueza son propias de Gorívar. Los testimonios de los Padres Jesuitas Visitadores de que todo el templo de la Compañía de Jesús estaba ya adornada con cuadros pintados por el Hermano Hernando no acreditan de que los lienzos de los Profetas fuesen suyos. De pretender atribuir al Hermano Hernando los cuadros pintados por Gorívar tendríamos que dicho Hermano Jesuita trabajó intensamente, descuidando sus oficios religiosos, para la Compañía, San Francisco, Santo Domingo, San Agustín, La Merced, la Catedral, Guápu-

lo, etc. Los lienzos de Gorívar son inconfundibles. Y se caracterizan por sus majestuosos efectos del claroscuro viniendo por ello a ser tenido como el Tintoreto de la Escuela Quiteña. El Padre Vargas sin pensarlo incurre en contradicción. Si en la página 114 de su citado libro sostiene siguiendo al Padre Jesuita Francisco Vásconez y apoyándose en las aseveraciones de Rodríguez Docampo, Jacinco Morán de Butrón y Juan de Velasco, que los profetas de la Compañía son del pincel del Hermano Hernando de la Cruz, no comprendemos que en las dos láminas de los Profetas que ilustran su libro asegure que son de Gorívar. Si tenía ya la certeza de que los lienzos de los Profetas eran salidos del pincel del Hermano Hernando no debió en manera alguna presentarlos como de Gorívar. Nosotros apoyándonos en su técnica y en la fuerza y vivacidad de su coloración musical sostenemos sin apoyarnos en ajenos testimonios que los Profetas del templo de la Compañía son brotados de la maravillosa paleta de Gorívar. Si los cuadros de Hernando de la Cruz que adornaban los tránsitos y aposentos se hallan en parte en los claustros altos del actual convento de la Merced como asegura en la misma página de su libro, ahí mismo ha debido estudiarlos detenidamente y luego efectuar comparaciones entre la manera y procedimientos pictóricos del uno y los del otro. Así con un poco de versación sobre el ramo pictórico habría salido de sus dudas y podido convencerse de que los Profetas del templo de la Compañía son realmente de Gorívar. A falta de documentos que acrediten la autenticidad del autor sí puede establecerse como verdad el testimonio de los conocedores y también la tradición. A los viejos pintores Don Juan Manosalvas, Don Rafael Salas, Don Joaquín Pinto y N. Venegas les hemos oído repetidas veces que los lienzos de los Profetas son de Gorívar.

La Patria ha tenido la suerte de que varios de sus hijos la desnuden de elementos que constituyen sus legítimas glorias. Para aquellas mentalidades consagradas todo lo echan a rodar si no está apoyado en auténticos documentos: el tal Reino de Quito no existió sino el Imperio de los Hijos del Sol, porque se desconocían las obras en las que apoyaba sus relaciones históricas el Padre Velasco; Miguel de Santiago, Gorívar y Samaniego no podían ser quiteños sino españoles, porque su técnica era la misma que la de los famosos Maestros de la Escuela Sevillana. Y todavía ciertos cronistas que presumen de idóneos, siguiendo al Padre agustino español Valentín Iglesias y a Don Víctor Puig también español, se atreven a negar la originalidad de Miguel de Santiago. Creemos que debemos combatir seriamente las opiniones de ciertos intelectuales consagrados hasta destruirlas y afirmar así la glorificación de nuestros antiguos historiadores y artistas que elaboraron por el prestigio de la cultura intelectual y artística de la Patria. Juzgamos que la demasiada escrupulosidad científica de varios de nuestros intelectuales les hace aparecer como saturados de egoísmo y carentes de fervores cívicos. En tanto en otros pueblos con mayor sensatez se afanan por estimular y engrandecer a sus figuras por mediocres que fueren; entre nosotros procuramos con saña a-

ularlos poniéndolos en ridículo. ¿Cuando reaccionaremos benévola-mente destruyendo de nuestra psicología esos estigmas aborígenes que nos mueven a la discordia, la emulación y debilitar los vínculos de convivencia? Tenemos complacencia en la crítica, porque de ella se sacan enmiendas que conducen a la perfectibilidad literaria y artística; pero esa crítica sabia, serena, desapasionada y sociable que enseña y no deja en el alma resentimientos.

* * *

Movidos de aquellos sentimientos que conducen al desarrollo y perfectibilidad de nuestros jóvenes en lo intelectual y artístico nos hemos permitido emitir ciertas apreciaciones nacidas de la sinceridad y de un afán de que nuestros cultivadores sean elementos que propendan al brillo de nuestra cultura y se manifiesten como legítimos herederos de las glorias artísticas de nuestros antepasados. Por ello deseamos que nuestros intelectuales y artistas no sean imitadores o esclavos de exóticas ideologías sociales y de movimientos estéticos transitorios provenientes de aquellas situaciones de nerviosidad y desasosiego colectivos en que difícilmente pueden mantenerse en un nivel de equilibrio las facultades del espíritu. De ahí que las producciones intelectuales y artísticas que aparecen en estos momentos de transición que sobrevienen a raíz de las grandes catástrofes que remueven las cimentaciones substanciales de los pueblos obedezcan a esos anormales estados psíquicos. Las más de las composiciones pictóricas que el público ha visto en las últimas Exposiciones auspiciadas por las Casa de la Cultura no ofrecen esas variadas y ricas notas de color y armonía que emocionan gratamente el alma más entristecida y le sugieren tantas ideas de orden superior. Hasta en el dibujo se nota la marcada intención de no ajustarse a sus normas invariables. Excesivas desproporciones se notan en las manos y los pies y hasta en las facciones de las figuras de sus lienzos. Por más que pretendan con aquellos abultamientos demostrar ciertos estados psicológicos de la raza y de las clases desheredadas por cuya redención tanto claman, se nota a primera vista que las imágenes de sus lienzos no guardan correspondencia con las de la naturaleza. Y proceder en esta forma es falsear la verdad histórica y de sinceridad.

A veces nos figuramos que nuestros jóvenes artistas propenden seguir las tendencias pictóricas de los artistas franceses de la guerra, quienes se mantienen indecisos y en lucha abierta pretendiendo obstinados retornar unos a lo real en tanto otros quieren volver al puro clasicismo, declarándose contrarios a la deshumanización del arte. Pero, según Roger Bastidas afirma en su artículo publicado en "Letras del Ecuador" de La Casa de la Cultura Ecuatoriana, con referencia a Jermain Bazin, Conservador del Museo de Louvre, parece que la característica de la pintura de la guerra es el retorno al cubismo, el cual ha constituido la nota dominante del Salón de Otoño de 1944; opinión digna de tomarse en cuenta por lo autorizado de ella.



Nuestros jóvenes pintores temerosos de ser tenidos por rezagados siguen sin maduro examen las tendencias estéticas europeas sin pensar que son brotes muchas de ellas, como insistentemente venimos repitiendo, de anormales situaciones de espíritu provenientes de sucesos de trascendentes desenlaces dolorosos. Aquellos estados sombríos muy natural es que originen perturbaciones psíquicas que se traduzcan en esas interpretaciones asaz opacas y terríficas que hacen de la naturaleza. Las figuras que se ostentan en el fondo indeciso de sus lienzos descubren la pesadumbre o el abatimiento demasiado hondo que aprisiona su alma o el pavor que la tortura y desconcierta. En las Exposiciones verificadas hasta hoy hubo muchos lienzos con motivos de la guerra mundial. Sin duda, varios de nuestros artistas quisieron demostrar que sus sentimientos no eran indiferentes a los dolores y aflicciones que acongojaban a los pueblos que participaron directamente en el conflicto mundial. Refiriéndose a esta Exposición de La Casa de la Cultura Ecuatoriana en su publicación "Letras del Ecuador" dice: "Constituyó el 1er. Salón Nacional de Bellas Artes una de las más completas muestras de la pintura y escultura del Ecuador que haya logrado hasta hoy el más destacado acontecimiento artístico del año".

La Casa de la Cultura Ecuatoriana, a más de los Veinte Mil Suces que señaló para premiar al mejor cuadro y la mejor escultura y otros tantos cientos que invirtió en adquirir algunos lienzos de los expositores para agasajarlos, ha querido estimularlos, ponderando el espléndido éxito de la mencionada Exposición, con el laudable propósito de excitar el entusiasmo de nuestros artistas y conseguir así su mayor cooperación. Causa mucha desazón la apatía con que miran estos Certámenes nuestros artistas teniendo conciencia que redundan física y moralmente en su propio beneficio, pero precisa confesarlo que muchos no concurren por ridículas emulaciones y quizá otros por vanidad. Y en el fondo de todo puro egoísmo! Pues, muy crudos son los egoísmos que sustentan los pintores y los músicos. Parece increíble que almas delicadas guarden tantas odiosidades y miseria!

LA BOLIVARIANA

Es otra de las asociaciones que trabaja asiduamente en bien de la cultura patria. En sus comienzos apenas daba indicios de su estabilidad dada la índole voluble del espíritu ecuatorial. Varias Sociedades Literarias y Científicas tuvieron un comenzar entusiasta y lleno de fervor. Pasado un tiempo fueron apagándose los primeros ardores y luego sobrevino la indiferencia y por consiguiente la disolución. No otro ha sido el desenlace de Sociedades de intelectuales y artistas que cobraron prestigio y que de continuar habrían sido dignos exponentes de la cultura intelectual y artística de la República.

Varias personas admiradoras de ese genio portentoso del Libertador y que han seguido paso a paso su vida de batallador,

de rescatador de pueblos y de constructor de Repúblicas, concibieron la ennoblecedora y plausible idea de formar La Bolivariana cuyo fin primordial era mantener como las sacerdotisas del templo de Vesta siempre vivo el culto al Libertador y procurar por los medios más edicaces extenderlo no sólo dentro de los dominios de la República sino por todo el Continente. Ese grupo de admiradores de Bolívar y a cuya cabeza estaban Don Carlos Ibarra, el Doctor Francisco Chiriboga Bustamante, el Doctor Luis Felipe Borja, el General Angel Isaac Chiriboga, el Canónigo Juan de Dios Navas y otras personas de idénticos merecimientos, reuníanse a sesionar en casa del Señor Ibarra. Día por día crecía el número de sus socios y sus anhelos de cristalizar en forma tangible su homenaje al Libertador. Y La Bolivariana formalmente constituida y con carácter jurídico decidió trabajar asiduamente por que se llevara a la práctica el Monumento a Bolívar que decretara años ha un Congreso de la República. Efectivamente, esta Asociación con el ilustre Ayuntamiento que en toda época ha dado pruebas elocuentísimas de interesarse ardentemente por cuanto se relaciona con el civismo, la integridad y el progreso de la República, y el Gobierno procedieron a formalizar el contrato del Monumento al Libertador con unos artistas residentes en París. Como resultaron, a juicio del Jurado, ser los preferidos en el concurso internacional que se abriera para la realización de aquel grandioso monumento en el cual estuviesen compendiados los diversos aspectos de la fisonomía de ese genio tan gigantesco y de la realización de aquel grandioso monumento en el cual estuviesen compendiados los diversos aspectos de su fisonomía y de la realización de los ideales que alimentaran estos pueblos en los siglos de soportar las opresivas cadenas de la esclavitud.

Verdaderamente, los artífices triunfadores consiguieron en su monumento tan lleno de originalidad, de estilo moderno y que se diferencía un tanto de los que se ostentan en otras ciudades latinoamericanas, expresar hermosamente los sentimientos de admiración y gratitud del pueblo ecuatoriano. Pues, sólo reflexionando con madurez filosófica sobre la serie de consecuencias bonancibles y a cual más beneficiosa que se desprenden de la autonomía que obtiene todo un Continente después de un vivir de opresión y obscuridad espiritual de luengos siglos, se podía idear un monumento tan original y tan grandioso como el que se levanta en el mejor de los lugares de Quito. Allí se lo mira al Libertador sobre un brioso corcel de vencedor señalando a los pueblos y generaciones con la mano levantada los espacios bañados de luz y el porvenir inmenso de prosperidad y esperanzas que se abren a los pueblos que lucharon por la realización de sus ideales. Sólo con la libertad bien entendida y sin tutelajes exóticos que sublevan el espíritu por su disfrazada intervención pueden prosperar física, moral y espiritualmente los pueblos. ¡Cuánto se amargaran hoy Bolívar y Sucre palpando que muchos de los ideales del pensamiento y del espíritu por los cuales tanto batallaron se encuentran marchitos en medio de un

aparente progreso material que exhala herrumbre de los grilletes puestos al pensamiento y la conciencia! No otra es la fisonomía actual del mundo reveladora de nuevas congojas e inquietudes. Parecía después de la tremenda hecatombe aclararse la brumosa atmósfera universal. Manifiesto es el tutelaje que procuran ejercer las Naciones poderosas sobre las débiles. Por muchas razones que se invoquen para cubrir las imposiciones se patentizan las restricciones libertarias impuestas por los Estados fuertes a los pueblos que se resisten a obedecer sus mandatos. Los bellos ideales democráticos, que se invocaron para que las Naciones grandes y pequeñas participaran en el conflicto mundial en defensa de aquellos sagrados principios, vemos entristecidos que descienden a su ocaso. Para que la paz impere en el mundo y resurga un nuevo amanecer de ensueños y esperanzas precisa sosegar los egoísmos y ambiciones de los dirigentes de las grandes Naciones y que en la nueva reconstrucción del mundo se proceda a resolver a base de inquebrantable equidad las pertenencias de las pequeñas Nacionalidades de acuerdo con sus justas alegaciones.

La memoria del Libertador y del más esclarecido de sus Tenientes, el Mariscal de Ayacucho, nos ha movido, al hablar de los elevados propósitos cívicos y de acción social y de cultura que persigue La Bolivariana, extendernos en digresiones relacionadas con los hermosos ensueños libertarios por cuya realización se lanzó aventuradamente Bolívar a luchar con locura con fuerzas mayores. Hoy el civismo de los hombres y de los dirigentes de pueblos descansa sobre pedestales económicos o comerciales. Ya el Civismo no es la floración de las virtudes altruistas de aquellos ilustres patricios que conceptuaron como imperativo deber sacrificar vida y bienes por la prosperidad y bienestar de su pueblo y de sus conciudadanos. No hay duda que en el pensamiento y la conciencia de aquellos eminentes patricios se mantenían vivaces los ideales cívicos como en los caballeros andantes de la Edad Media. Y como en los tiempos actuales priman sobre las cualidades del espíritu los sentimientos positivos, esto es los de las ambiciones e intereses, ocupando lugar muy secundario los intereses y conveniencias colectivas, muy razonable y justo es enfervorizar el culto hacia aquellas figuras como la del Libertador y la del Mariscal de Ayacucho quienes se sacrificaron por la redención de tantos pueblos. Y como La Bolivariana en su culto al Libertador sustenta como imperativo deber el intensificarlo día por día, muy justo es hacer visible la labor cultural que efectúa en favor de la reputación nacional y de su devoción por el Genio a quien tanto idolatra.

A La Bolivariana le sobrevino un grave ramalazo con la muerte del Señor Don Carlos Ibarra, quien fué un de los más apasionados admiradores del Libertador. Y era muy delicado para aquella benemérita Asociación continuar sesionando en casa de sus deudos. Con tal motivo atravesó el riesgo de su disolución. Afortunadamente sus dignatarios los Señores Doctores Don Francisco Chiriboga Bustamante, Don Luis Felipe Borja y el General Don Angel Isaac Chiriboga junto con el Secretario

Dr. Alberto Muñoz Borrero, igualmente fervientes admiradores del Libertador, se apresuraron en adquirir una casa para que La Bolivariana sesionara normalmente en edificio propio. Con la cantidad que la dejara en su testamento a La Bolivariana Don Carlos Ibarra y con otros auxilios económicos de sus socios procedieron a comprar una casa a Doña Clemencia Lasso. El Doctor Francisco Chiriboga fué el que insistió tesoneramente en la adquisición de dicha propiedad alegando, con sobrado fundamento, que la techumbre propia es la que da cimentación a una Entidad de esa naturaleza.

La Bolivariana cobró mayor fortaleza al amparo de su propiedad. Allí tienen un amplio salón para sesiones y conferencias públicas; un departamento para Biblioteca y otro destinado a Museo en el cual se exhiben varias prendas pertenecientes al Libertador y algunas al Mariscal de Ayacucho. Su labor de acción social y de cultura es eficaz e ilimitada. Frecuentemente sus socios y otros intelectuales nacionales y extranjeros suelen dar conferencias de carácter histórico y científico que ilustran a la concurrencia. Sostiene, además, una Revista que publica periódicamente y en la que aparecen trabajos de suma importancia histórica de sus socios y de escritores de crédito nacionales y extranjeros. Anteriormente expresamos que el trabajo más activo y fervoroso que había efectuado y efectúa La Bolivariana es el de procurar que más allá de las fronteras patrias se funden Asociaciones similares que rindan perpetuo culto al Libertador. Varias Naciones han correspondido a sus plausibles anhelos viniend por ello a ser reconocida La Bolivariana por declaraciones de los mismos Ministros diplomáticos de las otras Repúblicas como la que tiene el Procerato en su culto al Libertador.

Al ocuparnos de la cultura intelectual y artística de la Patria muy justo era dedicar unas cortas frases a la labor de suma eficacia que efectúa La Bolivia en favor de nuestra cultura. La índole de nuestro estudio no nos permite extendernos más y creemos haber cumplido con nuestro deber al sintetizar en nuestros conceptos su labor laudable y ejemplarizadora.

EL INSTITUTO PEREZ PALLARES

Las acciones más preciadas y dignas de alabanza en toda sociedad son aquellas que propenden a combatir las dolencias de la humanidad, dulcificar los amargores de la miseria y ennoblecer moral e intelectualmente a aquellas almas que, por falta de sustento espiritual, se mantienen en la obscuridad llevando un vivir salvaje y depresivo para la dignidad del hombre. Si un imperativo deber obliga a todo aquel que posee caudales a contribuir con liberalidad y en una forma apreciable en obras de acción social de positivo beneficio colectivo; mas no por ello las clases sociales que son favorecidas con tales beneficios deben dejar de reconocer las obras piadosas de las personas que concurren a llenar fines altruistas de gran trascendencia social.

Algunos acaudalados, entre nosotros, un tanto avaros e impregnados de egoísmo, creen sin percatarse de la realidad, que su fortuna la han adquirido al amparo de su inteligencia y de sus energías. De ahí que su mirar sea indiferente a obras benéficas que dulcifiquen los amargores de aquellas clases que, acongojadas por la miseria, alimentan siniestros propósitos contra las clases acomodadas. En la formación de las grandes fortunas contribuyen las actividades con más o menos eficacia de patronos y labriegos. Por eso somos partidarios, sin sustentar malsanas ideologías sociales, de la participación que deben tener proporcionadamente en las utilidades agrícolas e industriales cuantos han cooperado a su obtención. Este nuevo aspecto que povoca serias resistencias entre nosotros sí ha sido llevado a la práctica por propietarios muy humanos e inteligentes que se han dado perfecta cuenta de la situación del momento. Cumple a toda persona sensata y de ética bien cimentada proceder en aquella forma para contrarrestar la labor siniestra de abogadillos que sin ápice de pudor vienen provocando serias complicaciones en la agricultura y las industrias.

Gran parte de este desconcierto ha originado la escasez y dado ocasión para el aumento desproporcionado de los víveres y para que se haya apoderado de los negociantes en general un desbordante afán de explotación. Y la iniquidad continua avante y no se dictan providencias para remediar sesudamente esta anomalía que puede conducirnos a una hecatombe. Los elementos faltos de honra y vergüenza, que se precian de originar tantas dificultades en las fábricas y en los campos aparentando compadecerse de las injusticias de que son víctimas las clases trabajadoras, no reflexionan en los daños irreparables que ocasionan a la Patria, la sociedad, la moral y la convivencia social. La indisciplina han conseguido introducirla en las actividades agrícolas e industriales. ¿Y no es verdad que la indisciplina motiva complicaciones de toda especie?

Los egoísmos y escasa filantropía de algunos acaudalados atizan la antipatía y fomentan el comunismo. Esto es el afán ciego de apropiarse de la riqueza de aquellas gentes avaras e incomprensibles que rehusan contribuir para esas obras ennobecedoras de acción social que aquietan tantas dolencias y enojos y dejan en la conciencia de quienes desinteresadamente las ejercen inefable satisfacción. Pues, ese proceder mezquino y mirar estrecho de algunos ricos han obrado aciagamente en las determinaciones de algunos Congresos y Asambleas los cuales han expedido leyes un tanto temerarias que tienden a cercenar desproporcionadamente los bienes de las familias. Cierto que el rico es el blanco de la envidia y la maledicencia y que sus mismos aduladores que deleitan su vanidad no los estiman de veras. Pero, en medio de los egoísmos, murmuraciones y maldades sociales siempre se conquistan la gratitud y se imponen socialmente aquellos acaudalados que favorecen en silencio a los necesitados y acuden fervorosos a enjugar sus lágrimas. En todo tiempo son celebrados aquellos que procuran dignificar por medio de la educación y la cultura a miles de niños

que, sin estímulos económicos de tal índole, no brillarían su inteligencia ni tuviesen conciencia de los deberes y obligaciones que tienen que cumplir como ciudadanos para con la Patria, la familia, la sociedad a la que se hallan íntimamente vinculados.

En pueblos en los cuales son muy frecuentes los casos de acaudalados que destinan gran parte de su fortuna a fines de Beneficencia o Asistencia Pública, aún en ellos son ensalzados los filántropos que proceden en forma de un desprendimiento tan noble. Con tanta mayor razón deberán ser glorificados entre nosotros los pocos ricos que, con ejemplar desprendimiento, consagran su fortuna al sostenimiento de Establecimientos de Educación. Precisamente este es el caso de la Señorita Rosa Pérez Pallares, quien, con un singular sentido práctico, construyó personalmente un monumental edificio para que recibieran educación niñas del verdadero pueblo. Y para que dicho Colegio no tuviese tropiezo alguno, después de sus días, instituyó una Junta, a la que le entregó sus bienes por escritura pública; Entidad que, con personería jurídica, tendría la representación y gobierno del Instituto "PEREZ PALLARES" en lo sucesivo. Tal proceder que pone al descubierto el altruismo de dama tan distinguida es digno de encomio por lo excepcional que es entre nosotros.

El desprenderse de bienes privándose de los halagos y goces que ofrece copiosamente la vida a quien los posee en abundancia implica una virtud bien cimentada y un desprendimiento en grado heroico, sobre todo si los benefactores se encuentran en una edad en que no se siente la frialdad de la senectud. Con madura experiencia de lo ocurrido con varios bienes dejados en testamentos para obras de utilidad pública que no llegaron a realizarse, como el Hospital para niños del matrimonio Baca Ortiz y otros, la Señorita Pérez Pallares levantó personalmente aquellos monumentales edificios para su Colegio, dando hermoso ejemplo de la manera como deberían proceder las personas ricas que alimentan idénticos propósitos. Sólo poniendo en ejecución personalmente los objetos altruistas de acción social educadora se satisfacen aquellos elevados anhelos que van sembrando de aromáticas flores el camino y conquistándose la gratitud de generaciones que, educadas bajo un régimen de moral y de austera disciplina y de otros conocimientos en ramos de utilidad práctica, constituirán en todo tiempo un elemento de concordia y de bienestar social. Por el valioso concurso que presta a la educación el Instituto Pérez Pallares y por las consecuencias de orden moral y de dignificación individual y social que de ello se desprenden, el Ilustre Ayuntamiento de la Capital de la República procedió con justicia que le honra al condecorarle solemnemente y declararle Hija Ilustre de Quito a la Señorita Rosa Pérez Pallares.

LA DOCENCIA DE LOS ESTABLECIMIENTOS CONFESIONALES

Las bruscas transformaciones políticas en pueblos que su temperamento no puede abstraerse al influjo del ambiente tropical acometen cruda y ciegamente las instituciones del Régi-

men anterior, sin darse cuenta del valioso concurso ético y espiritual que prestaron a la educación de las juventudes. Sin apasionamiento político de ningún género opinamos que la educación del campamento que viniere siempre lleva sus claridades que redundan directamente en beneficio de la cultura del país. Preferible a la obscuridad es una educación macilenta que difunda limitados conocimientos; pues por muchas deficiencias pedagógicas que contenga en todo caso coopera a la abrillantación de la inteligencia y fortificación ética del espíritu.

Cierto que la educación en aquellos tiempos anteriores al advenimiento del Régimen liberal estuvo ceñida a la estrechez del medio, si bien es cierto que García Moreno con esa visión extraordinaria de lo que el país necesitaba para su progreso se empeñó por imprimir nuevos rumbos a la educación con cuyo motivo trajo esa pléyade de sabios Jesuítas de fama mundial para la fundación de la Politécnica. Pero con el asesinato de ese gran patriota la Patria perdió una ocasión propicia de ser un centro de cultura y de sabiduría y de difundir sus conocimientos por el Continente. Volvió, pues, la educación confesional a ser reflejo vivo del criterio estrecho del espíritu religioso de la época. Con la fundación de los Normales y la venida de Misiones Pedagógicas extranjeras ya la Educación cobró nuevos bríos y se ha ido poniendo a nivel de los pueblos más adelantados. Con los Métodos de Estudios elaborados por dichas Misiones extranjeras y declarados oficialmente obligatorios en la República se ha conseguido que hasta los Establecimientos de Educación confesional se sometan a lo ordenado por el Ministerio del Ramo.

No se puede desconocer el valioso aporte que prestan a la cultura de la República los Establecimientos de Educación dirigidos por Religiosos. Miles de niños de los dos sexos se educan en ellos y el Estado por sí sólo no podría económicamente atenderlos. Increíble es el sinnúmero de niños y niñas que se educan en aquellos Planteles en los cuales los padres de familia tienen plena confianza de ser educados sus hijos cristianamente y de acuerdo con las normas de moral y de piedad religiosa que inculcaron en su conciencia sus antepasados. Vino a fortalecer esta confianza de los padres de familia en la educación confesional la falta de sensatez y tino de ciertos Profesores laicos, quienes sin el menos respeto a la inviolabilidad de la conciencia del educando se empeñaban en destruir sus creencias aleccionándoles en principios de malsanas ideologías carentes de fé y de civismo. De ahí el que se mantuvieran hasta hoy estos prejuicios respecto de la educación laica del Estado calificándoles con absoluta mala fé de atea. Y esta es una imputación falsa y maliciosa. Fuimos un tiempo Inspectores de Educación Secundaria de la República y en las clases que estuvimos presentes en varios Colegios Nacionales, aún en las de Filosofía, nunca oímos enseñanzas que pusieran en duda los dogmas de la Religión Católica. Sin embargo de existir hoy más tolerancia y mayor amplitud de criterio, en fuerza de evolucionar del tiempo y de las ideologías políticas y sociales que se sustentan, se le hace obstinada oposición a la enseñanza laica, calificán-

dole de atea. La Educación del Estado, como insistentemente venimos expresando, tiene que ser de carácter laico sin que, por la circunstancia de prescindir de la instrucción religiosa que le corresponde directamente a la madre de familia, sea acreedora a temerarias acusaciones que envuelven tamaña injusticia.

Somos partidarios de la absoluta libertad de educación, si nos preciamos de ser una Nacionalidad eminentemente democrática. Si los Institutos Confesionales disponen de elementos que pueden rivalizar con los del Estado, no hay razón alguna para que se los sujete a limitaciones de ningún género. En Naciones más civilizadas y de sorprendente progreso, como Estados Unidos y otras de Europa, son reconocidos por el Estado los títulos académicos conferidos por las Universidades y Colegios confesionales. Mas entre nosotros los partidos políticos adolecen, sin excluir a ninguno, de un fanatismo e intransigencia que les mueven a declarar guerra encarnizada a la enseñanza dada por cada cual, creyendo ver en ella un ataque a sus ideales políticos y por consiguiente a su supervivencia. Y nada más inexacto que ese prejuicio! La misma constitución del Estado le obliga necesariamente al Gobierno a ser neutral en política y en religión para que la libertad de conciencias estuviese ampliamente garantizada y sin que los partidos políticos pretendan bajo pretexto alguno quebrantarla. Si el Estado reconociera a una de ellas oficialmente los otros credos no estarían amparados y peligraría su libertad. Por consiguiente la armonía y concordia que fortalecen la convivencia social desaparecerían al choque entre las parcialidades de los distintos credos y confesiones.

Los Institutos Docentes en los cuales la conciencia del educando está amparada y profundamente respetada como inviolable y sagrada son los Establecimientos que comprenden de veras la misión ética de su apostolado y contribuyen vigorosa y fuertemente a suministrar a la sociedad y la República de elementos que propenden a la unificación y solidaridad de los asociados y a su perfeccionamiento moral y material. El Colegio Americano se precia de venerar la conciencia de sus educandos como el mejor de sus cultos que pudiera ofrecer al cielo en su misión docente. Y tal proceder de docencia ética redundando en beneficio directo de la cultura intelectual y cívica del país. Si en un pueblo no imperan la tolerancia, la concordia y solidaridad entre los asociados base segura de la unidad y de la vigorosa compactación de fuerzas; ese pueblo, a los menores contratiempos está destinado a desaparecer o pasar por grandes humillaciones a trueque de mantener aparentemente su integridad. Por eso gustamos de aquellos Planteles en los cuales se atienden de manera preferente a robustecer la tolerancia que es floración de cultura moral y solidificar los sentimientos sociables que tienen la eficacia de limar asperezas, suavizar intemperancias y reducir voluntades opuestas.

Determinadamente en los Planteles de Educación el Profesorado en obediencia a los deberes que le impone su misión docente está obligado, hasta como ciudadano, a fomentar y vigorizar esos sentimientos sociables que tienen la prodigiosa

capacidad imantada de atraer y no desunir las fuerzas vivas de un pueblo y formar un corpulento organismo que no se quebrante a la más terribles acometidas ni a los accidentes más formidables. Cuando la tolerancia se encuentra hondamente introducida en la conciencia y los sentimientos de concordia y de solidaridad constituyen el sustento del espíritu de una Nacionalidad, por ningún evento se rompen las vinculaciones domésticas por mucha divergencia que exista en los ideales sustentados por los partidos políticos y en las conciencias y credos religiosos de los asociados. Por eso quebrantan excesivamente los sacros preceptos de su apostolado los educadores que procuran inculcar en la conciencia de sus educandos principios ideológicos insociables y envenenados que llevan a la discordia y la disgregación los componentes sociales. En una Nacionalidad donde no imperan la tolerancia y el respeto irrestricto a las conciencias y a los diversos principios políticos; esa Nacionalidad está sujeta a constantes disturbios domésticos.

El Estado para amparar la libertad de conciencias y precaver disturbios que pueden alterar la concordia entre los asociados se acoge a la neutralidad para inspirar plena confianza como un poder que tiene por norma fundamental mantener el equilibrio y la correspondencia colectivos que se relacionan con la supervivencia social. Luego si en Religión y en Política el Estado tiene forzosamente que ser indiferente, de suyo se desprende que la educación sostenida por El no puede ser otra que la laica. ¿Porqué combatirla en forma tan temeraria? Nos place confesar que sustentamos las creencias religiosas que nos inculcaron nuestros padres; mas no por ello hemos de aprobar las injustas acusaciones contra la Enseñanza laica matenida por el Estado.

Y volviendo a la educación confesional no cumpliríamos con nuestro deber si no reconociéramos su valioso aporte a la propagación de la cultura del país. Los Hermanos Cristianos han contribuido eficazmente a modelar el alma de generaciones, de generaciones de niños y a abrillantar sus inteligencias. Mucho les debe la Patria por esa invaluable serie de textos tan magníficamente elaborados para la instrucción de sus alumnos. En cada uno de sus libros se revelan sus concienzudos conocimientos pedagógicos y su estudio de la índole y capacidad del niño. Los alumnos salidos de sus Planteles son aptos para emprender en cualquier oficio u ocupación, especialmente los que se han educado en el Pensionado de La Salle salen muy bien capacitados en varios ramos, que les facilita la lucha por la existencia.

OTROS INSTITUTOS DE CARACTER DOCENTE Y SOCIAL QUE PRESTAN SU CONCURSO A LA CULTURA DEL PAIS Y PROTEGEN EL CRECIMIENTO Y SALUD DE LAS GENERACIONES INFANTILES

La filantropía que en pueblos de legendaria civilización y cultura ha cobrado notables proporciones; entre nosotros son contados los casos de personas de efectivo desprendimiento que

han destinado sus bienes a fines docentes y de acción social benefactora. Esos sentimientos de filantropía; esos sentimientos de condolerse de las miserias de clases que han tenido la mala suerte de nacer bajo la estrella de la fatalidad son propios de almas que han crecido en una atmósfera de vigorosa raigambre ética y de plena cultura y progreso. Pero, entre nosotros, aquellos sentimientos no han adquirido deseable crecimiento, sin duda, por nuestra incipiente civilización y porque el factor económico que es de una potencialidad avasalladora en lo físico y en lo moral no se ha desarrollado en una forma propicia capaz de producir en el seno de nuestra Nacionalidad sorprendentes transformaciones en el pensar y sentir de sus asociados. Por eso, aquellos espíritus que entre nosotros demuestran prácticamente poseer aquellos sentimientos en grado elevado debemos alabar sus obras que propenden a la docencia y dulcificar los amargores y dolencias de las muchedumbres abatidas por el infortunio. Si entre nosotros no son muy numerosos los acaudalados que pueden destinar su fortuna a fines de benéfica acción social; deber es de escritores de sano criterio recomendar sus nombres a la posteridad, como anteriormente lo tenemos expresado, a fin de recompensar así su bello desprendimiento y su ejemplar manera de proceder.

Don Carlos Madrid y su Señora Doña Clorinda Gangotena de Madrid, prototipos de antigua cepa castellana, de aquellos individuos que hacen consistir su nobleza en sus eminentes prendas morales y en su trato afable y urbano aún con el infeliz, llevaron en silencio y con liberalidad su mano protectora al Orfanatorio, a la Casa Cuna. Ellos se dieron perfecta cuenta de que el mayor de los bienes sociales consistía en amparar a tantos seres, a tantas criaturas que no tuvieron la menor culpabilidad de haber nacido bajo un temporal rígido y sin otra luz que alegrara sus ojos que su orfandad y desventura. Ellos comprendieron que de esas criaturas abandonadas y que se vieron privadas del calor materno y de su aliento vital que vigoriza el alma; de muchas de aquellas criaturas salen genios que comunican brillo a la cultura intelectual y artística y son el orgullo de la Patria. En nuestra Historia hay repetidos casos de esos. Muchas veces en sitios yermos y cubiertos de espinares brotan plantas que en lo místico y lo profano dejan regueros de luces y aromas que son el sustento espiritual de una sociedad. No siempre permite el cielo que la fatalidad se solace en destrozar preciosas existencias. Con frecuencia en medio de la espesura de siniestras sombras en que la conciencia se sienta invadida por un funesto pesimismo, de modo imprevisto brilla a lo lejos una estrella prometedora de grandes esperanzas y de un repentino cambio de la suerte.

Y porque Don Carlos Madrid y su Señora discurrían de esta manera ante los cuadros que les ofrecieran estas generaciones infantiles abandonadas al azar protegían copiosamente a aquellas Instituciones. Su hermosa propiedad es hoy Asilo de la Casa Cuna cumpliendo así sus nobilísimos propósitos. Su hermano el Coronel Don Pancho Madrid dejó de igual modo su magnífica

propiedad construída por él al Municipio para que los destinara a la educación. Y el Ayuntamiento ha correspondido dignamente a los objetivos del donante. Sostiene un cuerpo de Profesores idóneos que cumplen en los distintos ramos a satisfacción del público su cometido. Basta fijarse en el Prospecto del Liceo Municipal "Fernández Madrid" para darse perfecta cuenta de los incalculables beneficios que ofrece a la cultura del país y al gobierno doméstico la educación integral que reciben las alumnas. De los distintos lugares de la República, acuden en gran número, para llevar consigo sus conocimientos y habilidades que redundarán en provecho de tantos hogares, que necesitan de elementos preparados técnicamente para no ir a la ruina. El Municipio interpretando el opinar de la ciudad y su gratitud por el benefactor ha dispuesto perpetuar su nombre en el Liceo sostenido por él.

Nuestro Ayuntamiento como digno heredero de las virtudes eminentes y del tradicional afán del antiguo Cabildo de la Metrópoli del Reino de Quito, el cual desde sus comienzos dió palpables pruebas de interesarse vivamente por el progreso y mejoramiento moral y material de la ciudad que se le confiara a su gobierno, no ha omitido, igualmente, medio alguno para satisfacer aún con sacrificios a sus crecientes necesidades y aspiraciones. Por la cultura intelectual ha demostrado tanto interés como el Ministerio de Educación. Allí se ostenta un famoso edificio construído a todo costo y con arreglo a las exigencias de la pedagogía moderna, la Escuela Espejo, en la que pueden educarse desahogadamente más de dos mil alumnos. Asimismo cumpliendo las hermosas resoluciones de la distinguida Matrona Doña Isabel Tobar de fomentar la cultura intelectual de la Patria ha destinado una cantidad para premiar la mejor obra científica que se publicara cada año. Si no siempre se ha procedido con equidad y acierto en la designación de la obra premiada, culpa es del Jurado calificador, mas no del Ayuntamiento. Lo propio puede expresarse respecto del premio Aguilera. No podían ser mejores los propósitos del Doctor Aguilera al dejar su casa al Municipio para que con sus productos premiara anualmente a la obra pictórica que, en concepto del Jurado, sobresaliera en la Exposición de Arte que debía verificarse cada año en la fecha clásica del Primer Grito de Independencia. Quien creyera que un estímulo de esta especie destinado a promover el mejoramiento artístico y conseguir que recuperara el Arte Quiteño el prestigio continental de que gozara en otro tiempo, no satisficiera en absoluto los anhelos del donante. Varios concursos se han declarado desiertos por cuanto las obras presentadas no reunían las calidades exigidas para un certamen artístico que debía corresponder a la solemnidad de la fecha.

Si este fracaso obedece a los desmesurados egoísmos y rivalidades de nuestros artistas en quienes la concordia no encuentra atmósfera para su aclimatación; pero, es indudable que la causa primordial radica en la pequeñez que se ha señalado para la premiación de la mejor obra. Si el Concejo Municipal premiara con diez mil sucres a la primera obra, con seis a la segun-

da y tres a la tercera se obtendría mayor número de expositores atraídos ya con un premio halagador. El Municipio procediendo en esta forma cumplirá satisfactoriamente los mandatos de este ilustre Jurisconsulto quiteño quien demostró gran interés por la cultura artística de su Patria.

Otra Señora que ha propendido calladamente a fomentar la educación confesional es Doña Dorila Salas. Gran parte de sus bienes los destinó a tan hermoso objetivo. No pueden ser mejor empleados los bienes que los filántropos destinan para la educación, ya que sin ella los pueblos se mantendrían en plena barbarie sin tener la menor idea de los prodigios que efectúa la espiritualidad en la mente y la conciencia del hombre civilizado. Por eso la misión del educador en un país de veras culto es la más alta y de inapreciable importancia ética y espiritual. Aquello de dedicarse religiosamente a pulir la rusticidad de dar tersura a las asperezas de la psicología infantil hasta obtener que refleje por sus contornos los resplandores de su alma; es la suprema de las obras del magisterio por lo ardua, penosa y la enorme responsabilidad que tiene en la modelación del alma infantil para con la Patria y la familia. Cuan pocos son los que se penetran de la verdad de su misión!

Si los maestros tienen parte activa de incalculables proporciones en la cultura de un pueblo; también la tienen quienes se desprenden hidalgamente de sus caudales para destinarlos a la educación o a otros fines de acción social. Por eso es más allá de razonable y justo encomendar su memoria a la posteridad. El ramo educacional requiere para atender debidamente a sus variados aspectos de fuertes desembolsos que, a veces, no puede suministrarlos el Estado en su totalidad por premiosos compromisos o necesidades del momento. Por lo mismo son dignas de la gratitud nacional aquellas personas que contribuyen espontáneamente con su dinero a fomentar la cultura intelectual y artística de la República. A ese simpático grupo de filántropos pertenece Doña María Augusta Urrutia de Escudero, matrona distinguida que ha destinado su fortuna a fines de acción social y de cultura.

En los Estatutos de la Fundación "Mariana de Jesús" aprobados por el Ministerio de Previsión Social y Trabajo, según Acuerdo N 894 de 6 de diciembre de 1939, expedido por el Gobierno, constan los propósitos de acción social y de cultura que se propone dicha Institución creada por Doña María Augusta desarrollar en beneficio directo de las clases necesitadas. La Fundadora con un conocimiento claro de la realidad de la vida ha visto que las estrecheces y angustias motivadas por la pobreza desvían a muchas personas del recto camino para lanzarlas con frecuencia al despeñadero y convertir las en elementos perturbadoras del concierto social. De allí que constan de manera preferente entre los Artículos de sus Estatutos: 1º Enseñanza e instituciones complementarias; 2º Alimentación gratuita o barata, según los casos; 3º Alojamiento apropiado para estudiantes; 4º Ayuda a familias obreras ecuatorianas, prefiriendo a las más numerosas, proporcionándoles habitación barata, relativa-



La Beata Mariana de Jesús. Obra de Míderos — propiedad de Doña María Augusta U. de Escudero

mente cómoda y decente, en la ciudadela que se denominará "BARBA AGUIRRE" y que se edificará conforme a los planos aprobados ya por el Ilustre Concejo Municipal, a costa de la Fundadora, en terrenos de la hacienda "La Granja".

Consta, además, como condición fundamental que todas las obras de la Fundación tendrán carácter católico; el cual se conservará en todo tiempo por voluntad inviolable de la FUNDADORA. Su idea fija es la de proteger por todos los medios los Institutos de carácter católico fundados por Ella. Por eso hace constar en el Artículo Decimo Noveno que si por acción de cualquier fuerza extraña al cuerpo directivo de la FUNDACION se pretendiere cambiar el organismo de la administración o dar diverso destino a los bienes, o asignarles diverso dueño, los bienes donados por la FUNDADORA o su valor equivalente, volverán a propiedad de la donante, y si no existiere a sus parientes.

Los apasionamientos políticos demasiado crudos entre nosotros han sido causa para que aquellas personas que han dedicado sus bienes para la educación confesional atemorizadas de lo que pudiera efectivamente acontecer con el predominio de aquellas agrupaciones políticas que procuran en todo momento hacer ostensible su odio implacable hacia aquellos Institutos, hagan esfuerzos por salvarlos. Ese mismo temor ha motivado esas donaciones secretas o las entregas de fuertes cantidades a determinadas Congregaciones para que fomentaran la educación religiosa. Tratándose de la educación, repetimos insistentemente, que un pueblo es tanto más culto y civilizado en tanto es más tolerante y reconozca la absoluta libertad de enseñanza y de conciencia. En naciones que el Estado ampara las diversas religiones, sin decidirse por ninguna, se reconocen los Títulos Académicos conferidos por los Establecimientos de educación confesional. Y se explica claramente ese proceder probó y de ética bien cimentada, ya que se ha tomado en cuenta la enorme contribución que prestan los Institutos confesionales a la cultura del país. Sólo entre nosotros se manifiesta marcada animosidad por Ella. ¿Cuando seremos más ecuanímenes, más razonables y condescendientes y de veras cultos?

Nuestras juventudes deseosas en todo momento de novedades y escasamente preparadas para aceptar con tino y sensatez esas nuevas corrientes ideológicas cuyas innovaciones causan formidables y desapacibles trastornos sociales y económicos en colectividad de mayor cultura y moral que la nuestra; nuestras juventudes, repetimos, acogen con más fervor y delirio que los mismos pueblos que las procrearon aquellas ideologías que no dejan de ocasionar serios temores en la gente de bien. He aquí la causa para que personas bien intencionadas y de nobles sentimientos procuren ocultar sus donativos para la educación confesional en una forma que los ampare de aquellos peligros. Doña María Augusta ha previsto lo que puede acontecer con sus Fundaciones y por eso consigna en los Artículos de sus Estatutos sus disposiciones al respecto.

En el edificio de la calle García Moreno, que se comunica con el de la plaza de San Francisco, está invirtiendo mucho di-

nero en dotarle de todas las comodidades para que llene realmente los diversos fines de acción social y de cultura que se propone realizarlos con talento e hidalguía aquella Matrona tan distinguida. Sus primeros propósitos fueron los de fundar la Universidad Católica.

Mas receló de coronar aquellos ideales que habrían realizado más sus bellas virtualidades por cuanto las cantidades de que disponía no alcanzaban, según sus cálculos, a cubrir el sostenimiento de ese exponente de elevada cultura. Ella ambicionaba para su Patria, como descendiente de ese ilustre personaje Don Juan Pío Montúfar, Marqués de Selva Alegre, a quien tanto debe la República, un Establecimiento que rivalizara con la Universidad Católica de Colombia que tanto prestigia a la docencia y cultura de ese país, de suma sensatez y patriotismo, hasta por la variada índole de sus publicaciones literarias y científicas entre las que descuella muy merecidamente la "REVISTA JAVERIANA" en la que se encuentran trabajos de suma importancia filosófica y artística. Allí hemos podido ver estudios sobre Arte del eminente Jesuita R. P. Eduardo Ospina; estudios que nos han impresionado mucho por su erudición y sus profundos conocimientos sobre ramo tan arduo y complicado.

Pero Doña María Augusta para llenar en parte sus muy grandes propósitos de laborar eficazmente por la cultura patria está invirtiendo fuertes cantidades en el amplio edificio de la calle García Moreno que se comunica con el de San Francisco para que los estudiantes en aquella hermosa residencia, que reúne las características de un verdadero Seminario, disfruten de cuanto puede apetecer el organismo, la inteligencia y el espíritu. Así que los estudiantes salidos de allí serán efectivos valores que contribuirán al prestigio de la cultura intelectual y al civismo de la República.

El 2 de julio del presente año, a petición de un valioso grupo de personas de esta Capital, el Sr. Presidente de la República, dictó un decreto supremo autorizando la apertura y funcionamiento de Universidades particulares.

Estimulados por este Decreto, el grupo de promotores de la Universidad Católica del Ecuador, compuesto por el Excmo. señor Arzobispo de Quito Dr. Don. Carlos María de la Torre, de los RR. PP. Aurelio Espinosa Pólit y J. Inocencio M. Jácome O. P. y de los señores D. Jacinto Jijón y Caamaño, don Enrique Arízaga Toral y Dr. Julio Tobar Donoso, resolvió dar los pasos necesarios para el establecimiento inmediato de la Universidad y de la Facultad de Jurisprudencia.

El 6 de agosto el Ejecutivo aprobó los Estatutos de la Universidad. Según éstos, la Universidad Católica del Ecuador tiene por objeto contribuir al desenvolvimiento de la cultura superior y preparar a la juventud para las profesiones liberales, funciones públicas e investigaciones científicas, mediante una formación intelectual y moral profunda, inspirada en los principios del Catolicismo.

Nombrado para Rector el R. P. Aurelio Espinosa Pólit, el primero de los humanistas del Ecuador, solicitó del Ministerio

de Educación el permiso para abrir desde octubre del presente año, el primer curso de la Facultad de Jurisprudencia: y el Sr. Ministro de Educación Ingeniero don Pedro Pinto Guzmán, por decreto de 26 de setiembre, accedió benévolamente a dicha petición.

Según los Estatutos, el Arzobispo de Quito es el Gran Canciller de la Universidad, a quien corresponde mantener en la Universidad y sus Facultades el espíritu católico. El Cuerpo Gubernativo ejerce la alta supervigilancia de la Universidad y provee al sostenimiento económico del plantel. El Consejo Académico compuesto por el Rector, el Vicerrector y los decanos de las Facultades atiende a la organización de los estudios, nombramientos de profesores, etc. El Cuerpo Gubernativo está compuesto de las mismas personas que integraron el Comité promotor de la Universidad.

Cuánto a la ciudadela que se propone construir Doña María Augusta para familias pobres y ayudar a resolver el problema de la vivienda de tan difícil solución entre nosotros, todavía tardará en realizar tan nobles propósitos por las dificultades que tiene para ello. Quizá un día pueda verificarlo. Sería la obra con la que se conquistaría muchas simpatías y agradecimientos. Pues, no se comprende que en una Metrópoli de poco movimiento comercial el precio de las habitaciones y de la vida exceda de lo ponderable. Y es que se ha apoderado generalmente de las gentes un vehemente anhelo de explotación que excede de lo razonable. Justamente a moderar estos excesos o a concluir con ellos vienen estas fundaciones que favorecen directamente a las clases necesitadas y constituyen una efectiva obra de acción social y uno de los medios prácticos de acallar el vocerío envenenado de la falange comunista. Pues, no desperdicia ocasión de exteriorizar en una forma amenazante su odio terrible contra las clases adineradas, acusándolas, sin excepción alguna, de mantener en la miseria, la esclavitud y la ignorancia a la raza indígena y las clases desheredadas. Dado este desconcierto universal en que la ética de los pueblos parece haber sufrido un enorme aplanamiento, sí es muy razonable que la clase acaudalada ejerza con mayor liberalidad económica aquellas obras de acción social, que benefician únicamente al pueblo, esto es a las multitudes menesterosas.

EL CONSERVATORIO DE MUSICA

La historia nos refiere que desde aquellos lejanos tiempos en que los Padres Franciscanos fundaron el celeberrimo Colegio de San Andrés demostraron los indígenas singulares aptitudes para la música y el canto. Más tarde estos ramos cobraron notable crecimiento. No dejaron de sorprenderse ilustres viajeros con el connatural ingenio artístico del alma quiteña. Como que el suelo de esta Metrópoli hubiese sido prodigiosamente privilegiado para que las Bellas Artes en general se aclimataran y cobraran vigoroso crecimiento a favor de la benignidad de su am-

biente y de la fantástica coloración de su cielo. Estos elementos de la naturaleza han contribuido, sin duda, para que las Bellas Artes en general experimentaran en la fantasía del espíritu quiteño sorprendentes transformaciones. Basta fijarse en los retablos, artonados, mamparas y motivos decorativos de sus templos para reconocer que son brotes de la imaginación artística de los ofebres quiteños, quienes supieron conquistarse el cetro de su poderío artístico en el Continente.

Hoy, quien lo creyera, han transcurrido luengos tiempos; se disfrutan de mayores facilidades; se tiene un concepto de mayor perfectibilidad estética; exceden, en fuerza del evolucionar de los años, los actuales conocimientos a los de los anteriores; y, sin embargo, nuestros arquitectos, pintores y escultores no pueden rivalizar con los de las pasadas generaciones que comunicaron tanto lustre a la Patria! ¿Tal vez su temperamento eminentemente religioso que guardaba correspondencia con el misticismo de la hora desembarazado de los caprichos y variados matices sociales que brotan de las necesidades del vivir moderno, contribuía para que las emociones y sentimientos de aquellos artistas vibraran con su pensamiento dedicado a la contemplación e inquirir la forma expresiva y original de humanizar y embellecer a las Imágenes de su culto? Ciertamente que el Arte es la expresión vivífica de las ideas, emociones y sentimientos del vivir social de una época determinada. Lógico es suponer, según este principio fundamental, que los procedimientos o motivos modernos tienen necesariamente que diferir de los de la época pasada. Pero es innegable que el Arte como tal tiene sus normas de substancialidad clásica que son invariables y eternos y constituyen por decirlo así el alma del ideal artístico que el ingenio humano se propone realizar en armonía con el espíritu de la época. Mas hoy, con sumo desconocimiento de los fundamentos básicos del Arte, se pretende atropellar aquellos fundamentos so pretexto de anticuados y proceder de manera arbitraria en la ejecución de la obra artística falseando la verdad histórica. Y, que las producciones de nuestros arquitectos, pintores y escultores respondan a los invariables preceptos estéticos que son de los diferentes espacios y de todos los tiempos son nuestras miras y nuestro fervoroso anhelar, sin que por ello, repetimos, se deje de reconocer que el arte en cada tiempo y lugar cobra nuevas modalidades o procedimientos, los que, en manera alguna, destruyen su esencia.

Volviendo a ocuparnos de las disposiciones que demostraron nuestros antepasados en la música y el canto podemos afirmar que en los conventos se cultivaron con bastante esmero dichos ramos. Se asegura que las Religiosas Dávalos no sólo se singularizaron en la escultura sino que fueron celebradas por la destreza y buen gusto que demostraron en la ejecución de varios instrumentos. En la página 196 de la Historia Natural afirma el Padre Velasco que los indígenas fueron los mejores maestros en la música, arquitectura, escultura, pintura, etc. etc. Probablemente la música religiosa y el canto llano o litúrgico se incrementaron en armonía con el medio ambiente místico de la

época. Si bien las leyendas nos refieren que unos Coristas franciscanos cantaban con tanta dulzura en altas horas de la noche por el barrio de San Roque, que las jóvenes dejaban su lecho y aparecían cautelosamente tras la vidriera curiosas por conocer a los jóvenes de la serenata. Otro tanto refieren las leyendas de los Coristas dominicanos en el barrio de la Loma. Por fabulosas que sean estas narraciones en todo caso indican, que también demostraron en sus coplas o cantatas disposiciones para la música profana.

Los tiempos aquellos no eran propicios para que la buena música, la música clásica, fuese conocida por nuestros compatriotas. La música popular, en la que predominan esas notas desgarradoras de grande tristeza proveniente de una raza que vivió en perpetua esclavitud, fué la del gusto general. Hasta hoy, aún la gente de mediana cultura siente especial predilección por la música aborigen, por el yaraví. Las piezas musicales que tienen como motivo el yaraví y los Sanjuanitos son preferidas por el pueblo a un trozo de buena música. Y es que el pueblo apetece por la tristeza aquella música sensual, aquella música que hiere únicamente a los sentidos sin llegar al espíritu. Pero el alma popular no siente la menor emoción por aquella música de majestuosa y honda espiritualidad que convida a la meditación filosófica y tiene el poder de transportar a quienes de veras piensan y sienten la profunda substancialidad estética de sus notas a aquellos dominios de la más pura abstracción, en los cuales el sér convive con el alma de la Naturaleza inmergiéndose en océanos de perpetua luz; de esa "Luz más Luz!" de Goethe.

Las sinfonías de Beethoven; las óperas de Wagner y su música del paisaje; la música religiosa de Mascagni; las sinfonías y cuartetos de Mendelssohn y Mozart; las composiciones musicales de Schubert y Schumann y finalmente las óperas de Rossini, de Verdi y de Puccini, contienen esas armonías que llegan a lo más íntimo del alma; notas evocadoras que nos traen a la memoria edades de ensueños, de idilios y de poesía en las cuales la vida se presenta sonriente y con un alborear de auroras cuyos resplandores de sinfónica espiritualidad no se empañan ni declinan. La música por lo mismo que sus dominios son los de la pura abstracción su poder es ilimitado y ejerce poderío absoluto sobre el temperamento y el espíritu del hombre, de los pueblos y de la Naturaleza entera. La misma poesía no puede rivalizar con Ella y por mucho que conmuevan por su admirable grandeza la arquitectura, la pintura y escultura en manera alguna pueden apoderarse del espíritu y cautivarlo como la música. El pueblo heleno que demostró su inteligencia y extraordinario sentido estético como ningún pueblo de la antigüedad simbolizó, con supremo conocimiento de la psicología del hombre, en Orfeo la potencialidad de la música. Dice el mito que este personaje con su canto y su lira arrastraba en pos de sí con un poder y encanto irresistibles montes, selvas, ríos, fieras, serpientes y cuanto existe en la creación. filan sus nevados montes y se entrelazan cielo y mar ofreciendo una gama de coloraciones y armonías que dulcifican el alma y

La buena música no sólo convida a la meditación sino que tiene el poder de apoderarse del misterioso sistema de la psicología del hombre y producir efectos sorprendentes. Los himnos patrios; las marchas triunfales conmueven a individuos y pueblos y les inducen a luchar fervorosos por su autonomía o por su integridad territorial. Y es que contienen acentos rítmicos impregnados del substratum espiritual de su nacionalidad; de su cielo y de su techumbre; de las entrañas y huellas de sus antepasados. Por eso el himno y la insignia patria son los símbolos más excelsos de la espiritualidad cívica de los pueblos. De ahí que en los Planteles de Educación se les instruya a niños y jóvenes sobre la personificación o representación simbólica de la Patria y el deber imperativo de todo ciudadano de venerarlos y amarlos como a su propio yo. Y por el contenido simbólico, por el contenido espiritual se han empeñado los Gobierno en que los himnos de sus respectivas Naciones fuesen compuestas por grandes músicos y poetas, a fin de que la letra y la música reflejen el alma y el temperamento nacionales.

Entre nosotros Don Gabriel García Moreno, a quien todavía no se le valorizan debidamente por odios políticos sus extraordinarias dotes administrativas, fundó el Conservatorio de Música en el edificio que hoy es Palacio de Justicia con un selecto personal de Profesores italianos quienes demostraron en los diferentes ramos de la música y en los instrumentos de su especialización suma competencia y destreza. En ese célebre y antiguo Establecimiento se formaron los mejores músicos nacionales. De allí salieron magníficos pianistas y compositores como Don Aparicio Córdoba, Don Carlos Bermeo, Don Alfredo Baquerizo Moreno, Doctor Belisario Albán Mestanza, Manuel Nieto, Amable Ortiz y otros tantos que se distinguieron en el piano, el violín y otros instrumentos. Con un Establecimiento de las condiciones anotadas los resultados en la formación del gusto estético de los educandos fueron beneficiosos y del agrado general. Lamentablemente, años más tarde, desavenencias entre el Profesorado extranjero dieron pretexto para que el Gobierno del General Don Ignacio Veintimilla procediera a clausurarlo, creyendo en esa forma demasiado inconsulta y arbitraria remediar aquella situación sumamente enojosa. Tales medidas, a las que suelen acudir Gobiernos violentos y faltos de acierto político originan social y artísticamente lamentables perjuicios que no se los puede reparar. Con el juicio y la cordura se serenan, muchas veces, crudos enojos.

Afortunadamente aparecieron dos extranjeros en esta ciudad magníficos pianistas y compositores: Neuman, austriaco, y Siph, alemán, quienes se dedicaron a dar clase de piano en las casas de señoritas distinguidas de nuestra sociedad. Neuman es el autor de nuestro Himno Patrio, cuyo nombre sobrevive en la memoria de nuestras generaciones. Qué ecuatoriano no se enfervoriza y magnífica oyendo esas notas majestuosas y solemnes que se apoderan vivamente del pensamiento y del espíritu y le traen a la memoria el panorama de ensueños y de poesía patrios; el panorama de azuladas lejanías en las que se per-

elevan a la contemplación! Dificilmente se puede expresar ese vaivén de sensaciones que se entrecruzan en las interioridades del espíritu al oír la canción nacional. Aún aquellos que se denominan de vanguardia y se precian de propagar principios absurdos y descabellados tales como el que deben borrarse las fronteras patrias y que el individuo debería ser ciudadano universal; aún ellos, si sus sentimientos y afectos no se han amortiguado y conservan su savia y amor por el suelo en el cual abrieron sus ojos a la vida, al oír en extranjeras playas el Himno Patrio no podrían serenarse o sobreponerse a las fuertes sensaciones que conmovieran su sér y bañarían insensiblemente sus mejillas de copiosas lágrimas. Nosotros, cuando oímos nuestro Himno Patrio y nuestra canción de la ciudad de súbito nuestros ojos flotan en lágrimas y pensamos en la suerte de la Patria; en sus grandes desventuras motivadas por esos aviesos políticos, quienes sin el menor escrúpulo provocan inquietudes sin cuento que paralizan el progreso y bienestar de la República y menoscaban su crédito internacional.

La letra de nuestro Himno Patrio es brote de la inspiración y ardiente civismo del ilustre vate ambateño Señor Don Juan León Mera. En cada una de sus estrofas vibra el espíritu de un pueblo que se enfervoriza y magnífica sintiendo la suprema dicha de haber conquistado su autonomía y arrojado virilmente de los dominios de América al León de Iberia. Hoy, en fuerza del ambiente más sociable, de mayor cordialidad de la época y de la mutua comprensión y armonía entre estos pueblos y la Madre Patria acordaron el Gobierno, la Academia de Historia y otras Entidades reemplazar ciertos vocablos ofensivos a la altivez e hidalguía de un pueblo con otros más benignos pero que reflejaran sus heroicos esfuerzos por la libertad y ser el árbitro de sus propios destinos.

* * *

Después de muchos años y cuando el liberalismo vino a gobernar la República en virtud del triunfo que obtuviera sobre las huestes conservadoras cúpole el honor al General Don Eloy Alfaro de fundar algunos Establecimientos llamados a desarrollar las facultades intelectuales y artísticas de las juventudes. Don Eloy con mayor sensatez y acierto político que varios de sus antecesores procuró, no obstante los egoísmos y rivalidades de los campamentos contrarios, establecer los Normales, la Escuela de Bellas Artes y el Conservatorio de Música. Y para que dichos Establecimientos tuvieran vida estable tomó sumo interés en medio de las estrecheces fiscales en adquirir tres propiedades para que funcionaran con independencia en sus propios edificios.

Si los Normales en sus comienzos no satisficieron los anhelos administrativos y las aspiraciones de la juventud ansiosa de encauzarse en las nuevas corrientes de la moderna Pedagogía; culpa de ello fué la época de apasionamiento político y quizá la limitada entereza e idoneidad del Profesorado. En o-

tro lugar nos ocupamos ya de los resultados poco satisfactorios en la formación de los maestros nacionales. Años más tarde con las Misiones alemanas contratadas por el Gobierno, en las que hubo Profesores de reconocida competencia y probidad, los Normales cobraron prestigio y los jóvenes que recibieron esa educación de lo más severa y substanciosa salieron a difundir provechosamente sus conocimientos y en algunos trabajos concernientes a su ramo demostraron versación y competencia. Los normales así organizados contribuyeron, indudablemente, al perfeccionamiento de la cultura intelectual. Bajo su docencia se formaron efectivos maestros como el Profesor Abelardo Flores que ya estaba empapado en las nuevas orientaciones de la moderna Pedagogía en virtud de los estudios que había efectuado directamente del alemán. El señor Flores es autor de varios textos de enseñanza de verdadero mérito. Más desaparecidas las Misiones pedagógicas extranjeras el Normal vino a declinar un tanto, notándose fatuidad y extremadas pretensiones en no pocos de los pedagogos que obtuvieron su título a quienes se les acusó en el ejercicio de su delicada misión de haber violado la sacra conciencia del educando, inculcándole nocivas ideologías que propendían al desconcierto social y político.

En otro lugar nos ocupamos, igualmente, de los diversos períodos de prosperidad o decadencia por los que ha atravesado la Escuela de Bellas Artes. Un tiempo contó con un Profesorado compuesto de notables artistas nacionales y extranjeros que supieron orientar con talento a sus discípulos, los cuales dieron más tarde efectivas pruebas de su aprovechamiento artístico en los diferentes ramos de su aprendizaje. Entonces se les sujetaba a los alumnos a un riguroso estudio del natural. Y lógico es suponer que adiestrados en ramo tan difícil y con una sólida cimentación clásica ya podían orientarse por si mismos y afiliarse, obedeciendo a su temperamento e inclinaciones, a la escuela estética que saciara sus aspiraciones. Con dificultad estos jóvenes pintarán figuras extravagantes y ridículas sólo por un pueril afán de aparecer incomprendidos.

Hoy la Escuela de Bellas Artes, en un edificio inadecuado y a medio construir, en manera alguna puede llenar su objetivo por mucho empeño que tenga la Dirección. El Gobierno que tomara positivo interés en dotar a esta Escuela de un magnífico edificio como hizo el Doctor Arroyo del Río con el Museo Nacional, apartándole de ese lugar ruinoso y sombrío que daba evidentes muestras de desaparecer, se conquistara las simpatías y el reconocimiento de cuantos aman estos Establecimientos que ennoblecen el espíritu y demuestran el grado de cultura intelectual y artística de un pueblo.

* * *

Volviendo a tratar sobre el Conservatorio de Música podemos afirmar sin peligro de ser desmentidos que es otro de los Establecimientos que ha tenido sus épocas de efectivo florecimiento y otras de retroceso. Acontece ordinariamente que hasta la malhadada política ha intervenido, no pocas veces, en su or-

ganización. Cuando la dirección de estos Establecimientos se la obtiene por favor y no por la idoneidad y las calidades espirituales del verdadero maestro soportan grandes contratiempos. Y muy natural es que aquello acontezca toda vez que difícilmente podría el agraciado imprimir una acertada y hábil orientación al Establecimiento menos coordinar los diversos instrumentos para que la orquestación sea una efectiva muestra de concierto. Un tiempo el Conservatorio estuvo dirigido por una batuta inexperta, por la incapacidad de un músico que obtuvo tal privilegio al amparo de aviesas maquinaciones, esto es de la intriga que tantos estragos ha causado y causa en el orden social y político y más aún en la docencia. Los resultados como se comprende fueron poco satisfactorios.

En sus comienzos tuvo el Conservatorio como Director y fundador al notable maestro Enrique Marconi, quien fué Profesor de composición, contrapunto, y fuga y conjuntos corales e instrumentales. Le acompañaron distinguidos elementos muy versados en los diferentes ramos musicales que tuvieron a su cargo. Ulderico Marcelli fué Profesor de violín, viola, trompa y conjuntos de cámara; Clementina de Marcelli, Profesora de canto; José María Beohvide, Profesor de piano y excelente organista y hoy tiene a su cargo el órgano de la célebre Catedral de Burgos que lo obtuvo por concurso; Enrique Nieto, Profesor de piano; Nicolás Abelardo Guerra, Profesor de piano y teoría; José María Trueba, Profesor de canto y conjuntos corales; Julio S. Paz, Profesor de violoncelo; Pedro Traversari Lusanti, Profesor de flauta y Fagot; Agustín B. Enriquez, Profesor de clarinete; Enrique Fosero, Profesor de trombón y bajo; Román Rey, Profesor de cornetín; Rafael Ramos, Profesor de contrabajo y piano; Rafael Gómez Sojos, Profesor de violín y Pedro Traversari y de Salazar, de teoría.

Luego vino el Señor Domingo Brescia de excepcionales condiciones artísticas para dar vigoroso impulso a un Establecimiento que propendía a la formación y perfectibilidad de cuantos trataran de profundizar su ramo preferido técnicamente y de purificar su gusto pasándole por cimentaciones clásicas. Tampoco este Maestro pudo mantenerse tranquilo en cargo difícil de tanta responsabilidad profesional. Asechanzas ocultas y artificiosas fueron causa para que dejara este hábil y competente Director su cargo y se alejara de Quito con rumbo a Los Angeles de California. En el "Bohemian Club" tuvo gran éxito, Sociedad que patrocinó un concierto en el que Brescia ejecutó su "Rapsodia Ecuatoriana" con el magnífico resultado de que la crítica lo aplaudió recibiendo felicitaciones personales y escritas, como las del compositor ruso Rachmaninoff, quien estuvo presente en ese concierto. Luego pasó a OAKLAND, cerca de San Francisco de California, donde en el Nills College, importante Colegio para muchachas millonarias pertenecientes a antiguas familias, desempeñara hasta su muerte, en 1939, la Cátedra de Composición musical y conjuntos de cámara.

Intencionalmente se ha dado a conocer la magnífica acogida que tuvo Brescia en el exterior por sus aventajadas cualida-

des profesionales y la grave pérdida que tuvo el Conservatorio con su separación.

Causa pesadumbre el desconcierto que muy a menudo solemos producir en los distintos órdenes de la vida social, política, docente y administrativa por consecuencia de nuestras desmedidas ambiciones y nuestro afán de figuración. Estos defectos constituídos en hábitos nos mueven frecuentemente a atropellar nuestras normás éticas y aparecer faltos de pudor y capaces de desvirtuar la limpidez de una honra muy bien cimentada. El día que consigamos frenar con la cordura nuestra frivolidad y nuestras huecas presunciones que nos hacen salir de nuestro propio sitio y escalar otros de mayor altura y categoría para los cuales carecemos de preparación y de las calidades morales y espirituales que deben poseer necesariamente cuantos aspiren a dirigir Establecimientos de árdua labor docente y de variada y compleja actuación; ese día comenzará a imperar la sensatez en nuestro vivir nacional y la República entrará en una era de prosperidad y bienestar.

Condescendencias administrativas de orden político han sido causa, no pocas veces para que Establecimientos de suma importancia docente y otros difíciles y de enorme responsabilidad relacionados con la economía nacional, sean dirigidos por elementos mediocres e inescrupulosos. Y estas condescendencias o liviandades administrativas han originado tantos quebrantos y desazones en el vivir de la República. Y estas malhadadas condescendencias nos traen a la memoria el accidente ocurrido con nuestro popular y distinguido artista Sixto María Durán a quien se le sacó de su propio centro musical para que dirigiera la Escuela de Artes y Oficios, hoy denominada "Escuela Central Técnica", donde en una máquina aserradora perdió algunos dedos de la mano derecha. He ahí cómo este inteligente compatriota se despidió trágicamente de su piano y como perdió Quito la actuación artística de uno de sus aventajados hijos. Durán tiernamente exclamó: ¡Ay mi piano!

Por el Conservatorio han pasado magníficos valores musicales los cuales de continuar por algún tiempo prestando su valioso concurso contaramos con exponentes en los distintos ramos de la música de merecida reputación. Pero los egoísmos y emulaciones que sustentan el espíritu de los músicos y de los pintores recrudescen en determinados momentos en tal forma que se declaran adversarios tenaces de efectivos valores que podían ilustrarles con sus conocimientos y contribuir a su completa formación. Profesores de piano y violín de primorosa ejecución se hicieron admirar en sus pocas clases. Lo propio aconteció con Lambert director de orquesta. Con menos pretensiones, con más sujeción, estudio y contracción de cuantos se dedican al cultivo de las Bellas Artes contaramos con elementos de inapreciable valor en estos ramos. Por lo mismo que las Bellas Artes requieren en quienes se consagran a su cultivación exquisitos sentimientos y espiritualidad, imperativo deber es de sus asociados disciplinar su espíritu hasta extinguir sus egoísmos y asperezas y sean como cultivadores de un Arte que ejerce abso-

luto predominio en las zonas del espíritu más benévolos y apacibles, más amantes de la concordia y armonía sociales.

Esos egoísmos y oposiciones; esas emulaciones y rivalidades que sustentan en su entraña músicos y pintores ¿obedecerán también a *la sombría realidad social* en la cual algunos inteligentes miembros titulares de la Casa de la Cultura creen encontrar la causa fundamental del *extraordinario dramatismo* que se observa en las composiciones pictóricas de nuestros artistas? cierto que influyen en el temperamento y decisiones volitivas del individuo las rigideces y desapacibilidades del medio a las cuales difícilmente puede sobreponerse. Pero en el caso de los unos creemos sinceramente que sus desacuerdos e insociabilidad proceden de deficiencias educacionales y escasas cimentaciones éticas; y en tanto que en el de los otros su *extraordinario dramatismo* que da la impresión de estar pintados aquellos lienzos *con dolorosos pinceles sacudidos de emoción*, no es *el testimonio de los artistas de un pueblo pobre y herido por la más grande miseria de la tierra?* Obedece, en nuestro concepto, aquella sombría manera pictórica a la falsa idea que se han formado, siguiendo a varios de nuestros novelistas, de la naturaleza y de la realidad histórica. Por muy *sombría que fuese la realidad social* en la que nuestros artistas viven *no es para que les llenara de sombra sus ojos creadores hasta las pestañas mismas del alma*. Repetimos esa manera pictórica *tan en boga* en nuestros artistas es insincera y proviene del afán de aparecer como geniales captadores de las realidades sociales del momento. Así que *la pintura actual del Ecuador* no desciende, como lo aseveran los inteligentes observadores Señores Licenciado Alejandro Carrión, Dr. Leopoldo Benites, y el novelista Jorge Icaza, de una pintura espantosamente dramática, la pintura de la Colonia, de la que sería un buen ejemplo el cuadro de Francisco Quishpe existente en la Galería del Convento de San Francisco de Quito. ¿Cómo puede inferirse que por este lienzo que demuestra la degeneración pictórica del ejecutante la pintura de la Colonia fué espantosamente dramática, de la que desciende la pintura actual del Ecuador?

Si nuestros actuales artistas demostraran en sus producciones ser legítimos descendientes de los grandes pintores de la Colonia, la Patria se sentiría orgullosa de continuar manteniendo el Principado del Arte en el Continente. Desgraciadamente muchos de nuestros pintores han adoptado una técnica y una coloración que revelan poco conocimiento del verdadero espíritu que informa el Arte Moderno. El recelo o el temor que les inspira el dibujo les lleva a la alteración de las formas y a ridiculizar lo académico que tiene por basamento el dibujo. Luego en manera alguna nuestros artistas modernos demuestran tener el más lejano parentesco con nuestros esclarecidos maestros de la Colonia. Y esto es tan cierto que el mismo Señor Licenciado Carrión sostiene en su mismo discurso de apertura del Salón Nacional de Bellas Artes: "Aquí tenéis, amigos míos, que, como yo amáis sobre todas las cosas la luz de la belleza que viene de la verdad rectamente entendida, libre y apasionadamente expre-

sada, una de las manifestaciones de un arte singularmente libre: la pintura del Ecuador. Tras una ruda lucha para independizarla de los esterilizadores cánones académicos, que atan la voluntad del artista a una artificiosa realidad formal estratificada, que no admiten el incesante cambiar de la fuerza creadora y que ponen sobre los ojos del pintor una venda que los debilita y enturbia, el pintor ecuatoriano es un artista libre entre los más libres artistas de la tierra. Tiene la sólida base de una educación académica cuidadosa y estrictamente impartida y sobre ella la segura dirección de un espíritu formado en una tradición de profunda libertad, de una intocable, insobornable libertad. Por esto es que, más que en nación alguna, en nuestro Ecuador es el pintor el hombre que más fervorosamente expresa en su arte lleno de poder y de prodigio la ruda y dura realidad vital que lo envuelve". ¿Qué demuestran éstas y las anteriores aseveraciones? Que las resuelva, en todo caso, el lector.

* * *

El cargo de Director del Conservatorio ejerce en la actualidad el Señor Juan Pablo Muñoz Sáenz que viene demostrando poseer cualidades de organizador y de encauzar inteligentemente los distintos ramos que concurren a la eficaz realización de una obra musical. Hemos concurrido a algunos conciertos dirigidos por este maestro y su ejecución ha satisfecho a los espíritus más exigentes. La circunstancia de haber sido el Señor Muñoz Sáenz quien trabajó activamente por la sindicalización de los músicos contribuyó para que en ese acercamiento o trato familiar los conociera íntimamente y ellos miraran con agrado su designación de Director del Conservatorio. He ahí la causa de que el Señor Muñoz en su obra de cultura que se ha impuesto verificar no tropezara con las dificultades y desazones que acibararon el sosiego de sus antecesores.

Por "Letras del Ecuador", órgano de La Casa de la Cultura Ecuatoriana, al ocuparse de "La Fiesta de la Lira" en 1946 que se realizara en la propiedad de Doña Natalia Vega de Abad, se tiene conocimiento de la solemnidad con que se realizó el acto cultural y de las composiciones literarias y musicales que merecieron en concepto de los Jurados el premio y fueron al ser recitados las unas y ejecutadas las otras ruidosamente aplaudidas por la selecta concurrencia. Allí se menciona que comenzó el acto con el Himno de la Fiesta de la Lira compuesta por el artista Sr Dr. Rafael Sojos siendo la letra del poeta Dr. Gonzalo Cordero Crespo. Luego enumeraron las composiciones poéticas que merecieron el premio y fueron magníficamente declamadas por distinguidas Señoritas de la localidad y a continuación el Conservatorio ejecutó la composición "Serenata", obra del artista y literato Don J. Pablo Muñoz Sáenz que fué premiada con "El capulí de Oro"; el "Villancico" composición de tema nacional del compositor Sr. José Ignacio Canelos que ha merecido el Jazmín de Oro.

Por "Letras del Ecuador" es conoce igualmente, el número

de poetas y de músicos que fueron premiados en La Fiesta de la Lira que se verifica anualmente en la ciudad de Cuenca con pública aprobación como el medio más eficaz de impulsar la cultura intelectual y artística del país. Nos es muy placentero saber que contamos con maestros que se dedican al difícil ramo de la composición que requiere sólida preparación y el estudio constante de las obras de los grandes compositores que han alcanzado las cimas del arte musical.

Entre cuantos se han consagrado al estudio de la música clásica, de aquella música que habla a la inteligencia y llega al espíritu, apenas contamos con Don Aparicio Córdoba que ha escrito oberturas, misas y otras piezas serias; Antonio Nieto hábil organista que ha compuesto misas, distinguiéndose especialmente en las marchas fúnebres clase de su predilección; Doctor Sixto María Durán, el más aventajado de los pianistas y compositores entre nosotros. Ha escrito con gran conocimiento de la música seria óperas, partituras, Avemarías, misas, pasillos y marchas. Al Doctor Durán se le debe, por más que el egoísmo de algunos profesionales lo desconozca, la gran orientación que dió en las distintas asignaturas al Conservatorio de Música. Don Pedro Pablo Traversari ha dado efectivas muestras de sus buenas disposiciones musicales. Habría sobresalido mucho en este ramo si sus actividades no las hubiese distraído con menoscabo de sus connaturales disposiciones en otras materias extrañas a su temperamento. El Padre Franciscano Azcúnaga es un verdadero artista. El famoso organista con extraordinario sentido estético exterioriza en su instrumento las lejanías, los cielos transparentes y estrellados, los atardeceres del sol, las llanuras de oro y de verdura que recorre su fantasía artística. Hasta en los Sanjuanitos, de tonalidades primitivas y antipáticas, se manifiesta original. El Padre Azcúnaga con su órgano y junto con el magnífico coro franciscano se han conquistado muy merecida celebridad hasta ser solicitadas sus audiciones por otros pueblos y contribuir así al prestigio de la cultura musical de la Patria.

De lamentar es que elementos que han sobresalido por sus capacidades artísticas hubiesen abandonado el suelo patrio en pos de otros horizontes más amplios y económicamente más favorables para su bienestar y aspiraciones. Camilio Egas, magnífico pintor mural se encuentra establecido en Estados Unidos dirigiendo una Academia de Arte. Pedro Paz, admirable violinista, fué Profesor en el Conservatorio, y vive mucho tiempo en Detroit ocupando una situación brillantísima; pues tiene a su cargo la dirección de una Orquesta Sinfónica. Si la Patria pudiese retribuir con largueza los servicios de Profesores magníficamente capacitados no se privaría de su valiosa actuación docente y su cultura musical fuera más efectiva. El conservatorio estuvo un corto tiempo dirigido por dos jóvenes de bellas prendas morales y sociales y de aventajadas cualidades artísticas. Se perfeccionaron en Europa y su educación artística confirmó la exquisitez ambiental que embebió su espíritu. Desgraciadamente se les hizo oposición sorda y tenaz y Peña, persona



altiva y digna, vióse, muy a su pesar, en el caso de renunciar la Dirección del Conservatorio en el cual habría actuado con inteligencia y fervor en beneficio de su progreso y prestigio.

Las Señoritas Raquel y Ofelia Arévalo se dedicaron con afán al cultivo de sus magníficas disposiciones musicales. Tuvo la Señorita Raquel la suerte de tener por su Profesor de violín al maestro Hugo Gigante que fué un verdadero artista. Conociendo Gigante las apreciables calidades artísticas de la joven tomó gran interés en su enseñanza y demostró élla con su hábil ejecución corresponder inteligentemente a sus afanes. Su hermana Ofelia se dedicó tesoneramente al piano y consiguieron las dos dar sus pequeños conciertos. Han viajado varias veces a Estados Unidos y Europa y hoy se encuentran en esta ciudad.

Merecen ser anotadas como cultivadoras de la música seria y hábiles pianistas Doña Isabel R. de Navarro, Doña Inés Román, Doña Carlota Patiño, Doña Maruja Lasso M. de Calisto y varias jóvenes que se han graduado con lucimiento en dicho Plantel. También estuvo un tiempo de Profesora de piano, antes de matrimoniarse, la distinguidísima ejecutante Señora Lucía Pérez de Guzmán Polanco. Al renunciar el cargo, el Director del Conservatorio de entonces lamentó la separación de Doña Lucía en razón de verse privado el Plantel de su valiosa colaboración artística.

En los conciertos que ha dado el Conservatorio y particularmente en las misas a Santa Cecilia, Patrona del Establecimiento, hemos tenido ocasión de valorizar las excelentes cualidades artísticas de las Señoritas y los jóvenes en la ejecución de los diversos instrumentos. Y ésto es muy halagador, porque demuestran prácticamente que la cultura musical no está muy retrasada entre nosotros. Sólo en el canto no podemos todavía conquistar celebridad. Carecemos de aquellos elementos que comunican por su educación verdadero renombre. Un tiempo estuvo el español Sr. Don José María Trueba de Profesor de canto y consiguió formar en tan difícil ramo a varias jóvenes que se hicieron merecidamente aplaudir en algunas veladas. Cantantes de ópera no hemos podido hasta hoy obtenerlas, por cuánto su realización requiere el concurso de elementos profesionales que no los podríamos conseguir sino con fuertes desembolsos. Las magníficas Compañías de Ópera que nos han visitado han contribuido para que las jóvenes adquieran inclinación por ese género que domina las cimas del Arte y se esforzaran por cantar algunos trozos de ópera en los cuales han manifestado excelentes disposiciones para distinguirse como triples y contraltos. Entre las varias Señoritas que cultivan religiosamente este género merecen especial mención Marieta Viteri, Rosario León y Maruja Pinto, quien promete mucho por su edad.

En los conjuntos corales del Conservatorio hemos observado un magnífico desempeño que el auditorio ha salido muy complacido. Hoy cuenta el Establecimiento con un Profesor de canto que reúne condiciones para dirigir esa asignatura con provecho. Se llama Hans Jacob, checo, es buen barítono. Repeti-

das veces hemos presenciado el positivo interés que tiene por el adelantado de la asignatura que se le ha confiado y hay fundadas esperanzas de que contaremos no muy tarde con cantantes de valor de ambos sexos.

* * *

Un tiempo pretendióse dar mayor amplitud artística al Conservatorio con la creación de asignaturas que, de realizarse, contaríamos hoy con un Establecimiento que se habría conquistado fama continental y demostrado que continua en la legendaria Metrópoli del antiguo Reino de Quito, ardiendo vivaz el foco de Arte que se atrajo las miradas aún de pueblos cultos de Europa. Esta afirmación que parece hiperbólica se halla confirmada por la Historia.

Si a nuestro Conservatorio se le hubiese comunicado un vigoroso impulso económico, dándole un parecido a la famosa Escala de Milán, es indudable, dadas las magníficas disposiciones artísticas de los hijos de este suelo, que contaríamos en la ópera, la zarzuela, la comedia y el drama con elementos valiosos que enaltecerían la cultura artística de la Patria. En las varias Compañías Dramáticas que se han formado el público ha tenido repetidas veces ocasión de valorizar sus excelentes capacidades en este Ramo. La Compañía Barahona ha recorrido con éxito varias Repúblicas Latinoamericanas y lo propio otras Compañías que han tenido desgraciadamente vida efímera. Si estos jóvenes a fuerza de ingenio han conseguido caracterizarse en determinados papeles ¿cual sería la situación de ellos dirigidos por maestros en la materia? Quizá vengan mejores días y se convierta el Conservatorio amparado eficazmente por el Gobierno en un efectivo Centro de Cultura. Hoy se encuentra adscrita a la Universidad Central ¿Podrá darle la orientación que se desea y piden las necesidades de los tiempos? El mantener un Establecimiento en su mismo estado anterior demuestra un vivir retrasado. El comunicarle estímulos para su remozamiento y orientarlo en una forma que llene las aspiraciones de un pueblo que lleva en su entraña vivencias de la sensibilidad exquisita de sus antepasados, creemos que es la manera de demostrar que se tiene verdadero interés por la suerte próspera de un Establecimiento llamado a formar el buen gusto colectivo y contribuir al florecimiento de la espiritualidad artística de la República.

Hoy se disponen de elementos que ni los visionarios antiguos pudieron vislumbrar y son los auxiliares de mayor eficacia para la difusión de la cultura intelectual y artística y la formación del buen gusto musical en colectividades que creen todavía que debe cultivarse preferentemente la música autóctona, el Yaraví que desgarrá bárbaramente las entrañas apagando las gratas emociones del espíritu. El Radio tiene la maravillosa misión pedagógica de educar los sentidos, la sensibilidad, abriéndoles estéticamente con esos famosos conciertos sinfónicos y de ópera que nos trasmite de pueblos que dominan las cimas del Arte. Y es indudable que es el agente de mayor fuer-

za estética para encauzar en las normas clásicas del buen gusto musical a cuantos pretendan seguir por los senderos artísticos que trazaron los grandes maestros con sus obras inmortales que supervivirán a través del espacio y del tiempo.

El radio es el agente más activo del intercambio científico y cultural entre los pueblos del mundo. No deja de transmitir a cada instante cuanto ocurre en su régimen interno. Los ideales políticos, sociales y económicos que alimentan y sus nuevos puntos de vista internacionales en sus relaciones con las demás nacionalidades. La nueva organización que requieren las democracias para mantener el equilibrio universal después de la monstruosa guerra que sumergió en sangre el mundo y no se rompa la armonía que debería imperar para supervivencia de las Naciones. El radio nos comunica el sentir de los pensadores y estadistas al respecto en esta hora en la que los mismos elementos bélicos que infundieron pavor entre los hombres pueden ser destruidos al instante. Por lo mismo el esfuerzo de las grandes y pequeñas nacionalidades debe unánimemente dirigirse a fortalecer la concordia universal sin alimentar ambiciones que pueden apagar la vida del Planeta y ser la confirmación de las profecías bíblicas.

El Cine es el factor docente que obra activa y eficazmente en la mentalidad y la conciencia de la niñez, de las juventudes y de las sociedades. Prácticamente demuestra los incalculables beneficios que ofrece la higiene a la salud y bienestar del hogar, de la sociedad y de los pueblos. Cuando la vida se desenvuelve sin sujeción a las normas que prescribe la higiene está condenada fatalmente a desaparecer, ya que las enfermedades encuentran su medio apropiado para su propagación entregando a la muerte sin miramiento de clases ni edades generaciones de generaciones. A la vista de los espectadores expone cuadros vivientes, de un realismo sin parecido, las variadas formas de penetrar al organismo humano las invasiones de microbios de todo carácter que no persiguen otra finalidad que la de fortalecerse y propagarse a trueque del exterminio de la vida. En aquellos cuadros va demostrando la ciencia higiénica las distintas fases, a cual más trágica, que recorre el organismo humano manteniendo esas caravanas malignas en sus entrañas. Y para contrarrestar esa acción mortífera y despiadada microbiana demuestra sabiamente la higiene los medios preventivos y otros para acabar con aquellas legiones que amenazan concluir con la vitalidad y progreso de los pueblos.

No sólo acometen a la vida del hombre sino a la de los campos. Si los agricultores no toman los medios preventivos para precaverlos de las invasiones microbianas, los frutos en sus comienzos son raquíuticos y más tarde las plantaciones son nulas y desperdiciadas las labores de los campesinos. Todo esto demuestran los cuadros cinematográficos con riqueza de color y de movimientos y con insuperable ingenio artístico. Con cuyos procedimientos hábiles realizados consiguen interesar con mucho ingenio a los espectadores y llenar su misión pedagógica con una experimentación científica muy laudable por cuánto

palpita en el fondo de ella un amor muy elevado a la vida de la humanidad.

La enseñanza de Historia abraza proporciones incalculables. Aquellas Casas constructoras de películas gastan millones de oro en reconstruir toda la historia de pueblos y civilizaciones de remota existencia. Las pinturas son tan reales y vivaces y su ambiente de la época magistralmente estudiado que se cree, en verdad vivir en correspondencia con aquellas sociedades desaparecidas. Estas enseñanzas por medio de películas tiene el prodigio de apoderarse de los sentidos de las juventudes, lo que no acontece con la instrucción libresca que con dificultad retiene la memoria lo que estudia. Las clases de geografía, de pintura y de escultura que suelen dar a los alumnos en determinados Colegios hemos visto que son admirables y que los estudiantes las prestan atención con caluroso interés. Hoy la cultura dispone de estos maravillosos elementos para su mayor perfectibilidad y propender a fortalecer los sentimientos de concordia y de solidaridad entre las sociedades y los pueblos. Y sin embargo ¡qué falsía y qué frivolidad predominan en el espíritu y la conciencia de las sociedades de hoy que reciben a diario estímulos que refinan exquisitamente los sentimientos!

* * *

Si en los tiempos del célebre autor de "Las Catilinas" hubiesen estado al dominio del hombre el radio, el cine y la aviación que vienen efectuando efectos prodigiosos en el pensamiento, el espíritu y la cultura de los pueblos; indudablemente que Montalvo con su magistral pluma de diamantes; su pasmosa erudición y su exquisita manera de decir, su tratado sobre La Belleza en "Los Siete Tratados" lo habría engrandecido con nuevos aspectos y sus cuadros descritos con poética elocuencia cobrarían mayor solemnidad y tonalidades cadenciosas conmovedoras e inimitables. Un tratado de esta índole como brote de su ingenio habría enriquecido mayormente el caudal de la Cultura de América que cuenta con figuras eminentes en los distintos ramos del saber humano. Y, Montalvo, en efecto, honra a la Literatura Hispanoamericana con sus hermosas producciones de aliño clásico en las que se saborea constantemente esa expresión de singular deleite de los clásicos del Siglo de Oro de la Literatura Española.

Pocos escritores americanos estuvieron como este Maestro y admirable polemista empapados en la lectura de los grandes místicos, a los que los admiraba a cada paso como a Santa Teresa de Jesús. Cuando se detiene el lector en determinados pasajes de los "Capítulos que se le olvidaron a Cervantes", de súbito se le presenta el maravilloso Libro de Job, en el cual este sublime Personaje azotado por los infotunios apostrofa a Dios en atrevidas frases de una grandiosidad literaria sin parecido en la Literatura universal. Y quien se mantenía en correspondencia íntima con estos excelsos retóricos muy natural era que adquiriera su particular manera de expresar sus pensamientos.

Y al hablar ligeramente de Montalvo, de quien se han ocupado pensadores nacionales y extranjeros de reconocida fama como Don Marcelino Menendez y Pelayo, se nos viene a la mente como de paso la imagen de un joven escritor ambateño, autor de varios libros y que goza su pluma de crédito entre la intelectualidad moderna. Este joven es Augusto Arias, destacado socio de "El Grupo América", Profesor de Literatura en el Instituto de Pedagogía, infatigable periodista y socio de varias Corporaciones literarias. Ser conterráneo del Cervantes Americano es ya para blasonar un título de reputación sobre todo si es un intelectual que se ha consagrado fervorosamente al estudio.

La naturaleza suele estampar en el temperamento de sus hijos los caracteres de su espíritu. Rodeada la ciudad de Ambato de amenísimos huertos que ofrecen ricos y variados frutos gustosos al paladar por los aromas y exquisitez de sus jugos y con su ambiente sosegado y tibio que convida a la laboriosidad, el estudio y la meditación; las producciones de variado género de sus intelectuales contienen las sazonadas virtualidades propias de su constitución psíquica y orgánica. De ahí que sean apetitosas al paladar más exigente. En las controversias literarias o políticas son levantados y temibles como dignos discípulos del Aquiles polemista. En la Prensa y los Congresos el proverbial Don Juan Benigno Vela se hacía oír con su verbo candente abogando por los principios liberales y los ideales democráticos que alimentara. Y muy cerca del Ciego de luz que todo lo vía se hacían igualmente escuchar los Fernández y los Barahonas con idéntico fervor.

Tierra fecunda la de Ambato. Se ha preciado de contribuir generosa en todo momento al prestigio de la cultura intelectual y artística de la República. Historiadores, poetas, prosistas, novelistas, periodistas y pintores, todos de singulares virtualidades y que figuran en primera línea son hijos de este suelo.

Don Pedro Fermín Cevallos tiene el gran mérito de haber escrito la Historia General de la República del Ecuador y su Compendio tropezando con tantas y tantas dificultades, muchas de ellas difíciles de vencer en aquella época poco propicia para coronar con éxito esta clase de estudios. Si se advierten por las circunstancias anotadas patentes deficiencias, mas no por ello se menoscaba su mérito. Desde niños fuimos entusiastas lectores de sus interesantísimas narraciones históricas que despiertan verdadero interés por su inquebrantable entereza, su transparencia de estilo y su singular acierto en convenir con las anti-quísimas narraciones del Padre Velasco tan combatido por muchos que están muy lejos de poseer sus cualidades históricas y su efectivo amor a la Patria, a la que ha procurado engrandecerla en todo momento desde lejanas playas a diferencia de tantos que siendo deudores de Ella en su formación literaria y artística son los hijos mas desagradecidos.

Familias privilegiadas se encuentran en esta ciudad que son ornato de la República. Como que por herencia hubiesen adquirido las cualidades éticas y espirituales de los legen-

darios hidalgos de otros tiempos. Son altivos pero de modestia infinita, de esa modestia sin afectación que es la característica del verdadero mérito. Los Mera se han distinguido por esta nota de dignificación espiritual poco común. Especialmente Carlos Alfonso, todo un filósofo, veía la vida con mirar pesimista y por eso sus escritos tan llenos de originalidad y expresivos concluían por ser condenados al fuego. En esta simpática familia hasta las mujeres se distinguieron por sus exquisitas prendas espirituales y artísticas. Eugenia pintaba con espátula paisajes de un realismo sugeridor. Y otra familia que se distinguió por su inteligencia y sus singulares prendas morales y espirituales fue la familia Martínez aventajándose Anacarsis, pensador de subidos quilates cuya alma como la del filósofo Heráclito estaba saturada de melancolía. De ahí que sus escritos de sumo interés literario y científico los destinara para envolver las frutas de su heredad solariega La Liria y defenderlas en esa forma de los picotazos de los pájaros. Y un cantor de una delicadeza sumamente exquisita y que se caracterizó por sus excelsas notas musicales fué Alfonso Moscoso. Su bello canto a "Los Aserradores" que le dedicó a Juan León Mera es una pieza poética que honra al Parmaso Nacional. Sensible en extremo es que este Cisne haya enmudecido y no continúe recreándonos con sus sinfonías.

Y volviendo a tratar del escritor Augusto Arias, quien dicho sea de paso es un espíritu en medio de su llaneza que no se presta a familiarizarse con intelectuales viejos temeroso de contagiarse académicamente, Arias es un escritor fecundo y hace uso de un modernismo que se mantiene en un sensato equilibrio y por lo cual sus producciones son leídas con agrado hasta por los apasionados de los clásicos. Sus aplaudidas obras "Panorama de la Literatura Ecuatoriana" y Geografía del historiador Don Pedro Fermín Cevallos fueron acreedoras, en concepto del Juradorado que no siempre ha procedido en sus fallos con verdadera equidad, al premio Tobar creado por Doña Isabel Tobar, matrona distinguidísima que, con gran sentido de la vida y de las desazones y pesadumbres que sustenta en sus interioridades el intelectual en la confección de su obra, legó una cantidad para que se premiara anualmente a la mejor producción que, en concepto de un Jurado nombrado por el Municipio, fuese digna de tal recompensa. Y al fallar el Tribunal a favor de las producciones del escritor Arias procedió con suma sensatez y justicia, conducta tan difícil en estos tiempos en los cuales se alardea tanto de mayor justicia social, siendo así que, con tan bello ideal, se enmascaran los desafectos y apasionamientos políticos y sociales más crueles y violentos.

El escritor Arias, no obstante militar en las filas del liberalismo, no receló de escribir, aún arriesgándose a las ciegas recriminaciones de sus coopartidarios, la Biografía de Mariana de Jesús, el símbolo espiritual más bello de la piedad y de los sentimientos religiosos y místicos de aquella época en la que se daba sustento a la fé como el don más preciado del cielo. Amamos sinceramente a la angelical Figura de Mariana de Jesús, sin e-

sos fanatismos aciagos en religión y en política. Y la amamos, porque simboliza el amor patrio, el amor fraterno y la resignación cristiana elevados a la heroicidad más absoluta. Las Biografías antiguas y modernas de Mariana de Jesús, si bien trazadas algunas y despiertan sumo interés, pero no se adentran a la entraña de la pureza de su psicología para entresacar ciertos rasgos tan peculiares de su espíritu y formar su Imagen veneranda. De los senos de Mariana de Jesús se levantan oleadas de aromas que embalsaman el ambiente. El mismo cielo se recrea en la diafanidad de su pureza cuya alma se hace admirar por las muchedumbres como la estrella de la mañana. La Biografía escrita por el ilustre poeta Remigio Romero y Cordero si descubre prolija investigación, concienzudos conocimientos teológicos y feliz acierto en las comparaciones que establece entre la Mariana de Jesús quiteña y otras Figuras igualmente bienaventuradas; mas se advierte que el esclarecido poeta se mantiene en dominios extraños, no apropiados para su genial inspiración. Si la vida de Mariana de Jesús la cantaba en la misma forma que a la Dolorosa del Colegio, la Poesía Ecuatoriana contaría con un himno de imponderable hermosura y de supervivencia eterna.

Doña Isabel Tobar sin mucho ruido y modestamente ha contribuido de manera práctica a la fomentación de la cultura nacional. Muy justo es que recomendemos su nombre a la posteridad. Alguna recompensa deben de tener personas que, sin ser muy acaudaladas, propenden a engrandecer el caudal de las Letras Patrias. Ojalá procedieran de idéntica manera tantos millonarios para conquistarse las simpatías de las mismas clases populares que sustentan implacables odios contra ellos.

* * *

Las provincias norteñas cuentan igualmente con preciados elementos que han cooperado desde tiempos pretéritos al lustre de nuestra cultura intelectual y artística. La naturaleza que obra directamente en la plasmación espiritual y orgánica del hombre necesariamente tiene éste que responder intelectual y artísticamente a las características del lugar en el cual surgió a la vida. El panorama del Norte de la República es de una típica belleza que no se parece en su configuración geográfica a las otras provincias interandinas. En el término de los distintos planos que componen su dilatado paisaje se perfilan muy a lo lejos las azuladas cumbres de los montes andinos que se extienden más allá de las linderaciones con Colombia. En el centro se ostentan lagos que, por su transparencia, sirven como de espejos para que el firmamento viese los cambios que se efectúan constantemente en su fisonomía desde que las sombras de la noche se ahuyentan heridas por los sonrosados resplandores de la aurora. Prados de verdura y llanos labrantios componen el marco de esas lagunas situadas en distintas direcciones y que maravillan unas por la plácida limpidez de sus aguas y otras infunden asombro por cuanto contiéne en su tétrico seno la his-

toria antiquísima de pueblos que tiñeron las aguas con su sangre disputándose el predominio de un Reino labrado con las es maltaciones de la leyenda.

La laguna de Yaguarcocha que está atestiguando a los siglos la monstruosa lucha entre naciones indígenas de idéntico origen que pretendían las unas avasallar a las otras y extender en esa forma su poderío como que en aquellas aguas se hubiesen empapado las generaciones sucesivas para que la característica más saliente de su carácter fuese la guerra. Singularmente los hijos del Carchi son los que tienen en tal sentido la nota más alta. Divididos en rojos y azules, liberales y conservadores se han aprovechado de ese tenaz divisionismo político para revolver la República en disensiones fraternas demasiado funestas para la tranquilidad social y la cultura en general. Las revoluciones que estallaban en el Norte infundían pánico por la indisciplina y sus desastrosas consecuencias. La ciudad de Quito se horrorizaba con sólo pensar en el acercamiento de esas falanges revolucionarias a las que tanto temía como a las hordas de Atila. Los intrépidos Capitanes de los Azules eran los Yopez, Landázuri, Acostas y después otros y de los Rojos los Arellano, Fierros, Burbanos, etc. etc.

Refieren viejos narradores que la valentía del General Ezequiel Landázuri era tan extraordinaria que bastaba su presencia para que el ejército enemigo se le rindiera incondicionalmente. No de otra manera se explica que estando casi vencidas las fuerzas de la Restauración en el 83 que luchaban en contra del Dictador General Don Ignacio de Veintimilla, fué suficiente que Landázuri golpeará tarde de la noche dando su nombre las puertas del palacio de Gobierno para que le abrieran y se rindiiesen incondicionalmente los combatientes que guardaban a esa bella Heroína que tenía tal poder espiritual en su mirada que bien podía a tiempos humillarlo al intrépido General Landázuri. Sólo traidoramente pudo caer prisionera la única Jefe que dirigía personalmente al ejército que defendía a su tío el General Ignacio de Veintimilla. Esta dama hasta por la mesjestuosa esbeltez de su figura parecía una mujer de corte y por el refinamiento de su trato de alta distinción social. Marieta de Veintimilla honra a la mujer ecuatoriana por su talento y espiritualidad y por su cultura. La autora de "Páginas del Ecuador" está vivamente retratada en muchas de sus hermosas páginas que se las lee con sumo interés por los sucesos que refiere en los cuales fué protagonista. Gustaba de los estudios serios, de aquellos que requieren un meditar hondo y permanente. Fruto de esa consagración intelectual fué su conferencia sobre psicología experimental que diera a la Sociedad Jurídico-Literaria en el Salón de la Universidad Central.

Los hijos del Norte se han hecho temer por su impetuosidad combativa. En todo momento se han prestado gustosos, sin el menor escrúpulo, a cubrir de luto la República invocando maliciosamente motivos religiosos. Y los pretextos de amparar la Religión en los unos y la clerofobia y falsa incredulidad en los otros han dado pretexto a esas nefandas contiendas intestinas

que han cubierto de oprobio y originado daños irremediables en todos los órdenes del vivir nacional y en la economía y la cultura de la Nación. Nuestras humillaciones internacionales y nuestras cercenaduras limítrofes efectos son de nuestras descabelladas y torpes luchas intestinas. Y todavía soportando en carne viva puñaladas tan monstruosas continuamos entregados con ahinco a la política y alimentando el propósito suicida de alterar la paz de la República so pretexto de coronar ideales sociales y políticos. Hasta hoy se recuerda con pavor la malhadada fecha del 4 de mayo del año de 1897 en el cual las fuerzas conservadoras revolucionarias se tomaron por asalto en la ciudad de Riobamba la iglesia de San Felipe de los R. P. Jesuitas para que les sirvieran las torres del templo de fortalezas y acometer con ventaja a las tropas del Gobierno del General Alfaro. El éxito fue adverso a los revolucionarios quienes dieron motivo, sin prever las consecuencias de su detestable abuso, para que los jefes de esa soldadesca victoriosa consumara las profanaciones más terribles e hicieran gala de beber licor en los vasos sagrados en que se guardan las Augustas Formas de la Religión Católica. En esas trágicas horas dieron muerte en su celda al pacífico y venerable Padre Moscoso pretextando torpemente que estaba acaudillando a los revolucionarios. A cuantos luctuosos acontecimientos y profanaciones conducen las contiendas internas?

* * *

El pastor íntegro y sabio; el Prelado austero y de veras patriota; el Apóstol que se penetró de manera perfecta de su misión sacerdotal fue Monseñor González Suárez. Y porque reunía supremamente las virtualidades del verdadero Sacerdote y del fervoroso patriota anatematizaba a las revoluciones por las desgracias sin cuento que traían a la República. Fué el gran Ministro del Altar que revistiéndose de la majestad sacerdotal consignó en la célebre Carta que le dirigiera desde esta ciudad al doctor Pasquel, Vicario de su Diócesis, reprobando severamente las revoluciones y prohibiendo que su Clero tomara parte en política por más que se invocaran principios santos, ya que la Patria y el bienestar social están por encima de las malentendidas conveniencias religiosas. Fueron suficientes esas sedudas amonestaciones de extraordinarios alcances de ética pacificadora para que de súbito quedara invalidada la invasión conservadora de los bravos hijos del Norte. Sólo la fuerza moral y el prestigio de que gozaba el ilustre Prelado pudieran contener ese aluvión que habría agravado el malestar político, social y económico de la República. Por esa conducta del verdadero Apostol de Jesús la Patria lamenta hondamente su muerte; pues Ella veía en su esclarecido Hijo a su mejor defensor. En sus horas de peligro solía enervorizar a la muchedumbre con su verbo caldeado de civismo. Hasta las mujeres se aprestaban gustosas a incorporarse en la Cruz Roja para socorrer a los defensores del patrio suelo que contiene todos los sentimientos y afectos más tiernos y expresivos; los encantos e ideales mas bellos y sublimes de la creación.

Si en los acontecimientos que se consumaron en el Gobierno del Doctor Arroyo del Río con motivo de la invasión peruana a los dominios ecuatorianos hubiese existido ese Patriota de singular visión y que todo lo preveía se habría sucumbido con gloria, pero sin pasar por esa serie de humillaciones que constituyen nuestro eterno oprobio y desventura. Mas ni estos descabros que atestiguan nuestra escasa fuerza moral y cívica nos mueven a entrar en cordura y reflexión y continuamos inexpertos y con la misma frivolidad y sin la menor idea salvadora de reaccionar contra nuestra dejadez y abulia y formar con la unificación de energías una vigorosa Nacionalidad que se caracterice por el trabajo, la concordia y la solidaridad de sus componentes sociales. Únicamente con la laboriosidad, la cordura, la disciplina y la unificación de estímulos consigue un pueblo fortalecerse y conquistarse las consideraciones de otros Estados.

La historia demuestra instante por instante que se invocan idealismos y fe ciega a la justicia y respeto irrestricto a los derechos de las nacionalidades por débiles y pequeñas que fueren; y, en la práctica se echan a rodar estas invocaciones y sobre la sepultura de la Justicia y del Derecho se ostentan victoriosas las conveniencias de las Naciones más poderosas. Pasaron ya los tiempos románticos y de los bellos idealismos caballerescos. Sólo el positivismo y el interés imperan en sociedades y pueblos y, aún se pretende, sin ápice de pudor, tomar parte activa en asuntos de la política interna de una Nación por conveniencias y determinados propósitos comerciales y de bandería. ¿Se pretenderá negar lo que acontece?

En la vida de una Nacionalidad existen elementos que propenden a su ventura y progreso y otros siniestros que ocasionan males sin cuento y propenden a su desgracia. La Patria si ha contado con figuras que han procurado y procuran impulsar eficazmente su progreso y atender de manera preferente su docencia y su cultura intelectual y artística; también ha contado con figuras sombrías, con los conspiradores de oficio que, por mezquinas ambiciones, han ocasionado daños muy graves que han reagravado sus dolencias en los distintos órdenes del vivir nacional. Los hijos del Norte si se ofrecieron gustosos a caudillos de distinto color político para revolucionar la República e irritar los odios banderizos y producir horas trágicas; también cuenta en su haber con preciados elementos que han cooperado a la incrementación de la docencia y al lustre de la cultura intelectual y artística de la República. Familias lucen ejemplares de excelentes capacidades cuya opinión se ha extendido más allá de las fronteras nacionales. En lo militar en momentos que la República atravesaba por una situación de suma gravedad en su política interna los Generales Julio Andrade y Don Rafael Arellano supieron mantener su dignidad y su ética de soldados incorruptibles. Pesó más en su conciencia la suerte de la Nación que los intereses de su propio partido. En aquellos momentos decidieron dar la demostración más alta de la disciplina y del honor militar luchando contra su propio caudillo. Esa es la conducta que debe observar el soldado que se penetra de los deberes de su misión.

El General Julio Andrade fué un militar culto y distinguido y en los importantes cargos que desempeñó en la administración pública y en la diplomacia dió pruebas de sus singulares capacidades intelectuales. Su muerte la deploró hondamente la República. De su familia fué lo más sobresaliente. Don Roberto con todo de haber cultivado las buenas letras no está muy cerca de su hermano Julio quien supo conquistarse general simpatía. A Don Roberto lo ocasionó excesivo daño su apasionado temperamento que le llevó a referir los acontecimientos históricos a través de su mirar vehementemente. De ahí que sus narraciones falseen constantemente y que, un escritor de tales condiciones, no reúna los caracteres de historiador al que tiene necesariamente que distinguírle la imparcialidad aún tratándose de sucesos relacionados con su persona. Así que Don Roberto figurará en otros géneros literarios y no en el histórico en el cual se empeñan algunos en hacerle figurar. El escritor Augusto Arias en su "Panorama de la Literatura Ecuatoriana" le hace aparecer entre los clásicos y discípulos de Montalvo junto al Doctor Aparicio Ortega quien, sin duda alguna, se le acerca más al Maestro, y otros estilistas de mayor o menor brillantez. El distinguido autor de Panorama conceptúa que Don Roberto en su Pacho Villamar modera con una modalidad fuertemente realista el segundo romanticismo de su tiempo y que el mencionado Pacho Villamar es una novela precursora de singular valía. Asimismo afirma que en su libro Montalvo y García Moreno vierte su ánimo polémico. Creemos sinceramente que dado el temperamento de brasas de Don Roberto la polémica era el género literario más apropiado para que fulminara a sus adversarios políticos con sus locuciones de candente ironía.

El Coronel Carlos Andrade fué de carácter delicado un tanto parecido al de su hermano Julio. Tuvo el acierto o quizá la buena suerte de elegir por compañera a una distinguida dama, airoso brote de un alma bella y de aventajadas cualidades poéticas cuyos cantos enriquecen la Lírica nacional y constituyen el exponente máspreciado de la cultura de la mujer ecuatoriana. De un vástago de contenido espiritual de riquísimos jugos sus frutos necesariamente tenían que acreditar su ilustre ascendencia ofreciendo en lo intelectual y artístico producciones de exquisito contenido espiritual y estético. Carlos, conocido comúnmente por Canela, Raul y Jaime son tres artistas en quienes la ley de la herencia se ha encargado de imprimir en su espíritu las esmaltaciones de la prodigiosa fantasía de Doña Mercedes, su abuela materna, a cuyos nietos dedicó los acentos más tiernos, dulces y expresivos de su lira. Carlos es un diestro dibujante y demuestra singulares aptitudes en sus trabajos a pluma en los cuales hemos visto carteles, diplomas, diseños de estampillas de correo ejecutados con mucho ingenio. En la caricatura, ramo que, por lo mismo que se trata de ridiculizar a una persona el caricaturista tiene que ingeniarse en sorprender el rasgo psíquico irregular o extravagante para que la figura exprese ese contenido espiritual que mueve a risa y que trata muy a lo vivo la flaqueza moral del individuo; pues, en este ramo Canela se manifestó muy sutil y vivaz.

Jaime Andrade ha escogido el cincel para demostrar que reúne capacidades para figurar entre los discípulos aventajados de Berruguete. De propósito elige los bloques que pueden intimidar para delinear gallardamente sus concepciones de enorme magnitud. Su técnica se caracteriza por la energía y el deleite que inspiran sus tonalidades que ofrecen un conjunto armónico que huye del relamido y que pone de relieve la personalidad del artista. El ingenio escultórico de Jaime Andrade reclama otro medio más amplio y de cultura artística de larga ascendencia para que sus magníficas disposiciones escultóricas se afirmen y no floten entre dos corrientes. De estos jóvenes que han dado repetidas pruebas de sus singulares cualidades artísticas somos partidarios de que el Gobierno o la Casa de la Cultura los envíen a Europa para que se perfeccionen y regresen a difundir sus conocimientos entre nosotros. En gentes que no prestan utilidad alguna al país y que demuestran poco aprecio por lo nuestro se han gastado fuertes cantidades. Las becas al exterior han sido concedidas no pocas veces por favoritismo y de allí los desengaños y las justas murmuraciones del público. Jaime Andrade tiene a su cargo la clase de Escultura de la Escuela de Bellas Artes y por lo mismo reúne condiciones como pocas para que sus inquietudes las encauce inteligente y provechosamente y no las desvíe de los derroteros señalados por su temperamento. De esta suerte se mantendrá firme en su arte magníficamente ambientado sin abanderizarse a corrientes estéticas que son, muchas veces, brotes de inquietudes momentáneas y que se apagan en cuanto se sale de situaciones de transición y cobra normalidad el curso de la vida histórica del mundo. Jaime Andrade en la Exposición de Mayo del I^o Salón Nacional de Bellas Artes que efectúa anualmente La Casa de la Cultura Ecuatoriana se hizo acreedor al Premio Nacional de Escultura por varias estatuas que presentó en piedra y en madera, de las cuales el artista modificará algunas con el andar de los años que infunden madurez. Iguales conceptos nos merece su compañero en la asignatura de Escultura de la Escuela de Bellas Artes Señor César Bravomalo que mereció por su escultura en piedra "La Mañana" el Premio Nacional en el II Salón Nacional de Bellas Artes. Los juicios o apreciaciones en arte dependen del mirar estético de cada cual. Los que juzgan de una obra con bondad otros la reconocen pésima. Opinamos que de mantenerse este artista aferrado en su modernismo no alcanzará muchos triunfos. Dará pruebas de gran sentido artístico el escultor Señor Bravomalo si procura salir de su crudeza escultórica. Y el artista disimule nuestra ruda franqueza.

Raul Andrade es el artista intelectual que ha conseguido personalizarse con esmerado gusto en sus bien trazadas Crónicas que se han conquistado singular estimación más allá de las fronteras patrias. Periódicos que gozan de crédito en algunas Repúblicas hermanas solicitan las Crónicas de Andrade por ese gracejo tan propio de su ingenio agudo y perspicaz. Sus crónicas denuncian al auténtico quiteño que sin el menor esfuerzo vierte en ellas frases de vivo ingenio que recrean y mueven a reír

por el trasunto de la figura que exterioriza ciertos rasgos irregulares de su quebradiza psicología. El gracejo de Andrade es de cepa ática; de aquella cepa un tanto parecida a la del cuencano Federico Proaño que, sin hipérbole, fué uno de los distinguidos escritores que se le acercó más a Fígaro; de ese célebre crítico español que tuvo hastío tan temprano de la vida. Federico Proaño murió joven en Centro América y las Letras Patrias se privaron de uno de sus cultivadores más brillantes, quien se esmeró por enaltecerlas.

Andrade en su Cocktails ha vaciado en ellos su espíritu comprensivo, sutil y burlón. Sus aliños son selectos y excitan a paladearlos constantemente sin causar embriaguez ni desazón, prueba evidente de la superior calidad desus escritos en un ramo literario que requiere hábiles dotes de observación para sobresalir gallardamente en sus figuraciones que despiertan sumo interés por sus típicos lineamientos psicológicos característicos e inconfundibles. Apreciaciones justas y muy merecidas contiene "El Panorama de la Literatura Ecuatoriana" respecto de los "Gobelinos" y más producciones de Andrade, ensayista que siendo muy joven se han conquistado alto sitial en las Letras Patrias. De continuar con la misma constancia e inflexibilidad por el sendero que él mismo se ha trazado figurará entre los literatos que han comunicado lustre a la cultura intelectual de la República.

Al ocuparnos de la familia Andrade como demostración de la cultura de las Provincias del Norte nos vimos en el caso de trasladarnos a un ambiente demasiado extraño para Carlos, Jaime y Raul, quiteños que quizá pudieran resentirse por haberlos arrancado imprudentemente de su propio suelo. Pero juzgamos no fuera de tiempo hablar de ellos aquí al ocuparnos de la familia Andrade. Estas explicaciones creemos aplacarán sus resentimientos.

* * *

No por que las corrientes heladas que atraviesan los pueblos del Norte y hacen un tanto desapacible su clima se encuentran privados de elementos que en lo intelectual y social constituyen su ornato y concurren al lustre de la cultura nacional. Entre varios intelectuales que han figurado y figuran en la Prensa se distinguen:

El grupo "ANTENA" compuesto por elementos que se han asociado para el cultivo de las letras dice el autor del "Panorama de la Literatura Ecuatoriana", en el que aparecen los nombres de Ricardo del Hierro, Gonzalo Araujo, Miguel Angel Rojas, Alejandro R. Mera, Eduardo N. Martínez, José Miguel Bolaños, Telmo Coral, Carlos Erazo, etc. Ya en tiempos anteriores venían figurando esforzadamente por el sustento de sus ideales políticos Luciano Coral, los Acostas, Grijalvas, Guerros, etc., etc.

Coral fué fundador propietario de "EL TIEMPO" de Guayaquil que sostenía vigorosamente las instituciones liberales con particularidad la política del General Alfaro contra los for-

midables ataques de un militar valiente, ilustrado y de talento Don Ricardo Cornejo y en ocasiones con otro escritor de efectivas esperanzas para el esplendor de la Literatura Nacional Don Víctor L. Vivar que tuvo especiales dotes para la crítica literaria y cuya muerte ejecutada criminalmente entre las sombras de la noche por conveniencias de bandería lamentará en todo momento la Cultura Patria.

Don Luciano Coral por más que fué un fanático partidario del General Alfaro tuvo la gran cualidad, tan escasa en los hombres de su fidelidad a Don Eloy hasta acompañarlo en su martirio, el cual constituye la afrenta más terrible para las muchedumbres enfurecidas que los incineraron. Don Luciano Coral fue un auténtico adalid de la Prensa y un periodista magníficamente capacitado y que propendía a la difusión de la cultura y de los ideales democráticos. Aquí en la Capital fundó la sucursal de "EL TIEMPO" que tuvo el acierto de ponerlo bajo la dirección del Doctor Luis Eduardo Bueno, escritor que se distinguió como pocos en la corrección del lenguaje; pues por temperamento no podía leer escritos desaliñados y censuraba acremente los barbarismos. Fué el auténtico académico y deseaba con vehemencia que no se quebrantaran bajo pretexto alguno los preceptos del idioma castellano. Lo censurable en figura tan escrupulosa fué su versatilidad que le llevaba a dejar repetidas veces la redacción del periódico, de la que se encargaba el Señor Timoleón Guevara supliendo inteligentemente la ausencia del redactor principal.

Honran igualmente a la intelectualidad y cultura de aquella provincia los Señores Don Carlos Emilio Grijalba, Doctor Don Delio Ortiz y el Jesuita Padre Muñoz. El Señor Grijalba se ha consagrado a profundizar sus estudios arqueológicos y etnográficos, ramos que exigen especiales dotes temperamentales por áridos y áridos y además por que para perfeccionarse en ellos se requiere contar con dinero sin el cual no pueden efectuarse desmontes ni excavaciones. Al amparo de este elemento ha podido el Señor Jijón y Caamaño sobresalir en este ramo y figurar entre los hombres de ciencia. Con todo el Señor Grijalba ha publicado importantísimos trabajos en este ramo en el Boletín de la Academia Nacional de Historia, Institución que valorizando el mérito de estos trabajos y de otras de sus publicaciones le acogió en su Seno con sobrada justicia.

El Doctor Delio Ortiz se caracteriza por la afabilidad y su carácter sencillo y sin dobleces. A pesar de haber sido muy mercedadamente acreedor en un concurso internacional al premio de "La Flor Natural" por su poema "Fantasías de Oriente" jamás se envaneció. El Jurado nombrado por el Comité Organizador de Iquitos le adjudicó el primer premio en el mes de mayo del año de 1932. Fué honrado con el nombramiento de Profesor de Castellano para el Colegio Nacional de Iquitos el 18 de agosto de 1931 y posteriormente para el Colegio de Lima.

Siendo poeta premiado en concurso internacional no participa de los mareos y vanidades tan propios de los componedores de versos cuyo orgullo les mantiene en permanente inflación.

El espíritu apacible y moderado del Doctor Ortiz se parece mucho al del simpático poeta Antonio Montalvo, auténtico inspirado moderno, fundador de algunas Revistas y del Grupo Améri-
ca y de la Revista que lleva su nombre. Fuera de sus poesías la producción del Doctor Delio Ortiz que ha sido muy celebrada por la hondura y vastedad de sus conocimientos es la "DIPLOMACIA DE GANGSTERS" publicada en 1941 y prologada por el Profesor Doctor Benjamín Carrión. El juicio crítico o mejor el justiciero elogio que puede hacerse de esta obra que enriquece nuestra cultura es transcribir los conceptos con los cuales termina su Prólogo un escritor moderno de tanta brillantez como el Doctor Benjamín Carrión: "Podemos anunciar a Delio Ortiz, tras las lecturas de su Libro Diplomacia de Gangsters, como a uno de los más vigorosos escritores políticos del Continente".

En "El Panorama de la Literatura Ecuatoriana" se lo recuerda igualmente al Doctor Delio Ortiz por su contribución poética a la revista "Espirales" en compañía de trovadores de acentos melifluos y delicados como Guillermo Bustamante, Carlos Dousdebés y Hugo Moncayo.

El Padre Jesuita Pablo Muñoz, de privilegiado talento y muy versado en ciencias teológicas se ha especializado tanto hasta conseguir ser autoridad en ramos tan abstrusos. Actualmente se encuentra de Decano de la Facultad de Filosofía en la Universidad Gregoriana de Roma; dignidad que requiere excelentes capacidades científicas para obtenerlo. Este Religioso ecuatoriano hace honor a la cultura de la República y si la Universidad Católica recientemente fundada en esta ciudad trabajara afanosamente por traerlo a su Centro constituiría el mejor de sus triunfos y hasta los elementos intransigentes, aquellos políticos fanáticos que conceptúan como una amenaza a sus ideales políticos tales Establecimientos docentes, aplaudirían la presencia de un catedrático de esas condiciones. Intelectuales de amplio criterio y que no participan de las estrecheces y ceguedades de los políticos de profesión perciben un nuevo luminar que contribuye a disipar más las sombras y difundir la cultura cada nuevo Instituto Educativo que se funda aunque fuere de tipo confesional. ¿No es verdad Señores Radicales?

* * *

Firme creencia tenemos en que la psicología del hombre y sus facciones responden de modo incontrastable a la acción del ambiente. El tipo de cada localidad lleva estampadas las características del suelo en el que surgió a la vida. De ahí que el paisaje y el clima obraran en el pensar y el sentir de los individuos. Una naturaleza de fantástica policromía como la de Imbabura, con un cielo que se remira en la limpidez de sus lagos y un clima apacible suavemente refrescado por templadas corrientes de aire, sus hijos en lo intelectual y en lo artístico tienen que reproducir la suntuosidad de sus ropajes, los acordes y variados matices que constituyen su expresión y despiertan emociones e ideas de orden superior que elevan el alma a dominios de idealidad infinita.

Artistas produce ese maravilloso suelo que sus producciones pictóricas y estatuarias hablan un lenguaje místico de religiosa espiritualidad que convidan al culto y la contemplación. El pintor Troya en sus lienzos reproduce pasajes bíblicos con sujeción a la técnica académica de su tiempo. Y en sus paisajes tan celebrados si ha conseguido trasladar al lienzo melifluamente montes, peñascales, llanuras, arboladas, ríos, cabañales y rebaños con gran conocimiento de la perspectiva; sus toques si hacen entrever que el pintor siente vivamente los diversos aspectos de la naturaleza que reproduce, pero son demasiado suaves y relamidos y por su escaso vigor sus paisajes parecen cromos u oleografías. Los admirables paisajes de Don Rafael Salas que los ejecutaba con asombroso conocimiento de la perspectiva adolecen también del mismo amaneramiento pictórico. Los paisajes de Don Joaquín Pinto son más reales y se destacan los objetos correspondientes a los diversos planos con tanta fuerza y viveza que dan la impresión de que son efectivamente reales y tienen vida y se mueven. Es que Don Joaquín Pinto desde muy joven tuvo el singular acierto de imitar a Gorrívar en su técnica de pujantes bríos. De ahí que le repugnara por temperamento el relamido y el amaneramiento.

Con todo Troya fué un artista que trabajó intensamente por la difusión de la cultura artística. Fundó su escuela y esmeróse en que sus discípulos siguieran fielmente las normas académicas, a fin de que expertos en ramo tan difícil como el dibujo llegaran a pintar satisfactoriamente. Las exigencias del Maestro fueron beneficiosas para sus discípulos. De aquella Escuela salieron artistas de aventajadas cualidades pictóricas como Toro Moreno, Víctor Mideros y otros. Si bien Toro Moreno y Mideros se trasladaron a perfeccionarse en la Escuela de Bellas Artes de esta ciudad que contaba entonces con un Profesorado de nota que no lo volverá a tener, ya que las condiciones económicas y hasta el concepto de arte han variado completamente en esta época de los frecuentes contrasentidos.

Toro Moreno en varios de sus lienzos nos hace recordar por la frescura, vigor y sonroseo de las carnes y lo rozagante de las vestiduras al Maestro Don Joaquín Pinto, artista de singulares dotes que al haber tenido la suerte de partir a Europa la Patria contaría con uno de los grandes pintores de fama continental. Toro Moreno pintó hace años la figura del gran novelista ruso Tolstoi recostado en un prado leyendo una de sus novelas. Este lienzo por su técnica robusta y animosa, su vibrante realismo y la agradable armonización de las tonalidades del paisaje parecía salido de la paleta de Pinto. Toro Moreno viajó por varias de las Repúblicas sudamericanas. En la actualidad radica en Cuenca pobre y achacoso sin esperanza de mejorar de suerte, sobre todo cuando el desaliento invadé el ánimo.

Su compañero Víctor Mideros es un artista muy combatido por los mismos cultivadores de ramo tan admirable como lo tenemos ya manifestado en otro lugar. No se comprende que espíritus que viven consagrados a estudiar la manera de glorificar la cultura intelectual y artística a fin de ser tenidos como legi-

timos herederos de esa famosa constelación de artistas que brilló con tanto esplendor dejando regueros luminosos de su actuar artístico, no se esfuerzan por reprimir esas impetuosidades psíquicas propias de almas bastas y primitivas. Parece mera ficción, pero prácticamente se palpa que los intelectuales y artistas suelen alimentar los odios más crudos y terribles. Así que los artistas con dificultad pueden ser íntegros jurados.

Acerbas críticas hemos oído respecto de las producciones pictóricas de Mideros. Mas en nuestro concepto y en el de gente culta y desapasionada Mideros es el pintor místico por excelencia y su paleta honra a la cultura artística de la Patria. Esa expresión evocadora con ese mirar inmenso y de abismos de sus personajes bíblicos que hablan a lenguaje tan propio del carácter que representan estos personajes sólo pueden salir de una paleta impregnada de encantos poéticos y filosóficos. La técnica de Mideros es inconfundible y muy propia de su alma que se mantiene en continuo razonar acerca de los simbolismos y profecías del Apocalipsis y la manera de traducirlos en el lienzo en formas de un realismo semidivino y comprensible para gente culta e instruída en estudios de difícil penetración. Varias de las Imágenes de Mideros por su palidez levemente encarnada y la sobriedad de sus vestiduras; sobriedad que no envuelve pobreza de coloración sino conocimiento pleno del estado y de los movimientos interiores de almas entregadas a la vida contemplativa, varias de sus Imágenes, repetimos, parecen inspiradas en esos famosos lienzos colocados a derecha e izquierda que decoran bellamente la entrada del Templo de San Francisco y que son pintados por el célebre artista Calixto uno de los magníficos pintores quiteños que se dedicaron con fervor a imitar a Zurbarán, el celeberrimo pintor de personajes religiosos.

A propósito de este admirable pintor de cuadros religiosos, alguien que se comidió en corregir las pruebas de este estudio creyó atribuir nuestros conceptos emitidos respecto de El Greco en las páginas 230 y 231 a Zurbarán a quien se le hace aparecer como autor del maravilloso lienzo "El entierro del conde de Orgaz" justamente celebrado por los críticos de arte y que glorifica al precursor del arte moderno.

Esa coloración bronceína, aceitunada o de amarillez que acostumbra Mideros dar a sus imágenes es la más apropiada en nuestro concepto para determinar la condición psíquica y originaria del personaje figurado en su lienzo. ¿Quién que a primera vista no fije la mirada en el Divino Maestro representado por este artista no descubre en su expresión misteriosa y evocadora y su mirar de hondura y de dilatadas perspectivas innovadoras al Gran Filósofo, al Divino Transformador de las costumbres sociales y políticas imperantes en el mundo de aquel tiempo? Mideros posee la característica muy especial de interpretar esos estados de subconciencia soñadora tan propias de almas contemplativas y entregadas a la penitencia y la oración. Es que Mideros es un artista reflexivo, observador e ilustrado. Y, precisamente para trasladar al lienzo un asunto histórico y no demostrar ignorancia en pasajes o sucesos acaecidos en otros

tiempos se requiere estar empapado en ellos. Mideros no pinta un cuadro sin cabal conocimiento del asunto que va a representarlo con su pincel tan hábil y viril que, a cada paso, sorprende al observador con sus toques de luz y su coloración hábilmente distribuida con lo que demuestra su versación en la gama de los colores cuyo inteligente empleo no se presta fácilmente a todos los pintores.

Hemos observado que algunos imagineros que se han conquistado fama, quizá sin merecerla, demuestran su poca habilidad en el empleo de los colores y otros una pobreza de coloración rayana en la ignorancia. Fuera de esta deficiencia suelen incurrir frecuentemente en la desnivelación o falta de equilibrio de las figuras y en la desatinada distribución de aquellas en los diferentes planos; deficiencias imperdonables en pintores de figuración. Hemos notado estos vicios de composición en algunos cuadros de los expuestos en el 1º y 2º Salón Nacional de Bellas Artes que patrocina La Casa de la Cultura Ecuatoriana. Mideros no incurre en estas faltas. En la colección de cuadros que llevó a Colombia hubo muchos que enaltecerán perpetuamente su nombre y la cultura artística de la Patria.

No siempre la inspiración es compañera inseparable del pensador o del artista. No pocas veces los grandes genios precoran abortos que son objeto de acres censuras y ponen en duda la autenticidad del autor. Cuan venturoso sería el hombre si se mantuviera en perfecto equilibrio su pensar y no estuviese fatalmente expuesto a continuas perturbaciones! Entonces los pueblos y las sociedades anduvieran más ecuanímenes, más afables y con mayor armonía y no soportaran en su vivir individual y colectivo descalabros que les arrastran no pocas veces a su exterminio. Previos estos antecedentes ya podemos estar seguros de que el distinguido artista Mideros no juzgue apasionadas estas ligeras observaciones nuestras.

Los lienzos que únicamente por llevar su firma están atestiguando que son brote de su paleta y se encuentran colocados en magníficas molduras doradas a derecha e izquierda del cuerpo central y en las pilastras de las naves laterales del templo de La Merced y que son unas interpretaciones de los anuncios del Apocalipsis y otros de milagros de la Virgen de Mercedes; estas producciones, con exclusión de algunas que son magníficas, deslustran el merecido crédito del artista por su incomprensible concepción, el antipático agrupamiento de las figuras y los desacerdos o la desarmonización de las tonalidades del conjunto. Con poca suerte anduvo Mideros en las concepciones de estos lienzos que tienen la apariencia de comerciales. Y únicamente por las veladuras tan magníficamente ejecutadas se puede comprobar su propiedad. A pesar de que los motivos primordiales en los cuadros referentes a la fundación del convento y templo mercedarios, a la batalla de Pichincha y triunfo de Sucre y a otros pasajes más, son la aparición de la Virgen de Mercedes y los milagros efectuados por Ella, carecen de esa unión mística que inspira veneración y es la característica de las pinturas de Mideros. Justamente por esta singularidad y el glaciés que real-

za el brillo y la armonía de los colores advertimos que no estuvo inspirado cuando no producen en el ánimo del que los contempla la menor emoción piadosa, la mas leve idea contemplativa, efectos psíquicos que están demostrando la ausencia de aquellos elementos en los lienzos a que hacemos referencia. Cualquier visitante medianamente culto observará a primera vista lo inexpresivas que son las figuras y su técnica poco vivaz.

No son muy destituidas de fundamento las censuras que efectuó acerca de la colección de estos lienzos de Mideros y que las publicó en uno de los diarios de Lima el perunao Sr. Pereira Veintemilla. Complacidos veríamos que desapareciesen algunos cuadros de los que se encuentran decorando el templo de La Merced.

Quien quiera que visite su estudio al punto se imaginará encontrarse con un Sacerdote venerable que oficia en ese templo majestuoso que respira arte y espiritualidad. En esta sacra mansión actúa silenciosamente sin transmitir a persona alguna sus admirables procedimientos pictóricos este nuestro artista a quien tanto estimamos.

* * *

En la escultura han demostrado los naturales de este lugar privilegiadas dotes. Con pesar veíamos que ramo tan bello caminaba aquí en la Capital rápidamente a la decadencia. Más fué una grata sorpresa para nosotros descubrir que en dos poblados de Imbabura existen dos escuelas en las cuales se cultiva devota y fervorosamente la escultura. Estos modestos imagineros demuestran en sus producciones gran sentido artístico. Siguen muy sensatamente las normas clásicas a las que se sometieron los grandes imagineros de la Colonia. Rehusan afiliarse a una escuela cuyo espíritu y tendencias no las conocen. Para ellos la estatuaría moderna no habla ese lenguaje que llega al alma, emociones, hiere gratamente la sensibilidad y despierta la admiración. No por que el arte tenga necesariamente que expresar el espíritu palpitante de la época se han de reformar las formas pretendiendo traducir situaciones de espíritu relacionadas con los fenómenos sociales del actual momento. ¿Cuáles manifestaciones espirituales intentan expresar con esos anti-páticos movimientos de expresivas proporciones? El Greco justamente tenido por el precursor del Arte moderno se ingenió con esa energía admirable de la inteligencia creadora en alargar las formas de sus figuras para expresar la espiritualidad y aquellas situaciones del alma difíciles de ser comprendidas e interpretadas por quienes no sienten en sus interioridades esos estímulos que elevan el alma a lo sublime incorporándose en océanos de luz y armonías. El Greco, de quien se dijo: "que fué el meteoro más extraordinario que ha cruzado el mundo del arte universal", la incomprensión de algunos críticos les llevó a ver en "la desproporción y alargamiento vertical de las figuras de sus cuadros" perversión óptica. Si el Greco se apartó de "los cánones y módulos del Renacimiento clásicos" fué por que su manera

pictórica guardaba correspondencia en sus concepciones con situaciones psíquicas. Mas nuestros imagineros se afanan por expresar las situaciones de apocamiento ético y espiritual de la raza indígena y de las muchedumbres desheredadas y labriegas con la grosera y antiestética deformación de las formas atribuidas con poco discernimiento a la pesadez del trabajo a que viven obligados con suma injusticia por los patronos. Afirmación que carece de exactitud. ¿Habrà sinceridad en aquellos procedimientos a los cuales han acudido con poco arte nuestros imagineros?

En San Antonio de Ibarra existe una familia Reyes compuesta de varios miembros que cultivan conjuntamente con fervor la escultura. Sus tallas de diversos tamaños y ejecutadas con esmero son solicitadas por varias repùblicas latinoamericanas que las adquieren a gran precio. La manera que han adoptado es diferente de la colonial que reunía las características artísticas no superadas por pueblo alguno en el Continente. Ese hálito místico que consiguió el imaginero indígena quiteño depositar en sus imágenes es una nota expresiva con la que se ha singularizado hasta atraerse la admiración de los visitantes cultos. Los escultores Morales ejecutan sus figuras a imitación de las imágenes comerciales de Barcelona. Quien mire la encarnadura y la policromía de las vestiduras notará que no existe la menor diferencia entre las esculturas de los artistas Morales y las venidas de Barcelona cuya expresión difiere de la legítimamente quiteña.

En estos tiempos del radio y de la aviación en los cuales la vida se desliza con impetuosa velocidad los artistas en sus diferentes actividades tienen que estar a tono con la rapidez de la hora si no quieren perecer de hambre y sufrir fatalmente los trágicos desenlaces de la miseria. Por tanto esa frescura de las carnes de sonroseo que se mantiene inalterable sin ser ajada por la estrepitosa carrera de los siglos ni ese hermoso estofado o policromía que presenta a las imágenes con ropajes de deslumbrante suntuosidad oriental no volverán ya a constituir las notas excelsas de la imaginería quiteña. Quedarán como muestras del esplendor a que llegó el arte quiteño de los tiempos idos. Ciertamente el encarné y el estofado fueron la resultante de un largo proceso de procedimientos que requerían mucho tiempo. Fuera de ésto los mismos imagineros molían personalmente los colores varios de ellos hoy desaparecidos y no sujetos a las alteraciones químicas como acontece hoy con los colores o anilinas adulterados.

El Padre dominicano Fray José María Vargas en su libro "Arte Quiteño Colonial" publica como Apéndice el Tratado de Pintura que manejó Don Manuel Samaniego y que le proporcionara Don Jacinto Jijón y Caamaño su actual poseedor. Dicho Religioso se ha tomado el trabajo de publicar este opúsculo para la comprensión como el mismo lo declara de las notas características de la Pintura Quiteña Colonial. Lo cierto es que esa maravillosa peculiaridad artística de la imaginería quiteña de conservar el frescor de las carnes como si las hubiesen concluí-

do hoy sin que la acción destructora del tiempo haya intentado llegar a ellas; esa peculiaridad en la que intervenían como lo tenemos expresado varios factores desapareció con la antigua Escuela. Pero qué admirables ejemplares nos dejaron en las diferentes manifestaciones del Arte. Esas pléyades de artistas ignotos superviven en las invalorable obras que legaron a las actuales generaciones. Su alma hermosea con esmaltaciones místicas vibra musicalmente en ellas e incita a venerarlas. Aún visitantes de otras nacionalidades y de distintas confesiones no pueden abstraerse a la veneración que les inspira aquellas imágenes brotadas de la paleta o del cincel de esos artistas inspirados que consiguieron exteriorizar en su expresión la inefable placidez espiritual que conforta la conciencia de almas que se ofrecen complacidas a los rigores de la penitencia ascética y menospreciando los atractivos que ofrece el mundo en cambio de una supervivencia de dicha sempiterna.

Sólo los grandes poetas filósofos que tienen la portentosa virtualidad de inmergirse en los recónditos senos de la Naturaleza y del espíritu humano pueden traducir esas dulces corrientes sinfónicas que envuelven los sentimientos y emociones de las almas contemplativas que alimentan ensueños de convivir con la Divinidad en mansiones de luz y de perpetua dicha. Sólo aquellos portentosos adivinos pueden descubrir en líricos acentos esas sublimes situaciones de espíritu por las que atraviesa el alma al contemplar las admirables obras de arte de pintura y estatuaria y oír las sinfonías y óperas de los grandes Maestros. Aquellas inefables situaciones espirituales que engendran en la mente ensueños de un orden superior y mantienen el alma flotando en espacios bañados de luz de mundos no soñados por la fantasía humana.

Las escuelas escultóricas de la Provincia de Imbabura son dignas de elogio por el buen sentido estético que las conforta. Y, efectivamente, causa consuelo que un grupo de artistas no se afilie ciegamente a un modernismo grosero y antipático en cuyos campamentos figuraran quizá por novelería o por no aparecer de rezagados algunos jóvenes de magníficas disposiciones artísticas. Entre los estatuarios modernos que se apartan de las extravagantes deformaciones tan en boga hoy figura Luis Mideros oriundo de la ciudad de Ibarra pero que su educación artística la debe a la antigua Escuela de Bellas Artes cuando el Profesorado estuvo compuesto de elementos nacionales y extranjeros competentes y de auténticos merecimientos. Mideros dirigido inteligentemente por un maestro de magníficas capacidades artísticas tenía que encauzar su gusto y carácter por la dirección técnica que recibiera. Sus varias esculturas en bronce fundido por él mismo y sus muchas figuras de piedra entre las cuales se destacan hermosamente los grupos de factura clásica de la fachada de la residencia del Señor Don Jacinco Jijón y Caamaño están acerditando su magnífica formación artística. Ya en otro lugar emitimos algunos conceptos respecto de Mideros. Es un artista de quien se puede asegurar sin incurrir en exageración que sus obras hacen honor a la cultura artística de

la Patria. Su escoplo obra hábil y diestramente en la expresión de sus concepciones. El sueño eterno del bienaventurado que asciende por columnas de estrellas a la cima de su glorificación se halla magníficamente interpretado en aquella hermosa figura que ornamenta el mausoleo de la familia Jaramillo en el cementerio de San Diego. El pintor Samaniego se ingenió en representar el sueño de Jacob por escaleras sostenidas por Angeles que ascendían hacia el cielo. La concepción de Mideros mueve más hondamente a pensar por su realismo lleno de filosófica espiritualidad.

En los bustos en bronce de algunos célebres personajes ha conseguido Mideros con mucho conocimiento del espíritu de cada cual imprimir el carácter en sus fisonomías. Mas en la obra que anduvo muy desafortunado y pone en duda su autenticidad por la pobreza de su concepción y la mediocridad de su técnica es la figura de Fray Jodoco cuya ilustre personalidad, a la que tanto debe la Metrópoli del antiguo Reino de Quito por haber traído entre las mangas de su sayal los gérmenes de la cultura intelectual y artística de la civilización europea y la semilla de oro para la fabricación del pan, se prestaba para que el artista se ingeniara en ofrecer una concepción que revelara las energías volitivas y espirituales de ese ilustre Religioso. Pero no por ello debe apesadumbrarse el artista Mideros. Aún los genios ofrecen abortos terribles y dignos de censura. Bien puede destruir aquella estatua de piedra que menoscaba su reputación artística y reemplazarlo con otra que acredite el prestigio de su escoplo.

* * *

La hermosura de la naturaleza de la ciudad de Ibarra y su clima dulce y apacible han contribuido, sin la menor duda, para que familias linajudas y distinguidas de Quito adquieran propiedades y hubiesen fijado su residencia allá y tuviesen sus entroncamientos los cuales se extendieron también por Otavalo, población que reúne singulares atractivos. De allí que en el terrible terremoto que sobrevino a Ibarra el 15 de agosto del año de 1868 perecieron sepultadas algunas familias quiteñas. Fácilmente se comprende y no es muy aventurado suponer que la permanencia en aquellos lugares de elementos valiosos y de distinción social e intelectual y sus vinculaciones de sangre obraran eficazmente en el vigoroso desarrollo de sus facultades intelectuales y sensitivas y en su abrillantación.

Aquella zona cuenta con valiosos exponentes que en las diferentes manifestaciones del pensamiento y de la sensibilidad han concurrido a la propagación y brillantez de nuestra cultura. Los sucesos políticos ocurridos en el suelo patrio antes y después de la Independencia, la historia nos relaciona de los elementos de estos lugares que intervinieron activamente con la pluma y la espada en sus transformaciones. Formar parte de esa altiva legión que batallara por la Independencia es dar testimonio auténtico de civismo y de cultura. Del mismo modo dió hijos ilustres a la Compañía de Jesús. El Padre Miguel Manosalvas estuvo de Provincial cuando se decretó causando un

tremendo descalabro a la docencia y la cultura de América la expulsión de los Jesuitas. Por motivos poderosos que hubiese tenido Carlos III para expedir esa malhadada Pragmática que ensombreció las claridades intelectuales de las Colonias es oprobiosa a su Gobierno. Aún los indiferentes en religión y opuestos a aquellas orden no han podido justificar proceder político tan atropellado. Además del P. Manosalvas Provincial fueron originarios de este lugar los P. P. Ignacio y Faustino Manosalvas, Ignacio Romo, Marcos Viescas y los Hermanos Manuel Navarro, Antonio Oviedo y Tadeo Recalde. Los Jesuitas Ecuatorianos que se establecieron perpetuamente en Italia varios de ellos como lo tenemos ya expresado en la página 193 se conquistaron sigilar estimación por su ciencia y virtudes como el Padre Juan Bautista de Aguirre, el Padre Ramón Viescas, el historiador Juan de Velasco y otros. El Padre Aguirre que desempeñó antes de su expulsión con notable lucimiento las cátedras de Teología y moral y de Filosofía en la Universidad de San Gregorio Magno, en cuyas clases demostró vislumbres filosóficas de adelantarse a las enseñanzas imperantes en aquel tiempo, en Italia llegó a ser Profesor de Teología moral, examinador Sinodal y Predicador del Papa. Hasta en la poesía dió muestras auténticas de ser un verdadero inspirado. De sus composiciones se han ocupado Espejo, Don Pablo Herrera, Mera, Gonzalo Zaldumbide y Augusto Arias en su libro "Panorama de la Literatura Ecuatoriana". El Padre Viescas fue también Profesor de Filosofía en Ravena y demostró poseer en su poema sobre el "Sepulcro de Dante" cualidades poéticas muy estimables y de las que un crítico eminentísimo como Don Marcelino Menéndez y Pelayo las anota, según aparece en la página 66 del "Panorama de la Literatura Ecuatoriana" del escritor Augusto Arias. Y junto a estos religiosos que demostraron espontánea y vigorosa vena poética pueden figurar dignamente, contribuyendo a levantar el nivel cultural de aquel siglo, por excesiva que fuese su afición culterana, los P. P. José Orozco, Mariano Andrade, Joaquín Ayllón autor de "Arte Poético" que la tradujo el notable poeta literato y académico Don Luis Cordero, Ambrosio y Joaquín Larrea y Pedro Berroeta.

El más famoso político y periodista que figuró entre esa notable pléyade de intelectuales y políticos opuestos al gobierno del General Flores fué Don Pedro Moncayo, uno de los principales redactores de "El Quiteño Libre". Don Pedro Moncayo fué todo un carácter. Mas esta bella cualidad le condujo a la intolerancia y a odiar a quien momentos antes le conceptuara como su caudillo y el personaje de mayor prestigio para coronar los ideales de los elementos intelectuales y sociales contrarios al Gobierno y regir honrada y dignamente los destinos de la República un tanto avasallada con la preponderancia del militarismo extranjero. Desgraciadamente Don Pedro Moncayo con su entendimiento deslumbrado por la ceguedad política no se adentró en la entraña de ese espíritu superior de Rocafuerte, quien en manera alguna podía quebrantar sus propios ideales y los que alimentara la juventud esclarecida de "El Quiteño Libre". Re-

petimos que una mentalidad tan lúcida como la del escritor Don Pedro Moncayo vió únicamente la parte opuesta de la conciencia de Rocafuerte. Don Pedro Moncayo no tuvo la visión panorámica del auténtico político. No se percató que la reconciliación de Rocafuerte con el Gral. Flores tenía necesariamente que ser beneficiosa para la República y la coronación de los ideales que alimentaran los distinguidos miembros de "El Quiteño Libre". Abatidas las fuerzas con las que contaba la oposición? a que medios podía recurrir Rocafuerte para contrarrestar la acción del vencedor Rocafuerte todo un pensador, experto político vió que la reconciliación que le proponía el Gral. Flores era leal y sincera y el medio más efectivo de llenar los anhelos políticos de esa activa e inteligente juventud que le había declarado su caudillo y la aceptó de buen grado. Mas Don Pedro Moncayo y otros igualmente apasionados vieron en ese proceder de incalculables alcances de Rocafuerte la traición más palpable. Y sus ciegos partidarios se convirtieron en tenaces enemigos y prefirieron el alejarse de la Patria, el destierro, como el redactor principal de "El Quiteño Libre".

La pasión política opaca las inteligencias más claras y vigorosas y causa incalculables daños al convivir social y a la prosperidad de la República. Ayer como hoy continuamos sustentando la misma pasión política sin preocuparnos seriamente de la suerte de la Nación. Esta ceguera constituye nuestra epidemia política y nos mueve a ser revolucionarios, conspiradores. El tiempo ha venido a confirmar que Rocafuerte fue un estadista esclarecido de relieves continentales y que dió impulso a la educación y a obras que propendían a levantar el nivel de la cultura intelectual y artística de la Patria. Rocafuerte amaba con delirio la paz, por que a su amparo prosperan los pueblos. Y todo hombre genial y de visión piensa de aquella manera. Espejo, la figura quiteña cumbre y el patriota más esclarecido, no obstante ser el más fervoroso revolucionario y el conspirador más activo contra la tiranía en su elocuente y hermoso discurso dirigido al pueblo, al Cabildo de Quito, decía: "Por un momento juzgad que sois quiteños, a quienes en el más violento apuro, siempre se le ofrecen recursos y alivios poderosos. No desmayéis; la primera fuente de vuestra salud, sea la concordia, la paz doméstica, la reunión de personas y de dictámenes".

Así se expresaba esa figura procerca, el precursor de la independencia. Sociables por temperamento y amantes de la paz, odiamos las revoluciones y a los aviesos políticos por los incalculables daños que causan a la República y al convivir social. Pero, no por ello se ha de llevar con paciencia un régimen de esclavitud y tiranía que ocasiona la mudez del pensamiento, la obscuridad y la quietud de los sepulcros. El conspirar contra gobiernos autoritarios y depósitos conceptuamos un imperativo deber y una de las virtudes cívicas más excelsas y ejemplarizadoras. La tolerancia en tales casos es de pueblos torpes y esclavos, de voluntad inerte e incapaces de alimentar esos bellos ideales éticos y cívicos que transforman las almas, abrillantan la inteligencia e imprimen nuevos rumbos a las ciencias y las artes.

El ilustre redactor del "Quiteño Libre" vió bajo este aspecto sombrío la reconciliación de Rocafuerte con Flores y lo renunció para siempre. Lástima que la intolerancia política le haya conducido a una mentalidad tan alta como la de Don Pedro Moncayo a tales extremos. Justamente por esta característica temperamental Don Pedro Moncayo no reúne las calidades de historiador. Con todo es una figura que luchó por nobles ideales y contribuyó al lustre de la cultura patria. Cerca de tan distinguido hombre de Letras que hace recordar ese simpático grupo de "El Quiteño Libre" que dejó honda huella de su paso en la historia del periodismo, de la política y la cultura del país, figuran muy merecidamente los Peñaherrera, familia de intelectuales y políticos, Doctor Víctor Manuel, notable jurisconsulto ilustró la Cátedra y el Foro con sus enjundiosas y eruditas opiniones jurídicas. Lo propio su hermano Mariano en la Medicina. El Doctor Modesto fué Secretario de Estado y Ministro de la Corte Suprema de Justicia. La familia Moncayo ha contado con valiosos elementos que se han distinguido en la política. Pero conviene esclarecer que Don Abelardo Moncayo a quien el distinguido escritor Augusto Arias en la página 165 de su importante libro "Panorama de la Literatura Ecuatoriana" le hace figurar como ibarriño, es muy quiteño y no tiene parentesco con el General Moncayo que fué Ministro de Guerra del Gobierno del General Alfaro. Y sea esta la ocasión para expresar que Don Abelardo fué un efectivo humanista. Versado en latín y filólogo manejaba el idioma diestramente con ese sabor de los clásicos que manejaban con sobriedad y pureza el idioma castellano. Don Abelardo fué un verdadero literato y sus producciones de variada índole constituyen un valioso aporte a las Letras patrias. Sus composiciones poéticas revelan al cantor inspirado que se mantuvo en esa atmósfera plácida y serena de los clásicos. Cuánto al drama del "Diez de Agosto" por mucho que haya conseguido el autor enardecer el sentimiento patrio como expone el escritor Augusto Arias, en nuestro concepto se advierten ciertas deficiencias explicables en cuanto han cultivado la comedia y el drama entre nosotros, desde que estos géneros de difícil ejecución requieren para conseguir su verdadero efecto factores de otra índole psicológica y un teatro de mayor complejidad social. Con todo Don Abelardo es un auténtico Maestro. Y no porque anotemos estas excusables imperfecciones se acortan sus indiscutibles prendas literarias.

Análogos conceptos nos merecen varios jóvenes intelectuales que han procurado y procuran cultivar estos tan difíciles géneros literarios que requieren gran penetración psicológica para la pintura de caracteres y de verdaderos tipos que reunan las características psicológicas que personifiquen o sean la expresión viviente de tipos que ruenan en sí y sean la demostración más palpable de las pasiones que conducen a la tragedia o de los afectos que alcanzan el triunfo. Cuado en la pitura de los héroes dramáticos palpitan con vigor los movimientos del espíritu de una raza o de un pueblo o de una sociedad esas figuras superviven a través del tiempo y del espacio. Las figuras de Receta

para Viajar de Don Francisco Aguirre tuvieron vida efímera y alcanzaron momentáneo éxito por ser tipos locales y no reunir las características psíquicas y sociales de trascendencia universal. Y Don Francisco Aguirre tuvo especiales dotes para cultivar con brillo estos géneros de difícilísima ejecución.

Don Nicolás Augusto González y nuestro recordado y simpático Trajano Mera demostraron magníficas capacidades para estos cultivos como lo expresamos en otro lugar. No obstante sus composiciones no reúnen las notas psicológicas geniales para traspasar nuestras fronteras. Lo propio podríamos aseverar respecto de aquellos intelectuales que figuran en el "Panorama de la Literatura Ecuatoriana y a quienes los colma de merecidos elogios su autor. Mas no por estas deficiencias, repetimos, muy explicables en razón de nuestro ambiente tan rarificado que no cuenta con elementos psicosociológicos que promuevan su desarrollo y suministren a la paleta del artista los colores adecuados para la figuración de los tipos de variados caracteres y matices que deben entrar en acción en la novela, la comedia o el drama; pueden nuestros jóvenes intelectuales sentirse abatidos? Muy al contrario. Nuestras observaciones, muy sinceras y exceltas de egoísmos, deben tomar como reactivos para proseguir con mayores bríos hasta triunfar en los cultivos literarios que prestigiarán su nombre y la cultura intelectual de la Patria.

* * *

Nativos de estas risueñas regiones fueron los Doctores Espinel que llegaron a figurar en el Foro y otros ramos por su talento y erudición en la Metrópoli peruana. También la familia Posso concurrió al desenvolvimiento de nuestra cultura con elementos de apreciables dotes intelectuales. Don Abelardo Posso fué un Profesor de sólidos conocimientos que procuró difundirlos con suma maestría entre sus muchos alumnos en la cátedra de Filosofía que la dictó por muchos años en el Instituto Nacional Mejía. Muy justo es recordar su nombre por haber sido entre nosotros el primer iniciador de los estudios filosóficos modernos y de psicología que apenas la conocían uno que otro socio de la célebre Jurídico-Literaria de feliz memoria. Don Abelardo daba a Doña Marieta de Veintemilla clases de psicología y fué quien la preparó para la conferencia que diera a la mencionada Asociación sobre materia tan complicada. El haber pretendido ahondar estos estudios atribuyendo a la materia o a las funciones orgánicas fenómenos psicológicos provenientes de una espiritualidad que vibra y se la siente con fuerza dentro de la contextura humana fué causa, sin duda, para que Don Abelardo Posso demostrara frecuentemente infijeza o desviación en sus conceptos filosóficos. De todas maneras fué un Profesor de talento y que dió a su cátedra una nueva orientación.

El Doctor Roberto Posso supo hacerse estimar por su inteligencia y conocimientos jurídicos, ya en el Foro y el Parlamento por sus concepciones enjundiosas y eruditas, ya en la cátedra de Derecho Romano que la dictó con eficiencia muchos años en

la Universidad Central. Es indudable que habiendo estado bajo su docencia muchos estudiantes contribuyó a la difusión de nuestra cultura.

Otros que se conquistaron positivo aprecio más allá de las fronteras patrias fueron los Doctores Quijano. Fueron elementos de consulta y desempeñaron con lucidez altos cargos administrativos. Cuando visitamos oficialmente el Colegio de Enseñanza Secundaria de aquella Provincia, en las repetidas veces que concurrimos a las clases dictadas por los Profesores nos fué muy grato anotar su inteligente desempeño y el aprovechamiento y disciplina del alumnado.

Aquella zona ha sido fructífera en elementos de cultura. El talentoso escritor Isaac J. Barrera que ocupa altos cargos en varias Instituciones científicas y literarias se precia de ser nativo de aquellos lugares. En nuestro concepto el gran mérito de Barrera estriba en haberse formado por propios esfuerzos hasta sobresalir en varios ramos literarios y ocupar sitio elevado en nuestra cultura. Razón sobrada tiene el autor del "Panorama de la Literatura Ecuatoriana" en las varias citas que hace de los géneros literarios cultivados por este escritor en calificarle de crítico de altos quilates, monografista y constructor de biografías de los hombres destacados de la época colonial. Varias obras importantes ha escrito Barrera con las cuales se ha conquistado estimación más allá de nuestras fronteras. Muy conocido es su nombre entre los escritores contemporáneos de habla española. Por eso los Institutos Superiores Docentes de la Argentina tomaron interés en que se trasladara a dictar algunas conferencias, las cuales fueron escuchadas con complacencia en aquel centro de alta cultura. Barrera ha demostrado singular predilección por el género histórico en cuyo ramo cuenta con exquisitos ejemplares que deleitan e ilustran. En el Periodismo también ocupa lugar preferente. Tiene muchos editoriales que se caracterizan por su ecuanimidad y elevación de espíritu y por su civismo y sensadas reflexiones políticas, viniendo por ello a demostrar la misión importantísima que tiene el periodista en la docencia y orientación de las masas populares. Barrera, además, tiene el mérito poco común de haberse constituído en maestro de su familia hasta conseguir el éxito por él anhelado. Jaime, su hijo, se distingue por sus bien trazadas crónicas, amenas y de variados matices. También demuestra capacidad en otros géneros literarios que los cultiva. Inés se hace estimar por su cultura y espiritualidad y sus magníficas dotes intelectuales hacen esperar producciones que acreditarán el lustre literario de la mujer ecuatoriana.

* * *

Siendo Quito la Metrópoli de la República y asiento del Gobierno necesariamente tiene que ser el centro de la cultura intelectual y artística de la Nación, sin que por tal afirmación pretendamos agitar odiosos sentimientos regionalistas menos acortar la excelencia científica, literaria y artística de Cuenca y Gua-

yaquil que cuentan desde muy antiguo con figuras de extraordinaria magnitud que realzan el lustre de la cultura hispano-americana. Olmedo, de quien con tanto aplomo dice el ilustre humanista Padre Espinosa que difícilmente le podremos pagar la inmensa deuda que hemos contraído con su Canto a Junín, Rocafuerte y García Moreno que honran a un Continente, Don Pedro Carbo, figura catoniana de subidos quilates, Don Numa Pompilio Llona, el celeberrimo Don José Antonio Campos, de eterna recordación en sus leyendas populares escritas con gracejo inimitable, y otros tantos cuyos nombres sería largo enumerar. Y en lo artístico cuenta Guayaquil con imagineros que de mantenerse en el equilibrio en que se mantiene el pintor Rendón Seminario comunicarán prestigio a la cultura artística de la Patria. Rendón Seminario conoce a fondo el movimiento pictórico europeo. Por eso quiso, sin duda, sorprendernos con sus lienzos de factura cuvista que envió al Segundo Salón de Mayo, Exposición que corre a cargo de la Casa de la Cultura Ecuatoriana en celebración de la Batalla de Pichincha. Creemos que el Señor Rendón Seminario no volverá a incurrir en otro envío de lienzos cuvistas que menoscaban su reputación artística. En la talla hemos visto figuras trabajadas en balsa y otras maderas con desenvoltura y gracia.

Cuenca blasona de contar, igualmente, entre las brillantes legiones de intelectuales con figuras eminentes que por sus luces y brillante fantasía hásele muy merecidamente calificada como la Atenas del Ecuador como lo hemos expresado repetidas veces en las páginas 268 y 298 de nuestro estudio. La poesía se aclimató tanto en ese ambiente de apacible sonreír de vírgenes que quiso que los nativos de allí participaran de los dones de su portentosa substancialidad para que cantaran melodiosamente los efectos a cual más maravilloso que produce la contemplación de la Naturaleza en sus sentimientos y emociones. De ahí que todos en Cuenca rindieran preferente culto a la poesía. Ni los médicos rehuyen de hacerlo menos los abogados, periodistas y labriegos. El Parnaso de Cuenca abrazaría varios volúmenes: Y creemos fundadamente que en manera alguna pueden darse por ofendidos si no citamos sus nombres en los diversos géneros literarios que han sobresalido.

El Padre Solano sí descubre su espíritu en el retrato al óleo ejecutado por el pintor Daniel Cadena que se conserva en el Museo Nacional. Ahí se lo vé al través de su tosco sayal al polemista vehementemente y temible que gustaba poner a su adversario en fuga con su erudición y candente pluma. Fué muy instruído en ciencias naturales ramo que por lo árido no cuenta con muchos cultivadores entre nosotros. Si bien la historia nos refiere que en la época colonial sobresalieron el guayaquileño Franco Dávila, fundador del Museo de ciencias naturales en Madrid y el riobambeño Pedro Maldonado que se conquistó por sus sólidos conocimientos científicos el aprecio de La Condamine, Godin y Bougier, miembros de la Misión francesa que vino al Ecuador a medir un arco de meridiano. Y al hablar de los conocimientos

científicos del Padre Solano debemos recordar como de paso los estudios profundos que efectuaron en nuestro territorio los naturalistas: el sabio alemán Barón de Humboldt y el colombiano patriota Caldas; el botánico español José Celestino Mutis que se mantuvo largos años en estos territorios estudiando nuestra flora y partió a Colombia a continuar sus trabajos llevando consigo varios pintores quiteños quienes ilustraron sus riquísimas colecciones botánicas en láminas a colores que llamaron la atención de los mismos extranjeros por su realismo vibrante y admirable. Sensible en extremo es que de aquellas láminas artísticamente ejecutadas por nuestros pintores quiteños no se conserven algunas muestras. Después de aquellos naturalistas aparece el sabio botánico Padre Sodiro que vino entre los célebres Jesuítas que trajo García Moreno para la Politécnica. El Padre Sodiro vivió entre nosotros hasta su muerte, entregado a la clasificación de nuestra flora sobre la cual ha dado a luz trabajos de enorme importancia científica. En este ramo de las ciencias naturales se han distinguido los hermanos Martínez de Ambato, quienes han manifestado especiales condiciones para aquellos estudios. Y esta particular manera intelectual de la familia Martínez se explica si se tiene en cuenta que Don Augusto fué discípulo preferido de los sabios Jesuítas de la Politécnica.

No sólo Cuenca, la República entera se gloria de tener entre sus adalides del pensamiento a los Doctores Don Antonio Borrero, Don Luis Cordero, figuras que enaltecen nuestra cultura y por cuyas singulares virtualidades morales y espirituales los pueblos los eligieron para que rigieran los destinos de la República en cuyo elevado sitio demostraron entereza y sumo desprendimiento, cualidades con las cuales difícilmente se conquistan adeptos y contribuyen en los tiempos actuales a hacer el vacío y acelerar la caída de aquellos magistrados que demuestran virtudes catonianas. El Doctor Luis Felipe Borja con su temperamento que no se presta a reverencias ni acomodos publicó una magnífica y justiciera Biografía sobre Don Antonio Borrero, obra impresa que fortalece nuestras afirmaciones. Igualmente Don Luis Cordero cuenta con publicaciones que enaltecen su nombre y pregonan sus méritos literarios. Otro tanto se puede afirmar acerca de Remigio Crespo Toral, Honorato Vázquez, los Arízaga, los Malo, los Crespo, los Moreno, los Cuesta, los Fernández Córdoba y otras familias de ilustre ascendencia literaria. En estos momentos hace honor a la cultura nacional una brillante juventud que demuestra en la poesía y otros géneros literarios excelentes disposiciones. Sobresalen de esa ilustre pléyade Remigio Romero y Cordero y Manuel M. Palacios Bravo, poetas de portentosa fantasía artística y de exquisita y excelente espiritualidad, la que se mantiene palpitando en las musicalidades con que expresan sus sentimientos y emociones.

En lo artístico luce Cuenca las escuelas escultóricas de Vélez y Alvarado. La escuela de Vélez la fundó el célebre Zanguirina que fué discípulo aventajado de Caspicara y se atrajo las miradas del Libertador por sus imágenes magníficamente es-

cultadas. A más de Zangurima figura en la pintura otro hijo de Cuenca que demostró en las clases de pintura que recibió de los grandes maestros quiteños en esta Capital magníficas disposiciones pictóricas fué el pintor Vela de quien nos fué muy placentero conocer un lienzo magistralmente tratado en el estudio del inolvidable maestro Don Joaquín Pinto.

* * *

Hemos afirmado que el centro del movimiento de la cultura intelectual y artística de la República se encuentra en Quito y existe su razón para ello. La misma Historia y publicaciones oficiales y particulares revelan que habiendo tenido el Conquistador ibérico respeto por la Metrópoli de un antiguo Reino embellecido con las fascinantes esmaltaciones de la leyenda se esmeró en rodearle de los elementos que propendieran física, moral y espiritualmente al timbre de su nombre y al lustre del Gobierno que se inauguraba a nombre de la Corona de España. Aquellos invencibles soldados que acompañaron al conquistador Sebastián de Benalcázar determinaron en la fundación de la ciudad darle una fisonomía que reflejara su propio espíritu y el fervor de sus sentimientos religiosos en recordación de sus lares, la techumbre solariega que la abandonaron para siempre. Por estos sentimientos y recuerdos que superviven en el espíritu de los hombres la ciudad de Quito reúne en su fisonomía ciertos rasgos típicos coloniales que no los tiene otra ciudad en el Continente y que son muy observadas por los viajeros y constituyen su admiración y estudio. De allí que por su magnificante fisonomía y la limpidez de vírgenes de su cielo, el cual no se presta fácilmente a la paleta de los pintores, sea reconocida muy mercedadamente como la Sultana de la Nacionalidad Ecuatoriana. La fama de la grandiosidad de su paisaje, de la portentosa feracidad de su suelo y de sus riquezas auríferas se extendió más allá de los mares. El espíritu aventurero del español que lleva en su entraña glóbulos de la sangre de las tribus errantes de la Arabia alucinóse con los codiciables elementos que le ofreciera el Reino indígena subyugado. No tardaron en llegar: misioneros para la catequización y levantar suntuosos templos para el culto sagrado; cronistas, arquitectos, pintores, tallistas y maestros en las diferentes profesiones u oficios quienes comunicaron sus conocimientos a los indígenas. Las capacidades que demostraron en su aprendizaje fueron sorprendentes. El ingenio indígena enervorizado con los resplandores de su dios Sol asimiló fácilmente y quizá con mayor originalidad cuanto el arte hispano ofreciera a sus sentimientos y fantasía. Las generaciones surgidas de la fusión de las virtualidades psíquicas y orgánicas de las dos razas dieron en los diferentes ramos ejemplares que se conquistaron la admiración y el aprecio continentales.

Si fueron singulares las capacidades que demostraron los indígenas quiteños en los diferentes ramos en los cuales les instruyeron los maestros españoles, necesitaban por lo mismo de

otros estímulos que avivaran y excitaran su inteligencia, sus sentimientos y emociones. Y es indudable que las comunidades religiosas que se establecieron en la ciudad de idilios y ensueños aborígenes introdujeron libros de inapreciable valor científico, literario y artístico y lienzos de los pintores autorizados y que gozaban de prestigio universal. De aquella manera se formaron Bibliotecas que contenían obras rarísimas y constituían verdaderos tesoros y llamaron la atención de sabios y viajeros ilustres como Caldas. Así se explica que aparecieran hombres ilustres como Espejo y Mejía que honran al Continente por sus luces y elevado civismo, desbrozando malezas y señalando los derroteros por donde deberán dirigirse estos pueblos en pos de su autonomía y de sus ideales democráticos.

Asimismo pinturas de célebres autores flamencos, italianos y de la nombrada escuela sevillana fueron traídos por los Conventos. Consta de auténticos documentos que el Padre dominicano Fray Ignacio Quezada, que comunicó vigoroso impulso al Colegio de San Fernando fundado por su Orden para rivalizar con el de San Luis dirigido por los P. P. Jesuítas, envió de Europa una riquísima colección de magníficos lienzos. También algunas Autoridades de la Audiencia y familias pudientes trajeron pinturas de indiscutible mérito artístico. Es innegable que nuestros imagineros tuvieron ejemplares de gran mérito artístico en pintura y escultura en cuya técnica y estilo se adiestraron. Y esta opinión se fortalece si se tiene en cuenta que en el testamento de Miguel de Santiago que lo diera a conocer el escritor Don Alfredo Flores y Caamaño consta que este famoso artista poseía uno que otro lienzo europeo. Así se explica que nuestros pintores, escultores y otros ramos que consiguieron enaltecer la Escuela Quiteña asimilaron la manera y el gusto de las escuelas europeas con las producciones de aquellos maestros que las tuvieron para su estudio. De ahí que aparecieran artistas como Miguel de Santiago cuyo valor pictórico en concepto del Padre Ricardo Cappa, S. J., a quien cita en su libro "Arte Quiteño Colonial" pág. 128, el Padre dominicano Fray José María Vargas, supera a todos los pintores de la América del Sur. Y en la misma obra, página 121, aludiendo a las opiniones de algunos viejos que se encuentran en los Escritos de Espejo, Tomo III, dicen que el insigne Miguel de Santiago fué comparable con los Ticianos y Miguel Angel. Efectivamente, las pinturas de Miguel de Santiago, según refiere en su Historia el Padre Velasco, fueron celebradas en la misma Roma. Y no creemos que el amor del Padre Velasco a su Patria le haya movido a exagerar sus valores en literatura o en Arte y ser autor de tan peregrina especie.

En el taller de Miguel de Santiago se formaron pintores que utilizándose de los procedimientos pictóricos del Maestro abrieron sus talleres para difundirlos entre los aprendices que concurrían aún de otros distritos de la Audiencia. Entre los muchos discípulos que tuvo Miguel de Santiago se distinguieron su hija Isabel, Antonio Egas, su yerno, Nicolás J. Gorivar, su pariente,

Carreño y otros discípulos más que acompañaron al Maestro a pintar la colección de la vida de San Agustín que le encomendara el Provincial Padre Basilio de Ribera. A la difusión del arte pictórico contribuyó el Hermano jesuita Hernando de la Cruz quien abrió su escuela de pintura en el mismo Convento por orden de su Superior. A este célebre Religioso héroe de un drama, al que se le pretende atribuir los cuadros de los Profetas pintados por Gorívar, le debe mucho la cultura artística de la Patria por haber difundido sus magníficos conocimientos pictóricos y contribuido al lustre de la nombrada Escuela Quiteña.

En nuestro concepto Gorívar se levanta a la misma altura de su Maestro. En el aliento y vigor de los tonos, la destreza del dibujo y la armonía de la coloración Gorívar no tiene hasta hoy rival alguno que pudiera competir con él entre nosotros. Lo hemos llamado nuestro Tintoreto por sus magníficos efectos del clarooscuro que pueden verse en el lienzo del Profeta Malaquías existente en el templo de la Compañía de Jesús. El pintor Samaniego que se particularizó en las melifluas musicalidades de sus azules y en la plácida expresión de sus Imágenes se encuentra algo distante de Gorívar. Con todo nuestros pintores quiteños son los legítimos representantes de la afamada Escuela Artística Quiteña.

En la escultura siguiendo el Padre José María Vargas las aseveraciones del Doctor José Gabriel Navarro le hace figurar a Olmos —Pampite— después del Padre Carlos. También nosotros en nuestros estudios lo hemos mencionado a Pampite, repetidas veces, como aventajado discípulo del Padre Carlos y hablamos de él en las páginas 209 y 210. Tal aseveración carece de fundamento. José Olmos aparece junto a Don Antonio Salas como pintor y escultor figurando entre los individuos que deben satisfacer la Contribución Directa, correspondiente a los dos semestres del año de 1825, según consta en el "Libro de Catastros o Registros Comprensivo a la Ciudad y sus Parroquias", de propiedad del Municipio de Quito. Con frecuencia incurrimos en falsedades en estudios sobre Arte porque nos atenemos a opiniones ajenas. Las investigaciones artísticas ofrecen dificultades de difícil vencimiento. El inquirir al respecto en los Archivos nos ofrecerá no pocas sorpresas sumamente beneficiosas. Sensible en extremo es que al muy valioso Archivo de la antigua Audiencia de Quito, que estuvo hasta hace poco unido inteligentemente al Museo Nacional para que sirviera de poderoso auxilio en las investigaciones artísticas de las mismas piezas que contiene, se lo haya independizado en forma tan peregrina. La poca comprensión en las finalidades de una y otra Entidad y en su mutua cooperación influyó sin duda, en tal despropósito. La omnisciencia de los ensoberbecidos levanta murallas y abre abismos en las investigaciones históricas o artísticas de cuantos se dedican a estos estudios movidos casi siempre del ideal quijectesco de contribuir modestamente al acervo de nuestra cultura; estudios que ofrecen muchas veces por recompensa la ironía o la censura canallesca.

En la escultura la Escuela Quiteña cuenta como en la pintura con astros de primera magnitud. El Padre Carlos, Legarda calificado de imaginero de monstruosas capacidades artísticas y digno de figurar junto a los mejores escultores del mundo, según afirma el Padre Velasco en su Historia del Reino de Quito, Caspicara, Olmos, el insigne Diego Rodríguez autor de la bella escultura de San Sebastián existente en el mismo templo de esta ciudad y otros muchos artistas que descuidaron de poner su nombre en sus hermosas estatuas forman toda una esclarecida legión de artistas que ennoblece la cultura artística de la Patria. El escultor español Diego de Robles, que fué el primer escultor que menciona la Historia de haber comunicado al ingenio indígena los prodigios de su arte, se sentiría orgulloso de haber formado discípulos que lo aventajaran en el ramo. Y al hablar de estos artistas ya consagrados muy mercedamente por la posteridad debemos repetir lo que tenemos manifestado en las páginas 50 y 51 respecto del Padre Bedón, dominicano, cuyas bellas pinturas descubren los célebres maestros que intervinieron en su formación artística. Sus lienzos: La Virgen del Rosario, la Dolorosa existentes en el Convento de Santo Domingo de Lima y que los da a conocer en su libro el Padre Vargas y la Virgen de la Escalera que se halla en su propia Capilla en la iglesia de Santo Domingo de esta ciudad son de sabor limpiamente italiano. Entre los discípulos del Padre Bedón sólo figura el Padre Castillo de quien nos ocupamos en la página 51. Conocemos un retrato del Padre Guerrero ejecutado con admirable maestría que existe en el mismo Convento.

De los talleres de pintura y escultura salieron elementos bien preparados que fueron a difundir sus conocimientos dentro y fuera de las fronteras patrias. La celebridad de la Escuela Quiteña se extendió por todo el Continente. Prueba de ello que sus lienzos y esculturas fueron muy solicitados y sostuvo un comercio activo con todas las Colonias Latinoamericanas. Aún en la época de la República no decayó su comercio sino cuando se permitió la funesta importación de estatuas de yeso y oleografías o cromos que apagó de golpe la exportación de las producciones de los imagineros quiteños que sostuvo su prestigio continental.

El Doctor José Gabriel Navarro que tiene el mérito indiscutible de haberse consagrado largos años como pocos a los estudios de arquitectura, pintura y escultura, a fin de dar a conocer en el Exterior la celebridad que alcanzó la Metrópoli Quiteña en todos estos ramos en la época colonial; con frecuencia lo cita en sus estudios, como para fortalecer sus aserciones, al celebrárrimo Maestro Julio Arístides Sartorio, quien a su paso por esta ciudad de misterios y leyendas le calificó, después de conocer sus monumentos antiguos, sus incomparables tesoros artísticos y su típica fisonomía, de ATENAS AMERICANA y el corazón de la AMERICA LATINA. Y todavía para mayor confirma-

ción de sus impresiones y conceptos se encargó el noble Maestro de la laudable obra de enrollar nuestro arte en la historia del arte universal. Desde entonces afirma el Doctor Navarro que el arte quiteño adquirió carta de ciudadanía en la Historia General del Arte.

Casi idénticas opiniones a las del Maestro Sartorio han emitido distinguidos viajeros y Profesores extranjeros; opiniones que constan en el Album de Autógrafos de los visitantes distinguidos del Museo Nacional y que viniendo de ellos no tienen nada de apasionadas y son muy justas y sinceras.

Otro de los intelectuales que se ocupa constantemente de dar a conocer nuestros invalorable tesoros artísticos es el joven José Alfredo Llerena. Con el título de "Quito Museo y Relicario" viene publicando en las páginas humorísticas de "El Comercio" de la Edición Dominical estudios que despiertan interés por su contenido histórico y su amenidad.

Todavía no se puede escribir una verdadera historia de nuestro Arte antiguo. A cada paso tropezamos con embarazos de difícil vencimiento que imposibilitan nuestra labor. Quizá otros investigadores con más suerte y mayores bríos espirituales lleven a término esta obra que será de suma importancia histórica y artística y contribuirá al mayor lustre de la cultura patria.

* * *

Mencionan las crónicas que la legendaria celebridad de la Metrópoli del Reino de Quito trae su origen de los extraordinarios esfuerzos de sus hijos por alcanzar, repetidas veces, su autonomía y haber derramado por aquellos ideales su sangre antes que pueblo alguno en el Continente. Por aquellos sucesos gloriosos en los que intervenían solidaria y armónicamente pueblo y nobleza le calificaron de "QUITO LUZ DE AMERICA". Esto es, se la conceptuó como un foco en el cual están concentradas las luces que se propagarán por los pueblos hispanoamericanos. Aquellos movimientos insurreccionales no eran efecto de la indisciplina. Obedecían a ideales cívicos de un orden superior. A ideales que fueron floraciones de inteligencias que se habían cultivado con las lecturas filosóficas y políticas de los pensadores que concibieron la noble idea de dar una nueva forma a las instituciones políticas que tenían el imperio del mundo.

Los intelectuales quiteños empapados en aquellas lecturas que inflamaban su espíritu hacían llegar al corazón de las masas los nuevos principios libertarios para que cristalizándose en ellas se aprestaran entusiastas a luchar por su autonomía. He ahí la labor de elevado civismo que parecía no pocas veces extinguirse con los tremendos descalabros sufridos; pero que reaparecía la reacción con mayores ímpetus incendiando la atmósfera continental y ocasionando el derrumbamiento del predominio colonial. Cabalmente por esta determinación gloriosa de los valiosos elementos de su intelectualidad y de la nobleza que despertó al Continente de su letargo excitándolo para que bregara

por aquellos principios democráticos que llevan el bienestar social y la prosperidad y dignificación de los pueblos a cuyo amparo se constituyen y gobiernan; y por la celebridad artística que alcanzó la Escuela Quiteña hasta obtener el cetro en el Continente; por todas estas manifestaciones de su pensamiento y voluntad elevados a su máximo desarrollo y que constituyen el expediente más valioso de sus actos puestos en beneficio de la autonomía y de la cultura artística continentales; por el conjunto de realizaciones cívicas, intelectuales y artísticas se le denomina a Quito "LUZ DE AMERICA".

* * *

Quito contiene en sus senos prodigiosas virtualidades de las que participan sus hijos y suelen expresarlas por medio de la lucidez de su pensamiento y su exquisita sensibilidad. Proverbiales son las súbitas expresiones chispeantes de su ingenio agudo y gracioso que provocan la risa de un Heráclito. Por estas prodigiosas virtualidades que se enfervorizan en su espíritu al calor de las luminosidades de su cielo y que se exteriorizan en sus obras; sus pensadores y artistas son típicos e inconfundibles y de lineamientos continentales. En la Colonia se destacan Espejo, Mejía, el Marqués de Selva Alegre, Villavicencio, Doña Manuela Cañizares y esa pléyade de artistas tantas veces citados en este libro; y en la República González Suárez, Luis Felipe Borja, y una intelectualidad que en las diferentes Academias y Asociaciones Científicas y Literarias han dado y continúan dando lustre a las Bellas Letras.

De largo abolengo es Quito el centro de la cultura intelectual y artística de la República. Sus antiguas Universidades que causaron grata sorpresa a ilustres viajeros. Sus Colegios que modelaron sabiamente el espíritu y los sentimientos de nobles e indígenas hasta conseguir que fuesen en lo intelectual y artístico elementos verdaderamente representativos de la cultura patria. Sus Cortes de Justicia que supieron conquistarse el aprecio continental por sus fallos que se caracterizaron por su sabiduría y equidad. Sus Cabildos que procuraron en todo momento atender de manera preferente la educación, la higiene y los servicios de todo género para el bienestar de la población. La Asistencia Pública que se esfuerza en medio de sus estrecheces por dar algún alivio a las dolencias y amargores de las clases azotadas por el infortunio. Todas estas Entidades están atestiguan-do que esta ciudad mantiene hasta hoy el Principado de la cultura patria.

La actual Universidad Central que ha gozado desde luengos tiempos de merecido renombre por el Profesorado sabio y lleno de entereza que procuró en sus diferentes Facultades formar profesionales idóneos que fuesen útiles a la sociedad y a la República; si en determinados momentos ha sufrido quebranto con nocivos elementos introducidos en su seno que motivaron la indisciplina y la aviesa política del estudiantado; pero es innegable

que labora activa e intensamente en pro de la cultura general de la República. El Consejo Universitario ha procurado en todo momento, sin omitir sacrificios, prestigiar su Tribuna haciendo llegar a ella a pensadores y catedráticos extranjeros que gozan de crédito universal por su erudición y profundos conocimientos científicos y sociológicos. Y es indudable que labor tan recomendable ha contribuido para que el estudiantado encauzara sus conocimientos más en correspondencia con las corrientes científicas modernas. El sostenimiento de sus ANALES, en cuya publicación se dan a conocer trabajos muy apreciables de los Profesores en las diversas Facultades y las Tesis de Grado que en concepto del Tribunal merecen tal distinción; este órgano de la Universidad conviene reconocerlo que es un valioso exponente de nuestra cultura.

Por conveniencias relacionadas con su propio decoro y el antiguo prestigio de su nombre debe ser intransigente en la selección de Profesores. Creemos que no debería intervenir la política en su designación, ya que no existe lamentablemente el concurso. Odioso en extremo es que se profane el Templo de la Sabiduría y de la educación superior con la introducción de la política que origina desazones y disturbios. Somos partidarios de la elevada política y de las inquietudes de las juventudes que alimentan ideales innovadores de mayor equilibrio social y económico en armonía con las nuevas necesidades de los tiempos. Mas no por aquellas inquietudes que encarnan ideales de un advenimiento democrático de mayor justicia social y económica se ha de dar cabida a extrañas ideologías que falsean nuestra propia constitución y nuestra propia manera de ser.

En cuanto a las Entidades que laboran activa y fervorosamente por la incrementación y lustre de nuestra cultura ocupa lugar preferente, como lo tenemos varias veces expresado, la Casa de la Cultura Ecuatoriana. Sus publicaciones ricamente presentadas y que circulan con profusión dentro y fuera de la República; las frecuentes conferencias de Profesores ilustres que patrocina en beneficio de estudiantes y del público; las continuas Exposiciones de nacionales y extranjeros que auspicia con nobilísimos propósitos de estimular las inclinaciones artísticas de los nuestros; los grandes premios pecuniarios que señala anualmente para las mejores obras en pintura y escultura que designe el Jurado y otras obras de acción cultural que efectúa, pregonan su inteligente y laudable labor en beneficio del brillo de nuestra cultura. A esta Entidad se le ha combatido despiadada y crudamente empañándole con malevolencia su reputación. Sus mismos acusadores se vieron en el humillante caso de restituirle su crédito. Entre nosotros fácilmente se destrozan las mejores reputaciones.

Y al hablar de estas Entidades es muy justo mencionar a la Universidad Católica fundada con el nobilísimo propósito de cimentar la ética del estudiantado que constituye el substratum de la concordia, del bienestar social y de la entereza profesional... Runday en medio de nuestras estrecheces económicas Es-

tablecimientos de tal índole cuyo eficiente funcionamiento requiere fuertes desembolsos de dinero; obra es muy digna de encomio ya que viene a cooperar en la más ardua de la labor docente en razón de ser la definitiva y cuya calidad se manifiesta en la actuación de los profesionales en los distintos ramos administrativos y en las diversas manifestaciones del vivir nacional. Justamente por estas múltiples finalidades de la educación profesional la Universidad está conceptuada como la fragua donde se modelan las almas y se templan los caracteres. Y los elementos plasmados a base de rígida disciplina moral y cívica y sólida instrucción sienten efectivo amor por la Patria y actúan con inteligencia y honradez en beneficio de la Nación y propenden a fortalecer los vínculos de convivencia y de concordia sociales. Aún más en el batallar por la existencia y por brumosa que se les presente la atmósfera y el suelo cubierto de espinares y asperezas ven el camino iluminado y se dirigen con la convicción íntima de no dejarse abatir y de llegar triunfantes a la coronación de sus propósitos. Los elementos formados en este tipo de Universidades jamás delinquen y no quebrantan en sus actuaciones su conciencia profesional. Y los Establecimientos cuyo Profesorado persigue como norma fundamental fortalecer la ética del estudiantado son dignos de encomio, porque laboran por la integridad profesional y los bien entendidos intereses de la Patria.

Ya en otro lugar de este libro nos ocupamos de sus Estatutos y organización. La sociedad y los elementos sanos y desapasionados miran con gran simpatía toda vez que está dirigido por un Religioso austero y sabio como el Padre Jesuita Espinosa y cuenta con un Profesorado de suma competencia y honorabilidad. Aplaudimos muy cordialmente la filantropía de las personas que han intervenido en su fundación, ya que un nuevo Establecimiento de esta magnitud de docencia superior es un nuevo foco de sabiduría que prestigia a la cultura de la República. Estos nuestros conceptos son la expresión ingenua de nuestra manera de sentir. Se nos calificará por ello de retrógrados? Nos place confesar que procedemos con entera independencia en la exposición de nuestros conceptos. No nos atemorizan censuras ni reproches. En nuestros contratiempos e infortunios no se ha acercado una mano generosa a enjugar nuestras lágrimas ni en el brumoso cielo ha aparecido una estrella prometedora de bonancibles días. Opinamos, pues, con absoluta independencia.

* * *

El desequilibrio social y económico de los pueblos proveniente de la monstruosa guerra de exterminio universal que ha traído el hambre y la miseria engendrando en las muchedumbres sentimientos de aversión y odio hacia las clases acaudaladas ha influido, ante la gravedad de la hora, para que los más comprensivos entre nosotros acudieran en forma efectiva a llenar ciertas necesidades de orden social para aquietar en lo posible ese hervor pasional que de fomentarlo originaría una heca-

tombre. Algunos ricos temerosos de ciertas ideologías que van propagándose por el mundo y adentrándose en la conciencia popular están ya destinando parte de sus bienes a obras que redundan en beneficio directo de las humildes clases sociales. Entre nosotros han tomado el ramo educacional para intensificarlo, ya que este ramo entre sus múltiples finalidades sustenta el bello objetivo de devastar las toscas imperfecciones del alma infantil para que al calor de un Apostolado de verdad se ostente en todo su esplendor y sea más tarde un elemento socialmente beneficioso y contribuya al progreso de la Patria.

Muy justo es recomendar a la memoria de la posteridad la laudable labor de personas que con desprendimiento muy elevado han destinado sus bienes al ramo educacional. Tales personas han comprendido que el mayor de los beneficios que puede desarrollarse en favor del pueblo es el de la educación; ya que por el número de Establecimientos destinados para este fin se valoriza el nivel de su cultura. Así gozamos en grado sumo cuando nos detenemos a mirar: el estupendo edificio escolar "Eugenio Espejo" construido por el Municipio; el magnífico Plantel Normal Manuela Cañizares levantado por el Gobierno y que se ostenta majestuoso en la avenida Mariano Aguilera; el suntuoso Colegio de Loyola que han construido los Padres Jesuitas en la Parroquia de Cotocollao; la Escuela Alfonso del Hierro que este propietario ha levantado con mucho dinero en la misma Parroquia y que está funcionando bajo la dirección de los Hermanos Cristianos.

Doña Matilde Alvarez de Fernández Salvador con altruismo que le honra destinó su fortuna para que se construyeran dos escuelas; una al Norte y otra al Sur de esta ciudad con el exclusivo objeto de educar a los niños del pueblo. La Señorita Leonor Heredia con iguales propósitos está construyendo en sus propios terrenos de la avenida Mariano Aguilera un magnífico Establecimiento para niñas que será dirigido por las Madres Dominicanas. La Señorita Dolores Cortez es otra que favorece silenciosamente a los Establecimientos de educación confesional. Doña Inés Barba de Ruiz dió una significativa muestra de ser digna descendiente del esclarecido Prócer el Marqués de Selva Alegre, a quien Quito tanto venera, legando su valiosa propiedad situada en el parque de La Independencia a la Junta "Mariana de Jesús" que fundara con tanto talento la distinguidísima Matrona Doña María Augusta Urrutia de Escudero con fines de acción docente y social. Los objetivos que sustenta la benemérita Fundación guardan correspondencia con las portentosas virtualidades de la Beata Mariana, a la que esta Metrópoli la conceptúa como la estrella más hermosa de su cielo y la flor más bella de sus jardines. Se asegura que procederá en idéntica forma con sus bienes la digna e inteligente Señora Doña Carolina Barba de Freile. Y no hemos puesto en duda tal determinación, por cuanto es una dama virtuosa y de prendas excepcionales. Ojalá estos actos sirvan de ejemplo a tantos ricos mezquinos e indiferentes que no prestan ningún beneficio social y que no comprenden la gravedad de la hora.

Aquí damos por terminado nuestro trabajo. Hondos vacíos encontrarán los estudiosos en él. Demasiado extensos son los dos aspectos: el intelectual y el artístico que hemos procurado tratar con absoluta independencia y sinceridad y con escasos bríos para llegar jadeantes a su término. Quizá este estudio merezca los honores de ser leído y juzgado benévola-

F I N

Quito, Mayo de 1947.

I N D I C E

	Páginas
CAPITULOS I ^o , II, III y IV. — Prehistoria. — Primitivos pobladores del Reino de Quito. — Monarquía de los Schyris, su civilización y cultura. — El conquistador Huayna-Capac, su gobierno. — Disensiones entre Huáscar y Atahualpa ..	3— 20
CAPITULO V. — Conquista y sus consecuencias. — Tragedia de Cajamarca. — Falsas promesas del conquistador Pizarro	21— 24
CAPITULO VI. — Sebastián de Benalcázar y Rumiñahui. — Supersticiones indígenas y la caída del Imperio	24— 27
CAPITULO VII. — Rumiñahui y sus operaciones militares.— Entrada a Quito del conquistador Benalcázar	27— 29
CAPITULO VIII. — Mestizaje. — Fisonomía de la Villa de San Francisco de Quito. — Espíritu artístico de sus moradores	30— 34
CAPITULO IX. — Factores que intervinieron en el progreso y la cultura de esta Villa. — El Padre Franciscano Fray Jodoco Ricke y sus actividades	35— 39
CAPITULO X. — Los hijos de San Francisco de Asís y su acción educadora. — El arquitecto franciscano Fray Antonio Rodríguez. — Escuelas que intervinieron en la imaginería quiteña	39— 43
CAPITULO XI. — Los escultores Pampite, Legarda, Caspicara, Zangurima, Rodríguez, Sandoval y dos Monjas Carmelitas	43— 49
CAPITULO XII. — Maestros extranjeros que intervinieron en la formación artística de los quiteños. — Influjo religioso en el desenvolvimiento artístico de la Colonia. — Descripción de algunos templos	49— 52
CAPITULO XIII. — Cultura de la Colonia. — Sus Colegios y Universidades. — Figuras que sobresalieron. — Caracteres de la poesía moderna	53— 56
CAPITULO XIV. — Conceptos acerca de la cultura de la Colonia. — Establecimientos docentes y bibliotecas. — La Audiencia de Quito. — Expulsión de los P. P. Jesuitas. — Figuras que sobresalieron en esa época	57— 59
CAPITULO XV. — Cultura artística. — Los grandes Maestros Miguel de Santiago, Gorivar, Samaniego y otros	60— 74
CAPITULO XVI. — Cultura intelectual y artística y sus factores. — Desarrollo de las industrias y el comercio y su decadencia. — Los Académicos franceses y españoles. — Franco Dávila, Don Pedro Maldonado. — Precursores de la Independencia. — Espejo y Mejía	74— 95
CAPITULO XVII. — Comisiones científicas que actuaron en la cultura del País. — Germinación de los ideales republicanos. — El Grito de Independencia y sus consecuencias.— Tragedia de los Patriotas. — Comisionados Regios Montúfar y Villavicencio. — Efímera existencia de la República.— Retorna al Régimen Colonial y sus consecuencias	96—123
CAPITULO XVIII. — Periodo Floreano. — La Sociedad del Quiteño Libre. — El Coronel Hall. — Rocafuerte nombrado Jefe Supremo del Litoral. — Triunfo de Flores sobre Val-	

	Páginas
divieso. — El poeta Olmedo y su canto por el triunfo de Miñarica	123—138
CAPITULO XIX. — Desavenencias limítrofes. — La Gran Colombia. — Bolívar, Sucre, Flores, La Mar. — Batalla de Tarqui. — Flores y Rocafuerte. — Su Gobierno	138—161
CAPITULO XX. — Nuestros primitivos antepasados y su cultura. — Factores que intervienen en su desarrollo. — Cualidades y defectos de la raza. — Mestizaje. — Criterios de algunos pensadores. — El templo de la Compañía. — Colegios de educación	161—182
CAPITULO XXI. — Colegio de San Andrés y los Padres Franciscanos. — El templo de San Francisco y sus constructores. — El arquitecto Fray Antonio Rodríguez y otros. Expulsión de los P. P. Jesuitas. — La Politécnica y García Moreno. — Estilo arquitectónico moderno. — Ferrocarril del Sur. — Gobierno del General Alfaro. — Gobierno de Plaza. — Misiones Pedagógicas extranjeras. — Libertad de Prensa. — Gobierno del Dr. Tamayo	183—206
CAPITULO XXII. — Primeros escultores, el Padre Carlos, Legarda, Pampite, Caspicara, Rodríguez. — Daños causados a la Nacionalidad y la cultura. — La escuela de Vélez en Cuenca. — La Escultura en San Antonio de Ibarra. — El escultor Carrillo. — El Padre Gento Sáenz. — Configuración Típica de la ciudad de Quito. — Las Virgenes del Sol. — La nobleza quiteña y el pueblo. — El Padre Bedón. — Miguel de Santiago y sus obras. — El Padre Valentín Iglesias. — Algunos juicios sobre Samaniego. — Arte moderno. — Escuela de Bellas Artes. — Museo Nacional de Bellas Artes	207—235
CAPITULO XXIII. — Los pintores Samaniego y Rodríguez. Conceptos de algunos intelectuales sobre su técnica. — Albanencis y otros artistas. — Tendencias de los intelectuales y artistas. — La Casa de la Cultura y Exposiciones nacionales y extranjeras. — La mala política y sus consecuencias. — Humboldt y el Marqués de Selva Alegre. — Oradores parlamentarios y sagrados. — Mejía, Rocafuerte, González Suárez. — Pensionado Elemental y su fundador Monseñor Borja Yerovi. — Misiones de los P. P. Jesuitas. — Influencias artísticas de hoy	235—258
CAPITULO XXIV. — La Asamblea del 83. — Religiosos que se han distinguido en la Cátedra y otros ramos. — El Hermano Miguel y sus obras. — Nuestros poetas modernos. — Academias y Asociaciones históricas, literarias, científicas y jurídicas. — El Dr. Arroyo del Río y su apoyo a la cultura. — Gobierno del Dr. Velasco Ibarra	258—288
CAPITULO XXV. — Pesadez del ambiente y enervamiento espiritual. — Las poetisas Doña Aurora Estrada de Ayala y Doña Dolores Veintemilla de Galindo. — Crónicas del intelectual Vacas Gómez. — El Padre Vargas y los Profetas de la Compañía. — La docencia de los Establecimientos confesionales. — Conservatorio de Música. — La Fundación Mariana de Jesús. — Elementos de algunas Provincias que han contribuido al desarrollo de la cultura	288—370

Precio \$ 90,00